LA MONTAÑA BLANCA

G.H. GUARCH

La montaña blanca nos transporta a la creación del Estado del Líbano, entre 1909 y 1935, a través de la mirada de Thomas Harding, un profesor de Oxford que viaja a Oriente para comprender el mundo que solo ha estudiado en los libros. Nuestro protagonista se verá implicado en las circunstancias históricas y políticas que rodean al antiguo vilayato de Siria, la región conocida desde la antigüedad como el Líbano así como en los acontecimientos acaecidos en Oriente Medio. A medida que transcurre el relato, el lector se sumergirá en aquel complejo y desconocido mundo. Asistiremos a la disolución del Imperio Otomano con el Genocidio Armenio como telón de fondo, sabremos de la formación del Estado de Israel y presenciaremos el protagonismo que irá adquiriendo la situación de Arabia e Irak.

Thomas Harding se integrará con su patria de adopción hasta implicarse de modo decisivo en la construcción del Estado del Líbano. Gracias a él, conoceremos los factores que intervinieron en su creación así como la compleja y difícil relación entre el islam y Occidente que se extiende hasta hoy día.

La Montaña Blanca es una soberbia obra donde la realidad histórica conduce al lector a través de las encrucijadas de la política y la diplomacia para entender un territorio tan exótico como apasionante. Una novela intensa, bien documentada, comprometida y necesaria.

G. H. Guarch

La montaña blanca

ePub r1.0
Titivillus 15-02-2023

Título original: *La montaña blanca*
G. H. Guarch, 2021

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Ven del Líbano, esposa,
hermana mía, del Líbano ven.
Avanza desde la cumbre de Amana,
desde la cumbre del Senir y del Hermón
desde las guaridas de leopardos.

Me has robado el corazón,
hermana mía, esposa,
me has robado el corazón
con una sola mirada de tus ojos,
con una sola perla del collar.

«Del Tercer Cantar» (*Cantar de los Cantares*)

A Amalia, mi esposa, mi compañera, mi amiga.

La palabra Líbano *proviene del antiquísimo término cananeo* Lubnan*, transformado y arabizado con el paso de los milenios, convirtiéndose en* Djebal*, que viene a significar «la montaña blanca», refiriéndose a las altas montañas cubiertas de nieve durante la mayor parte del año, y que se divisan desde gran parte del país.*
al-Lubnan

«El Líbano» aparece ya en las inscripciones sumerias y asirio-babilónicas. El propio faraón Snefru, fundador de la IV Dinastía, veintiséis siglos a. C., habla de su triunfante expedición al Líbano en busca de los preciados troncos de cedro. En la mítica Epopeya de Gilgamesh*, dos milenios a. C., se narra el viaje de sus héroes a «la floresta del Cedro del Líbano». La Biblia cuenta que el arca de la alianza fue construida con cedro del Líbano. Y el* Cantar de los Cantares *precisa que el rey Salomón se hizo un trono con cedro del Líbano, o que llama a su amante esposa para que venga de ese país, y la ensalza porque huele como el Líbano.*

El Líbano es un país que se remonta a los más antiguos mitos de la humanidad, y probablemente su futuro será fundamental en la historia del mundo. Allí se gestó la palabra escrita y allí se escribían las gestas de los seres humanos que deberían habernos conducido a un mundo diferente y mejor.

Esta es la narración de unos años apasionantes a principios del siglo XX, en los que ese ancestral y bellísimo país se transformó en la República del Líbano. « al Lubnâniyya». Esta es la historia íntima de algunos de sus protagonistas, que vivieron bajo la sombra y la protección de la Montaña Blanca.
Al-Yumhûriyya

Líbano, 1862. Mapa realizado en 1862 tras la expedición militar dirigida por el general francés Beaufort
d'Hautpoul,
y que sirvió de base para establecer las fronteras del «Gran Líbano» durante la Conferencia de Paz de París en 1919. Biblioteca Nacional de Francia.

1.ª PARTE
LA TIERRA DEL LEVANTE

Absoluta libertad

SEPTIEMBRE DE 1909

En septiembre de 1909, Thomas Harding desembarcó en Beirut procedente de Southampton, tras un viaje que duró cerca de tres meses. Cierto que su última escala en Limassol le retuvo allí durante unas cuantas semanas. Descubrió con sorpresa el Mediterráneo y en su diario escribió entusiasmado que se hubiera quedado a pasar el resto de su vida en Chipre, si no hubiese tenido una ardua labor por delante.

Acababa de cumplir veintinueve años, y para entonces había llegado a ser profesor ayudante de historia del arte antiguo y arqueología en Oxford, de lo que se sentía muy orgulloso. Tenía su propio criterio sobre todo ello, y la convicción de que podría exponerlo algún día. Por eso estaba allí, su llegada a las costas del Levante era la culminación de un sueño. No pretendía pasar toda su vida enseñando en la gris y fría Inglaterra, quería contar algún día a sus alumnos que había tocado con sus propias manos las calientes y doradas piedras del apasionante mundo grecorromano en el Líbano, Palestina y Siria, en aquel exótico Oriente que había atraído a tantos hombres aventureros y curiosos a lo largo de la historia.

Aquel momento debió de ser algo especial para el pálido y delgado joven, que pretendía emular a su padre y su abuelo, unos Harding que en sus tiempos llegaron a ocupar altos cargos diplomáticos en Constantinopla y en El Cairo, comenzando una cercana relación familiar con la historia clásica e imbuyendo a los suyos de un apasionado amor por los restos arqueológicos y por Oriente Próximo.

Thomas no sentía ningún interés por la política del momento. Era por cierto alguien bastante introvertido, que prefería reflexionar a hablar. Sin embargo, todos los que lo conocían consideraban que era alguien especial, no solo por su exquisita educación y su porte aristocrático, sino por su empatía, que conseguía ganarse de

inmediato la confianza de los que le trataban.

Le gustaba estar informado, pero su timidez nada tenía que ver con el temor. Por otra parte, las noticias sobre la situación en Oriente Próximo del único diario de Chipre solo contaban cosas sin trascendencia, aunque él pretendía buscar las claves para saber si podría o no tener problemas y llevar a cabo su programa de viaje al interior de Siria, incluso llegar a Mesopotamia. Por el momento, las autoridades otomanas no ponían demasiados obstáculos a «los sabios ingleses» para ir arriba y abajo desde Alepo hasta el golfo de Áqaba, y desde Beirut hasta Bagdad. Un vastísimo espacio prácticamente vacío, el desconocido y salvaje desierto en el que pocos europeos se atrevieron a entrar hasta finales del siglo XIX. Nadie podría negar sin embargo que las cosas estaban cambiando con rapidez. El propio sultán había comentado en la última recepción anual a los embajadores, ante la «Sublime Puerta» [1] en el palacio de Dolmabahçe, que Turquía se sentía orgullosa de un pasado glorioso, y que estarían abiertos para todos aquellos que llegaran de cualquier lugar para estudiarlos y aprender de ellos, siempre que vinieran en paz y con buena voluntad. Esos en realidad no eran los verdaderos sentimientos otomanos, pero deseaban demostrar que también apreciaban toda aquella cultura en la que tal vez no hubieran participado, pero que tampoco les era ajena, pues habían terminado por asimilarla.

Thomas Harding llevaba consigo varias cartas de recomendación del Foreign Office, también de su propia universidad, de la Real Sociedad Geográfica y de otras instituciones, así como un pasaporte diplomático, con un visado especial que lo avalaba como asesor cultural del Reino Unido en Constantinopla, además de dos cartas de crédito con el suficiente respaldo, que le deberían garantizar el disponer de las sumas de dinero que le hicieran falta para sus investigaciones. También un carné de la Universidad de Oxford, que lo acreditaba como profesor de historia, un visado del gobernador otomano en Jerusalén y otra serie de documentos que deberían de abrirle las puertas de todos aquellos lugares que pudieran interesarle.

No había permitido que nadie le asesorara en las ropas que iba a necesitar, porque no pretendía pasar por otro estirado lord inglés en su *tour* oriental, sino por un verdadero profesor, ansioso de

contemplar todas aquellas maravillas que le aguardaban, intentando culminar sus sueños. A pesar de ello, su tío Charles insistió en regalarle un revólver y una carabina Enfield que aún no había tenido la oportunidad de disparar y que en el fondo de su corazón deseaba no tener que hacerlo nunca.

A Thomas le acompañaba el señor Stanson, un viejo conocido de la familia, un hombre duro, de aspecto algo tosco, sargento retirado del Ejército británico, que había servido durante prácticamente toda su vida en el conflictivo al norte de la India, y también su asistente personal, James Baker, una mezcla de mayordomo y hombre de confianza, alguien siempre dispuesto a todo. Thomas se había quedado huérfano con apenas quince años, al naufragar el vapor que traía a sus padres de vuelta de un viaje a los Estados Unidos. Desde entonces, Charles Gérôme, un hermanastro de su madre, se había encargado de él como tutor hasta su mayoría de edad y consejero en todo lo que necesitara. Un hombre culto y cabal, que siempre hizo lo que pudo por él. Sentía un gran cariño y agradecimiento por aquel hombre.

Antes de abandonar Inglaterra, Thomas tomó la decisión de llevar un diario. En realidad, comenzó siendo un conjunto de escuetas anotaciones, del tipo «14 de septiembre 1909. He embarcado en el vapor de bandera griega *Mersin*, que ha tardado doce horas entre Limassol y Beirut, donde hemos arribado al amanecer con buen tiempo, aunque a diez millas de la costa se levantó un viento cálido que traía en suspensión gran cantidad de polvo. Me siento muy satisfecho, ya que he conseguido llegar a mi primer destino».

Por la redacción, no daba la impresión de que el joven profesor de historia del arte fuese a descollar en el mundo literario. Entre otras cosas, creía que seis meses más tarde —ese era el plazo máximo que se daba— volvería triunfante a Londres, habiendo descubierto alguna importante ruina desconocida hasta entonces, aunque en sus momentos menos optimistas pensaba que nadie podía saber lo que iba a suceder en un mundo tan revuelto como el que estaba viviendo.

Al asomarse a la borda mientras el vapor entraba lentamente en el puerto, vio llegar al piloto en una barca a remos, un hombre trajeado a la europea, aunque con un traje usado y mal cortado,

llevando, eso sí, una gorra de plato con visera forrada de un paño inmaculadamente blanco. El hombre subió por la escalerilla de cuerda con peldaños de madera trepando con increíble facilidad. Cuando sus miradas se cruzaron, el piloto en un gesto de respeto se tocó la visera. Thomas pensó que aquel rostro curtido de ojos negros y profundas ojeras debía de pertenecer a un griego, o quizás a un turco. De inmediato el barco comenzó la lenta maniobra de aproximación y veinte minutos más tarde, a pesar del fuerte viento terral, que levantaba nubes de polvo que le hicieron lagrimear, el *Mersin* se encontraba atracado en el puerto de Beirut, junto a otras decenas de barcos de todo tipo, vapores mercantes, viejas motonaves de pasajeros, algunas de ellas con bandera inglesa o francesa, veleros de dos y tres palos, en un ambiente de idas y venidas, en una dársena que era ya de por sí como una pequeña ciudad envuelta en un particular aroma mezcla de mar, herrumbre, pintura y brea que impregnaba todo el ambiente. El viento racheado hacía crujir los mástiles y golpeaba unas amuras contra las otras en un panorama mediterráneo bañado por un sol cegador. Al pie de la escala se hallaba un grupo de personas, oficiales del puerto, descargadores, un hombre con un gran bigote portando una arrugada bata blanca que debía de ser el médico de sanidad y algunos árabes con turbante sentados en cuclillas, aguardando para comenzar su trabajo. Hombres de rostros oscuros y rasgos afilados, de aspecto impasible. Más allá, pudo observar que entraban y salían filas de acémilas cargadas sin misericordia, y una caravana de camellos que accedía a la inacabada y polvorienta dársena, portando su cargamento multicolor. Thomas pensó entusiasmado que aquello era Oriente, tal y como se lo había imaginado, y sintió no haber preparado la cámara fotográfica que portaba en su equipaje, aunque no quería desperdiciar sus escasas y valiosas placas en banalidades. También tenía cierta habilidad con las acuarelas y aquel exótico ambiente se prestaba a pintar alguna, pero eso necesitaba tiempo, y en aquellos momentos debía encargarse de organizarlo todo.

El capitán del *Mersin*, que se le había presentado al subir a bordo, un tal Cristophoro Kavafis, un griego de Esmirna según le había explicado con un orgullo no disimulado, se acercó a él para despedirse.

—Señor Harding. Ya ha llegado usted a Oriente, tal y como era su deseo. Ayer noche durante la cena me contaba usted que también pretende ir a Damasco. Se trata de una hermosa ciudad, pero tenga mucho cuidado. Esos árabes, y más del interior del país, a veces son impredecibles —Kavafis levantó la barbilla indicando a los que aguardaban en el muelle—. Se lo digo por experiencia propia. No sabe uno nunca por dónde van a salir. Bueno, adiós, y que todo le vaya bien. ¡Ah!, por cierto, tengo un pariente en Alepo, en Halab, como la llaman ellos, un primo de mi padre, Aristóteles Stamouros, creo recordar que se dedica a la exportación de antigüedades, y como usted me explicó que eso de las cosas antiguas era su trabajo, se lo comento. Bueno, en cualquier caso, que le vaya bien. Adiós y suerte.

El capitán Kavafis bajó con agilidad la escala y saludó como un viejo amigo a los oficiales de sanidad. Thomas Harding se volvió y vio a Baker y al señor Stanson ocupados, discutiendo con unos árabes que habían trepado al barco por la amura para hacerse cargo del voluminoso equipaje.

—¡Señor Stanson! ¡Por favor, una vez pasemos las formalidades de aduanas, que lleven el equipaje al hotel Excelsior! ¡Es el que me recomendaron! De momento, creo que vamos a permanecer allí unos días hasta que podamos organizar el viaje a Damasco.

Thomas se sorprendió positivamente al comprobar que aquel aparente desorden no impedía que las cosas se fueran solventando con fluidez. Una hora más tarde, tras haber conseguido terminar los trámites de aduana y policía, y notar que el viento había amainado, se dirigió caminando hacia el hotel por el paseo marítimo, en realidad una explanada de tierra apisonada sobre la playa, en la dirección en que le habían indicado. Stanson y Baker se encargarían de hacer llegar el equipaje, pero en aquellos momentos deseaba estar solo, reflexionar sobre todo aquello, disfrutar del recorrido en aquel ambiente tan diferente a Inglaterra, mientras algunos vendedores ambulantes se le echaban encima para ofrecerle toda clase de chucherías, dulces pringosos, caramelos de miel o pescado frito. Otros se quedaban mirando, observándole con un cierto descaro, como si evaluaran las posibilidades de llegar a venderle algo, de regatear con él o simplemente conseguir que les acompañara aquí o allá. Su decidido andar, su aparente

indiferencia, les convencía de que aquel inglés —era imposible ocultar su nacionalidad—, sabía bien adónde se dirigía.

Thomas solo estaba haciendo lo que le habían recomendado. Se lo advirtieron en la misma aduana —«Usted como si nada, señor, a lo suyo, es lo mejor»—. Un poco más allá, se detuvo un instante al contemplar a un grupo de chiquillos que se lanzaban al agua desde las rocas, mientras el sol emitía brillantes destellos al tocar los cuerpos desnudos. Todos gritaban con alegría, y reflexionó que aquello debía de ser lo más próximo a la felicidad que el ser humano podría alcanzar. Niños, algunos apenas muchachos, los mayores no tendrían catorce o quince años, despreocupados de la vida, con la inocencia de la edad. Otros tiempos, el mismo sol, el mismo mar, la misma juventud, igual inocencia. Eso era lo que hacía tan interesantes las obras de arte. La búsqueda de la belleza, la sensación de haber vencido al tiempo, la reflexión sobre cómo fijar los instantes en la piedra, en unos frescos, en aquello que los transformaba en eternos. Thomas Harding reprimió un suspiro. Él también se sentía feliz de participar, aunque solo fuese como mero observador del mismo entorno, de aquel brillante sol, que tan esquivo se mostraba en Inglaterra. La diferencia entre lo espontáneo y lo premeditado. Oriente y Occidente. Luego, conmovido por la profunda belleza de unos cuerpos luminosos que inundaban de brillante espuma la imagen, prosiguió sus pasos, sin poder evitar volverse una y otra vez, sintiendo una profunda envidia. Él jamás había conocido aquella absoluta libertad.

Encontró el hotel sin dificultades, aunque se llevó una agradable sorpresa. El Excelsior era el equivalente a una pequeña pensión, con aspecto de tener dos o tres siglos de antigüedad, un mínimo edificio de piedra encalada con reflejos azules, en la esquina del paseo marítimo, o como lo habían llamado ampulosamente los oficiales de la aduana, La Corniche. En la fachada, una vigorosa parra trepaba hacia los balcones de rejas forjadas, y pensó que desde allí gozaría de una vista impresionante dominando el puerto y la playa. Intentaría hacer alguna fotografía que recogiera aquella increíble luz, tal vez incluso se atreviese a esbozar un par de acuarelas, parte de la documentación del viaje. Un hombrecillo calvo de apenas cinco pies y medio, que resultó ser el propietario, salió del establecimiento luciendo una enorme barriga y una amplia sonrisa.

Se acercó hacia él y le dio un apretón de manos como si se tratase de un lejano pariente al que volvía a ver tras mucho tiempo. No pudo evitar recordar a su viejo profesor de filosofía en Oxford, el señor Hompton, que se lo había advertido —«Thomas, allí, en Oriente, podrá usted comprobar que la *Odisea* y la *Eneida* siguen inacabadas. Homero dejó su cálamo en un momento dado, pero si abre usted los ojos y sabe ver la realidad, encontrará a Penélope, a Ulises y a todos los demás. No le quepa la menor duda. Siguen allí, en la misma aventura vital, porque lo cierto y verdad es que la historia no termina nunca. Somos nosotros los que, para intentar comprenderla, necesitamos fraccionarla en capítulos, pero que no le quepa la menor duda, el verdadero hilo conductor de Ariadna sigue allí, y solo deberá buscarlo y seguirlo. Le conducirá al lugar deseado y le aseguro que no le defraudará. Ese hilo pervive, luminoso y vibrante, aguardando a la persona que sea capaz de encontrarlo. Usted, Thomas, debe ir hacia allí y hacerlo por mí… Yo ya no me siento capaz, pero alguien joven y fuerte como usted… ¡Vaya! ¡No permita jamás que lo cotidiano se interponga en su vida! ¡Qué arrepentido estoy de no haber tenido más decisión en mi vida! ¡Todo pasa tan aprisa! Recuerde lo que les dije en clase: ¡*Carpe diem*! ¡Aprovechen cada instante! ¡No volverá jamás! ¡Uf! ¡Si le dijera que la vida se me ha ido sin sentirla! ¡Qué lástima! ¡Con la cantidad de cosas que podría haber hecho! Solo pude imaginarlas, pero no fui capaz de llevarlas a cabo».

Thomas se sacudió aquellos recuerdos. Los pensamientos eran como los sueños y él lo que deseaba era tocar la realidad. Por algún motivo tenía la convicción de que eso era lo más difícil, y que casi nadie lo conseguiría. La vida era una elucubración seguida de una ilusión, que acababa en un sueño. Él amaba la pura realidad.

El hombre grueso y bajito le observaba sonriente, su dentadura de oro destelleaba bajo el espeso bigote entrecano. El pelo peinado hacia atrás impregnado de brillantina, como habían puesto de moda los apuestos oficiales marselleses e italianos de los barcos que cada día llegaban a Beirut. Mientras le acompañaba a su habitación, subiendo por una empinada escalera que daba a un patio cubierto por una parra, el hombre respiraba fatigosamente. Luego, cuando abrió la puerta y el pasillo se inundó de luz, Thomas comprendió que no podría irse tan fácilmente de aquel lugar. Una habitación

aún más luminosa, simplemente pintada de un blanco azulado, con un balcón abierto de par en par que daba a la larga bahía, a la playa en la que el mar apenas rompía, a un lejano palmeral enmarcado por un cielo azul bellísimo.

—Qué. ¿Qué le parece? ¿A que le gusta esta habitación? —el hombre convencido de la impresión que causaba en sus huéspedes no cabía en sí de orgullo—. La han ocupado varios personajes, ¡pero que muy importantes!, desde el mismísimo patriarca cristiano hasta diplomáticos europeos. Pero verá —el hombre entrecerró sus párpados como si hiciese un gran esfuerzo por concentrarse—, si esto le ha gustado, luego le enseñaré lo que tengo bajo el sótano. ¡Una gruta natural con grabados en la roca! Lo que quiere decir, que este lugar ya estuvo habitado hace mucho, mucho tiempo. Le va a gustar. Y ahora dígame si quiere que le preparemos algo para comer o cenar, lo que usted diga. Todo fresco y natural, pescado de hace unas horas, las verduras cogidas de la huerta, las especias caseras.

Thomas no deseaba aparentarlo, pero estaba entusiasmado. La sola idea de poder permanecer en aquel lugar inesperadamente bello, le colmaba de felicidad. En realidad, desde el principio había pensado en llevar a cabo un viaje lento, pausado, disfrutando de todo, del ambiente, estudiando las peculiaridades de la gente, perfeccionando su buen nivel de árabe, del que se sentía tan orgulloso. En aquel mismo instante tomó la decisión de quedarse como poco un par de semanas en aquel lugar. Tal vez algo más.

Poco más tarde, llegaron Stanson y James Baker, acompañados de cuatro árabes que traían un carro tirado por un asno, con el equipaje de maletas, baúles y cajones, incluyendo las largas fundas de una tienda de campaña y los aparatos topográficos. Iban seguidos de un numeroso grupo de chiquillos curiosos que no paraban de chillar ante la novedad que representaba aquel inglés.

Joseph Tannouki, el dueño del hotel, hizo subir el equipaje y les asignó las habitaciones. El establecimiento tenía apenas una docena de estancias. Stanson lo observaba todo con un leve rictus de suficiencia, mientras que Baker se preocupaba por abrir los baúles y ordenar las cosas de su amo.

—¿Cuánto tiempo vamos a permanecer en Beirut, señor Harding?

—Mmmm —contestó sin mucha convicción—. No menos de quince días, tal vez algo más.

Aunque en realidad ya estaba pensando en alargarlo. Aquella pequeña ciudad no tenía nada que ver con el ambiente de ninguna capital europea, y dentro de él estaba creciendo con rapidez un extraño sentimiento, como si en vez de unas horas, llevase allí ya mucho tiempo.

—En fin, no sé cuanto tiempo estaremos aquí, James. Pero puedo asegurarle que en este momento no tengo ningunas ganas de irme.

Baker asintió sonriendo comprensivo.

—Lo entiendo, señor. Realmente este es un lugar especial y, por supuesto, muy distinto a Inglaterra. ¡No tiene nada que ver con Londres! ¡Se ha fijado el señor en esta luz!

Thomas asintió, Londres se hallaba sumergido en la bruma y un pegajoso humo cargado de carbonilla. La contaminación que lo ensuciaba todo. Allí la gente caminaba rápida y silenciosa. Beirut, al menos aquella mañana radiante, se le antojaba el lugar más luminoso de la tierra.

Tannouki, que no debía de tener otros huéspedes, volvió a asomar la cabeza por la puerta de la habitación.

—¿Todo está a su gusto, monsieur?

El propietario se dirigió a él en francés, que parecía dominar mucho mejor que el rudimentario inglés con el que lo había recibido.

—¡Ya lo creo! —contestó también en francés—. Tiene usted un hotel precioso, Tannouki.

—Sí, sí que lo es, monsieur. Mi familia lleva aquí muchísimo tiempo. ¡Y cuando digo muchísimo, quiero decir al menos desde san Marón[2]! Bueno, tal vez eso sería exagerar, ¡pero más de doscientos años, seguro! Verá, monsieur, esta ciudad tiene sus cimientos construidos hace más de cincuenta siglos, en realidad cuando pasaron por ella los romanos, los habitantes de aquí ya estaban de vuelta de todo. ¿Me entiende el señor? ¡De todo!

Thomas sintió un gran interés por lo que aquel hombre le estaba contando.

—Tannouki, perdone mi curiosidad, pero ¿es usted cristiano?

—¡Pues claro, monsieur! ¡Maronita! ¡Desde las cruzadas nos

consideramos parte de Europa! Verá, es como si los maronitas fuésemos los franceses de Levante. ¿Sabe lo que quiero decirle? La verdad es que no lo hemos tenido nunca fácil con los turcos, pero ya llevábamos aquí muchos siglos cuando ellos llegaron y, por supuesto, seguiremos aquí cuando ellos se hayan ido. Hemos soportado siglos de paciencia y resignación, pero —Tannouki bajó el tono de voz como si fuera a hacerle una confidencia— estamos convencidos de que ya nos queda poco que aguantar. Más de lo que quisiéramos, pero mucho menos que lo que ellos creen. Hasta hace muy poco, estaban convencidos de que el Imperio otomano era algo eterno, inamovible, pero ya no.

Thomas asintió agradeciendo la confianza que depositaba en él, prácticamente un desconocido.

—¿Pero no fue en 1516 cuando entraron aquí los otomanos? Eso daría cuatro siglos, exactamente, trescientos noventa y tres años, muchísimo tiempo.

—Sí, monsieur. Cuatro siglos como cristianos bajo los turcos, pero los musulmanes árabes no crea que nos aceptan mucho mejor…, salvo excepciones. Este es un país muy particular, pronto se dará cuenta de ello. Verá, aquí hay armenios, greco-ortodoxos, caldeos, drusos, judíos, árabes, cristianos, maronitas, como es mi caso, por supuesto turcos, árabes musulmanes, que a su vez pueden ser sunnitas o chiitas, circasianos, algunos europeos que vienen a disfrutar del buen tiempo que tenemos y después les da pereza marcharse, egipcios, griegos y todo lo que usted pueda imaginar. Pero de eso ya hablaremos. Y ahora, ¿quiere usted ver la cueva de la que le hablé? Pues acompáñeme, le va a gustar.

Thomas Harding sentía una enorme curiosidad por todo lo que le rodeaba. Por fin se hallaba en el Líbano, convencido de que ya no podría detener jamás su profunda ansia de ver y comprender. A fin de cuentas, era otro más de aquellos curiosos impertinentes ingleses, escoceses y galeses que querían conocer el mundo y sus maravillas. Asintió satisfecho y siguió a Tannouki escaleras abajo, cruzaron el fresco patio y descendieron por otra empinada escalera de caracol tallada en piedra, evidentemente mucho más antigua, que rezumaba humedad. Tannouki abrió con cierta dificultad una chirriante puerta de madera claveteada y penetraron en lo que parecía ser una bodega repleta de botellas y toneles de vino. Joseph

Tannouki hizo girar una palanca y una de las estanterías, cargada de botellas polvorientas, giró sobre sí misma. El hombre encendió otra linterna de petróleo y una gruta de piedra natural apareció delante de ellos.

—Este lugar lo conocen muy pocas personas —murmuró como si estuvieran en una iglesia—, pero verá, por alguna razón usted transmite confianza, sígame, monsieur.

Entraron en un pasadizo de apenas seis pies de diámetro, donde las linternas arrojaban extrañas sombras. Thomas no salía de su asombro. Apenas acababa de llegar y ya estaba dentro de la propia historia.

—Verá, monsieur. Ahora entramos en la gruta. ¿Ve el reflejo? Es el mar que penetra hasta aquí abajo. Hace años salimos de dudas de si estaba comunicado, y el sobrino de un amigo mío fue capaz de bucear y salir a mar abierto. Como usted comprenderá, yo no lo he hecho nunca, son al menos treinta o cuarenta metros, y para eso hay que tener muy buenos pulmones. Lo que sí sé es que esta caverna ha salvado más de una vida. Ya sabe, gente que ha huido desesperada. Qué. ¿Le gusta?

Las intenciones de Thomas de permanecer unas semanas y luego penetrar en el interior de Siria, tal vez llegar hasta Mesopotamia, iban modificándose con el paso de los días. Se encontraba en el lugar adecuado, haciendo —por fin— lo que siempre había deseado hacer. Ser dueño de su propio destino. Se hallaba pisando el suelo de Fenicia, deseando visitar Biblos, Tiro y Sidón, ciudades que conocía de memoria… sobre el papel.

Durante la cena, Tannouki permaneció observándole fijamente, agarrado a la silla, de pie frente a él. Aquel hombre tan abierto y vitalista se aburría, ya que los únicos clientes eran ellos tres. Además, a Tannouki parecía gustarle cambiar impresiones con sus huéspedes, y no se movía de allí. Solo se distrajo unos minutos para bajar a la bodega, de donde subió una polvorienta botella de vino.

—Sí, monsieur. Este es un vino francés de la misma Francia, un buen Burdeos. En el Monte Líbano también saben hacer vino, pero la verdad, este es algo especial. Le gustará. Esta botella se la obsequio yo como bienvenida. ¡Qué diantres! ¡Un día es un día! La verdad, siempre me han gustado los ingleses, algunos profesores como usted, y le diré que, salvando las distancias, por esta humilde

casa han pasado sabios. ¿Había visitado antes el Levante? ¿No? Pues ya era hora. Permítame que le haga un pequeño resumen de lo que va a encontrar. Ahí, tras esa cordillera paralela a la costa, se encuentra el valle de la Bekaa, el verdadero granero de este país. Esto a un inglés le recordará a un desierto, pero aunque le parezca mentira, tenemos dos buenos ríos, el Orontes al norte, y el Litani al sur, ambos van a parar al Mediterráneo. Ya sabe, Líbano viene del árabe *Gebel Lubnan*, que viene a significar «montaña blanca», por la nieve que ha podido ver en esas cumbres. Hay una montaña inmensa, con más de tres mil metros…, ¡como en Suiza! —Thomas notó el orgulloso tono de Tannouki—. Bueno, le decía que en el valle de la Bekaa se produce de todo. ¡Un verdadero paraíso! ¡Ya lo creo! La gente de Mesopotamia cree que el Paraíso Terrenal se hallaba entre el Eúfrates y el Tigris, y nosotros, los que nos consideramos hijos del Monte Líbano, estamos convencidos de que se hallaba en la Bekaa. ¡Ya verá! ¡Maíz más alto que un camello! ¡Trigo, cebada, sésamo, todo tipo de exquisitas legumbres, patatas, tomates, qué sé yo! El valle tiene siete u ocho kilómetros de anchura, de ladera a ladera y es un verdadero don de Dios. También aquí había buenos bosques de cedros, ahora quedan muchos menos, pero se puede hacer una idea cabal de lo que es este país. ¿Sabía usted que el arca de la alianza la hicieron con madera de cedro del Líbano? Pues sí, la mejor madera del mundo —Tannouki, empujado por su entusiasmo, se sirvió un vaso de vino—. ¡A su salud, monsieur! ¡Ah! ¡Tendrían que venir más ingleses, son ustedes grandes conversadores!

Thomas Harding levantó la vista parpadeando sorprendido. ¡Pero si él no había dicho ni una sola palabra! ¡Aquellos mediterráneos eran gente temperamental y extrovertida! Sonrió abiertamente y su anfitrión levantó de nuevo el vaso.

—¡Por Inglaterra!

No tuvo más remedio que ponerse en pie y acompañar el brindis; aquello no le había sucedido en su vida.

—¿Sabe dónde tiene que ir? ¡Le voy a dar el mejor consejo que le han dado en toda su vida! —Tannouki no parecía muy dispuesto a dejarle cenar tranquilamente aquel cordero al horno de excelente aspecto, con aroma a finas hierbas, exquisito.

—¡A Baalbek! Es decir, al templo de Baal. Le diré que cuando

era joven estuve una vez allí y tuve que sentarme de la impresión. ¡Qué dimensiones, Dios mío! ¡Qué enormes columnas! Recuerdo que un profesor, alguien como usted, tal vez algo mayor, aunque de la competencia, quiero decir… alemán, ya sabe, explicó allí mismo, por cierto, con mucha suficiencia, como si los que escuchábamos fuésemos unos ignorantes totales. ¡Ya sabe usted cómo son esos prusianos! Aquel lugar era la antigua Heliópolis… No está lejos, a un par de días a caballo hacia el norte, tal vez tres. Hay que acercarse hasta allí para comprobar que es real, quedarse asombrado al imaginar cómo pudieron llegar a levantar bloques de piedra de aquellas dimensiones. ¡No exagero! ¡Veinte pasos de largo! ¡Por no menos de tres por cuatro de sección! ¡Algo increíble! ¡Una maravilla! Con ese hermoso templo dedicado a Júpiter.

Tannouki volvió a llenar el vaso de vino y lo bebió poco a poco, saboreándolo. Thomas suspiró resignado.

—Sí, monsieur. Uno tiene su pequeña cultura. ¡Ah, lo que yo daría por haber podido estudiar en Europa! Pero seguro que usted no ha visto jamás columnas de más de veinte metros de altura. En Baalbek están también los templos de Baco y Venus —Tannouki le guiñó un ojo en un acto de complicidad, mientras levantaba su mano haciendo el gesto de brindar—. Sí, monsieur. Aquí hemos sido siempre amantes de la buena vida. Le auguro que, si se queda una temporada, se enamora usted de alguna buena moza. ¡Ah! ¡Las libanesas! ¡Muy buenas en el amor y muy mandonas! Así que tenga cuidado, monsieur. Y ahora le dejo terminar de cenar, que se le va a enfriar ese cordero y sería una lástima.

Tannouki hizo una leve inclinación de cabeza y se retiró, mientras desde la mesa de la esquina Stanson y su asistente, Baker, reían sin disimulo. Hacía rato que ya habían terminado su ración y disfrutaban viendo a su jefe intentando cenar sin conseguirlo. Thomas, que a pesar de todo estaba de buen humor, levantó su copa de vino y también sonrió.

—No se rían ustedes, eso le puede ocurrir a cualquiera, y ya saben —señaló el cordero con el tenedor—, la venganza es un plato que se come frío.

A través de la ventana la oscuridad se interrumpía de tanto en tanto, con alguna lejana hoguera en la playa, mientras la luna en cuarto creciente rielaba sobre el mar. Thomas pensó en Baal, «el

poseedor». El dios que representaba al sol y a la fertilidad. Sabía que cuando los hebreos llegaron a Canaán adoptaron el culto. Ellos llamaron Yahweh a su único dios, pero Baal tenía un enorme atractivo para la gente, y el culto al dios único se fue corrompiendo con los rituales al amor, al sexo y al placer. Thomas recordó a su viejo profesor en Oxford, cuando mirándole fijamente le advirtió: «¡Cuídese de Belcebú, Thomas! ¡Sigue allí, acechando entre las viejas piedras! Belcebú o
Baal-Zebub.
El dios de la vergüenza y de las moscas». Sí, pensó mientras observaba la oscuridad con la copa de vino en la mano, iría hasta allí para ver si lograba dar con él. El viejo fauno.

Grandeza y valor

OCTUBRE-DICIEMBRE DE 1909

Durante los siguientes días, la euforia se apoderó de Thomas. Cuando le dijo a Stanson que si no tenía inconveniente prefería pasear sin compañía, el hombre lo miró, como pensando que entonces para qué había ido él hasta allí. Tal vez tuviera razón, creía que no debía haberle acompañado. En aquel lugar no podía pasarle nada, y aquel hombre, aquel viejo militar que tenía tras de sí toda una vida en la India, entre Delhi, Simla, Darjeeling y Bombay, alguien harto de vivir en países exóticos, probablemente lo que estaba deseando era disfrutar de su pequeña casa en la dulce y verde Exeter.

En cuanto a Baker, mucho más joven que Stanson, y con un carácter abierto y cordial, parecía encontrarse en Beirut como pez en el agua. Tuvo que prohibirles que le siguieran, pero no estaba demasiado seguro de que le hicieran caso.

Beirut era en aquellos días una pequeña ciudad, no mucho mayor que un pueblo grande, un lugar polvoriento, bullicioso y vitalista, donde los vendedores de cualquier cosa iban por las calles, ofreciendo sus mercancías a voz en grito, pues allí la gente no era capaz de hablar en un tono normal. Después de tantos años en la quietud de Oxford, aquello le chocaba. O bien se susurraban algo al oído, mientras gesticulaban y sonreían malévolamente, o lo pregonaban a los cuatro vientos como deseando que todos les oyeran. Él oía «¡*Salam Aleikum*, Ahmed! ¡Me alegro de verte!», o «¡Que Dios te acompañe!», si se trataba de un cristiano, y el otro, interpelado desde el otro lado de la calle, contestaba levantando aún más la voz «¡*Aleikum Salam*, Mohamed!» o «¡Que Dios sea contigo! ¡Yo también me alegro!, Maron, Conrado, José o el nombre que fuera». Era como si no existieran los sentimientos internos y todos quisieran exponerlos y compartirlos. Sin duda debía de tratarse de lo que llamaban «el carácter mediterráneo».

Pudo comprobar que en Beirut los turcos lo controlaban todo, aunque lo hacían de una manera discreta, como si quisieran permanecer al margen. Tannouki le contó que desde 1843, los kaimakan eran administrados en el norte por los cristianos maronitas y por los drusos en el sur, un complicado puzle sujeto por una tela de araña. Era un equilibrio que daba la falsa impresión de que iba a romperse a cada instante, pero que seguía ahí a lo largo de los siglos, para bien y para mal.

En sus largos paseos encontró un restaurante regentado por otro cristiano maronita y entró a probar. No tuvo ni que pedir la carta. Tuvo la sensación de que sabían de antemano lo que deseaba comer. Le sirvieron unos *mezze*, unas docenas de platitos con entremeses de todas las clases, aceitunas, pepinillos, ensalada, hummus, cantidad de cosas más o menos reconocibles y apetecibles a primera vista. Lo probó todo, luego preguntó de qué estaba hecho el hummus, y el propietario, luciendo un gran reloj de oro sobre la abultada barriga, le explicó que se trataba de puré de garbanzos, aderezado con limón y aceite de sémola. Pensó que tenía mejor sabor que presencia. Cuando ya creía que no podía más, le sirvieron unas muttabal, unas tiras cortadas de berenjenas en vinagre con aceite de oliva y limón, y después cordero hecho a la parrilla, que estaban cocinando en el exterior entre unas brasas. Todo lo encontró delicioso, a pesar de la excesiva cantidad de cebolla y perejil, y pensó que le atraía mucho más que el grasiento cordero inglés. Le sirvieron abundante vino y para terminar té, al que llamaban «shay», con menta y dulces del país, asabeh, barazak y otros. Ya no podía más; debía controlarse, porque si seguía así iba a parecerse pronto a Tannouki o al propietario de aquel restaurante.

Volvía al hotel caminando lentamente, dando un largo paseo por la orilla del mar, dentro de él sentía una experiencia lejana, similar, cuyo origen desconocía. Era soñar despierto, comenzando a entender lo que era la vida. Todo pasaba con excesiva rapidez, solo los más inteligentes sabían aprovechar cada instante.

El propietario del restaurante le había explicado que Beirut era una ciudad inmortal, que la llamaban «la ciudad que no morirá nunca». Tuvo que creerle, pues sabía que tenía más de cincuenta siglos, tal vez muchos más. Desde luego, era evidente su carácter, con aquella historia interminable y la certeza de que ningún invasor

podría acabar con ella. Eso tal vez lo conseguirían los propios habitantes del Monte Líbano, que miraban hacia Beirut con deseos de incorporarla a su autonomía. Había estudiado que los romanos se habían establecido en la que llamaban la Julia Augusta Felix Beyritus, o simplemente, Berytus, que al final había dado lugar al Beirut actual.

Ni siquiera los terribles terremotos que habían asolado la región hicieron desistir a sus tozudos habitantes en esa pugna de unos cristianos con otros, en el Beirut oriental o Ahrafiyah, en fuerte competencia con el Beirut occidental donde residían los musulmanes, sobre todo sunnitas, conocido como Musaytibah.

A simple vista era un lugar abierto a todas las culturas, donde probablemente las envidias entre los propios líderes, las pequeñas rencillas cotidianas, las venganzas guardadas entre familias y la pugna entre unos y otros por apoderarse de los mejores barrios terminarían algún día por encender la mecha de un sangriento conflicto civil. Pero por el momento, todo aquello no eran más que simples elucubraciones, en una tranquila y soleada ciudad mediterránea que invitaba a vivir a cada paso.

Intentó descansar un rato en el hotel, reflexionando sobre aquel nuevo universo. Hacía bastante calor y se tendió un rato en la cama, pero fue incapaz de dormir. Decidió salir a visitar la Universidad Protestante de Siria, según le habían dicho fundada por misioneros estadounidenses en 1886. Cuando preguntó un par de veces en la calle, la gente contestaba: «¡Ah, sí! ¡Se refiere usted a la Universidad Americana!».

Llevaba consigo una carta de presentación para el padre Timothy Donnelly, de origen irlandés, uno de los mayores expertos en arameo y en la cultura más antigua de la región. Cuando preguntó por él, el portero se quedó mirándolo con extrañeza:

—¿El padre Donnelly? ¡Pero si no recibe a nadie! —contestó en francés con cierta suficiencia—. Si quiere le puedo entregar su carta, tal vez sea lo mejor.

Asintió y salió pensativo. ¿Por qué no podía hablar con él? La carta estaba firmada por un viejo amigo de Donnelly, que le había asegurado que estaría encantado de verle. Caminó calle abajo oteando el azul horizonte que se adivinaba entre las palmeras, cuando el portero llegó hasta él jadeando.

—¡Monsieur! ¡Monsieur! ¡El padre Donnelly va a recibirle! ¿Tiene la amabilidad de acompañarme? ¡Si no lo veo no lo creo, es la primera vez en mucho tiempo!

Cruzaron la portería y entraron en el soleado y tranquilo jardín con un estanque en el que nadaban pequeñas carpas doradas. En todo el edificio se respiraba un ambiente de paz y silencio, más propio de un convento que de una universidad, luego subieron una empinada escalera hasta la planta de dormitorios. Caminaban en absoluto silencio y Thomas no sabía bien lo que ocurría. Llegaron a una larga galería en la que el sol penetraba a raudales, desde la que se divisaba el patio central. Era la universidad más silenciosa y vacía que había visto nunca. El portero tocó con los nudillos en una de las puertas y una débil voz contestó: «¡Adelante!». Entró en la habitación y tendido en la cama vio a un anciano de piel blanca, en la que se transparentaban las venas azules, con escaso pelo blanco amarillento y los dedos de sus manos excesivamente largos, era tal vez el hombre más viejo que había visto nunca, esbozando una mueca intentando sonreírle.

—¿Señor Harding? ¿Usted es el profesor Thomas Harding? ¡Pero si es usted un niño!

Thomas asintió intentando sonreír. El hombre hablaba con voz muy baja y ronca, como si no tuviera fuerzas ya ni para expresarse.

—Soy el padre Donnelly o lo que queda de él. No recibo a nadie porque como usted comprenderá no estoy en condiciones de hacerlo, pero he querido hacer una excepción con usted, ya que ha venido de tan lejos. Esta carta explica que usted es profesor de arte antiguo en Oxford, y que, entre otras muchas cosas, habla usted bien el árabe y conoce el arameo. Me alegro, ya que muchos consideran que el arameo es una lengua muerta, pero le diré, bueno, lo sabrá usted, que cerca de Damasco hoy en día se sigue hablando en algunos pueblos la lengua de Jesucristo. Es una bella experiencia poder escucharla, y comprender que todo puede ir cambiando menos el interior de las personas. ¿Me entiende? Si me lo permite, le voy a entregar un libro y si es tan amable, cuando vuelva a Inglaterra, lo lleva a la biblioteca de la Universidad de Oxford de mi parte. Se trata de una copia antiquísima del Código de Yonam, escrita en arameo. Estimo que tiene no menos de mil quinientos años, tal vez más. ¿Me hará ese favor? La verdad es que

tenía la preocupación de cómo enviarla con alguien de confianza y usted me la inspira. Fue en Oxford donde aprendí el arameo, y deseo mostrarles mi gratitud con esta pequeña donación.

Thomas intentó conversar unos minutos con el padre Donnelly, pero se dio cuenta de que aquel hombre se agotaba con facilidad, por lo que decidió despedirse de aquel sabio que le entregó el libro en una preciosa caja de madera y cuero repujado, algo apolillada y descolorida, pero de un valor incalculable. El azar le había convertido en el albacea testamentario de aquel hombre. El padre Donnelly le confesó que había encontrado el código bajo un montón de libros destrozados en un anticuario de Alepo. ¿Se trataría de Aristóteles Stamouros, el primo del capitán Kavafis? El anciano no supo contestarle y Thomas decidió indagarlo por su cuenta si viajaba allí. Cuando le tendió la mano tuvo la precaución de rozarle apenas los frágiles dedos. Se despidió con una última inclinación de cabeza al salir, mientras pensaba que no le gustaría llegar a vivir en aquel estado.

Al salir de la Universidad Americana, Thomas se dirigió al centro, sin poder dejar de pensar en el padre Donnelly. A aquel hombre apenas le quedaban fuerzas para vivir, como mucho unas semanas. Pensó que lo más prudente sería acercarse al consulado británico para que desde allí enviaran el paquete con el libro a través de la valija postal diplomática a Inglaterra. Se quitaría una responsabilidad de encima. ¡Qué extraño país! Allí la historia lo envolvía todo. No era algo etéreo y lejano que se estudiaba en la universidad, sino algo muy real que rodeaba a la gente, influyendo directamente en sus vidas. Una vez que hizo un paquete con el libro, envió al señor Stanson al consulado, con una nota personal para el cónsul explicando el asunto. No existía ninguna otra manera segura de enviar algo desde allí a Inglaterra, y sería muy arriesgado llevar consigo algo tan frágil y valioso durante todo lo que le quedaba de viaje.

Aquella noche prefirió no cenar en el hotel. Aunque Tannouki no le caía mal, no estaba dispuesto a soportar otra conferencia sobre el Monte Líbano y los maronitas. Así que pidió a Stanson que le acompañara, y caminando encontraron un pequeño restaurante en el sendero junto a la playa, donde les prepararon algo de pescado y una ensalada, con una botella de vino libanés. Era más

que suficiente. Se les hizo de noche en la playa escuchando el rumor de las olas que apenas rompían. La luna llena iluminaba el ambiente, arrojando sombras como un sol de medianoche.

—¿Qué opina de este lugar, Stanson?, ¿tiene algo que ver con la India que usted conoce tan bien?, ¿es el mismo Oriente en algo?

Stanson permaneció unos instantes en silencio, como si estuviera intentando recordar.

—No, señor Harding. Este es un lugar muy distinto. De entrada, aquí a pesar de todo, la influencia europea es muy grande. Se percibe en muchas cosas. Además, son caracteres humanos que no se pueden comparar. Esta gente mediterránea ha estado influida por Occidente desde hace siglos, y creo que siguen pensando en los cruzados cuando ven a un europeo. Le diré una cosa. En realidad, no se fían de nosotros y no creo que lo hagan jamás. Y no me refiero a los musulmanes ni a los cristianos, no es eso, sino más bien el hecho de que parecen haberlo visto todo. Por lo que sé, han sido invadidos por casi todos los pueblos imaginables, creo que son el resultado de esa mezcla continua después de las invasiones. No sé si dormirán con un ojo abierto, pero esa mirada de curiosidad que nos rodea debe de querer decir algo así como: sois bienvenidos, podéis beber y comer con nosotros, compartir unos instantes, pero después marchaos y dejadnos tranquilos.

La percepción de Stanson era muy sutil.

—Creo que tiene usted razón, Stanson. También yo tengo la impresión de que nos hallamos ante los árabes más abiertos, a estos casi me atrevería a calificarlos como cosmopolitas… Habrá que ver lo que hay en el interior, y cómo piensan a solo cincuenta millas de la costa. Aquí, después de todo, llegan barcos todos los días y eso los ha hecho ser como son. Además, esa universidad en la que he estado esta mañana, la que llaman Universidad Americana, o la otra de San José, que en realidad es de los jesuitas, me hacen pensar que no existe ningún otro lugar en el mundo árabe donde haya tantos cristianos que, debido a sus especiales circunstancias, son más papistas que el papa.

—Totalmente de acuerdo, señor Harding, pero estará usted conmigo en que en lugares así las ideas fermentan con rapidez. Le aseguro que aquí van a pasar muchas cosas en poco tiempo. Pero es una opinión personal, si me lo permite.

—Bien, Stanson. ¿Le parece que volvamos al hotel? Esta vida de querer conocerlo todo agota a cualquiera.

Durante los siguientes días Thomas decidió que alargaría su viaje por Oriente. No le apetecía volver a Inglaterra sin ver antes muchas cosas imprescindibles, volver a incorporarse a lo que le parecía una vida gris y aburrida. Beirut era interesante, la gente no ocultaba sus emociones ni sus sentimientos, y todos participaban en un mundo vivo. A pesar de que no podía comparar una cultura con otra, comprendió con envidia que aquella gente, viviendo de una manera mucho más humilde y sencilla, daba la impresión de ser más feliz.

Por otra parte, había comenzado a apreciar el sentido común de Stanson, y no le disgustaba cambiar impresiones con él, aunque de común acuerdo y sin necesidad de exigirlo, ambos hacían vidas diferentes. Stanson se pasaba las soleadas mañanas paseando lentamente por la playa, después, a mediodía, solía tomar algo de pescado en alguna de las cabañas que los pescadores habían montado sobre la arena. Se había hecho amigo de algunos de ellos, con los que departía en francés; luego volvía al hotel, donde leía su gastada Biblia sentado en el porche delantero hasta la hora de cenar, rato que solían compartir para cambiar impresiones.

En cuanto a Baker, parecía haber hecho tan buenas migas con el propietario del establecimiento que se pasaba el día en la cocina o incluso acompañándolo al mercado, intentando aprender las tradicionales recetas mediterráneas que con gran entusiasmo Tannouki le enseñaba. Se lo confesó a ambos, Baker siempre había deseado ser cocinero, no un simple mayordomo. Aunque algo tendría que ver en todo aquello el arak, un fuerte licor de anís que impulsaba a los hombres a la amistad fraternal. No tuvo más remedio que alabar el talento de Baker al llevarles a la mesa un tabulé recién hecho que se le antojó exquisito. Tal vez se había pasado algo con la menta, pero tuvieron que reconocer que probablemente era la mejor ensalada fresca que habían comido nunca.

Para él, acostumbrado a una rutinaria vida académica, todo aquello era un portentoso descubrimiento. Se sentía feliz de poder apreciar lo más sencillo, lo banal, lo que en Inglaterra hacía sin darse cuenta. Los largos paseos matutinos, observando como volvían las barcas de los pescadores, sobrevoladas por bandadas de

chillonas gaviotas. Los niños lanzándose al agua desde el malecón en construcción, ahora abandonado, gritando en una incomprensible jerga árabe sus increíbles ganas de vivir. Algunas muchachas que se cruzaban con él le observaban sin disimulo, las que le mantenían la mirada debían de ser cristianas y las que parecían no verle, musulmanas.

A pesar de su afición por las antigüedades, comenzaba a crecer dentro de él un interés aún mayor por la realidad, por la sensación de estar gozando de los momentos dulces de la vida. Era como dejarse llevar, como olvidarse de las preocupaciones, de un futuro que estaba aún muy lejos, como las cumbres que una mañana cualquiera aparecieron nevadas, recortadas en un prístino cielo azul.

Apenas llevaba un mes allí, aunque se negara a reconocerlo, holgazaneando. ¿Dónde se encontraba su férrea disciplina, su proverbial fuerza de voluntad? En Oxford mantenía un horario estricto, se levantaba a las siete, a las ocho desayunaba en el comedor, a las ocho y cuarenta y cinco comenzaba el estudio hasta las doce y cuarenta y cinco, un cuarto de hora de paseo y volvía al comedor…, y la misma rutina todos los días, año tras año, al menos mientras duraba el curso.

En cambio, desde que estaba en Beirut, iba de aquí para allá sin nada prefijado, interesándose por todo, y lo que le parecía inaudito, era que aún no había abierto un libro.

Aquellos lentos y luminosos días transcurridos en Chipre le habían cambiado para siempre. No podía entender por qué había sucedido aquello, ni por qué en las últimas semanas, el tiempo parecía írsele como el agua entre los dedos. No hacía otra cosa que observar y, sin embargo, no se cansaba de hacerlo. Tal vez fuera la luz del Levante, lo exótico del ambiente, o la abierta personalidad de la gente. No era capaz de entenderlo, pero se sentía feliz.

Una mañana apareció Meriam, la sobrina de Tannouki, una preciosa criatura que no tendría más de diecisiete años con la belleza virginal de una pequeña diosa. La piel blanca, ligeramente tostada por el sol, los ojos almendrados de color miel, los senos firmes de la juventud. Al principio, le pareció recatada y tímida, ella debía encargarse de limpiar y hacer las habitaciones incluida la suya, mientras él paseaba por la ciudad. También ayudaba

silenciosamente sirviendo la mesa, mientras Tannouki la observaba con orgullo desde el extremo del comedor, suspirando. Después el hombre se sinceró con él.

—Señor Harding, ¿ha visto que bella es mi sobrina Meriam? Es la hija menor de mi hermana Rosa que vive en Tiro, y la ha mandado aquí para que vaya aprendiendo el oficio y ganándose la vida. ¡Una boca menos en estos años tan difíciles! ¡Estas mujeres mediterráneas son como nuestra tierra, con un enorme corazón, apasionadas y tímidas al tiempo!

Thomas asintió educadamente. Sentía curiosidad por lo que Tannouki pudiera contarle acerca de los turcos, ya que él apenas notaba la presencia otomana en Beirut.

—Es cierto que son muy bellas las mujeres aquí —Thomas lanzó una pulla a Tannouki—. ¿No temen que las secuestren y se las lleven a los harenes de Constantinopla?

—¡No! ¡Señor, por Dios! ¡Jamás se atreverían! ¡Además, para el tiempo que les queda de estar aquí! Verá, monsieur, los turcos saben que están cerrando una época y pronto terminarán por irse. ¡Pero nos lo han hecho pasar duro, no crea, señor! Ya sabe usted, no son gente fácil, en justicia tendré que admitir que tengo algunos amigos turcos, y de uno en uno parecen buena gente… Aunque este gobernador de Beirut es un hueso duro de roer. Creo que no van más allá por los franceses. ¡Si no fuera por ellos! Son como nuestros protectores. ¡Pero aún tendremos que ver muchas cosas! Nuestros parientes en religión, los armenios, lo van a pasar mal. Tengo algún amigo en Turquía y las noticias que llegan de tanto en tanto no son nada esperanzadoras. ¡Qué complicados somos los seres humanos!
Tannouki iba y venía, no paraba nunca, quería estar en todo y tras él, incansable, iba Mohamed, un criado musulmán que le ayudaba a cambiar un mueble de sitio, colgaba una cortina, limpiaba a fondo un metal, o colocaba un jarrón con flores, haciendo todo lo que el amo mandaba sin rechistar y siempre sonriente.

—¿Ve usted, señor? Esta es una peculiaridad de Beirut. Aquí los cristianos a veces tenemos criados musulmanes, y a pesar de las leyes, los turcos prefieren mirar para otro lado. ¡Qué van a hacer! En Turquía los cristianos, salvo claro está, las empresas europeas o las embajadas, no pueden hacer lo mismo. Este Mohamed

es una joya, puedo decírselo a usted tranquilamente, porque no entiende el francés, y no quiero que se lo crea. Pero la verdad, es como mi mano derecha. Aquí tenemos muy claro que hay un solo Dios que nos vigila a todos, y que el mismo diablo es el que nos enfrenta a unos contra otros… ¡Bueno, el diablo! Los sirios, los turcos y los drusos, esos están mal de la cabeza. Ya sabe lo mal que nos llevamos los maronitas y los drusos. ¡Cosas de la vida!

Tannouki se acercó hasta que estuvo junto a él, casi rozándole, como si fuera a hacerle una confidencia, y en efecto habló en voz baja, casi inaudible.

—No sé si habrá alguna vez un país llamado Líbano, verdaderamente libre, señor, o si siempre dependeremos de unos u otros. Ahora, los turcos, mañana, se lo adelantaré por si no lo ha intuido, los franceses, pasado mañana tal vez los sirios, que pretenden desarrollar lo que algunos iluminados llaman «la Gran Siria», un enorme país compuesto por Siria, el Monte Líbano, Transjordania, Palestina, Chipre, y ya por qué no, Iraq… ¡Ah! ¡Y, claro, la capital en Damasco! Entonces Beirut solo volvería a ser el puerto de provincias por donde entrarían las mercancías. Y eso es una idea más cristiana que musulmana. Puede creerme. ¡Sí, sí, aquí los maronitas somos los elegidos, y con tal de hacerles la puñeta a los grecoortodoxos, a los católicos o a los siríacos, somos capaces de todo! Le confesaré algo, la culpa, en este difícil asunto no la tiene la media luna, sino las cruces. Me sabe mal decirlo, pero es así. Bueno, señor, estará usted harto de mí, así que le dejo un rato tranquilo. ¡Pero solo un rato!

Tannouki se alejó moviendo la cabeza, arrepentido de haber hecho aquellas confesiones a un extranjero.

Sentado en la terraza, cubierta por la espesa parra que trepaba con fuerza, Thomas creía saber algo acerca de los fenicios, el fascinante pueblo que se asentó alguna vez en aquella costa. Por aquel lugar, tal vez justo en aquellas mismas rocas donde se asentaba el hotel, en aquella misma playa, egipcios, hititas, sumerios, asirios y babilonios habían pasado unos tras otros, dejando tras ellos el poso de las distintas culturas. Suspiró. Tras el carácter abierto y complejo de Tannouki debían de hallarse todos ellos. Suspicaces, astutos, cínicos, mordaces, inteligentes pero sobre todo humanos, profundamente humanos. Para poder comprender algo de todo

aquello, debería permanecer allí muchos años, y por muchos que fueran, tal vez no tendría suficiente tiempo con una vida. ¿Cuántas le harían falta para ello? Una cosa era su tranquilo y silencioso despacho en Oxford, repleto hasta arriba de libros, mapas, láminas y fragmentos de piedras y cerámicas, y otra muy diferente aquella luminosa y dinámica realidad que lo envolvía sin tregua. Sintió un escalofrío. Algo dentro de él cambiaba con suma rapidez. La percepción del mundo como un lugar creado para mayor gloria de Gran Bretaña, se estaba diluyendo rápidamente en su interior.

Meriam era una verdadera belleza, pero sobre todo una joven apasionada. Una mañana a última hora la encontró haciendo la cama y solo quiso gastarle una broma. No era su verdadero carácter, unos meses atrás jamás hubiera pensado en algo semejante. Pero al verla, tan hermosa e ingenua, algo en su interior se olvidó de todos sus prejuicios.

Se acercó por detrás y la tomó por la cintura para asustarla. Ella chilló y él comenzó a reírse, tropezó con la alfombra y ambos cayeron sobre la cama a causa del impulso.

Todo ocurrió en el preciso instante en que el redondo rostro de Tannouki se asomó a la puerta, con sus ojos saliéndose de las órbitas.

—¡Pero, monsieur! ¿Qué ocurre aquí? ¡Por Dios bendito, Meriam!

Mientras se incorporaba, Thomas se volvió azorado aún sonriendo.

—¡Nada, Tannouki! ¡No era más que una broma! Una verdadera estupidez, una tontería por mi parte. Verá usted, ella estaba de espaldas y solo pretendía asustarla. No tiene ninguna importancia. Le pido excusas, tal vez la he asustado…

Pero el sudoroso y serio rostro de Tannouki afirmaba todo lo contrario, mientras Meriam desaparecía de la habitación como si hubiera entrado el mismo diablo.

—¡Uf, monsieur! ¡Perdone el señor, pero aquí no se pueden gastar bromas con las mujeres…! Verá. Ya se lo expliqué. Ella está bajo mi tutela, aún es demasiado joven y ningún hombre puede tocarla. ¿Comprende? ¡Ningún hombre! Si sus hermanos supieran lo que acaba de suceder, podrían malinterpretar el asunto… y entonces… ¡Sí, sí! ¡No hace falta que se disculpe conmigo,

monsieur! ¡Yo le creo! Pero esta tontería para usted podría costarle la vida a ella. ¡No, no se ría, señor! ¡Usted no comprende nada de todo esto! Y verdaderamente tal vez sea difícil de entender para un europeo —Tannouki estaba alterado—. Pero nos vamos a hacer un mutuo favor. Lo primero debemos olvidar lo sucedido. A mí no me cabe la menor duda de que usted va de buena fe. Me consta, pero le ruego que no me malinterprete. Debe abandonar de inmediato mi hotel. ¡Ahora mismo! Le ayudaré a recoger sus cosas y le pediré un carro para que le conduzca a otro establecimiento. ¡Y mire que lo siento! ¡Con lo bien que me cae usted! ¡Qué lástima! Pero no podemos hacer otra cosa. Es por el bien de ella y por el de todos. ¡Por Dios! No le cuente a nadie lo sucedido. Simplemente olvídelo. Esto no ha ocurrido… no ha sucedido…

Thomas Harding permanecía estupefacto, sin comprender nada. ¿Aquel hombre le estaba echando a la calle por una pequeña broma sin importancia? No sabía si iba en serio, si aquella especie de filípica era parte de la chanza y, tal vez, unos pocos segundos más tarde Tannouki estaría riéndose de él a carcajada limpia. No podría ser de otra manera.

Pero no, Tannouki se frotaba las manos con ansiedad mientras barboteaba.

—Estoy muy asustado, señor. Esta tontería como usted la ha llamado se puede complicar. Usted debe olvidarlo todo, ¡todo! Yo ya no me acuerdo de nada. Pero verá, las mujeres son a veces imprudentes y no sé si ella será capaz de borrarlo de su cabeza. Tendré que hablar con Meriam despacio y hacérselo entender, porque si no, no sé lo qué podría llegar a ocurrir. Y ahora de nuevo le ruego que recoja sus cosas. Es en serio. Hágame caso.

Thomas comprendió que aquel hombre no estaba gastándole ninguna broma. Se encogió de hombros algo azorado, pesaroso por ser el causante de la embarazosa situación.

—Bueno, Tannouki, la verdad es que lo siento. Me encontraba muy a gusto aquí. ¡Pero qué le vamos a hacer! Ha sido una estupidez por mi parte, y vuelvo a rogarle que me perdone. Avisaré a Baker y al señor Stanson de que nos vamos. Pero van a pensar que no sé lo que digo, porque esta misma mañana les he asegurado que seguiríamos en Beirut una temporada y que este hotel era el lugar perfecto, aquí me sentía como en casa.

Thomas se dio cuenta del grueso lagrimón que corría por la mejilla de Tannouki, y empezó a pensar que había algo más que él desconocía en todo aquel asunto. ¿Qué había sucedido tan grave y rotundo para que las cosas se hubieran puesto de aquella manera?

Tannouki comprendió lo que estaba pasando por su cabeza.

—¡Ah, señor! Usted no conoce nuestras costumbres ni nuestra idiosincrasia. Verá, aquí, para bien y para mal, la mujer es la depositaria del honor de toda la familia. Y eso es lo único que al final importa. Le explicaré. Podremos ser ricos o pobres, poderosos o humildes, afortunados o desgraciados, pero lo que al final nos iguala o nos diferencia, es el honor. Si se pierde, todo lo demás no importa. Es como si se dejara de existir, o peor aún, como caer en el infierno. Y es la mujer la portadora de ese valor. Ella debe actuar de una manera rígida, si usted quiere, pero así ha sido desde siempre, y no solo para los musulmanes, aunque reconoceré que tal vez ellos sean más exigentes. Ocurre lo mismo con nosotros, los cristianos, con cualquier clase de cristiano, ya sean maronitas, grecoortodoxos, católicos o lo que usted quiera, ¡yo que sé! Verá, si Meriam le cuenta a alguien lo ocurrido. ¡Podría morir! ¡Caer en una cama con un extranjero! ¡Estaría sentenciada! Cualquiera de sus hermanos o primos tendría el deber de asesinarla, con el beneplácito de los demás miembros de la familia. Si usted me replica que eso sería una barbaridad, tendré que aceptarlo, pero ello no evitaría las consecuencias. ¿Me entiende? Es más, el causante del agravio, en este caso usted, también correría grave peligro. Y eso no quiere decir que todos, incluso el propio pariente que la asesinara, no lloraran la muerte de Meriam. ¡Claro que lo harían! ¡Sería como si hubiera ocurrido un accidente, una fatalidad! ¡Ah, señor! A veces las costumbres, que al final siempre son leyes, son crueles, pero es algo que no se puede cambiar de la noche a la mañana. Váyase pues, no estoy disgustado con usted, pero no tengo alternativa. No puedo hacer otra cosa. Le recordaré siempre con aprecio, y le ruego, por su seguridad, que sea extremadamente prudente en su trato con las mujeres de esta tierra.

No hubo más que hablar. De inmediato Thomas avisó de la decisión de marcharse a Stanson y a Baker que lo observaron extrañados pero sin replicar. Apenas dos horas más tarde, un carro tirado por un mulo cargaba con sus pertenencias. Los baúles, el gran mundo

donde llevaba colgados sus trajes y sus camisas almidonadas, las pesadas cajas con los libros, los aperos, los bultos con las tiendas de campaña y los pertrechos, las armas enfundadas, el aparato de topografía y los catalejos con trípode. Aunque casi todo ello había permanecido cerrado, eran muchas cosas a controlar y supervisar. Desde allí se dirigieron en silencio a otro pequeño hotel, regentado por un francés, situado en la misma playa y cercano a la universidad protestante, apenas a una milla de distancia del hotel de Tannouki, que se despidió de él dándole la mano con los ojos llorosos.

—Adiós, monsieur Harding, y que Dios le proteja, le echaré de menos.

—Adiós, Tannouki, me llevo un recuerdo agridulce, y la esperanza de que finalmente todo se olvide. Adiós.

El nuevo establecimiento, El Marsellés, era un lugar muy diferente, pretencioso, un hotelucho de provincias con una decoración que rozaba el mal gusto. El cabecero dorado de la *suite* que le habían asignado le hizo reflexionar, aquel era otro Beirut. El «marsellés», resultó ser un chipriota que había vivido unos años en Marsella, donde se casó con una francesa, que debía de seguir con él, pues mantenían una bronca continua, a veces desde el interior de la cocina. El restaurante era excelente, con sabrosas carnes y pescados preparados como en cualquier otro lugar de Francia. En eso al menos no había perdido. Después cambió impresiones con Stanson sobre todo ello.

—Señor Stanson, creo que deberíamos alquilar una casa aquí en Beirut para unos tres meses. Si quiere podemos venir a comer aquí de vez en cuando, pero como hotel, no me convence. Además, en una casa propia dispondríamos mucho mejor nuestra base de operaciones, y haríamos excursiones a los lugares que debemos visitar. Le enumeraré. Quisiera visitar las estelas de Nahr el-Kalb, que está aquí al lado, por supuesto, Biblos, que tiene muchas cosas interesantes, aunque en realidad ha sido muy estudiado desde tiempos ancestrales, ¡pero en fin, yo también quiero verlo! Le propongo después un *tour* por Trípoli y más tarde, por supuesto, cruzaríamos el valle de la Bekaa para visitar Baalbek. ¡Esos templos son impresionantes! Y tal vez nos hagan comprender mejor cómo

pensaban los que se atrevieron a proyectarlos y construirlos. Por último, le propongo que viajemos al sur, a Sidón. Por lo que sé, los turcos encontraron allí hace apenas diez años los restos de un templo fenicio. Quisiera echarles un vistazo, también visitar Tiro, la capital de la antigua Fenicia. Esa ciudad fue la que atrajo a Nabucodonosor y después a Alejandro Magno. Como comprenderá, Stanson, yo no pretendo ser menos.

Stanson lo observaba imperturbable.

—Lo que usted diga, señor Harding. Yo apenas conozco nada de todo ello, y lo que usted ordene estará bien por mí. Pero si me permite la indiscreción, le diré que ese Tannouki nos ha echado de mala manera de su hotel. ¿Por qué lo ha permitido?

Thomas suspiró, permaneciendo unos instantes en silencio.

—Señor Stanson, contestaré con gusto a su pregunta. Mire, esta gente tiene sus peculiaridades. Y podrá creerme si le aseguro que ese hombre me ha hecho un gran favor, y no puedo ni debo traicionar su confianza. No nos ha echado, la culpa ha sido solo mía por una estupidez. No le diré más. Aquí vamos a permanecer solo lo imprescindible, aunque es evidente que este lugar no posee el encanto natural de aquel establecimiento. Así que olvide todo eso, se lo ruego. Le agradecería que me ayudase a organizar la visita a Nahr
el-Kalb,
que según me han dicho significa «río del perro». La historia no perdona, y si me lo permite, le daré un consejo. Intente disfrutar de este viaje. Usted ha vivido en el norte de la India, conoce otros lugares exóticos y podrá comparar mucho mejor que yo sobre un Oriente y otro; aunque no subestime al Líbano, este es uno de los países que ha colaborado en crear al mundo tal y como lo conocemos.

Stanson sonrió mientras asentía.

—Sí, señor Harding, estoy de acuerdo, y ahora, si me lo permite, le confesaré que me siento muy satisfecho de tener la oportunidad de acompañarle en este viaje. Al principio no era más que otro trabajo bien remunerado, y para serle franco, la verdad es que cuando me lo propusieron, no me apetecía volver a Oriente. Ahora, le agradezco que me haya traído, pues dentro de mis limitaciones, puedo apreciar que este país es muy interesante y ya con mi edad,

también noto que el tiempo es aquí mucho mejor que en Inglaterra. Me duelen menos los huesos. Así que por mí está bien y, además, estoy agradecido.

Aquella misma tarde, Thomas recibió la invitación del cónsul británico para acompañarlo a la recepción del gobernador turco en Beirut. La recepción tendría lugar el viernes, dos días más tarde. Pero el cónsul, un tal Winston Benjamin le rogaba que antes se pusiera en contacto con él. Escribió una nota de contestación y se la entregó al mensajero.

Beirut, 15 de octubre de 1909
A la atención del Honorable Señor Winston Benjamin.
Cónsul de Gran Bretaña en Beirut
Acreditado ante el Monte Libano

Apreciado Cónsul: Agradeciendo su amable invitación, tendré el placer de visitarle mañana jueves a las 17:30 en el Consulado.

Un saludo.

Fdo. Thomas Harding - Profesor
Universidad de Oxford

Después intentó visitar de nuevo al padre Donnelly y caminó dando un paseo hasta la universidad. El portero le contó con cierto abatimiento que acababan de darle sepultura.

—¡Qué le vamos a hacer! ¡Ese hombre era un gran sabio y es una lamentable pérdida para todos!

Thomas asintió y se dio la vuelta, pensando que había tenido la oportunidad de llegar a conocerlo por pocos días.

En aquel momento abandonaba el portal de la universidad un hombre de edad madura, alto, rubio, de rostro pecoso, que se presentó como Augustus Newman. Intuyó por su acento que se trataba de un escocés de las Tierras Altas. Pareció encantando de conocerle y de cambiar impresiones con un compatriota. Le invitó a tomar un té en la terraza de la biblioteca. Augustus Newman pronunciaba lentamente, desde su grave voz de fumador

empedernido, manteniendo el marcado acento escocés, a pesar de que le aseguró que llevaba muchos años en Oriente.

—Así que usted es Thomas Harding. Ya me habían comentado que andaba usted por aquí. ¡Qué casualidad! ¡Qué pequeño es el mundo! Le diré con satisfacción que llegué a conocer a su abuelo Henry Harding en Constantinopla. Entonces era yo un joven inexperto y él estaba a punto de jubilarse de su cargo de secretario de la Embajada. Los turcos pretenden que llamemos a esa bella ciudad Estambul, pero no creo que lo consigan. Ya sabe «*Eis tên polin*», que en turco antiguo venía a decir algo así como «hacia la ciudad», el grito de guerra con el que los otomanos enardecían a sus tropas para que atacasen las murallas, y ese grito se fue contrayendo con los siglos hasta convertirse en el Estambul que hoy conocemos. Su abuelo fue allí secretario de la Embajada de Gran Bretaña, y sé que falleció hace ya doce años. Un gran hombre que sabía muchísimo sobre la gran cuestión, la pregunta que hoy en día se hacen todos los Gobiernos europeos. ¿Qué va a suceder con los restos del naufragio del Imperio otomano? Él era un experto y estoy seguro de que usted habrá leído sus diarios, porque aquel hombre lo apuntaba todo y usted da la impresión de que lee mucho.

Thomas Harding asintió complacido. Sí que era una estupenda casualidad. Newman le observaba minuciosamente mientras encendía un cigarrillo, intentando tal vez encontrar algún parecido con su abuelo. No se sentía capaz de explicarle que aquellos diarios habían sido requisados por su padre y guardados bajo siete llaves. Según había podido deducir, por alguna razón «inconfesable», que él podía imaginar a través de unas cartas traspapeladas, que había leído con asombro la tarde que las encontró en el interior de un polvoriento maletín, escondidas bajo unos cajones en la buhardilla de su casa.

Su abuelo había tenido un amante homosexual, en una azarosa y larga relación en Constantinopla. Observó los azules y fríos ojos de Newman intentando encontrar en ellos alguna señal. ¿Sería también Newman homosexual? Era ya un hombre mayor, tal vez cuarenta y tantos, soltero, de manos y cabello muy cuidados, casi atildados, de modales impecables, ligeramente, pero solo ligeramente, amanerado. Sí, podría serlo perfectamente. Y en Constantinopla, aquella ciudad oriental y cosmopolita, donde nadie se asombraba de

nada, ni nadie podía juzgar a otro por algo semejante… todo podría haber sido posible.

En cuanto a él, tampoco podría atreverse a juzgarlo por ello. Recordaba su esporádica relación con Robert Maxwell, en la habitación del colegio en Oxford. ¡Bah, cosas de la juventud! El interés por todo lo que se refería al sexo. Era cierto que durante una época mantuvieron algo así como una atracción mutua, en la que Robert se le había insinuado. Después, incluso hubo algo más que deseaba borrar de su mente. ¡Aquello ya estaba más que olvidado! Ahora, por lo que sabía, Robert vivía en los Estados Unidos, en Nueva Inglaterra, donde daba clases de literatura como profesor en Harvard, y eso era algo que había quedado definitivamente atrás. ¿Atrás? De vez en cuando seguía soñando, sin poder evitarlo con aquel fin de semana en el increíble palacete de los tíos de Robert en Middlesex. Eso en realidad sería difícil de olvidar.

—Sí, mi querido amigo —Newman interrumpió sus pensamientos mientras hablaba con una cálida y hermosa voz—, su abuelo Henry fue un gran hombre. Después de aquello ya no supe nada más de él hasta su fallecimiento. Pero le aseguro que me impresionó su enorme cultura y, sobre todo, su gran sensibilidad. El poco tiempo que permanecí cerca de él, aprendí algunas cosas muy interesantes. ¡Aquel hombre sabía tanto!

¡Ah! ¡Así que la historia de su abuelo era cierta! —Thomas acababa de disipar las últimas dudas—. Bueno, agua pasada. Su abuelo era su abuelo, y él era él. Sin embargo, la insistente mirada de su interlocutor le hacía pensar que buscaba una cierta complicidad, como si supiera lo que estaba pasando por su mente.

—Sí, Thomas, le decía que aquí van a pasar muchas cosas. Recuerde mi joven amigo el golpe de Estado del año pasado en Constantinopla, y la toma de poder de esos Jóvenes Turcos. En realidad, un verdadero seísmo geopolítico que nos envía claras señales de que todo va a cambiar pronto. Se aproxima el final del Imperio otomano, pero antes veremos un intenso drama. No es como simplemente decir «Bueno, la función ha terminado, hasta otro día». Por cierto, ¿tiene tiempo esta mañana?, ¿le gustaría acompañarme? Conozco aquí a alguien que merece la pena, y tal vez le interese escuchar. ¡Sí, es cierto! ¡Se parece usted bastante a su abuelo!

Thomas asintió. En realidad, por eso era por lo que había viajado hasta allí. No solo para observar las viejas piedras de Baalbek y de Biblos. Cada día que pasaba, pensaba que lo más importante de la historia era contemplar los restos del gran naufragio, cómo habían llegado a ser los diferentes pueblos, en lo que se habían convertido con el paso de los siglos. A menudo pensaba que el transcurrir del tiempo era como si todo pasara a través de las piedras de un gigantesco molino, triturándolo todo, dejando solo aquel leve polvillo dorado que al final también desaparecería arrastrado por el viento de la historia. Una sensación extraña y estremecedora.

No se demoraron mucho más. Newman subió un instante a su habitación para coger una liviana chaqueta de algodón, ya que comenzaba a refrescar en Beirut y más con aquella leve brisa del oeste. Después caminaron con rapidez hacia la parte antigua de la ciudad. Augustus Newman lo observaba todo, se fijaba en el menor detalle y comentaba en voz alta sobre lo que iba pensando.

—Mire, Thomas. Esta gente, me refiero a los diferentes pueblos que conforman Siria y más en esta zona, a la que podríamos llamar el Levante, son en realidad una población heterogénea, con raíces muy diversas, culturas incluso opuestas en algún caso y, sin embargo, aquí los tiene usted, conformando uno de los países más atractivos de Oriente Próximo. En la montaña, es decir, el «*Djebal*» —el Monte Líbano—, tenemos a los griegos ortodoxos y a los maronitas, ambos cristianos, viviendo junto a uno de los pueblos más extraordinarios que conozco, los drusos. ¿Ha hablado usted con alguno de ellos? Étnicamente son un pueblo árabe, pero no son en realidad musulmanes. Ellos se llaman a sí mismos los «*ahl al-Tawhïd*», es decir, «gente de un solo Dios». Su religión monoteísta reconoce por supuesto a Mahoma, pero también a Cristo, a Moisés y a todos los demás profetas judeocristianos. Ahora bien, no crea usted que le van a contar nada sobre su fe, que es una lejana derivación del chiísmo, pero incorporando una teología casi neoplatónica, pues creen en un dios que se parece al de los gnósticos. Tienen un sentido religioso muy radical, pero es cierto que se basan en ayudar al prójimo, en respetar a los mayores, en no romper la palabra dada, en la patria y en un único Dios todopoderoso. No quieren

saber nada de la poligamia, y por supuesto tampoco prueban el cerdo ni el alcohol… A fuer de estrictos, ni tan siquiera fuman. Lo más curioso en realidad es su comportamiento con los demás. Le explicaré. Siguen desde hace siglos lo que se conoce como «*taqqiya*», es decir, imitan externamente el comportamiento de los musulmanes con los que conviven, para disimular sus verdaderas creencias, pues muchas veces han sido violentamente rechazados, incluso asesinados por esa causa. Aunque no creen en la oración, ni en el ayuno, ni en el Ramadán, lo siguen fielmente en apariencia, se mimetizan para intentar no crear conflictos. Mire, precisamente esos que vienen por ahí son drusos «*uqqal*», es decir, dentro de ellos, los sabios, o la minoría iniciada en los secretos de su religión. Observará que visten de negro con un turbante blanco. Ya sabe, todo existe por voluntad divina, y la máxima felicidad es sentirse en unión con Dios que, según ellos, nos rodea por todas partes. Bueno, si el tema le interesa, algún día le presentaré al jefe de un clan druso —Newman hablaba con rapidez mientras caminaba, y Thomas iba junto a él, fascinado por la increíble personalidad de aquel hombre.

»Ya estamos llegando, es ahí, en ese almacén de alfombras de mi amigo Levon Abramian. Entre. Es un buen amigo mío, así que con él podemos expresarnos tranquilamente. Además es probritánico. ¡Y aquí no hay demasiados!

Augustus Newman y Thomas Harding entraron a través de un antiguo soportal a un gran patio interior cubierto por lienzos de lana oscura. Una pequeña fuente refrescaba el ambiente y una palmera de gran altura rozaba con sus hojas la parte superior del techo en forma de tienda de campaña. Un hombre de piel muy blanca, nariz grande y cabello negro se acercó a ellos.

—¡Ah! ¡Qué inesperada y grata visita! ¡Mi querido amigo Augustus Newman! ¡La verdad es que se hace usted de querer! ¿Y usted? ¿No es usted el inglés que durante unas semanas se alojó en el hotel del bueno de Tannouki? —Thomas asintió, aturdido por la información de aquel hombre, ¿cómo podría conocerlo?—. ¡Ah, sí! ¡Este Beirut no es más que un pueblo grande con ínfulas de ciudad! ¡Pero debo advertirle que aquí nos conocemos todos y nadie logra pasar desapercibido!… Eso tiene su lado bueno y su lado malo, ¡malísimo! Aquí los cristianos no necesitan ir a confesarse, todos

conocen los pecadillos de sus vecinos… ¡Se los resumiré! ¡Envidia, lujuria y maledicencia! ¿Qué les parece? Se podría resumir en que no nos conformamos con lo que Dios nos ha otorgado. ¡Pero pasen y tomen asiento! ¿Un té con limón? ¡Ah, sí! ¡Los ingleses! ¡Té con limón helado! ¡La mejor bebida del mundo!

—Levon —entre los dos hombres existía una vieja amistad—, mi nuevo amigo Thomas Harding es profesor de arte antiguo de la mismísima Universidad de Oxford. Y a usted, Thomas, le advierto que Levon Abramian es un verdadero armenio, pero ante todo y sobre todo un buen amigo de Inglaterra. Ya sabe usted, los armenios son tradicionalmente amigos de Francia, y aceptaré que con razón, pero nuestro Abramian siente una especial debilidad por Gran Bretaña. Algún día entenderá usted hasta qué punto. Y ahora por qué no nos comenta usted, Abramian, las últimas novedades. Estoy impaciente por escucharle —Newman guiñó un ojo a Thomas, como queriendo prepararle para lo que les aguardaba.

Tomaron asiento en una de las grandes estancias que daban al patio. Una sala de atmósfera oriental y de altos techos de madera, formando un artesonado pintado a mano, con el suelo de barro cubierto de alfombras y exquisitas lámparas de bronce, tal vez excesivamente complicadas.

—Le gusta, ¿verdad? —Abramian parecía orgulloso de aquel caserón—. Esto es la parte superviviente de un antiguo palacete y como mínimo le daría entre trescientos y cuatrocientos años. Para mí es un lugar ideal, donde se está fresco en verano y caliente en invierno, cuando pongo ese gran brasero de bronce que debe proceder del mismísimo Saladino. Verá, me dedico a la exportación e importación y tuve la oportunidad de comprar este palacio cuando aún valía poco dinero. Ahora están llegando a Beirut bastantes armenios. ¿Ha oído hablar de las matanzas que han tenido lugar en Adana? Vienen hasta aquí porque consideran que Beirut es la cuna del cristianismo monofisita[3], aunque la verdadera madre de nuestra iglesia está en Antioquía. Están llegando tantos que el problema es que la gente de aquí, aunque es muy acogedora, empieza a estar harta de esta invasión pacífica pero masiva. Verán, les diré que esto no ha hecho más que empezar. El sultán Abdul Hamid aún sigue ahí, a pesar del golpe de Estado de los Jóvenes Turcos, y aunque muchos de mis compatriotas están convencidos de

que las cosas van a mejorar, algunos creemos lo contrario. Se van a poner peor que nunca, y ojalá me equivoque. ¿Qué tal ese té? ¿Les gusta? Este viene de muy lejos, del sur de la India, y por lo que me asegura el mercader que me lo vende, es de una clase especial.

Abramian bebió un largo sorbo paladeándolo y permaneció unos instantes pensativo, con la mirada pérdida, hasta que se dirigió a Thomas.

—Por lo que intuyo, a usted también le ocurre lo mismo. Apenas acaba de llegar a Beirut y ya está sintiendo esa extraña atracción a la que nadie puede resistirse. Le diré que no debe preocuparse, no solo le pasa a usted. Esta tierra tiene algo singular, maravilloso, que ha atraído a la gente desde el principio de los tiempos. El Monte Líbano es un pequeño territorio del Vilayato de Siria, que a su vez es una parte fundamental del Imperio otomano. Como les decía, muchos de mis compatriotas se dirigen en estos tiempos hacia aquí, otros van hasta Egipto o Palestina, a causa de las terribles matanzas de Adana y de toda la Cilicia…, y los que pueden emigran a Francia, Inglaterra o los Estados Unidos.

—Abramian, ¿qué ocurrió allí realmente? —Newman se mostraba vivamente interesado al notar cómo el tema afectaba a su amigo.

—¡Ah, querido Augustus! Le diré que debo hacer un enorme esfuerzo para intentar narrarlo con serenidad, debo hacer de tripas corazón, ya que como testigo tengo la obligación de no olvidarlo, aunque tampoco creo que pudiera hacerlo. Demuestra el clima político real, cómo los turcos intentan mantener a sangre y fuego la cohesión de un imperio que se les está disolviendo como un azucarillo. Si Abdul Hamid es un tirano asesino, esos que llaman Jóvenes Turcos van a hacer cierto el dicho de que «otros vendrán, que bueno te harán». Pero si me permite, me remontaré a finales del año pasado, a noviembre de 1908, para que puedan comprender bien la situación.

Thomas Harding permanecía silencioso, expectante. Ya no escuchaba la aséptica historia antigua de uno de sus catedráticos de Oxford, mientras intentaba dar una explicación sobre un mundo desaparecido hacía milenios, buscando razones en la historia, observando cuatro vestigios o unas polvorientas viejas piedras. Estaba allí, en el centro mismo de la historia, escuchando la voz de

una de las víctimas, inmerso en la gran ola que iba a cambiar el mundo de un momento a otro. De eso no tenía la menor duda, desde el primer momento en que se asomó a la borda del barco y vio el perfil de la vieja ciudad recortada con sus iglesias y mezquitas.

—Los turcos hicieron correr rumores de que los armenios estábamos preparando un gran levantamiento en toda Cilicia, para lograr la independencia de la «Pequeña Armenia». Y es cierto que existían movimientos en tal sentido, no lo negaré. Pero, amigos míos, ya no podíamos aguantar más la crueldad del valí, la perfidia de los kaimakan y los confiscatorios impuestos de los mudir. Este enorme imperio se fundamenta en las distintas naciones que lo componen, estoy hablando de comunidades religiosas, que no de territorios. Pues, ¿qué es el Imperio otomano? Además de los turcos, todos ellos mahometanos, coexisten en él musulmanes, sunnitas o chiitas, drusos, alawitas, cristianos, griegos ortodoxos, católicos, maronitas, armenios gregorianos, judíos sefardíes o askhenazíes y últimamente hasta protestantes. Y les diré una cosa, por ejemplo, dentro de los musulmanes muy poco tienen que ver los turcos con los árabes, ni estos con los kurdos, aunque los tres sean sunnitas. Los árabes del Hedjaz, de Arabia, están convencidos de que ellos son los auténticos musulmanes, por mucho que el título de califa de los creyentes lo ostente el sultán de Constantinopla. Murmuran que en la historia los otomanos son apenas unos recién llegados. Y eso ocurre en todo el ámbito del Estado turco. Aquí, en esta parte de Siria, que para mí sigue siendo la región del Líbano, se aprecia más que en ninguna otra parte. Tal vez estemos hablando de un lugar pequeño, pero posee una enorme historia. Les ruego perdonen la disquisición, les sigo explicando lo que ocurrió a finales de noviembre pasado.

Tanto Augustus Newman como Thomas Harding permanecían silenciosos, sin querer intervenir. Veían ante sí un ser humano golpeado directamente por las circunstancias, emocionado al narrar sus propias experiencias. En la estancia solo se movía un jilguero que saltaba en su jaula colgada del muro y que de vez en cuando trinaba.

Era aquel un lugar intemporal y hermoso. El ambiente no era más que una síntesis material de las historias vividas a lo largo de

los siglos. Un rayo de sol que se filtraba por la cubierta a través de los lienzos iba dibujando una larga línea de luz en las paredes, mientras la fuente borboteaba difundiendo una fresca atmósfera.

Aquel lugar le estaba aguardando desde siempre. No podría haber sucedido de otra manera. Intentó reprimir un suspiro y notó que su nuevo amigo Newman podía percibir sus sentimientos.

Abramian tenía los ojos húmedos. Lo que estaba narrando le afectaba profundamente, y tras un largo silencio de reflexión prosiguió con su narración.

—Para entonces ya se había corrido el rumor de que los armenios íbamos a intentar independizarnos en la Cilicia, aunque ello significase un terrible conflicto, digamos que el escenario estaba preparado. Todo lo que estaba por suceder no necesitaría justificación y, según los turcos, los armenios se lo habrían buscado y merecido. En Adana el valí Djevad, que siempre había sentido un profundo odio, un gran desprecio por los armenios, marchó a la corte, a Constantinopla, con un informe tan detallado como falso, acusándonos de traición, de estar preparando una insurrección en toda regla, y señalando a los pastores de la Iglesia armenia como instigadores de todo el asunto. Cilicia iba a ser el gran experimento. Para entonces el partido Ittihad ya dominaba las políticas locales en toda Anatolia. Curiosamente el trece de abril, hace apenas seis meses, el sultán dio un contragolpe y durante unos pocos días pareció que volvía al poder ejecutivo. Ese día comenzó la matanza de Adana. Se habían entregado en secreto todo tipo de armas a los kurdos y a los paisanos turcos por parte del Ejército.

»Les aseguro que debo hacer un gran esfuerzo para no emocionarme al recordar lo que sucedió. ¡Tal vez puedan entenderme si les digo que soy el único representante vivo de mi familia! La historia de los hombres es cruel y está bañada en sangre, pero eso no me consuela. ¡Más de treinta mil armenios de Adana perecieron degollados como corderos! ¡Treinta mil seres humanos! Fíjense hasta dónde pudo llegar la crueldad y la perversión de todo ello que el comisionado armenio, Hagop Babikian, el diputado por Edirne, escribió una larga carta conteniendo un detallado informe sobre lo sucedido, y por ello fue asesinado a su vuelta a Constantinopla, donde intentaron destruir su informe por todos los medios. Sin embargo, una copia del mismo llegó al poder del

patriarca, eso lo sé de cierto, y tarde o temprano se conocerá lo sucedido. Después los turcos montaron una parodia para demostrar la justicia del imperio, en definitiva, los culpables ya están libres, y por lo que sé, el editor del diario *Iktidal*, es decir, el instigador de la campaña antiarmenia en Adana, ya campa por sus respetos en Constantinopla. Por supuesto, volviendo a escribir enardecidos panfletos en contra de todos los armenios. ¡Y mientras tanto los partidos políticos que deberían representarnos, como tantas otras veces, lastimosamente, se encuentran divididos, algunos engañados, otros enfrentados entre sí, los más, frustrados y sin saber a qué carta quedarse! ¡Los armenios somos los patriotas más individualistas y divididos que conozco!

»Verán. Tanto el sultán, como los que aspiran al poder, en nombre de no sé qué libertades, en las que por supuesto no creen, están embarcados en estos días en un enorme temor. ¿Qué va a ser del Imperio otomano? Ustedes los ingleses aspiran a una gran parte, al igual que franceses, alemanes, rusos…, incluso los italianos pretenden su tajada. Y eso lo vamos a ver muy pronto. Por otro lado, los judíos, gente inteligente y paciente, esperan su oportunidad y quieren que se les entregue la parte de Palestina que fue su cuna ancestral hace más de dos mil años. Sobre todo, Judea y Samaria. Aquí en Beirut hay una comunidad judía que mantiene fuertes lazos con la de Salónica. Cuando se vayan los turcos, ya no habrá forma de mover de allí a los judíos. A diferencia de los cristianos armenios enfrentados directamente a los turcos, desde el mismo momento en que chocaron por primera vez, los judíos han tenido la habilidad de infiltrarse en la sociedad otomana y convivir con ella sin mayores traumas. Y no olviden que es precisamente en Salónica donde se está tramando para cambiar las estructuras de poder del imperio. ¿Han oído hablar de los "*dönmeh*"[4] o falsos conversos al islam? Bueno, pues les diré que desde ahí salieron los instigadores del movimiento de los Jóvenes Turcos, desde los mismos cuarteles de Salónica y desde la masonería en sus logias orientales. Muchas de esas ideas proceden de los judíos y de algún árabe que ha vivido en París. Esos son los creadores del Comité de la Unión y del Progreso, los verdaderos ideólogos del Ittihad, ¿por qué? El sionismo pretende controlar lo que va a suceder con el Levante turco, en el suroeste de Asia Menor, es decir, la Cilicia, y

por supuesto el Vilayato de Siria, es decir, Palestina, el Monte Líbano, la Transjordania y el Sinaí. Hay mucho en juego y los políticos turcos creen que eliminando a los armenios y a las minorías cristianas homogeneizarían Turquía, y de paso terminarían con unos incómodos testigos, que cada vez que sale el sol les recuerdan que esta tierra no es suya, que no lo será jamás y que, si siguen aquí, solo será por el filo de sus alfanjes y no por el derecho. ¡El derecho es nuestro!

Mientras Abramian, un tanto acalorado, exponía sus puntos de vista, Thomas empezaba a tomar posiciones en algo que hasta entonces nunca había pensado. A comprender que la historia no era ni más ni menos que la urdimbre que soportaba la pura y dura realidad que estaba viviendo. Sentía agradecimiento hacia Augustus Newman por haberlo conducido hasta la casa de Levon Abramian. Él nada sabía hasta aquel preciso instante sobre armenios o política turca, en todo caso algo sobre el sionismo, porque ese asunto desde siempre originaba gran debate en Inglaterra. Se encontraba en aquel país para poder preparar su verdadera ambición personal. La cátedra de historia antigua de Oxford. Más adelante incluso se atrevería, por qué no, a escribir sobre el arte de los pueblos más antiguos, como los hititas, los sumerios, los acadios, los fenicios, todo aquel interesante mundo del que apenas quedaban vestigios pero que había conformado la verdadera plataforma desde la que se había creado la civilización. También estaba sumamente interesado en las interrelaciones entre el mundo oriental y el mundo helénico. Cómo y de qué manera se habían ido influyendo mutuamente. Eso seguía allí, en los frisos, las columnatas, los bustos y las esculturas, en la misma arquitectura, en la manera de entender la ciudad. ¡Ah! ¡Qué apasionante le parecía! Al menos así lo sentía cuando pensaba en ello. Pero todo aquello empezaba a perder importancia en su mente, a pesar de su enorme afición por la estética primigenia, por la belleza inicial, por cómo pueblos tan antiguos tuvieron necesidad —eso era evidente— de incorporar lo bello a su vida cotidiana. Cuando le enseñaban una joya de oro trabajada hacía cuatro o cinco mil años, no podía dejar de pensar en el universo de aquellas gentes, en el sentido interior del arte que permanecía en lo humano, y lo sentía muy cercano, como si la joya hubiera sido forjada o trabajada el día anterior. ¿Qué invariantes se mantenían en el

espíritu del hombre a pesar de los enormes cambios a lo largo del tiempo?

Por eso había llegado hasta allí. Pero la dura, compleja realidad de lo cotidiano se imponía sobre la historia, y su interés era ahora muy distinto. Pensaba viajar al interior de Siria, a Mesopotamia, buscar también las raíces en Asia Menor, encontrar la concepción vital de aquellos antiguos que Homero supo transformar en mitos y epopeyas.

Con aquel armenio de imponente nariz y ojos negrísimos, el ambiente de un antiguo palacete orientalista, que si bien parecía caerse a pedazos emanaba un increíble encanto en cada una de sus piedras, las puras circunstancias modificaban todo su pensamiento. ¿Era así como sucedió? Ya no le interesaban los honores académicos, ni los premios, ni las condecoraciones. Solo comprender la realidad que allí lo transformaba en otro ser humano, conmovido por sentimientos, que hasta aquel preciso instante habían tenido muy poca importancia en su confortable y ordenada vida.

Sentía la boca seca, los pensamientos bullendo dentro de su cerebro, un vértigo que crecía por momentos dentro de él, y no solo a causa de las dramáticas palabras de Abramian o las nuevas experiencias. Era algo más profundo, mucho más importante, el mundo cambiaba con enorme rapidez a su alrededor, y si algo podía reconducirlo hacia un sentido más altruista, más positivo y más humano, todos ellos, incluyéndole a él mismo, tendrían que esforzarse mucho, aportando sin condiciones, grandeza y valor.

Caroline Weiler

ENERO DE 1910

Al comenzar 1910, Thomas Harding tomó la decisión de no regresar por el momento a Inglaterra. Nadie le aguardaba allí y tampoco se sentía suficientemente preparado para presentarse a la cátedra. Eso podría aguardar, mientras iba intentando entender aquel apasionante universo que era Oriente Próximo. No deseaba que lo catalogaran como un turista. Alguien que llegaba, picoteaba aquí y allá como las palomas del desierto y salía volando, sin saber bien cuál sería su próximo destino.

Por otra parte, notaba que la influencia de lo que allí estaba viviendo cambiaba por días su punto de vista, y sentía una profunda curiosidad por saber hasta dónde llegaría.

Desde principios de diciembre recibía clases intensivas de conversación en árabe literal, perfeccionando el buen árabe que le habían enseñado en Oxford. Se había empeñado en poder llegar a hablar como un árabe más, aunque era consciente de que no era una meta fácil. Sobre todo a causa de la endiablada rapidez con la que hablaban, los numerosos giros locales que empleaban y la enorme riqueza en metáforas, simbolismos e ironías en aquel precioso lenguaje. Le enseñaba un profesor jubilado de la Universidad de San José, un hombre llamado Abdel Hakim, que además le contaba cosas muy interesantes, la mayoría totalmente desconocidas para él. Retazos de historia, recetas, emplastos médicos, arquitectura popular, cotilleos, las pequeñas envidias y cuentos sobre este y aquel en Beirut, lo que también le permitía ir comprendiendo la rica y especial idiosincrasia de los levantinos. El viejo profesor era de esa clase de personas que conocían a todo el mundo, sus relaciones personales de afecto u odio, las anécdotas, incluso aquellas que no se podían contar, que eran casi todas, a quién pertenecía cada uno de los antiguos y característicos edificios del centro de Beirut, la gloria y las miserias, la nobleza y demás

circunstancias de cada una de las grandes familias árabes musulmanas o cristianas, turcas o judías, incluso lo que se decía de este o de aquel, o lo que se pensaba, o lo que no se podía contar sobre otro cualquiera, salvo acercando la boca de uno a la oreja del otro, en un mundo repleto de sabrosos secretos públicos para todos, menos para el señalado. Thomas Harding que se había educado en la discreción, el gusto por la historia antigua, en un ambiente de orden y silencio, estaba descubriendo hasta qué punto podría llegar a ser mucho más gratificante el mordaz cotilleo de los levantinos, las historias calientes como el exquisito pan recién elaborado en el horno de la esquina.

No solo era eso. Desde que había desembarcado hacía unos meses, se sentía como un niño en una tienda de juguetes. Fascinado por todo, comenzaba a entender aquella rica y particular idiosincrasia, incluso se lanzaba ya a hablar, en lo que le había parecido un incomprensible galimatías, del árabe de los habitantes de Beirut de una rapidez endiablada y unos localismos incomprensibles, que al principio le tuvieron desconcertado, a él, que había llegado allí convencido de que podía hablar y comprender a la perfección aquella lengua. Se propuso entender todo lo que escuchara en un plazo máximo de un año.

Fue entonces cuando decidió olvidar sus primeros proyectos. Pensándolo bien, nada tenía que hacer con urgencia en Inglaterra, y Abdel Hakim se estaba revelando como un extraordinario profesor, un hombre de gran talento y humanidad, con una cultura particular, pero que podía ayudarle a completar sus conocimientos en el bello idioma que se empleaba cotidianamente en Beirut, aunque era cierto que encontraba más gente de la que pensaba hablando un correcto francés, o incluso chapurreando algo de inglés. Por otra parte, Thomas era un alumno aventajado. Sabía estudiar, era constante, inteligente, aunque por encima de esas virtudes y aunque no quisiera reconocerlo, también poseía la tozudez propia de los Harding, y nada podía torcer su voluntad.

A mediados de febrero, Stanson recibió una inesperada llamada del consulado. Debía volver a Inglaterra, donde acababa de fallecer su única hermana. El hombre se despidió afectado tanto por el trágico suceso como por tener que abandonar a Thomas, quien le tranquilizó al decirle que volviera a su casa, que él se quedaría allí

el tiempo suficiente. Quería entender aquel nuevo universo, tan distinto, por el que de pronto había sentido una enorme atracción, como si durante toda su vida se hubiera estado preparando sin saberlo para ello. Además, seguía contando con Baker, su hombre de confianza, sin olvidar a Augustus Newman, con el que estaba trabando una muy buena amistad.

Newman conocía bien el país, y al igual que le ocurría a él, le confesó que su último deseo sería abandonarlo. Disfrutaba enseñándole las cosas más interesantes de Beirut y del entorno, y decidieron viajar juntos en la primavera a Baalbek y otros lugares del norte.

Stanson se embarcó hacia Inglaterra en el Star of India, que hacía la línea de Southampton a Bombay, con escalas en Aden, Puerto Saíd, Beirut, Limassol, El Pireo, Palermo, Málaga y Lisboa, finalizando en Southampton en un relajado viaje de poco más de cinco semanas. El mundo se hacía cada vez más pequeño y el genio de Fernando de Lesseps al construir el canal de Suez había colaborado en conseguirlo.

Stanson partió con un sabor agridulce; tenía más que suficiente con sus treinta y seis años en la India. Sin embargo, podía aceptar la juvenil fascinación de Thomas, un buen muchacho, pero con una vida demasiado blanda hasta la fecha, que se había quedado impactado por las esencias orientales, y al hacerlo había descubierto el paraíso.

A mediados de marzo Newman le invitó a compartir un viaje a Faqra. El único problema, mencionó, era que tendrían que acompañarle otras personas. ¿No tendría inconveniente en aceptar esa compañía? Thomas aseguró que muy al contrario, sería un placer compartir el viaje con aquellos turistas desconocidos —no podrían ser otra cosa—. Esa clase de gente que pretendía permanecer un mes en algún lugar exótico, y volver asegurando que lo conocían en profundidad. Se trataba de un tal Charles Weiler, su esposa y su hija. Confidencialmente le confesó que se trataba de un importante banquero de la City de Londres, con contactos políticos privilegiados. El rector de la Universidad de San José le había comprometido para que les acompañara, y les mostrara las ruinas grecorromanas. Acababan de llegar de Roma y Nápoles, y parecían entusiasmados con el Mediterráneo.

Newman comentó que algunos turistas habían llegado a Beirut con ánimo de ver las pirámides. —«¡No se sonría, mi querido amigo! ¡Hay gente para todo!»—. Irían hasta Baalbek en una diligencia, bastante incómoda por cierto, aguantando los baches del camino y los dos días casi completos que se tardaba en llegar. Pero Newman estaba convencido de que a pesar de todo saldrían satisfechos.

Desde el primer momento Thomas se mostró entusiasmado con la idea. Hacía tiempo que deseaba viajar a Baalbek, pero prefería no hacerlo solo, así que la excursión planteada por Newman era exactamente la oportunidad que estaba aguardando. Su única preocupación era perderse dos semanas de clases ahora que comenzaba a avanzar con más soltura. Aún así, el hecho de poder compartir aquella interesante excursión con otros compatriotas desconocidos, y el tener la oportunidad de disfrutar de la compañía de alguien tan singular y culto como Newman, le atraía muchísimo.

Cuando lo recogieron a la mañana siguiente y subió al coche tirado por cuatro caballos, se quedó sorprendido. El señor Weiler era un hombre grueso de cincuenta y tantos años, vestido demasiado elegantemente, con un atuendo algo impropio para viajar por Oriente. Su esposa, Clara Weiler, una mujer pálida, delgada y nerviosa, solo le lanzó una fugaz mirada, al tiempo que hacía una leve inclinación de cabeza como dándose por enterada de su presencia. En cuanto a Caroline Weiler, una preciosa y esbelta muchacha que tendría veinte, o tal vez veintidós años, le sonrió abiertamente, gratamente sorprendida de su nuevo compañero de viaje, de tener a alguien con el que podría hablar.

Thomas no tardó ni media hora en sentirse profundamente atraído por aquella hermosa, simpática y curiosa joven. Su madre intentó sin éxito frenar la andanada de preguntas que ella le dirigió durante las dos horas siguientes, hasta que el cochero decidió que habían llegado al lugar adecuado para un ligero descanso. Un ensanche en una amplia curva del estrecho camino, ya a una altura considerable, porque el este subía decididamente, con una preciosa vista del mar y de la recortada línea de costa. Los cedros enmarcaban el paisaje, y Caroline caminó hasta donde él se había colocado, mientras meditaba que jamás antes había apreciado una atmósfera tan diáfana, como si hubiera podido penetrar por arte de

magia en alguna de las pinturas clásicas del salón de su casa en Londres. Hacia el oeste, un Mediterráneo azul oscuro, con el mismo tono que si estuviera pintado, marcando la línea del horizonte, donde algún velero y un barco de vapor ponían la escala haciendo comprender la enorme dimensión de todo ello. Hacia el este, las montañas nevadas de la cordillera del Líbano, con algunos picos gigantescos.

—Impresionante —Caroline Weiler lo expresó con el corazón. Y era cierto, no se movía una hoja. Thomas temió por unos instantes estar interrumpiendo con su presencia algo portentoso.

—Sí que lo es. ¡Vaya si lo es! ¿No cree usted que ante escenarios como este, la gente tendría que pensar en los dioses? ¿No los percibe usted por aquí cerca? —Thomas se sentía eufórico e inspirado por aquella atractiva joven, pues llevaba demasiado tiempo sin hablar con una mujer.

—Sí. ¡Tiene razón! ¡Claro que los noto! Pan, Baco, los faunos y todos los demás —la joven se ruborizó—. No es como en el colegio, donde una los veía como algo encerrado entre las páginas de los libros. ¡Están aquí! Probablemente muertos de risa al ver unos turistas despistados. No se habrán molestado por nuestra presencia, ¿verdad?

Thomas disfrutaba de su erudición y decidió seguirle el juego a Caroline.

—¡Humm! ¡No probablemente! Aunque lo que me extraña, Caroline, es que no pueda verlos. ¡Pero si están ahí mismo! —Thomas señaló un grupo de cabras de largos cuernos, que iba ascendiendo lentamente por la abrupta ladera, mientras ramoneaban los arbustos—. ¡Ahí los tiene! ¡Esos son los siervos del fauno que acaba de cruzar el camino! ¡No me diga que no lo ha visto!… Bueno, tal vez sea porque aún lleva poco tiempo aquí, y al principio es como si se escondieran. A mí me ocurría lo mismo, era incapaz de verlos, hasta que un día fue como si descorrieran una cortina.

Thomas no podía dejar de observar el bello rostro de Caroline, su erguido busto, la delicadeza de sus manos. Tuvo que contener el irreprimible deseo de inclinarse y besarla; de no cometer una imprudencia.

—Verá, Caroline. Vamos camino de los templos de la diosa del

agua y de Astarté, la Astaroth de la Biblia, o si prefiere, la Ishtar de Babilonia. Sin duda alguna, la más importante de las diosas. Más tarde se transformó en Artemisa, la diosa griega de la luna, después en Afrodita, en Juno, en Venus, y ahora… permítame que se lo diga, en Caroline.

Ella lo observó sin poder disimular su admiración y halagada por el piropo.

—¿Es usted profesor? Parece muy joven para ello, pero sabe usted mucho. ¡Qué envidia!

Thomas asintió, por primera vez en su vida podía sacarle un verdadero partido a su árida profesión de forense de la historia, según habían comentado con malevolencia algunos de sus ignorantes amigos.

—Sí, lo ha adivinado. Soy profesor, profesor de Oxford de arte antiguo. Ya sabe, todas esas cosas tan aburridas cuando no se saben o no se quieren explicar. Pero en realidad, aún me queda mucho para poder decir que sé algo —Thomas sonrió abiertamente—. ¿Recuerda? Solo sé que no sé nada, el célebre dicho del sabio Sócrates.

—¡Yo sí que no sé nada! —Caroline rio abiertamente al escucharlo—. Tendré que aprovechar esta excursión para aprender algo. No quiero irme acomplejada después de conocer a alguien como usted —Thomas se sintió profundamente halagado—. ¿Esa Astarté tiene un templo en Faqra?

—Un templo no —Thomas empezaba a sentirse como un profesor, al tiempo muy satisfecho de su suerte—. En realidad Astarté tiene mucho más que un templo… Yo le confesaré que aún no he estado allí, no lo conozco, solo he visto dibujos y alguna fotografía. Era una diosa muy influyente, la encargada de la fertilidad, la reproducción y todo eso de lo que a veces no se puede hablar.

Caroline lo miró a los ojos sosteniendo la mirada con cierto descaro.

—¡Qué interesante! ¡Con usted sería capaz de aprender historia antigua rápidamente! ¡Estoy encantada de haber decidido venir! Al principio dije que no, pensé que iba a aburrirme con mis padres. Tienen muy poco interés en todo esto, y están haciendo el enorme sacrificio solo por acompañarme, porque no deseaban que viniera

sola. En realidad, es la primera vez que viajo con ellos, pero acabo de darme cuenta de que tal vez todo esto de las piedras y las ruinas no sea tan pesado. Usted me lo está haciendo ver de otra manera.

En aquel momento el cochero dio dos sonoras palmadas, mientras añadía en francés: «¡Por favor señoras y señores! ¡Seguimos! ¡Suban al coche, por favor! ¡Nos vamos!».

Caroline caminó hacia la diligencia, un pesado vehículo de cuatro ruedas tirado por cuatro caballos, para seis personas. Todos volvieron a subir, y Newman, que parecía tener una incansable curiosidad, no dejó de interrogar al financiero hasta la hora de comer, mientras viajaban al paso o al trote corto hasta el *funduk* donde comerían y les cambiarían los caballos. Al menos eso era lo pactado.

Newman le confesó más tarde a Thomas que su interés se debía a que tenía gran parte del dinero invertido en bolsa.

—¡Ese tipo sabe un montón de finanzas! Me ha dicho algo preocupante. Por lo visto, en los círculos próximos al Gobierno, se teme que la pérdida de poder del sultán marque el inicio de una próxima caída en cascada de la bolsa. Y fíjate que yo pretendo estar enterado de estas cosas, pero no había pensado nunca que algo así pudiera llegar a afectarme directamente.

»Según Weiler, al Imperio otomano como tal le queda muy poco, y en eso coincidimos, porque mi información viene a decir lo mismo. ¿Recuerdas lo que nos contaba Abramian? Todos esos disturbios, matanzas y revueltas en Adana, en Constantinopla, en toda Asia Menor, es algo así como un terremoto que apenas estuviera comenzando. Pero si reflexionas, se te pone la carne de gallina. Fíjate, este país es una perita en dulce que Francia pretende devorar de dos bocados. Desde Napoleón han estado profundamente interesados en el Levante mediterráneo. ¡Qué digo! ¡Muchísimo antes! ¡Desde las cruzadas! Los peregrinos vieron dificultados sus viajes a los lugares santos, y los papas se convencieron de que lo mejor era conquistarlos y que los guerreros cristianos los protegieran. No sé si recuerdas lo que sucedió, pero cuando Urbano II salió a la ventana del castillo de Clermont, y pidió el parecer a la enorme muchedumbre que allí se había reunido, se escuchó un grito unánime: ¡Dios lo quiere! Ese se convertiría en el lema de los cruzados, que eligieron la cruz como emblema, y les

pidieron a sus mujeres que se la bordaran en sus vestimentas de guerra. Fue como si se hubiera desatado un vendaval. Una gran parte de los señores feudales comprendieron que su deber cristiano era embarcarse en la cruzada contra el islam. Además, se jugaban el honor, pues nadie quería quedarse en casa si los vecinos marchaban hacia la gloria. Imagínate. Toda aquella improvisación, como si aquí en Tierra Santa estuvieran gritando y exigiendo su presencia, eso sí, mal equipados, mal armados, con estrambóticas y pesadas armaduras que en realidad dificultaban sus movimientos, y que al sol del Levante se convertirían en tórridos hornos, que literalmente cocían a los que las portaban con tanto esfuerzo. ¡Un desastre! ¡Un verdadero caos en el nombre de Dios! Y lo peor es que aún no hemos aprendido de la experiencia. Ahí tienes lo del Mahdi hace bien poco. Permíteme que prosiga, todo ese asunto modificó las relaciones de la cristiandad con el islam, para siempre jamás. No es que hasta aquel momento hubieran sido un remanso de paz, nunca lo fueron, pero al menos existía esa mezcla de temor y respeto por ambas partes, tras la imparable oleada de conquistas musulmanas que habían atemorizado y sorprendido a Europa. Por otra parte, los primeros cruzados eran forajidos sin disciplina alguna, que asesinaban, robaban lo que podían, y violaban a mujeres y niñas. De hecho, atacaron sin conmiseración algunas poblaciones judías y cristianas en su viaje hacia Palestina. Para los lugares por donde pasaron, fueron como una plaga de langosta.

»Pero te decía que fueron los franceses los que lideraron el asunto. Godofredo de Bouillón, duque de Lorena, su hermano Balduino, Raimundo de Tolosa, y todos los demás. Pero no voy a contarte algo que conoces bien, sino a incidir en la importancia de la influencia francesa sobre cualquier otra en esta región. Por otra parte, tampoco en Francia se olvidó jamás el Levante. En las historias, las leyendas, los cuentos, en el teatro, en las pantomimas en la calle, se hacían constantes referencias a unas lejanas tierras, regadas de sangre francesa, donde existían castillos como el Crac des Chevaliers, o el hecho de que Godofredo de Bouillón llegó a ser, dicen que incluso en contra de su voluntad, rey de Jerusalén. Al menos eso asegura la historia.

Newman tenía una impresionante erudición, y lo que más le atraía de él, era su tranquila manera de explicar las cosas. Hubiera

sido un excelente profesor en Oxford.

—Creo que fue en ese preciso momento cuando se gestó la idea de que Francia era mucho más grande de lo que su propio rey creía. Era como si Francia llegara hasta más allá de Damasco. Aunque los ingleses no quisimos quedarnos atrás, y hasta aquí llegaron figuras legendarias como Ricardo I Corazón de León, ese personaje legendario. Se consiguió el efecto contrario. Hasta aquel momento y con toda la precariedad que puedas imaginar, los lugares santos eran claramente cristianos, dominados por fieros monjes que los defendían incluso a mordiscos. Desde la conquista de Jerusalén por Saladino en 1187, los musulmanes se asentaron en toda Palestina, y reivindicaron aquellas tierras como *Dar el islam*[5]. Ya en 1908, los cruzados terminaron encontrándose con los cristianos maronitas. De repente se creó una enorme atracción entre ambas partes. No sé si sabes que a los maronitas también se les conoce como los franceses de Oriente. Ellos se sintieron respaldados por los cruzados, y estos encontraron un pueblo afín, que les proporcionó una ayuda leal y desinteresada en un lugar desconocido y hostil. Hay que entenderlo, los maronitas habían vivido inmersos en un mundo islámico durante los últimos siglos, que los masacró sin piedad y sin esperanza. Aquellos guerreros de piel blanca con su mismo símbolo, la cruz en el pecho, se rindieron a la superioridad de los europeos y poco tiempo después incluso abjuraron de su herejía, convirtiéndose en católicos romanos, fieles al Vaticano, y como dicen aquí, más papistas que el papa. De alguna manera también esta región se transformó en una lejana y exótica provincia de Francia, que no de otra manera la han considerado ambas partes desde entonces.

»Eso es lo que has notado aquí. Me sucedió a mí hace muchos años. No te has sentido extranjero, y eso más que en ninguna otra parte, ocurre aquí en el entorno del Monte Líbano y en Beirut. Esta región ha sido la puerta de Europa en Asia. Verás, el clero maronita, quiero decir, obispos, patriarcas y superiores, se educan en Roma desde el siglo XVI en el Colegio Maronita. Exactamente desde el papa Gregorio XIII. Fue un acuerdo, una obligación de la Iglesia romana para evitar las desviaciones en los ritos, la herejía. Eso ha ido proporcionando a los maronitas, a los cristianos de Levante, una educación católica y occidental que ha terminado por influir en toda la región. Ellos no se consideran asiáticos, sino tan europeos

como los italianos o los franceses, se sienten muy orgullosos de su estatus y miran al resto de la población por encima del hombro. Claro, además de los maronitas, están aquí los católicos romanos, los ortodoxos griegos, los cristianos siríacos, caldeos, armenios y demás, incluidos los protestantes como nosotros, tanto anglicanos como evangelistas, porque como habrás visto hay algunos misioneros norteamericanos. No podemos olvidar a los judíos, a su vez divididos también en facciones, pues los judíos ortodoxos no soportan a los liberales, ni los judíos rusos a los judíos polacos, ni estos a los judíos alemanes, a veces con ritos diferentes. Aunque los judíos son gente culta y cosmopolita en una gran mayoría, también hay algunos…, en fin, tampoco podemos olvidar las diferencias entre los musulmanes, sunnitas, chiitas, alawitas, drusos y demás. Eso al final ha creado una sociedad multicultural, esta cultura tan especial, además del particular ambiente que la rodea. Por eso insisto en ello, aquí la gente como tú y como yo nos sentimos como en casa, a sabiendas de la importante influencia árabe musulmana, que al final, tendrá su importancia.

Durante el traqueteante trayecto, todos iban pendientes de las palabras de Newman. Los Weiler apenas sabían nada de todo aquello, y escuchaban con la boca abierta a Newman, al que le encantaba ser el centro de la reunión. Charles Weiler, que estaba convencido de que conocía perfectamente el mundo y sus entresijos, subía y bajaba las cejas, intentando hilvanar el discurso sobre el origen de la vinculación del Levante a Francia.

—¡Qué interesante! —Caroline, la alumna más aventajada del grupo, interrumpió a Newman—. Yo he estudiado en París y es cierto que los franceses sienten una gran predilección por el Monte Líbano y por Siria. Es como si les perteneciera. ¡Y también conocí a una joven armenia! ¡Lisa Manoukian! Ella me confesó que se sentía tan francesa como armenia, y me aseguró que Francia siempre había ayudado a los armenios.

—Sí. A pesar de lo ocurrido en Adana —Charles Weiler intervino en la conversación. Era esa clase de hombre que no estaba acostumbrado a escuchar.

—¿Y qué dice usted que ha ocurrido en Adana? —Augustus Newman enarcó las cejas interesado en la versión que Weiler pudiera tener sobre ello. Deseaba saber lo que se hablaba en

Inglaterra sobre los sucesos en la Cilicia.

—Todos saben que allí los armenios les dieron una paliza a los turcos, al creer que iban a poder proclamar la autonomía —Weiler remarcó sus palabras mientras observaba el efecto en sus compañeros de viaje—. Creo que toda la culpa es de esos armenios a los que Francia ha animado a sublevarse. Así lo asegura toda la prensa de Londres.

Augustus Newman enarcó las cejas y replicó a Weiler remarcando sus palabras.

—Con el mayor respeto, señor Weiler, esos periódicos están profundamente equivocados, o peor aún, son tendenciosos. Y si duda, pregúntele aquí a nuestro joven amigo Thomas Harding sobre lo que nos contó el otro día un conocido de ambos, un armenio llamado Abramian, que vivió personalmente las matanzas en contra de los armenios. Aunque estaremos de acuerdo en una cosa. Los turcos manejan la información a su antojo. Y, por cierto, con gran sentido político, dicen lo que les conviene en cada momento, sin atender a trivialidades como la verdad o la falsedad de lo que afirman. Según ellos, los armenios son unos bandidos malcarados que abusan de los benditos turcos. Siempre son así las noticias desde Constantinopla. ¡A su favor, claro! ¿Que mueren treinta mil armenios asesinados, que es lo que en realidad ha sucedido? ¿Sabe lo que ello resulta para la prensa extranjera…? En Inglaterra y Francia el lector lee lo contrario. ¡Treinta mil turcos vilmente asesinados por los armenios! Y así todo.

—¡Miren eso! ¡Esa torre! —Caroline Weiler se mostraba entusiasmada por todo lo que veía.

Augustus Newman contestó sin dudar.

—Esa es la torre del emperador Claudio. En su interior sigue existiendo un pasadizo con escaleras y unas cámaras. Dedicada al culto del emperador Claudio, vinculado a Belgalassos, el gran dios de la región. Cosas de la aristocracia romana, de la política de la época y de la forma de tener sometido al pueblo. Aquello que se aprecia más allá es el conocido puente de Faqra, como ven, una formación rocosa tallada por el viento y el agua, con un impresionante arco de casi ciento veinte pies. Les propongo que demos una vuelta andando, y después buscaremos el lugar más adecuado para comer de pícnic.

Thomas también se mostraba vivamente interesado. Mientras Newman acompañaba al matrimonio Weiler, Caroline fue tras él.

—¡Espéreme, Thomas! Tengo la impresión de que habla usted bastante menos que su amigo Newman. ¿Qué hace usted en Beirut? Perdone mi curiosidad, pero necesito saber si coincide conmigo.

Thomas se sintió halagado por aquel inesperado interés.

—Mire, Caroline. Soy profesor de arte antiguo en Oxford, pero debo confesarle que nunca he visitado las auténticas ruinas. Cuando empecé a dar clase me sentía como esos charlatanes de feria que muchas veces no saben ni de lo que están hablando, y que intentan vender su mercancía asegurando efectos milagrosos. No podía seguir así, intentando explicar a mis alumnos lo que yo no conocía personalmente. Era una cuestión de vergüenza profesional. Me comprende, ¿verdad?

Caroline Weiler asintió con la cabeza. Se sentía muy atraída por aquel apuesto joven y pensó que podía entenderlo muy bien, pues ella pretendía estudiar bellas artes en Florencia, a pesar de la férrea oposición de su padre, y de alguna manera le ocurría algo parecido.

—¡Claro que le entiendo! ¡Perfectamente! A mí también me atraen estos lugares… mágicos, donde una puede comprender lo que pensaba esta gente, cómo vivían, en lo que creían. Convencí a mis padres para venir a visitar Baalbek y al igual que usted, yo también deseo tocar con mis propias manos los templos de Júpiter, Baco y Venus. Al final aceptaron a regañadientes, pero con la condición de que me acompañarían. Mi madre es tan curiosa como yo, y también posee la capacidad de pintar estos lugares con gran habilidad, con solo una visita y unos apuntes le es suficiente para pintar un cuadro. En cuanto a mi padre, siempre tiene la cabeza en los negocios, es incapaz de pensar en otra cosa, hasta que hace poco los médicos le aconsejaron un descanso. Así que aquí nos tiene.

Thomas resopló antes de decidirse a dar el trascendental paso.

—¿Puedo serle sincero? —Notaba que el corazón iba a salírsele por la boca.

Ella movió la cabeza afirmando al notar la emoción en sus palabras.

—Me parece que es usted bellísima, y en este momento creo encontrarme en presencia de la misma Atargatis, la diosa del agua. Ese templo que se divisa al sur del gran templo está dedicado a ella.

Y si me lo permite, le diré que no sé lo que me ha ocurrido, he tenido la certeza de que usted y yo nos conocemos desde hace muchísimo tiempo. Tal vez estuvimos juntos aquí hace muchos siglos.

Caroline tomó la iniciativa. Se acercó a él y sin más le besó en la mejilla mientras lo abrazaba.

—Bueno, pues sinceridad por sinceridad, a mí me ocurre lo mismo. Es lo que me contabas de la magia de estos lugares —Caroline comenzó a tutearlo sin más—. ¿Y ahora qué vamos a hacer?

—No lo sé, Caroline —Thomas apenas podía musitar las palabras a causa de la emoción que sentía—. Puedo jurarte que es la primera vez que me ocurre. Tuve una prometida hace unos años, pero no tuvo nada que ver con esto. Y si tengo que serte sincero, apenas te he visto, he sentido una gran atracción hacia ti. Es una extraña sensación de euforia y de responsabilidad —Thomas la tomó por la cintura y la besó en los labios. Ella le devolvió el beso apasionadamente.

—¡Oh, Thomas! Esto debe ser lo que los clásicos llamaban el flechazo de Cupido. ¿Tú también notas cómo el corazón te late con gran rapidez?

Así fue como allí, en Faqra, sin más preámbulos ni reflexiones previas, se prometieron Caroline Weiler y Thomas Harding. Era el 15 de mayo de 1910, mientras el mundo a su alrededor cambiaba con gran rapidez. Ambos decidieron recuperar el largo tiempo durante el cual sus sentimientos habían permanecido aletargados.

Para sorpresa de Thomas, los Weiler aceptaron la nueva situación con naturalidad, pero sin darle ninguna importancia.

—¡Lo que es el destino! —murmuró Clara Weiler—. ¿No dicen estos musulmanes que todo está escrito?

Ella sabía que no se encontraba en Siria por casualidad. Su abuelo francés, Edouard de Vigny, había sido enterrado en algún lugar cercano. Un apuesto comandante del Ejército francés, muerto en acto de servicio en las cercanías de Damasco en 1876. Ella no solo había llegado hasta allí para darle el capricho a Caroline. Era un homenaje al abuelo Edouard, del que tanto se había hablado en su día, y que era el héroe de la familia. Aquello había ocurrido el mismo año de la toma de posesión del sultán Abdul Hamid II.

Edouard de Vigny era entonces agregado militar del Ministerio del Ejército en la Embajada de Francia en Constantinopla, el destino lo condujo hasta Damasco, donde se vio envuelto en la protección de los cristianos de la ciudad. Un disparo perdido acabó con él junto a las murallas, en la misma Bab
al-Salam,
o Puerta de la Paz. Por eso Clara Weiler también quería viajar hasta allí, ver la huella de la bala en la puerta, o al menos esa era la leyenda que se contaba una y otra vez en la familia, cuando se rememoraba la heroica gesta de aquel hombre, que tuvo una vida apasionante y una épica muerte que permitió que todos le recordaran en lo mejor de la vida. En los grabados que lo inmortalizaron se le veía serio, impecablemente uniformado, con la mano izquierda en la empuñadura de un sable de gala, la gorra apoyada en el antebrazo, observando imperturbable a la cámara, sin intuir el glorioso y fatal destino que le aguardaba. Desde entonces, todos los De Vigny anhelaban viajar a Damasco en algún momento de su existencia, pero ella era la primera que iba a conseguirlo. Y para colmo, Caroline se enamoraba perdidamente de aquel profesor tan británico como su propio marido.

Al verlo acompañando a aquel extravagante individuo, ¿Augustus Newman?, indudablemente homosexual, se temió lo peor. Resultó que no era más que una amistad reciente, y que el joven Thomas Harding era como otro muchacho cualquiera. Al menos era profesor de Oxford, y por lo que podía intuir, de buena familia. Bueno, también Caroline podría reivindicar el título de baronesa si aquella relación llegaba a algo.

Pernoctaron en un encantador y mínimo hotel cercano a Faqra, propiedad de una familia cristiana católica. El hombre se llamaba Joseph Melquiades y dijo provenir de Bagdad. Se había instalado en Faqra, según les contó, aquel lugar le gustó desde el primer momento. No tenían hijos y pensaban acabar allí sus días. Augustus Newman le hizo un completo interrogatorio acerca de la situación en Mesopotamia. Melquiades contestó que las cosas se estaban complicando por días, y añadió negando con la cabeza.

—Allí están llegando muchos ingenieros alemanes, protegidos por el valí de Bagdad. Las relaciones entre turcos y alemanes son ahora excelentes. Hablan de explotar minas en algún lugar cercano

al Eúfrates, incluso de construir un tren desde Constantinopla hasta Bagdad. ¡Aunque eso va a costar una fortuna! Pero conociendo a los alemanes… tal vez lo consigan. La verdad es que todo está cambiando con mucha rapidez. Con el derrocamiento del sultán Abdul Hamid II y la llegada al poder de los políticos del Ittihad, del Comité para la Unión y el Progreso, no sé lo que puede llegar a suceder. Hay mucha inquietud aquí, en el desierto abundan los forajidos. ¡No pueden imaginar ustedes lo que tuvimos que pasar para llegar hasta Damasco! Después las cosas se tranquilizaron. Menos mal que realizamos parte del viaje en compañía de unos ingenieros franceses, porque si no llega a ser así nos habrían asesinado por el camino. ¡Viva Francia! Y también, por qué no, ¡viva Gran Bretaña! Porque lo que es los alemanes… Apenas habíamos abandonado Bagdad cuando un grupo de beduinos, que para mí eran forajidos que aguardaban el momento de caer sobre nosotros, se apostó cerca de donde acampábamos. Entonces llegaron los alemanes, les explicamos que éramos cristianos y que viajábamos hacia Damasco. ¡El comandante del pelotón ni nos contestó! Dio orden de seguir y pasaron de largo levantando una polvareda junto a nosotros. Era como si no les importara que aquellos beduinos nos degollaran para robarnos. ¡Gracias a Dios, un par de horas después aparecieron los franceses! ¡Ah! ¡Qué sensación de alivio cuando los ingenieros que, por cierto, iban escoltados por soldados británicos, nos permitieron viajar con ellos! La verdad, señores, hay diferencias entre unos seres humanos y otros. ¡Claro que las hay!

Mientras les preparaban algo de cena, Thomas y Caroline tomaron la decisión de hablar con los padres de ella para explicarles que no se trataba de un capricho. Al principio no parecían aceptar que aquello iba en serio y que acababan de prometerse. Después, lo fueron asumiendo, aunque Charles Weiler parecía hacerlo a regañadientes, y para eso, incluso su esposa tuvo que hablar un largo rato aparte con él. Fue como si le molestara aquella iniciativa que su hija había tomado sin contar con él. Ni Caroline ni Thomas parecían darse cuenta de nada, cada uno solo tenía ojos para su nueva pareja, podía caérseles el mundo encima, que a ellos no iba a afectarles. El que parecía más satisfecho era Augustus Newman, que no paraba de hacer agudos comentarios mientras cenaban.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¡Así que se han prometido! ¡Yo puedo comprenderlo! El otro día le explicaba a Thomas que en estos desiertos hay algo mágico. ¡Me alegro por vosotros! Este es el sitio perfecto para entender muchas cosas. Poca gente tiene la oportunidad…, o por qué no decirlo, el valor para arriesgarse a llegar hasta aquí. Así que con el permiso del señor Weiler, mis bendiciones. ¡Ah, muchacho! ¡Qué bella prenda te ha tocado en el juego de la vida! Bien, pues les propongo que ya que estamos aquí, prosigamos nuestra excursión hasta Biblos. ¿De acuerdo? Eso sería como un homenaje a los prometidos… ¡Aunque no tengo la menor duda de que preferirían hacer el resto del viaje solos!

El hotel tenía solo siete habitaciones disponibles. Charles Weiler se encargó de que las de Thomas y Caroline estuvieran cada una en un extremo, aunque era solo la longitud del pasillo, apenas diez metros. Después todos se retiraron a descansar, agotados por las emociones del día. Thomas se sentía feliz. Todo estaba saliendo como si un bondadoso genio hubiera salido de la lámpara para cuidar de él y de su futuro. Con los nervios no podía dormirse, y cuando escuchó arañar su puerta, se levantó para ver lo que ocurría. La abrió despacio, pues en aquel lugar todo crujía y no deseaba alarmar a nadie. Caroline entró descalza en camisón y le tapó los labios con su dedo. Después, sin decir una palabra, se introdujo en el lecho mientras susurraba: «¡Cierra la puerta, tonto y ven a la cama que hace frío!».

Thomas obedeció, pensando que el genio de la lámpara era demasiado generoso para con él y que Newman tenía razón. Aquel era un país mágico.

Vida y reflexiones

MAYO-OCTUBRE DE 1910

En mayo de 1910, Thomas Harding y Caroline Weiler contrajeron matrimonio en la catedral maronita de San Jorge en Beirut. Necesitaron el permiso del patriarca, ya que ambos pertenecían a la Iglesia anglicana. Thomas habló con el obispo Fisher, de la Iglesia de Inglaterra que se reponía en la ciudad de un proceso pulmonar, mientras impartía clases en la Universidad Americana, y colaboraba en inventariar las colecciones del museo arqueológico de la misma. No solo le permitió acceder a las valiosas colecciones, sino que le prometió llevar a cabo la boda. No hubo inconvenientes y realizó la ceremonia.

Unos días más tarde, los padres de Caroline volvieron más tranquilos a Inglaterra. Su hija parecía haber encontrado al hombre de su vida. Caroline descubrió que tenía facilidad para realizar minuciosos dibujos de las piezas arqueológicas. Hasta Fisher, que era exigente, alabó su trabajo.

—Tiene usted un extraordinario talento para el dibujo arqueológico. Y le diré que no es nada fácil, si uno no quiere traicionar su espíritu, siga por ese camino, hija mía.

Hicieron otra excursión a Baalbek, donde decidieron permanecer unos meses para estudiar en profundidad la Heliópolis Syriae. Alquilaron parte de una propiedad de un turco. Era un gran caserón construido al estilo de las tradicionales residencias del Bósforo que allí resultaba incoherente y absurdo, pero les pareció adecuado para unos meses. Estaban juntos haciendo exactamente lo que les gustaba. Thomas había escrito una larga carta al rector de la Universidad de Oxford, explicándole que quería analizar la cultura fenicia, y que sentía comunicarle que por el momento no podría hacerse cargo de las clases. ¡Después de todo lo que había luchado por obtener el puesto! Le sería muy difícil volver a conseguirlo.

Lo mejor de la casa era su gran jardín, primorosamente cuidado

por una familia árabe. Cultivaban cítricos, naranjos, limones y mandarinas, toda clase de hortalizas, hierbas aromáticas y, claro, no podían faltar gallinas, patos y corderos. Además, les permitían coger el landó con un caballo árabe al que llamaban «Cabbal», con el que iban y venían desde las ruinas a los pueblos cercanos: Nakleh, Chalcis, Chelifa, Serain, Kafr Zabad. Por toda la región, los propietarios turcos estaban vendiendo sus propiedades, como si desearan abandonarla definitivamente. Mahmoud Bey, el turco que les había alquilado una parte de la casa, se despidió un día de ellos diciéndoles: «A partir de ahora pueden utilizar la casa completa. Yo me he llevado mis cosas a Damasco. Volveré pronto, pero mientras considérense en su casa».

El hombre, que se había quedado viudo hacía unos meses, por algún motivo no se sentía cómodo en Baalbek. Alguien les comentó que la nueva situación en Turquía era complicada, y que el Gobierno del Ittihad estaba tomando decisiones muy duras en contra de los cristianos de Anatolia.

Algo les aclaró sobre todo ello la visita de Augustus Newman, con el que seguían manteniendo una cordial relación. Newman pertenecía a los Servicios de Inteligencia Británicos; sabía mucho más de lo que contaba. El mismo Newman se lo confesó en un alarde de sinceridad y confianza hacia ellos, además les explicó que iba a viajar a Salónica.

—Allí, en esa pequeña ciudad, es donde se está cociendo el futuro del mundo —afirmó convencido—. Están preparando para este verano un congreso secreto de los Jóvenes Turcos. Es tan secreto que ya lo conoce todo el mundo, pero bromas aparte, el tema es muy serio. Se trata del porvenir de los cristianos de Anatolia, de toda Asia Menor. Va a ocurrir algo con los armenios, los griegos ortodoxos de Asia Menor y otras minorías no musulmanas, mejor dicho, no turcas, es un camino sin retorno. Y son los alemanes los que les están calentando la cabeza a los Jóvenes Turcos. ¿Habéis oído hablar del panturquismo? —Thomas negó con la cabeza, aunque en los últimos tiempos ya no se asombraba de nada—. Es algo más que un partido, es una filosofía que mantiene que los de raza turcomana, según ellos originarios del Turán, una región mítica de algún remoto lugar de Asia Central, son los únicos que tienen derecho a vivir en Turquía. Los árabes no

musulmanes, los armenios, los griegos, los kurdos, los asirios y todos los que no sean turcos, deben desaparecer para dejar paso a una raza turca que algún día dominará Asia y gran parte de Europa. Para ello pretenden eliminar a las minorías que estorban a sus intereses. Cuando vuelva de Salónica traeré noticias de por dónde van a ir las cosas, aunque no me hago ninguna ilusión.

Augustus viajaba con un joven árabe cristiano, Yusuf al Azm. Mantenían una relación homosexual, que solo pretendían ocultar a los desconocidos. En presencia de Thomas y Caroline ya no se molestaban en disimular.

—Qué quieres amigo mío, la vida es demasiado corta y cada uno hace lo que puede por disfrutarla. Esto aquí no es un pecado nefando, como mantenían los señores inquisidores, unos hipócritas malvados y repugnantes. El islam no lo permite, pero la sociedad lo acepta, y el que esté libre de pecado que tire la primera piedra.

Thomas se encogió de hombros, él no tenía nada que objetar. ¿O es que las murmuraciones sobre la ambigua sexualidad de su abuelo iban a influir? Cuando recordaba su propia relación con Robert Maxwell, pensaba que podría haber seguido por aquel sendero de placer, como lo había llamado Robert. Observó a Yusuf, un joven de aspecto delicado, con ojos de largas pestañas. No, no tenía nada que objetar.

Newman permaneció un par de días con ellos, que aprovecharon para visitar las ruinas de Baalbek.

—Aprovecha estos momentos, muchacho. ¡No volverán jamás! ¡*Carpe diem*! Yo creo que bajo este templo romano hay otro helénico, y posiblemente debajo algún asentamiento canaita. Más de cinco mil años de historia. Y no me preguntes cómo colocaron esos bloques de piedra en la base. El «señor de la Bekaa» **[6]** debería explicárnoslo. ¡En estas piedras debieron de suceder muchas cosas! ¡Lo que daría por haber vivido entonces! Este lugar contiene un gran enigma. ¿Cómo traerían esos descomunales bloques de granito desde la cantera que se encuentra a más de media milla? ¿Y el bloque enorme inacabado que queda allí? ¡Es imposible moverlo! Si pudiéramos uncir mil caballos para que lo arrastraran no lograrían moverlo ni una décima de pulgada. ¡Ah, mi joven amigo! ¡Los arqueólogos sois los detectives del pasado! ¡Yo solo soy un aficionado que siento una gran admiración por vosotros!

Sentados bajo la columnata, abrumados por la señoriosa belleza del lugar, permanecieron en silencio, aguardando la puesta de sol.

—Hubo un tiempo en que este era un lugar de culto habitado por sacerdotes y vestales. El pueblo venía hasta aquí para comunicarse con los dioses. En este lugar se cruzaban las dos rutas comerciales más importantes de la región. Una de este a oeste, del interior de Siria al Mediterráneo, la otra de norte a sur, desde Asia Menor hasta Palestina. Eso que comentaba de unos asentamientos canaitas es muy posible. Pero ¿por qué exactamente aquí? Júpiter, Mercurio, Venus. El poder, el comercio, el placer y la belleza. Heliópolis, la ciudad del sol. Nerón acabó el templo de Júpiter. Trajano comenzó el gran patio. Antonino Pío levantó el templo a Baco. Después, mucho más tarde, Justiniano se llevó ocho columnas, iguales a estas gigantescas que aún se yerguen orgullosas, para la construcción de la basílica de Santa Sofía. ¡Ah! ¡Si las piedras hablasen! Aquí estuvieron los bizantinos, los omeyas, los abasíes, los fatimíes, los selyúcidas, los ayyubíes de Saladino, los mamelucos, los mongoles que la saquearon. Tamerlán acampó aquí mismo, mientras pasaba a cuchillo a la población de Damasco. Los otomanos están acabando su etapa imperial, igual que observamos cómo el sol se pone en el horizonte. Robert Wood descubrió estas ruinas y se refirió a ellas como las más audaces obras de la Antigüedad, David Roberts vino a dibujarlas, y dicen que hace pocos años el káiser Guillermo II lloró al verlas, pero creo que lloró de envidia, mi ingenuo amigo. Ese tipo es un desalmado que nos va a dar muchos disgustos… Dudo mucho de su sensibilidad artística y de sus conocimientos históricos, a ese lo que le gustaría sería heredar gran parte del Imperio otomano, y tal vez colocar esta columnata en un repulido parque de Berlín.

Thomas asintió. Se notaba una cierta inquietud en el país. El orden establecido por los otomanos se estaba fisurando con gran rapidez. ¿Sería siempre así el final de una época? Le habían hablado de un tal Antoun Gemayel, miembro de una conocida familia del Monte Líbano, el secretario general de la Alianza Libanesa, una asociación política que por primera vez demandaba «la independencia absoluta del Líbano, en sus fronteras naturales y bajo las garantías de las grandes potencias».

Finalmente, el sol se había ocultado y un resplandor rojizo daba

a las viejas piedras un tono rosado, como si les infundiera vida. Caroline, que parecía ensimismada en sus pensamientos, hizo un comentario que les devolvió a la realidad.

—¿Y qué va a ser de toda esta gente? Me refiero a los que se llaman a sí mismos libaneses, ¡son tan gentiles! Ellos dicen que no quieren depender de Damasco y que su única capital es Beirut. ¿Usted qué piensa, Augustus? ¿Lo conseguirán?

—Verá, mi querida Caroline. Damasco y Beirut forman parte del vilayato sirio. Son ciudades muy importantes para el Imperio otomano, que no tiene ninguna intención de abandonar esta región. Para que eso llegara a ocurrir, debería haber un seísmo a nivel mundial. Los turcos que viven aquí han percibido algo, porque muchos están volviendo discretamente a Constantinopla o a Esmirna. Es como si notasen que la atmósfera estuviera cargada de electricidad y fuese a descargar la tormenta de un momento a otro. Por otra parte, ahora de repente los árabes han descubierto el nacionalismo, una gran paradoja, ya que no creen en el concepto de nación, sino en la umma, es decir, el vastísimo territorio en el que habitan desde tiempo inmemorial. Siria, Palestina, Iraq, la Transjordania, Arabia, desde el Hedjaz hasta La Meca, el Yemen, Egipto, Libia,… ¡yo que sé!, ese es el verdadero mundo árabe y su único objetivo es librarse de los turcos que, a pesar de llevar aquí siglos, no han sido capaces de administrar adecuadamente. La corrupción de la Sublime Puerta llega hasta los rincones más apartados. Y, además, hay algo mucho más importante. Los árabes ya estaban aquí cuando llegaron los turcos, que se convirtieron al islam durante la conquista musulmana en el siglo VII. Los otomanos escriben el turco con letras árabes. No descubro nada si les digo que los árabes odian a los turcos, tanto como estos desprecian a los árabes. Son culturas muy diferentes y si hubiera una guerra, todos los árabes se unirían contra el enemigo común. Ahí tenemos ventaja los ingleses y los franceses, ya que Alemania ha apostado por el sultán y nosotros por el pueblo árabe.

Lo que llaman el Líbano, esta pequeña región del Vilayato de Siria, desde Nahariya, veinte millas al norte de Haifa, hasta un lugar situado algo más al norte de Trípoli, con una profundidad de veinte a treinta millas hacia el interior. Un país pequeño pero grandioso al tiempo, con ese Monte Líbano, el valle de la Bekaa y los lugares con

la historia más interesante. Pronto, tal vez en cinco o diez años, su problema no serán los turcos, sino sus propios hermanos árabes. Los sirios están convencidos de que este país, incluyendo todo el litoral, no es más que una provincia de lo que llaman Gran Siria. No será fácil convencerlos de lo contrario. Esta gente tiene la sangre caliente. Aún caerán muchas cabezas, antes de que cada uno esté donde crea que tiene que estar.

»Bueno, querido amigo, se está haciendo tarde y debemos volver al hotel. Antes este lugar era muy tranquilo, muchos ingleses y franceses han acampado aquí para pasar la noche bajo estas columnatas, pero ese tiempo ya ha pasado y para nosotros es prudente volver a un lugar habitado.

Thomas pensó con tristeza que su amigo tenía razón. La rápida descomposición de la Administración turca estaba dando lugar a una precaria situación de inseguridad. Era algo irreversible. En el ambiente flotaba una oprimente sensación de melancolía, no todos los árabes se sentían satisfechos con la situación, ya que se estaban perdiendo puestos de trabajo y algunos incluso temían que volviese una época de dificultades.

Llegaron al albergue apenas una hora más tarde. Augustus fue a hablar con el propietario para preguntarle qué podría prepararles para la cena. Tenía un sentido epicúreo de la vida y no perdía la ocasión de probar alguna especialidad, o los buenos vinos cuando los encontraba y siempre, en cualquier circunstancia, disfrutaba del ambiente.

—Cuando no puedo exigir más que lo básico, me conformo. Pero cuando intuyo que puedo sacar algo más, lo intento. No soy un místico, un sufí como esos que se visten de lana, como queriendo decir que les sobra lo demás. Hace unos años permanecí cuarenta días en el desierto. Lo hice porque quería saber qué se sentía ante una experiencia semejante, comiendo muy poco y solo lo que encontraba, bebiendo en algún manantial perdido o en una charca en las rocas. El profeta Mahoma tuvo una potente experiencia espiritual, como Cristo, Juan Bautista, los ermitaños cristianos o los eremitas musulmanes. Durante aquellos días perdí veinticinco libras, la piel se me resecó y la mudé al igual que una serpiente. Pero algo importante ocurrió en mí. A partir de un determinado momento, veía las cosas a través de una lupa gigantesca, con una

increíble precisión. Las circunstancias transcurrían con otro *tempo*, lento y rápido a la vez. Deseaba comprender las experiencias de Jabir
Ibn-Hayyan
y de
Ibn-Adham.
Y os diré que era cierto; llega un momento en que la voluntad se anonada y el alma toma protagonismo. Una total indiferencia por lo que pueda sucederte. El lugar donde al final me refugié, una cueva perdida, estaba habitado por víboras del desierto. Ellas cruzaban o incluso se llegaban a subir encima de mis piernas, y creo que ni a ellas ni a mí nos importaba. Esa contemplación pasiva va conduciendo a un estado de anulación de los vínculos materiales, mientras se potencian los espirituales. Por eso puedo hablar con conocimiento de causa. Fue la experiencia más intensa de mi vida, y los últimos días tenía la extraña sensación de que mis pies no tocaban el suelo ardiente, era como si flotase. ¡En fin! ¡No sé si recomendároslo! Hay quien no ha podido escapar de ese estado final, y han terminado por encontrar sus huesos blanqueados por el sol en la entrada de una cueva.

Caroline observaba a Augustus Newman con una mezcla de incredulidad y respeto.

—Yo no sé si sería capaz de algo así, pero siento envidia de usted. Creo que los seres humanos nos perdemos muchas cosas, solo por absurdos temores. Por eso me siento satisfecha de estar aquí, compartiendo estos momentos; ahora empiezo a comprender muchas cosas. Esta tarde durante la puesta de sol en Baalbek, mientras los últimos rayos daban sobre la columnata, me imaginaba allí desde siempre. Los pueblos que quisieron dejar su legado con esas increíbles construcciones que sobrecogen el alma siguen sin duda allí. Eso es lo más importante que tiene el ser humano. El espíritu. ¿Me comprendéis?

Ambos hombres la contemplaron con admiración. Thomas con orgullo, Augustus con respeto.

—¡Querida! ¡Es usted una persona especial! ¡Thomas, le felicito de todo corazón por su elección! ¡No se ha equivocado al elegir compañera!

—¡Sois dos tontos que os queréis reír de mí! —Caroline sonreía

abiertamente—. ¡Bah! ¡Ya no os explico nada más, porque solo pretendéis burlaros! ¿Sabéis lo que más me ha gustado? La puerta del templo de Baco. Abramos una botella de vino para brindar por los dioses de la alegría, esos que han proporcionado un poco de felicidad al hombre… y a la mujer.

—Es cierto —Thomas también se había fijado en ello—, esa preciosa alegoría de los mejores momentos de la vida. Las amapolas, rojas como rubíes, que nacen con el calor del sol, las espigas de trigo, los frutos que alimentan al hombre, las vides y las uvas que honran al dios que nos transporta al cielo… aunque solo sea en espíritu. ¡Trae esa botella! ¡Brindemos por el hijo de Zeus y Sémele! ¡Decían de él que estaba loco! ¡Pero llevó el cultivo de las viñas por todo el mundo conocido, haciéndolo más humano y amable! ¡Él, como yo, también encontró a su Ariadna! Así que me identifico. ¡Yo también quiero una corte de sátiros, centauros y bacantes!

—¡Sí! —Augustus también notaba los efectos del vino rojo de la región—. ¡Este néctar de los dioses es la savia de la vida! ¡Gracias, Baco! ¡A ti te lo debemos! ¡Nos colocaremos una corona de laurel y hiedra mientras libamos en tu nombre!

Augustus Newman había partido hacia Egipto y se quedaron solos. Caroline se quedó embarazada a final del verano, y cuando tuvo la certeza, se lo dijo mientras copiaban los bajorrelieves de la puerta del templo de Baco. Habían contratado a unos hábiles estucadores, ya que decidieron realizar moldes de escayola de los frisos y pórticos. Al escuchar la buena noticia, Thomas la abrazó emocionado. En aquel mundo exótico y eterno algo estaba cambiando, y tenía la certeza de que se encontraban en el lugar adecuado. Iba a ser padre y murmuró una especie de oración al dios de la alegría y la fertilidad, Baal, «el poseedor de todas las cosas», «el señor que poseía». Era cierto. Él y también Caroline se sentían poseídos por el espíritu de la belleza, del amor, del deseo carnal. Ella visitó a solas la cantera y se tumbó sobre la *hagar al-hublâ* o «piedra de la gestante», quería transmitir a su futuro hijo la fuerza y la belleza de aquellas enormes piedras. Thomas estaba convencido de que su relación habría sido muy diferente en Oxford, en aquellos fríos claustros, en un ambiente donde lo único que valía era la

pugna por demostrar a los demás el conocimiento académico. Recordaba las envidias y los celos de la vida cotidiana de los claustros, la inacabable competición por ver quién sabía más o a quién se le daba finalmente la razón.

Allí, en Baalbek, entre Venus y Baco, bajo la sombra protectora de Júpiter, las cosas se veían de otra manera. Al anochecer, él y Caroline hacían el amor como si tuvieran los días contados. Y era cierto. La sensación de que cada instante era único, como lo habría sido para todos los que por allí habían pasado. El propio Tamerlán, cuando acampó allí, pidió a su corte que lo dejaran solo en los templos, debió de comprender que aún le faltaba mucho, que no solo se trataba de conquistar el mundo. Que existían otras formas de poseerlo más que construyendo sangrientas y efímeras pirámides con cabezas humanas. Aquellas ruinas, gloriosas y hermosas, le dijeron al terrible conquistador que más al oeste existía una cultura, con la que tal vez no valdría ni tan siquiera el terror. Tuvo que pensar que Tamerlán, Timur el Cojo, era *Baal Zebub*, Belcebú, el mismo diablo, el señor de las moscas y la muerte.

Cada amanecer, aún en la penumbra rosada, Thomas ya estaba de nuevo en los templos, aguardando la salida del sol. Le encantaba observar cómo asomaba y comenzaba a iluminar las piedras que parecían aguardar el nuevo día. Se sentía feliz, completo, humano. Todos los alumnos de historia antigua deberían pasar alguna vez por aquel lugar, pues era toda una enseñanza contemplar aquellos templos dorados, serenos, majestuosos, retando al tiempo.

En el pueblo conoció a un árabe, un tal Karim al-Amilad.

Era el líder espiritual, aunque curiosamente no por su fe en el islam, sino porque les hablaba de libertad. Había viajado a París siendo muy joven, donde se imbuyó de otras ideas. Les decía que ya estaba bien de mezquinos conflictos de familia entre drusos y maronitas. Todos los árabes tenían que mirar al verdadero lugar donde se generaban los problemas. Hacia Constantinopla. Para él, la Sublime Puerta, con el sultán o con el Ittihad, era la verdadera y única culpable. Insistía en que era posible un país pluriconfesional que se llamaría El Líbano, con capital en Beirut. Y tendrían que acostumbrarse a convivir entre el mar, las montañas, el valle de la Bekaa y la gran cordillera que los separaba de Siria. ¿O tal vez

cuando el último turco se marchase de allí, querrían ser gobernados por un sirio de Damasco? ¿Era eso lo que deseaban? Pues eso sería lo único que conseguirían si seguían enfrentados. ¡No!, gritaba Karim
al-Amilad
mientras golpeaba con su puño la mesa. ¡No! Ni el radicalismo de los drusos, ni la intransigencia de los maronitas. ¡Ya estaba bien de la larguísima pugna! Los maronitas no aceptaban a los moukatadjis drusos, y los drusos no soportaban más humillaciones de los turcos, y el kaimakan druso pretendía hacer ahorcar al procurador maronita con el visto bueno del valí turco. ¡Ah! ¡Qué enormes dificultades para construir un país!

Y mientras, los sirios del interior se frotaban las manos. La Gran Siria, con capital en Damasco, necesitaría una costa con buenos puertos, y Francia, la madre de todas las revoluciones y libertades, tutelándolo todo, repartiendo bendiciones y consejos a aquella gente ruda e individualista, que aún veía poco más allá de su tribu.

¿Pero había quien lo dudase? ¿Se podría llegar a hacer un país con aquellos mimbres? Grecoortodoxos, sunnitas, chiitas, drusos, maronitas, todos ellos sumergidos en culturas ancestrales que habían dejado allí sus posos. Los bizantinos, los omeyas, los abasíes, los otomanos. Y al fondo, a lo lejos, iluminada por la igualdad, la fraternidad y la libertad, Francia, que vigilaba la que llamaba su más preciosa provincia en Oriente. ¿No lo había dicho Pierre Loti [7] ?

Ahí estaban aguardando su oportunidad en la historia las grandes familias de la Montaña, aunque ellos preferían llamarlo «El Monte Líbano». Los Joumblatt, los Kassem, los Chehab. Y mucho más al fondo, Rusia tutelando a los ortodoxos, Austria a los melquitas, Francia, a los maronitas, «su otra Francia», e Inglaterra a los drusos. Los turcos incapaces de intervenir, mientras los árabes, los verdaderos musulmanes, comenzaban a moverse, aunque los que en realidad actuaban eran los árabes cristianos, aguardando impacientes su turno.

Thomas se preguntaba sobre ello. ¿Hasta cuándo aguantaría aquellas tensiones el *islam*? La palabra significaba literalmente «el que se abandona a Dios». Ellos consideraban Siria, Palestina, Mesopotamia y toda Arabia, *Dar el islam*, el territorio o el país de

los creyentes. Ya estaba oyendo el lejano resonar de la tormenta, que llegaba hasta Damasco y Beirut, nada menos que desde la India y los agrestes valles de Afganistán.

A primeros de mayo de 1911 nació Ethel Harding. Vino al mundo en una destartalada y tintineante cama de metal en la casa donde residían, muy cerca de Baalbek. Era una niña preciosa y tranquila. Caroline tuvo un parto fácil y relajado. Al contemplar a la recién nacida suspiró de felicidad, sabiendo que parte del espíritu de los templos se encontraba en ella. Como había deseado, apenas una semana más tarde, Caroline volvió a hacer su vida normal, con la niña atada a su espalda con un chal de seda como las campesinas.

Durante los siguientes meses siguieron dibujando y sacando moldes de escayola de los frisos superiores del templo de Júpiter, para lo que tuvieron que encargar unos aparatosos andamios de madera. Los árabes eran tradicionalmente muy buenos carpinteros y los construían sólidos, fáciles de montar y desmontar. Luego todo el pueblo se implicó en el asunto, y hasta los más viejos y los niños subieron a saciar su curiosidad, para ver lo que los romanos habían copiado de los griegos. Los moldes les encantaron. Ellos sabían mucho de artesonados, escayolas decorativas, mucharebías, eran capaces de repetir en juegos geométricos cualquier dibujo rellenando un plano. «Topología aplicada», murmuró Newman, que disfrutaba de todo el asunto como uno más, pero que se negó a subir a sesenta pies de altura, aduciendo que sufría de vértigos. Pero cuando se trataba de formas y figuras, de frutos y flores, que iban variando a lo largo de la columnata, la cosa era diferente. Había trozos en el suelo, desplomados por los terremotos, o derribados por los mongoles de Tamerlán, o a causa de la maldad humana, pero no era lo mismo, esos estaban destrozados, o expoliados hacía tiempo.

Thomas subía y bajaba de los andamios con soltura. En una de esas, al pisar una tabla con un nudo saltadizo, la tabla se rompió al apoyarse en ella. Cayó desde casi ocho metros de altura y quedó inconsciente en el suelo, sangrando con una gran brecha en la cabeza. Los árabes lo llevaron en unas parihuelas hasta la casa, donde permaneció seis interminables y angustiosos días sin volver en sí. Después, con los ojos semiabiertos, preguntó dónde se encontraba.

Durante aquel angustioso trance, Caroline creyó que Thomas iba a morir. Augustus Newman, que estaba allí, se portó como un amigo y permaneció estoicamente todo el tiempo a su lado, humedeciendo sus labios, proporcionándole agua a gotas para que no se atragantara, apartando a las pegajosas moscas que revoloteaban junto a él.

La pequeña Ethel se aferraba con fuerza a los pezones de su madre, que temió que se le retirara la leche por el tremendo susto que tenía en el cuerpo. Pero la naturaleza era sabia.

Cuando finalmente Thomas se recuperó, Augustus le explicó que había permanecido varios días en coma, y le preguntó si recordaba algo. Thomas negó con la cabeza, pero lo primero que murmuró fue que le gustaría ir a Biblos. Necesitaba ir a visitar aquella antiquísima ciudad, de la que se surtían de papiros elaborados como papel, los griegos y los romanos. No tenía mucho sentido, pero Caroline también quería ir. El ayudante de Thomas había recogido los últimos dibujos que cayeron con él desde el andamio. Uno inacabado mostraba un sol iluminando unos papiros. ¡Qué extraña es la mente humana! Thomas había permanecido todos aquellos días en el mismo punto que cuando ocurrió el accidente. Al volver en sí prosiguió con sus pensamientos en el mismo punto en el que los había interrumpido.

Augustus, que no paraba de darle vueltas a la cabeza, construyó una curiosa teoría.

Dijo que también para las piedras de Baalbek era como si el tiempo no hubiera pasado. El arte era estático. Para los símbolos, las historias que se narraban en los frisos, las amapolas, los acantos, las espigas, las flechas y las lanzas, los guerreros, los cazadores, los héroes y los dioses, tampoco habría transcurrido un solo instante. Desde siempre estaban, y seguirían para toda la eternidad, suspendidos en otra dimensión. Eran los observadores los que cambiaban, los que creían que podrían comparar sus experiencias, con las de los que habían diseñado aquellos hermosos bajorrelieves, y eso las subjetivizaba. El espíritu que las creó seguía intacto, proporcionándoles la increíble belleza intemporal que todos apreciaban y admiraban. La erudita mente de Augustus los analizaba y admiraba —eso sí, en los moldes o en los trozos recogidos por el suelo.

Caroline, que también quiso subir a tocar las enormes cornisas, dejando por unos momentos a Ethel en brazos de Newman, que permaneció rígido sin atreverse a moverse mientras tuvo a la niña en brazos, impresionada por las dimensiones, gritó entusiasmada:

—¡Desde aquí arriba se comprende mucho mejor lo que aquella gente quería expresar!

Era como un desafío a la gravedad, al paso del tiempo, al propio ingenio de los extraordinarios diseñadores, constructores y artesanos que habían conseguido llevarlo a cabo, un reto a todos los que un día pasarían por aquel lugar.

—No estoy tan asombrada de la propia construcción en sí como de la voluntad de haber querido llevarla a cabo —comentó Caroline con Thomas, mientras Newman les daba su opinión.

—Las órdenes que llegaban de Roma eran definitivas. Este lugar debería acoger el templo de Júpiter y otros dioses. El dios de la tormenta, la lluvia, el trueno y el rayo tendría allí su hogar. *Pluvius, Tonans, Fulgurator, Fulminator*. El *Optimus Maximus* inspiró a los arquitectos encargados de llevarlo a cabo. El mejor y el mayor. ¿No era Júpiter el verdadero guardián de Roma? *Imperator, Víctor, Invictus, Stator* y *Triumphator*. No se podía ofender al dios de los dioses con un templo menor. Cuando el constructor recibió la orden de levantar aquellas enormes columnas debió de sentir un profundo escalofrío. Debió de creer que le habían entregado un juego de planos con la escala equivocada. Pero no. La idea estaba clara. Asombrar al pueblo. Anonadarlo. Hacerle sentir un cierto temor.

El mismo que Caroline Harding experimentó en la plataforma superior del andamio de madera de cedro, no muy diferente del que dos mil años antes utilizaron los constructores romanos para la construcción. Cuando volvió a descender hasta el nivel del suelo, Caroline no era la misma. La piedra tallada le había transmitido algo importante. Admirada y perpleja de la sabiduría de los hombres que habían diseñado el increíble templo, extrayendo de las piedras la belleza, eliminando con un mazo y un escoplo la materia inútil, lo que sobraba. Pensó que también en la vida había que eliminar los residuos que esconden la belleza. Pero solo hasta ahí, ni una décima de pulgada más.

Tomó a Ethel de los brazos de Newman y le contó dulcemente lo que había sentido. La besó mil veces, con la certeza de que la

pequeña podía entenderla. La llevó a pasear tomando el sol al gran patio, construido bajo Trajano. Acarició las columnas de granito de Asuán. Las cicatrices de otros visitantes con nombres y fechas grabadas por doquier. Sin sentirse una intrusa, con un cincel grabó en el suelo de piedra «ETHEL, 1911» en letra clásica de una pulgada de altura, mientras su hija la observaba sonriendo.

Aquel fue su último día en Baalbek, tristes por abandonarlo y eufóricos por haberlo podido disfrutar plenamente. Brindaron con vino rojo griego, traído de Beirut por Augustus Newman, y desinhibidos, hablaron de todo lo que les quedaba por hacer en el Líbano.

—¿Es que no pensáis volver jamás a Inglaterra? —Augustus lo preguntó con cierta ironía. Él podía entender el entusiasmo de sus amigos. Le había sucedido algo semejante hacía ya más de diez años, y aún seguía allí, haciéndose el remolón, inventándose cada nuevo día ficticias excusas para no retornar a Edimburgo—. ¡Ah! ¡No lo soportaría! ¡Y pensar que hubo un momento en que creí lo contrario, cuando me vi obligado a venir al Levante! Recuerdo que desembarqué en El Pireo y su intensa luz me deslumbró. Claro que pensé en Júpiter. ¿No es el padre de la luz? Comprenderéis que tuve que postrarme a adorar al sol, engendrador de toda vida, entre la ruinas de la Acrópolis. Allí permanecí como obnubilado durante unos meses; era como si no pudiera abandonar aquella colina sobre la llanura ática. Alquilé una casa en el barrio que trepa por la abrupta ladera. Desde mi azotea podía admirar la cumbrera de la Acrópolis, y cuanto más la veía, más deseaba entender la mente de sus creadores. Me sentí empequeñecido por aquella experiencia. Después decidí venir aquí en busca de la belleza. No logro hartarme. Es como si hubiera encontrado el lugar ideal. Creo que me enterrarán aquí y mis huesos se mezclarán con el polvo del desierto —Newman se agachó y tomó un pellizco de tierra entre el índice y el pulgar—. Aquí hay otros Augustus, lo sé, lo presiento, siguen rondando por la noche hasta que se ocultan al amanecer con la llegada de los primeros rayos de sol.

Cuando decidieron marcharse, fueron conscientes de la magnitud de sus trabajos. Los moldes de escayola iban ya de camino para Inglaterra, pero aun así necesitaron numerosos baúles y bultos. Libros, objetos adquiridos en cualquier lugar, lámparas, tiendas de

campaña y todo el bagaje necesario, sillas de montar, los aparatos de topografía, incluso algunos muebles de los que ya no querían desprenderse. Necesitaron tres carros tirados por mulas, que Baker se encargaría de conducir hasta su nuevo hogar, una casa abandonada que les alquilaron por seis meses en la ladera sur de una suave colina sobre un viñedo, cerca de Biblos. Era un lugar precioso según Thomas, que la había encontrado, Caroline no la había visto aún.

Unas horas antes de abandonar Baalbek tuvieron noticias de algunos disturbios en una población cercana. Dos funcionarios turcos, recaudadores de impuestos del vilayato, habían sido asesinados en el camino. Todos eran conscientes de que el asunto traería represalias, pero los lugareños se encogían de hombros, asegurando al que quisiera escucharles que ellos no habían tenido nada que ver. Era, en cualquier caso, algo anunciado desde la toma de poder de los Jóvenes Turcos, como si estuviera llegando el verdadero final de un imperio decadente.

Augustus y Thomas cabalgaban ajustando el paso de sus caballos a la marcha de la calesa en la que viajaban Caroline y Ethel, conducida por Abdel Makik, alguien que se había hecho imprescindible por su lealtad, simpatía y disposición para todo lo que fuera preciso.

—Esos otomanos han creado un sistema vacío —comentó Augustus—. Una Administración corrupta y en muchas ocasiones cruel con los árabes. Aquí no los quieren, cuando llegue el día en que deban marcharse, no podrá quedarse ninguno de ellos. Los árabes querrán vengar el oprobio de tantos siglos de humillaciones y crueldades. Pero la descomposición de ese enorme imperio no va a salir gratis para nadie. A pesar de las declaraciones de Talat, de Djemal y de Enver Pashá[8], en las que hacen promesas de fraternidad, igualdad y libertad, nadie puede creerles ya. Llegaron hace siglos a sangre y fuego que tuvo su apogeo cuando conquistaron Constantinopla, ya que hubo un espantoso baño de sangre. Mehmet y sus descendientes, como el propio Selim, o Suleyman el Legislador, en Occidente, Suleyman el Magnífico, eran señores de la guerra, que pretendían cambiar sus campamentos por los palacios que conquistaban o los que ellos mismos construían imitando los existentes.

»Después la Administración otomana, que utilizó por sistema elementos foráneos, fue degradándose, corrompiéndose lentamente hasta llegar a la situación que podemos ver hoy en día. Esto lleva muchas décadas en descomposición. El nacionalismo árabe pretende sustituir esta administración, pero no es fácil que lo consigan sin graves problemas. Fijaos en que el Imperio otomano ha llegado a convertirse en "el enfermo de Europa". Ahora los Jóvenes Turcos han creado un partido político, el Ittihad Terakki Cemiyeti, que traducido significa el Comité de Unión y Progreso, lo componen miembros árabes, iraquíes, sirios, egipcios… aunque la fuerza y el control la tienen los turcos.

»Tengo el encargo desde Whitehall de pulsar la situación, de comprobar si son más otomanos o árabes. Y no hace falta ser un lince para intuir lo que va a suceder muy pronto. Si le preguntáis a uno de ellos, os dirá que su misión como patriota es defender la unión del imperio, pero afirmará de inmediato, que ello no significa que los turcos sean superiores. Por otra parte, el sultán aún conserva mucho poder y sigue convencido de que la situación es reversible. ¿Lo será? Ese es el verdadero motivo por el que nuestro Gobierno me envía a Salónica. Aún mantiene el sultán su propio servicio secreto, que sigue tramando en la trastienda para intentar conseguir la caída de los Jóvenes Turcos. Mientras, somos testigos de lo que está sucediendo en todo el imperio. Hace dos años la Sociedad Arabo-Otomana de Fraternidad fue disuelta, los árabes que piden respeto y autonomía están siendo perseguidos, y su única defensa es agruparse en sociedades secretas. Os podría dar un nombre, la Organización de los Jóvenes Árabes [9] es tal vez la más importante, heredera de

Al-Qahtaniyya,

que pretendía un imperio turco-árabe. ¿No es algo parecido al Imperio austrohúngaro? Imaginaos lo que sucedió. Los árabes implicados en la organización secreta, conspirando, intentando captar funcionarios árabes en la boca del lobo, ¡en la mismísima Constantinopla! Incluso vinieron a vernos a la embajada. Los servicios secretos estaban bien informados y cuando tiraron de la manta, la represión fue terrible. Ahora

al-Fatat

es tal vez la que mejor funciona. Tú, Thomas, eres un muchacho

discreto, pero si me preguntaras si les estamos echando una mano… tendría que decir que sí. Los turcos son progermánicos y los árabes, probritánicos. Los franceses son nuestros aliados, y lo serán siempre, y además son los líderes en el progreso de las ideas, eso aquí, en privado, te lo reconoceré, aunque nosotros seamos los que empujamos el mundo. Pero te pediré algo. No me hagas esa pregunta cuando nos encontremos en Londres.

Viajaban tan lentamente que tardaron casi dos días en llegar a Biblos. La calesa no podía ir más deprisa por aquellos caminos imposibles, embarrados por las últimas lluvias, con los carros cargados hasta los topes tirados por mulas. Pero llegaron. Allí estaba, en la costa, la ciudad del alfabeto, la Biblos milenaria. Thomas notó un escalofrío. Su especialidad era la historia antigua y concretamente los fenicios. Si había un lugar que sintetizara aquella cultura era Biblos. Mucho antes que los fenicios estuvieron los giblitas, un pueblo pescador, en una costa entonces rebosante de peces, una gente que vivió alguna vez allí, entre el Neolítico y la Edad del Bronce, creando sin saberlo, las bases de la civilización humana.

Thomas les habló de sus pensamientos, mientras descansaban disfrutando de un té recién hecho. Les explicó cómo llegó allí un pueblo desconocido, más culto y con rituales más elaborados. Ellos —asintió convencido— trajeron el culto a Baalat Gebal, la Dama de Biblos, quien mucho más tarde sería llamada Astarté. Luego los cananeos, un pueblo beduino errante que se asentó allí mismo. Tal vez en el mismo lugar que habían elegido ellos. Aquella gente dio el nombre a la costa, Canaán. Habló entusiasmado de cómo los hititas conquistaron todo el territorio, y cómo fue entonces cuando llegaron los fenicios, con su extraordinaria cultura como navegantes. Probablemente se trataría de un pueblo cretense, que conocía bien el Mediterráneo, comerciantes que comenzaron a importar papiros desde Egipto, distribuyéndolos por todo el mundo clásico, al tiempo que hacían lo propio con el primer alfabeto fonético. Thomas suspiró. Aquella antiquísima ciudad, en aquellos momentos una aldea árabe, *Jebeil*, es decir, la colina, le estaba aguardando desde el mismo día en que decidió estudiar arte antiguo.

Pasaron junto a las ruinas del castillo que levantaron los

cruzados, utilizando las mismas piedras con las que los romanos construyeron su ciudad, con un teatro y una avenida como eje de una columnata. Le hubiera gustado colaborar con Ernest Renan, el sabio francés que en 1860 rebuscó los últimos restos de la cultura fenicia. Después vendrían otros, y ahora llegaba él. Quedaba mucho por descubrir, Augustus Newman se lo hizo ver.

—¡Estas ciudades son como un milhojas, esos sabrosos hojaldres franceses! ¡Levantas una capa y debajo aparece otra, y otra, y otra más! Aquí, apenas han descubierto la primera. Que no te quepa duda de que queda todo un mundo ahí debajo. Esos cruzados que venían de Europa eran en realidad una burda pandilla de analfabetos que todo lo resolvían con la violencia. Esas ruinas del castillo son los restos de los templos y tumbas. Pero a ellos les daba lo mismo. Solo eran piedras adecuadas para ser reutilizadas y levantar con ellas lo antes posible una fortaleza. Pero aún queda lo que mantiene, Caroline, el espíritu. Aunque según me han informado, hay una familia árabe sunnita que de tanto en tanto vende algún preciado resto.

Llegaron a la que iba a ser su nueva casa. Una vivienda tradicional de adobe alrededor de un patio, sencilla y fresca. Lo mejor era una maravillosa vista sobre la costa.

—Un lugar precioso —comentó Caroline, convencida de haber acertado. Intuyendo que en aquel lugar pasarían los siguientes meses, o al menos esa era su intención. No pudieron aguardar para conocer los alrededores. El puerto viejo era una verdadera joya, así como la iglesia maronita, la mezquita. Después, aún cansados por el viaje, bajaron un momento a la playa, justo cuando volvían las barcas a vela de los pescadores. Pudieron comprar tres langostas por el equivalente a diez peniques, que Baker aseguró entusiasmado que estarían deliciosas cocinadas en una especie de caldero tradicional. Aquel hombre se había ido imbuyendo de la forma de ser de los habitantes de la región, y aseguraba que por él jamás regresaría a Inglaterra. Tenía la intuición de que iba a permanecer allí para siempre.

Unos días más tarde, Augustus Newman se despidió de ambos. Debía cumplir con su trabajo para el Foreign Office en Salónica, pero les prometió volver en unos meses.

—Si os marcháis de aquí, dejadme razón. Yo os buscaré y os

encontraré.

Luego los abrazó y montó a caballo mientras exclamaba convencido:

—¡Ah, la amistad! ¡Sin duda esa es la única y verdadera religión!

—Le vamos a echar de menos, Thomas —Caroline se llevaba muy bien con Augustus. Se sentía protegida por aquel hombre.

Después se dirigió al trote corto hacia la costa, para tomar el camino de Beirut hasta que se perdió en la lejanía.

Aquel atardecer el ocaso fue espectacular, los últimos rayos de sol incidieron sobre las ruinas del castillo, creando una imagen sobrecogedora. Thomas abrazó a Caroline, que tenía a Ethel en brazos.

—Querida, soy muy feliz en el Líbano, pero no tengas celos. Tú eres la total causante de ese sentimiento. Debemos aprender a disfrutar de cada instante, sacarle el jugo a la vida. ¿Estás de acuerdo? Pues apliquémonos en ello. ¡*Carpe diem*!

Los sueños de Caroline

OCTUBRE DE 1911-MAYO DE 1912

Unas semanas más tarde, Thomas decidió levantar minuciosamente los planos de las ruinas del castillo de los cruzados, y fotografiar la situación exacta de todo el entorno. Después intentaría hacer lo mismo con el resto de los templos. Aquel trabajo no estaba hecho y no debía dejarse por más tiempo. Mientras, Caroline pensó que buscaría a una muchacha para atender a Ethel, y así ella tendría más libertad para colaborar con su marido. Se había apasionado por la arqueología, y además quería estar más tiempo con Thomas, quien se mostró entusiasmado con la idea.

La tesis de Thomas era que bajo las ruinas del castillo habría existido en tiempos remotos algún templo que había sido utilizado por los constructores como la base de la cimentación de su fortaleza, y que eso podría haber dejado algún vestigio en el diseño de la planta existente. Pero para encontrar alguna pista era preciso estudiar la planta en detalle. Fijarse en todo lo que quedaba, intentar pensar en cómo lo habrían llevado a cabo los moradores iniciales.

El lugar, junto al mar, con las olas lamiendo las rocas en las que la fortaleza apoyaba sus cimientos, transmitía melancolía y serenidad, en la pequeña rada que era el puerto natural, del que también parecían quedar leves vestigios de una dársena. Por allí habrían llegado en aquellos remotos tiempos los cargamentos de papiros desde Alejandría, en Egipto, y allí se habrían procesado, para transformarlos en papel que después distribuirían por todo el Mediterráneo. Allí surgió el primer alfabeto fonético de la historia de la humanidad, con aquellos doce primitivos signos que representaban los doce sonidos diferentes, lo que permitía grabar las palabras. Los escribas no eran conscientes de la importancia de su trabajo para la difusión de la cultura. ¿O tal vez sí? La invención de la escritura debió de equivaler a algo mágico, a la misma

intervención de los dioses, y los sacerdotes que controlaban el proceso debieron de ser conscientes de la magnitud de lo que aquello significaba.

—¡Fue un cambio tan enorme! A partir de ese momento poder grabar las leyendas, las antiguas historias que hasta entonces solo dependían de la cultura oral. Cuando un anciano sabio fallecía, se borraban con él todas sus experiencias y conocimientos. Resultaba muy difícil mantener la historia viva y lo más fidedigna posible. Hasta entonces a lo largo de generaciones iba cambiando, adaptándose a los nuevos tiempos. Cuando se inventó el alfabeto, debió de suponer algo extraordinario para ellos. Fue tal vez lo que los hizo progresar con mucha más rapidez. Por ese motivo, en Biblos algo de ese espíritu al que tú siempre te refieres sigue estando aquí impregnándolo todo. Reconoceré que tal vez el prodigio, es decir, la aparición de la escritura, pudo ocurrir en algún lugar del Nilo o tal vez aquí mismo. No resultará fácil averiguarlo. Pero lo que sí es cierto es que a partir de entonces la cultura del Mediterráneo se difundió desde esta ciudad. Por eso siento una profunda admiración por Renan que, siguiendo la biblia, fue capaz de encontrar los indicios de todo ello. ¡Fenicia! Siempre que pensamos en ella, recordamos a sus habitantes como un pueblo de hábiles comerciantes, pero esa es una falsa imagen. Fueron los primeros exploradores y geógrafos del mundo antiguo, los que cogieron de aquí y de allá los avances, los descubrimientos, los conocimientos de una humanidad apenas balbuciente que deseaba abandonar las brumas de la ignorancia.

Caroline le interrumpió sonriendo.

—¡Creo que si alguna vez volvemos a Inglaterra, podré licenciarme en arte antiguo sin mayor problema! ¡Qué suerte para Ethel tener la universidad en casa!

—¡Te ríes de mi pedantería! —Thomas sonrió con timidez—. ¡Pero es que me siento eufórico de poder compartir todo lo que pienso con alguien como tú! ¡Tal vez yo sepa algo de todo esto! Pero tú lo posees. Eres mi Baalat, mi diosa. ¡La poseedora que me tiene poseído! ¡Y ahora comencemos a trabajar!

No tuvieron necesidad de ir a buscar a nadie. Una familia árabe, los Abdel Ghalib, que vivían a un tiro de piedra se ofrecieron. La hija mayor, Nadima, una bellísima joven se encargaría de Ethel, con

la que se congració en el mismo momento en que la tomó por primera vez en brazos. Sus dos hermanos se harían cargo de los caballos y de ayudar en la huerta. Tampoco habría problema para encontrar un profesor para que Caroline siguiera aprendiendo. Majid Abdel, el maestro de árabe, se acercó por su cuenta en cuanto supo que buscaban a alguien que ayudara en ello. Por supuesto, Caroline, que tenía un excelente oído, había aprendido mucho en poco tiempo.

—Ethel lo aprenderá sin darse cuenta —comentó ilusionada—, mejor dicho, tendremos que tener especial cuidado para no que no descuide el inglés. Así que no me queda otra solución que dar un curso intensivo de árabe, aunque temo que nunca podré hablarlo como tú.

Pronto descubrieron que el «maestro», como lo llamaban, era un excelente profesor. El único problema con él era un cierto distanciamiento. Era un hombre adusto que no admitía confianzas ni bromas. En cuanto entraba por la puerta sin más preámbulos se ponía a explicar la lección del día a Caroline, hablaba un largo rato con Thomas, y le corregía en la dicción a veces, o le explicaba algunos nuevos giros, después le ponía una tarea a Caroline y se marchaba. Era puntual, conciso, parco y distante. Bueno, pensó Thomas, en la vida no todos éramos iguales, y si enseñaba bien, nada tenía que objetar. Para simpatía y buen humor ya tenían a Nadima, que era un encanto de mujer.

Así discurrieron sus primeras semanas en Biblos. No era un lugar tan hermoso como Baalbek, pero lo compensaba con el mar y la preciosa playa. Allí el Mediterráneo era una joya. De un azul intenso, en ocasiones sereno y calmado, como un pulido espejo que reflejaba el sol del atardecer. Aquel mar seguía repleto de peces como en la época bíblica, que los pescadores llevaban hasta su casa todas las tardes antes de la puesta de sol, saltando literalmente en sus cestas a un precio que se les antojaba un regalo, y con los que el discreto Baker, que se había revelado como un magnífico cocinero, preparaba exquisiteces. Aquel hombre lo controlaba todo. Era su administrador, su cocinero, su conseguidor, su guardián y su amigo. Thomas se lo decía con sinceridad.

—¡No sé qué haríamos sin ti, Baker! ¡Eres imprescindible!

Y el hombre sonreía satisfecho, consciente de que estaba

viviendo los mejores años de su vida. Además, se mostró muy capaz de hacer de topógrafo, con el teodolito que manejaba con soltura, una gran ayuda para el trabajo de campo, que Thomas agradeció ya que era una labor que no dominaba, y que le restaba mucho tiempo para sus otras tareas. Baker no era un hombre culto, pero sí extremadamente educado y habilidoso. Él también había avanzado mucho en el árabe, a las horas de clase —dos diarias excepto los viernes— acudía con su libreta y su lápiz. El maestro había traído unas pequeñas pizarras, las mismas que se utilizaban en las madrasas para que los niños aprendieran a escribir y leer el Corán, y repetía las veces que fuese necesario las palabras. Thomas aprovechaba para repasar y aprender pronunciación. El maestro hablaba el árabe como si le tuviera a su idioma un gran respeto, aunque que no tenía secretos para él.

A pesar de todo, no consiguieron que comentase el Corán, en aquel aspecto fue inflexible. Él no quería hablar sobre religión, ni menos aún sobre lo que pensaba en política. Decía que estaba allí para enseñar el árabe, eso sí, concedió que era la lengua elegida por Dios para expresarse y, por tanto, no hacía falta decir mucho más.

Un día, el padre de Nadima advirtió en voz baja a Thomas de que el maestro era proturco, y eso, añadió sin querer que le malinterpretaran, le hacía tener muy pocos amigos en Biblos. A medida que pasaban los días, los turcos endurecían su administración, frente a las ofertas de diálogo de los Jóvenes Turcos, que hablaron en Constantinopla de una nueva manera de relacionarse con las minorías. Atrás parecía haber quedado la despótica y cruel administración de Abdul Hamid II, que purgaba sus pecados en la jaula de oro que le había preparado el Gobierno del Ittihad, en su palacio en el exilio, de donde no volvería a salir jamás.

Pero eso, los más viejos del lugar ya lo habían vivido, cuando sesenta años antes, a mitad del siglo XIX, se publicó el Decreto Cheik Effendi, el inicio de una nueva relación entre la Sublime Puerta y la Montaña[10]. En realidad forzado por las potencias cristianas, Rusia, Prusia, Austria, Gran Bretaña y Francia. Sobre todo Francia, la agnóstica Francia, que seguía velando y observando a los que consideraba sus protegidos. Primero los maronitas, después por extensión, el resto de los cristianos de Siria y el Líbano, más

adelante la región sobre la que ejercía una especie de protectorado y una férrea defensa ante el Sultán, muy consciente de que era observado de cerca. Francia también vigilaba el comportamiento de los turcos con los armenios, a los que siempre había tenido simpatía, aunque eso era mucho más complicado, ya que ocupaban gran parte de Anatolia hasta los lejanos confines del Cáucaso, mientras que la flota francesa fondeaba frente a Beirut, apenas a tres millas y los turcos la veían allí, vigilante, guardando celosamente a los que consideraba sus «franceses del Levante».

Por esas razones el maestro no era un hombre popular, sentenció Abdel Ghalib.

—No podemos decir nada malo de él. ¡Dios lo sabe! Pero tampoco podemos hablar de su patriotismo. Él cree en los turcos… debe ser el único aquí, junto con el valí de Damasco, que sigue convencido de que nada va a cambiar. Y aquí, señor, van a cambiar muchas cosas. Un día de estos vendrá un pariente lejano de mi mujer, Abdel Wâhed. ¡Ese hombre ha estado en Francia! Ahora vive en Damasco, aunque prefiere que los turcos no sepan dónde está ni a lo que se dedica. Él y otros como él están preparando a los árabes para el día en que los turcos se hayan ido. ¡
Insha'Allah
! Por eso le digo que no se fíe del maestro. Solo sabe enseñar árabe, pero eso no le servirá de mucho cuando sus protectores se hayan ido.

Thomas aceptó la advertencia en lo que valía. Durante el verano de 1911 él y Caroline mantuvieron una relación fría aunque sumamente interesante con aquel hombre, ya que al margen de sus problemas políticos, enseñaba bien y era muy exigente como profesor.

Mientras Ethel crecía con rapidez, Caroline se había convertido en una magnífica especialista en dibujos arqueológicos. Thomas preparaba una tesis sobre las influencias sucesivas de los pueblos que habitaban aquel lugar. La teoría del milhojas —a la que Augustus Newman algo había aportado— de las culturas superpuestas, que en ningún otro lugar del mundo podían apreciarse como allí.

De la universidad de los jesuitas de Beirut llegaron a mediados de febrero dos profesores. Ambos religiosos, austríacos, que

hablaban inglés, francés, árabe, turco y lo que se les pusiera por delante con gran soltura. Demetrius Salzberger y Johann Feddersen, ambos pertenecientes a la Compañía de Jesús, y expertos también en la cultura fenicia. Acamparon en un huerto cercano, en unas magníficas tiendas de lona doble de gran tamaño. En una esquina Thomas pudo leer en alemán con letras góticas «Propiedad del Ejército Austríaco». Llevaban dos ayudantes, dos hombres de aspecto melancólico, silenciosos y discretos, que tenían su propia tienda. Eran gente rutinaria y extremadamente ordenada, limpiaban su campamento hasta los límites con disciplina militar, enterraban todos los residuos y demostraban un carácter lejano y frío. Permanecieron allí hasta bien entrado el otoño. Thomas intentó iniciar una relación con ellos, pero no eran gente amistosa ni fácil. Mantenían las distancias. Aun así, pudieron conversar en varias ocasiones y parecieron vivamente interesados en los trabajos que Thomas llevaba a cabo, hasta el punto de tomar notas en cualquier conversación.

Una tarde aceptaron cenar con ellos y admiraron los dibujos de Caroline.

—¡Hija mía! —exclamaron al unísono, verdaderamente asombrados de su calidad—. ¡Es usted una verdadera experta! ¡Estos maravillosos dibujos son el complemento perfecto para el trabajo de su esposo! ¡Hija mía! ¡Dios la bendiga con esa extraordinaria habilidad! ¡Prosiga! ¡Prosiga! ¡Son de un enorme mérito! ¡Y de eso sabemos!

Después disertaron sobre la evidente influencia egipcia en Canaán, asunto sobre el que Thomas estaba muy interesado y deseaba escuchar otros puntos de vista. El padre Johann Feddersen, que era un vienés culto y con gran experiencia, expuso su punto de vista.

—A pesar de los muchos siglos transcurridos, nada ha cambiado demasiado en el juego de las estrategias políticas. Los reyes de Babilonia eran conscientes de la importancia de estas tierras, como su salida natural al mar, ahora el Mediterráneo, e intentaban mantener un férreo control de la región. Pero los egipcios pensaron lo mismo. Para ellos no era tan importante la salida al mar como el establecer una base estratégica que les permitiera el acceso a Anatolia y Babilonia. Hay que pensar que Asia Menor estaba ya

colonizada por los primeros helenos. Ese lugar era entonces el centro del mundo, lo que hoy pueden ser Austria o Alemania —Thomas no pudo dejar de pensar, sin expresar sus sentimientos, que aquellos austríacos estaban convencidos de su absoluta superioridad racial y cultural. Eso lo había comentado con Augustus Newman en varias ocasiones. Mientras, el padre Feddersen proseguía su erudito razonamiento—. Fue alrededor del reinado de Tutmosis III cuando Canaán se transformó en una provincia egipcia. Por aquí salían y entraban mercancías estratégicas para los egipcios y para los pueblos mediterráneos, incluso, y sobre todo, para Mesopotamia. Después, ya lo conocen ustedes, hijos míos, la caída de la XVIII Dinastía, que les hizo replegarse hasta que volvieron los faraones de la XIX, Seti y sobre todo Ramsés. Para entonces los fenicios ya habían llegado al Atlántico, fundando factorías y transformándose en un pueblo rico, culto y capaz. Mencionaré que los Estados asirios ambicionaban para ellos esa riqueza. Tiro fue cercada por Nabucodonosor en el siglo VI a. C., hasta que el rey Ethbaal II tuvo que rendirse al Imperio babilónico. Los persas se aprovecharon de todo aquel enorme conocimiento, y esa fue la causa de que Alejandro Magno destruyera Tiro. Más tarde Artajerjes, ya en el siglo IV destruyó Sidón. Eso hizo que el comercio pasara a manos griegas. Incluso Cartago, de origen fenicia, fue destruida hasta los cimientos por los romanos. ¿Recuerdan? ¡*Carthago Delenda est*![11],… y saben lo que se deduce de todo ello… Que la codicia y la envidia han marcado desde siempre el rumbo de la historia, y que así seguirá siendo. Ahora, paradójicamente, los turcos necesitan la ayuda de la cristiandad para mantener su imperio. Austria y Alemania no pueden permitir la desintegración de una administración que ha permitido la coexistencia de otras culturas. ¿Qué creen ustedes que habría sucedido con los lugares santos en otro caso? Es evidente que los árabes habrían transformado Jerusalén en una segunda Meca. ¡Tendrán que reconocerme que los turcos en eso lo han hecho bien!

Thomas renunció a la discusión. Él no compartía aquella opinión, pero tampoco iba a decirles lo que pensaba de la posición del Imperio austrohúngaro y menos aún de los alemanes. Se lo había advertido Augustus Newman: «La sinceridad es enemiga de la

diplomacia».

Intervino a continuación el padre Salzberger. Demetrius Salzberger, de nacimiento Joseph Zilahy, era húngaro, pero la vida le había hecho adoptar una nueva personalidad, que encajaba mucho mejor con sus ambiciones.

—¡Ah, mi amigo el padre Feddersen es un gran defensor de los turcos! ¿Tal vez por sus siete años como consejero religioso en la Embajada del imperio en Constantinopla? Allí hizo muchos amigos, ¡no quiere hablar de Enver Pashá!, pero lo conoce bien, dejemos eso. Yo podría decirles algo, muy poco en realidad, sobre las divinidades idólatras de los fenicios. Ya saben que la diosa principal del primitivo Canaán era Asherah, la diosa de la fertilidad. Los babilonios trajeron a Ishtar y el resultado sincrético fue Astarté, la Astaroth bíblica, la diosa de la naturaleza y la fertilidad. No es otra que la Artemisa griega de la luna, por la relación del ciclo lunar con el de la mujer, y más tarde Afrodita y Venus.

—¿Y no tendrá nada que ver el culto cristiano a la Virgen María con todo ello? —Caroline había decidido no permanecer al margen.

El padre Salzberger suspiró algo incómodo por la pregunta.

—Hija mía, uno puede relacionar todo en la vida. Si usted lo que quiere decir es que el ser humano tiene la necesidad de adorar la parte femenina del panteón de los dioses, es posible. Pero entiendo absurda tal comparación. Por definición la Virgen es lo contrario del culto a la fertilidad…, en fin, ha sido un placer cambiar impresiones y de nuevo les felicito por su trabajo.

Los jesuitas se despidieron educadamente, pero también con frialdad. No coincidían con el pensamiento de los ingleses, y no iban a entrar en una discusión bizantina sobre la relación del culto a la Virgen con las antiguas creencias idólatras. Y menos aún con una mujer perteneciente a la Iglesia anglicana.

Más tarde Thomas comentó la situación con Caroline.

—¡Les has asustado! Los jesuitas son el bastión de los católicos romanos, y jamás aceptarían tu reto. Si quieres una opinión sincera e independiente, pregúntale eso a Augustus cuando vuelva por aquí. Él tiene sus propias teorías sobre Astarté y la fertilidad vinculada a la virginidad. Es como si sobrara el varón. Reconoce que has querido provocarles, pero no han querido entrar a discutir de temas tan serios con una mujer ¡y, además, protestante! Por cierto, me han

avisado de que tengo que recoger una carta en Beirut. Creo que me la envía Donald Patterson, un profesor mío de Oxford especialista en cultura persa. Pasará por aquí unos días antes de ir a Damasco, y creo que desde allí organizará una expedición al interior de Mesopotamia. Reconoceré que siento un poco de envidia, pero ahora tal vez no sea el mejor momento. ¿No crees?

Caroline lo observó con ternura, sabiendo lo mucho que su marido anhelaba participar.

—¿Por qué no? Mira, yo estoy aquí bien y tranquila. Baker puede echarnos una mano si necesitamos algo Ethel o yo. Creo que deberías ir a conocer esa zona con tu amigo Donald. Te autorizo tres meses, máximo cuatro. Te echaré de menos, pero comprendo lo importante que puede ser para ti.

Thomas no quería demostrar lo ilusionado que estaba.

—¿De veras no te importaría? Pero no. No estoy seguro de que sea lo más apropiado. Bueno, en todo caso ya lo discutiremos más adelante. Tampoco sé si al profesor Patterson le gustaría llevarme con él o solo trata de mantener las formas. Ya sabes lo celosos que podemos llegar a ser los investigadores. Es como si al final el yacimiento que queremos excavar fuese algo nuestro, nos apropiamos de todo, desde Homero hasta Darío y de los hititas a los asirios… ¡Además ese hombre es un verdadero sabio, mientras que yo soy solo un aprendiz!

Caroline volvió a sonreír. Convencida de que Thomas se sentía feliz, como un niño al que le hubieran dado permiso para ir de excursión. Allí en Biblos la vida era muy tranquila, la gente parecía buena. Incluso habían encontrado a Pierre Gouraud, un médico francés jubilado y viudo, que después de muchos años en Francia había querido volver al Líbano. Una buena persona y, por lo que les habían explicado, un excelente médico. Además, en Biblos no carecían de nada, un extraordinario suministro de frutas y verduras a muy buen precio, también carne, eso sí, solo de cabrito o de cordero, y de tanto en tanto de dromedario. En cuanto a la pesca, muy abundante, siempre fresquísima y a unos precios ridículos: salmonetes, calamares, sardinas, lenguados, gambas, almejas… A los dos les encantaba el pescado, y Baker ya era un experto en la cocina del Levante.

También vinieron a visitarles dos monjes maronitas de un

monasterio cercano. No hacían proselitismo, era solo curiosidad. Les regalaron la Biblia en francés. Thomas les entregó un ejemplar de su tesis doctoral, encuadernada en cuero, y Caroline, que no quería ser menos, unos dibujos a la acuarela de las ruinas de Baalbek. Se fueron contentos y satisfechos.

Dos semanas más tarde los monjes volvieron, acompañados de un hombre de estatura media, cabello oscuro y gafas de concha, tal vez tendría cincuenta y tantos. Se presentó como Naguib Azoury, cristiano maronita. Traía un libro bajo el brazo que le entregó a Thomas con una inclinación de cabeza. Se trataba de una edición en francés, *Le réveil de la nation arabe dans turque l'Asie*. Caroline sirvió un té mientras Ethel jugaba tranquilamente sobre la alfombra. La chimenea encendida proporcionaba un ambiente hogareño. Azoury suspiró de nostalgia antes de hablar.

—Señor Harding, los hermanos se han empeñado en traerme, asegurándome que un profesor inglés residía en Biblos con su esposa y su hija. Le diré que creía que encontraría a un anciano sabio, y me ha sorprendido saludar a un hombre tan joven y a su encantadora esposa.

—Es cierto, solo tengo treinta años, pero en absoluto pretendo ser un sabio, solo un profesor ayudante de Oxford que desea tocar la realidad. Verá usted, cuando llegué a Beirut, por algún motivo me enamoré de este país, y de esta bella y tozuda joven inglesa, Caroline, y ahora nos sentimos muy vinculados, ya que nuestra hija Ethel ha nacido aquí. Por el momento no pensamos volver a Inglaterra.

—¡Muy bien, muy bien! ¡Sabia decisión mi querido profesor! —Azoury asintió satisfecho—. Este es un país acogedor y complejo. Aquí vivimos gentes muy diferentes como habrán podido comprobar, pero todos tienen cabida, por ahora, y digo eso, ya que las cosas van a cambiar, más pronto que tarde.

—Sí —afirmó Thomas—, ya nos hemos percatado de ello. Además, le aseguro que leeremos con sumo placer su libro, monsieur Azoury. Ya había oído hablar de usted. Pero tengo curiosidad por saber qué piensan los turcos de ese despertar de la nación árabe. ¿Realmente es una nación? ¿Hasta qué punto estaba dormida? ¿Vamos a ser testigos de algo tan paradójico? ¿Saben los

árabes que pertenecen a una nación árabe?

—¡Espere, por favor! —Azoury levantó las manos, intentando detener la avalancha de preguntas del curioso profesor—. Si me permite, le hablaré antes de la situación… El siglo pasado fue el del conflicto entre las dos grandes comunidades, opuestas en muchas cosas. Nosotros, los árabes cristianos maronitas. Ya sabe, de san Marón, un humilde ermitaño cristiano del siglo V. Un anacoreta que decidió vivir en las ruinas de un templo pagano. Un hombre santo que hizo muchos milagros y sus discípulos fueron llamados maronitas. Cuando llegó la conquista de Siria por los musulmanes, se refugiaron en las montañas blancas, el Monte Líbano. Ahí se creó la figura del heredero de san Marón, el patriarca maronita. Tuvo que convertirse en el defensor de su pueblo, de los cristianos, en un mundo musulmán muy radical. Después llegaron los cruzados, a finales del siglo XI. En esa etapa se vincularon a Roma. Mucho más tarde, en 1244, Jerusalén cayó en manos del islam, de los mamelucos y, posteriormente, de los otomanos. En 1860, hace medio siglo, los drusos cometieron terribles matanzas contra los cristianos maronitas. Recordarán las expediciones europeas para evitar que aniquilasen a los nuestros. Ahora tenemos un estatuto, al que le queda poco tiempo, porque ha llegado el momento del cambio. ¿Qué va a suceder? La toma de poder de los Jóvenes Turcos no es lo que parece. Verán, conozco personalmente a Djemal Bey. No es una buena persona. No se puede confiar en él. Me temo que aún menos en Talat, ni tampoco en Enver Pashá. Djemal Bey es un individuo con delirios de grandeza muy influido por los alemanes. Talat Bey es un radical, implacable ultranacionalista, que cree en el Turán como el lugar mítico donde se originó la raza turca, y desconfía de todos los que no son turcos. En cuanto a Enver Pashá, su matrimonio con una princesa otomana lo ha desquiciado. Es solo un nuevo rico con ínfulas de aristócrata. Entre los tres conducirán al imperio al ocaso. Ellos son el triunvirato que ostenta el poder en Constantinopla, o como exigen ellos que se la conozca, Estambul. El sultán Abdul Hamid, ahora prisionero y sin poder, era un carnicero, una fiera que donde mejor está es encerrado de por vida. En cuanto al nuevo sultán, Reshal V, es un mero títere sin poder ejecutivo.

Naguib Azoury permaneció unos instantes en silencio.

—Vienen tiempos difíciles, pero a los maronitas eso no nos

asusta. San Marón seguirá como siempre cuidando de nosotros. ¡Que bastante trabajo tiene con eso el pobre hombre! Después de muchos siglos, el pensamiento árabe vuelve a tener autonomía. El árabe es la lengua de un pueblo extensísimo que fue conquistado por los turcos, con una administración corrupta y unos Gobiernos perversos que han impedido nuestro progreso. ¿Han oído hablar de «el Despertar Libanés»[12]? No solo los turcos pretenden el cambio, con el Comité de la Unión y del Progreso. No les creemos, no queremos su unidad y desconfiamos de su progreso. Los valís turcos, los gobernadores otomanos, siempre han hecho lo contrario de lo que decían y han dicho lo contrario de lo que pensaban. Pero eso va a cambiar pronto. Sabemos que no va a ser fácil. El islam domina el mundo árabe, pero no podemos prescindir los unos de los otros. Nos une la raza, pero sobre todo el lenguaje, nuestra cultura ancestral. Aun siendo conscientes de que los árabes cristianos somos en realidad una minoría. Tenga en cuenta que el Corán recoge gran parte de nuestra propia idiosincrasia. Por eso corrió como la pólvora, fue como si lo estuvieran aguardando. Los cristianos árabes podemos entender y aceptar gran parte de lo que dice ese libro sagrado. Incluso para nosotros. Ya llegará el momento de poner a cada uno en su sitio.

»¿Quién me sigue? Cristianos, católicos, ortodoxos, maronitas, ¡incluso protestantes!, musulmanes sunnitas y chiitas, también alawitas, drusos, kurdos, sirios, gentes del Monte Líbano, judíos. ¡Sí, también ellos están hartos! Ahí detrás están Boustani, Khairallah, Rabbath, Arslan,

Al-Kawâkibi

y muchos otros. ¡Sí! —Los ojos de Azoury destellaban a medida que hablaba con más pasión—. ¡El despertar de la nación árabe! Una nación que ha permanecido dormida, pero siempre orgullosa de su cultura. ¡Ahí tienen la escritura turca! ¡Con nuestro maravilloso alfabeto árabe! Ahí están las obras maestras en España. ¡Ah, qué bella España! ¡Córdoba, Granada, Sevilla! También en el Norte de África. Ahora tendremos que enfrentarnos a la realidad. Khairallah lo ha expresado extraordinariamente bien, volver a sacar la idea árabe de debajo del polvo de los siglos. Es verdad que hay mucho de islam vinculado a la idea de lo árabe, pero espero que nuestro punto de unión sea lo árabe, no el islam, con todos mis respetos,

nuestra historia común. Mire usted, señor Harding, los países árabes para los árabes, el Kurdistán para los kurdos, Armenia para los armenios. Admitamos que los turcos se queden con Turquía… Yo no soy nacido en el Monte Líbano, sino en Jerusalén, pero al ser maronita me considero de aquí.

»Y ahora les dejo. Debo volver al monasterio. Allí me protegen de la peligrosa y cruel policía secreta del Ittihad. Los turcos no están conformes con este discurso. Les derrotaron en Lepanto y ahora vuelven a olfatear la derrota. Ahí tienen el ataque italiano a la Tripolitania y la Cirenaica. ¡Ahí no han encontrado enemigos! Los turcos no fueron capaces de devolver el golpe. Dicen que encontraron un ejército desorganizado, más pendiente de lo que podían comer que de luchar. ¡Los italianos les tiraron bombas desde un avión! ¡Y los turcos corrieron asustados como gacelas del desierto! Después les atacaron en Rodas y en el archipiélago del Dodecaneso. ¡La lucha de un Estado moderno, Italia, contra un imperio obsoleto, Turquía! Ya lo decía Ibn Jaldún. Los imperios poderosos serán sustituidos… y a Turquía le ha llegado su momento. Adiós. Volveremos a vernos. Ha sido un verdadero placer conocerles. ¡Y esa preciosa niña libanesa es parte de lo que será nuestra nación en el futuro! ¡El Gran Líbano!

Azoury salió de la casa acompañado de los tres monjes que no habían dicho una sola palabra. Thomas incluso dudó de si hablarían francés. Se asomó al exterior. Azoury caminaba con decisión. Se volvió.

—¡Señor Harding! ¡Venga a vernos pronto al monasterio! Se lo ruego, se encuentra cerca, solo a tres horas a buen paso, a una hora y media en caballería. ¡Le presentaré a alguien! ¡Devuélvame la visita! ¡Adiós! ¡Ha sido un placer!

La tarde se convertía en crepúsculo con rapidez, y Caroline salió a la puerta con Ethel en los brazos cubierta con un chal.

—Querido, me encanta estar aquí. Este país es maravilloso, pero temo que algo lo estropee. Tengo como una premonición. Todos hablan de que el cambio es inminente. ¿Tú crees lo mismo?

Thomas las abrazó a ambas con fuerza. Él también compartía el mismo temor.

—Querida, ya estamos inmersos en el cambio y los turcos lo saben. Ya no compran tierras, incluso las que poseen las venden

baratas. Se llevan los muebles y lo que pueden de sus casas a Constantinopla, a Esmirna. Están yéndose silenciosamente de Palestina, de Siria, hasta los pocos que habitan en el Monte Líbano, poco a poco. Los funcionarios mandan a sus familias a Turquía. Eso ya no son síntomas, no hay vuelta atrás. El Gobierno de los Jóvenes Turcos se opone a esa política y les impone sanciones, está mal visto, es como una huida a destiempo, no es algo «proturco». ¡Claro que está cambiando algo! Pero no te preocupes, nosotros estamos en el lado correcto. Ya has visto cómo se sinceran con nosotros. Ya no se ocultan. Azoury, ese hombre exquisito de apariencia sencilla es uno de los principales líderes del nacionalismo árabe, y hemos tenido la oportunidad de escucharlo…, cuando se marchaba me ha invitado a ir al monasterio. Siento decirte que las mujeres tienen prohibida la entrada, son maronitas cristianos, pero por encima de eso son árabes. ¿Recuerdas lo que te conté de mi experiencia en las primeras semanas? Iré dentro de unos días. Me interesa saber cómo piensa esa gente. Mira esa increíble puesta de sol en el mar. ¡El castillo parece iluminado! ¡Es algo mágico! Fíjate en Ethel, embelesada. Ella alcanzará a vivir en un mundo muy diferente y mejor, pero algún día dentro de muchos años se despertará por la noche, recordando quizás este momento y no sabrá si lo vivió alguna vez o solo se trataba de un hermoso sueño.

Una expedición a Mesopotamia

MAYO-SEPTIEMBRE DE 1912

A mediados de febrero de 1912 la flota italiana bombardeó Beirut. Era, sin lugar a dudas, una represalia a causa de la guerra italo-turca. Los ciudadanos estaban indignados. ¡Los italianos debían saber muy bien cuál era el punto de vista de los beirutíes y aquella barbaridad no se podía entender! Después de todo no hubo muchos daños materiales, unas cuantas casas dañadas, almacenes y tinglados del puerto que volaron por los aires, aunque sí la irreparable pérdida de una decena de árabes muertos, lo que sumió en el duelo a la comunidad. Aquel día lo que resultó peor parado fue el prestigio de Italia. En Roma lo supieron más tarde, el Vaticano presentó una queja oficial al Gobierno italiano. En París la prensa atacó duramente aquel «absurdo bombardeo» a una ciudad indefensa.

Mientras, en Biblos la vida seguía su curso. El profesor Donald Patterson había tenido que retrasar su viaje por motivos familiares. Tampoco Thomas pudo desplazarse al monasterio hasta finales de la primavera de 1912. Ethel había pasado el sarampión y Caroline se había quedado embarazada de nuevo. El entusiasmo vital de ambos seguía igual, estudiando nuevos proyectos. Ya todos les conocían en Biblos y los alrededores. Se referían a él como «el profesor» y les parecía bien que investigase en las ruinas del castillo, en los restos cercanos, en cualquier parte. El mismo alcalde de Biblos lo dejó bien claro. «Si el profesor encuentra algo de importancia, el mundo mirará hacia aquí». En cuanto a la administración turca, tampoco ponía el más mínimo obstáculo. Incluso el valí pasó por allí y tuvo el detalle de ir a saludarlo. Venía de Beirut, adonde le invitó a visitarlo. Era un turco obeso, de vientre prominente, gran bigote, calvo y mirada huidiza. Daba la impresión de estar permanentemente vigilando a su alrededor, como si temiese que alguien le atacara por la espalda. Pero por lo demás estuvo muy

cordial con él y respetuoso con Caroline.

Al valí le acompañaba un pequeño séquito. Entre ellos un joven oficial alemán de caballería, el capitán Ernest von Ludendorff, sobrino de Erich Friedrich Ludendorff, el conocido general de Estado Mayor. Eso se lo explicó a Thomas el secretario del valí, un tal Kemal Mahmoud, que parecía darle a todo el asunto una gran importancia. Thomas comprobó que lo que Augustus Newman le había contado sobre la creciente influencia de los alemanes en el nuevo Gobierno turco era bien cierto. El secretario era un individuo extrovertido y parlanchín, que parecía sentirse muy satisfecho de sí mismo. Sí, añadió sonriente, habían desembarcado en Beirut un grupo de oficiales del Ejército alemán. Estaban allí en misión diplomática, se hablaba de otra posible visita del emperador Guillermo II, tal vez a Baalbek y Palmira. Los turcos eran muy buenos amigos de los alemanes y los austríacos. ¡Pero, por supuesto, también de los ingleses y franceses! Al menos a él no le cabía la menor duda, afirmó el secretario del valí, mientras lanzaba un destello mostrando sus dientes de oro. ¡Ni la menor duda!

A Thomas, sí le asaltaba la duda de cuánto tiempo restaba para que sucediera algo que terminase de desequilibrar el mundo. Era como la premonición de una tormenta.

En cuanto al capitán Ludendorff, permanecía silencioso, observándolo todo, aparentemente desinteresado y muy relajado, como si se hallase de excursión con la academia militar. El secretario del valí terminó de aclarar la situación, al comentar con una mezcla de orgullo y patriotismo que los alemanes traían con ellos modernos equipos de topografía, y que estaban levantando los planos de los puertos y las fortalezas, aunque como en aquel caso estuviesen en ruinas, las carreteras y los caminos de toda la franja costera, desde la Cilicia hasta Port Said. Según decían, era para una gran enciclopedia geográfica del Levante. Algo parecido a lo que en su día había llevado a cabo Napoleón en Egipto [13]. El valí visitó la fortaleza acompañado del capitán y de Thomas, que les explicó en francés y en alemán la historia del monumento, y su certeza de que quedaban muchas cosas por descubrir en Biblos. Después, siguiendo el protocolo, le invitaron a almorzar. Unos soldados turcos habían montado una gran tienda de lona, mientras los cocineros y unos pinches cocinaban sobre las brasas, al aire libre, un par de corderos

y algunos platos turcos, para agasajar a las autoridades locales. Thomas fue invitado. Pero no Caroline, no asistió ninguna mujer a la comida. Tampoco se sirvió vino, solo té y mosto, a pesar de que muchos de los asistentes eran cristianos.

Los turcos mantenían una ambigua postura. Por una parte, todo el mundo estaba convencido de su marcha, tarde o temprano. Se hablaba de que las finanzas de la Sublime Puerta se hallaban en quiebra, y que ya eran incapaces de mantener a sus funcionarios en Siria y Palestina. Sin embargo, se notaban movimientos de tropas, ejercicios militares, la llegada de oficiales e incluso de material bélico, como las pesadas piezas de artillería que llevaba el ferrocarril hasta Damasco —ya eran algo más que habladurías— y, por último, las visitas de oficiales y expertos alemanes como los que en aquel momento acompañaban al valí. Eso sí, todo envuelto en sonrisas, incluso invitaciones del valí para agasajarlo. ¿Sería cierto que volverían el káiser y el príncipe heredero? No parecía el momento más adecuado, salvo que el Imperio alemán deseara manifestar su inequívoco apoyo al nuevo Gobierno de Constantinopla.

Unos días más tarde llegaron los topógrafos. El jefe del equipo de ingenieros era el teniente Heinrich Manheim, un berlinés introvertido de unos cuarenta años que lo primero que hizo fue adquirir en el almacén de comestibles propiedad de Conrado, un cristiano maronita, una caja de botellas de vino. Los topógrafos trabajaron con dedicación y esmero germánicos. Después, al atardecer, se emborracharon, pero a la mañana siguiente, en cuanto amaneció, volvieron a sus puestos. Así mantuvieron la misma rutina durante los días siguientes. Thomas tuvo que reconocer que los alemanes estaban haciendo un buen trabajo. Él también habría hecho un levantamiento, pero su equipo era inferior, entre Baker y su nuevo ayudante, Muhammad
al-Medini
no tenían la suficiente experiencia en aquella tarea y habían ido mucho más lentos. En cambio, los germanos apenas necesitaron un par de semanas para levantar unos magníficos planos, que nada tenían que ver con el trabajo civil de los sabios de Bonaparte. Eran evidentemente planos militares, ya que los turcos y los alemanes estaban preparando la defensa de toda la costa desde el Monte

Carmelo en Palestina, al menos hasta la frontera turca. No le extrañó, era lo que se venía comentando en los últimos meses y además lo llevaban todo a cabo con tanto descaro que no se ocultaban. Pensó que tal vez les interesaba divulgarlo.

Una tarde tuvo un encontronazo con el teniente Manheim. Su ayudante
Al-Medini
llegó hasta la tienda de campaña donde Thomas tenía su base de trabajo con un ojo morado y el labio roto que sangraba abundantemente. Al principio mantuvo que se había caído en una de las trincheras de las excavaciones. Pero ante su insistencia confesó que los alemanes le habían golpeado. ¿Cuál había sido el motivo de aquella agresión? Le preguntó Thomas alterado.

—Bueno —Al-Medini aún se resistía a hablar—, ellos dicen que estamos interfiriendo en su trabajo y que los únicos que tienen permiso para excavar o para levantar planos son ellos, los alemanes, y que… bueno… —El hombre parecía remiso a seguir explicando lo sucedido.

—¿Qué?, ¿de qué estás hablando, Ahmed? —Thomas no deseaba tener problemas con los militares prusianos, pero en modo alguno iba a permitir que lo avasallaran y golpeasen a su gente—. ¡Por Dios bendito! ¡Dime lo que te dijeron!

—Bueno, señor. Verá, el teniente ha dicho que por él todos los ingleses se podían ir al infierno. Entonces es cuando le he contestado que eso no se atrevería a decírselo a usted, y entonces me ha golpeado. ¡Pero ya casi no me duele! —Ahmed no tenía ganas de líos—. ¡No merece la pena, señor! Mi padre dice siempre que todos los alemanes son unos cabezas cuadradas.

—¡Sí, tu padre puede que tenga razón! —Thomas estaba fuera de sí—. ¡Pero no puedo aceptar que vengan aquí, cuando llevamos meses levantando estos planos, y encima te golpeen! ¡Ese teniente me va a oír y puede que le cueste un arresto!

Thomas notaba que le hervía la sangre e intentó controlarse. Ensilló su caballo y, a pesar de las advertencias de su ayudante, se dirigió al galope al campamento de los alemanes. Era domingo por la mañana y no estaban trabajando. Pero encontró al teniente Manheim, que al escuchar la llegada de un caballo salió a la puerta de la tienda.

—¿Qué ocurre, señor Harding? ¿Algún problema? ¿Tiene usted algún problema con el ejército alemán?

Era evidente que aquel individuo no mostraba ni el más mínimo arrepentimiento. Thomas decidió no morderse la lengua y decirle lo que pensaba sobre su comportamiento.

—Mire, teniente. Es usted indigno de llevar ese uniforme. Un oficial debe saber comportarse en cualquier ocasión. Ha golpeado usted a un hombre indefenso, abusando de su posición y si ahora pretende que sus palabras me ofendan, le diré que no ofende quien quiere, sino quien puede. Haga usted el favor de mantenerse alejado de mis empleados o tendrá serios motivos para arrepentirse. No quiero tener que ir a quejarme de su indigno comportamiento al capitán Ludendorff. Así que tranquilo.

El teniente de ingenieros emanaba olor a alcohol a pesar de la hora. Aquel hombre, pensó Thomas, tenía un serio problema con la bebida.

—¡Malditos ingleses! ¡Se creen ustedes los amos del mundo y no son más que unos hijos de puta! ¡Si se atreve a descabalgar le daré una soberana paliza! ¡Desgraciado!

Thomas no era hombre que se dejara intimidar, aunque por principio nunca utilizaba la violencia. Sin embargo, había practicado el boxeo en su etapa de estudiante en Oxford y descendió del caballo con cierta parsimonia. El teniente Manheim se lanzó sobre él con furia, pero Thomas lo esquivó, al tiempo que le golpeaba en el mentón con su derecha. No tuvo necesidad de más. Manheim cayó cuan largo era, y Thomas permaneció en pie aguardando su reacción, que no llegó, ni tampoco la de sus hombres que habían salido de las tiendas y observaban en silencio la situación.

Volvió a montar y mientras su oponente se incorporaba con dificultades, sorprendido por lo ocurrido, le advirtió de nuevo.

—¡Teniente, deje en paz a mi gente! ¡No volveré a repetírselo! ¡Buenos días!

Poco después los alemanes desaparecieron. Por la noche desmontaron la tienda y lo dejaron todo como si nunca hubieran estado allí, enterraron la basura y barrieron la explanada. No quedó el menor vestigio de su paso. Thomas pensó que las tropas inglesas serían sin duda más eficientes en el combate, pero desde luego no

tan meticulosas y ordenadas como aquellos germanos.
Al final de verano llegó por fin el profesor Donald Patterson. Un hombre de unos sesenta y cinco años, delgado y moreno, que se mantenía bien físicamente. Se interesó mucho por los trabajos de Thomas, pero insistió en que quería ir a Damasco cuanto antes. En Jerusalén, de donde acababa de llegar, se comentaba que los turcos iban a impedir el acceso al interior de Siria en cualquier momento. Era *vox populi* que muchos árabes se estaban afiliando a sociedades, más o menos secretas, cuya finalidad era obstaculizar la administración otomana. A eso, los turcos respondieron dificultando los movimientos de la población árabe y con otra clase de medidas, más duras y directas, como impedir que se movieran de sus lugares de residencia sin visado. Eso para los árabes resultaba muy humillante. A fin de cuentas, la palabra *arab* significaba nómada. Siempre habían ido arriba y abajo a su antojo, y para muchos de ellos significaría un duro golpe económico.

Patterson no llevaba todo aquel tiempo aguardando para que al final un estúpido decreto le impidiese terminar su trabajo, y así se lo hizo ver a Thomas con cierto nerviosismo.

—Estamos en una situación complicada. Necesito permanecer en Mesopotamia al menos durante seis meses, y tal y como están las cosas, no sé si volveré a tener la oportunidad… ya estoy algo mayor, y llevo preparando esta expedición muchos años. A fin de cuentas, no hay ningún otro lugar del mundo como ese. ¿Le gustaría acompañarme hasta allí? —Thomas afirmó con la cabeza a sabiendas de que tendría que haber dicho que no. Él también había esperado aquella invitación durante mucho tiempo—. Bien —Patterson quería dejarlo todo muy claro—. Si es así, lo haremos pronto. El mes que viene saldremos vía Damasco. Permaneceremos en esa ciudad el tiempo necesario para preparar hasta el menor detalle la temporada de excavaciones. Allí encontraremos a Hassan Abu Mufa. ¡Ese tipo tiene fama de conseguir todo lo que se propone! ¡Espero que no lo hayan contratado los alemanes! ¡El Museo de Berlín desea tener las mejores piezas, pero aún le queda mucho para poder compararse al Museo Británico! ¡Ya lo creo!

El profesor Patterson tenía desde hacía años un excelente concepto de Thomas, y lo recordaba como uno de sus mejores alumnos. Cuando supo que se hallaba en Biblos, decidió ir hasta allí

para convencerlo de que le acompañase. No quería reconocerlo, pero se notaba algo mayor, de tanto en tanto sentía algunos mareos y cada vez le afectaba más el calor. Necesitaba incorporar sangre joven a su expedición, y Thomas Harding reunía los requisitos, además le significaría un importante ahorro económico que si hubiera tenido que llevar desde Londres hasta Mesopotamia a otro ayudante. Tenía mucho interés en visitar las excavaciones de Mesopotamia, pero era muy pesimista ante la situación política que se estaba creando en la región. Nadie podía adivinar lo que iba a ocurrir, y los mismos campesinos, árabes o cristianos de Biblos, aseguraban: «¡Nada bueno, monsieur, nada bueno!». Tantos siglos de administración turca los había vuelto escépticos. Allí, cada vez que llegaba un decreto, o un firmán, era para subir los impuestos o para inventar uno nuevo, lo que hacía que los habitantes de Siria sintiesen verdadero odio por los recaudadores otomanos.

Pocos días más tarde Thomas invitó al profesor Patterson a acompañarle al monasterio maronita. Tenía que devolver la visita que Azoury les había hecho hacía meses; además sentía curiosidad por aquel lugar, y también el profesor había manifestado su interés. El monasterio no estaba tan cerca como Azoury le había asegurado. Algo más de dos horas a caballo a buen paso y sin entretenerse, y además todo el trayecto montaña arriba, lo que resultaba muy fatigoso para las monturas. Después de los matorrales comenzaron los bosques de cedros, algunos de porte impresionante. Para entonces los caballos echaban espuma por la boca y sudaban muchísimo a causa de la pendiente, con los belfos temblando por el esfuerzo. La vista era espectacular, y más aquel día en el que la atmósfera diáfana y transparente permitía ver con nitidez a veinte millas. Incluso el propio Patterson, que ya no mostraba entusiasmo más que por sus proyectos de excavaciones, parecía emocionado.

—Sí. Mi esposa solía viajar conmigo. Hace dos años murió en un accidente al caerse de un caballo, en Surrey. Ella hubiera disfrutado mucho con todo esto. ¿Sabe lo que pienso? Que el mejor homenaje que puedo hacerle es no perdiendo ni un minuto. Así que vamos a ese bendito monasterio, a ver qué nos cuentan los monjes maronitas.

Arrearon con brío los caballos y siguieron montaña arriba. Unos rótulos en arameo indicaban de tanto en tanto que iban por el

camino correcto, hasta que en un momento dado, a la vuelta del sendero, apareció el monasterio delante de ellos, escondido entre los cedros, sobre el barranco, desafiando a las nubes bajas que se descolgaban en leves jirones blancos que desaparecían en un instante.

—Un lugar idóneo para la defensa —comentó Patterson, que había realizado trabajos para el ejército.

—¡Y que lo diga! Un sitio inexpugnable. Bien, vamos allá.

Al acercarse encontraron a una pareja de monjes que volvían al monasterio, doblados por las grandes cargas de leña que llevaban a cuestas. El portón estaba abierto y ambos entraron conduciendo sus monturas por el ronzal.

El fraile portero, un monje de aspecto algo tosco les saludó en árabe con un «¡Ave María Purísima! ¿Vienen a visitar al padre prior?». Ambos asintieron sin poder evitar una leve sonrisa. Tenían la sensación de haber retrocedido siglos. La construcción hecha de piedra, ladrillos y tejas fabricadas a mano, con grandes vigas de cedro oscurecidas por el paso del tiempo. Aguardaron en una sala amueblada con seis sillas y una mesa hecha de grandes alfanjías, también de cedro, con un antiquísimo cuadro de san Marón con el dedo índice señalando al cielo. Una pintura de escaso mérito y gran ingenuidad, de aire bizantino. El padre prior llegó enseguida acalorado por la carrera y les habló en un francés salpicado de frases en inglés.

—¡Ah, sí! ¡Los ingleses! ¡Cuánto tiempo! ¡Pero les aguardábamos impacientes! ¡Han tenido mucha suerte! ¡El patriarca está con nosotros! ¡Elías Hoayek de Hilta! Vengan. Se lo voy a presentar. ¡Acompáñenme si gustan! —Era evidente que el hombre no dominaba el inglés, pero deseaba agasajarlos.

Cruzaron un patio con un soportal de columnas de piedra desgastadas por el paso de los siglos. Todo daba la impresión de ser muy antiguo. Las túnicas de los monjes remendadas mil veces, recosidas burdamente, gastadas por el uso. Thomas escuchó unos agudos chillidos sobre ellos. Una pareja de águilas sobrevolaban majestuosas el monasterio.

El patriarca se hallaba aguardándoles sentado en un sitial, un sillón rústico tallado con cruces de distintos tamaños.

—¡Benditos sean! Me habían advertido de que los profesores

ingleses iban a visitarnos. ¡Bienvenidos a este monasterio! ¿Han tenido buen viaje? Me alegro de ello. Verán, somos hijos de la *Ecclesia Maronitarum*, fundada por san Marón, y como deben saber, nos integramos plenamente a la Iglesia católica romana durante el tiempo de los cruzados. Yo soy el patriarca de Antioquía y de todo el Oriente de los Maronitas. Estos cuadros antiquísimos representan a san Juan Marón, a Nimatullah
Al-Hardini,
a Rafka Chobof, a Charbel Makhlouf, nuestros principales santos, después de san Marón. Esta es la eparquía de Djubay, es decir de Biblos, y ahora soy yo el humilde servidor de esta iglesia.

Permítanme que les haga una pequeña introducción. En esta bella región hemos tenido una historia dura, y nos consideramos hijos de la bendita tierra del Monte Líbano. Ahora están llegando vientos de tormenta, y ayudaremos en lo que podamos a nuestro pueblo a soportarla. Sean cristianos o musulmanes, eso ahora es secundario. Somos árabes, hablamos y pensamos en árabe, aunque nuestros ritos sean en arameo. Sé que usted, profesor —el patriarca se dirigió a Thomas— conoció a Azoury. Él es uno de nuestros máximos líderes. Ya saben, «el Despertar Libanés». Pero hay muchas otras sociedades. Algunas ya han cumplido su misión como «Al-Qahtaniyya». Sus fundadores, Aziz
al-Masri
y Salim
al-Yaza'iri,
intentaron un acercamiento con los Jóvenes Turcos. No pudo ser y algunos de los nuestros se quedaron en el camino como héroes. ¿Han oído hablar de la Organización de Jóvenes Árabes[14]? Nosotros la llamamos
Al-Fatat.
Se fundó en París. ¿Dónde si no? Editan un periódico en Beirut: *Al-Mufid*. Sé que están preparando un congreso en París, aunque para luchar contra los otomanos necesitamos la unión de la rama del Monte Líbano con la rama de Siria. Pero hay muchas más organizaciones, tal vez la Sociedad Reformista es de las más próximas a nuestro ideario. Mis informadores alaban a Aziz
al-Masri,

un oficial del Ejército que ha colaborado en la salida de los turcos de la Cirenaica. Aquí también ha comenzado el éxodo, aunque los alemanes les están exigiendo mantenerse. No desean un vacío de poder que pudiera ser ocupado por ustedes, los británicos, o por los franceses, aunque es ya algo irremediable. Por tal motivo deseaba mantener esta entrevista. Le aguardábamos impacientes, señor Patterson, y nos agrada mucho que haya llegado acompañado de nuestro joven profesor, que tanto parece amar este país.

El profesor Patterson se rebulló impaciente en su asiento.

—Sí, excelencia —ese era el tratamiento del patriarca maronita como jefe político de una de las más influyentes minorías del Monte Líbano—, traigo conmigo una carta del primer ministro de Gran Bretaña para su excelencia —para sorpresa de Thomas, que no se imaginaba nada de todo aquello, Patterson se abrió la chaqueta, y de un falso bolsillo cerrado con corchetes, sacó un sobre de color crema con el escudo de Gran Bretaña grabado.

El patriarca Hoayek levantó las manos al cielo, exclamando:

—¡Dios sea bendito y alabado! ¡Mi querido primer ministro! Le conocí en Jerusalén. ¡Por principio, nunca hago valoraciones políticas! ¡Pero me pareció un hombre extraordinario! Además, tiene las ideas muy claras en relación con el futuro del mundo árabe. Les diré una cosa. Los árabes somos un pueblo agradecido y eso el tiempo lo demostrará. ¡Y le insisto, ahora no importa si unos son musulmanes y otros cristianos! A fin de cuentas, ambas comunidades creen en Dios, y eso es lo que al final cuenta. Es cierto que históricamente los cristianos maronitas hemos sufrido mucho a manos del islam, pero ahora por la gracia de Dios, aguardamos una larga era de paz y entendimiento, pero mientras llega, la idea es librarnos cuanto antes de los turcos, que han pretendido usurpar nuestra identidad. Ese califa sanguinario, Abdul Hamid, el sultán rojo, hizo asesinar a centenares de miles de indefensos cristianos armenios. ¡Arderá en el infierno! En fin, tampoco voy a entrar en las diferencias que nos separan de nuestros hermanos cristianos de otras iglesias. No es el momento.

»Verán, saben que ha estado aquí, refugiado, escondiéndose de la policía del Gobierno turco, Naguib Azoury, uno de los líderes árabes que luchan sin descanso por recuperar nuestra libertad, y lo que no es menos importante, nuestra identidad árabe. Hemos estado

vigilados, al principio intentaban mantener una cierta discreción, después creo que pretendían asustarnos, hace poco, incluso una compañía del Ejército turco acampó aquí cerca. Creo que alguien debió de correr la voz de que Azoury se encontraba aquí. Después, cuando los periódicos de Damasco aseguraron que había sido visto en Jerusalén y más tarde en Haifa, levantaron el campo.

»Les ruego que me permitan unos minutos en soledad, para leer la carta del primer ministro por si debo contestarle. Les veré a la hora del almuerzo en el refectorio. Mientras, visiten el monasterio, son muy bienvenidos. El hermano Paulo les enseñará todo lo que deseen. Está algo sordo, pero es un alma de Dios, y que Él me perdone, más tozudo que una mula —el patriarca sonrió sin ocultarlo—. ¡Pero las mulas también son nuestras hermanas, en este mundo que Él hizo para nosotros!

Thomas y el profesor acompañaron al hermano Paulo. El hombre llevaba su camino aprendido y no había forma de cambiarlo, ni tampoco parecía oír lo que decían. Así que se amoldaron a lo que quiso enseñarles. Estuvieron un rato en una larga galería abierta. Al fondo se veía el lejano reflejo plateado del Mediterráneo. Las montañas del Líbano eran abruptas pero bellísimas, y ambos quedaron extasiados contemplando la pareja de águilas que seguía incansable con sus piruetas, descolgándose desde las nubes bajas.

—Siento una enorme envidia de ellas —murmuró Patterson—, fíjese. Tienen todo lo bueno de la vida a su alcance. Se percibe que están disfrutando. No saben que un día todo se acabará. Solo que esta atmósfera limpia y perfumada les pertenece. Hay verdadero amor entre ellas y pueden volar. Tal vez tengan una puesta o polluelos en su nido allá en los riscos. Sí. Las envidio profundamente. ¿Usted no?

—¡Claro, profesor! —Thomas estaba admirado de la sensibilidad del profesor y de aquella desconocida vena poética—. Para ellas no hay otras fronteras que sus propios instintos. Cuando llega su momento bajan siguiendo la costa de Palestina, cruzan el Sinaí, llegan al sur de Egipto, a Sudán, a Etiopía. Claro que las envidio. Sobre todo hoy. ¡Poder volar como ellas!

—El ser humano es un animal frustrado —Patterson se puso serio—. Darwin nos explicó solo una parte. No quiso ser tan

pesimista como Malthus[15]. Fíjese. Mientras ellas disfrutan de su libertad, el hombre está envuelto en rencillas políticas, brutales, muchas veces acompañadas de traiciones y quimeras. Así ha sido siempre y así será por siempre. Salvo esos escasos momentos de felicidad que nos proporciona la vida contados con los dedos de una mano, como este que estamos viviendo, el poder estar aquí observando este dramático paisaje… o incluso el solo hecho de reflexionar sobre todo ello. La felicidad es poder leer, pensar, razonar, deducir y pocas veces actuar en consecuencia. Sí, incluso aunque al final las conclusiones sean negativas.

—¡Es cierto, profesor! —Thomas recordaba aquellas viejas enseñanzas—. ¡En Oxford siempre nos exigían llegar hasta el final! ¡Y usted más que ningún otro, profesor! ¡Por eso estoy aquí! ¡Necesitaba tocar la realidad! No podía conformarme con las láminas de los libros. Y usted, profesor, siempre ha sido un ejemplo para los que amamos Oriente. Lleva años en Palestina, antes en el norte de África…

—Sí, mi joven amigo. Yo era muy parecido a usted, hace ya muchos años… la vida se me ha ido sin apenas darme cuenta. Uno pasa de disponer de todo el tiempo del mundo a comprender que apenas le queda suficiente para despedirse honorablemente. Pero usted aún no puede entender eso. Es una extraña y melancólica situación, mezcla de impotencia y aceptación. ¿Me sigue? Verá, ahora estoy preparando un libro sobre por qué unos pueblos interpretaron la vida y, por tanto, el arte, como lo comprendemos nosotros. ¿Podemos llegar a establecer comparaciones? Ahora disponemos de mucha información que ellos no poseían. Que no le quepa la menor duda de que dentro de cien años, cuando alguien hable de nosotros, nos verá como gente ingenua, intentando explicarnos lo que hacemos aquí. ¿Y sabe lo que pienso? Que eso en cuestión nos iremos sin saberlo. Por cierto, ellos también, por mucho que el mundo haya avanzado para entonces.

A pesar de todo, el profesor Patterson y el profesor ayudante Harding quedaron seducidos por el ambiente. Todo era allí intemporal, los objetos, las toscas herramientas con las que realizaban el mantenimiento, el cultivo del pequeño huerto que suministraba al monasterio las verduras y las frutas de verano, que se regaba a través de una acequia que bajaba el agua transparente

de la montaña, con el monótono sonido de la pequeña cascada. Los frutales se perdían en pequeños bancales hasta confundirse con los frondosos pinos o los cedros. Aquellos monjes eran los herederos directos de una cultura cristiana primitiva que se negó a ser absorbida por el pujante islam. Los monasterios tuvieron que refugiarse en las más abruptas montañas buscando los lugares más recónditos y salvajes, que les garantizaban seguridad. Thomas reflexionó que sus frescos pintados en los muros no eran exactamente bizantinos, aunque poseían mucho de aquella belleza mística, ingenua y al tiempo ancestral.

—Tengo la mala suerte de no creer en nada, pero no me importaría llevar la vida del hermano Brutus —Patterson señalaba al hermano Paulo—. Yo también puedo ser tozudo y silencioso como él —Donald Patterson lo comentaba con cierta ironía, en la que se traslucía un tanto de amargura.

»Verá, Thomas, en realidad muy poca gente puede llegar a tener la vida que desearía. Esos son un mínimo porcentaje de afortunados. Tal vez estos silenciosos frailes lo han conseguido. Van y vienen, alguna vez bajan a Biblos, alguno de ellos incluso habrá estado alguna vez en su vida en Beirut. El patriarca es otra cosa. Ese hombre, más que otra cosa, es un político, con todo lo que esa palabra conlleva de positivo y negativo. Ahora el Imperio otomano se está disolviendo como un azucarillo y, sin embargo, estos monjes pretenden seguir siendo lo que han sido siempre; por otra parte, lo mismo que deseamos todos. Ellos, cristianos maronitas, con san Charbel Makhlouf y todos los demás. Descendientes de los que un día se toparon en cualquier camino perdido de esta bendita tierra con los primeros cruzados. ¡Hace cerca de mil años! Estoy seguro de que entonces, en aquel preciso momento del encuentro, ambas partes debieron de quedarse totalmente sorprendidas. Los europeos que llegaron aquí poseían una extraña mezcla entre brutalidad y misticismo. Entre ellos venían algunos aristócratas que necesitaban aire fresco, pero sobre todo les acompañaron muchos pillos y soldados de fortuna, más cercanos a bandoleros y rufianes que a fervorosos guerreros de Dios. A pesar de ello, estoy convencido de desde el primer instante del encuentro debió de crearse la sensación de pertenecer al mismo universo. Unos eran cristianos liderados por el pontífice romano, con todo lo que Roma seguía significando, los

otros por san Marón, el campesino. *Urbi et orbi*[16] enfrentados a la sencilla fe de los seguidores de aquel ermitaño. La ambición y la aceptación. Ambas partes debieron observarse con recelo, pero de inmediato surgió una gran atracción entre unos y otros. Los cruzados necesitaban guías, provisiones, contactos, traductores, gentes en las que pudiesen confiar si no deseaban que sus huesos blanquearan estos lugares a causa del fuerte sol, y esos no eran otros que los maronitas. Los cruzados bendijeron su suerte, pues habían encontrado los aliados perfectos. Árabes cristianos, que habían sido expulsados a las montañas cercanas a la costa por los sarracenos. Creyentes que odiaban el islam, y que jamás traicionarían a sus nuevos aliados europeos. En cuanto a los maronitas, se sintieron atraídos, casi hechizados, por los franceses, aunque también había ingleses e italianos, que llegaban en oleadas hasta las costas del Levante, desde Palestina hasta Asia Menor, intentando llevar la cruz y despejar los caminos de Tierra Santa de infieles, proteger los lugares santos, mantener las fronteras de la cristiandad. Sí. Aquel fue el momento en el que Francia, que lideraba espiritualmente la expedición, puso el pie en el mundo árabe y, de ahí, con el paso de los siglos, después de muchas aventuras y desventuras, de los mamelucos a los otomanos, pasando por supuesto por la expedición de Napoleón, esta provincia de la Gran Siria mantiene una fuerte impronta francesa. Muchos cristianos maronitas, por no decir la mayoría de ellos, hablan o al menos entienden el francés. Así se han convertido en el extraordinario vínculo entre dos mundos. Europa y los árabes, arrastrando en ese trasvase de culturas a los musulmanes; también ellos sugestionados por la brillante cultura francesa y todo lo que significa. Habrá visto cómo en estos últimos años se han ido extendiendo las ideas que van a preparar la revolución, la gran rebelión árabe contra los otomanos, que han sometido durante siglos a unos pueblos, cuya filosofía vital se fundamenta, al menos en dos de los tres referentes de la revolución francesa: libertad y fraternidad. En cuanto a la igualdad, la dejaremos de momento aparte, ya que el poder y la autoridad en los árabes poco tienen que ver con ella, aunque la mayoría del pueblo árabe sí posee ese concepto. Sabe tan bien como yo que los árabes van a exigir su libertad en cualquier momento. Los que de entre ellos han vivido o

al menos conocido París, sobre todo París, les ha abierto los ojos. ¡Ellos también tienen sus derechos! El sultán ya no domina sus vidas, no el actual, que solo es una marioneta en manos de los dirigentes de los Jóvenes Turcos: Talat, Enver, Djemal. Yo tampoco me fío de ellos. ¡De ninguno de los tres! Fíjese lo que pasó hace apenas tres años en Adana. ¿Usted ha oído alguna queja en la prensa europea? Tan solo Francia reaccionó, aunque tarde. ¿Algún reproche del Gobierno de nuestro país? ¡Bah! Tal vez alguna voz aislada, nada que pudiera lastimar el sensible y progresista corazón de estos turcos, ¡más de treinta mil cristianos muertos! Vienen a decirnos algo así como ¡recen por ellos, y olvídenlos! ¡En el pecado llevan la penitencia! Ahora la preocupación de la Sublime Puerta es mantener la integridad del Imperio otomano, lo cual es imposible.

El profesor Patterson estaba indignado, la conversación —más bien el monólogo— que mantenía había subido de tono, y Thomas lo observaba convencido de sus argumentos en algunos instantes, y menos en otros. Era una lástima que aquel hombre se estuviera perdiendo lo mejor de la excursión al monasterio.

—Todo eso es muy cierto, profesor, pero estará usted conmigo en que esta gente… me refiero a los monjes maronitas, no solo sabían elegir los lugares donde asentarse, ¡también han conservado un modo de vida atemporal! ¡Fíjese en todo lo que nos rodea! ¡Esta igual que hace cinco o diez siglos! ¡Qué lástima que le esté vedado a Caroline! Tendría que haber traído la cámara de fotografía para intentar captar esta atmósfera.

—Es cierto. ¡Y mire que han tenido enemigos! No solo su confrontación con el islam. Los drusos cometieron grandes matanzas hace algo más de cincuenta años, en 1860. ¡En ellas murieron miles de maronitas! Y muchos monasterios fueron destruidos y quemados. ¡Para la ciencia se perdieron miles de documentos, manuscritos, palimpsestos, códices valiosísimos! ¡Muchos de ellos únicos! Que contenían gran parte de la historia primitiva del cristianismo, de los primeros tiempos del islam y de los personajes históricos, todo eso perdido para siempre. ¡Ah, la historia! ¡Siempre bañada en sangre y fuego! ¡Qué pocos instantes de tranquilidad! Fíjese, Thomas, ahora mismo estamos aquí disfrutando de estos preciosos instantes. Todo es paz y serenidad. ¡Esas incansables águilas entregadas al juego de los dioses,

descolgándose desde las nubes! Esos bosques, la línea de plata en el horizonte…, el Mare Nostrum, el silencio sepulcral que lo envuelve todo, los monjes con su labor cotidiana, repetida miles de veces…, los mismos gestos, idéntico ritual, sus cantatas entonadas en arameo, la misma lengua que según aseguran empleaba Cristo en sus parábolas y, sin embargo, allí, a lo lejos, en algún lugar, se está gestando la mayor tormenta que haya sufrido alguna vez la humanidad. A nuestro alrededor solo apreciamos leves síntomas. El extraño comportamiento de los turcos, que también perciben temerosos la atmósfera cambiante y amenazadora. Están abandonando el barco, y lo peor del caso es que no sabemos quién lo tripulará. Podrá decirme, los árabes, ¿quién si no? No sé si le daría la razón. Nosotros, los ingleses, tenemos demasiados intereses económicos y políticos en esta parte del mundo. Los franceses creen tener derechos históricos y culturales, los alemanes ambicionan su propio imperio con su eterna política de transformar a todos los demás en siervos y vasallos. En cuanto a los árabes, tengo mis dudas. Son un pueblo altivo y orgulloso que lleva demasiado tiempo sometido a los otomanos. Ahí tiene a ese ideólogo del Ittihad, Nazim Bey. Llama a los árabes perros de la nación turca. ¡Claro que ese tipo es un hijo de mala madre! Imagínese lo que los árabes piensan de los turcos ¡y lo que podría llegar a ocurrir! Unos y otros se matarán inexorablemente entre sí, tal es el odio acumulado tras la larguísima administración turca de estos países árabes. Y eso no va a tardar en surgir, y entonces me temo que tendremos que abandonar este lugar.

Cuando se hizo la hora, bajaron al refectorio. Allí les aguardaba el patriarca. No era obligatorio el silencio, como en los conventos de algunas otras órdenes europeas, y además el patriarca deseaba conversar con ellos.

—Verán. Yo no tengo en este monasterio mi residencia habitual. Estoy solo de paso, aunque tal vez podrían considerarme «refugiado». Oficialmente en estos momentos me encuentro en Jerusalén como peregrino, pero las circunstancias me han obligado a permanecer oculto aquí durante una temporada. En este lugar van a suceder muchas cosas y debo estar aquí, con los míos, intentando preparar a mis hermanos. No creo que los drusos vayan a atacarnos de nuevo como hace medio siglo. Ahora los turcos no van a

conformarse con marcharse. Ellos están convencidos de que el Imperio otomano resistirá los embates, y que su alianza con los alemanes les ayudará a sobrevivir. Yo lo dudo mucho. La soberbia y la ambición tienen el camino muy corto.

El patriarca se levantó impaciente de su sillón, haciendo un gesto con las manos para que no se movieran. Caminó arriba y abajo por la estancia.

—Les decía que los drusos ya no ven en nosotros a sus principales enemigos. Me he reunido aquí con representantes de las más poderosas familias drusas, como los Joumblatt, los Abou El Lamah, los Nakad, los Chehab, El Masri, ¡con todos ellos! Hemos pactado una tregua, pues ahora, nuestro enemigo común es el Gobierno de los Jóvenes Turcos. Ellos pretenden arrastrar a los árabes a una yihad, a una guerra santa, de religión, contra la cristiandad, eso sí, salvo Alemania y Austria. Es un falso señuelo. Los árabes, insisto, cristianos o musulmanes, necesitamos a Inglaterra y Francia para librarnos de una vez por todas de los turcos. Después, cuando las aguas vuelvan a su cauce, los que habitamos esta región viviremos sin duda en un país que se llamará el Gran Líbano. Eso será así a pesar de los sirios. Ellos pretenden la Gran Siria y mantienen que el Monte Líbano…, y lo que añadamos, será solo una provincia de Damasco. Pero eso ya se verá, al final la historia deja a algunos en evidencia.

El patriarca había desenrollado un mapa de hule de la pared. Ambos se levantaron para verlo en detalle. Allí, con todas las letras, desde un punto cercano al norte de Haifa, en color amarillo, habían dibujado sobre las preexistencias los límites de un Estado. El patriarca se volvió hacia ellos con una amplia sonrisa.

—¡Este es el Gran Líbano! ¡Nuestro Líbano! ¡Y lo quieran o no los turcos, lo conseguiremos! No odiamos al pueblo turco. Ellos son las primeras víctimas de su propio régimen corrupto. Los impuestos confiscatorios han acabado por arruinar al imperio, sus decretos en contra de las minorías cristianas nos han llevado a una situación desesperada. Si Abdul Hamid pudiera escapar de su cárcel, los cristianos del imperio nos hallaríamos en peligro de muerte. Pero no creemos que los Jóvenes Turcos tengan un pensamiento muy diferente. Ellos han cambiado el panislamismo del sultán Abdul Hamid, por el panturquismo de los ultrarradicales del Turán. Al

final es lo mismo. Sobran todos los que no son turcos.

Thomas era todo oídos a lo que contaba el patriarca. Patterson era un hombre experimentado, aunque cínico, pues ya le había dejado muy claro que no creía en la bondad humana, aunque no por ello permanecía menos absorto.

Al terminar la comida se despidieron del patriarca. Debían volver antes de que oscureciera, ya que el estrecho camino que les llevaría de vuelta a casa no era adecuado para recorrerlo en la oscuridad. Descendieron en silencio, envueltos en sus pensamientos. Thomas veía que las cosas iban a complicarse. Patterson no quería ni imaginar tener que cancelar su expedición a Mesopotamia, pero las noticias eran más y más alarmantes por días. Sus contactos en el Estado Mayor Británico en Palestina le auguraban una serie de complicaciones de las que no quería saber nada.

Sabía que se trataba de su última oportunidad. Si terminaba por estallar la guerra entre turcos y árabes, los ingleses deberían salir de allí lo antes posible. ¡Con lo que le había costado que le aprobaran el presupuesto en la universidad! ¡Obtener todos los permisos para excavar! ¡Nada menos que en Sippar, en la Baja Mesopotamia, en la orilla oriental del Eúfrates! Allí, Hormuzd Rassam encontró el yacimiento en 1881, y más tarde Jean-Vincent Scheil lo excavó con gran éxito. Patterson tenía la corazonada de que en aquel lugar existía uno de los lugares arqueológicos de mayor importancia. Miles de tablillas arqueológicas que surgían de cualquier agujero en el suelo. Estaba impaciente por llegar hasta allí. ¡Y de pronto le vaticinaban un gran conflicto que podía impedirle culminar sus sueños! No debía demorarse.

Al llegar Thomas habló seriamente con Caroline. Deseaba acompañar al profesor Patterson por encima de cualquier otra cosa, pero le inquietaba dejarla sola. Ella le tranquilizó. No iba a ocurrir nada. Estaban los Abdel Ghalib; Nadima Ghalib se quedaba a dormir junto a la niña, y además estaba Baker, que cuidaría de ellas. En cualquier caso, nadie se atrevería a atacar a una familia inglesa. Tras muchas dudas, Thomas se convenció.

Dos semanas más tarde, a mediados de octubre de 1912, una caravana de doce dromedarios, seis caballos y ocho mulas salió de Biblos en dirección este. Según los cálculos del profesor, tardarían cerca de un mes en llegar hasta Sippar.

Esa noche una increíble tormenta eléctrica iluminó la oscuridad. Thomas tuvo malos presentimientos y pensó con preocupación que tal vez debería volver junto a Caroline. Luego la conversación con Patterson distrajo sus pensamientos. A fin de cuentas, excavar en Sippar sería como tocar el cielo.

La dura realidad

OCTUBRE 1912-ABRIL 1913

Los primeros días de la expedición Patterson hacia el Eúfrates, cruzando el desierto de Siria, fueron lentos y monótonos. Thomas echaba mucho de menos a Caroline y a Ethel. Sentía remordimientos, su mujer estaba encinta de cinco meses, y aunque la experiencia con el embarazo de Ethel había sido muy buena, podría suceder cualquier cosa; la asistencia médica en Biblos era primitiva y bastante deficiente. Allí no existía ningún hospital y el único médico disponible era el doctor Pierre Gouraud, alguien muy prestigioso aunque ya muy mayor, que solo atendía pequeñas heridas y contusiones. No se atrevía a más. A pesar de ello, no podía dejar de pensar en la gentileza y generosidad de su esposa, que le había ayudado a tomar la decisión de partir con Patterson. Caroline sabía bien que él tenía una gran ilusión por poder participar en la expedición, y también quería demostrarle que el hecho de estar casado no iba a obstaculizar ninguno de sus deseos. Desde que se casaron, solo habían discutido un par de veces, aunque el enfado duró apenas unas horas. Ambos estaban convencidos de haber acertado en la elección, y Thomas meditaba, mientras observaba las estrellas, que era muy afortunado por haber encontrado a Caroline.

Patterson era un hombre mayor y algo obstinado. Convencido de que solo existía una forma de hacer las cosas, exigía a todos los participantes en la expedición la máxima disciplina, incluyendo a Thomas Harding y, por supuesto, a sí mismo, era siempre el último en acostarse y el primero en levantarse antes del amanecer. No aceptaba el más mínimo fallo ni le agradaban las excusas. Se trataba de un hombre bastante introvertido, salvo que algo le interesara mucho, en cuyo caso parecía despertar de su ensimismamiento. Su único objetivo era llegar a Sippar lo antes posible, con todo su equipo preparado, listo para ponerse a excavar.

Todo lo demás no parecía importarle.

El viaje era bastante rutinario, aunque para Thomas cada instante merecía la pena. Los hombres debían levantar el campamento, recoger y ordenar todo, enterrar la basura, apagar los fuegos. Esa medida tenía sentido en el territorio que estaban recorriendo, gran parte estaba recubierto de maleza reseca, salvo en lugares concretos, el lecho de alguna rambla, los roquedales, algún promontorio de piedra viva o las enormes extensiones arenosas en las que no parecía crecer nada.

Después de levantar el campamento cabalgaban durante cuatro o cinco horas. Hacían un pequeño parón para descansar a las bestias y comer algo, y luego proseguían hasta una hora antes del crepúsculo, con el fin de que les diera tiempo a montar el campamento en el lugar más adecuado, encender la hoguera y preparar la cena. Thomas podía observar merodeando a los astutos chacales intentando robar algo. Las noches en el desierto eran bastante frías en aquella época del año, y el cielo tachonado de estrellas se podía tocar con las manos. Cuando se hacía el silencio, la hoguera se extinguía y solo quedaban brasas, la bóveda celeste era tan abrumadora que Thomas se encogía dentro de su saco de dormir.

Aunque la especialidad de Thomas era la cultura fenicia, estaba interesado en Mesopotamia, allí era donde había comenzado todo. Antes del Neolítico los seres humanos ya expresaban su angustia, su voluntad, su amor, su temor a la muerte, su visión del mundo con el arte. Ellos hicieron la transición de la caza y la recolección eventual a la agricultura. Allí, entre el Eúfrates —
Al-Furat
— y el Tigris —*El Dijla*—, la tierra entre los ríos —Mesopotamia—, estuvo el paraíso.

Thomas reflexionó que tuvo que haber épocas muy largas en las que el hombre vivió en paz. De ahí debió nacer la civilización, la escritura cuneiforme, la arquitectura, la escultura, el primoroso cultivo del campo, las primeras creencias religiosas, el origen de los mitos, de lo que milenios más tarde se plasmaría en las Escrituras. Lo que después llegó a ser la tierra de Canaán, la que mucho más tarde sería Fenicia, debió de surgir en algún lugar cerca de su destino. Sippar. Probablemente una de las ciudades más antiguas de

la mítica Mesopotamia. Hasta allí debió de llegar el Diluvio Universal, pues el Eúfrates nacía en la lejanísima región donde se encontraba el monte Ararat, donde Noé construyó su arca. El corazón de Thomas palpitaba, intuyendo todo lo que podría existir enterrado bajo la tierra y la arena. Inundaciones anuales, tormentas de arena del desierto que habían ido borrando todo rastro de lo que una vez fue el lugar donde moraba la serpiente. El Paraíso.

Cuando pensaba en todo ello se olvidaba de Caroline y de Ethel. Incluso de Oxford, de su antiguo interés por conseguir una cátedra en la ancestral pugna por destruir las tesis de otro y colocar las propias en el candelero de la universidad. Ser señalado como el experto, el autor, el verdadero sabio, aunque fuese en una mínima especialidad. Aquello había ido quedando atrás, mezquino y sin sentido. Ahora solo le importaba quitar la tierra que sobraba, llegar hasta las tablillas de arcilla, tan duras ya como la propia piedra, extraer sus secretos, intentar comprender lo que ocurrió una vez hacía ya muchos, muchísimos siglos, ser el primero en leer los códices, los archivos, los memorandos, las cuentas de un escribano que alguna vez vivió allí, junto al gran río, y vio pasar el mismo sol, la misma luna, la misma noche bordada de brillantes estrellas que él estaba observando en aquel preciso momento.

Así, veintiséis días después de abandonar Biblos, arribaron a Sippar, a Tell
ed-Habbah,
como era conocida. La otra Sippar,
Abu-Habbah,
tendría que dejarla para más adelante. Hacía algo más de treinta años que Hormuzd Rassam había excavado el templo de Samash, extrayendo del polvo más de cincuenta mil fragmentos de tablillas grabadas en el alfabeto cuneiforme. Los restos de un templo y de un zigurat casi desaparecido demostraban que el lugar tuvo cierta importancia hacía cuatro o cinco mil años.

Cuando supo que había llegado a su meta, Patterson saltó de su caballo, y sin más preámbulos señaló la zona con yeso. Ni siquiera se entretuvo en comer algo. Ardía de impaciencia por clavar sus estacas de madera en el árido suelo, en delimitar el que él mismo llamaba «el yacimiento Patterson». Como en los viejos años del Oeste americano, como si tuviera la certeza de que se hallaba

encima de una rica veta de oro. Para él los restos de los muros, los meros indicios, a menudo los escasos fragmentos de cerámica o de tablillas de arcilla cruda eran más que un tesoro. Pensaba con rabia que lo que Rassam había conseguido era destrozar la cronología del yacimiento que expolió, pues aquella forma de hacerlo jamás podría llamarse una excavación arqueológica. Él debía restablecer el orden, partir prácticamente de cero, comenzar a datar los diferentes estratos.

Pronto el lugar se llenó de curiosos y de obreros árabes interesados en trabajar allí, gentes que parecían surgidas de la nada, algunas venían trayendo sus propias palas o picos, como si compartieran la urgencia del arqueólogo por comenzar.

Patterson hablaba bien el árabe. Encargó a unos comenzar aquella misma tarde a limpiar. Todo debía ser clasificado, cribado; los más minúsculos trozos numerados, dibujados, guardados. Sin olvidar nada. Les explicó cómo debía hacerse el trabajo para que pudieran volver a reconstruir lo que habían encontrado. Ser capaces de reponer cada piedra en el lugar exacto en el que había sido hallado. Cada pulgada que bajaran del terreno equivalía a cinco lustros, a veces mucho más, y no podían dejar huecos en el tiempo. Ese era el reto. Nombró aquella misma tarde cinco encargados, contrató cuatro docenas de peones. Y seguían llegando en grupos, peleándose entre ellos por entrar en la lista; Ali abu Mohamed, Kemal Bashir, Kassem abu Hassan, Hussein ibn Saddam… Al anochecer más de un centenar de hombres con antorchas se acercaron al campamento a pedir trabajo. No querían ser los últimos, y tener que escuchar que ya eran suficientes. No era ese el problema. Patterson, eufórico, bromeó con Thomas. Su sueño después de tantos años estaba cumpliéndose, y algo muy grave tendría que ocurrir para que él abandonase la excavación de su vida.

Más tarde cayó el silencio sobre Sippar. Solo se escuchaba un leve susurro, el fluir del cercano Eúfrates roto por el aullido de los chacales del desierto. Thomas soñó con Shamash, el dios solar en cuyo nombre se construyó un lejano día el templo, del que apenas sí quedaba alguna piedra, remota testigo de otras épocas en las que el mundo era muy diferente. También soñó con las sacerdotisas del templo. Todas ellas llevaban una máscara dorada y largas túnicas

transparentes que dejaban adivinar sus esbeltos cuerpos, sus pechos erguidos. Dentro del pesado sueño, se acercó a la última y le arrancó la máscara. Era Caroline.

El amanecer trajo el calor, intenso, seco, implacable. Ni siquiera la cercanía del gran río era capaz de humedecer el ambiente. Apenas el sol subió por encima de las colinas terrosas, la temperatura comenzó a ascender. Aquellos días de viaje habían pasado calor, pero en aquellos momentos era un horno.

—Es extraño —comentó Patterson—, en esta época la temperatura debería ser mucho más suave.

Cuando lo comentó con los lugareños, movieron la cabeza, ¿calor? Tendrían que aguardar a finales de mayo, entonces sabrían lo que era calor. Thomas recordaba el suave clima de la costa. En Biblos, el relente nocturno en ocasiones les obligaba a encender la chimenea. A pesar del calor, del polvo, de los pequeños inconvenientes, las excavaciones se organizaron con eficacia, y al pasar los días comenzaron a encontrar restos de unos muros, fragmentos de cerámica y más tablillas. Patterson estaba entusiasmado con «su» yacimiento. Salía y entraba inquieto de la tienda central donde había instalado su despacho, taller y laboratorio. Unos hábiles carpinteros de la aldea construyeron unas mesas, rústicas pero muy adecuadas, escaleras de mano, barandillas, entubamientos, señalizaciones, estaquillas, todo lo necesario para funcionar. Los integrantes de la expedición habían montado el campamento alrededor de la tienda principal. A cien yardas construyeron una cerca para los animales. Muchos obreros levantaron sus propias tiendas en las cercanías. Algunos traían ovejas, gallinas que se buscaban la vida picoteando aquí y allá. En apenas un mes aquel lugar tenía mucha más vida que la Sippar situada al oeste.

Patterson no estaba haciendo aquello solo por la ciencia, también era un hombre ambicioso de honores y gloria. Admiraba y envidiaba a Rawlinson[17], que obtuvo la fama internacional cuando descifró la escritura cuneiforme. Se carteaba con Robert Koldewey[18], al que invitó a viajar hasta Sippar para mostrarle lo que estaba llevando a cabo. Aquella ambición interior consiguió que, en apenas unas semanas, la excavación alcanzase una dimensión respetable.

A mediados de enero de 1913, una noche Thomas tomó la decisión de volver a Biblos. Llevaba dos meses y medio lejos de su familia, y una vez cumplido el impulso de excavar en Mesopotamia, era ya el momento de regresar. Se sentía inquieto y también algo defraudado por el hosco carácter de Patterson, que a medida que transcurrían los días sin encontrar lo que creía, perdió los nervios en alguna ocasión y llegaron a discutir sobre cómo debían seguir los trabajos. Patterson le cortó entonces, con un tono seco, diciendo que allí las cosas se harían según su criterio. Aquel era un buen momento para terminar. A pesar de todo, se dieron la mano sin rencor. Thomas intuyó que el profesor prefería tener plena libertad, era un hombre que no deseaba competencia ni compartir nada. Se encogió de hombros. Para él había sido una interesante experiencia que le serviría en un futuro.

Se incorporó a la caravana de unos mercaderes árabes que pasaban por Sippar camino de Damasco con veintitantos camellos y seis hombres. Él viajaba montando un buen caballo, llevando del ronzal una mula que adquirió en la aldea.

Aquellos mercaderes procedían de Bagdad, aunque de inmediato le explicaron orgullosos que eran sirios. Conocían bien toda la región y Thomas les hizo muchas preguntas sobre la situación que le respondieron amablemente. Todos ellos tenían un pobre concepto de los turcos y mucho odio acumulado. El jefe era un tal Zaki el-Wahsh, que pertenecía a la tribu de los nusayríes. Thomas no sabía a lo que se refería y el hombre le miró con extrañeza, queriendo dar a entender que allí todo el mundo sabía quiénes eran los nusayríes. Habitaban las montañas al norte del litoral de Siria, eran seguidores del undécimo imán chiita, Ibn Nasayri. También eran conocidos como alawitas. No pudo sonsacarle mucho más. Preferían la discreción.

Tras varios días de camino, casi al anochecer, les dio el alto una patrulla turca. Les acompañaban algunos oficiales alemanes. Se mostraron bastante agresivos con los nusayríes. Les insultaron y amenazaron con hacerlos prisioneros. A Thomas le hicieron preguntas, intrigados de que un inglés les acompañase. Dudaban de la situación. Uno de los oficiales alemanes habló aparte con el capitán turco y les dejaron seguir. Thomas preguntó a Zaki

el-Wahsh
cuáles eran los motivos del extraño comportamiento de los turcos.

—Creían que éramos unos traidores al imperio, y que tú eras uno de los espías que han enviado aquí los ingleses para preparar la invasión. Ellos temen que los británicos estéis tomando datos por toda la región. Por eso los turcos estaban tan nerviosos.

Thomas se encogió de hombros, pensando que aquel hombre tenía mucha imaginación.

Apenas había anochecido y mientras preparaban el campamento para pasar la noche, sonaron disparos muy cercanos. Tres de los nusayríes cayeron desplomados. Thomas y Zaki
el-Wahsh
se encontraban algo retirados, a doscientos metros, donde corría un pequeño arroyo en el que estaban cogiendo agua para el té. Ambos se tiraron al suelo entre los matorrales mientras los disparos proseguían. Era evidente que los soldados turcos tenían orden de acabar con todos los integrantes de la caravana.
El-Wahsh
se arrastró en la oscuridad hacia unas rocas cercanas seguido de Thomas, que no sentía tanto temor como sorpresa. Era la primera vez en toda su vida que le disparaban, que notaba la muerte tan cerca. Ambos corrieron monte arriba en la penumbra, mientras en la vaguada inferior proseguían los disparos.

Cuando todo cesó, permanecieron ocultos durante un largo rato en silencio. Entonces
el-Wahsh
murmuró que le habían herido. Thomas se acercó a él y comprobó que el hombre tenía una herida de bala en un hombro y que perdía sangre. Le quitó la camisa e improvisó un vendaje. No se quejaba, aunque gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

—Inglés, no creas que lloro por el dolor de la herida, sino por mis compañeros asesinados. Eran hermanos para mí; esto tenía que terminar así, los nusayríes nunca nos hemos llevado bien con los turcos. Ellos mantienen a nuestra gente en la pobreza, con excesivos impuestos que debemos pagar. En los últimos meses nos acusaron de espiar a favor de Francia, en contra de los intereses turcos. Has sido testigo de cómo nos tratan. No te culpes, inglés. No has tenido nada que ver en lo sucedido. ¡Dios es el más grande!

Thomas se culpaba por haberlos acompañado. Estaba convencido de que su presencia, detectada por los militares alemanes, había influido en la decisión de terminar con ellos. Augustus Newman le había comentado que tanto espías británicos y franceses como alemanes y austríacos se encontraban en Siria y el Monte Líbano, estudiando la situación sobre el terreno. No eran patrañas, sino realidades. Los turcos también tenían un servicio de inteligencia eficiente organizado por los alemanes; habrían decidido no correr riesgos.

Todo se le había complicado. Se encontraba con un herido al que no podía abandonar. Temía que los turcos les buscasen, en cuyo caso lo mejor que podría sucederle sería que lo expulsaran del Líbano. Nunca había creído que algo así pudiese ocurrir, comprendió que había estado viviendo en un estado de euforia, sin querer entrar en el fondo de la cuestión, sin aceptar la realidad. Después de lo que había presenciado, ya nunca podría ver a los turcos como antes.

El-Wahsh era un hombre muy vigoroso. La herida de bala que habría derribado a cualquier otro solo le causaba molestias que soportaba. Se hallaban cerca de una población llamada Mayadin, en la región de Deir
ez-Zor;
El-Wahsh
debía llegar hasta su lejano hogar en Yayladagi, a más de doscientas cincuenta millas, en las montañas de Yebel Ansariya, al noreste de Latakia, a cien millas al norte de Biblos. Allí, en la oscuridad, las distancias se le antojaban enormes, insalvables, además dependían de muchos factores, eso siempre que los turcos no dieran con ellos.

La voluntad de seguir adelante, impulsó a
El-Wahsh
a caminar agarrado de Thomas, en la penumbra, hasta un campamento cercano, a unas tres millas. Aquellos hombres del desierto veían en la oscuridad, les dieron el alto en árabe, y
El-Wahsh
contestó de inmediato gritando su nombre. Los atendieron con la proverbial hospitalidad. Thomas no tuvo que explicar nada. El jefe, un tal Ahmed
el-Medini,

descubrió la herida. Tenía un orificio de entrada y otro de salida. Era una herida limpia y no había afectado ninguna arteria o vena de importancia.

—¡Dios es compasivo!

El-Wahsh

eres un hombre afortunado dentro de tu desgracia. Dios te ha protegido. Debes permanecer sin moverte hasta la siguiente luna para evitar desangrarte por dentro. Luego podrás irte. En cuanto a ti, inglés, lo que has hecho por él te convierte en uno de los nuestros. ¡Cuídate de los turcos!

A pesar de las advertencias que le hicieron, Thomas decidió seguir su camino. En el cinturón llevaba varias monedas de oro de reserva con las que intentó comprar un caballo y una carabina, pero no le quisieron cobrar nada. Aceptó, no quería demorar su vuelta a casa, aquel ancestral mundo más o menos estable se estaba precipitando hacia el abismo, y él debía sacar a Caroline y Ethel de allí antes de que fuera tarde.

Se despidió de El-Wahsh y de los árabes que los habían acogido.

El-Wahsh

se mostró casi conmovido al darle la mano y cuando montó a caballo murmuró: «¡Que Dios te acompañe, inglés! ¡Siempre tendrás un lugar entre los míos! ¡Y si Él quiere, alguna vez volveremos a encontrarnos!».

Thomas Harding se dirigió hacia el este. Ahmed

el-Medini

le había indicado los lugares por los que debería pasar, le quedaba mucho camino. Fustigó a su caballo en dirección hacia la lejana costa. Se recriminaba haber dejado sola a Caroline, aunque en su propio descargo, no podía imaginar que las cosas llegaran a cambiar tanto en tan poco tiempo.

Fue a media mañana, al llegar a una aldea perdida, apenas veinte casas de adobe, del color que la arena y las rocas, que se mimetizaban sobre el terreno, cuando se topó con el destacamento turco. Eran los que les habían dado el alto, y presumiblemente los mismos que les dispararon durante la noche, aunque de eso no tenía pruebas. Notó como el corazón se le subía a la boca.

El capitán turco al mando le dio el alto levantando la mano derecha. Los oficiales alemanes iban en retaguardia, y Thomas tuvo

la impresión de que no deseaban implicarse. No le permitieron dar la menor explicación, simplemente le detuvieron. Tampoco atendieron a razones, ni quisieron escucharle. Lo trataron con suma rudeza, zarandeándole mientras los oficiales alemanes seguían apostados a cierta distancia, fumando, dejando claro que aquello no iba con ellos, con un gesto adusto, un rictus de total indiferencia.

Thomas exigió que le escucharan en árabe, en francés, en inglés, incluso improvisó con algunas frases de turco que había aprendido, insistiendo para que le llevaran al consulado británico en Beirut o en Damasco. Los militares no se dieron por enterados. Después lo esposaron y lo ataron a la cuerda que colgaba del caballo de uno de ellos. No podía entenderlo. Él no tenía nada que ver con la política, no pertenecía a grupo alguno, era extranjero y creía tener todos los derechos. Pronto se aclararía todo el asunto y le dejarían marcharse. Estaba agotado, solo quería volver a su casa cuanto antes. No podía creer lo que le estaba sucediendo.

Aquella noche tuvo que dormir al raso, atado a una estaca clavada en el suelo. Temblaba de frío. Ni siquiera le proporcionaron una manta. Apenas amaneció, llegó un oficial turco que le habló en francés. Le increpó, diciéndole que estaba acusado de espionaje, que tenían constancia de que el grupo de árabes nusayríes con los que viajaba, eran agitadores y espías a favor de Francia. Terminó amenazándole, diciéndole que era mejor que confesara su relación, ya que preferían no tener que emplear otros métodos. Thomas indignado ante tales acusaciones, replicó que él era profesor de Oxford, y que estaba volviendo a su residencia en Biblos, donde vivía con su esposa y su hija, lo que podrían comprobar con facilidad. Insistió en que era ciudadano británico, y les amenazó con un conflicto diplomático o algo peor. Le exigió que lo llevaran ante el comandante en jefe, pero no consiguió nada. El oficial le lanzó una mirada de profundo desprecio, dejándole sumido en la desesperación. Era una locura.

Al día siguiente le obligaron a montar y se dirigieron hacia el suroeste. No habría resistido una jornada más caminando atado detrás de los caballos. Escuchó que se dirigían a Damasco.

Tardaron seis interminables jornadas de viaje en llegar. Tuvo que habituarse al ritmo de los militares. Intentó hablar con los oficiales alemanes, gritó en alemán para que se acercaran, pero no

lo consiguió. Se mantenían separados, acampaban a no menos de cien o ciento cincuenta yardas de los demás integrantes de la compañía. Eran observadores del ejército alemán que iban tomando notas. Recordó los comentarios que había escuchado de unos y otros; la actitud de los oficiales alemanes le demostraba que eran ciertos. Alemania y sus aliados estaban posicionándose en Oriente Próximo, en las zonas estratégicas. Ignoraba si Francia y Gran Bretaña hacían lo mismo. Los alemanes eran eficientes, organizados, previsores. Probablemente intentaban evaluar la situación, conocedores de las importantes carencias del Ejército y la Marina de Turquía. No deseaban ir equivocados a una más que posible contienda que tal vez no llegaría nunca, pero que si lo hacía se desencadenaría con una violencia brutal.

No sentía miedo por él, creía que no iban a atreverse a tocarle. Salvo algunos empujones, gritos y un tremendo cansancio, no le había ocurrido nada; se sentía muy preocupado por Caroline y Ethel, quería pensar que nada les iba a suceder. Tenía la convicción de que su trágica situación se debía a un absurdo error, a una confusión. Tal vez los nusayríes fueran gentes problemáticas para los turcos, pero ni había observado nada sospechoso ni mucho menos participado en un complot en contra de los intereses turcos.

En cuanto llegaron a Damasco, le llevaron al cuartel general y una vez allí, tuvo que repetirlo todo infinidad de veces ante un oficial de inteligencia. Explicar minuciosamente todo lo que había hecho, desde que el profesor Patterson decidió que le acompañase. Supo que ya habían clausurado la excavación de Sippar, las peores intuiciones de Patterson se habían cumplido. El oficial hizo un comentario revelador de la situación: «Los ingleses no tienen derecho a excavar en Mesopotamia. Eso lo reservaremos para nuestros amigos alemanes». Ahí estaba el quid de la cuestión. Los turcos temían que los arqueólogos británicos estuvieran enviando informes a sus servicios de inteligencia, aunque no existía ningún conflicto declarado entre Gran Bretaña y el Imperio otomano; pero los alemanes dictaban la política a seguir, en previsión de lo que pudiera comenzar en cualquier momento. Esas reflexiones sumadas al brutal comportamiento que había presenciado con el asesinato de los nusayríes, le hacían temer lo peor. Después de todo, era un incómodo testigo presencial del ataque.

Al tercer día de interrogatorios lo trasladaron a la prisión militar y las cosas empeoraron. Apareció un circasiano malcarado, que no era ni turco ni alemán, cuya única misión era sacar la mayor información posible en cualquier circunstancia. Bajaron a su celda de piedra, un lugar que tal vez tenía siglos de antigüedad, y le dejaron solo con aquel individuo, que le preguntó si era un espía de los ingleses. Cuando Thomas repitió que era un profesor inglés que se dedicaba a estudiar la historia antigua, y que no tenía nada que ver con los servicios secretos del Gobierno inglés, el sicario le propinó un terrible bofetón. Lo hizo sin inmutarse. Thomas no esperaba la agresión, le cogió desprevenido. El oído le dolió terriblemente, un hilillo de saliva ensangrentada corrió por su barbilla. El interrogador se le quedó mirando y volvió a preguntarle en un pésimo inglés: «¿Trabajas para los servicios secretos británicos?». Thomas volvió a negar, recibió otro brutal bofetón. Intentó echarse hacia atrás, pero no consiguió otra cosa que una lluvia de golpes, hasta que perdió el conocimiento.

Volvió en sí tendido sobre el camastro de la celda. La prisión militar del Ejército otomano en Damasco era un edificio muy antiguo de gruesos muros de piedra. El ventanuco se encontraba seis pies por encima de su cabeza, apenas entraba luz suficiente para conseguir una débil penumbra en la celda. El rostro le dolía terriblemente, intentó levantar el brazo para palparse la cara, pero no lo consiguió. Tenía el brazo roto o dislocado. Sentía el sabor acre de la sangre en la boca, los labios hinchados, con la lengua notó que le faltaba algún diente. Le habían dado una tremenda paliza, estaba agotado. Intentó dormir, pero el dolor se lo impidió.

Dos días más tarde sufrió otro interrogatorio. Aquel trato tan cruel e inhumano quería decir que de todas maneras iban a terminar con él. No iba a tener oportunidad de explicárselo a nadie. Eso le asustó. No pensaban liberarlo, solo sacarle la información que poseyera.

Aquella pesadilla volvió a suceder otras dos veces. Debía dejarse morir, al menos no tendría que soportar aquel espantoso dolor. Pero luego, parecieron olvidarse de él. Eso le permitió recuperarse poco a poco. Llevaba el brazo izquierdo colgando y cojeaba sensiblemente. Apenas veía por el ojo izquierdo. Seguían alimentándole con bazofia. Debía de pesar tal vez treinta libras menos, se notaba los

brazos y las piernas mucho más delgados. La cabeza le dolía, tenía un par de heridas supurantes en la parte posterior.

Hasta que le ocurrió aquello Thomas Harding había tenido siempre una vida confortable y segura. Jamás nadie le había agredido, ni tan siquiera de palabra. Salvo el absurdo incidente con el oficial alemán en Biblos. En cuanto a los turcos, estaban convencidos de que se trataba de un espía. Debían de tener instrucciones de sacarle información y no iban a cejar hasta que confesara.

Una noche, tendido en su celda en el banco de piedra que le servía de camastro, pensó que Caroline estaría a punto de dar a luz a su segundo hijo, lloró sin consuelo. Se derrumbó, nunca llegaría a conocer a aquel niño. La tortura a la que le estaban sometiendo le hizo creer que si aceptaba la acusación, tal vez algo cambiase. Luego volvió a dudar, al menos seguía con vida.

Apenas había amanecido cuando entraron en la celda unos oficiales turcos. Llevaban una lámpara de carburo. Emitía una luz tan blanca que permaneció un rato deslumbrado. Escuchó unos comentarios en turco, unos murmullos deshilvanados, estaban preocupados por su situación. No sabía cuál era el motivo y creyó que tal vez iban a fusilarlo. No le importó demasiado, prefería morir de una vez a seguir en aquella terrible situación, después le arrastraron por los pasillos cogiéndolo entre dos. Los mismos oficiales murmuraban sobre su estado, dudaban de que fuera capaz de salir adelante. Le llevaron a rastras hasta la entrada de la prisión. Allí pudo ver a un militar inglés acompañando a un par de hombres, indudablemente ingleses, de paisano. No hubo más palabras, simplemente le subieron a un automóvil y abandonaron el patio del edificio sin que nadie les detuviese.

Escuchó cómo sus compatriotas expresaban su indignación sobre los turcos.

—¡Qué barbaridad lo que le han hecho a este hombre! ¡Qué salvajes! ¿Cómo se encuentra usted bien, señor Harding? —asintió con desgana. Le dolía todo el cuerpo, pero comprendió que iba a tener otra oportunidad. Era el 17 de abril de 1913.

Le llevaron al consulado de Gran Bretaña en Damasco. Allí lo atendió el médico militar, el comandante James Stuart, que movió la cabeza con escepticismo, como si dudase de sus posibilidades.

Evaluó su situación en voz alta, en presencia de los que le habían llevado hasta allí, para que quedara constancia.

—Bueno —dijo finalmente—, el señor Harding presenta una situación general preocupante. Tiene el brazo izquierdo roto y dislocado tal vez desde hace semanas. No sé si seremos capaces de que recupere su movilidad funcional. Tiene varias costillas rotas. Le han arrancado las uñas de su pie izquierdo. De momento creo que no hay otras fracturas. Ha perdido sangre. El oído izquierdo tiene el tímpano perforado. Hay múltiples erosiones y golpes en todo el cuerpo. Es posible que tenga una úlcera de estómago, a consecuencia de la deficiente alimentación. Su estado general me indica que debe ser ingresado de inmediato en un hospital. Confiemos en que pueda recuperarse. He visto casos similares y depende de su fuerza interior, digamos de sus ganas de vivir. Lo que sí está claro es que unos días más y no habría podido recuperarse. Con seguridad.

Haciendo un enorme esfuerzo, Thomas preguntó por su esposa y su hija. Le dijeron que no sabían nada de ellos, pero le prometieron que indagarían. Lo vieron en tan mal estado que decidieron no trasladarlo. Permanecería en el mismo consulado atendido por el doctor Stuart. Allí al menos estaría controlado y podrían supervisar su alimentación.

Tardó más de un mes en mejorar algo. A finales de mayo el doctor Stuart que, además de un extraordinario médico, era un profundo conocedor del alma humana, le aseguró que saldría adelante. Poco a poco fue recuperando el movimiento del brazo, una vez que la fractura fue intervenida y corregida, pero era evidente que le quedarían algunas secuelas. Todos los días preguntaba por Caroline, nadie parecía capaz de contestarle. Era como si estuvieran ocultándole algo y eso le provocaba una terrible angustia.

Le explicaron que los turcos no tenían ninguna prueba en su contra. También afirmaban que ellos no habían tenido nada que ver en el asalto a su casa. El cónsul inglés en Beirut había puesto en conocimiento del alto comisario británico en El Cairo la situación. Les había dado órdenes de sacarlo de allí con vida y la garantía de los militares turcos de que no habría cargos en su contra. En realidad, le confesaron que a su vez los ingleses habían libertado a

dos importantes ciudadanos turcos, de los que existían sospechas de espionaje, *quid pro quo*. Debería ir con cuidado durante una temporada, los ingleses ya no eran bienvenidos en el Imperio otomano.

Una mañana llegó Augustus Newman. Confiaba mucho en su amigo, que se sentó junto a él, mientras le decía que tenía muchas cosas que contarle. Thomas notó que Augustus lo observaba con preocupación y le preguntó directamente.

—¿Sabes algo de Caroline? Tengo la sensación de que nadie quiere decirme dónde está. ¡Por favor, Augustus!

Augustus Newman lanzó un leve suspiro antes de contestarle.

—Verás, Thomas. Creo que ha llegado el momento de que conozcas la situación. Caroline y Ethel desaparecieron de vuestra casa en Biblos unas noches después de que tú fueses hecho prisionero. Tampoco se hallaba allí Baker. Alguien…, aún no podemos asegurar quiénes fueron, estuvieron allí y lo dejaron todo revuelto. Se llevaron tus libros, papeles, cualquier documento, destrozaron los muebles, como si quisieran encontrar algo escondido. Han estado convencidos de que realmente hubieras estado espiando para nuestro Gobierno. Tú y yo sabemos que eso no es cierto, pero ellos creyeron todo lo contrario. Debes saber que te encontramos gracias a un tal

El-Wahsh,

que resultó herido en un ataque de los militares turcos. Cuando pudo recuperarse, fue hasta Biblos y allí explicó que te habías ido cabalgando. Alguien siguió tu rastro, en eso son hábiles aquí, y se corrió por la región que los turcos habían detenido a un inglés.

Thomas no podía creer lo que estaba oyendo. Con voz ronca por la emoción interrumpió a su amigo.

—¿Quieres decir que han desaparecido? ¿Que no sabemos lo que ha sido de ellas? ¡Eso es imposible! Posiblemente Caroline, que estaba a punto da dar a luz, decidiera irse a Beirut…, allí tendría mejor asistencia médica. ¡Maldita sea, Augustus! ¿Alguien ha indagado en Beirut para ver si estuvieron allí?

Augustus Newman entendía la angustia de Thomas, pero no deseaba que se hiciese falsas ilusiones.

—Thomas, hemos hablado con todos los cónsules europeos en Beirut. Nadie sabe nada acerca de Caroline. Es como si se hubiese

evaporado. ¡Ni el más mínimo rastro! Estamos seguros de que si hubiera decidido salir del país, embarcar en cualquiera de los barcos que arriban a Beirut, lo hubiera dicho, ¡habría dejado alguna pista! Te insisto que no se sabe nada de ella ni de vuestra hija. ¡Pero tranquilízate! ¡Estoy seguro de que aparecerá pronto! ¡No tiene sentido! Te garantizo que los turcos no se habrían atrevido a secuestrarla. ¡Eso es imposible! Las relaciones diplomáticas con ellos se han enfriado mucho, podría aceptar que son malas…, ¡pero de ahí a detener o secuestra a una mujer inglesa y a su hija! Me resisto a creerlo.

Thomas era quien no podía creerlo. Tampoco él había hecho nada en contra de los turcos y, sin embargo, había estado a punto de morir, acusado de espionaje a favor de Gran Bretaña. ¡Y ahora aquello! Se veía impotente para encontrarlas. Con la voz rota por los sentimientos interpeló a Augustus.

—¿Qué podemos hacer? Augustus, no sé ni por dónde comenzar… tal vez Caroline haya abandonado el país, cada día hay más problemas, y es evidente que existe una hostilidad palpable por parte de los turcos hacia los británicos. ¡Lo he podido sufrir personalmente! ¡Uf! No sé qué pensar, estoy muy asustado.

Augustus Newman mantenía un rictus de preocupación, ya que realmente lo estaba. Él tenía su propia versión de los hechos, pero en modo alguno podía compartirlos con su amigo. ¿Cómo iba a decirle que creía que Caroline y Ethel podrían haber sido asesinadas por los turcos? La hostilidad hacia los ingleses era ya algo más que evidente, y el Gobierno de la Sublime Puerta recomendaba que todos los británicos abandonaran cuanto antes el Imperio otomano. Nadie podía saber lo que iba a suceder, pero la tensión política hacía prever la ruptura de hostilidades en cualquier momento. La guerra entre Turquía e Italia había abierto la caja de Pandora. Los italianos se habían apoderado de Tripolitana y de Cirenaica, y los turcos solo pudieron amenazar, mientras Francia y Rusia respaldaban a Italia.

Los informes secretos de la inteligencia británica hablaban de la incapacidad militar del ejército turco. Sus tropas más selectas solo estaban preparadas para desfilar por las avenidas de Constantinopla. ¿Qué se había hecho de aquellos aguerridos y fieros guerreros turcos que durante siglos mantuvieron en vilo a Europa?

Augustus Newman, desde su posición en los Servicios de Inteligencia Británicos, era consciente de la realidad. El golpe de Estado de los Jóvenes Turcos no podía cambiar el proceso histórico. El imperio otomano había colapsado. La deuda externa hipotecaba las finanzas de la Sublime Puerta, y los funcionarios del imperio solo podían sobrevivir basándose en la corrupción. En el ejército turco era tradicional que los soldados vivieran del pillaje, de lo que recibieran desde sus casas. Los oficiales, del soborno y los préstamos. El material, obsoleto y sin mantenimiento, no soportaría un conflicto; lo que llegaba desde Alemania, desechos del ejército del káiser, era mucho más moderno que el de los turcos.

Todo eso lo sabían bien los ingleses, cuyos servicios secretos estaban infiltrados en todos los estamentos del ejército turco. Augustus acababa de volver de Salónica, donde había comprobado personalmente la situación. Allí averiguó quién era en realidad Talat, el primer ministro del Gobierno del Ittihad, y sus adláteres, Enver y Djemal. Aquel triunvirato no iba a cumplir ninguna de sus promesas, expuestas en el Congreso de Salónica hacía un par de años. Se reunió con Behaeddin Shakir, quien a pesar del juramento de mantener el secreto de las deliberaciones, le había hablado con claridad sobre sus planes, convencido de que Augustus Newman era un miembro de los servicios secretos austríacos, muy generoso con sus confidentes.

La idea básica —Behaeddin se lo contó sin el menor rubor— era librarse de los armenios de una vez para siempre. Newman le preguntó si iban a deportarlos.

—Sí —contestó Shakir con una malévola sonrisa—, ¡deportarlos al infierno! Cara a Europa sería un cambio de residencia humanitaria. Supuestamente los llevarían a una lejana zona de Mesopotamia, donde podrían comenzar de nuevo, a una región fértil, pero la verdadera decisión era liquidarlos. Asesinarlos. Hacerlos desaparecer de una vez por todas. Simplemente negar lo evidente.

—Cuando nos pregunten, diremos que se fueron de allí… a Sudamérica. Después todo se olvidará, y nosotros, los turcos, estaremos mucho mejor sin esos malditos armenios, que jamás han querido ser turcos. Por su culpa Europa ha estado metiendo la nariz en nuestra política, sin dejarnos tranquilos.

Augustus Newman brindó con él por el éxito de todo aquello. Behaeddin Shakir era una mina de información, además de un hombre fundamental en el partido, y en el Comité Secreto de la Unión y del Progreso, y se dedicó a él para averiguar lo que se proponían llevar a cabo. Esa era la misión que le había llevado hasta allí, llevaba mucho tiempo preparándose. Shakir era un hombre ambicioso de poder y de dinero. Newman disponía de todo lo que fuera preciso para convertirse en su amigo, aunque Shakir nunca había sabido lo que era la amistad. Consiguió su propósito. Shakir le habló de todos y cada uno de los que formaban el liderato del Comité. De Ahmed Nessimí, que ocupaba el cargo de ministro de Economía, y que ocultaba algunos secretos inconfesables, de Nazim Bey, del que se decía que movía los hilos secretos, un individuo despiadado que odiaba a los cristianos del imperio, y sobre todos ellos, a los armenios. De Bedri Bey, jefe de Policía, de Hairi Bey, el *sheikh ul-islam*, de todos los que componían el comité que dirigía al Ittihad. Todos de acuerdo en liquidar de una vez por todas a la minoría armenia en su totalidad. Esa era la prioridad política, debían hacerlos desaparecer, y después negar la evidencia. Negar, negar siempre, eso desconcertaría a los que se preocuparan por ellos. Si en algún lugar los hechos eran demasiado evidentes, simplemente dirían que los armenios se habían alzado en armas, y que los cuerpos de los caídos no eran de armenios, sino de turcos, incluso de kurdos. Shakir estaba seguro de que aquella estrategia conseguiría librarles de los enemigos interiores del imperio.

Augustus Newman tuvo que emplearse a fondo. Le demostró a Behaeddin Shakir que compartía esos fines, le dijo que ellos dos se parecían mucho. Le entregó considerables sumas de dinero, en cuentas secretas que Behaeddin mantenía en el Deutsche Bank en Berlín y en Viena. Aquel individuo era un depravado y un asesino. ¿No se habían dado cuenta los alemanes? Newman no podía asumir que estaban perfectamente informados, y que a pesar de ello seguían colaborando con él. ¿Qué clase de gente estaba al mando de los servicios de información prusianos? Pudo entrevistarse con el embajador Wangenheim, que ostentaba la representación diplomática de Alemania en Constantinopla. Se llevó una

desagradable sorpresa. Aquel hombre era muy consciente de lo que los turcos estaban planeando. ¡Asesinar a todos los armenios del imperio otomano! Sin embargo, no pestañeó. Era tan increíble que quiso contrastarlo. Viajó a Berlín. Allí pudo enlazar con los contactos. No era nada personal por parte del embajador alemán, sino una conspiración secreta aceptada y programada en Berlín. Los cristianos armenios sobraban ante los planes de largo alcance de Alemania, que naturalmente estaba por encima de todas las demás naciones. No tenían el menor rubor en dejarlo muy claro. Alemania por encima de todo. *Deutschland über alles*.

Newman también sentía una gran preocupación por la desaparición de Caroline. En los últimos años consideraba a Thomas y Caroline sus mejores amigos. Lo primero que hizo fue dar orden a los consulados de Gran Bretaña en Damasco y Beirut de que reclamaran toda la información posible. Hizo lo propio en Constantinopla, y llegó incluso al jefe de la Policía, Bedri Bey, a través de Behaeddin Shakir. Resultó que Bedri Bey se hallaba de visita en el Vilayato de Siria, y pudo entrevistarse con él en Damasco. Invitó a Thomas a acompañarlo, pero no le permitió asistir a la entrevista. Newman temía que los nervios traicionasen a su amigo, y acusara a los turcos del secuestro de su mujer, lo que estaba por demostrar.

La reunión se celebró en la residencia del cónsul austríaco en Damasco, quien estaba convencido de que Newman trabajaba para ellos, aunque tenía órdenes de no preguntar y colaborar en lo que pudiera. El cónsul accidental, Helmut von Staufberg, no sabía bien cuál era el motivo de la reunión, pero recibió órdenes desde Constantinopla de convocarla y ponerse a las órdenes de Newman. No había mucho más que decir. Thomas pudo presenciarla escondido detrás de una celosía de madera, en la parte superior del gran salón que con doble altura era el centro del caserón. Tuvo que prometer a su amigo que no delataría su presencia. En otro caso, todo lo que Newman estaba consiguiendo para los Servicios de Inteligencia Británicos se vendría abajo.

Bedri Bey era un hombre de unos cuarenta y cinco años, grueso, de gran bigote y cabello ralo cortado al estilo prusiano, con gafas de montura dorada imitando lo que había visto en Berlín. Thomas pudo escuchar todo lo que decía por el efecto acústico del salón. El

cónsul se lo había explicado amablemente con anterioridad a la visita.

Los músicos se colocaban en el lugar desde el cual la música se difundía mejor, y también desde el que se podía percibir cualquier conversación. Se decía que allí se escondían las mujeres, para enterarse de todo lo que se hablaba en las reuniones de los hombres.

Bedri Bey era un hombre tenaz, astuto y cruel. No le temblaba la mano cuando tenía que dar órdenes de eliminar a este o a aquel, ni de torturar a un sospechoso. Él había dado su opinión en el comité durante las reuniones secretas de Salónica de cuál sería el mejor camino para terminar con el problema armenio. Thomas desconocía que aquel individuo era quien había dado órdenes de detenerle y torturarle, pues sospechaban de él desde su visita al monasterio maronita cercano a Biblos, cuando Naguib Azoury se había refugiado en él. Aquella visita acompañando al profesor Patterson, del que tenían la certeza de que se trataba de un agente británico, les hizo decidirse. Era arriesgado, pero querían dar un claro aviso a Gran Bretaña. Se había terminado la ambigüedad.

Newman no conocía personalmente a Bedri Bey, aunque podría haber escrito un extenso informe, con todo lo que Shakir le había contado. Bedri Bey llegó al consulado alrededor de las cinco de la tarde. La hora del té al que había sido invitado. Su presencia en Damasco se debía a una reunión con el líder de los judíos en Palestina, ya que el Comité de la Unión y el Progreso necesitaba evaluar las promesas sionistas. Conocía los vínculos de las numerosas colonias hebreas en Jaffa, San Juan de Acre, Jerusalén, así como en Beirut, el propio Damasco y otros lugares. La convocatoria a aquella reunión en el consulado austríaco era secreto oficial por el momento, aunque Newman filtraba parte de la información a las dos sociedades secretas árabes más importantes en Damasco, acerca de los intereses alemanes y turcos, que a su vez consideraban a los árabes un estorbo para su estrategia final, en la que Alemania dominaría Oriente Próximo hasta Bagdad. En varias reuniones secretas en Berlín, ya se habían tomado decisiones sobre ello con la avenencia del káiser.

El cónsul presentó a Augustus Newman. Mientras Thomas Harding sentado en la oscuridad tras la celosía y a la sombra de una

cortina, escuchaba estático, intentando no parpadear. Tras las presentaciones, un sirviente vertió el mejor té de Ceylán en tazas de porcelana con el escudo del Imperio austrohúngaro. Newman dejó caer sus excelentes relaciones con algunos miembros del comité, incluido Djemal Pashá, al que había conocido como gobernador de Siria y Palestina. Sus palabras impresionaban a Bedri Bey, que intentaba contar sus proezas. Newman se lo había dicho a Thomas antes de la reunión: «Los verdugos siempre tienden a ser indiscretos». Acertó.

—Claro que deseamos librarnos de los armenios. Perdone la expresión, pero para nosotros, los armenios son como un grano en el culo. Hemos tomado las iniciativas para ello. Miren, los convictos de todo el Estado colaborarán por muy poco, y se encargarán de la parte más sucia. Los propios armenios están muy divididos entre sí y eso también facilita la cuestión. Hemos tenido la suerte de esa especial idiosincrasia. Cada armenio tiene su opinión, no ha sido precisa ninguna estrategia. Ellos solos se dividen y se odian entre sí, cada dos por tres crean sus propias organizaciones, y claro está, nos va a resultar mucho más fácil. Divide y vencerás, ellos se encargan de hacerlo. En Europa tampoco se ponen de acuerdo, ni creo que nunca lo hagan, solo son gritos de viejas. En cuanto a los rusos, solo quieren obtener ventajas estratégicas y territoriales. Los armenios no les importan en absoluto. ¿Por qué iban a importarles?

Newman le preguntó si podría ayudarle a resolver un problema. ¿Había llegado hasta él el asunto de la desaparición de una mujer británica y su hija en Biblos? Bedri Bey no parpadeó mientras bebía un sorbo de té lentamente. Sobre aquel tema no podía ayudarles. No sabía nada concreto. Solo había llegado a sus oídos que una inglesa que vivía en Biblos se hallaba en una situación desconocida. ¿No habría viajado a Jerusalén? Tenía noticias de que una patrulla había informado de que una inglesa viajó hacia aquella ciudad hacía algo más de un mes. Creía que tenía algo que ocultar, era la esposa de un británico del que se sospechaba que ayudaba a los rebeldes árabes.

Mientras escuchaba, Thomas sintió el impulso de bajar y sacarle la verdad a Bedri Bey. Pero había prometido a su amigo permanecer quieto y callado, sin revelar su presencia. En otro caso todo podía irse al traste.

Bedri Bey seguía despotricando contra los árabes, que no aceptaban seguir el juego del Gobierno turco.

—¡Son musulmanes como nosotros! ¡Y sin embargo esos perros sarnosos se han vendido a los ingleses! ¡Cuando llegue el momento, se lo haremos pagar!

No se le pudo sacar mucha más información. Newman llegó a pensar que no la poseía; o que sospechaba algo. Cuando decidió acabar la reunión, Bedri Bey se marchó del consulado austríaco despotricando en contra de los armenios, sin volver a mencionar a la mujer inglesa. En cuanto al cónsul austríaco, les despidió convencido de que Newman era Klaus Kramer, director de los Servicios de Inteligencia del Imperio Austríaco para Oriente Próximo y Thomas, su ayudante. La orden era no comentar nada de todo el asunto. Simplemente olvidarlo.

A Newman le costó un gran esfuerzo convencer a Thomas Harding de que debía volver lo antes posible a Inglaterra. Le aseguró que ellos se encargarían de encontrar a Caroline y a su hija. Su presencia en el Líbano era en aquellos momentos contraproducente.

Thomas aceptó marcharse a Chipre y permanecer una temporada allí. Una semana más tarde desembarcó en Ammochostos, donde contrató una habitación en el hotel Famagusta. Había prometido a su mejor amigo permanecer al margen, su idea era muy diferente. No estaba dispuesto a aceptar lo que todo el mundo llamaba la dura realidad.

La búsqueda

MAYO-AGOSTO DE 1913

Thomas se dirigió en una destartalada diligencia a Limassol por una polvorienta y peligrosa carretera difícil de transitar, y en la que no podían cruzarse dos carros. Una vez en Limassol, que le recordaba mucho a Beirut, fue a buscar al cónsul francés, Paul Cassel, quien ya había mantenido relaciones amistosas con su padre hacía más de veinticinco años. Podía confiar en él, estaba convencido de que no iba a fallarle. En octubre de 1909, durante su viaje desde Inglaterra, cuando le visitó Cassel se puso a su disposición. Era un hombre sanguíneo, extrovertido, cordial y simpático, amante del buen vino, al que no era capaz de resistirse, también algo tosco en sus maneras. Cuando se presentó en el consulado, Cassel lo abrazó como si fuese su propio hijo y él le contó todo lo que había sucedido en los últimos años, sin poder evitar que se le saltaran las lágrimas al hablarle de Caroline y Ethel. Paul Cassel le observaba con afecto.

—¿Y entonces qué? ¿Dónde crees que se encuentran tu esposa y tu hija? Esos turcos son gente complicada, pero eso que me cuentas, me resulta increíble. ¿No conoces a nadie en Constantinopla? Quiero decir, algún pez gordo del nuevo Gobierno que pudiera decirte algo. ¿Qué puedo hacer por ti?

Thomas tenía muy claro cómo podría ayudarle y contestó sin demora.

—Necesito un pasaporte francés, con un nombre cualquiera para poder volver allí. Debo cambiar mi identidad, parecer otro. Solo así tendré alguna posibilidad de encontrar a mi familia. ¿Podrías ayudarme en eso?

Paul Cassel era un hombre de recursos. Les debía mucho a los Harding, que siempre se habían portado con él generosamente. No dudó.

—¡Claro que sí! Has tenido suerte. Hace unos días el mar

arrastró una chalupa a la costa. Eran franceses y por ese motivo me llamaron enseguida. Estaban todos muertos, menos uno, que aún se encuentra en el hospital. Uno de ellos debía de tener más o menos tu edad, un tal François Vauban, creo que se trataba de un pequeño velero con destino a Jaffa, o tal vez Alejandría. Debió de perderse en el mar. Los enterramos hace una semana y aquí tengo sus pasaportes. Acabas de convertirte en François Vauban, natural de Brest, sin profesión conocida. ¡Como anillo al dedo! Espera, aquí está, tómalo y úsalo. ¡Yo no sé nada! Pero siempre puedes acudir al consulado de Francia en Beirut. Tienes suerte de hablar francés a la perfección, ¿no habías vivido tres años en París? ¡Qué poco podía pensar el pobre Vauban que iba a tener una segunda oportunidad! Mañana al amanecer sale un velero para Jaffa y conozco al patrón. ¿Está bien?

Thomas asintió. Era lo que necesitaba y entre la fortuna y Cassel lo habían resuelto con eficacia. Siempre había sido un buen amigo y lo estaba demostrando. Se despidieron con un abrazo y deseos de buena suerte. Después, Thomas adquirió unas gafas de montura dorada sin graduación y se dirigió a un barbero para que le afeitase la cabeza. Desde hacía unos días se estaba dejando crecer la barba y comprobó satisfecho que su aspecto cambiaba lo suficiente, no le identificarían a primera vista.

Aquella tarde un muchacho trajo una nota del consulado francés. Decía escuetamente: «Ven enseguida, por favor. P. Cassel». Volvió con rapidez al consulado donde Cassel le aguardaba sonriente.

—¡Mejores noticias! Está en la ciudad mi amigo Halil Zine, al que conozco de toda la vida. Forma parte de una sociedad Nahda Lubnanye, «el Despertar Libanés», tal vez hayas oído hablar de ella. Bien, pues no sé si es prudente contarte que Francia tiene mucho que ver en el asunto. Ya sabes cómo somos los franceses. ¡Qué le vamos a hacer! Puedes confiar en él. Ya le he explicado que pueden fiarse de ti. Ahora estamos remando en la misma dirección. Si alguien puede ayudarte a encontrar a Caroline y a tu hija, son ellos. Están en todas partes, en el Monte Líbano, en el resto de Siria, en Palestina. Ahora podrías presentarte como François Vauban, pero yo de ti le contaría la verdad a Halil Zine. Así les demostrarás que confías plenamente en ellos, te devolverán esa confianza. ¿De

acuerdo? Bien, pues aguardemos un rato porque están al llegar.

No tuvieron que esperar mucho. Media hora más tarde apareció un hombre delgado de mediana estatura y aspecto europeo, salvo por sus oscuros ojos almendrados y una gran nariz. Al principio dio la impresión de tratarse de una persona reservada y callada, hasta que Cassel lo tranquilizó.

—Mira Halil. Este es mi amigo Harding, aunque ayer lo bautizamos aquí como François Vauban, él te lo explicará. A todos los efectos es como si fuera yo. ¿De acuerdo?

Thomas volvió a contar su historia resumida. Halil Zine lo observaba con manifiesto interés. Era evidente que tenía gran confianza en Paul Cassel. Cuando Thomas le contó la desaparición de Caroline y de Ethel, notó que aquello le impactaba emocionalmente. Al terminar se hizo un largo silencio.

Señor Harding, o si lo prefiere monsieur Vauban. Agradezco su confianza. Considero a nuestro común amigo Cassel como a un hermano. Algunas de las primeras reuniones de la sociedad «el Despertar Libanés» tuvieron lugar aquí, en el consulado francés de esta ciudad. No podíamos arriesgarnos a tenerlas en Damasco, ni en Beirut. Allí es imposible guardar un secreto, y mucho menos con la policía del Gobierno turco dando vueltas. También andan por aquí, pero esto ya es otra cosa.

»Tengo que ser sincero con usted. Sé lo que le ha sucedido; se comentó en Damasco que habían cogido prisionero a un inglés acusándolo de espionaje, y que iban a tirar de los hilos a través de él. Le diré que los servicios secretos alemanes han señalado a muchas personas indiscriminadamente como posibles espías a sueldo de Francia y de Inglaterra. Tengo la intuición de que aquel inglés era usted. Bien, ahora, por lo que sabemos, su esposa y su hija han desaparecido. Entre todos intentaremos encontrarlas si Dios nos ayuda. Usted conoció en Beirut a un abogado que le tramitó algunos papeles, Daïbess el Mer. Él también forma parte de nuestra organización. Pero permítame que le dé mi punto de vista, para que sepa usted dónde se mete. Verá. Nuestra organización es secreta. Nada de lo que usted oiga o piense sobre ella podrá comentarlo con nadie, salvo autorización por parte del comité del que formo parte. Hay otras organizaciones que pretenden liberar del yugo otomano, al hoy Moutessarifat **[19]** del Monte Líbano.

Estará usted conmigo en que hoy por hoy se trata de un territorio inviable. El monte necesita al litoral para poder convertirse en un Estado viable. Pero no solo es la geografía. Fíjese en cómo comenzó todo. Los turcos aplicaron el antiguo adagio divide y vencerás. Cada distrito es gobernado por una confesión o una mezcla de confesiones, que lo enfrentan con sus vecinos. El distrito del Chouf dirigido por un druso. Le Koura, controlado por un greco ortodoxo. Zahlé, controlado por un greco católico. Djezzin por un triunvirato: un maronita, un druso y un musulmán. Meten, dirigido por cuatro líderes: un greco católico, un druso, un chiita y un maronita. Kesrouan por dos maronitas. Como comprenderá, así resulta imposible de gobernar. ¡Verdaderamente imposible! ¡El germen de la desigualdad desde su origen! ¡Y todo ello a su vez bajo el control de las cinco potencias europeas! Verá, señor Harding, dentro del Imperio otomano hay muchos Estados bien diferentes. En el Monte Líbano, en Siria, en Mesopotamia, en Palestina, en Arabia. Las Iglesias orientales son a su vez distintos Estados. Maronitas, melquitas, sirios, caldeos, grecoortodoxos, católicos, ahora también protestantes, armenios, coptos, y usted ya empieza a percibir todas sus diferencias y sus celos. Añádale los musulmanes: sunnitas, chiitas, drusos, nusayríes, y no olvidemos a los hebreos, que solo dicen tener una religión, aunque nada tiene que ver un ultraortodoxo con un judío corriente. ¡Tienen muy diferentes conceptos de la política! Pero déjeme proseguir para que pueda usted comprender hasta qué punto las diferencias históricas impiden el consenso. Le pondré un ejemplo. Los cristianos ortodoxos. La historia de esta región del mundo está vinculada al Imperio bizantino, a la división de la Iglesia cristiana. Los griegos melquitas unionistas con sede en el patriarcado en Beirut. Los griegos ortodoxos y ortodoxos sirios, llamados coptos en Egipto, cuyo patriarca reside en Damasco. Como podrá ver, un rompecabezas imposible. ¿Quién puede unirlo? ¡El arabismo! No el islamismo. Usted me podrá rebatir este argumento. ¿Seremos capaces de colaborar cristianos y musulmanes? ¿Podremos tener un futuro en común? ¿O tal vez volverán los fantasmas de 1860? Aquel tremendo odio entre árabes musulmanes y árabes cristianos, y ambos a su vez en perpetua pugna contra los turcos… terribles matanzas generalizadas, incendios en muchas ciudades, crueles

asesinatos entre drusos y cristianos, más tarde los drusos formaron un frente común para aniquilar a los cristianos. Todos conspiraron contra todos. La guarnición turca asesinó a los cristianos que se habían refugiado en el serrallo del gobernador turco en Deir el Qamar. La Sublime Puerta envió al ejército desde Constantinopla, pero los disturbios se generalizaron, y desde Beirut se podían contemplar los incendios en muchos pueblos de las montañas. ¡Más de treinta mil cristianos asesinados, casi todos maronitas! Mientras, Inglaterra hacía su juego y Francia el suyo. Napoleón III envió seis mil soldados para defender a los que llamaba sus "franceses de Oriente", es decir, los cristianos maronitas. Vieron a Turquía incapaz de protegerlos, ni tan siquiera de mantener el orden. Aquel fue el verdadero comienzo de "la Cuestión de Oriente". Cuando las potencias europeas reconocieron oficialmente que el "hombre enfermo de Europa", Turquía, iba a desaparecer como imperio y, cada una de ellas pretendía recoger su parte de la herencia. ¡Eso va a crear muchos problemas! Bien, señor Harding, ¡ahora puede darse cuenta de lo que nos aguarda! Nosotros, los que podemos llamarnos libaneses, queremos un Estado independiente con la incorporación de Beirut y del valle de la Bekaa, así como las llamadas Tierras del Estado. ¡No nos conformaremos con menos! ¡Y tampoco deseamos tener a Damasco como capital de un Estado al que no nos sentimos vinculados! ¡Siria y el Líbano tienen destinos diferentes! Ahora bien, necesitamos el esfuerzo de todos los árabes, y la buena voluntad de Francia y de Inglaterra para conseguirlo. Por eso, hombres como usted deben implicarse. Ya conoce bien a nuestra gente. ¿No me ha dicho que tiene una hija nacida en Biblos? No se preocupe, ¡aparecerá! ¡Ah! ¡Para mí su sangre ya se ha mezclado con la nuestra! Por ello me permito hablarle con esta confianza.

»Verá, señor Harding, somos árabes, de cultura árabe y nos sentimos muy orgullosos, pero no deseamos un Estado árabe centralizado. ¡Volveríamos a las mismas! ¡Durante los últimos siglos hemos tenido un califa turco en Constantinopla! ¡No queremos volver a las andadas y tener un califa árabe como nuestro gobernante en Damasco! ¡Nos sentiríamos como *dhimmis*! ¡Extranjeros en nuestra propia tierra! ¿Lo entiende?

Thomas lo observaba con paciencia y admiración. Lo que aquel hombre le contaba era muy interesante, pero lo que deseaba era que

le ayudase a encontrar a Caroline. Aunque ya no podía ser indiferente al destino de aquella singular tierra que amaba. Durante los cuatro últimos años le habían sucedido muchas cosas, unas mejores que otras, algunas terribles. Pero él sabía que ya jamás podría olvidar algunos momentos. Halil Zine era un hombre culto, pero sobre todo un político. Alguien que deseaba cambiar las circunstancias históricas a partir de aquel momento. Él tampoco sentía la más mínima simpatía por los turcos. Se estaban encontrando con una amarga cosecha, tras haber sembrado corrupción y crueldad en los países que formaban parte de su imperio. La guerra de los Balcanes, provocada por el conflicto con Italia había demostrado a Serbia, Montenegro, Grecia y Bulgaria, los países implicados, que el Imperio otomano ya no poseía la capacidad de mantenerlos sojuzgados.

La revolución había colocado a los Jóvenes Turcos en el poder y llevado al sultán Abdul Hamid a su jaula dorada, primero al palacio de Beylerbey, en Salónica; a finales de 1912, en la guerra contra los griegos para evitar que lo cogieran prisionero, fue trasladado precipitadamente a un palacete más modesto en Magnesia de Jonia. Decían de él que, para evitar pensar, utilizaba su tiempo en fabricar su propio mobiliario, tan recargado y falto de gusto como su propia personalidad.

Eran los continuos conflictos con unos y otros los que mantenía tan enervados a los turcos. Las noticias de las victorias balcánicas, las sucesivas declaraciones de independencia de los países que se desgajaban del imperio en ruinas, alentaban otras. La rebelión de los países árabes, una enorme extensión territorial entre Alepo y Yemen, entre los límites orientales de Mesopotamia y el Hedjaz en Arabia, hasta el golfo de Aden. Culturas dispares, a pesar del principal nexo común que los unía. El árabe.

Thomas era consciente de que el Monte Líbano y las tierras que lo rodeaban, incluyendo Beirut, era la región, tal vez más pequeña, pero al tiempo más dotada de inteligencia, de capacidad para levantar la verdadera rebelión. Damasco desde siempre había observado con recelo y mucha envidia a Beirut. Una ciudad pequeña, pero que representaba los valores más profundos e intelectualmente más avanzados del mundo árabe. No en vano sus periódicos eran leídos con avidez, no solo en las humildes tiendas

de lana de camello en pleno desierto, aunque en esos casos con muchas fechas de atraso, o en los más exquisitos círculos progresistas de Beirut, también en los libros editados en sus imprentas pasaban de mano en mano, como tesoros, muchos prohibidos por el Ministerio del Interior turco, presidido en aquellos días por aquel hombre sombrío y tenebroso llamado Talat Pashá, del que se decía que no decía la verdad ni cuando permanecía callado. Esas imprentas que llevaban muchos años transmitiendo los valores que Francia había impulsado en Oriente. ¿O era que los árabes no habían deseado siempre su libertad? ¿No eran todos los árabes iguales a otros árabes? ¿No eran todos los árabes hermanos? No había forma de detener la rebelión, y eso hacía que los turcos estuvieran tan nerviosos como el enfermo que sonríe débilmente ante la visita inoportuna, sabiendo que su enfermedad avanza rápidamente, y que al final vencerá sin remedio, pero intentando mantener la cara hasta el último aliento.

De todo ello hablaron durante largo rato como viejos amigos. Cassel ponía la mano en el fuego por él, y Halil quería incorporarlo a su movimiento. ¿No lo habían conseguido otros? Ellos también obtendrían libertad y una patria árabe. Pero para lograrlo necesitaban ayuda. Ahí estaba Bulgaria, que en 1910 declaró su independencia apoyada en Rusia, que siempre cubría sus espaldas. Más tarde Montenegro, que se había alzado en armas contra los otomanos en octubre de 1912, apenas hacía unos meses. Los griegos que habían reconquistado Salónica, Albania, Epiro, Macedonia y Tracia. Ante el arrollador avance, los turcos tuvieron que organizar la defensa de Constantinopla. Halil lo contaba como si él fuese Panagiótis Danglís[20] o Vladimir Vazov[21]. Él aún no lo era, pero tal vez el destino le tuviese reservada alguna gloriosa página.

Finalmente quedaron en que Thomas Harding, o François Vauban si hiciese falta, acompañaría a Halil y a otros de los suyos a la costa para desembarcar, en algún lugar cercano a Beirut. Allí les recogerían para llevarlos hasta una de las casas refugio, donde permanecerían ocultos durante unos días. Después cada uno tendría una misión. Halil volvió a prometer a Thomas que su organización haría un esfuerzo por obtener información de su esposa e hija. Se lo dijo con lágrimas en los ojos, emocionado. Era un hombre astuto que sabía que para bien o para mal, los ingleses gozaban de

excelente memoria.

Dos días más tarde, al anochecer, quedaron en encontrarse en la costa de Limassol, en una playa en la que los pescadores locales dejaban sus barcas varadas. La luna proporcionaba la penumbra suficiente y después de saludarse, embarcaron en una chalupa que les condujo hasta un viejo velero de tres palos que transportaba naranjas por el Mediterráneo. Su patrón, un circasiano mestizo, ayudaba a la causa árabe por convicción personal. La silueta oscura y recortada de la costa de Chipre quedó atrás con rapidez, mientras las cuadernas del barco crujían con el oleaje. Thomas, envuelto en una capa de lana que le había proporcionado Cassel, reflexionaba que sería imposible que los turcos pudieran detener aquella rebelión. Nunca antes una causa cualquiera había unido con tan fuertes lazos a musulmanes y cristianos, frente a un enemigo común, también musulmán.

Había hablado de ello con algunos árabes. Todos le replicaron que los turcos no eran considerados verdaderos musulmanes. El Corán había sido dictado por el ángel enviado por Dios en árabe, no en turco. El profeta era árabe, perteneciente a la antiquísima tribu de los quraishíes que, por tanto, estaban considerados descendientes de Mahoma. Los turcos se habían apropiado del alfabeto y de gran parte de la cultura árabe. Existía, por otra parte, un movimiento nacionalista turco en Constantinopla, que intentaba eliminar del idioma turco las palabras de origen persa, árabe, armenio y, por supuesto, occidentales. Como si tuviesen verdaderas dudas sobre su propio origen, les estaba resultando muy difícil, imposible, ya que el turco originario era un lenguaje escaso, pobre en vocablos, incompleto. En las estepas de Asia Central no eran necesarias tantas palabras, ni un lenguaje tan sofisticado. Con el tiempo los turcos se transformaron en un pueblo conquistador, que había sido capaz de asimilar con éxito gran parte de las culturas que había ido dominando.

Thomas había llegado hasta allí para poder entender mejor la historia de los pueblos antiguos, con el ánimo estoico y disciplinado de un profesor de Oxford. Deseando escribir una tesis sobre lo que pudiera encontrar. Quería tocar con sus manos las piedras, testigos de la historia. Entender cómo había evolucionado la humanidad desde los orígenes. No deseaba implicarse con unos ni otros; sin

embargo, las circunstancias le zarandeaban, justo hasta allí, la proa de aquel velero que lo conducía al litoral sirio, bajo una falsa personalidad, acompañado de árabes reclamados por la justicia turca. No podía evitar emocionarse al pensar en Caroline y Ethel, y tal vez su nuevo hijo o hija, si es que su esposa había conseguido culminar su embarazo. No quería ser pesimista, pero el no tener ninguna noticia, le hacía pensar en lo peor.

Halil Zine llegó hasta él, aferrándose a la amura a causa del mar tendido que hacia cabecear el velero, para poder caminar por cubierta con aquel tiempo era preciso cogerse a las barandas o exponerse a caer al agua y desaparecer para siempre.

Halil tuvo que gritarle acercando su boca al oído para que pudiera oírle.

—¿Qué tal, señor Harding? Le he observado aquí rumiando sus pensamientos. Sé lo que debe estar pensando. No es buen momento para los extranjeros que vienen a esta parte del mundo en busca de la historia antigua. Se encuentran de sopetón con la nueva, se les echa encima. He estado dándole vueltas a la cabeza sobre la desaparición de su esposa, y se lo voy a decir crudamente. Creo que la policía política del Gobierno de los Jóvenes Turcos, preocupados por la situación después de sospechar que usted espiaba para los británicos, fue a su casa en Biblos intentando encontrar pruebas. Perdone mi sinceridad, pero tal vez allí ocurrió algo, y creyeron que lo mejor sería hacer desaparecer la prueba del delito, echarle la culpa a unos delincuentes.

Thomas había pensado algo parecido. Con voz ronca, sin dejar de observar el mar contestó a su nuevo amigo.

—Sí, Halil. Desgraciadamente yo creo lo mismo. Pero verá, mientras no haya evidencias, no pararé de buscarlas. Me siento mal, responsable. No debería haberlas dejado solas. Estábamos convencidos, tanto ella como yo, de que no podía ocurrir nada. ¡Tantos meses viviendo en paz y tranquilidad! Debo reconocer que durante mucho tiempo viví equivocado, tal vez engañándome a mí mismo, todo era un tranquilo paraíso. ¡No quise aceptar lo evidente! Me fui a Mesopotamia con el profesor Patterson, como si Biblos fuese Oxford y me desplazase a Londres. ¡Qué terrible error! ¡Jamás podré perdonármelo!

—¡Aguarde! —Halil quería dar marcha atrás a sus palabras—.

Tiene usted razón. No hay evidencias y por tanto estamos hablando de más —deseaba cambiar de conversación—. Los turcos saben que nada va a seguir igual. Señor Harding, me temo que las guerras de los Balcanes se van a extender por todas partes. Nosotros no podemos seguir así. En estos mismos días está teniendo lugar el Congreso Árabe en París. El Gobierno francés, aun desatando las iras de los turcos, aceptó que se desarrollara. Ahí nos estamos jugando mucho. Yo conozco a casi todos los que están exponiendo sus tesis. Incluso al ver que no podían impedir el congreso, el Gobierno otomano decidió finalmente enviar a sus representantes, y a sus espías. ¡Por supuesto! Creo que a Midhat Churi Bey y Abdul Kerim Halil. Como consecuencia de ello, los árabes hemos conseguido del Gobierno francés mantener otro congreso paralelo secreto, en el que podemos exponer sin temor nuestras reivindicaciones. En el «oficial» solo hablamos de las reformas que se deberían llevar a cabo en el imperio turco. En el «secreto», el Comité de Beirut, donde además de nosotros, están representadas las otras organizaciones árabes, exponemos nuestros puntos de vista. ¡Y aún hay más! ¡El Comité de Beirut no coincide, ni puede coincidir, con los árabes del Hedjaz, del Yemen o de Mesopotamia! Verá, señor Harding, nosotros ansiamos tener un país que se denomine Líbano y que llegue desde la costa, hasta las montañas que cierran el valle de la Bekaa por el este. Desde Quneitra por el sur, hasta Latakia por el norte. ¡No es demasiado! Para nosotros, los habitantes del Monte Líbano, eso culminaría nuestras aspiraciones. Podríamos llevar a la realidad nuestros sueños. Un país de libertades en el que se demuestre que todos los credos pueden convivir en paz. Debemos mucho a Francia que siempre ha estado al lado de los pueblos que aspiraban a su libertad. Ella ha sido la maestra y bajo su protección nos pondremos. ¡No tenemos nada en contra de Gran Bretaña! Pero si queremos ser sinceros, tendremos que admitir que estamos impregnados de cultura francesa.

Al amanecer del segundo día desembarcaron con tiempo ventoso y mucho oleaje en la playa, muy cerca de Biblos. Las corrientes les habían empujado hacia el norte y era peligroso navegar tan cerca de la costa. Decidieron separarse allí y quedaron en verse una semana más tarde en la casa de Halil Zine, en Beirut.

Thomas se dirigió hacia el que había sido su hogar. Llegó un par

de horas más tarde sin cruzarse más que con unos campesinos. Entró en lo que no era más que una ruina y sintió ganas de llorar. Todo estaba revuelto, los restos de los muebles destrozados y quemados. Aún así reconoció su hogar y pudo recoger algunas carpetas chamuscadas con dibujos de Caroline. Encontró en el suelo pisoteada una amarillenta fotografía de los tres, y ya no pudo reprimir las lágrimas. No había nada más que pudiera llevarse, y salió de allí con el corazón encogido. No pudo dejar de pensar en los armenios de Adana. Hasta aquel instante no había sido capaz de entender que se hallaba en un país en guerra no declarada, y que al final, todos se convertirían en víctimas. Sintió dentro de él una mezcla de rabia e impotencia. Acababa de tomar partido, hasta aquel instante no había visto a los turcos como a sus enemigos. Lo sucedido, pensaba, podría haber sido fruto de la mala suerte; en cuanto a la desaparición de Caroline y Ethel, quería seguir convencido de que antes o después las encontraría.

Fue allí, en las ruinas con olor a madera quemada, donde decidió que iría a Beirut, a reunirse con Halil, a hacer lo que tuviera que hacer por ayudar a terminar a los árabes con la opresión turca. Recordó de nuevo las palabras de su anciano profesor de Oxford: «¡Cuídese de Baalzebú, Thomas! ¡Sigue allí, entre las viejas piedras, acechando!». Era cierto. Él había podido notar su ominosa presencia entre los restos chamuscados del que una vez había sido su hogar.

Ciudadano de Beirut

SEPTIEMBRE DE 1913-ABRIL DE 1914

Thomas volvió a Beirut, donde se reunió con Halil Zine y los suyos. Quedaron en que era preferible que siguiera haciendo su vida normal. Si ellos necesitaban algo de él, se lo pedirían, y le reiteraron que gozaba de toda su confianza, por lo que le llamarían para que asistiera a las reuniones que estimara convenientes, pero tal vez podría colaborar mejor con la organización desde fuera, si se mantenía independiente. Thomas no tenía nada que objetar. Su preocupación era saber lo que había sucedido con su mujer y su hija. No quería obsesionarse, pero tenía la terrible convicción de que Caroline y Ethel habían sido asesinadas. A veces se despertaba confuso y aterrorizado por la noche, respirando rápidamente, sin saber dónde estaba. Llegó a pensar que debería embarcar en cualquier vapor de los que llegaban hasta Marsella o a Gibraltar, olvidar; o terminaría por volverse loco.

Pero no era capaz de hacerlo. No podía abandonarlas, así que comenzó a asistir a algunas reuniones políticas privadas acompañando a Halil Zine, en las que se saltaba del francés al árabe. A mediados de septiembre volvieron varios de los asistentes al Congreso Árabe de París. Gentes como Michel Tuéni, *drogman* [22] del consulado francés, un griego ortodoxo con muy mal carácter y un corazón de oro, que era uno de los fundadores del Despertar Libanés; también Joseph Haní, un rico maronita, propietario de varios edificios en Beirut; Ahmed Effendi Tabbarah, un musulmán cuya profesión y vida era el periodismo, un hombre radical en su pensamiento, cuyo único deseo y esperanza era obtener un Líbano independiente de Damasco; el doctor Ayub Thabit, maronita, un prestigioso médico de Beirut perteneciente a una conocida familia. Thomas Harding quedó fascinado por su extraordinaria personalidad, y Thabit le ofreció su casa. No tenía otro lugar para ir y permaneció como huésped del doctor Thabit un

par de semanas. También conoció a Albert J. Sursoek, un grecoortodoxo muy conocido en Beirut, a Charles Debbas, también grecoortodoxo, un astuto y prestigioso abogado, propietario del periódico *La Libertad de Beirut*, en el que colocó en primera plana la foto en la que aparecían Caroline y Ethel, ampliándola con el pie en árabe y en francés: «¿Ha visto usted a esta mujer y a esta niña? Se recompensará». Otro de los más influyentes personajes era Riz Koullah Erkache, que actuaba como secretario y tesorero de la sociedad el Despertar Libanés.

En la primera reunión celebrada en Beirut, tras el Congreso de París, fue Charles Debbas quien tomó la palabra. Invitaron a Thomas, quien se había dejado crecer el bigote y la barba, tenía un aspecto más maduro y serio. En Beirut la moda era seguir la última tendencia de París, aunque Thomas Harding seguía recibiendo sus trajes y camisas de su sastre en Londres. La moda europea no era una mera frivolidad, sino un símbolo de modernidad e independencia. Por ese motivo Riz Koullah Erkache se trajo del congreso los patrones para el presidente de la Asociación de Sastres del Líbano, con la última moda masculina de París, y también trajo varias revistas con la alta costura femenina, motivo de largos debates entre unos y otros.

—Queridos amigos. El Congreso de París ha centrado nuestras ideas y ha abierto nuestros ojos. Estaréis de acuerdo todos los que habéis asistido, que ahora vemos las cosas más claras. Esto es solo cuestión de tiempo. Se han acabado los sultanes. El que ahora lleva el título, ese Mehmet V, no es más que un hombre de paja. Coincidiréis en que en esto no hemos mejorado. Talat Pashá, Enver y Djemal no van a cambiar las cosas. Por lo que hemos podido ver hasta la fecha, tendremos con ellos muchos problemas. En cuanto al Congreso, creo sinceramente que ha sido muy interesante. ¡Poder cambiar impresiones con alguien como Fayçal, el hijo predilecto del jerife Hussein, el guardián de La Meca! Esos hachemitas tienen algún acuerdo secreto con los franceses y los ingleses, aunque tampoco podría asegurarlo. También pudimos hablar con los delegados sionistas. En ese asunto podremos tener un importante conflicto, pues su empeño ¡no es más que una utopía imposible!, es volver a Palestina y fundar allí ese Estado judío, del que hablaba Theodor Herzl. Creo que siguen intentando un acuerdo con el

Gobierno de los Jóvenes Turcos, para que accedan a permitirles lo que ellos llaman el Hogar Nacional Judío. ¡Pero saben que para ello también necesitan a los árabes! No lo veo claro, aunque en ese diario sionista *Le Jeune Turc*, se decía que el Comité del Cairo es favorable a la inmigración judía a Siria y Palestina. ¡Incluso el presidente del Congreso, Abdul Zahravi, declaró que los judíos eran sirios emigrados! Bueno, ahora es un momento de catarsis, de euforia, de esperanza, y todo el que apoye la causa es bien acogido. ¡Ya veremos más tarde! ¡Incluso los acuerdos del Congreso de París han sido aceptados por el Gobierno turco! ¡Aceptan las reformas de descentralización! ¡La verdad es que las tesis de Khairallah han triunfado! ¡La Merkezye [23] ! ¡La descentralización!

Halil Zine pidió la palabra. Thomas, que se hallaba junto a él, notó su gran excitación.

—¡No creeréis lo que aseguran los turcos! ¡Bah! ¡Sería algo infantil! ¡Siempre han hecho lo contrario de lo que han dicho! ¡Ahí tenéis a los pobres armenios! ¡Una y otra vez han creído en las promesas turcas! La última en Adana. ¡Treinta mil muertos! ¡Miles de casas destruidas! En estos tiempos, entre la última guerra con Italia, antes con Serbia, Montenegro, Bulgaria, Grecia…, no pueden acudir a tantos frentes al tiempo, con los rusos observando el panorama y los barcos de guerra británicos y franceses dominando el Mediterráneo. Solo pueden asentir y aguardar mejores tiempos. ¡Pero si pudieran reunir tropas y armamento suficiente! Entonces vendrían a por nosotros y nos ahorcarían sin más en esos árboles de ahí. ¡Tened cuidado con Djemal Bey! ¡Vendrá a buscarnos para terminar con la rebelión árabe! ¡Lo que aún no han aprendido es que para los árabes, ya sean musulmanes o cristianos, la muerte no es algo que nos asuste!

—Bueno —Charles Debbas levantó las manos queriendo aplacarlo—. Dios todopoderoso te ha dado facilidad de palabra e impaciencia. ¡Aguarda un poco, Halil! Permíteme exponer las conclusiones. ¡Ah! ¡Estos árabes! ¡Sois demasiado impacientes! ¡Esto no es una carrera de camellos!

Se hizo el silencio.

—¿Sabéis lo que más me emocionó del Congreso? Cuando Ahmed Tabbarah dijo aquello de para nosotros, todo el que tenga como lengua madre el árabe, es árabe, sin distinción de credo

religioso. Ese es el fundamento. Y lo digo yo que soy grecoortodoxo. Mi idioma es el árabe, tengo raíces griegas y me siento profundamente libanés. ¿Podéis comprenderme?

Todos los asistentes aplaudieron sus palabras y Thomas asintió. Aquel era el auténtico espíritu, aunque él siguiera sintiéndose inglés. Halil Zine interrumpió a su amigo Debbas.

—Charles, ¿no oíste tú a Naúm Mukarzal? Te diré lo que yo escuché. Están muy bien los medios literarios, en efecto, las revoluciones, y esto señores no es otra cosa, se pueden hacer con las palabras. Pero él dijo que, en el futuro, la rebelión árabe podría ser sangrienta. ¿Quién ha construido la Francia de hoy? Los mártires de las barricadas, la Comuna, la sangre brotando a chorros de las guillotinas… No tenemos por qué ser tímidos con la verdad. ¿O es que creéis que vuestra rebelión será siempre así? Antes de que obtengamos la libertad, tendremos que derramar parte de nuestra sangre. ¿O es que pensáis que los turcos van a marcharse por las buenas? ¡No! ¡Jamás! Tendrán que irse porque los echaremos entre todos. ¿Y en Constantinopla? ¿Qué creéis que está sucediendo? ¡Han hecho una lista con todos los que no se callan o someten y vendrán a por nosotros! ¿Tenéis miedo a morir?

—¡Nooo! —como una sola voz se alzó en la reunión, entre el entusiasmo de los presentes—. ¡No! ¡Jamás! —enardecidos por la soflama de su compañero, todos los presentes volvieron a aplaudir. A partir de ese momento resultó muy difícil controlar la reunión. Debbas se subió a la silla y desde allí les recriminó—. ¡Sois demasiado patriotas para poder organizar una revolución con vosotros, y demasiado revolucionarios para ser buenos patriotas!

Al salir caminando junto al doctor Ayub Thabit, en cuya casa en la colina residía temporalmente, Thomas quiso desahogarse con aquel hombre que le inspiraba una gran confianza.

—No sé qué pensar, doctor. Aquí toda la gente, todos ellos, están sumergidos en la política. Desde que llegué a Beirut me di cuenta de lo importante que es para ustedes. Yo antes intentaba reflexionar sobre el arte, la historia de los pueblos antiguos, hacía dibujos y croquis de las ruinas, ahora, tal vez la desaparición de mi esposa y mi hija me impide pensar en otra cosa, me ocurre lo mismo. Estoy obsesionado y creo que el día que los turcos se vayan de aquí, sentiremos todos un gran alivio.

El doctor Thabit asintió. No quería dejar las cosas a medias. Odiaba la ambigüedad.

—Sí, Thomas, usted, aunque aún es muy joven, ya ha podido sufrir en carnes propias lo que es estar sojuzgado por un pueblo extraño. Ellos, los turcos, jamás fueron capaces de incorporarse con naturalidad a las culturas que conquistaron. Siempre nos hemos sentido amenazados, coaccionados, extorsionados, jamás hemos mantenido, salvo honrosas excepciones, unas relaciones normales entre ciudadanos, con los turcos. Aunque le mentiría si le dijera que entre ellos no hay buenas personas. ¡Claro que los hay! Pero el corrupto régimen político-administrativo-militar nos tiene ahogados, ¡como si no pudiésemos respirar!

El doctor Thabit hizo una pausa.

—Verá, Thomas. Permítame que le cuente algo. Mi primo Halil tiene un cuñado turco. Claro, él de todo este asunto no sabe nada. ¿Cómo iba a saber, si es el secretario del gobernador del Vilayato de Siria? Reside en Damasco, y está absolutamente convencido de que ellos, los turcos, mantienen la mejor relación posible con los árabes. También cree que si se desatara una guerra, el káiser los sacaría del apuro. Es cierto que los alemanes y los austríacos tienen unos ejércitos descomunales, y que los turcos pueden llamar a filas a un número enorme de soldados. Pero verá. A pesar de que el general Von der Goltz, que es el jefe militar en Constantinopla, a pesar del general Von Liman, de todos sus relucientes cañones fabricados por Krupp con el mejor acero, de sus barcos erizados de artillería, de los submarinos Abdul Hamid y Abdul Mecid, que pude ver en los astilleros de Constantinopla, donde les estaban montando cañones Vickers fabricados en Sheffield. ¡Por ustedes! ¡Cañones británicos! A pesar de todo eso, creo que si hubiera una guerra la perderían. ¿Y sabe por qué?

Tomás negó con la cabeza tímidamente.

—Pues por algo que no es fácil de expresar. Los turcos llevan siglos sabiéndolo, aunque no lo admitan. Cuando el 12 de septiembre de 1663, Jan Sobieski terminó con el asedio de los turcos a Viena, el destino del Imperio otomano estaba escrito. ¿Sabe cuánto tiempo hace de aquello? Exactamente doscientos cincuenta años. Dos siglos y medio, o si lo prefiere, la cuarta parte de un milenio. ¡Ha llegado la hora de que abandonen los países árabes!

¡Aunque parezca que a los cristianos maronitas no nos incumba el califato! Halil tenía razón. Antes de conseguirlo, veremos mucha sangre derramada. ¡Todo el mundo va a sufrir con este asunto! ¡Pero cómo es posible que les estén vendiendo ustedes cañones a los turcos! —el doctor Thabit negaba con la cabeza.

Thomas inició sus pesquisas haciendo de tripas corazón y unos días más tarde volvió a Biblos. Sentía una enorme ansiedad al entrar de nuevo en las ruinas de su casa, pero decidió que debía vencerla, ya que tal vez allí podría encontrar algún indicio de lo sucedido. Habían sido los turcos. El secuestro —no quería pensar en algo peor — tenía una clara relación con su detención. La policía política turca estaba actuando con gran dureza, ya que la situación en todas partes se le estaba yendo de las manos. Él había sido otra víctima más de la mezcla de impotencia y rabia que los turcos sentían al comprobar que no podían controlar lo que empezaba a conocerse en la prensa europea como «la rebelión árabe». Los diarios de Beirut no podían ni mencionarla por decreto del valí, y en Damasco aún era peor, con la prohibición de comentar nada que creara un estado de opinión contrario a los intereses del Gobierno turco.

En Biblos no encontró nada, salvo unas cajas de libros y papeles muy deteriorados por la lluvia, bajo unos cascotes. Todo lo que tenía algún valor hacía tiempo que había desaparecido, y lo que quedaba era irrecuperable, pues existían huellas de que habían entrado para llevarse lo que pudieran. La propia casa, con los muros ennegrecidos por el incendio que había derrumbado los techos y algunas paredes, era una absoluta ruina. Ni la gente cercana, ni los vecinos, nadie deseaba hablar de todo aquello. Era como si no hubieran visto u oído nada. En Biblos le ocurrió algo semejante, por lo que decidió volver a Beirut y no volver allí jamás. Frustrado y amargado, espoleaba al caballo bajo una fina lluvia.

Cuando se hallaba a un par de millas al sur de Biblos, Nadima Ghalib le salió al paso. Había preguntado por ella y le dijeron que estaba trabajando en Beirut, que desconocían su dirección. Pero estaba allí, en mitad del camino, con los ojos enrojecidos por el llanto, inmóvil y empapada.

—¡Nadima! —saltó del caballo emocionado por los recuerdos y corrió hacia la joven—. ¡Nadima! ¿Qué ocurrió? ¿Dónde están mi mujer y Ethel? ¿Tienes algo que contarme? ¡Por Dios, Nadima!

La muchacha permanecía en silencio, pero no podía evitar suspirar. Él la observaba impaciente, sin querer presionarla, temiendo que echara a correr y no quisiera contarle nada. Se dirigió a él sollozando.

—¡Señor Harding! ¡Madame y la niña fueron secuestradas por unos árabes! ¡No eran turcos! —las lágrimas corrían a raudales por sus mejillas—. ¡No eran hombres de aquí! ¡Nunca los habíamos visto! ¡Tuvieron que ser ellos! Un grupo a caballo llegó cuando casi había oscurecido, llegaron desde el norte. Yo había vuelto a mi casa, porque mi hermano Hussein llegó corriendo para decirme que a nuestro padre lo habían herido unos desconocidos, solo recordaba que no eran turcos. Como sabe, vivía solo en la casa desde que murió mi madre. Hussein es pescador y para poco allí, y yo estaba casi siempre en la casa de ustedes. ¡Qué desgracia! ¡Dejé a la niña, Ethel, con su esposa! ¡Ah, qué desgracia! ¡Salí corriendo, asustada tras Hussein! Nuestro padre estaba herido levemente en la frente, y sangraba bastante, pero gracias a Dios era superficial. Le vendamos. Aseguró que no sabía lo que había sucedido. Solo recordaba a unos hombres a caballo y poco más. Entonces Hussein y yo volvimos corriendo al divisar la humareda en su casa. ¡Yo temía lo peor! ¡Cuando llegamos, la casa ardía por los cuatro costados y no se veía a nadie! ¡Hussein intentó entrar, pero solo consiguió quemarse el brazo! ¡Después corrió hacia el pueblo, mientras yo llamaba a madame y a Ethel! ¡Qué desgracia! ¡Qué terrible desgracia!

Tuvimos que aguardar hasta dos días para poder entrar en lo que quedó de la casa. Temíamos encontrar los cuerpos carbonizados, y los hombres del pueblo nos ayudaron a retirar las ruinas de los techos. ¡Pero no encontramos nada! ¡Uno de los hombres que ayudaron, también pescador, dijo que había visto llegar corriendo a Majid Abdel, el maestro, a su casa! ¡Después, cuando fueron a hablar con él, ya no estaba! ¡No sabemos lo que sucedió! ¡Señor Harding! ¡Mi padre murió el mes pasado! ¡Desde la muerte de mi madre estaba muy triste, y lo sucedido agravó su dolencia! ¡No a causa de la herida, según aseguró el médico! ¡Fue algo del corazón!

Nadima seguía sollozando sin poder evitarlo, parecía desconsolada y terriblemente triste, pero insistía en que no habían sido los turcos, sino árabes desconocidos.

—¡Señor Harding! ¡Por eso me siento tan mal! ¡Quiero mucho a Ethel y a la señora, y me asusta pensar en lo que puede haberles ocurrido!

Thomas pensó que no conseguiría sacar mucho más de Nadima. Ella insistía en que no habían sido turcos sino árabes. ¿Quién habría querido secuestrar a Caroline y a Ethel? Lo importante era que podían seguir con vida. Decidió ir a hablar con el jefe de la policía en Beirut. Tal vez pudiese relacionar el secuestro con alguna banda de forajidos que estuviera actuando por la región. Se despidió de Nadima agradeciendo la información que le había proporcionado. Le avisaría si Caroline y Ethel aparecían, o si le llegaba algún indicio. La muchacha, afectada, sollozaba a cada palabra. Después se alejó corriendo bajo la lluvia en dirección a Biblos. Thomas se fue cabalgando pensativo hacia Beirut.

El jefe de policía, Essad Effendi, era un turco de Esmirna que se puso a la defensiva en cuanto le explicó lo sucedido. Lo primero que hizo fue echarle en cara que no hubiera ido antes a la policía. ¿Por qué lo había ocultado? Tuvo que contarle que él no se encontraba en el lugar de los hechos, pero no quiso hablarle de su detención y todo lo demás. Los turcos, que desconfiaban cada vez más de los extranjeros, salvo de los alemanes, les culpaban de todos sus problemas.

Abandonó la comisaría indignado, no le tomaban en serio; querían desanimarlo, conseguir que abandonara sus pesquisas. Se hallaba cerca de La Corniche, y caminó contra un fuerte viento de poniente, que traía la espuma de las olas.

De los Harding se decía que eran muy tozudos, y Thomas debía hacer bueno el dicho. No solo no pensaba abandonar, sino que acababa de decidir quedarse en Beirut indefinidamente. A Caroline le parecería una buena idea.

Aquella tarde buscó una casa. Encontró una que le gustó desde el primer momento, en el mismo límite sur de la ciudad. Desde allí se veía el mar y hacia el norte, tras las montañas del litoral, asomaban las nieves de las cumbres de las montañas. Era de un tal Hassan Aghaiev Bey, un turco más que estaba vendiendo todas sus propiedades a quien las quisiera. Se la ofreció a buen precio junto con los terrenos colindantes, una loma pedregosa sin arbolado. El caserón poseía un jardín delantero con palmeras, un cedro, varios

pinos y una rosaleda. Era una casa de arquitectura singular, con terrazas cubiertas, abiertas, con unas columnatas que formaban unas arcadas en las dos plantas superiores. Tenía un sótano con luces al jardín, una gran escalinata y varios salones en planta baja, según el concepto tradicional de los palacetes turcos. Así como una enorme cocina y habitaciones para el servicio que daban a unas cuadras. En la parte de arriba, más salas, un despacho y varios dormitorios en dos plantas. Cerró el trato tal y como estaba amueblada. El turco, que había sido el jefe de Aduanas de la autonomía del Monte Líbano para la Administración del sultán, le dijo que le iba a cobrar lo mismo con mobiliario que sin él, no le merecía la pena el traslado de todo aquello hasta Esmirna. Eran muebles al gusto otomano, taraceados de nácar en maderas oscuras, divanes excesivamente recargados, pero de buena calidad. Incluso un salón biblioteca con librerías llenas de volúmenes. ¿Tampoco se llevaba los libros? No, le contestó Aghaiev, los había comprado al peso en la misma aduana. Dijo que venían en unos cajones desde Alejandría, en Egipto, y que, aunque no los había abierto, sabía que muchos eran europeos. El turco solo deseaba vender y marcharse. Cerraron el precio en el equivalente a tres mil libras esterlinas. Mucho dinero, pero disponía de fondos más que suficientes y la casa le gustaba.

—Mire usted, señor Harding —Aghaiev quería sincerarse con él —. Hasta hace unos años los turcos creíamos que este lugar era el mismísimo paraíso. Buen clima, muy suave comparado con el interior de Anatolia, gentes hospitalarias. Mi mujer pasó muy buenos años en esta casa. ¡Era una buena mujer! No teníamos apenas amigos aquí, y ella apenas salía de la casa, en la que se sentía feliz… ¡Ah! ¡Dios es misericordioso! Pero tendría que habernos dado más plazo en la tierra. ¿No cree usted? Los miembros de la sociedad turca éramos entonces privilegiados. Yo, en mi cargo como jefe de Aduanas, me gané muy bien la vida. Pero le seré sincero, no quiero tener ningún recuerdo de estos años. Estoy harto de Beirut y de sus pretenciosos habitantes. Lo que antes era servilismo e inclinaciones de cabeza, se ha ido transformando en odio y mala voluntad. Tengo muchos años y deseo volver a Esmirna, para pasar el resto del tiempo que Dios misericordioso quiera concederme. Allí tengo aún la casa que fue de mis padres. No

necesito estos muebles y prefiero que se queden aquí, donde han estado siempre, a malvenderlos. Tal vez por la quinta parte de su valor, pero me da lo mismo, lo que tengo son ganas de marcharme de aquí cuanto antes. ¡Y prefiero mil veces vender a un inglés que a un libanés! La casa está bien construida y usted podrá disfrutarla muchos años, es usted aún joven.

El turco le miró de arriba abajo. Estaba llegando a un acuerdo con alguien joven como para tener el dinero suficiente para pagarle. Debió convencerse de que su interlocutor era otro más de aquellos extravagantes ingleses que abandonaban una tierra verde y un país rico para irse a vivir a un lugar hostil y polvoriento. ¿Cómo podría gustarles tanto el polvo a los ingleses?

—Un pequeño consejo de amigo, si me lo permite. Cómpreme la casa y después vuelva a Inglaterra. ¡Yo estuve una vez en Londres! ¡Qué enorme ciudad! Este lugar va a convertirse en un avispero. Después de muchos siglos, los turcos, que siempre les hemos tratado como hermanos, somos sus mayores enemigos. ¡Así es la vida! ¡Dentro de unos años serán ustedes sus enemigos! Aquí la vida es buena y hermosa a ratos, pero ahora vendrá una larga era de odios entre unos y otros. ¿O es que cree usted que los árabes musulmanes aceptarán a los cristianos, aunque también sean árabes? Durante un tiempo, mientras tengan el interés común de echarnos de aquí, los verá usted cogidos de la mano, llamándose hermanos, abrazándose cada tres pasos. Mantienen que los culpables de todo somos los turcos, y que cuando nos vayamos definitivamente de Siria todo se arreglará… ¡Los conozco muy bien! ¿Sabe lo que le digo? Tienen la sangre caliente y no se soportan. Unos envidian a los otros. Es muy difícil, forma parte de su forma de ser, ¿comprende? Esta gente lleva la discusión en la sangre, es su naturaleza y así seguirán durante toda su existencia.

»Le decía que todos nos señalan como a los culpables. Mire, hemos administrado esta parte del mundo durante un largo periodo de tiempo. ¿Cree usted que estarían en mejor situación sin nosotros? ¿Que lo estarán cuando nos hayamos ido? ¡No! ¡De ninguna manera! Ahora tienen un enemigo común, nosotros los turcos, y creen que después, cuando ya no estemos nosotros, esto será el paraíso. ¡Están totalmente equivocados! Mire, aceptaré que podríamos haberlo hecho mejor, incluso que en algunas ocasiones

ha habido excesiva corrupción, que la Administración es lenta y farragosa, pero mi buen amigo. ¡Esto es el Mediterráneo! ¡Una forma de entender la vida, una particular mezcla de cinismo, ironía, pragmatismo y envidia por lo que hacen los otros! ¡Ah! ¡Aquí hay que aprovechar la existencia! ¡Cada día es un trozo de oro! ¿Quién hace aquí de Lutero? Todo hombre tiene su precio y, por supuesto, los turcos también. Y los armenios, los griegos, los sirios y todos los demás habitantes del Monte Líbano, ya sean cristianos o musulmanes. En fin, no voy a explicarle cómo se vive aquí. Perdone mis excesos verbales. Si le gusta la casa y está de acuerdo con el precio, suya es. Vamos al notario público. Le hago la escritura y después, insisto, váyase a Inglaterra a recordar con nostalgia el suave sol de Beirut. De este país, prefiero los recuerdos.

Thomas adquirió la propiedad aquel día. A pesar de todo lo ocurrido, no tenía ninguna intención de volver a Londres, y mucho menos sin Caroline, Ethel y tal vez, alguien más. En cuanto a Baker, estaba convencido de que lo habrían asesinado. Baker era un hombre fuerte, y mientras le quedara un hálito de vida, jamás habría permitido que aquello ocurriera. En cualquier caso, necesitaba una casa propia. Se sentía a gusto en la del doctor Thabit, pero creía que había llegado el momento de marcharse, aunque el hombre parecía encantado con su compañía.

Fue el doctor Thabit quien le asesoró en la compra. Le informó de lo que iba a pagar y le aseguró que se trataba de un magnífico trato.

—Es cierto que muchos turcos están malvendiendo sus propiedades, y que eso ha bajado el valor de las fincas. Pero la que está usted adquiriendo es una propiedad excelente y, por si no se ha fijado, la loma que tiene junto a ella domina la bahía. Dentro de pocos años valdrá el doble de lo que usted ha pagado. Le felicito.

La misma tarde que firmaron la compraventa en la notaría y Aghaiev le entregó la llave, Thomas fue a conocer su nueva casa en profundidad. Se encontraba abriendo la puerta cuando vio llegar corriendo al doctor Thabit y a otro hombre que no conocía.

—¡Monsieur Harding! —los miembros de la clase culta se dirigían a él como «monsieur», los árabes y la gente del pueblo como «señor»—. ¡Este es el doctor Hagop Boghossian! Trabaja conmigo en el hospital de la ciudad. Me dice que tiene allí a un

herido de bala, un tal Baker. ¿No se llamaba así el inglés que trabajaba para usted?

A Thomas le dio un vuelco el corazón. ¡Baker! Mientras corrían hacia el hospital situado a media milla en una de las colinas, no podía dejar de darle vueltas a la cabeza. Podría explicar dónde se hallaban, o al menos, contarle cómo sucedió todo.

El hospital estaba lleno de gente. Le sorprendió el estado de las salas. Se trataba de un edificio muy antiguo, tal vez un cuartel, con grandes naves enjalbegadas con cal, capa sobre capa, lo que proporcionaba una extraña textura a los muros. Baker se hallaba tendido en un oxidado catre mal pintado de blanco. Se encontraba inconsciente, su cabeza vendada mostraba una gran mancha oscura. Thomas se acercó a él respirando profundamente a causa de la emoción, no solo por la carrera.

—¡Baker! ¡Baker! ¿Puede usted oírme? —el paciente permaneció en silencio, inmóvil, mientras uno de los médicos se acercaba.

—Es inútil que insista, monsieur Harding. Este hombre llegó aquí ayer por la mañana. Mejor dicho, alguien lo depositó en la misma puerta del hospital. No podría decirle si se encuentra en estado comatoso, porque además de otras graves heridas, le han propinado varios golpes en la cabeza. Ha debido de perder bastante sangre. Según me han informado, este hombre es un inglés que trabajaba para usted. Le estamos poniendo suero para evitar que se deshidrate, pero no puedo asegurarle que vaya a recuperarse, ni tan siquiera, si volverá en sí… Debemos confiar, posee una fuerte constitución. En cuanto a la policía, tenemos el deber de informar de todos los que llegan heridos de bala. No hemos apreciado ninguna y, por tanto, de momento no se ha avisado. Usted dirá lo que hacemos, pero si me permite, deberíamos aguardar veinticuatro horas más. ¿Le parece bien? ¿No es usted inglés, monsieur Harding?

Thomas asintió. El médico era griego y tenía un aspecto impresionante, con grandes bigotes y el cabello canoso ondulado. Él siempre había confiado en Hipócrates y en aquel momento creía tenerlo frente a él.

—De acuerdo, ¿doctor…?

—Aristóteles Papapoulos, para servirle, cirujano jefe de este hospital. Como verá, tenemos poquísimos medios y muchos pacientes. Cada día que pasa las cosas están más revueltas. No creo

que vayan a arreglarse pronto. Hace años que no tenemos presupuesto ni para blanquear las salas —el doctor parecía disculparse.

Después hablaron un largo rato. Un par de horas más tarde, Thomas y el doctor Thabit abandonaron el decrépito edificio con cierto desánimo. El doctor Thabit no era optimista sobre Baker.

—Esos golpes en la cabeza realmente suelen tener mal pronóstico, pero aguardemos, ya sé lo que significa para usted todo esto. Ese hombre es la única pista que le queda. Bien. El doctor Boghossian ha quedado en avisarme, y yo le enviaré un recado con mi criado a su nueva casa. ¿De verdad quiere dormir allí esta noche? Ese caserón si tiene algún pero es que es demasiado grande. Pero, en fin. Hasta mañana y descanse tranquilo. Estaremos pendientes del asunto.

Thomas caminó colina arriba hacia su nueva casa. Dentro de su corazón pensaba que la aparición de Baker en el momento en que acababa de adquirir la casa era una señal del destino. Quería preparar la casa para cuando volvieran Caroline y Ethel. Sin poder evitarlo se le saltaron las lágrimas.

Vista de Beirut en 1913.

Al amanecer se levantó sorprendido de lo bien que había dormido y salió al porche que rodeaba la primera planta. Frente a él, el Mediterráneo era una mancha oscura, pero poco a poco comenzó a transformarse en una destelleante lámina plateada. En

Beirut el sol salía de detrás de las montañas y aparecía más tarde, cuando la luz ya lo invadía todo. La bahía era un espectáculo al que no terminaba de acostumbrarse, a su derecha las montañas blancas por la nieve se recortaban contra un azul intenso. El amplio jardín, aunque descuidado, prometía transformarse en un precioso lugar. El resto de la propiedad hacia el sur era una loma reseca y pedregosa que descendía hacia el mar. Sin embargo, su amigo, el doctor Thabit, había insistido en que solo aquel terreno valía diez veces lo que había pagado. Se encogió de hombros, ni pretendía hacer negocio ni de momento tenía problemas financieros. Lo más importante era que nadie podría taparle aquella preciosa vista. En cuanto al resto de las casas, las más cercanas eran también grandes mansiones, ocupadas algunas por turcos, financieros de alto nivel, militares de alta graduación, hombres de negocios, casi todos árabes. En la ciudad se decía que los turcos estaban marchándose a Turquía, como si previesen que las cosas iban a cambiar a peor para todos ellos. El comentario general era que ya habían esquilmado todas las riquezas del país, y que se marchaban antes de que el pueblo se levantara contra sus opresores. Todo era relativo, ya que el mismo Monte Líbano gozaba de una amplia autonomía, aunque era cierto que al final, los turcos seguían siendo los amos. El Moutessarifat del Monte Líbano era tan independiente que sus representantes en el Parlamento otomano no habían acudido a las últimas sesiones. Todo el mundo sabía que eso se debía a las presiones de los maronitas, que eran mayoría en el Gobierno autónomo. Aducían que viajar a Constantinopla [24] era perder gran parte de la autonomía. No estaban dispuestos.

Thomas decidió contratar a un par de sirvientes para poder mantener la casa y un jardinero. Se vistió y caminó con rapidez hacia el hospital. Al entrar, el doctor Boghossian, que estaba de guardia, fue hacia él moviendo con pesadumbre la cabeza.

—Lo siento muchísimo, monsieur Harding. Su criado, el señor Baker, ha fallecido hace un rato. No pudo recuperarse. Sé lo que hubiera significado para usted haber podido hablar con él. ¡Qué le vamos a hacer! Si nos da su permiso, deberíamos enterrarlo lo antes posible. Ya lo hemos trasladado al depósito del hospital, si hace el favor de acompañarme, es por aquí.

Thomas asintió en silencio. Se sentía apabullado, triste, sin saber

qué hacer. Su único consuelo era que el menos existía un indicio cercano. ¿Quién había llevado al pobre Baker en aquel estado hasta la puerta del hospital? Por otra parte, su relación con la administración de la policía otomana había sido tan negativa que por el momento prefería no tener que ir a explicarles nada. El ejército, la policía, los representantes del valí de Damasco eran las únicas vinculaciones entre turcos y libaneses, así les gustaba a los habitantes del litoral que les llamasen, aunque las chispas saltaban con excesiva frecuencia.

Acompañó al doctor Boghossian por el largo y desnudo pasillo que conducía a la morgue del hospital. Los acontecimientos se habían confabulado contra él. Entró en el depósito amargado, quizás estaba equivocado, debería marcharse, abandonar definitivamente y volver a Oxford, dedicarse a dar clase, hablar a los alumnos de una historia lejana, que una vez él tuvo prácticamente entre los dedos. Recordaba aquellos maravillosos días en Baalbek, con Caroline cerca dibujando los frisos, sonriéndole mientras él la llamaba cuando encontraba un detalle tallado en la cornisa a casi veinte yardas sobre el suelo. Pero aquellos días se habían ido para siempre. El hombre no era jamás dueño de su destino. Incluso las duras, y en apariencia eternas piedras, terminarían por transformarse con el paso de los siglos en la finísima arena que lo envolvía todo.

En cuerpo de Baker se encontraba desnudo, con la cabeza vendada y un enorme costurón mal cosido desde el cuello hasta la ingle, sobre la mesa de mármol donde se llevaban a cabo las autopsias. Un grifo que goteaba sobre un cubo metálico y una gran mancha oscura en el suelo hacían el ambiente más oprimente. Suspiró. Aquel hombre bondadoso y fuerte como un roble había sido asesinado sin motivo alguno por las oscuras fuerzas del mal. Se volvió al doctor Boghossian, quien le hizo un gesto de comprensión y escepticismo. Allí se convivía con la muerte y la desesperación. Thomas murmuró que lo enterrasen dignamente, y que pusieran una lápida con su nombre. Añadió que desconocía la fecha de nacimiento, ya que el pasaporte y todos los documentos de Baker habían desaparecido.

—¡No! —replicó una inesperada voz desde el fondo de la sala—. ¡El inglés fallecido llevaba un papel en el bolsillo del pantalón!

El que había interrumpido era el enfermero que había vendado las heridas de Baker.

—¿Un papel? —Thomas preguntó con voz nerviosa.

—Sí. Escrito a mano. Aquí lo tiene. Está deteriorado y le falta un trozo, pero hay unos renglones escritos en inglés que pueden leerse, lo debió de escribir él antes de morir.

Thomas cogió el arrugado trozo de papel manchado de sangre, y se acercó a la ventana con el corazón en vilo. Con trazos casi ilegibles y borrosos, apenas pudo descifrar lo que quedaba del texto en inglés.

Nos atacaron un grupo de jinetes al anochecer, creo que eran hamidies. Me separaron de lady Caroline, que llevaba a su hija. He permanecido en algún lugar cercano a Beirut, en casa de Y… Bey. Ella…

Tuvo que sentarse preso de la emoción. El texto, a pesar del deterioro, decía claramente «su hija». El corazón le latía apresuradamente. ¡Baker! Desde el más allá le enviaba un mensaje de esperanza. ¡Seguían vivas! Al menos no hablaba de que estuvieran muertas ni heridas. Sin poder musitar una palabra se lo pasó al doctor Boghossian, que lo observaba con enorme preocupación, de una ojeada leyó la nota.

—Mi querido amigo. Es cierto que los hamidies son las tropas irregulares de los turcos. Ellos, sin saberlo, en muchas ocasiones son cómplices de los crímenes que se cometen. Los turcos los coaccionan, los fuerzan a llevar a cabo la parte más violenta, dura y oscura. ¡Pero no siempre es así! En cuanto a ese Y… Bey, podría referirse a Yusuf Bey, el recaudador de contribuciones. Un hombre perverso y abominable que ha denunciado en ocasiones a sus propios compatriotas. ¡Pero ya no está aquí! Y tampoco podría probarlo. Todo es muy extraño. Nadie se atrevería a secuestrar a una dama inglesa, atacar y quemar la casa de un extranjero. Con seguridad recibieron órdenes. Yusuf Bey habrá colaborado con la policía política. Después de lo que le sucedió a usted, parece que siguen convencidos de que es un espía de Inglaterra. Querrán atemorizarlo y que desista, que abandone el país. Su esposa, y por lo que veo, su hija fueron raptadas, debe de ser una amenaza. ¡Siguen vivas! Aparecerán en cualquier momento. Quieren demostrarle que aquí mandan ellos, que no se puede luchar contra

su poder.

—¡Pero si hasta ese momento no había hecho más que estudiar las ruinas! —Thomas se rebelaba contra la injusticia que cometían los turcos contra él y su familia.

—Monsieur Harding, ¿no me comentó usted que mantuvo una reunión con Azoury? ¿No subió usted con ese profesor Patterson al monasterio maronita? ¿No visitó allí al patriarca? Ese tipo de cosas aquí tienen otra lectura. La policía política de la Sublime Puerta, ahora el Ittihad, no descansa. Culpan de todos sus males a la influencia extranjera, están rabiosos por lo que les sucede en todo el imperio. Y creen que algunos ingleses quieren cambiar el criterio que hasta ahora ha mantenido Gran Bretaña de un imperio unido. Eso lo achacan a una buena relación con los alemanes. Usted, sin desearlo, se transformó en alguien sospechoso, y difícilmente los turcos cambiarán de opinión. Solo es una hipótesis.

Thomas muy excitado exclamó:

—¡Buscaré a Yusuf Bey y le obligaré que me diga dónde está mi familia! ¡Están vivas! ¡No podré descansar mientras no las recupere!

El doctor Boghossian le observó con preocupación.

—¡Uff! ¡Mi querido amigo! ¡El Imperio otomano es enorme! Si él no desea que le encuentren, no podrá dar con él. Sería como buscar una aguja en un pajar. Permítame que le dé mi opinión… Verá. Hay armenios como yo dispersos por todo el imperio. Algunos ocupan importantes cargos, hay varios en el parlamento. Conozco algunos en Constantinopla. Podrían darnos razón de ese Yusuf Bey. Si se ha ido a Constantinopla tal vez pudiéramos dar con él. No le aconsejaría que se arriesgue usted mismo. Ya tuvo una dura y amarga experiencia. ¿De acuerdo?

Thomas asintió a regañadientes. A pesar de todo, se sentía algo aliviado. No habían sido asesinadas en el ataque a su casa de Biblos, Baker lo decía claramente en su nota. Daría con ellas. El azar le había permitido recuperar el rastro perdido, y aunque no eran más que hipótesis muy vagas, le proporcionaban esperanzas.

Aquella mañana el cuerpo de Baker fue trasladado al cementerio cristiano donde recibió sepultura en la zona destinada a los protestantes. Muchos de los allí enterrados eran británicos, leyó algunos nombres: John Fielding, James Cameron, Karen Armstrong, Mary Wesley, Clark Hockney. Algunas lápidas estaban rotas o

tiradas en el suelo por la falta de familiares que cuidaran las tumbas. Thomas conocía a aquel hombre desde hacía muchos años, sentía su desaparición. Baker, un amante del vino y los placeres de la vida, había encontrado en aquel país el paraíso. Todo había terminado ya para él.

Volvió a su nueva casa triste y pensativo bajo el brillante sol de Beirut, decidido a no rendirse. A partir de aquel momento deseaba prepararla con esmero. Quería cambiar los muebles. Encontró a un tal Slima Mellí, un anticuario que vendía todo tipo de objetos y muebles. También unos ingleses que dejaban el país le ofrecieron venderle los que tenían. Le gustó el ambiente y lo compró todo, incluyendo lámparas, dos cristalerías, varias vajillas, alfombras. Los Thompson preferían el dinero británico en mano que todo aquello de lo que habían disfrutado, y que les costaba mucho dinero trasladarlo a Inglaterra. Eran ya muy mayores y les sobraba todo. El hecho de que otro inglés lo adquiriese aliviaba su pena y su nostalgia. Por otra parte, Mellí le compró a buen precio gran parte de los muebles de Aghaiev. Tendría a quien le interesasen.

Tuvo la suerte de encontrar un matrimonio, cristianos maronitas, José y María Chabry, gente prudente y respetuosa. Acababan de llegar de Alepo, necesitaban trabajo y cobijo. Llegaron a un acuerdo y apenas una semana más tarde, se convirtieron en indispensables. El jardinero, Ahmed el Mansur, era un viejo árabe nusayrí, viudo con varios hijos que vivían su vida. Sin embargo, aún conservaba suficiente energía para mantener un jardín, ya que se levantaba al salir el sol, y se pasaba el día podando y cavando. Le dijo que la parte más soleada era muy adecuada para sembrar una pequeña huerta con tomates, pimientos, calabazas, y otra parte para hierbas aromáticas indispensables en la cocina libanesa. Thomas aceptó la sugerencia entusiasmado.

En pocas semanas la casa había cambiado mucho. Anne Lefevbre, una profesora de francés a la que conoció por casualidad en el Colegio Americano donde ejercía como traductora, poseía un gran sentido para la decoración. Él aceptó sus consejos de buena gana. No tenía demasiado tiempo para transformar aquella mansión otomana en un palacete inglés con influencias del Levante. Le sorprendió el resultado. Para febrero de 1914 la casa era otra y Thomas Harding también. Tenía la impresión de que llevaba años

en aquella casa. Lloró de nostalgia al imaginar a su familia en ella.

A través de su amigo Halil Zine, le invitaron a participar en reuniones de la sociedad secreta La Merkezye en Beirut. Al principio, para todo el mundo, no se trataba más que de otra asociación cultural, con fines literarios, motivo de continuas chanzas y burlas entre los propios «asociados». A finales de 1913 se había transformado en un verdadero partido político. Desde Damasco llegaron un día los hermanos Rafi y Hakky el Azm, acompañados de Abdul Ganí el Uressi y de Abdul Hamid Zohararia, cuatro líderes árabes que venían a comprobar que los miembros de la asociación estaban de acuerdo en convertirla en un partido. Decidieron que la reunión tuviera lugar en la casa de Thomas. Todos ellos estaban vigilados por la policía política turca, incluyéndole a él. Esparcieron por la ciudad el rumor de que la reunión tendría lugar en la casa del doctor Thabit aquella noche y, mientras, después de comer, a la hora de la siesta, cuando nadie se movía en Beirut, fueron llegando a la casa de Thomas Harding, por el camino de atrás, a lo largo de unos cañaverales. Era arriesgado, pero no tenían muchas opciones. En cuanto a Thomas, estaba totalmente de acuerdo. Podía entender muy bien que aquella gente deseara librarse de la opresión turca, y no le importaba correr aquel nuevo riesgo, a pesar de su experiencia en «el infierno», como lo denominaba, cuando hablaba de lo ocurrido.

Rafi el-Azm era un hombre elegante y refinado, con gran facilidad de palabra, vistiendo a la europea un impecable traje de algodón blanco, lo que le proporcionaba el aspecto de un italiano o un griego de la clase alta.

Se habían reunido cerca de treinta de los más importantes cabezas de familia de Beirut. El salón estaba lleno de humo, todos fumaban compulsivamente largos cigarrillos de tabaco rubio fabricados en El Cairo. Thomas hizo servir café, té y pastas, y tras saludarse, Rafi
el-Azm
comenzó su discurso.

—Queridos amigos. A mi hermano Hakky y a mí personalmente nos satisface mucho esta reunión, que tal vez tendríamos que haber mantenido hace mucho tiempo. Gracias a todos por venir, y gracias a este anfitrión ilustre y generoso, Thomas Harding, uno más de

nosotros. Iré al grano.

»La Merkezye tiene un claro ideario. La total independencia de la vasta provincia siria. No queremos hablar más de autonomía, ni de descentralización. Digámoslo claro: de independencia. Desde que el Imperio otomano perdió los Balcanes, ellos saben que la estructura que soporta su imperio está siendo devorada por la polilla, es decir, por nosotros. Pronto se derrumbará con estrépito, aplastando los restos del imperio. Por resumirlo, los Jóvenes Turcos están desconcertados ya que el desmembramiento del imperio es inevitable. Ellos hablan de aumentar la autonomía de las distintas regiones. La realidad es que Turquía ya no posee autonomía. Las decisiones de la Puerta se toman en Berlín y en Viena. Tiene sus finanzas hipotecadas, su ejército lo dirige ese general prusiano, Von der Goltz, su política exterior se decide en las embajadas extranjeras en Constantinopla. El Banco de Francia es quien emite y controla la moneda, ahora también el Deutsche Bank, quien marca los índices del cambio del dinero. En cuanto a las naciones que componen este Estado, creo que todos estamos de acuerdo en terminar la convivencia forzada. Ni griegos, ni armenios, ni árabes de Siria, ni del Hedjaz, ni musulmanes, ni cristianos, ni hebreos podemos seguir en una nave que se está hundiendo. Es evidente que los turcos no están de acuerdo con esta tesis. Ellos se juegan mucho, hasta su propia existencia en el envite. No necesitamos la tutela de Europa, no queremos que nos asesoren ni nos digan cómo debemos hacer las cosas. Si aceptáramos, cambiaríamos el dominio otomano por el inglés o por el francés. Aquí en esta reunión, ya lo he mencionado, está con nosotros como anfitrión Thomas Harding. Él es otra víctima de la represión turca. Para nosotros es primero un buen amigo, pero también otro compañero de viaje. Confiamos plenamente en él. Tenemos la esperanza de que pueda recuperar pronto a su familia. Thomas, eres uno más entre nosotros, a pesar de ser inglés.

Thomas escuchó el cerrado aplauso que le reconocía como a otro más. Aquellos hombres se habían ido haciendo amigos suyos, en los avatares que estaban viviendo juntos.

—Nuestro único futuro —prosiguió El Azm— es el arabismo. Poner en valor nuestra historia, nuestra cultura, el idioma común. Sin él no somos nada. En cuanto a la religión, respetaremos la que

profese cada uno. Porque este conflicto no es una guerra religiosa. Ni una yihad, ni una cruzada, como quieren empezar a hacernos creer. El que entienda que el islamismo o la cristiandad deben enarbolar el pabellón de la rebelión está equivocado. Ahora nuestro partido está en Damasco, en Alepo, en Hama, en Homs, en Baalbek, en Beirut, en Mosul, en Bassora, en Bagdad. Pero os haré una advertencia. Ni Francia ni Inglaterra nos darán lo que pretendemos. Tendremos que ser nosotros mismos quienes lo consigamos. Va a ser un duro camino lleno de espinas y sufrimientos. ¿Estáis dispuestos?

Un grito unánime —«¡Sí! ¡Lo estamos!»— cerró su intervención. Thomas Harding también compartía aquel entusiasmo. De lo que no estaba demasiado seguro era de que los líderes de Beirut desearan seguir el mismo camino que los de Damasco.

Dos semanas más tarde llegó la Navidad. El valí de Damasco emitió un edicto urgente por el que se prohibían las manifestaciones públicas de los cristianos. No se podrían celebrar procesiones ni otros actos religiosos en las calles. Tampoco repicar las campanas. El patriarca de Beirut intentó que lo recibiera para hacerle cambiar de opinión, pero el valí se negó a ello. Los cónsules de Francia e Inglaterra protestaron enérgicamente, pero no consiguieron nada. Los otomanos estaban endureciendo su política, y todos los comentarios coincidían en que desde Constantinopla se emitían mensajes engañosos de paz y concordia, mientras la realidad era otra. Las represiones en contra de los nusayríes, las tribus de las montañas al norte del Monte Líbano, que se rebelaron en contra de los recaudadores de impuestos, volvían a mostrar el aspecto más duro y violento de los turcos. Así las fiestas de final de 1913 fueron deslucidas y tristes. También para Thomas, que iba perdiendo de nuevo las esperanzas de tener noticias de Caroline y Ethel. Tuvo varias pesadillas en las que las veía en medio de una espesa niebla, y al intentar acercarse a ellas se despertaba con el corazón latiéndole con fuerza, mientras Caroline y Ethel desaparecían entre la bruma.

Sin embargo, siguió reformando la casa, construyendo dos cuartos de baño en la planta superior. Se hizo bastante amigo del anticuario Mellí, que le trajo varios muebles desde Jaffa y le proporcionó carísimos inodoros y *bidets* de porcelana importados de Francia, para eliminar las incómodas y anacrónicas tazas turcas a

las que casi se había acostumbrado.

Comenzó a sentir una fuerte atracción hacia Anne Lefevbre. Era muy diferente a Caroline y cuando establecía comparaciones, casi la veía opuesta. Mucho más abierta, a veces se reía de algo que le hacía gracia o imitaba a este o aquel. Había nacido en Lyon de padre francés y madre italiana. Tanto Thomas como la propia Anne eran conscientes de que aquella relación podía llegar a causar escándalo entre las familias cristianas de la ciudad, mucho más parecida a Palermo que a París o Londres. Él seguía siendo para todos un hombre casado, aunque nadie se hubiese atrevido a asegurar que su esposa seguía estando viva. Anne era soltera, y entraba y salía con total liberta, de la casa de un hombre con el que supuestamente solo le unía un trabajo de decoración. Nadie en Beirut podía aceptar algo así, y el rumor de que el inglés tenía una concubina se extendió por la ciudad. Thomas, molesto por ello, decidió que ya que la gente murmuraba, que tuviesen algo concreto sobre lo que hacerlo.

Una tarde, mientras ella le explicaba el tono de color que le proponía para la escalera que acababan de reformar, un rojo vivo al estilo de las mansiones eduardianas inglesas, no pudo evitar subir de un salto los cuatro escalones que los separaban para abrazarla y besarla. Para su sorpresa ella le devolvió el beso apasionadamente.

Más tarde, en la penumbra del dormitorio iluminado solo por las persianas de lamas de madera, que permitían el control de la brillante luz de la tarde de Beirut, observaba sin disimulo el insinuante perfil del cuerpo desnudo de Anne, y sintió ciertos remordimientos. Comprendió que había estado intentando engañarse a sí mismo. Anne era una hermosa mujer, de unos treinta y cinco años, con una personalidad muy atractiva. De pronto se dio cuenta de que aquello era mucho más que una mera atracción sexual. No sabía si podía llamarlo amor, pero se sentía enormemente atraído por aquella mujer, mientras una parte de sus sentimientos más profundos seguían vinculados a Caroline. Comprendió que unos eran de pasión, y los otros una mezcla de profundo cariño y nostalgia.

Comenzó a pensar que debía proseguir su vida. No podía evitar lo que estaba sucediendo, y tampoco quería pensar en lo que podría llegar a suceder si de pronto apareciese Caroline. No eran más que

especulaciones. En cuanto a Anne, le ocurría algo semejante. Tal vez un día tuviera que marcharse, o luchar por su posición, pero por el momento prefería disfrutar de lo que el destino les estaba deparando. Ella creía que nunca había conocido a otro hombre con el atractivo que poseía Thomas Harding. La situación le provocaba inseguridad y al tiempo un incitante morbo, luego, cuando él la abrazaba y la sonreía, olvidaba todo aquello y decidía mirar hacia delante, disfrutar del momento. ¿No era ese el lema que llevaba grabado en su reloj? *Carpe diem*.

Beirut era una hermosa y polvorienta ciudad. Demasiado sol, a veces demasiadas moscas, ruidosa y silenciosa. La eterna pugna entre los muecines que cantaban llamando a los rezos desde las mezquitas, y los campanarios de las iglesias, que tocaban a rebato sin que el valí se diese por enterado. Una ciudad llena de vida y de nostalgia de otras épocas. El campo se metía en la ciudad y la ciudad en el campo, terminaban las avenidas en calles, estas en caminos, después apenas en senderos enmarcados por espesos cañaverales que seguían las acequias. Una ciudad que crecía por días anárquicamente, pero en la que cabían todos, muchos recién llegados, desde los ignorantes campesinos de las remotas aldeas en la montaña hasta los refugiados armenios, que venían con la intención de rehacer sus vidas en un lugar con más oportunidades, o los judíos ashkenazis del este de Polonia, de Ucrania, del interior de Rusia, con sus extravagantes ropajes y sombreros, muchos solo de paso a la Tierra Prometida, o los maronitas que bajaban del Monte Líbano, con la certeza interior de que habrían tenido que decidirse mucho antes. ¿Llegarían a tiempo de coger su trozo de la gran tarta que se estaba cocinando?

Una antigua ciudad, llena de vida, de risas y llantos, de envidias, recelos y murmuraciones, que tenía el defecto de que todo el mundo, los pertenecientes a las clases diferentes, los comerciantes de éxito, los banqueros, los políticos, los intelectuales, mantenía su coto cerrado. Eso molestaba y humillaba a los funcionarios y a los otros cargos militares otomanos, que eran —no podía ser de otra manera— invitados a los eventos, casi siempre intentando mantener una relación forzada y difícil. El poder era consciente de su autoridad, pero no de su convicción, ni de ser aceptado. Cada día que pasaba la situación se iba haciendo más difícil para ambas

partes. El Gobierno del Ittihad no podía hacer casi nada por evitar lo que se le venía encima.

A mediados de enero, el mutasarif invitó a una recepción oficial a la alta sociedad de Beirut. El valí de Damasco llegaba de visita protocolaria a la ciudad, y las órdenes eran distender el ambiente, pulsar a unos y otros, en definitiva, comprobar con quien se podría contar y con quien no.

En la ciudad ya no existía el opresivo ambiente de años anteriores. Las guerras de los Balcanes habían demostrado los verdaderos sentimientos de los pueblos que conformaban el Imperio otomano. Las encarnizadas batallas libradas para obtener la libertad, los actos heroicos, la voluntad popular de montenegrinos, serbios, búlgaros y, por supuesto, griegos, no dejaban lugar a dudas. Aquel era el duro camino de la libertad.

El valí de Damasco, Djevet Pashá, tenía una profunda convicción política. En las reuniones políticas secretas auspiciadas por el Gobierno y el partido Ittihad, se les había repetido a todos los gobernadores de las distintas provincias del Estado que era inevitable el conflicto. Pero que también lo era vencer a los enemigos que ya marcaban sus posiciones. No se mantendría al sultán como una figura decorativa, muy al contrario. El sultán era, sobre todo, el califa de los creyentes, y la guerra que iba a llegar en cualquier momento, afirmaban convencidos, sería también una guerra de religión. Una yihad contra los enemigos del califa y, por tanto, enemigos del islam. Mientras tanto se debería mantener la calma, sonreír a los cristianos del Estado o a los traidores árabes, aunque fueran musulmanes. Ya llegaría el momento de ponerlos en su sitio. El valí de Damasco, aunque no hacía ostentación de ello, pertenecía a la Asociación Panturquista. El imperio debería ser para los turcos, para los verdaderos turcos, descendientes de las numerosas tribus turcomanas que habitaban en el corazón de Asia. Los alemanes les ayudarían a conseguirlo, y ellos combatirían contra los enemigos de Alemania. Le habían hablado del *Lebensraum* por primera vez en una conferencia en la academia militar en Berlín. Lo único que pretendían Alemania y Turquía era conseguir su espacio vital, el que les correspondía por raza y por historia. En el imperio las cosas deberían cambiar, pero no como algunos esperaban. La idea para los turcos era clara, diáfana y

simple: hacer de una vez por todas lo que se debía haber hecho desde el primer momento. Eliminar a los cristianos dentro de las fronteras del imperio, acabar con el eterno problema que no había hecho más que mantener a la Sublime Puerta sojuzgada, al arbitrio de los países europeos. Cuando el valí Djevet Pashá tomaba los baños de agua caliente, y su sirviente le frotaba el cuerpo desnudo con una esponja de mar, se dejaba llevar por la fantasía y volvía al hogar ancestral. En un futuro próximo en el imperio no vivirían más que los turcos. Los demás sobraban. El valí sonreía amistosamente. Por primera vez en años, se sentía respaldado. A la reunión en Damasco habían asistido personajes de la categoría del doctor Nazim, Suleiman Fehmi, Ismail Djambolat, el doctor Behaeddin Shakir, las más importantes figuras del Ittihad, que le habían hablado con sinceridad y amistad, palmeándole la espalda.

Por todo ello, en la invitación a la Casa del Gobierno en Beirut, se podía entender un doble mensaje. Una cordial acogida y una velada amenaza. El Imperio otomano podría ser acosado en algunos rincones del Estado, pero sus enemigos no eran conscientes ni de la potencia de sus aliados, Prusia y el Imperio austrohúngaro, ni de la inmensa fuerza del mundo otomano. Nadie dudaba que los defensores de la verdadera fe —el islam— se unirían en la guerra santa contra quienes osaran atacar al califa de los creyentes.

Thomas, para su sorpresa, recibió una invitación. Le habían detenido, torturado, coaccionado. Su familia había sido secuestrada, y todos los indicios señalaban a la policía secreta del Gobierno turco y, sin embargo, el propio mutasarif de Beirut le invitaba a la recepción. No tenía sentido. Cuando pudo hablar con Augustus Newman, que acababa de regresar a Beirut tras un largo periplo, Newman le aconsejó que asistiera.

—¿Por qué no? Ellos funcionan así, su política es hacer siempre lo contrario de lo que dicen. Tú eres un extranjero importante, un inglés de la alta sociedad. Incluso sería posible que te pidieran disculpas por la equivocación que un don nadie tuvo contigo. En cuanto a la desaparición de Caroline y tus hijos, no tienes pruebas de que hayan sido ellos. ¿Y si estuvieras equivocado y no tuvieran nada que ver? Los turcos tienen muchos defectos, pero no son tontos ni ingenuos. Sería muy difícil que cometieran una torpeza de tal calibre que, en caso de demostrarse, los pondría directamente

contra Gran Bretaña. Lo he meditado muchas veces y no termino de creerlo. ¿Y si hubieran sido unos vulgares forajidos, unos cobardes que conociendo que no estabas, aprovecharon para ir a robar, a secuestrar? Perdona, Thomas. Actúa como un levantino más. Debes asistir y mantener el tipo. Pronto estaremos en abierto conflicto con esta gente, por no decir que andaremos a tiros, pero mientras tanto, la vida debe seguir. Imagina que Caroline siguiera viva. Si resultara lo que sospechas, incluso podría volver a casa de pronto, como una especie de ofrenda de paz. Pero nuestros servicios de inteligencia, que no debes menospreciar, no tienen ninguna pista. Es como si a tu mujer se la hubiera tragado literalmente la tierra. ¡Qué mala suerte lo de Baker! ¡Podría haber aclarado todo el asunto! A veces llega uno a pensar que los hados están en contra.

Anne Lefevbre declinó acompañarle, a pesar de que en aquellos días no se separaban ni de noche ni de día. Él le regaló un anillo con una soberbia esmeralda, a ella siempre le habían encantado las esmeraldas, y no terminaba de entender cómo él lo sabía. Emocionada le devolvió el presente con una noche de pasión que él no podría olvidar nunca. *Quid pro quo*. Pero lo de ir a una recepción política era otra cosa. ¿Por qué no iba con su amigo Augustus? Añadió que en aquel Beirut tenían la lengua tan larga y afilada como en cualquier otra ciudad mediterránea. Le había confesado que eso solo le importaba cuando hablaban de ella. Tal vez sería prudente que ella no fuera, comprendía su situación y prefería quedarse en la casa. Newman le recogió en su nuevo vehículo con el que llegó conduciendo desde Jerusalén, enfundado en un guardapolvo, un automóvil Ford que causaba admiración en la ciudad, asustando a los caballos y a los camellos con su estruendosa bocina. Eso sí, perseguido a lo largo de La Corniche por los numerosos chiquillos que disfrutaban con aquella novedad.

A la recepción asistieron muy pocas mujeres. No era la costumbre, ni tan siquiera entre los cristianos más modernos. Tuvo que hacer de tripas corazón y saludar al mutasarif y al valí de Damasco, que le estrecharon la mano con una inclinación de cabeza y una diplomática sonrisa.

—Te diré algo que debes mantener en total discreción —Newman observaba con absoluta frialdad el ambiente, y esbozó una sonrisa mientras seguía saludando con la cabeza a unos y otros—. El

Ittihad, o lo que es lo mismo, el Gobierno turco, en un acuerdo secreto ha tomado la increíble determinación de liquidar a los cristianos del imperio. No sabemos cuándo pretenden comenzar ni qué van a hacer. Confiamos en que no ocurra lo peor. Tal vez los lleven a los puertos, y los embarquen para Bulgaria, Grecia, Rusia o los Estados Unidos. Nadie lo sabe. Aunque después de la salvajada de Adana, podemos pensar cualquier cosa. En Constantinopla los servicios de seguridad han fichado a todos los notables armenios que podrían representar a la inteligencia armenia. La policía política tiene un listado de un par de miles de personas. Alguien comentó en el ministerio que si esa gente, los políticos, artistas, escritores, arquitectos y demás, desapareciesen, significaría una terrible catástrofe para los armenios. La aniquilación de gran parte de su inteligencia es un golpe mortal para cualquier pueblo.

En aquel momento entró en el salón un hombre alto, bien parecido, trajeado a la europea.

—Ese es Jalil Himada —susurró Newman, que conocía a mucha más gente que él mismo—. Luego te contaré.

Como todos los que llegaban, Himada saludó al mutasarif y al valí estrechándoles la mano, luego caminó hacia un grupo de hombres de negocios de Beirut, y abrazó a algunos de ellos, con gran confianza. El ambiente de la recepción pretendía ser distendido, pero todo el mundo allí se mordía la lengua. Nadie podía asegurar lo que iba a suceder en un futuro a corto plazo, pero la tensión crecía por días. En un momento dado, Himada salió a la gran terraza con una copa de limonada helada en la mano. Se acercó un instante a donde se encontraban Newman y Thomas, y saludó con una inclinación de cabeza.

—¡Mi buen amigo Augustus Newman! ¡Cuánto tiempo! —sonrió a Thomas—. ¿Me equivoco si creo que usted es el profesor Thomas Harding? ¡Ah! ¡Dios es misericordioso! ¿Dónde podríamos cambiar impresiones en un lugar discreto? ¡Aquí no, por supuesto! —Himada bajó la voz susurrando—. Ya he visto a dos esbirros del Ittihad tomando notas. ¡Así que sonriamos!

—¡Querido Jalil! Si le parece, mañana a las diez nos podemos encontrar para desayunar en la nueva mansión del señor Harding. ¿De acuerdo? ¿Le recojo en su hotel?

Himada le devolvió la sonrisa y asintió con la cabeza.

—Es usted terrible, Augustus. Bien. ¡De acuerdo! Hasta mañana entonces y que Dios los proteja. Por cierto, me ha dicho un amigo que si Dios pudiera volver a crear el mundo se lo pensaría dos veces antes de colocar Oriente Medio. Después, tal vez, pondría directamente a los maronitas en Notre Dame —Himada sonrió y se alejó a saludar a alguien cercano. Daba la impresión de conocer a todo el mundo en la reunión.

—Jalil Himada Effendi es un verdadero personaje. Los turcos andan tras él, y viene aquí a demostrarles que no les teme. No pueden acusarle de nada, pero ya te contaré. En este lugar hay que ser discretos. Las paredes oyen, y aquí no es un dicho.

Al día siguiente, una de esas preciosas mañanas de Beirut en las que no se movía una hoja, Newman llegó a la casa de Thomas a las nueve en punto, como habían quedado.

—Anoche te quedarías pensando en por qué cité aquí a Jalil Himada. Por cierto, me ha mandado un aviso, advirtiéndome de que era mejor que viniésemos cada uno por nuestra cuenta. Quiero que te conozca, que comprenda quién eres, y aunque te resulte difícil de entender, lo que vamos a hablar requiere un lugar de confianza, donde tengamos la certeza de que nadie pueda oírnos… Aunque ambos sabemos que esta casa está siendo vigilada por los turcos, y que a él también lo siguen. Pero tú desconoces algo muy curioso. Esta casa era de la familia de Himada, de un tío suyo, que la vendió al turco a quien tú se la compraste. Él vivió aquí algunos veranos en su juventud y siempre podríamos alegar que intenta comprártela. Además, es inevitable que sospechen. No son tan estúpidos como para negar lo evidente. Verás, Jalil Himada, junto con otros reconocidos intelectuales y políticos árabes, como Salim
al-Yaza'iri
de Damasco, Amin Kazma, un cristiano maronita de Homs, Ali
al-Nasasibi,
un musulmán de Jerusalén, incluso con drusos, como los emires Amil Arslan y Adil Arslan, de acuerdo a las ideas de Aziz
al-Masri,
un militar árabe del ejército turco, fundaron hace pocos meses la llamada Sociedad del Pacto, en árabe
Al-Ahd,
una organización secreta que pretende aglutinar a todos las demás,

ya sabes la Organización de Jóvenes Árabes que, por cierto, está detrás del periódico local *Al-Mufid*, aquí en Beirut, también el Partido de la Descentralización, la Sociedad Reformista. Todas ellas proceden del llamado Club Literario [25]. En principio estaban en connivencia con los Jóvenes Turcos, cuando estos conspiraban para derrocar al sultán Abdul Hamid. No te sorprenda saber que nuestro propio Gobierno les ayudó. ¡Lo que son las cosas! Al principio todo eran abrazos de fraternidad en contra del tirano. Aseguraron que en el Imperio otomano, a partir de entonces, serían todos iguales, turcos, armenios, griegos de Asia Menor, árabes… incluso los kurdos. Como puedes comprender no era más que una mezcla de utopía y de hipocresía. Las tesis actuales del Ittihad son muy distintas, ya no caben ni griegos, ni mucho menos los armenios. Ahora son los nacionalistas turcos los que mandan, y mantienen que los turcos deben ser los únicos amos de Turquía, todos los demás sobran.

»Pero te hablaba de nuestro amigo. Jalil Himada es un verdadero patriota árabe. Él sabe que necesita a los ingleses para poder llevar adelante sus sueños. Él siempre ha confiado en Francia, hasta que se ha dado cuenta de que necesitaba los cañones ingleses. Es así de simple. Francia les ha proporcionado los ideales y la retórica, Inglaterra les sacará las castañas del fuego. No sé lo que querrá proponernos, pero es bueno para nuestro país que le escuchemos. Al contrario que en el teatro, aquí muy pronto todos nos quitaremos las máscaras, y comenzará el drama.

Unos minutos más tarde entró en la estancia Ahmed, el criado, para anunciarles que Jalil Himada Effendi había llegado. Salieron a recibirle al vestíbulo, donde Himada aguardaba. Esbozó una leve sonrisa, pero ambos se dieron cuenta de que algo le preocupaba.

—¡Adelante, monsieur Himada! ¡Está usted en su casa! Y nunca mejor dicho, ya que nuestro querido Augustus me ha contado que esta casa perteneció a un tío suyo.

—Sí. Muy buenos días a ambos. Así fue. En aquellos tiempos esta casa era el centro de la familia Himada y todos conservamos un buen recuerdo de ella. Nos alegramos de que la haya adquirido usted, profesor Harding. Mi tío era escritor y le hubiera agradado. Así es mejor, él no se llevaba demasiado bien con los turcos.

Los tres hombres entraron en la amplia terraza sobre el jardín

donde les habían preparado un desayuno a la libanesa. Casi un almuerzo con una mesa bien puesta al estilo inglés, bajo una parra.

—No comprendo cómo ese turco accedió a venderle esta preciosa mansión, aunque tiene sentido, ya que pronto les expulsaremos definitivamente de aquí. Esta tierra es árabe y siempre lo será. La presencia otomana, aunque haya durado tantos siglos, no ha sido más que un mero accidente en la historia —Jalil Himada era rotundo en sus aseveraciones—. Sé bien quién es usted, profesor, y lo que le ha sucedido. Siento mucho lo de su familia, y sabe que toda la buena gente de Beirut reza para que aparezcan, pero aquí la vida tiene dos caras. La cara amable es esta calma, esta paz con el Mediterráneo al fondo. La otra es el complejo mundo que nos ha tocado vivir. Verán. Seré franco y directo, ustedes son amigos y su país, junto con Francia, con seguridad deberá ayudarnos a cambiar las cosas, aunque para ello debamos asumir mucha angustia, sufrimientos y situaciones tan difíciles como la que usted mismo está viviendo, profesor.

Himada Effendi suspiró e hizo una estudiada pausa antes de beber un sorbo de café.

—¡Exquisito! —exclamó—. ¡Hacía tiempo que no probaba un café como este! Deberíamos reunirnos aquí cada semana, pero ahora en serio. Debemos hablar con sinceridad. Yo no puedo ocultarles nada, y estoy convencido de que por su parte será recíproco. Ustedes conocen mi delicada posición. El problema es que los turcos también saben algunas cosas sobre mí. Otras solo las sospechan. Ellos disolvieron el Club Literario, nuestra primera asociación política árabe, y comenzaron a perseguirnos. Después nos refugiamos en París, hasta que a mediados del año pasado celebramos el Congreso Árabe. ¡Claro! Ellos quisieron estar presentes, espiar todo lo que se decía. Tuvimos que mantener un congreso paralelo. Nuestro amigo Newman debe de estar bien informado. ¿No es así, querido Augustus?

Newman asintió sin inmutarse. Los servicios diplomáticos actuaban siempre por principio, negando lo evidente, los de inteligencia eran aún más pragmáticos. Himada no solo era un leal amigo de Francia y de Inglaterra, como se estaba demostrando en aquella plácida reunión, también podía informarles de por dónde iban a ir las cosas.

—El Comité de la Unión y del Progreso pretende utilizar a los musulmanes en su provecho —Himada parecía tenso al hablar de ello—. La experiencia de
Al-Qahtaniyya
con Aziz
al-Masri
y Salim
al-Yaza'iri,
en su frustrada aproximación a los Jóvenes Turcos, nos hizo comprender que eso era algo inviable. Ellos creyeron que podía establecerse una analogía con el Imperio austrohúngaro, y llegar a crear un Imperio turcoárabe. ¡Imposible! Acuérdense de la brutal represión, después los Jóvenes Turcos comprendieron que era un grave error impedir el diálogo. Entonces apareció al-Fatat [26]. Los líderes árabes también creyeron entonces en la posibilidad de una unión con los turcos. ¡Imposible! ¡Los turcos no van a permitir jamás un plano de igualdad con la cultura árabe! Saben ustedes que la personalidad árabe más importante, desde el punto de vista político, es el príncipe Fayçal. Ahí tienen lo que los turcos deparan a todos los que pretendan librarse de su yugo. Pregúntenle al general Yamal Basa, quien hizo fusilar a algunos importantes miembros. En cuanto al Partido de la Descentralización, me temo que no va a llegar a ninguna parte. Su líder, Rasid Rida, odia a Fayçal. Creo que sería capaz de cualquier cosa con tal de atacar la dinastía hachemita. Después apareció la Sociedad Reformista. Yo mismo colaboré en ella, hasta que nos dimos cuenta de que, sin un gran pacto entre las facciones, partidos, tribus y demás, el mundo árabe estaba condenado. De ahí nació
Al-Ahd,
la Sociedad del Pacto, a la que represento. Para que se hagan una idea, y esto que digo no es algo desconocido para Gran Bretaña, la gran mayoría de los oficiales árabes del Ejército otomano, pertenece a nuestra sociedad. Y ahora van a comprender mi interés en esta entrevista. Nuestro líder y fundador, Aziz
al-Masri,
fue detenido ayer en Damasco y tememos por su vida, si es que aún no le han matado. Solo Francia e Inglaterra pueden salvarlo. Estoy autorizado a decirles que si nos ayudan a liberarlo, haremos algo

importante por Gran Bretaña. ¿Lo harían?

Newman observaba el Mediterráneo. Thomas estaba siendo testigo de una situación histórica. Los tres hombres permanecieron unos instantes en absoluto silencio. Hasta que en un momento dado Newman se volvió hacia Himada, asintiendo.

—De acuerdo. Presionaremos a la Puerta para conseguirlo.

Thomas no terminaba de asombrarse con su amigo, que parecía capaz de conseguir cualquier cosa. También Himada había puesto sus cartas sobre la mesa. ¿Qué querría decir con lo de hacer algo importante por Gran Bretaña?

Comenzó a comprenderlo a los pocos días. A pesar de las advertencias del valí, la prensa aireó el asunto, ya que la detención de

Al-Masri,

que se produjo tras un espectacular tiroteo en una de las plazas más importantes de Damasco, no pudo ocultarse. Por otra parte, los turcos querían dar un escarmiento, demostrar no solo a la población árabe del Vilayato de Siria, sino a las potencias, que según ellos estaban moviendo los hilos de la rebelión, que existía un punto que no podía traspasarse.

Al-Masri

era un referente, desde antes de su fundación de la primera sociedad secreta

Al-Qahtaniyya,

cuando el Comité de la Unión y del Progreso mostró su verdadero rostro a los árabes. Los primeros en sentirse defraudados fueron precisamente los oficiales árabes del Ejército otomano, muchos de ellos formados en Europa, sobre todo en Alemania. Todos sabían de la buena relación inicial, cuando los Jóvenes Turcos no eran más que otros rebeldes, en franca oposición a las políticas del sultán, conocido como «el Tirano». Pero aquello no eran ya más que viejas historias basadas en mentiras.

Era evidente que los Jóvenes Turcos no deseaban la igualdad, la fraternidad, ni mucho menos la libertad. Solo querían el poder, y una vez instalados en la cima, todo cambió a una radical política panturanista, en la que solo los turcos, los pueblos turcos, sojuzgarían a todos los demás. Himada se lo había contado con los ojos húmedos por la emoción. Los oficiales de origen árabe habían

mantenido varias reuniones con algunos funcionarios turcos, hasta que un día cualquiera comenzaron las detenciones. Era difícil de entender para los turcos que cuanto más dura y cruel fuera la represión, más árabes se sentirían atraídos hacia la rebelión.

De nuevo se estaban equivocando los turcos con el juicio público a
Al-Masri.
En Beirut, donde aquel hombre era un ídolo, tuvo una enorme repercusión, y Thomas asistió a algunas reuniones secretas, en las que pudo oír que si los turcos ejecutaban al líder de la causa árabe en Siria, tal vez correrían igual suerte algunos importantes funcionarios y militares turcos como represalia, cualquiera que fuese el coste en vidas árabes. Ya no había espacio para la negociación, ni vuelta atrás.

Comenzó a hablarse de un Monte Líbano, no ya autónomo, sino independiente, y los que tiraban del carro de esa idea eran sobre todos los cristianos maronitas, aunque ni los drusos ni la mayoría de los musulmanes sunnitas se oponían a ella. Los chiitas en cambio, se mostraban en general mucho más partidarios de una unión con Damasco.

Mientras, la figura de
Al-Masri
se agigantaba por días. El tribunal militar lo condenó a la horca un mes más tarde entre el estupor general. El corresponsal del periódico *The Times* en Damasco, envió a Londres unas indignadas crónicas, que mostraban a los turcos como unos brutales opresores. Eso les irritó y expresaron sus amargas quejas al cónsul británico en la ciudad, y al embajador inglés en Estambul. Pero
Al-Masri
tenía buenos contactos. Ni su amigo el rey Abbas Hilmi II de Egipto ni el Gobierno británico le abandonaron. Los turcos se vieron presionados y decidieron a última hora que era preferible abandonar a tiempo la venganza, que crear un mártir, y lo deportaron a Jaffa. Poco después un barco le trasladó en secreto a Alejandría.

A partir de ese momento, Thomas fue consciente de la fuerza que amparaba a su amigo Augustus Newman, que seguía moviéndose como pez en el agua entre Estambul, El Cairo,

Damasco, Jerusalén y Beirut. Cuando llegaba, no tenía reparo alguno en quedarse en la casa de Thomas. Era como si le diese lo mismo lo que los turcos pudieran pensar sobre él.

A mediados de marzo de 1914, tuvieron una nueva reunión con Himada Effendi, a la que asistió también Alí Rida, otro oficial sirio del Ejército otomano, y Ahmed Talib, delegado de
Al-Masri,
que se encontraba en El Cairo.

—Venimos a pagar la deuda de amistad —Himada se refería a la actuación de los ingleses en la liberación de Al-Masri—. Recuerde que le prometí que haríamos algo de importancia por Inglaterra. Ese momento ha llegado y Fayçal está dispuesto a escuchar las propuestas de Gran Bretaña. Amigo Newman, ¿tiene Inglaterra algo que ofrecer al hombre que liderará la rebelión contra los turcos?

Las cartas estaban boca arriba. Ninguno de los que se hallaban en el salón pretendía ocultar nada, todos se sentían atrapados por la emoción.

—Verán. Permítanme que les haga una pequeña introducción. El príncipe Fayçal ha sido designado por su padre, el jerife de La Meca, para dirigir la rebelión de los pueblos árabes contra los turcos. El jerife, Hussein ibn Ali, gobierna los Santos Lugares del islam, como miembro de la estirpe de los hachemitas, un linaje que se remonta a los descendientes del Profeta. El sultán Abdul Hamid II lo mantuvo cautivo en Constantinopla o, si prefieren, retenido hasta hace seis años, cuando en 1908 lo enviaron de nuevo a La Meca. Todo ello provenía de la manipulación que el sultán pretendía llevar a cabo desde su cargo de «califa». Los árabes jamás han aceptado que un turco pueda ser el califa, mientras que Hussein es aceptado con toda naturalidad como el guardián de La Meca, y como *malik bilâd al-‘arab*, esto es, rey del país de los árabes, aunque los Ibn Saud, esos wahabíes del Sultanato del Nechd, que siguen viviendo en la Edad Media en Arabia central, tienen la ambición de imponerse por la fuerza.

»Bien, puesto que ustedes han cumplido con su palabra, y Aziz al-Masri ha sido puesto en libertad, la verdad que Dios es misericordioso,

nosotros vamos a colaborar en que el jerife Hussein escuche a Gran Bretaña. Me complace comunicarles que estoy autorizado a acompañarlos hasta la Meca, para que ustedes puedan hacerle aquellas propuestas que estimen convenientes. Él está dispuesto a oírles, ¿de acuerdo?

Augustus Newman se levantó de un salto, mientras se frotaba las manos intentando reprimir sus nervios.

—¡Bien! ¡Qué cierto es que Dios es grande! ¡Es usted un hombre de palabra, Jalil Himada! Les hablaré con la misma franqueza. Estoy autorizado por lord Kitchener para iniciar esas conversaciones. ¿Cuándo podemos partir? Desde Beirut, por el canal de Suez, tardaremos unos diez o doce días en llegar a La Meca. Si partimos dentro de un par de días, quiere decirse que, en dos semanas, a finales de marzo o primeros de abril podríamos entrevistarnos con el jerife Hussein. ¿De acuerdo? Thomas, tú también deberías acompañarnos. Esta gente de Beirut confía plenamente en ti. Jalil, estamos a su disposición, este será un momento muy importante para el devenir del mundo árabe y, también, por qué no reconocerlo, para Inglaterra y las naciones amigas.

Cuando más tarde se quedó solo, Thomas reflexionó que tal vez aquella propuesta le complicase la vida. Los turcos poseían una eficiente policía política, y si llegaba a sus oídos que él había participado en aquella entrevista, tendría con seguridad serios problemas. Tal vez incluso se viese obligado a abandonar definitivamente Beirut. Además, estaba Anne. Ella pretendía que él la acompañase a París, donde tenía que permanecer una temporada a causa de su herencia. El notario la había citado para primeros de mayo, y ella no podía faltar, pues se estaba jugando mucho en el asunto. Le había dicho que iría con ella. Si ahora cambiaba de opinión y le decía que se iba al Hedjaz[27], en Arabia, no sabía cómo se lo tomaría.

Pero estaba decidido. Entre ir a París o la Meca, no había comparación, aunque la decisión le ocasionase un disgusto.

Se lo comentó durante la cena. Ella lo miró como si no pudiera comprender aquel absurdo interés por meterse en líos. Se levantó enfadada y se retiró al dormitorio. Él prefirió irse a dormir a otra habitación, donde había montado un escritorio. Allí tenía sus mapas

y sus libros preferidos. Enmarcado y colgado en la pared se veía un pequeño dibujo a lápiz algo chamuscado. Lo único que le había dejado Caroline.

Thomas Harding no llegó a saber que había dejado embarazada a Anne Lefevbre. Tampoco ella quiso informarle de ello y pocos días más tarde, simplemente abandonó Beirut y volvió a París. Allí disponía de su propia vida y de una buena situación financiera. Muy mejorada por la herencia de su tía Louise Lefevbre, con la que siempre había mantenido una buena relación. A partir de la lectura del notario, no tendría que depender de nadie.

Decidió no abortar. Siempre había deseado tener un hijo, pero hasta el momento no había podido conseguirlo. En París podría pasar desapercibida sin tener que dar cuentas a nadie.

Poco después, un importante hombre de negocios berlinés, Wilhelm Von Goetz, al que conocía desde hacía años, le envió una nota comunicándole que se encontraba en París. Cosas del destino. Aceptó salir a cenar con él, solo por recordar los viejos tiempos. Aquellos preciosos veranos en el norte de Alemania. Von Goetz había perdido a su esposa en un accidente hacía unos meses. Dos días más tarde repitió la cita, y él le pidió conmovido que aceptara su compromiso para casarse.

Anne Lefevbre no tenía nada que perder. Le pidió unos días para reflexionar. Dos semanas más tarde se casaron en un juzgado de Ginebra por lo civil. Ella no le contó que estaba embarazada de dos meses. ¿Qué hubiera resuelto con ello? Tal vez él se habría vuelto atrás. Era mejor la discreción y el secreto. A fin de cuentas, Von Goetz amaba esas virtudes. Se dedicaba a vender armamento fabricado en Alemania. Él creía que nadie podía fabricar armas como sus compatriotas. En el Ruhr, en la fábrica de Krupp en Essen, se producía el mejor acero del mundo. Cada ametralladora, cañón o fusil construido con ese acero era una pieza de artesanía de alta calidad, casi una obra de arte para los alemanes. El mundo parecía encontrarse al borde de la quiebra política y moral. ¿Qué mejor momento para armarse? Krupp confiaba en hombres como él, y por eso Von Goetz apreciaba los valores de que hacía gala su nueva esposa.

Siete meses más tarde, en junio de 1914, Anne Lefevbre dio a luz en Baden-Baden a su hijo, Ludwig von Goetz. Su marido le

regaló un impresionante collar de esmeraldas.

La Meca y Medina[28]

MAYO DE 1914

El viaje en el motovelero desde Beirut hasta Yeda duró dos semanas. Tuvieron temporal en el Mediterráneo hasta Port Said, después el tiempo cambió de la noche a la mañana. El mar Rojo parecía un espejo de plata pulida, roto solo por los frecuentes saltos de los delfines que les acompañaban. Thomas se sentaba a la sombra en cubierta con unos prismáticos y su libro de notas. Observó con asombro como el Stavros surcaba las tranquilas aguas en las que se podían ver innumerables tortugas. Las gaviotas, los cormoranes, incluso algún pelícano, seguían el barco flotando en el aire. A lo lejos, la costa de Arabia era apenas una línea dorada, que separaba el azul oscuro del mar del turquesa del cielo. Solo se escuchaba el crujir de la arboladura, el ruido apagado y sordo del motor de vapor, los chasquidos de las velas de tanto en tanto y los agudos chillidos de las gaviotas.

Thomas amaba el mar, pero estaba acostumbrado al mal tiempo, al oleaje, al mar gris acerado del canal de la Mancha, al frío. Aquella experiencia era una nueva sensación que se le antojaba reveladora. El Stavros era un velero de tres palos que había sido reformado para adaptarle un motor de vapor, y un penacho de humo gris manchaba las remendadas velas y se diluía en el aire con rapidez. En el mar, el calor era soportable, incluso en algún momento, a la sombra, debía ponerse un ligero jersey. Todo olía a una mezcla de brea, pintura y salitre, pero a Thomas no le disgustaba, muy al contrario, pensaba que tal vez debería proseguir el viaje hasta Bombay, destino final del motovelero. Augustus Newman, permanecía encerrado en el camarote escribiendo sus notas, y el farragoso informe que debía enviar a El Cairo a la vuelta.

En cuanto a Himada Effendi, no soportaba el mar, estaba mareado desde que habían embarcado en Beirut, y se negaba a abandonar el camarote y a que lo vieran en aquella situación. Era

alguien que cuidaba mucho su apariencia y su personalidad, y no estaba dispuesto a caer en lo que él creía ridículo.

Arribaron a Yeda el primero de mayo con una ligera brisa que llegaba desde tierra trayendo el aire ardiente del desierto. El puerto se veía repleto de barcos, veleros árabes, barcas de pesca impregnadas de alquitrán, chalupas que iban arriba y abajo. Anochecía y el reflejo rojo carmesí del sol poniente proporcionaba un tono rosáceo a las vestimentas blancas de la gente que pululaba por las dársenas y almacenes donde se ubicaba el mercado de pescado.

Thomas pensó que aquel era un momento mágico, en un ambiente de apariencia intemporal, en el que únicamente desentonaban las torres construidas en madera, rematadas por unos sacos terreros que protegían las ametralladoras. A ambos lados de la bocana sendos cañones de origen prusiano defendían el puerto. Los turcos no deseaban sorpresas y estaban tomando medidas para evitarlas. Unos camellos cargados hacían su entrada en el puerto, y Thomas pensó que le hubiera gustado tener allí su nueva cámara de fotografía, que había encargado en Londres y que no terminaba de llegar. Una maravilla de la técnica, aunque a su pesar debía aceptar que el objetivo era alemán, con placas cuadradas de una pulgada y media de lado, ideal para fotografiar lugares como Baalbek y Palmira. Cuando le venían los recuerdos de momentos felices vividos en aquellos lugares, el corazón se le encogía, se llenaba de nostalgia y sentía humedecerse sus ojos. Anne Lefevbre le había proporcionado cariño y ternura durante los últimos meses, pero no había podido suplantar a Caroline, que seguía ocupando su vida día y noche. Seguiría intentando encontrarlas.

Al desembarcar en Yeda, a pesar de encontrarse en la costa, Thomas pensó que el calor era casi insoportable, mucho peor que el más caluroso día de verano en el interior de Siria o de Mesopotamia. Mientras cabalgaban hacia Bahrah, una población cerca a Yeda, en el camino en dirección a La Meca, pensó que si alguien como Augustus Newman, en apariencia más débil y con más edad, era capaz de soportarlo, él no podría rendirse y exclamar «¡No puedo más!». Aquel país rocoso, en el que de tanto en tanto encontraban enormes dunas de finísima arena dorada que el viento llevaba de acá para allá, en las que se hundían los cascos de los

caballos, en donde un oasis de unos pocos centenares de palmeras transformaba el desierto en el paraíso. Era un lugar en el que sobrevivir se transformaba en un reto cotidiano.

Encontraron al secretario personal del jerife que los había ido a recibir a unas cinco millas de la ciudad, con una escolta de unos cincuenta beduinos de fiero aspecto, todos a caballo. Era una situación que podría haberse dado hacía un siglo, o tal vez diez. Muy pocas cosas evidenciaban que se trataba del siglo XX, tal vez los prismáticos que llevaba colgados Thomas, o los revólveres que portaban en una funda en el cinturón.

Cuando llegaron al palacio del jerife cerca de Bahrah, se sintió frustrado. Allí se encontraba el palacio de Hussein ibn Ali, el jerife de La Meca, al que también conocían como Hussein el Hachemita. Se trataba de un edificio que apenas destacaba de otros cercanos, con altas tapias de adobe, encaladas, que cerraban los jardines. Los estaban aguardando, y dos negros sudaneses que portaban alfanjes y larguísimas espingardas les abrieron el portón sin decir una palabra ni mirarles a los ojos.

Los hicieron cruzar un jardín de palmeras, bajo las cuales crecían unos pequeños huertecillos de plantas aromáticas. Una acequia llevaba un agua cristalina, y su sonido al caer de uno a otro nivel aliviaba el intenso calor del mediodía.

Entraron en un amplio vestíbulo, decorado con varios rifles y algunos antiguos escudos tribales de piel en las paredes encaladas. El suelo era de losas de barro, irregulares, los techos altos, construidos con alfanjías de madera oscura. Unas viejas alfombras gastadas y descoloridas eran todo el lujo de la estancia. Una rústica mesa de patas torneadas soportaba un brasero de cobre abujardado. Thomas entró con una sensación de respeto, recordando cuando de pequeño iba a la capilla en Oxford. Un ambiente silencioso, primitivo y místico, por lo parco y lo sencillo.

Aguardaron de pie en el vestíbulo hasta que un sirviente negro dio tres palmadas, mientras entraba un hombre bajo de unos cincuenta años, piel blanca aunque curtida por el sol, barba hirsuta, tocado como un jerife. Era Hussein, que sonrió a Augustus Newman y se dirigió a él para estrecharle la mano, como si hubiese vuelto a encontrar un viejo amigo.

—¡Dios es misericordioso! ¡Señor Newman! ¡La última vez nos

vimos en Estambul! Por entonces era yo prisionero virtual del sultán… ¡Cómo pasa el tiempo!

—Recuerdo bien aquel día, excelencia. Tengo el placer de presentarle a mi amigo y compatriota Thomas Harding, profesor de Oxford y arqueólogo. Un enamorado del Levante.

El jerife Hussein estrechó la mano de Thomas mientras murmuraba en árabe.

—Dios es compasivo, señor Harding. Estoy al tanto de lo sucedido a su familia. Rezamos para que pueda usted encontrarlas. Es usted muy bienvenido a esta casa, al igual que mi querido amigo Himada Effendi. Ahora les ruego que pasemos al salón del consejo, donde se encuentran aguardando mis notables y mis hijos. Ellos deben estar al tanto de lo que hablemos.

Aquel hombre, del que tanto se hablaba en Inglaterra, emanaba magnetismo. Lo siguieron hasta un salón en el que el único adorno era la primera aleya del Corán, escrita en letras doradas sobre un fondo negro. A cada lado dos espadas árabes cruzadas. Un grupo de árabes les observaban con curiosidad, con ropajes de corte, largas túnicas negras y ribetes dorados con brocados de oro, cinturones anchos con cartucheras y largos puñales en fundas de cuero repujado. Hussein les fue presentando, comenzando por sus hijos. Primero por el príncipe Fayçal, un hombre joven aún, delgado, de profundos ojos, a su lado Abdullah que mantenía las distancias, y el tercero, Alí, inquieto con su papel en todo ello. Después los notables, comenzando por el de mayor rango que inclinaban ligeramente la cabeza a modo de saludo, murmurando un árabe ininteligible.

Tomaron asiento sobre una antigua alfombra de Isfahán. Se percibía un leve perfume a incienso. A pesar del calor exterior, la temperatura en el salón era soportable, mucho más fresca. Thomas tomó asiento entre Newman e Himada y se dispuso a escuchar con atención.

—En el nombre de Dios. Sois bienvenidos a la casa de los hachemitas. Sabéis que nuestro linaje se remonta hasta el Profeta, Dios lo tiene a su lado. El título de jerife me viene por la sangre. El de guardián de la Meca, porque Dios todopoderoso así lo ha querido. He pasado dieciocho años de mi vida en Estambul, hasta que el sultán Abdul Hamid me liberó, retornándome mis derechos

como gobernante. Ahora estoy de nuevo en el lugar que me pertenece por derecho junto a mis hijos. Fayçal es miembro del Parlamento turco y Abdullah vicepresidente, ya no volverán a ocupar esos cargos. Ahora tienen otros objetivos, esa época ha terminado para siempre. ¡Dios es compasivo! No ha sido fácil. El sultán Abdul Hamid pretende ostentar la dignidad de califa de los creyentes. No me malinterpretéis, el verdadero califa está delante vuestro. Yo soy el guardián de La Meca y de Medina, de los lugares santos del islam, y es a un príncipe árabe a quien debe corresponder ese título. ¡Jamás a un turco! Ellos se han apoderado de nuestra cultura, escriben el turco con alfabeto árabe, se convirtieron al islam. ¡Dios es misericordioso! Eso les honra, pero no los transforma en árabes, ni en jerifes.

»Los turcos siempre han abusado de los árabes, desde las conquistas de Osmán. ¿Dónde ha estado nuestra debilidad? Os lo diré. Hubo un momento en la historia en que todas las tribus árabes cabalgaban en la misma dirección. Entonces conquistamos el mundo. Después volvieron a aparecer los rasgos tribales, la separación entre unos y otros. Quiero volver a la época de la gloria. Volver a ser el rey del país de los árabes. Aunque primero tendremos que arreglar lo de esos wahabíes [29] —el jerife Hussein respiró profundamente—. No me considero un traidor por rebelarme contra los turcos. Ellos llegaron aquí por la fuerza, y por la fuerza tendrán que irse. Pueden decirle a lord Kitchener que tal vez llegará el día en que seamos aliados. Los árabes casi siempre nos hemos llevado bien con los ingleses. Conquistamos parte de Europa y dejamos en ella un importante legado, ahí está Al-Ándalus.

¡El paraíso en la tierra! Pronto comenzará una nueva era, en la que los turcos declinarán, para eso ya falta poco, pero la cosecha aún no está madura. Sabemos que personas como Himada Effendi están preparando el camino y lo apreciamos. Somos conscientes de que quedarán muchos mártires en el camino, pero al final obtendremos la recompensa. ¡Dios es compasivo y misericordioso!

Los notables permanecieron expectantes. Hussein había hablado lentamente en inglés, y algunos de ellos apenas lo entendían. Pero el jerife era su señor, el líder natural y le seguirían ciegamente.

Hussein hizo un elegante gesto con la mano otorgándole la

palabra a Newman, quien carraspeó antes de responder también en inglés.

—Mi señor Hussein ibn Ali, jefe de la honorable familia de los hachemitas. Nuestro común y buen amigo Himada Effendi ha organizado este encuentro, y le estaremos eternamente reconocidos. Gran Bretaña ha defendido durante muchos años la unidad del imperio otomano. Puede que nos equivoquemos, pero habéis sido sabio y prudente al expresaros, pues la fruta aún no ha madurado. Se acerca una época de dramáticos cambios y está llegando el momento en que árabes y británicos nos apoyemos unos en otros. El Imperio otomano se ha acercado mucho a los austríacos y a los prusianos, y si se apoya en ellos, terminará por derrumbarse. No ocurrirá lo mismo con los árabes. Es cierto que existe un sentimiento de amistad recíproco entre los árabes y nosotros, y esta reunión es firme prueba de ello. Aquí estamos, hablando con plena confianza, sintiéndonos entre amigos, sin recelo alguno. No sucedería lo mismo si la mantuviésemos con los turcos. Os mantienen sojuzgados, nunca habéis sido tratados de igual a igual, para ellos no sois más que unos *dhimmis*, aunque seáis tan musulmanes o más que ellos.

»Estamos aquí para aseguraros que Gran Bretaña será vuestra amiga y aliada. No pretendemos tierras, ni conquistas, ni sojuzgar a los árabes. Cuando nos necesitéis, hacednos llamar y acudiremos. Habéis mencionado a lord Kitchener, él no luchó contra el islam, sino contra un falso profeta[30]. Ahí nos tenéis, en la otra orilla del mar Rojo, para acudir cuando nos llaméis.

El jerife Hussein levantó su mano derecha, asintiendo con la cabeza.

—¡Por Dios todopoderoso que manejáis bien las palabras, Augustus Newman!

Aquellos dos hombres se conocían desde hacía muchos años. Se trataban con gran familiaridad y una corriente de empatía entre ellos.

—¡Aún recuerdo cuando nos presentaron en la corte de la Sublime Puerta! ¡Entonces erais enviado especial del Gobierno de Gran Bretaña! ¡Pero seguís igual… sois capaz de convencer a cualquiera! ¡Por Dios que sois el inglés más inglés que he conocido nunca!

—Sí, mi señor. Y con todo el respeto, vos sois el jerife más árabe y decidido que yo haya visto jamás.

Ambos hombres sonrieron abiertamente en señal de amistad, mientras todos los notables que percibían el clima de simpatía hacían lo mismo. Hussein concedió entonces la palabra a Himada Effendi, a fin de cuentas, el hombre que había concertado la entrevista.

Himada era más discreto y reservado, y le costaba iniciar su razonamiento. Era sin embargo un erudito, capaz de realizar un minucioso análisis sobre la situación. Representaba a los primeros movimientos, a la rebelión árabe hasta entonces secreta, la férrea administración policíaca turca vigilaba estrechamente a los líderes, conscientes de que si se les iba de las manos la ola en que se transformaría terminaría por derribar el imperio. Himada parpadeó. Bastaría con que alguna de sus palabras llegara a los turcos, para terminar sus días ahorcado por traidor. Sin embargo, habló con decisión.

—Mi señor. Dios es misericordioso y nos ha permitido llegar hasta aquí en el momento adecuado. Traidor es el que actúa contra sus propios ideales, contra los suyos, contra su pueblo. Nosotros somos lo contrario, patriotas, aunque no tenemos una patria común. Yo me considero hijo de la Montaña Blanca. Mi país es el Monte Líbano. Vos sois el jerife del Hedjaz hasta el Yemen. Es muy posible que pronto seáis el rey de los árabes. Sin embargo, lo que ahora comenzamos a compartir es una conciencia común, la Nahda, ese renacimiento cultural e ideológico que nació entre los pueblos árabes hace apenas una generación. Os diría que no nos sentimos vinculados al Estado otomano, sino sojuzgados por él. Al igual que les ocurre a las otras naciones que lo componen: los armenios, los griegos de Asia Menor, los maronitas, los drusos, los judíos y todos los árabes, ya sean de Siria o del Hedjaz, beduinos o habitantes de las ciudades sunnitas, chiitas o alawitas. Y los turcos lo saben, les resulta insoportable, tiempo han tenido para conseguir al menos una mínima cohesión. No nos sentimos representados por ese falso califa, ni por el actual Gobierno del Ittihad. Vos creéis, como nosotros, que ese ferrocarril entre Damasco y Medina es en realidad una espada otomana que apunta al corazón de la arabidad.

»Mi señor, en París, durante el congreso del mundo árabe se

pudo comprobar que a pesar de la brutal represión, ya nada ni nadie podrá detener nuestras aspiraciones. Ahora el sultán títere, Mehmet V, como califa, empujado por el partido gobernante, intenta mover el corazón de los musulmanes árabes, contra los que se enfrenten a los otomanos. Pretenden transformar su fragilidad en una guerra santa, en una yihad contra los que no sigan sus dictados, pero esas estrategias están destinadas al fracaso. Tampoco podréis creer lo que el Gobierno turco propala entre los líderes árabes. Ellos hablan de seguir el modelo del Imperio austrohúngaro, instaurando el Imperio otomanoárabe. Son claras señales de debilidad, los últimos estertores de un animal que poco a poco muere desangrado. Hemos acudido a vuestra llamada para que tengáis dos certezas. Los árabes, musulmanes o cristianos, alewies o drusos, marcharán como una piña a vuestra llamada. El representante del Gobierno de su majestad, el rey de Inglaterra, el honorable Augustus Newman, os dirá lo propio.

—Gracias querido Himada —Newman estaba muy serio.

—Alteza —era la primera vez que Newman empleaba aquel tratamiento refiriéndose al jerife Hussein ibn Ali, se removió de satisfacción y orgullo—, tengo la responsabilidad de transmitiros oficialmente el saludo personal del rey de Inglaterra y de su Gobierno. Gran Bretaña se compromete solemnemente a apoyar vuestras aspiraciones como rey de los árabes, y a ayudar en lo que alcance a crear el reino árabe. Os repito que los británicos no pretendemos territorios ni prebendas, solo garantizar el apoyo mutuo. Seremos leales con el pueblo árabe, y esperamos reciprocidad por vuestra parte. Se avecinan tiempos difíciles y como se os hizo llegar tras el Congreso de París, ingleses y franceses prestarán su total y desinteresado apoyo a la causa árabe.

Hussein ibn Alí asintió emocionado mientras se levantaba para cruzar la alfombra, al tiempo que todos los presentes se incorporaban. Estrechó la mano de Augustus Newman y luego lo abrazó. Hizo lo propio con Thomas Harding, que devolvió el saludo.

Más tarde, ya anochecido, el jerife Hussein los agasajó con una cena. Una docena de corderos lechales cocinados con hierbas aromáticas, en varias parrillas colocadas sobre las brasas, junto a uno de los muros del patio. Unos esclavos sudaneses se ocuparon de ello, mientras el resto de los que no habían participado en la

reunión, pero sí estaban invitados a la cena, hablaban ya de asuntos menos transcendentales.

Todo aquello se estaba llevando a cabo en las mismas narices de los turcos. El gobernador otomano de La Meca y Medina tenía información de todas las idas y venidas. Era muy probable que supiera de aquella reunión. Sin embargo, Newman se lo había advertido durante el viaje. «Los turcos están confiados en que su estrategia de montar una yihad va a protegerles, una terrible equivocación por su parte. Para los árabes del desierto, del interior, un austríaco, un alemán, un francés o un inglés, significan lo mismo, todos son cristianos. Además, hoy tenemos un barco inglés frente a Yeda y varios marineros en barcas yendo y viniendo, esos los tiene despistados, sin saber bien lo que está pasando. Creen que Hussein está en Yeda y no aquí. Los turcos son suspicaces y los árabes astutos. Pronto se verá».

Volvieron al barco de madrugada dando un largo rodeo hacia el interior, acompañados por varios notables. La luz de la luna llena era más que suficiente con aquellos guías, y la hora, propicia para pasar inadvertidos. En un momento dado se separaron, y más adelante el grupo en el que iban ellos volvió a escindirse. La luna iluminaba el lecho de un wadi seco, y sus guías los conducían en dirección hacia la entrada sureste de Yeda, pero tres millas antes se desviaron hacia la costa donde les aguardaba una chalupa. Se despidieron efusivamente y embarcaron. A algo más de media milla se veía el Stavros fondeado en un mar en calma iluminado por la luna.

Veinte minutos más tarde, Thomas se tendió con alivio en una colchoneta bajo la toldilla, mientras el motovelero arrancaba su motor e izaba su vela mayor a la espera de alguna brisa favorable con destino a Port Said. Allí, le había dicho Newman, desembarcarían ambos, mientras Himada Effendi proseguía su viaje hacia Beirut. Desde Port Said se dirigirían a El Cairo. No tenía ningún inconveniente en participar.

Tendido sobre la cubierta, observó las estrellas que en aquel lugar brillaban de una forma especial. El firmamento era como una inmensa cúpula perforada por innumerables lucecitas, un espectáculo grandioso, ya que a su alrededor en el mar Rojo no se veía una sola luz en la costa. El timonel se apoyaría en la Estrella

Polar para encontrar su rumbo. Era una referencia ancestral para aquellos audaces marineros, más segura que el propio compás del barco. Después se quedó dormido mientras Augustus Newman, incansable, seguía abajo en el angosto camarote escribiendo sus informes.

Amaneció muy pronto. Apenas a las cinco y media asomó el sol por el horizonte. Con él llegaría una increíble luminosidad que obligaba a entrecerrar los párpados. Todo estaba en calma, salvo un grupo de cormoranes que cruzaron a cuatro o cinco pies de altura hacia el oeste, batiendo con rapidez sus alas hacia la lejanía.

Los tres hombres desayunaron bajo la toldilla. Augustus parecía satisfecho de lo conseguido, Himada en cambio mantenía un rictus distante, y Thomas pensaba si alguna vez volvería a abrazar a Caroline y a Ethel. Nunca era capaz de imaginar al niño o niña que habría nacido. La melancolía se apoderaba de él en los momentos en que se sentía más feliz. Entonces se venía abajo, sin saber lo que debía hacer. Pensaba que era muy egoísta al intentar disfrutar de instantes como el que estaba viviendo, en aquel plácido mar, bajo el brillante sol de Arabia.

Himada sorbía su taza de café absorto.

—¿Qué te ocurre Himada Effendi? —Newman lo llamaba por su nombre turco, intentando hacerle sonreír.

—Newman, tú eres un hombre honrado, aunque seas un alto funcionario inglés —Himada respondió con ironía a su amigo, manteniendo un rictus de amargura—. Pero te haré una pregunta como amigo y la contestas si quieres. ¿Crees que los británicos mantendrán la palabra que tú has empeñado en el palacio del jerife? Yo lo dudo, y por Dios que no deseo ofenderos. Gran Bretaña tiene muchos intereses y algunos de ellos contrapuestos. ¿A quién defenderéis? Es evidente que los turcos han apostado por Alemania y vosotros los ingleses, por los árabes. Pero ¿seréis sinceros cuando comiencen a suceder las cosas? Perdonarme si os digo que tengo mis dudas. Ayer, con la emoción de lo que presenciaba, sentía dentro de mí una enorme esperanza. Esta noche no he podido dormir, he permanecido despierto, dándole vueltas a la cabeza. ¿No intentaréis apoderaros de unos enormes espacios prácticamente vacíos, pero repletos de recursos donde habitan unas tribus ancestrales, que a efectos reales siguen en el Medievo? ¿No

intentaréis obtener su ayuda para desalojar a los turcos, y ocuparlos vosotros y los franceses?

Se hizo un largo silencio que rompió un confiado y fatigado cormorán posándose en la baranda. Himada movió la cabeza negando como si dudase de sus propios pensamientos y prosiguió con su razonamiento.

—Habéis podido comprobar que entre los árabes existen dos universos bien distintos. El jerife hachemita y los suyos, que nada o bien poco tienen que ver con los occidentalizados y abiertos libaneses. Ellos habitan en la frontera exterior del Imperio otomano, en un universo desconocido de tribus remotas y desiertos inacabables. Siguen viviendo como hace mil años, y para los beduinos, hablarles del Congreso de París, es como hacerlo de la cara oculta de la luna. Los que pertenecemos por cultura al mundo bizantino-otomano, tenemos a la fuerza otra visión del mundo. Ellos están anclados en el Corán. Nosotros en el Monte Líbano, miramos hacia París y Londres. Los maronitas y los musulmanes queremos transformar el emirato que dejaron Maan y Chehab en un Estado moderno, con una constitución. Nos consideramos europeos levantinos, no otomanos. Ellos, los del Hedjaz son impermeables a la cultura europea y lo seguirán siendo por muchos años. El Corán les impide entender ese complejo mundo, donde Dios no está en cada acto y en cada circunstancia. Ambos somos árabes, es cierto, pero a la hora de la verdad, cada uno elegirá su propio camino. En cuanto a Inglaterra y Francia… ocurrirá algo semejante y vosotros lo sabéis. Me atrevo a vaticinar que Francia elegirá la vasta provincia de Siria. Ahí estaremos nosotros, los libaneses, a pesar de que Beirut y Damasco jamás se han entendido. Desde antes de los Omeyas. Entonces era Tiro, Sidón, Biblos, nosotros éramos fenicios y ellos árabes. Ahora todos somos árabes. Por eso estoy pensativo. No va a ser fácil, ni para ellos ni para nosotros. Damasco está más cerca espiritualmente de Bagdad que de Beirut. Creen en la herencia bizantina-otomana, en una cultura oriental, y no desean la tutela de Occidente. En Beirut somos más abiertos, preferimos París y el Quai d'Orsay,
a un ambiguo orientalismo adaptado a las circunstancias.

Thomas creía conocer bien la historia y hubiese jurado que la desconfianza de Himada Effendi tenía fundamento.

Dos días más tarde, Augustus Newman y Thomas Harding desembarcaron en Port Said, mientras Himada proseguía hasta Beirut en el motovelero. Se despidieron de él con afecto. Era un hombre cercano a Inglaterra y además sincero, no se mordía la lengua, lo que le honraba. En la misma dársena les aguardaba un automóvil polvoriento con la banderola británica y la enseña de alto comisionado para trasladarlos al cuartel general británico en El Cairo, donde llegaron seis horas más tarde.

Al entrar en el Club de Oficiales, Thomas observó que algunos oficiales se cuadraban ante su amigo Newman, que notó su sorpresa con una sonrisa.

—No te he contado que soy coronel del Estado Mayor en excedencia. Actualmente estoy adscrito al Departamento de Asuntos para Oriente, en el Ministerio del Exterior. ¡Uf! ¡La verdad que he hecho cosas en mi vida! No te lo he dicho para evitarte problemas. En Beirut soy un inglés excéntrico al que le encanta el ambiente oriental. Para los árabes vinculados a las sociedades secretas, soy un hombre con buenos contactos en Inglaterra. Para algunos más cercanos, a otro nivel como el caso de Himada, soy el representante autorizado para iniciar conversaciones diplomáticas. Hasta hace poco he creído que cuanto menos supieras más seguro era para ti, pero sinceramente, después de lo que te sucedió, comenzamos a pensar que podrías ser muy útil. Los turcos están convencidos de la realidad, es decir, que se equivocaron de objetivo. Lo comprobaron de primera mano. El torturarte tan brutalmente para sacarte información fue la prueba definitiva. Creemos que el ataque a tu casa de Biblos y la desaparición de tu familia formaron parte de ello. Aún confiamos en encontrarlas, aunque eso es buscar una aguja en un gigantesco pajar. Pero no debes desesperar. Te he dicho muchas veces que seguimos trabajando a tope. Y ahora prepárate, pues vas a conocer a los peces gordos. A lord Kitchener, que por cierto acaba de ser nombrado por el rey, conde de Jartum y ministro de la Guerra. Pronto va a volver a Londres, pero aquí están también Allenby y todos los demás. Va a ser una gran experiencia.

En El Cairo, Thomas comprobó que Newman se movía como pez en el agua. Le presentó a muchos militares o funcionarios civiles británicos. Todos parecían enterados de lo sucedido con su familia. El propio lord Kitchener le dio esperanzas, y le dijo que debía

confiar en la providencia divina. En una cena en la terraza del club de oficiales, el mayor Phillip Stimson se sentó a su lado y le estuvo explicando cómo se apreciaba la situación desde allí.

—Mire usted, Harding. La guerra es inminente. Europa está sentada sobre un barril de pólvora a punto de estallar, mientras los prusianos están deseando encender la mecha. La guerra entre Italia y Turquía, y sobre todo las guerras balcánicas, nos han enseñado muchas cosas. Yo tuve la fortuna de ser designado como observador desde las filas serbias, y allí pude darme cuenta de que el Imperio otomano no es más que una cáscara vacía. Los turcos son fuertes y aguerridos, unos buenos luchadores a los que siempre es difícil vencer, pero la mala administración hace décadas que ha afectado a su ejército. Todos comentan que tipos como Djemal Pashá o Enver Bey se gastan más dinero en uniformes, medallas y magníficos caballos que en mantener a sus tropas. Mal pertrechadas, mal organizadas, con armamento antiguo y municiones escasas y, así, amigo mío, no se puede hacer la guerra. Me dirá que tienen detrás a los prusianos y a los austríacos. Los primeros, un ejército organizado como ninguno, que vencerán una y otra vez, hasta ser totalmente derrotados. En cuanto a los austríacos, los que conozco personalmente son una gente exquisita. Aman la buena vida, la buena mesa, el chocolate y las camas calientes. Son magníficos oficiales y bastante peores soldados.

Los alemanes son un enemigo temible, pero alguien dijo que un sistema es tan fiable como el peor de sus componentes, y ya ha visto usted lo que los turcos que forman parte de sus ejércitos son en la batalla. Aún recuerdo en noviembre de 1912, cuando me incorporé. Entré en Salónica, que se rindió ante el empuje combinado de griegos y serbios. Al final llegaron los búlgaros, cuando la ciudad ya se había rendido. Entonces apareció el cólera, ¡ese sí que es un general despiadado! Los turcos se agruparon para defender Constantinopla, pero los serbios y los búlgaros aislaron Adrianópolis. En mayo del año pasado llevamos las fronteras de Turquía hasta la línea Enos-Midia.

»Después aquello comenzó a parecerse a una pelea de perros por los despojos de la bestia. Los serbios, los griegos y los montenegrinos creían haber hecho mucho más por la victoria que los búlgaros, que siempre llegaban al final con sus medallas y la

fanfarria, y se aliaron en su contra. Turquía parecía un cadáver, pero no estaba muerta, y en junio de 1913 recuperó Adrianópolis. Mientras, Albania también se había sacudido el yugo turco. Serbia fue la que sacó mejor tajada del asunto, pues dobló su superficie, al incorporar gran parte de Macedonia y Kósovo. Grecia también recibió otra parte de Macedonia, Tracia y un trozo de Albania. Montenegro ganó algo, Albania, la libertad. En cuanto a Bulgaria, se quedó como antes de la guerra, con sus uniformes inmaculados, sus brillantes medallas y sus bandas de música. Turquía, además de los Balcanes, perdió el prestigio. Ya no es lo que era y jamás volverá a serlo. Está a punto de estallar un conflicto y probablemente Turquía apostará por Alemania y Austria. Eso significará la total disolución de su decadente imperio. Los árabes, al principio dudarán con qué carta quedarse, pero sinceramente, al final creo que se inclinarán por nosotros. No soportan a los turcos.

Thomas asintió. Estaba de acuerdo con aquel brillante análisis, aunque la reunión con el jerife Hussein, en Arabia, le había dejado claro que los árabes odiaban a los turcos. No podía hablar de la reunión, allí era un mero invitado y a pesar de los esfuerzos de Newman por implicarlo, pensaba seguir su intuición e intentar mantenerse al margen de la estrategia militar. Otra cosa era apoyar a sus amigos de Beirut, con los que mantenía una relación muy cercana. No iba a convertirse en un espía de Gran Bretaña ni nada parecido. Así se lo había dicho a Augustus Newman, y no dudaría ni aunque se lo propusiera el mismísimo lord Kitchener, con el que estaba lejanamente emparentado por su familia materna.

Finalmente, no pudo despedirse de él como deseaba, ya que Kitchener tuvo que embarcar hacia Inglaterra. En el cuartel general en El Cairo, todos los altos mandos estaban nerviosos y el ambiente era eléctrico. A principios de junio, Augustus le dijo que había llegado el momento de marcharse. Se embarcaron en Port Said en un destartalado velero que transportaba naranjas desde Haifa. El tiempo era excelente y tardaron menos de tres días en llegar allí. Augustus le había advertido que se quedaría en esa ciudad, mientras él proseguía su viaje hasta Beirut, la siguiente escala.

Vio descender a su amigo por la escala que unos árabes harapientos habían colocado. Augustus se volvió un instante y le saludó con la mano sonriéndole. Aquella mañana mientras tomaban

un café en la cubierta, con un mar en calma y la costa de Palestina recortándose cercana, le había confesado que las noticias sobre la situación en Europa eran muy pesimistas, y que tal vez tuviera que volver a Salónica o Constantinopla. Newman siempre sería un hombre singular, le echaría de menos.

Thomas se tocó el bolsillo superior de la chaqueta donde llevaba su nuevo pasaporte, conseguido gracias a los contactos e influencias de Newman, con un visado que le evitaría tener que incorporarse al regimiento que le designaran en caso de conflicto. Él no deseaba abandonar Beirut, aunque podría no tener opción.

Luego el velero soltó sus amarras y una ligera brisa de tierra lo arrastró con rapidez hasta un par de millas de la costa. Unas gaviotas lo acompañaban sin hacer esfuerzo alguno, y de pronto sintió envidia de aquellas aves de color gris plateado, que iban y venían a su antojo. La costa recortada era la misma que durante muchos siglos habían recorrido tantos seres humanos en conflicto o en paz. Por alguna razón que no podía comprender, el destino del mundo estaba escrito en aquella tierra ancestral que se dibujaba en la lejanía.

Una tormenta en el horizonte

JUNIO DE 1914

En Beirut reanudó su vida. Cuando volvió a su casa, Anne había cumplido sus amenazas, se había ido a París. Dejó una carta en la que se despedía con frialdad, ya se verían algún día. No era el lenguaje de alguien que pretendiese volver. Pero no tenía remordimientos. Aquella situación no podría durar y se sintió aliviado. No quedaba en el caserón ni el más mínimo resto de su estancia. Era como si nunca hubiera estado allí, aunque durante unos meses creyó incluso estar enamorado. Ahora veía claro que eran dos almas que deseaban paliar su soledad y nada más. Una relación de otro tipo no habría podido funcionar.

Le invadió una terrible nostalgia por Caroline y su hija. Quería tenerlas allí, que pudieran compartir su vida y sus sueños. Hizo arreglar una de las habitaciones para Ethel. El caserón iba adquiriendo una fuerte personalidad, aunque el ambiente seguía teniendo un carácter ligeramente oriental, exótico.

Cada vez era más evidente que se cumplirían las profecías de su amigo Newman, y lo que le habían dicho en El Cairo algunos de sus compatriotas ingleses. Un conflicto armado con Alemania era inevitable. Incluso en un lugar tan remoto como Beirut se apreciaban claros síntomas de todo ello. Los turcos mostraban una franca hostilidad hacia los franceses e ingleses, algo que iba creciendo por días. Por el contrario, los alemanes parecían los absolutos beneficiarios de lo que estaba sucediendo. Si arribaba al puerto un carguero inglés, todo eran pegas y burocracia, no se le daba la más mínima facilidad para nada; si era un navío alemán, todo eran buenas maneras y los funcionarios turcos del puerto asentían a los más mínimos deseos del capitán. El representante del valí de Damasco en la ciudad lo seguía invitando a las recepciones que de tanto en tanto tenían lugar, como si quisieran hacerse perdonar lo que ocurrió.

El veintinueve de junio, amaneciendo, llegó a su casa el doctor Ayub Thabit acalorado. Se encontraba desayunando en la terraza cuando observó la traqueteante calesa de su amigo subiendo la cuesta. Debía de haber ocurrido algo importante. ¿Caroline? Bajó corriendo la escalera y se encontró con el doctor Thabit en el vestíbulo.

—¡No, Thomas, desgraciadamente no es lo que cree! Quería traerle las últimas noticias desde Europa. ¡Han asesinado al príncipe heredero del trono austríaco y a su esposa! ¡El archiduque Francisco Fernando y la duquesa fueron tiroteados ayer en Sarajevo! ¡Eso significa la guerra! Amigo mío, ahora los austríacos echarán la culpa a los serbios, y veremos a ver cómo termina la función. Esta ciudad parece muy lejana y toda la región ya tiene sus propios problemas, pero usted sabe, las cosas tienden a complicarse *ad infinitum*. Ojalá no sea nada.

El doctor Thabit aceptó compartir el desayuno en la terraza. Thomas seguía con sus costumbres inglesas, y se lo servían con mesa y mantel, vajilla y cristalería. Era como si siguiera en su casa de Oxford, solo que en Beirut el cielo era diez veces más luminoso, con aquel mar azul intenso, y hacia el norte las montañas, con nieve en sus cumbres.

—¡Ah, querido amigo! —Thomas ya conocía la vena poética de su amigo—. ¡Qué lástima que los seres humanos no seamos capaces de compartir la enorme belleza que Dios nos ha otorgado! Es una tragedia tener todas las posibilidades, y que nos empeñemos en destruir lo bueno que nos ofrece la vida. ¿No le parece? En esta hermosa tierra tiene usted la respuesta. Nos hemos empeñado en ser infelices, como si se tratase de una maldición. ¡Que yo no me conformo! ¡No señor! Tendríamos que intentar cambiar, convencer a los políticos, a los militares, a todos los que poseen influencia, las cosas podrían ser de otra manera. Tenemos una sangrienta historia. ¿Me permite que le cuente una anécdota apasionante? Comenzaré por el principio.

»Verá, Thomas. Mi padre luchó contra los drusos. Entonces vivía en Damasco donde ejercía como médico. ¡Uno de los primeros médicos formados en París! —el doctor Thabit se mostraba orgulloso de todo ello—. Fue discípulo de Jean Étienme Dominique Esquirol, en el hospital de la Salpêtrière.

»Mi padre tuvo la suerte de caerle en gracia al cónsul de Francia en Damasco. ¡Una historia! Pudo ir a París. Allí le interesaron las enfermedades mentales. Se puede imaginar lo que a principios del XIX suponía. En Francia, adelantada de la modernidad y la libertad, los locos eran seres que apenas merecían la vida. Los lunáticos se consumían en lugares espantosos. Bien, pues el doctor Esquirol quiso convencer a la sociedad de que los locos podrían llegar a curarse en ocasiones, que había que tratarlos con respeto, que no se los podía dejar de la mano de Dios… ¡Puede imaginarse cómo eran tratados aquí y en todo Oriente! Aunque el Bimaristán de Nur, el antiguo hospital de Damasco, sigue teniendo un manicomio en una de sus dependencias. Para que se haga una idea, fue fundado en el 707. ¡Hace doce siglos!

»Bueno, perdone la disquisición, mi padre volvió de París con nuevas ideas sobre cómo tratar a los enfermos mentales. Se creía un nuevo Nur al-Din Mahmud[31]. No consiguió nada. Yo preferí ser médico del cuerpo antes que de la mente, no serviría para atender a esa pobre gente. Pero me he desviado de lo que quería explicarle. Nosotros, los que nos consideramos hijos de la Montaña Blanca, somos gente particular. Muy caliente o muy fría en ocasiones. El odio profundo entre musulmanes y cristianos sigue ahí, en el interior, escondido detrás de las sonrisas de unos y otros. Por encima de cualquier otro sentimiento. ¡Bah! ¡Usted nos conoce ya lo suficiente!

»Aquí, hace medio siglo apenas, nos estuvimos matando los unos a los otros. Además, y para terminar de complicar el panorama, los cristianos y los musulmanes odiaban —y lo siguen haciendo— a los turcos. Esta provincia otomana, el Vilayato de Siria, siempre ha mantenido la esperanza de poder abandonar el imperio, crear un nuevo Estado independiente. En 1860 los drusos atacaron de improviso. Comenzaron en Sidón, donde tenía su residencia el gobernador otomano, siguieron en Alepo. Los drusos bajaban en bandadas del monte Haurán, lanzando gritos guturales y pasando al cuchillo a los habitantes de las poblaciones de mayoría cristiana. Un grupo de cristianos asesinó al gobernador. Había matanzas en todo el Monte Líbano y aquella situación se transformó en una guerra civil. A primeros de verano las matanzas de cristianos eran

cotidianas, las poblaciones saqueadas. Todos contra todos, mientras el cónsul francés intentaba ayudar desesperadamente a los maronitas. Eso prendió fuego a la mecha de la rebelión drusa. Ardieron Deir el Qamar, Marjayoun, Rachaya, Hasbaya, Zahlé… ¡Todos los días morían centenares, por no decir miles de personas! Pero ya no había quien pudiera parar a los drusos. Era como si desearan librarse de los cristianos de una vez por todas. A los drusos se les añadieron los beduinos, sedientos de sangre cristiana, algunos decían que no era un conflicto entre musulmanes y cristianos, sino contra la dominación otomana.

»En Deir el Qamar se refugiaron un importante número de cristianos, en el mismo serrallo del gobernador turco. No los asesinaron los drusos, ¡sino los propios soldados turcos! Surgió el odio de los turcos hacia Francia. Los europeos que residían aquí tuvieron que huir o esconderse. La Sublime Puerta envió tropas a luchar, ellos decían "contener" a los cristianos. No había sucedido nunca en toda la dominación otomana. ¡Una matanza de cristianos maronitas en el Monte Líbano! Era algo impensable. Echaban la culpa de todo a los cristianos, acusándoles de haber incendiado los barrios de los drusos, lo cual, evidentemente, no era cierto. En Betmerí, en la ladera sur, en la montaña, decían que había ardido todo el sector druso. ¡Era ya una guerra declarada! Los incendios se veían claramente desde Beirut, como si estuviera ardiendo toda la montaña.

»Los maronitas pidieron ayuda urgente a Francia a través del cónsul. Unas semanas más tarde los navíos de guerra ingleses y franceses se acercaron a la costa. En toda Europa se hablaba con horror de las matanzas de cristianos y de la ambigua postura del sultán. En julio se firmó un tratado de paz entre drusos y maronitas, pero los representantes de la Iglesia maronita lo rechazaron. Había corrido demasiada sangre cristiana para poder borrarlo todo de un plumazo. La situación estalló en Damasco. Los cónsules de Francia y Rusia tuvieron que buscar refugio, el cónsul de Inglaterra fue asesinado y el cónsul americano resultó herido. Los turcos aseguraban que un cristiano había iniciado las hostilidades. Su política era negar lo evidente, echar la culpa a los demás.

»En Francia se lo tomaron en serio y decidieron enviar tropas. Inglaterra pensó que era preferible mantener la flota a la

expectativa. El sultán seguía enviando tropas. Intervino el Vaticano. El papa[32] publicó una misiva en el *Diario de Roma* solicitando la intervención de Francia. ¿Qué podía hacer el emperador Napoleón III? Ya no solo era el Monte Líbano, había que curar la herida en profundidad. Entrarían en Siria, donde habitaban muchos cristianos y existía un gran número de conventos y monasterios. ¿O es que iban a desoír la voz del propio pontífice?

»Finalmente, embarcaron en Marsella y Tolón seis mil soldados expedicionarios. ¡Volvían los viejos tiempos! Pero con el consenso británico. En París los periódicos alababan la decisión del emperador. El Vaticano bendijo la expedición. Algunos de los miembros de la oposición hablaron de que aquel asunto no era más que el deseo de controlar Siria. ¡Se hablaba de una nueva cruzada! En cualquier caso, en Francia se consideraba a los cristianos maronitas como compatriotas espirituales, hermanos de sangre, "los franceses del Levante".

»Se abrió la Cuestión de Oriente. De pronto Turquía ya no era un agresivo imperio, sino una presa débil. Los ingleses manifestaron su inquietud, su malestar ante lo que se avecinaba, mientras Palmerston[33] mantenía que era imprescindible conservar el Imperio otomano. Era la garantía para mantener la paz en Europa.

»En Constantinopla las cosas se veían con gran preocupación. Se comentaba que la excusa que habían proporcionado las matanzas era una verdadera amenaza para el imperio, justificaba la intervención de las políticas europeas. El sultán Abdul Medjid envió a Fouad Pashá, su hombre de confianza, al Monte Líbano. El edicto hablaba de justicia equitativa para todos los súbditos. No podía manifestarse de otra manera, toda Europa observaba. Tampoco deseaba que llegaran los franceses a resolver el problema. Él impartía la ley en el imperio. Para cuando llegaran las tropas extranjeras, todo debía haberse solucionado.

»El día que el enviado del sultán llegó a Damasco, ya se habían tomado centenares de prisioneros. Emitió un edicto, no habría misericordia para los criminales, exigiendo que se devolviera por las buenas lo expoliado, animando a denunciar a todos los que hubieran participado. Un castigo ejemplarizante y rápido. No era en absoluto preciso que los franceses entraran en Siria; lo comunicó al cónsul francés. Comenzaron los fusilamientos de drusos, también de

los notables. El sultán se jugaba el prestigio, no habría distinciones ni privilegios. Pero los maronitas no estaban conformes, todo aquello era un falso escenario, con la pretensión de impedir que las tropas expedicionarias francesas penetraran en Siria.

»En septiembre se reunió la Convención de Londres, que ratificó el envío de las tropas de Francia. En octubre se iniciaron los juicios en Beirut. Los turcos no querían que los franceses entraran en Damasco con esa excusa, ¿comprende? Los sucesos de Beirut habían sido muy graves. Al final solo se juzgó lo que ocurrió en el Monte Líbano. Lo de Siria se daba por terminado con las ejecuciones y las condenas impuestas por los turcos, que no deseaban la más mínima intromisión en Damasco.

»Los juicios fueron un pulso entre los turcos y las potencias europeas. Francia exigía severidad y los notables drusos, clemencia. Fouad Pashá se encontraba en medio y al final se pactó una amnistía, con la excusa de lograr la reconciliación. Pocas penas de muerte se cumplieron. En cuanto a los condenados a prisión por muchos años, se les conmutó la pena. Comenzó un largo regateo acerca de las indemnizaciones. La astucia de los turcos iba imponiéndose a la sed de revancha de los europeos.

»No contaban en Constantinopla con el carácter francés. No tenían ninguna intención de marcharse de allí. Joumblatt, el líder druso, que había sido condenado a muerte, falleció de tuberculosis en la cárcel, lo que fue un alivio para todos. Si hubieran ahorcado a aquel hombre carismático, los disturbios no habrían cesado.

»Francia no iba a salir de aquí tan fácilmente. Se deportaron a Argelia los prisioneros drusos, se evaluaron las indemnizaciones, se expropiaron los terrenos propiedad de los drusos, que tuvieron que refugiarse en el Haurán. Los turcos intentaban no humillar a los drusos, también musulmanes, mientras el cónsul francés advertía al enviado de Francia, Thouvenel, que si abandonaba a su suerte a los maronitas, los drusos, de acuerdo o con la connivencia de los turcos, volverían a las andadas.

»¡Qué le voy a contar! Aquello se convirtió en un regateo, del que todos pretendían llevarse la mejor tajada. Era evidente que los drusos no iban a convivir en paz con los maronitas ¡Ni estos lo pretendían! Preferían tener cerca las tropas francesas. Se sentían verdaderamente los franceses de Oriente, seguimos creyéndolo.

»Terminaré. En 1861 se aprobó el Reglamento Orgánico, el Monte Líbano sería gobernado por un cristiano, eso sí, designado por la Sublime Puerta, con un consejo formado por maronitas y musulmanes, con seis provincias, dejando fuera el litoral y el valle de la Bekaa, zonas que quedarían bajo la administración otomana.

»En cuanto a Fouad, el nuevo sultán lo designó como gobernador general de Siria, con sede en Damasco. El Monte Líbano sería gobernado por Daoud Effendi, un cristiano armenio católico, director de los telégrafos del Imperio otomano, ferviente admirador de Inglaterra. De ahí vino el nuevo nombre, el Moutessarifat[34]. Una isla en el océano otomano, aunque Beirut y el litoral siguen considerándose históricamente parte del Monte Líbano, por el momento seguimos bajo la administración de Damasco. Y esa era la historia, los cimientos sobre los que se asientan las reformas. ¡Un tanto inestable! Pero somos como somos, nos han hecho así las circunstancias.

»Ahora me voy, que debo de tener la consulta llena. Es un placer compartir estos ratos con usted, Thomas. Tenga cuidado. Debería pensar en irse una temporada a Inglaterra, mientras el mundo recupera la cordura.

Thabit se marchó con la misma rapidez con la que había llegado. Thomas se quedó un rato más en la terraza. Su amigo le acababa de dar un buen consejo, pero por el momento prefería quedarse allí, en su casa en Beirut, su hogar, aguardando el regreso a casa de Caroline.

La decisión

JULIO-AGOSTO DE 1914

En Beirut el comienzo de las hostilidades no pareció afectar el tranquilo ritmo de la ciudad. Los orondos comerciantes maronitas seguían sentados a la puerta de sus comercios, observando a todos los que pasaban por delante, fumando sus enormes cigarros, charlando con los vecinos, tomando taza tras taza del espeso café turco. En cuanto a los turcos, las declaraciones de la Sublime Puerta eran ambiguas, pretendiendo ser tranquilizadoras, pero todos sabían lo que eso significaba. Demasiados siglos bajo los otomanos como para no ser capaces de interpretar lo que querían decir aquellos continuos mensajes de calma.

Las noticias que llegaban de Europa hablaban de un conflicto local entre austríacos y serbios. En eso iba a quedar el asunto. Ya se sabía que el autor del atentado contra el heredero del Imperio austríaco y su esposa era un tal Gavrilo Princip, un anarquista italiano, los serbios se desmarcaban de la situación. Los franceses habían advertido a quien quisiera escucharles que Serbia no estaba sola. Rusia ampararía a los eslavos de los Balcanes frente a cualquier agresión; los británicos no permitirían que Francia fuera atacada. La puesta en escena estaba servida, mientras el Gobierno de los Jóvenes Turcos hacía desesperadas promesas a una y otra parte, sin saber bien a qué carta quedarse.

Thomas tomaba el té frecuentemente con el profesor Patterson, que seguía en Beirut, intentando conseguir un nuevo permiso para sus excavaciones en Mesopotamia, aunque casi convencido de que su oportunidad se había esfumado.

—Mire Thomas, yo estoy embalando todas mis cosas. Dentro de muy poco los británicos estaremos mal vistos por los turcos, y es preferible salir sin prisas que tener que salir corriendo. Usted, si fuera prudente, debería hacer lo mismo. Se avecina una larga guerra, en la que no podríamos apostar sobre quién se va a llevar el

gato al agua. Los prusianos están muy bien preparados. Tienen una poderosa arma secreta que podría desequilibrar el conflicto. Los submarinos, sí, no me mire con esa cara. Nuestros poderosos acorazados y *dreadnoughts*[35] no están preparados para combatirlos. Mi amigo, el capitán de navío Christopher Clark, me habló de este asunto. En el Almirantazgo están muy preocupados, aquí tampoco deberían estar tranquilos. Beirut se surte por mar. Esta ciudad tendrá gravísimos problemas, así que yo me vuelvo a Inglaterra dentro de unas semanas. No me gustaría estar en el mar pensando en todos esos submarinos que podrían hundir el barco con mis cajones de documentos, con las piezas que he prometido donar al Museo Británico. ¡Sería un verdadero desastre! ¡Tengo un editor aguardándome en Charing Cross y no voy a defraudarle! Y usted, Thomas, no podrá seguir aquí, en su preciosa mansión. Además, tal vez le llamen para que se incorpore, ¿no?

—No —respondió Thomas—. No lo creo. Verá, profesor, alguien tiene que convertirse en mediador entre las dos partes en conflicto. Creo que quieren que yo haga ese papel aquí. De lo que no estoy seguro es de si a mí me interesa. Pero me lo han propuesto desde El Cairo y, según me explican, los turcos están de acuerdo. De hecho, me han enviado un pasaporte diplomático, como representante de los intereses de su majestad ante Damasco, y un escrito del gobernador turco, dando su visto bueno. Una especie de vicecónsul especial.

—¡Vaya, vaya, Thomas! No sé si felicitarle o manifestarle mi más profunda preocupación. Las cosas se van a poner feas aquí, y el hecho de que los turcos le garanticen la inmunidad, no quiere decir que más adelante no cambien de criterio. Pero usted sabrá. También puedo imaginar que no quiere moverse de aquí por si hubiera alguna noticia de su esposa y su hija. ¿No es así? Puedo comprenderlo.

Thomas confirmó moviendo la cabeza. Patterson era un viejo amigo a pesar de su carácter suspicaz. Después se despidieron con un apretón de manos, mientras el profesor le deseaba suerte. No sabían cuando volverían a verse.

Pocos días más tarde, Austria declaró la guerra a Serbia, a pesar de los esfuerzos que los serbios hicieron por calmar la situación. Los alemanes estaban aguardando la ocasión, y no iban a permitir un

sencillo arreglo diplomático. Se habían preparado concienzudamente para una solución bélica, convencidos de que era lo que más convenía a sus intereses, el tiempo de las palabras y la diplomacia había quedado atrás. Después, tras la ruptura del equilibrio, todo se complicó. Alemania declaró la guerra a Rusia el primero de agosto, dos días más tarde a Francia. Las tropas alemanas, muy bien preparadas y pertrechadas, aguardaban órdenes y cruzaron la frontera belga. Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania. Italia y Rumanía permanecían neutrales, preparando su inevitable intervención.

En los últimos tiempos solían encontrarse en casa del doctor Boghossian. Un hombre culto y cordial que lo trataba con sumo afecto. Él y el doctor Thabit eran sus dos mejores amigos no británicos. Boghossian era armenio de la Iglesia armenia, y Thabit era árabe cristiano maronita. Ambos tenían en común que trabajaban en el hospital municipal, y que eran proeuropeos. Si bien, Boghossian era francófilo, Thabit era anglófilo.

—Estamos en el mismo lado —Boghossian les estaba sirviendo un té con sabrosas pastas y otra serie de pequeños pastelitos y galletas al estilo armenio. Una infinidad de platillos llenaban la mesa. El hijo del doctor Boghossian, Eduard, estudiaba el bachillerato en París, pero su padre le había hecho volver a Beirut, temeroso de que la situación se complicara tanto que fuera imposible viajar. El muchacho de doce años mostraba un absoluto respeto por su padre. Boghossian también había invitado a la reunión a Ohannes Demirjian, un comerciante especializado en alfombras persas de alta calidad, que tradicionalmente surtía a las mejores familias de Alemania.

—A ti, Demirjian, te van a fastidiar el negocio. Los armenios nos vamos a encontrar de frente con los turcos, por el momento los mejores aliados de los alemanes. Te recomiendo que tengas mucho cuidado. Aunque debes perdonar mi ingenuidad. ¿Sabe, Harding? Demirjian es un hombre bien informado. Él le podrá contar lo que está sucediendo en Berlín, donde tiene muy buenos amigos entre los políticos prusianos.

Demirjian asintió al tiempo que bajaba la voz.

—En Berlín no sé. Pero en Constantinopla, Reshad Bey, el jefe de la policía política, tiene un *dossier* sobre los armenios más

influyentes. Y eso me preocupa. Por otra parte, algunos destacados jefes de la policía y del ejército turco han permanecido los últimos meses en Berlín recibiendo instrucciones secretas. Mi amigo Von Kramer me contó que los estaban preparando para una operación de «limpieza». Cuando le pregunté qué quería decir con esa expresión, me contestó que los turcos pretenden librarse de todos los cristianos de Anatolia. Griegos, armenios, asirios. Nos acusan de deslealtad, y el Gobierno de los Jóvenes Turcos quiere acabar con las injerencias de Francia e Inglaterra en ese sentido. Si Turquía entra en la guerra, aprovecharán la confusión para intentar acabar, al menos, con los armenios más influyentes.

—¡Descabezar la nación armenia! ¡Eso ya lo pretendió llevar a cabo el sultán Abdul Hamid en 1895 y 1896! ¡Pero no lo conseguirán! ¡Ni Francia, ni Inglaterra, ni los Estados Unidos permitirían algo semejante! —respondió Boghossian afectado—. ¡Bah! ¡Simplemente no puedo creerlo! ¡Es absurdo! ¡Tal vez Abdul Hamid lo habría intentado si hubiera tenido la oportunidad! ¡Pero los Jóvenes Turcos! ¡No creo que pretendan llevar las cosas hasta ese extremo! ¿No hablaban hace muy poco de igualdad, fraternidad y libertad? ¡No lo creo!

—¡Harías bien en creerme, Boghossian! ¡Nos pasará como siempre! —Demirjian se había puesto serio—. ¡Recuerda lo de Adana! Pero, en fin, tampoco he venido hasta aquí para amargarte el día. Tenemos la guerra encima y todos sufriremos. ¡No seamos tan ingenuos para creer que el Monte Líbano y Beirut se quedarán al margen!

Thomas temía que, si se declaraba la guerra, tal vez se vería obligado a abandonar el país, a pesar de su flamante pasaporte diplomático y de todas las promesas de Newman. Una guerra sería atroz, todo el mundo perdería el sentido común. Se encogió de hombros. Él solo intentaba permanecer allí. No podía abandonar, subir a un barco con destino a Francia o Inglaterra, y pedirle al doctor Thabit o a Boghossian que se ocuparan de administrar sus propiedades. Sería como abandonar definitivamente a Caroline y a Ethel. No podía hacerlo. Intentaría seguir la vida normal mientras pudiera. Después, no deseaba pensar en lo que podría suceder.

En Europa, las civilizadas naciones habían perdido la cordura. Pocas semanas más tarde, se hablaba de las barbaridades que los alemanes

estaban cometiendo en la tranquila Bélgica. Bombardeos indiscriminados que afectaban a los centros de las ciudades, iglesias demolidas, monumentos históricos volados, saqueo, asesinatos bajo la acusación de no colaborar o de espiar a favor de los franceses o de Inglaterra. Una estrategia de guerra en la que el Alto Mando alemán demostraba que no habría marcha atrás.

A pesar de todo, en Beirut la gente hacía un esfuerzo para proseguir con su vida normal, lo cual era evidentemente imposible. Los almacenes se quedarían sin existencias en pocas semanas. Todo el mundo compraba como si el mundo se acabase. El gobernador turco emitió un edicto prohibiendo el acaparamiento que consiguió el efecto contrario. Los precios subían por días, cerraron los comercios, se ocasionaron disturbios y saqueos. La guerra de Europa estaba causando los primeros efectos en Oriente.

El doctor Thabit comentaba la delicada situación con Thomas camino del hospital.

—¡Y eso que ni Turquía está en guerra, ni cosa por el estilo! Beirut y el litoral, lo van a pasar mal. Verá usted lo pronto que tenemos encima un bloqueo naval. ¡En cuanto Turquía se incorpore a las potencias centrales! Aunque en estos momentos los embajadores de Francia, Inglaterra, Rusia y Alemania deben estar subastando sus mejores ofertas a la Sublime Puerta del Ittihad. Se ha corrido la voz de que los generales alemanes dirigen ya los ejércitos otomanos. ¿No ha visto la cantidad de oficiales alemanes que llegan incorporados a las tropas turcas? Turcos y alemanes son firmes aliados y vencerán o caerán juntos.

—Yo creo que lo segundo —replicó Thomas—, es cierto que los alemanes han realizado un importante esfuerzo por conseguir que los turcos les sigan en esta aventura, pero tengo la impresión de que va a ser un fracaso para ambos países.

Cuando entraron en el hospital, el doctor Boghossian se les acercó con semblante serio.

—¡Estos turcos han vuelto a las andadas! ¡Van a liquidar a mi gente! ¡Acaban de llegar unas mujeres armenias, trayendo varios niños! Han llegado en muy mal estado y aseguran que los turcos han asesinado a todos los hombres en su aldea.

Acompañaron al doctor Boghossian a una de las grandes salas. Dos monjas atendían a media docena de mujeres y a unos niños.

Dos de las pequeñas se hallaban heridas. Una de ellas lucía un aparatoso vendaje recién colocado en su cabeza.

—Han llegado desde Alepo. Alguien tuvo la caridad de traerles en un carro hasta aquí, porque estaban exhaustos, ya no podían caminar más. Son de algún lugar entre Adana y Alepo, y efectivamente son armenias. Aunque les da miedo hablar, murmuran que los turcos quieren asesinar a todos los armenios.

Boghossian traducía las palabras que una de ellas les contaba balbuceando entre sollozos.

—Me aseguran que no es un hecho aislado. Llevan casi un mes huyendo desde su aldea situada en las montañas, en la vertiente sur del Tauro. Dicen que los turcos están atacando las poblaciones armenias indiscriminadamente. Estas mujeres vieron cómo mataban a sus maridos y hermanos. No quieren volver. Esta es la guerra particular de los turcos, contra los cristianos del imperio. ¡No sé lo que vamos a hacer!

El doctor Boghossian les hablaba emocionado con su enorme pesimismo. Thomas sentía un gran aprecio por el doctor, que siempre estaba pensando en cómo ayudar a los demás, olvidando sus propias necesidades.

Volvió caminando a su casa sin saber bien lo que debía hacer, embargado de confusión y preocupado por el estado de necesidad de aquellas mujeres y sus hijos. Al contemplarlos había pensado en Caroline y en Ethel. Se emocionó al recordarlas. Se lavó la cara varias veces. Al mirar sus ojos húmedos en el espejo, comprendió que no podía seguir sin hacer nada. Decidió buscarlas, aun sabiendo que era imposible.

Aquella tarde le explicó al doctor Thabit que volvía a Biblos por una temporada. Si existía una pista, estaría allí. Ya lo había intentado varias veces, tal vez no con la voluntad o el acierto necesarios. Thabit le aconsejó que lo pensara. Le quiso hacer ver que no era el mejor momento para que un inglés estuviera dando vueltas de un lado a otro, indagando, pero comprendía los argumentos de su amigo y aceptó la idea aunque con reticencias.

—Debes ser muy cuidadoso, Thomas. Ahora todo el mundo está obsesionado con los espías. Los turcos no son neutrales, aunque cara a Francia e Inglaterra lo pretendan; son absolutamente progermánicos. Por otra parte, la excusa del conflicto va a ser una

coartada para dejar que salga lo peor de cada uno. Lo que está ocurriendo en estos días… y no solo hay ataques contra los armenios. Los griegos de Asia Menor están siendo expulsados sin miramientos de sus poblaciones. Todo el mundo sabe que es una estrategia del Gobierno de los Jóvenes Turcos, que proporcionan armas y municiones a grupos radicales, cuando no a convictos y presidiarios, para que les hagan el trabajo sucio. ¡Hay cerca de medio millón de griegos en el litoral egeo! ¡Cuentan que enrolan a los hombres para luego fusilarlos! Así las mujeres, los ancianos y los niños quedan indefensos. Me resisto a creerlo. Aunque de los turcos ya puedo pensar cualquier cosa. No quieren que les vuelva a pasar lo que les sucedió en Montenegro, en Serbia, en Macedonia y en Albania.

»Te contaré algo. Un conocido turco radical que venía a la consulta llegó a decirme que ellos, se refería a los turcos a lo largo de la historia, habían sido demasiado buenos con las minorías, sobre todo con los cristianos. Me confesó que si en su día, cuando conquistaron los territorios, hubieran aniquilado totalmente a sus pobladores, ahora no tendrían ningún problema. Solo existirían felices turcos y ningún enemigo potencial, que recurriese arteramente a las potencias cristianas para quejarse del maltrato. ¡Ah, la historia! ¡Nadie quiere aprender de sus enseñanzas! Los griegos y los armenios se resisten a abandonar sus tierras ancestrales. La Grecia clásica comenzó en Anatolia. El mundo heleno se gestó prioritariamente en lo que hoy es la franja mediterránea de Turquía. ¡Donde estaba Troya! La mítica Ilión. ¿No está Turquía plagada de ermitas y monasterios armenios? ¿De esos *khachkars* [36] que expresan su más profunda identidad cristiana? ¿No es Siria árabe? ¿Dónde quedan entonces los turcos? Ese es el verdadero temor que les embarga. Saben bien que esta no es su patria ancestral, y que alguien podría reclamársela un día con todos los derechos. *Prior in tempore, potior in iure*.

—Ten cuidado, Thomas, el mundo está muy revuelto y tú deberías estar en tu tranquila cátedra de Oxford impartiendo clase. Te empeñaste en convertirte en libanés y eso te va a resultar muy duro.

Ambos amigos se abrazaron emocionados.

Llegó a Biblos al día siguiente al atardecer. Montaba su propio

caballo y llevaba otro atado con el equipaje a la grupa, incluyendo una pequeña tienda de campaña, suficiente para poder vivaquear si le resultara preciso. También llevaba en el bolsillo de la chaqueta su nuevo pasaporte diplomático, que esperaba no tener que usar. Tenía una intuición, así que se dirigió directamente a la casa de Pierre Gouraud, el médico francés jubilado al que habían tratado durante su estancia allí.

El doctor Gouraud se mostró muy contento y sorprendido de verle. Le invitó a comer y le manifestó su hondo pesar por la situación. ¡Habían transcurrido casi dos años desde la desaparición de Caroline y Ethel! Murmuró que era algo terriblemente penoso que estaría destrozando su vida. Thomas insistió en que necesitaba su ayuda. Tal vez podría recordar lo que sucedió durante aquellos días, cualquier mínima pista podría ser importante.

Gouraud le contestó con sinceridad. Siempre había sospechado del maestro de árabe, de Majid Abdel. Un personaje que no gozaba de las simpatías del resto de la población. Desapareció de Biblos al cabo de unas semanas del suceso. No existía ninguna prueba, pero más de un vecino había dejado caer que Abdel sentía demasiado aprecio por los turcos. No tenía la menor idea de dónde podría haber ido. Pero el maestro no era turco, sino árabe. Nadie tenía una buena relación con él y, por otra parte, tampoco se podía asegurar que fuese cómplice de lo sucedido. Los miembros de la familia Ghalib contaron a Goureaud que aquella noche llegó un grupo de hombres a caballo. Al principio alguien mencionó que eran árabes, después kurdos, pero el doctor Gouraud creía que eran hamidies, unos escuadrones de irregulares que llevaban a cabo las labores más sucias y crueles en los ataques a las poblaciones civiles. Cuando el Ejército otomano pretendía dar un escarmiento los utilizaba.

El doctor Gouraud observaba a Thomas con un rictus de compasión. Él sabía bien lo que era perder a la esposa. Su mujer había fallecido en una epidemia de cólera apenas llegaron a Siria, y aún no había sido capaz de olvidarla.

Thomas decidió quedarse unos días en Biblos y el doctor Goureaud le ofreció su casa. ¿Dónde iba a estar mejor? Aceptó.

Luego se acercó andando al ayuntamiento. Habló con el alcalde, que le saludó con afecto. Thomas le explicó que quería poner una importante recompensa para aquella persona que proporcionase

alguna pista que le condujese a encontrar a su familia. Veinte mil libras turcas. Una verdadera fortuna para cualquiera. El alcalde, un cristiano maronita, silbó entre dientes mientras afirmaba que allí nadie sabía lo que había ocurrido, ni los motivos de quienes habían llevado a cabo la fechoría.

—Eran gente de fuera. Tal vez hamidies o incluso paisanos turcos al servicio del Ejército. Lo que se comenta es que fue por robar, no por secuestrarlas. Tal vez se encontraban solas y se las llevaron. ¡Dios es misericordioso! Pero esas cosas, aunque son una verdadera tragedia, suceden de vez en cuando.

Aquel hombre no podía comprender cómo después de tanto tiempo volvía para seguir indagando en el asunto.

Thomas insistió en que pusiera un bando, mencionando su intención de gratificar a quien le condujera hasta ellas, y el hombre se encogió de hombros. No tenía inconveniente, pero no iba a conseguir nada.

Al día siguiente caminó por la playa. Se encontró con un hermano de Nadima Ghalib. Al poco rato apareció ella. Volvió a emocionarse al verlo. Luego se calmó y le explicó que Abdul Malik, el fiel criado que los había acompañado desde Baalbek, al que habían despedido a los pocos días de llegar a Biblos por pérdida de confianza, seguía rondando por allí. Nadie lo quería. Era de Baalbek y tendría que haber vuelto con los suyos, pero por alguna razón seguía en Biblos. Vivía en una cabaña en terrenos del Estado. Pescaba para comer y de tanto en tanto desaparecía. Nadie se fiaba de él, pero seguía allí, como si estuviera aguardando a alguien. Nadima se lo contó, ya que había llegado con ellos. Thomas decidió ir a hablar con él. Nunca lo había relacionado con el asunto, pero bien podría saber o haber visto algo.

Cuando se despidió de la muchacha, ensilló el caballo y se dirigió al lugar donde supuestamente habitaba Abdul. Recordaba que tuvieron que despedirlo después de comprobar que habían desaparecido algunos objetos, incluso dinero. Pero de eso a lo otro existía un abismo.

Lo encontró sentado en la puerta de una pequeña tienda de lana de camello, al estilo de los beduinos. Se había levantado de un salto al oír llegar un caballo. Le devolvió la mirada desafiante y Thomas permaneció montado manteniendo las distancias, mientras se

dirigía a él en árabe.

—Abdul Malik. Dios sea contigo. Debo hacerte una pregunta. ¿Recuerdas si viste a alguien rondando por aquí el día que atacaron mi casa, la incendiaron y desaparecieron mi mujer y mi hija? Te agradecería que intentaras recordar. Es muy importante para mí.

—Solo recuerdo que usted me echó de su casa como si yo fuera un perro. No recuerdo nada más, ni tengo ganas de pensar en aquello. Yo no tuve nada que ver y eso es todo lo que tengo que decirle. Ya me preguntaron los policías turcos. No sé nada, ni tampoco le debo a usted nada.

Le habló con dureza, mirándole a los ojos. Thomas se dio cuenta de que el hombre estaba más nervioso de lo que deseaba aparentar.

—Abdul Malik, Dios sabe que no te deseo ningún mal. Entonces solo prescindimos de ti, no presentamos ninguna denuncia a la policía, ni hicimos nada que pudiera perjudicarte. Te di un trabajo y después te despedí. Esas cosas ocurren. En fin… si recuerdas algo, te agradecería que me lo contaras. He puesto una recompensan para quien me proporcione alguna pista. Veinte mil libras turcas. Es mucho dinero.

Thomas pudo observar un ligero relampagueo en las pupilas del hombre.

—Voy a permanecer un tiempo en Biblos. Podrás encontrarme en casa del doctor Goureaud.

Dos días más tarde, mientras paseaba al atardecer, vio acercarse a Nadima Ghalib con una mujer mayor. Las dos parecían intranquilas, hasta que Nadima les explicó que era su madre y le insistió nerviosa en que contara algo a Thomas. Como la otra mujer permanecía en silencio, al final tuvo que ser Nadima la que hablara.

—Señor Thomas. No hemos venido buscando la recompensa. Pero a través de mi pariente Abdel Wâhed, un primo de mi madre que ahora vive en Trípoli, sé que el maestro Majid Abdel se encuentra allí. Verá, ella afirma que le vio unos días antes en el camino de Biblos, hablando con unos oficiales extranjeros, tal vez los alemanes que estuvieron por aquí antes. Estaban acampados a las afueras y llevaban con ellos un escuadrón de caballería, de hamidies, de los que no llevan uniforme. Mi madre cree estar segura de que fueron los mismos que atacaron la casa, aunque la verdad ella no pudo verlos esa noche, pero por lo que le contó mi padre…

dice que no pudieron ser otros. Hasta ahora no ha querido contar nada, porque tiene mucho miedo a la policía turca. Pero dice que a usted sí se lo quiere decir, y que le ruega que no informe a nadie de quien se lo ha dicho. También me dice que no quiere saber nada de la recompensa. Lo hace porque es usted un buen hombre.

Thomas sentía una extraña mezcla de sentimientos mientras escuchaba a Nadima Ghalib. Comprendió que ya no iban a explicarle nada más, porque las mujeres se dieron la vuelta y se alejaron con rapidez hacia Biblos. Estaba oscureciendo y se dirigió a casa del doctor Goureaud. No le contaría nada de todo aquello, tal y como le habían pedido las mujeres. No deseaba que tuvieran problemas por su culpa.

Le explicó a Goureaud que había tomado la decisión de dirigirse hacia el norte. El hombre lo observaba pensativo, convencido de que su amigo Harding ya no podría escapar de la rueda de melancolía, intuiciones y sospechas en que se había transformado su vida. ¡Qué cruel podía ser la vida con algunas personas! Recordaba bien al joven matrimonio y a su pequeña hija cuando llegaron a Biblos. Parecían ser muy felices y no podía negar que entonces había sentido una profunda envidia al comparar su situación.

Se despidió de Thomas diciéndole que allí tenía su casa. Si volvía pronto, allí le encontraría. Thomas le estrechó la mano y luego lo abrazó. Aquel hombre tenía edad suficiente para ser su padre y aunque apenas se trataron, había demostrado su generosidad y amistad para con él.

A la mañana siguiente apenas hubo amanecido, ensilló a su caballo y preparó al otro con todo el equipaje. Luego saludó a Goureaud que también se había levantado para preparar café. Después cabalgó hacia el norte, con la certeza de que aquella vez se hallaba en la pista correcta. Una hora más tarde comenzó a amanecer detrás de las montañas que recortaban sus cumbres nevadas contra la rosada aurora. Se detuvo unos instantes impresionado por la belleza del paisaje en el litoral. En aquellos momentos comprendió por qué tantos hombres habían luchado hasta la muerte por asentarse en aquel lugar de privilegio. Él tampoco pensaba abandonar. Cuando encontrara a su familia, volverían a Beirut para volver a tener el verdadero hogar con el que

soñaba cada noche.

El milagro

SEPTIEMBRE DE 1914

Llegó a Alepo dos días más tarde. Encontró el hotel que le había recomendado el doctor Goureaud, cenaría algo allí mismo. Una hora más tarde se acercó el director del establecimiento. Parecía azorado, hasta que le dijo que debía acompañarlo a recepción, donde le aguardaba alguien enviado por la policía. Thomas se levantó de la mesa y lo siguió. Un hombre robusto, de unos cincuenta años, se acercó a él extendiendo su mano. Pensó que al menos no se trataba de algún problema. Lo invitó a sentarse allí mismo, y sin más el hombre se presentó como coronel de los Servicios de Inteligencia del Ejército otomano.

—Señor Harding. Debo darle algunas explicaciones sobre el asunto que le ha traído hasta aquí, aunque empezaré diciendo que usted no debería estar ahora en esta ciudad. No se lo tendré en cuenta.

Entonces el coronel le contó lo que hasta entonces sabían sobre la desaparición de su esposa. Thomas no daba crédito a lo que estaba oyendo. Su amigo Slima Mellí, el anticuario de Beirut, estaba asociado con Mahmud
al-Qantari,
otro anticuario de Damasco, que poseía una de las mejores tiendas de antigüedades de toda Siria. Allí
Al-Qantari
le enseñó a su amigo unos dibujos de las ruinas de Baalbek. No eran antiguos, pero tenían mucha calidad. Slima era un tipo muy especial, con una enorme sensibilidad e intuición. Le pidió que se los dejara. Había visto uno parecido en la casa de Thomas Harding. Firmados por C. H. W., no había la menor duda de que habían sido dibujados por Caroline Harding, de soltera Caroline Weiler.

El anticuario Al-Qantari recordaba al que se los había vendido, un intermediario que iba arriba y abajo buscando gangas y

oportunidades. Un árabe de Alepo que los condujo hasta el que los había robado de la casa de los Harding. Luego la policía turca se encargó de que confesara. Nadie podía resistir un interrogatorio así, y el hombre habló.

Explicó que apenas a tres millas de la casa de los Harding en Biblos, se encontraban unos topógrafos del Ejército alemán levantando planos. Los turcos habían asignado un destacamento de hamidies para su defensa. Entre ellos tres expresidiarios, que mantenían continuos conflictos con sus propios compañeros. Una noche todos ellos bebieron de más, incluyendo el oficial y los suboficiales. Luego varios hamidies montaron a caballo y desaparecieron en la oscuridad. No volvieron a verlos, excepto a uno de ellos, que regresó apenas tres horas más tarde.

Cuando se supo lo ocurrido en la casa del inglés, todas las sospechas se dirigieron hacia los hamidies que se habían ido. En cuanto al que había vuelto, lo interrogaron a fondo, pero juró que no sabía nada, y un inspector de policía turco que apareció unos días más tarde, exigió que todos mantuvieran silencio. No podían permitirse tener un escándalo de aquella naturaleza, y mucho menos con una familia inglesa por medio, y la implicación de un destacamento militar, que irregulares o no formaban parte del Ejército otomano, y para colmo, con oficiales y suboficiales alemanes por medio. Todos ellos fueron trasladados rápidamente a Damasco y se echó tierra encima.

El hamidie que había vuelto jurando que no sabía nada era el mismo hombre que había vendido los dibujos a Mahmud
al-Qantari,
y estaba siendo interrogado por la policía militar.

Confesó lo ocurrido. La mujer y su hija habían sido sorprendidas en la casa por sus compañeros. La mujer fue violada por varios. Él se asustó e intentó huir de allí, pero pudo ver cómo se llevaban a las dos a caballo. Aseguró que ya no sabía más. Cuando le enseñaron los dibujos que había vendido al anticuario, el hombre se derrumbó. Entonces fue cuando confesó que los hamidies eran de Gaziantep, unas ochenta millas al norte de Alepo. Mantuvo que él creía que las habrían llevado hacia allí. Él solo robó objetos sin importancia, que había escondido en unas ruinas cercanas a la casa de los ingleses. Se dio cuenta de que si aparecía con ellas en el campamento, se

convertía en cómplice de lo ocurrido. Thomas escuchó el relato de aquel oficial de policía convencido de que era cierto, pero también de que le seguían ocultando algo. Todo encajaba con los antecedentes que él conocía, los topógrafos alemanes, los hamidies, la lámina firmada de Caroline.

Se sentía nervioso y emocionado. Asintió, agradeciendo al hombre la información y tomó la decisión de ir de inmediato a Damasco para poder hablar con

Al-Qantari.

Unos días más tarde, el coronel al cargo de la investigación en Alepo volvió a hablar con Thomas en Damasco.

El ejército turco, le aseguró, no era responsable de la conducta de unos forajidos. Añadió que habían puesto un telegrama a las autoridades de Gaziantep para que indagaran sobre aquellos individuos. Pero la contestación al cabo de un par de días fue que no se sabía nada de los hamidies. Allí no habían vuelto, ni nadie había oído hablar de una mujer inglesa y su hija. Con toda crudeza el telegrama de contestación mencionaba que probablemente las habrían asesinado y hecho desaparecer.

Thomas replicó indignado que no aceptaba aquella respuesta. Que en todo caso el Ejército otomano era responsable de la conducta de sus hombres, y que no iba a dar por muertas a su mujer y a su hija, hasta que no le mostraran los cadáveres.

El coronel se encogió de hombros, murmurando en francés que el ejército había hecho lo que tenía que hacer, como estaba comprobando él mismo, y que no pretendían ocultar nada. Demostración de ello era que estaban allí, dando la cara y asumiendo el hecho. Pero era imposible dar con un par de asesinos en un país tan enorme, y menos, en aquellos tiempos tan revueltos. Prometió seguir indagando y poner a los culpables en la lista de busca y captura. Después se cuadró y dejó a Thomas con la palabra en la boca, incrédulo de que pudieran tomarse algo de aquella naturaleza tan a la ligera.

Mahmud al-Qantari, el anticuario de Damasco, se mostró indignado con los hechos. Tenía contactos en la cúpula militar del Ejército otomano en la ciudad, y le informaron de algunas otras cosas. El hamidie interrogado había muerto de un síncope durante las sesiones de tortura. Era una lástima, ya que si conocía otras

circunstancias, se las había llevado con él.

De nuevo Thomas creyó que los hados estaban en su contra. Se encontraba en un estado de tensión insoportable.

Pero Al-Qantari no era hombre que se conformase con aceptar lo que le decían. Él también quería saber la verdad, convencido de que siempre quedaba una pista, un hilo de esperanza del que se podría tirar. Uno de los sargentos que habían llevado el interrogatorio, era hermano del amante de
Al-Qantari,
que mantenía con discreción su homosexualidad, algo relativamente frecuente en determinados ambientes de Damasco, aunque en Siria no era conveniente hacer ostentación de ello. Cuando le preguntaron, el hombre aseguró que era cierto. El hamidie no fue capaz de resistir los brutales interrogatorios, pero sí pudo recordar antes de fallecer los nombres de los dos cabecillas. Uno se llamaba Abdel Razzâq, el otro Karim Fakhir. Y lo que sospechaban era cierto, al menos Razzâq era natural de Gaziantep, aunque se sabía que frecuentaba la región de Diyarbakir. Alguna relación mantendría con esa ciudad.

Thomas era muy consciente de la escasa probabilidad de encontrarlas. El suroeste de Anatolia era una enorme región montañosa y primitiva. Con aquella nueva información, nadie iba a impedirle llevar a cabo lo que tenía en mente, ni le importaba lo que pudiera llegar a ocurrirle. Iría a Gaziantep, a Diyarbakir, hasta el fin del mundo si fuera necesario, pero ya no podía seguir en aquella situación ni un día más. Notaba dentro de él la sensación de haberse equivocado en todo, y la absoluta necesidad de compensar su tremendo error. Era incapaz de comprender cómo había podido ser tan egoísta durante los dos últimos años.

No deseaba perder el tiempo, no merecía la pena volver a Beirut. No tenía un instante que perder. Se personó en el Banco Otomano de Damasco y habló con el director. Le mostró el pasaporte y la cartilla con su cuenta en la sucursal de Beirut. A partir de ese instante todo fueron sonrisas y pleitesía. El banquero se preguntaba quién sería aquel joven inglés que poseía tal fortuna. El Banco Otomano tenía sedes en Alepo, en Gaziantep, en Malatya, en Diyarbakir y en las principales poblaciones del imperio. Como director en Damasco, le extendió una carta de crédito irrevocable

por una importante suma, además del dinero en efectivo que Thomas le pidió. No demasiado, pero más que suficiente para lo que necesitaba durante las siguientes semanas. Le dijo que no debía llevar sumas importantes encima, pues se arriesgaba a tener problemas. El propio director, que sobre todo sentía la preocupación de que pudieran asesinarle para robarle o que sufriera el riesgo de ser secuestrado, le aconsejó que no viajara solo. Debería coger el ferrocarril hasta Fevzipasa, cien kilómetros al norte de Alepo, y desde allí viajar en diligencia hasta Diyarbakir, donde Thomas le había contado que pensaba dirigirse.

Su nuevo amigo Mahmud al-Qantari le proporcionó varios contactos, para los que escribió varias cartas de presentación en árabe y turco, para Alepo, Gaziantep y Diyarbakir.

—Algo muy grave tiene que estar ocurriendo, porque algunas importantes familias armenias de Anatolia están abandonando el país durante los últimos meses. Algunas se han asentado en El Cairo, otras en Chipre, en Grecia y la mayoría en Francia o los Estados Unidos. En mi profesión de anticuario nos llegan constantemente muebles, libros, instrumentos musicales, objetos de todo tipo y la mayoría provienen sin duda de armenios. Verá, señor Harding, las cosas tienen alma; le aseguro que algunas de ellas cuentan espeluznantes historias. También me llegan muchos iconos griegos, algunos muy antiguos. ¿Qué familia griega iba a desprenderse de ellos? ¡Uff! ¡Se me ponen los pelos de punta solo de pensarlo!

»Y usted señor Harding, tenga cuidado, muchísimo cuidado. No es el mejor momento para que un noble inglés… el heredero de una familia aristocrática inglesa esté dando tumbos por Anatolia, haciendo preguntas indiscretas. Ahora, aquí, los únicos cristianos o europeos que están bien vistos por los turcos son los alemanes y los austríacos. Los franceses solo por los maronitas y, tal vez, por nosotros, los árabes. Yo me considero árabe, a pesar de llevar también sangre turca, y le aseguro que debe ser muy prudente, pero ¡un inglés!, los turcos se sienten traicionados, pues Gran Bretaña siempre había sido su respaldo político, así como Francia el financiero. Para nosotros, los árabes progresistas, París es el lugar casi mítico de la avanzadilla y el progreso social. ¡Así que, señor Harding, tenga muchísimo cuidado!

Se despidieron. Tendría que hacer caso de aquellas juiciosas advertencias. Si le ocurría algo, entonces en la hipótesis de que Caroline y Ethel siguieran con vida, ya no tendrían la más mínima oportunidad de escapar de donde estuvieran retenidas.

Hizo caso de los consejos y tomó el tren de Damasco a Alepo. Tardó catorce horas, habría tardado menos a caballo. Una vez allí, entró en contacto con un conocido del doctor Boghossian, un armenio llamado Armen Agopian, que ya tenía noticias de que iba a ir a verle, pues Boghossian le había puesto un telegrama.

Armen Agopian era profesor de historia, tenían pues mucho en común y se cayeron bien desde el primer momento. Era un hombre delgado, de nariz prominente, pelo ralo y algo miope, que emanaba una sensación de inteligencia y fuerza vital.

Le llevó a su casa situada en la ciudadela, junto al foso que la separaba de la ciudad posterior.

—Alepo es una ciudad digna de estudio. Aquí están las huellas de todos los conquistadores de Oriente. Desde Tamerlán hasta Saladino, o quien a usted se le antoje. No han podido con ella ni los terremotos, ni la peste, ni las guerras. Aquí está mi casa, que perteneció a mi abuelo materno, quien la heredó de su padre, pues nuestra familia lleva en Alepo muchas generaciones. Siempre ha habido entre mis antepasados el amor por los libros, y como podrá usted comprobar, todo está lleno de viejos tomos en árabe, en turco, en armenio, en kurdo…, pues un tío político mío, cristiano maronita, se desposó, contra el rotundo criterio de su familia, con una mujer kurda. También poseo algunos en francés y en alemán, siento decirle que en inglés apenas tengo una docena. En compensación añadiré que hago votos a favor de la Entente[37], a pesar de que por las noticias parece que «los boches» se están moviendo mejor, pero esta va a ser sin duda una guerra larga, y tendremos que acostumbrarnos a esperar mejores momentos. Los prusianos tienen brillantes ideas, pero luego les pierde su propia soberbia. Y si no, ya lo verá, cada uno de los generales alemanes querrá ganar la guerra por sí solo. Julio César ya descubrió las debilidades de los germanos.

Agopian se puso algo más serio mientras le servía un té con limón.

—¿No es así como lo toman ustedes? Bien. Según me informó

nuestro común amigo Boghossian, sufre usted el secuestro de su mujer y de su hijita. Lo debe estar pasando usted muy mal. Pero amigo mío, siempre hay que mantener la fe, que es lo que le ha impulsado a venir hasta aquí. Yo le puedo comprender. Perdí a mi hermana en las matanzas de Adana de hace unos años. Y los turcos ya están haciendo movimientos para librarse de los griegos primero y después de nosotros. ¡Tener que marcharme de Alepo después de tantos años! Me resisto a abandonar todos estos libros y esta hermosa ciudad. La Halab árabe, en la que tantos armenios hemos colaborado. Árabes y armenios se conocen desde el principio de los tiempos, y aunque desde la llegada del islam una gran parte se convirtieron en musulmanes, también hay muchos árabes cristianos. Con los turcos la relación siempre ha sido forzada, jamás hemos podido mantener unos vínculos normales. Llegaron como fieros conquistadores, se apoderaron de nuestra tierra y de las tierras de los árabes. ¡No podemos hacer como si no hubiera ocurrido nada!

»Con nosotros, los sultanes turcos han intentado la política de tierra quemada —algunos como Abdul Hamid con parte de su sangre armenia—. Olvidar la historia, enterrar el pasado, hacer como si nunca hubiese existido el pueblo armenio. O como si la cultura helena de Asia Menor en todo el litoral del Egeo no fuese más que una leyenda. ¡Claro! ¡La historia no perdona!, y llegarán otros arqueólogos que descubrirán esas tozudas piedras que se resisten a desaparecer. ¡Nosotros somos parte integrante de esta tierra ancestral! ¡Los armenios labraron todos estos valles! ¡Las piedras no mienten, y demuestran que estos territorios siempre han sido armenios! ¡Mire, señor Harding, trabajar la tierra durante miles de generaciones es como escribir un texto en un papel! ¡Se puede comprobar que sin duda están escritos en armenio! ¡Y no le quepa duda de que seguirán ahí hasta el fin de los tiempos!

La vieja casa de Agopian le encantó a Thomas. Era como uno más de los torreones de piedra, con una empinada escalera que descendía hasta un sótano claustral, con bóvedas también en piedra, y ascendía dos plantas más hasta una azotea con una espectacular vista. Pero su nuevo amigo seguía en lo suyo, preocupado por lo que pudiera llegar a ocurrir.

—¡Cómo voy a irme de aquí! ¡Eso es imposible! Aquí trabajo, ahora estoy preparando una tesis sobre la influencia mutua entre el

gótico y la arquitectura califal. ¡No le quepa duda de que se influenciaron mutuamente! Y eso donde mejor se percibe es aquí, también en Damasco y en Beirut. ¡Somos muy antiguos! Fíjese que en la Gran Mezquita se encuentran los restos de Zacarías, el padre de san Juan Bautista. ¡Y mucho antes estuvieron por aquí los egipcios! ¡Aún quedan vestigios de su dominio!

»Bueno, señor Harding, usted tiene ahora otras preocupaciones. He estado indagando en los círculos adecuados sobre esos sujetos. Los hamidies son individuos peligrosos con los que la gente no quiere tener contacto, pero como hay que tener amigos hasta en el infierno, he preguntado al amigo de un amigo, que en su día estuvo enrolado en un batallón de irregulares, como también los conocen. Y no ha oído hablar ni de Abdel Razzâq, ni de su compinche Karim Fakhir. Y le digo una cosa. Si hubieran pasado por aquí, lo sabría, y mucho más llevando a una mujer extrajera y a su hija con ellos. El criminal es como un caracol, siempre deja un rastro. Si está convencido de su impunidad, más, y si pretende ocultarlo, entonces comete graves errores. De todas maneras es muy raro todo. Verá, si se tratase de un robo, ¿para qué querrían secuestrar a una mujer embarazada, según usted me explicó, y a su hijita pequeña? No termino de entenderlo. Si se tratase de un secuestro, hace ya tiempo que le habrían pedido un rescate, ¿no? Y nos queda otro móvil. La venganza. ¿Pero quién querría vengarse de ustedes? Los turcos pueden tener otros defectos, pero actúan de otra manera. No, la verdad es que no termino de entenderlo.

A Thomas, que había analizado todas las posibilidades, le sucedía lo mismo. Nada en aquel asunto tenía sentido.

A finales de septiembre abandonó Alepo, donde había permanecido una semana. Cogió el tren hasta Fevzipasa. Allí adquirió dos caballos a un tratante, y se dirigió cabalgando a Gaziantep sin mayor demora, reflexionando que, por aquellos mismos días, la guerra se encontraba en Europa en su apogeo. El mariscal Joffre pasando apuros en el río Marne y los belgas resistiendo heroicamente en Amberes. Era evidente que los turcos iban a incorporarse a la guerra en cualquier momento, y que tal y como le había prevenido su amigo Boghossian, Turquía se convertiría en un lugar muy incómodo para los ingleses.

Decidió mimetizarse. Llevaba en su equipaje ropa árabe

tradicional. ¿No lo había hecho ya Burton en La Meca y Medina? Se había dejado crecer la barba sin cuidársela, tenía la piel del rostro curtida por el sol. Sus ojos castaños colaborarían en hacerlo pasar desapercibido. Para entonces hablaba el árabe común con absoluta fluidez, y era capaz de entenderse muy bien en turco. Era muy consciente de los riesgos que iba a correr. No se engañaba, pero estaba convencido de que si existía un país en donde era posible ocultarse, ese era Turquía, en donde convivían infinidad de razas, religiones y culturas.

Entró en Gaziantep, una población en la ladera sur de la cordillera del Tauro, el siete de octubre. Por el ambiente, nadie hubiera dicho que el mundo estaba bajo la amenaza de una tempestad bélica. Los tratantes se apiñaban, embebidos en sus discusiones y eternos regateos, en el mercado de ganado. Aunque también era una ciudad industriosa, los talleres se abrían a la calle principal, ofreciendo tejidos de algodón, muchos artículos de piel, lana y todo tipo de objetos. Gaziantep era una pequeña capital, a la que llegaban a proveerse muchísimos campesinos, armenios, kurdos, árabes y turcos, a los que se podía distinguir unos de otros sin la más ligera duda, por sus trajes típicos y sus tocados. Era día de feria y eso favorecía el interés de Thomas en pasar desapercibido. Muchos hombres iban arriba y abajo, entrando y saliendo de la ciudad, con caravanas de camellos, caballos o acémilas. Si Damasco o Alepo le habían sorprendido por su interés histórico y la belleza de su arquitectura, Gaziantep era un lugar auténtico en el que se retrocedía un par de siglos en el tiempo.

Mahmud al-Qantari le había proporcionado una dirección. Abdul Halil, un turco que tenía una factoría de tabaco, muy cerca del río Sajur, un afluente del Eúfrates. El hombre surtía al ejército y según

Al-Qantari

tenía buenos contactos. Thomas se presentó en su fábrica, una vieja nave con la techumbre de vigas de celosía de madera. En la misma puerta preguntó por él. Debía haber recibido un telegrama advirtiéndole de la llegada de «un gran amigo de

Al-Qantari»

y estaría sobre aviso. Después de presentarse, Halil se sinceró con él.

—¡Por Dios omnipotente que ha sido usted capaz de engañar a mi empleado!

El hombre hablaba francés con fluidez y movía la cabeza en señal de aprobación.

—Me ha dicho: Ahí fuera tiene usted a un circasiano aguardándole. Si le preguntan, diga que es del Cáucaso. Son gente de pocas palabras, y con suerte, podría pasar por uno de ellos, aunque los más observadores pensarán, ¿qué hace aquí ese inglés disfrazado?

»Verá, señor Harding. Encontrar a dos fugitivos hamidies en Anatolia es una misión imposible. Sé los motivos que lo impulsan y admiro su determinación. Pero los hamidies no tienen otra patria que sus propios intereses, y esos dos pueden estar en cualquier lugar —Abdul Halil entrecerró los ojos—. Solo los podría encontrar otro hamidie, así que le voy a presentar uno. ¡Neguib! ¡Ven a la oficina! Tal vez este pueda hacer algo por usted.

Un hombre de unos cuarenta años, con la cara cruzada por una gran cicatriz se detuvo en la puerta.

—Pasa, Neguib, por favor. ¡Dios es grande y misericordioso! Mira, Neguib. Este es mi amigo, así que intenta ayudarnos. Está intentando encontrar a dos hamidies con los que tiene una cuenta pendiente. Le he explicado que a un hamidie prófugo solo lo puede encontrar otro hamidie.

El recién llegado no hizo ni un gesto. Permaneció quieto sin pestañear, observando a aquel extraño circasiano al que su jefe trataba con tanta deferencia. Entonces asintió.

—Sí. Es cierto. Nosotros los hamidies somos como los perros de la calle, siempre capaces de encontrar un rastro. Dios todopoderoso nos ha dado esa habilidad. Si salgo ahí fuera y husmeo puedo asegurar si alguien está cerca o no. ¿A quién busca tu amigo?

Fue Thomas quien habló, intuyendo que aquel era el hombre adecuado.

—A dos hamidies que trabajaban para proteger a unos topógrafos alemanes. ¿Te suenan los nombres de Abdel Razzâq o Karim Fakhir?

El hombre permaneció callado unos instantes. Afirmó con la cabeza.

—Sí. Dios es compasivo y te ha puesto en el rastro correcto.

Fakhir es un asesino de Diyarbakir. Bueno, exactamente de Lice, en las montañas. Tal vez esté allí, pero nadie podría asegurarlo. Solo Dios lo sabe.

Abdul Halil asintió satisfecho de poder ser útil al amigo de su amigo.

—Bien. Ya tiene usted una pista sólida. Neguib lo acompañará. No es una zona para viajar solo. Diyarbakir es un lugar peligroso, una ciudad fronteriza llena de contrabandistas y forajidos. Mejor va en su compañía, él conoce la región y sabe cómo debe actuar con esos individuos.

—Abdul Halil, ¿sabe tu amigo «el circasiano» —el hombre remarcó las palabras con cierta ironía— que si vamos detrás de esos dos, tendremos que matarlos o nos matarán ellos a nosotros?

—Sí. Como tú sabes que no puedes poner en riesgo la misión. ¿De acuerdo? Dios es compasivo, pero yo no lo soy tanto. Así que procura que a mi amigo el circasiano no le ocurra nada, y que nadie tenga la curiosidad de preguntarle o molestarle. Que te acompañen tus hombres. Todos los gastos son por mi cuenta, pero vuelve aquí con él y ayúdale en todo lo que necesite. ¿De acuerdo?

Neguib afirmó con la cabeza.

—Así se hará jefe, si esa es la voluntad de Dios.

El hombre se retiró mientras Abdul Halil sonreía.

—Bueno, señor Harding, usted podrá pasar desapercibido entre la multitud siempre que no hable mucho. Tiene un aceptable acento, pero el problema es que huele usted a inglés desde una milla de distancia. Si me permite un consejo, deje de asearse tanto, no se cambie de ropa. Siga empleando ese tinte para la piel de las manos y la cara. Es muy adecuado y se le irá al cabo de unos días en cuanto deje de echárselo. Hable lo menos que pueda, frases cortas y guturales, no se peine cuando se levante por las mañanas, no se recorte la barba y, sobre todo, procure mover el cuerpo y la cabeza como nosotros. Andan ustedes los ingleses como si estuvieran envarados, no se ofenda por ello, se lo digo por su bien, si no, tendrá problemas. Y si se tropiezan con militares turcos, no los mire jamás a los ojos, haga como si no los viera. Este antiguo hamidie, Neguib, me debe muchos favores, y ahora su familia depende de mí, no tiene usted que disimular con él. No le traicionará, eso se lo puedo garantizar. No sé quién es usted, solo

que es inglés y que busca a su mujer y a su hija. Los tiene usted bien puestos, pero no le garantizo nada. Cuando encuentre a ese Razzâq y a ese Fakhir, tenga mucho cuidado. Intentarán matarlo en cuanto lo vean, así que dispáreles a las piernas sin preguntar. Tienen que vivir lo suficiente para que pueda sonsacarles dónde están su mujer y su hija. De eso se encargará Neguib, y ya le adelanto que, si él no consigue que hablen, será porque no lo saben. Que Dios le acompañe. No, no me debe usted nada. Tengo órdenes de mi amigo Mahmud
al-Qantari
de hacer lo que pueda por usted. Él es para mí como un padre.

Al amanecer salieron en dirección hacia Diyarbakir. Le acompañaban seis hombres liderados por Neguib. Se sentía mucho más seguro con aquella escolta, le habían advertido que era una región peligrosa, y mucho más para un extranjero solo. Se había tintado ligeramente la piel, y Neguib le ayudó a aplicarse una raya de kahal en los párpados. Le aconsejaron que se pusiera los mismos ropajes que ellos, y eso era lo que más le molestaba, porque con ellos emitía un olor nauseabundo. Sabían que era inglés, pero lo importante era que pasara desapercibido cuando se encontrara con turcos o con desconocidos.

Intentó cabalgar y moverse tal y como le recomendó Halil, imitando a los hombres que le acompañaban. Se levantaban al amanecer, preparaban un té que tomaban con una especie de galleta salada. Después cabalgaban al trote corto unas quince o veinte millas, dependiendo de las dificultades del terreno, evitando los caminos principales. Sabían que los turcos estaban llevando a cabo levas indiscriminadas para intentar reforzar su ejército. Pero se trataba de hombres avezados en ocultarse y no era fácil que dieran con ellos. Cuando se cruzaban con campesinos armenios o turcos, ambas partes simulaban no verse. Era prudente actuar así. Los campesinos odiaban y temían a los irregulares hamidies. Los miembros del grupo preferían pasar desapercibidos. Ninguno quería saber nada con los turcos, si se topaban con militares, tendrían que huir o terminarían a tiro limpio.

El viaje desde Gaziantep a Diyarbakir duró casi dos semanas. Cuando llegaron no quisieron entrar en la ciudad hasta el anochecer. Dos hombres se quedaron junto a Thomas mientras el

resto indagaba por el centro de la ciudad. Volvieron un par de horas más tarde en silencio. Luego se dirigieron a un caravasar, situado junto a la puerta oeste de la ciudad, donde pasarían la noche. Allí, mientras cenaban lo que el propietario quiso prepararles, una sopa de lentejas y pan de centeno, Neguib se dirigió en un aparte a él.

—Señor. Es como si Dios hubiera guiado sus pasos hasta aquí. Razzâq estuvo aquí hace una semana para comprar víveres. Vino solo y compró cosas como leche y harina blanca. Eso quiere decir que tiene una mujer al menos, pues un hamidie jamás compraría ese tipo de alimentos para él.

El pulso de Thomas se aceleró. Había llegado hasta Diyarbakir, más por intuición que por ninguna certeza. ¿Estarían allí Caroline y Ethel? Quería confiar en que la esquiva suerte por fin lo acompañaría, pero temía que no fuese más que una suposición y tuviera que volver con las manos vacías.

—Sí, Neguib —contestó intentando mantener la calma—. Dios es grande y omnipotente, y a veces escucha nuestras plegarias. Si consigo dar con ellas, podrás considerarte un hombre rico. Ayúdame y te recompensaré.

—Sí, señor Harding. Debo ayudarle porque es evidente que Dios está guiando sus pasos. Durante una etapa de mi vida yo fui también un hamidie. Solo me interesaba el botín, nadie me había enseñado a distinguir el bien del mal. Había abandonado a Dios, pero Abdul Halil me salvó la vida y me hizo comprender. Ahora estoy en deuda para siempre con él. Si él me pide que le ayude a usted, estoy obligado a hacerlo. ¡Ojalá Dios nos permita encontrarlas! Creo que estamos en la pista adecuada. Verá, señor, Abdul Halil se encuentra en deuda con ese Mahmud
al-Qantari
y me pidió un esfuerzo adicional. No han de pasar dos días y dos noches hasta que sepamos si están allí. ¿Para qué querría comprar leche y harina blanca un hamidie?

Thomas intentaba dormir sin conseguirlo, en aquellas críticas horas se estaba jugando su propio destino. Sintió envidia de los hombres que tenían la fe suficiente como para confiar en Dios.

Al amanecer, salieron hacia el norte, cabalgando envueltos en la bruma de la mañana. Los hombres sabían ya lo de la recompensa, y aunque Neguib le aseguró que lo ayudarían igual con recompensa

que sin ella, era evidente que aquella promesa los incentivaba.

No llegaron a Lice hasta el día siguiente a media mañana. A pesar del nerviosismo, Neguib les obligó a descabalgar. Se habían informado de que Razzâq vivía en una casa semiruinosa a una milla al oeste de la aldea. Era una zona agreste, con grandes árboles y varias torrenteras. Dejaron los caballos atándoles las patas delanteras en un prado silvestre donde podrían pastar, aunque existía riesgo de que los atacara algún oso. Después se deslizaron sigilosamente hasta cerca de la casa en ruinas, y tomaron posiciones en un altozano desde donde dominaban la entrada.

El lugar se encontraba habitado, un penacho de humo blanco salía de una de las chimeneas. A pesar de tener una parte de los tejados caídos, se trataba de un gran caserón muy antiguo, tal vez un molino abandonado, edificado en varios niveles, adaptándose al terreno. Los hombres permanecían inmóviles, silenciosos, aguardando algún movimiento. De pronto, un hombre salió de la casa. Neguib lo observó con un pequeño catalejo que llevaba colgado.

—Ese es Fakhir. Ya sé quién es. Eso quiere decir que Razzâq debe estar dentro de la casa. Aguardemos a que salga —mientras hablaba, él y otro de sus hombres preparaban sus rifles—. Son buenas armas, hechas en Alemania, buen acero —murmuró Neguib —. Déjenos hacer a nosotros y no se preocupe, no vamos a matarlos. Solo a inmovilizarlos. Necesitamos que hablen.

No acababa de terminar la frase cuando vieron salir a otro individuo de la casa. Ambos conversaron en una terraza delantera. Parecían despreocupados, en mitad de aquel inmenso bosque.

Neguib y el otro hombre seguían a los dos con las miras de sus rifles. Neguib murmuró «¡Ahora!», y la doble detonación sonó en el mismo instante. Ambos hombres cayeron al suelo llevándose las manos a las piernas, mientras los atacantes corrían ladera abajo esquivando los árboles, blandiendo sus armas y disparando al aire.

Thomas corrió con ellos, a punto de caerse varias veces por la empinada ladera, emocionado y al tiempo enardecido, con la certeza de que después de todo había llegado a tiempo, y un profundo pesar por no haberlo intentado antes.

Neguib y los suyos se abalanzaron sobre los caídos para inmovilizarlos y comprobar que se hallaban desarmados, mientras

otros dos hamidies salieron de la casa disparando, alcanzando a dos de los atacantes, aunque cayeron de inmediato ante la furia del asalto.

Thomas sin encomendarse a nadie entró en la casa. Allí una mujer joven de rostro oscuro abrazaba a una niña rubia, que no podía ser otra que Ethel, que lloraba asustada. Thomas se acercó, y la niña lo observó como si lo reconociera. Preso de la emoción la abrazó y la besó, sin que la mujer hiciera nada por impedirlo. Solo gemía, lamentándose, como si intuyera lo que iba a ocurrir. Después Thomas le devolvió la niña. Necesitaba comprobar si allí también se encontraba Caroline. Buscó en toda la casa, pero no había nadie más. Entonces salió y se dirigió hacia los heridos.

—Señor Harding. Este hijo de su madre es Razzâq, uno de los asesinos más renombrados y crueles entre los hamidies. El otro es con total seguridad Fakhir. ¡Dios es misericordioso, señor! ¿Me dicen que esa pequeña es su hija? ¿Y su esposa? ¡Ahora verá como estos nos van a contar lo que ocurrió! Les hemos hecho un torniquete para que no mueran desangrados, pero ellos saben que están condenados a muerte.

Neguib se dirigió en turco a Razzâq.

—¡Qué! ¿Vas a hablar por las buenas? ¿O prefieres que te haga lo que tú sabes hacer tan bien?

El prisionero permaneció en silencio. Entonces Neguib sacó su cuchillo y se lo acercó a la oreja derecha.

—¡O hablas o te la corto! —ante la amenaza, fue el compañero de Razzâq quien entre gemidos comenzó a hablar, a pesar de las amenazas de su jefe, que le intimidaba chillando en algún dialecto desconocido para él, tal vez exigiéndole silencio.

—¡Hablaré! ¡Esta niña es la hija del inglés que vivía en Biblos! ¡No me matéis! ¡Lo contaré todo! —el individuo aterrorizado sollozaba no solo por el dolor que debía causarle la herida de la pierna.

Aunque Razzâq intentaba mantener el tipo, era evidente que perdía fuerzas por momentos.

—¿Qué ocurrió aquella noche? ¡Malditos!

Neguib no era un hombre paciente, ni mostraba la más mínima compasión por los dos heridos. Si no fuera por la información que podrían poseer, para entonces ambos estarían muertos.

—¿Dónde está la mujer inglesa? ¡Más os vale que no intentéis engañarme u os arrepentiréis de haber nacido! ¿Dónde está?

—¡Murió desangrada! ¡Dio a luz un niño que nació muerto y la mujer solo duró un rato! ¡No la cogimos nosotros! ¡Fue otro, Ahmed quien se encaprichó de ella! ¡Os lo juro por Dios! ¡Maldita sea la hora en que nos metimos en eso!

Thomas se hallaba sobrecogido por la emoción, como si estuviera dentro de un sueño o una pesadilla. No podía creer que había encontrado a su hija, pero por primera vez era consciente de que Caroline estaba muerta, y le resultaba muy difícil asumirlo. Se sentía confuso, algo mareado, pero podía ver cómo la mujer que cuidaba de Ethel se lamentaba de su mala suerte llorando, y lanzando exclamaciones en la puerta de la casa, vigilada por uno de los hombres de Neguib. La niña con los ojos muy abiertos lo observaba fijamente. Estaba cayendo la tarde con rapidez en la profunda hondonada donde se encontraba la guarida de Razzâq. Thomas solo podía pensar en que no era cierto lo que aquel bandido contaba. Dentro de él notaba un intenso dolor.

—¡Nadie deseaba que aquello ocurriese! —Fakhir intentaba salvarse—. ¡Por Dios misericordioso, debéis creerme! ¡Él es compasivo! ¡Fuimos a la casa porque el alemán quería vengarse del inglés! ¡Fue aquel oficial! Él nos calentó para que les diéramos un susto. A ver si conseguía que se marchasen de allí… pero todo salió mal. El campesino de la finca nos vio pasar y Razzâq volvió atrás para dispararle… No quería matarle, ¡solo asustarle! ¡Todo se complicó! Entró en la casa y salió con la niña. La mujer inglesa corrió tras él. Ahmed sin explicarnos lo que pretendía, la golpeó y la subió al caballo, mientras Razzâq cogió a la niña. ¡Ah, Dios me perdone! ¡Yo no comprendía lo que estaba ocurriendo! ¡Uno de los nuestros se atemorizó y se quedó atrás!

El hombre sollozaba con la respiración entrecortada, mientras Razzâq, lívido, mascullaba amenazas. Era evidente que el hombre quería seguir viviendo, convencido de que si hablaba, le perdonarían la vida.

—¡Sigue! ¡Si estimas en algo tu vida, cuenta todo lo que sepas! —Neguib empuñaba el reluciente cuchillo acercándoselo a la cara —. ¡Sigue!

—¡No me matéis! ¡La niña sigue viva gracias a mí y a mi mujer!

¡Razzâq quería venderla a un mercader de la frontera! Estamos aguardando que volviera con el dinero que pidió por ella. Pero ni mi mujer ni yo queríamos eso. Ella se ha encariñado con la niña. ¡Dios es testigo de mis palabras! ¡Ahí la tenéis sana y salva!

—¡Júrame que lo que dices es cierto! ¡Te va la vida en ello! —Neguib le hundió la punta del cuchillo en la piel de la garganta.

—Es cierto —Fakhir que estaba malherido se estaba derrumbando por momentos—. ¡Dios todopoderoso sabe que es cierto! ¡Interrogad a mi mujer! Ella no estaba allí, pero os dirá lo mismo que yo. La mujer inglesa murió al dar a luz. Razzâq tiene el anillo que ella llevaba en su bolsa. ¡Ah! ¡El anillo!

Razzâq intentó abalanzarse sobre su compañero, pero falto de fuerzas, solo consiguió caer de bruces.

—¡Maldito seas! ¡Eres un traidor!

Neguib golpeó al caído con su bota pisoteándole la espalda con saña, mientras Thomas intentaba girarse para evitar que la niña presenciara todo aquello.

Más tarde, Thomas y Neguib interrogaron a la mujer. El anillo no lo tenía Razzâq, sino ella, colocado en su dedo anular. Thomas lo reconoció de inmediato y al entregárselo la mujer, pudo leer la inscripción con la fecha de su boda, mientras se le escapaba un sollozo.

Era una confesión dolorosa para él, pero plausible. Caroline se encontraba a punto de dar a luz, la emoción, el pánico, los golpes, la cabalgada nocturna, desencadenaron el parto. El niño nació muerto, tal vez por algún golpe, y ella murió desangrada. Sentía un terrible dolor dentro de él, un nudo en la garganta y al tiempo una sensación de inmenso alivio, al haber encontrado viva a Ethel. Siempre había tenido fe en que antes o después daría con ellas, pero el desenlace era mucho más duro del que nunca había imaginado. Abrazaba a Ethel, que le había reconocido, pero ya nunca podría abrazar ni hacerse perdonar por Caroline.

No deseaba venganza. Él se sentía culpable, el principal responsable de todo aquello. Hizo que vendaran y entablillaran a los dos prófugos hamidies. La culpa la había tenido aquel teniente de ingenieros, Manheim, por el que desde el primer momento sintió una profunda antipatía, que evidentemente era recíproca, hasta el punto de desencadenar una terrible tragedia, en la que las

circunstancias habían jugado un espantoso papel. Caroline fue la víctima inesperada.

Volvió a abrazar a la niña mientras lágrimas de desesperación se deslizaban por sus mejillas. Dios era compasivo y misericordioso, y le había permitido recuperarla en el último momento. Era como un milagro, como la recompensa a su fe. Había reaccionado tarde, pero el perdón le llegaba en aquel frágil cuerpecillo, que le quería decir algo empleando palabras árabes, como si Ethel, a pesar de su edad y de las circunstancias, entendiese que debía intentar consolar a aquel hombre al que recordaba confusamente y que lloraba sin consuelo mientras la abrazaba.

Tiempo de promesas

OCTUBRE-DICIEMBRE DE 1914

A primeros de octubre de 1914, Thomas volvió a su casa de Beirut llevando con él a su hija Ethel. Recuperar a la niña había significado la culminación de un sueño. Perder definitivamente a Caroline, una sensación de terrible desconsuelo, como si se notara incompleto. La vida para él ya nunca sería lo mismo. En Caroline había encontrado mucho más de lo que creyó el día en que la conoció y se enamoró de ella perdidamente. Pero eso ya no tenía otro camino que aquella melancolía que le invadía al atardecer, y que no le abandonaba hasta que Ethel corría hacia él con los brazos abiertos.

Se despertaba al amanecer con la extraña sensación de que todo había sido un sueño. Se levantaba corriendo y entraba en la habitación situada junto a la suya donde dormía la niña, permanecía allí, observándola, sin poder separarse de ella, como si temiera que en cualquier momento pudiera volver a desaparecer. Pensaba que lo sensato sería marcharse de allí lo antes posible, ya que la situación se agravaba día a día.

Había hecho venir a Nadima Ghalib, que ya había cuidado de Ethel en Biblos tres años antes. Nadima lloró de alegría al verla. Para Thomas significó un gran alivio, tener alguien de total confianza para cuidar de su hija.

El ambiente en Beirut ya no era seguro para ellos. Gran Bretaña se encontraba prácticamente en guerra con Turquía, y la incautación por el Gobierno inglés de los dos navíos que se construían en los astilleros británicos para la armada otomana, representó un *casus belli*. Además, en Beirut comenzaban a faltar alimentos, y no deseaba encontrarse encerrado en manos de los turcos.

El mismo día que los navíos alemanes, el *Goeben* y el *Breslaw* entraron en el puerto de Constantinopla, burlando el bloqueo

marítimo, tras el desafío que ello significó para el mundo, y la humillación para la Armada británica, que vio como se le escapaban sin poder evitarlo, Thomas y su hija Ethel, acompañados de Nadima Ghalib, embarcaron para El Cairo, a donde llegaron a mediados de octubre. Había alquilado una casa en el centro de la ciudad. Recibió un telegrama del alto comisario ordenándole presentarse a la mayor brevedad. Allí estarían mejor que en Londres, se hablaba de que los alemanes estaban preparando unos enormes dirigibles para bombardearla. ¿No habían sido capaces de destruir las apacibles e indefensas ciudades belgas?

El día de su llegada, Thomas se presentó en el Estado Mayor en El Cairo. Su amigo, el mayor Stimson, lo asignó a la oficina de los Servicios de Inteligencia Británicos, por su conocimiento del árabe y del turco, además de su experiencia allí. Eso le permitiría permanecer junto a Ethel, aunque había días que no podía abandonar el cuartel.

Finalmente, el 29 de octubre, Turquía declaró la guerra a la Entente. Los buques de guerra turcos, llevando una dotación de oficiales y artilleros alemanes, bombardearon los puertos rusos del mar Negro, ocasionando grandes daños. En el Estado Mayor en El Cairo se comentó que aquella era la prueba de fuego, la ordalía en la que Alemania arrastraba definitivamente al Imperio otomano a la guerra, al obligarle a atacar a Rusia. Ya no habría vuelta atrás. Al atardecer, muchos ingleses y franceses que se hallaban en Palestina y Siria fueron hechos prisioneros. Thomas había podido abandonar Beirut en el momento justo. Recibió una carta del doctor Thabit a mediados de noviembre, en la que le comunicaba que su casa en Beirut había sido requisada por las autoridades otomanas, y convertida en residencia para altos cargos del Ejército alemán destinados allí. No podía hacer nada por evitarlo y tampoco sabía cuándo podría volver allí. Se encogió de hombros, aquella casa le gustaba, pero no iba a preocuparse por lo que pudiera ocurrirle.

Comenzó una rutina. Tenía un día libre a la semana, y el resto del tiempo se lo pasaba traduciendo mensajes o noticias aparecidas en los periódicos turcos y árabes. La entrada en la guerra de Turquía había despejado muchas dudas, aunque no había sido una sorpresa para nadie.

Semanas más tarde tuvo noticias de que el doctor Boghossian se

encontraba en El Cairo. Fue a verle. Boghossian le contó que los turcos estaban procediendo a registrar los consulados británico y francés de Beirut, en el que habían encontrado un gran alijo de armas, también le explicó a Thomas la gran preocupación existente en la ciudad. En el consulado francés habían tenido lugar muchas reuniones secretas y conspiraciones en contra de los otomanos. Si daban con las actas, podrían rodar cabezas por traición, ya que el cónsul francés, Georges Picot, durante los últimos meses había propiciado los contactos y sondeado a unos y otros, para saber hasta dónde podrían llegar. Y no era un asunto casual. El consulado de Francia en Beirut se transformó en aquellos días en la punta de lanza dentro del Imperio otomano, que causaría la herida vital del monstruo para que se desangrara por ella. Boghossian le contó a Thomas que todos los patriotas árabes, o vinculados, como era el caso de los armenios, habían estado preparando la rebelión de la mano de Francia, que seguía teniendo importantísimos intereses dentro del imperio y pretendía seguir manteniéndolos.

—Conozco bien a los turcos. Si los documentos se encontrasen, se transformarían en pruebas de cargo contra muchos miembros de la sociedad civil de Beirut, pues por allí han ido pasando todos, en una demostración de hartazgo frente al poder despótico que coartaba sus vidas. Esto no puede seguir así, nadie, ninguna de las nacionalidades que conforman el imperio, puede soportar ni un minuto más. Y ellos lo saben —Boghossian se refería a que los miembros del Gobierno de los Jóvenes Turcos estaban bien informados—. Ese Georges Picot, hasta hace poco cónsul de Francia en Beirut, podría guardar pruebas capaces de incriminar a centenares de personas en Beirut. ¡Si las encontraran los turcos, no sé lo que podría llegar a ocurrir! Ahora con la guerra declarada se convertirían en pruebas fehacientes de alta traición, y ese Djemal Bey, el ministro de Marina y miembro del triunvirato que gobierna el imperio, pretendería dar un escarmiento. Aunque lo que me preocupa son otras cosas.

Thomas conocía las difíciles circunstancias en las que se desenvolvían los armenios en Turquía, y muchos le habían hablado de que lo peor aún estaba por llegar. Se comentaba que el Ittihad no solo no iba a cumplir con sus promesas de igualdad y fraternidad, con las que pretendía engañar a Europa, sino que aprovecharía la

guerra para ajustar de una vez por todas sus cuentas con los armenios.

Thomas tuvo noticias de Londres a final de octubre. Dos primos suyos habían muerto en acción de guerra. Uno en el Marne, donde se hallaba como observador, el otro en Ypres. La guerra iba a cambiar las cosas y el mundo ya no volvería a ser el mismo. En cuanto a las noticias que le llegaban desde Beirut, comenzaban a ser alarmantes. La escuadra inglesa impedía que llegaran suministros por mar, y según le explicaba Boghossian pronto llegarían las hambrunas. Los mercados permanecían cerrados por falta de provisiones, y comer todos los días se había convertido en un milagro.

También el doctor Thabit se mantenía en contacto con él. Recibió una carta a mediados de diciembre. Al leerla pensó que merecería ser publicada en los mejores periódicos de Londres.

Querido amigo:

Aquí en Beirut las cosas se están complicando por días y la gente comienza a notar el bloqueo de las escuadras inglesa y francesa. Apenas llevamos tres semanas y ya se echan a faltar productos esenciales. Es la consecuencia de la guerra. Conociendo a los contendientes, esto no podrá tener otro final que unos dobleguen a los otros. Los alemanes están convencidos de su fuerza. Siempre lo han estado, tienen la certeza de su superioridad racial, enfermedad que han contagiado a los austríacos.

En cuanto a los turcos, no tenían otra salida que apoyar a las potencias centrales. Creo que están equivocados en sus planteamientos y que al final perderán la guerra. Inglaterra posee la verdadera fuerza y Francia la filosofía y los principios morales. Por eso creo que será un conflicto largo y tenebroso, en el que al final ganarán las fuerzas que representan al bien, y caerán los enemigos de la humanidad, aunque no me cabe la menor duda de que lo harán matando.

Ahora están crecidos los prusianos y según cuentan, en

Constantinopla hay continuos desfiles y fanfarrias. El Ittihad está convencido de que el imperio otomano saldrá reforzado, y elucubrando sobre la reconquista de lo que un día fueron sus posesiones en los Balcanes. Hablan continuamente de la superioridad de la raza turca. De un lugar mítico llamado Turán, donde se originó el destino de los pueblos turcos. ¡En eso los filósofos alemanes han tenido mucha culpa! Y le adelanto que todas esas absurdas teorías llevarán al mundo a la ruina.

Al final, gracias a Dios, el registro del Consulado de Francia resultó una falsa alarma. Solo encontraron una colección de armas, muchas de ellas casi de coleccionista. Se ve que el amigo Picot quería tener una panoplia en su casa de campo en Francia, cuando se retire. Todos aquí en Beirut han respirado con alivio, porque estaban convencidos de que, si se hubieran hallado documentos comprometedores, habrían rodado cabezas. ¡Ese Djemal Bey se las trae!

No sabe cuánto nos alegramos de que pudiera recuperar a su hija. ¡Comentan aquí que ha sido un milagro! También compartimos su tristeza por la desaparición de su esposa.

Con la esperanza de que esta terrible guerra sea la última y termine cuanto antes, reciba un abrazo fraternal de su amigo.

Ayub Thabit
doctor en Medicina

El mayor Stimson, con el que se llevaba muy bien, le invitó a cenar en el club de oficiales con los jefes del Estado Mayor. Los militares le veían como un profesor especialista en arte antiguo, no como uno de ellos. La guerra estaba moviendo a la gente de un lado para otro, y a él, gracias a la influencia de Augustus Newman, y a los buenos oficios de Stimson, le había tocado allí en El Cairo, en el lugar donde daba la impresión de que iba a dilucidarse el destino del Imperio otomano, al menos en Arabia, Palestina y Mesopotamia.

También conoció al general Townshend, que partía de inmediato a la campaña en Iraq, intentando tomar Basora y Bagdad, remontando el Tigris. Thomas vio un hombre demasiado soberbio para poder dirigir a otros. Alguien así jamás podría comprender a sus soldados.

De lo que sí parecían todos convencidos era de que Francia ansiaba obtener Siria, pero sobre todo el litoral con Beirut y el Monte Líbano.

—¡Está bien! —Townshend no podía ver a los franceses. Era un hombre rudo y directo—. ¡Le daremos a los franchutes el Vilayato de Siria para que se entretengan! ¡Nosotros nos conformaremos con el resto! ¡A fin de cuentas, en Mesopotamia está el petróleo! Ellos que levanten los planos de Baalbek y Palmira como hizo Napoleón aquí en Egipto. ¿No estuvo usted allí, Harding?

—En efecto, mi general —Thomas tenía que hacer un esfuerzo para dirigirse con propiedad a sus jefes. Le costaba acostumbrarse a la disciplina militar, el propio mayor Stimson le echó en cara que fuese tan poco disciplinado.

—Thomas, ustedes, los profesores de Oxford, se creen superiores a todo el mundo. ¡A ver si se le mete de una vez en la cabeza que aquí es uno más, y que debe aceptar que los valores del ejército son la disciplina, el respeto a la jerarquía sin discutir las órdenes y no actuar por su cuenta! ¡Bah! ¡Es imposible convertirles a ustedes en soldados! Pero, amigo mío, no quiero que lo fusilen cualquier amanecer. Así que procure hacerme caso. Por cierto, Kitchener quiere que vaya usted a hablar con el jerife Hussein. Se ha enterado de que estuvo con él hace tiempo, acompañando a Augustus Newman. ¡Ah! ¡Ese Newman! ¡Posee el extraordinario don de la ubicuidad!

Thomas no tuvo otro remedio que aceptar las órdenes. No le hacía ninguna gracia separarse de Ethel, aunque Nadima la cuidaba como una madre. No le importaba que hablara a la niña en árabe, que Ethel parecía dominar a pesar de su corta edad. También tenía una profesora de inglés y él le hablaba siempre en ese idioma, y ella contestaba en árabe o en inglés, sin darse ni cuenta.

Viajó a Arabia con el mayor Stimson, al que ya consideraba un amigo. A pesar de las chanzas sobre su pobre espíritu militar, ambos se comprendían. Stimson procuraba facilitarle la vida, aunque en El Cairo eso no resultaba demasiado difícil para alguien

como Thomas Harding. Su posición social, su situación económica, la relación de conocimiento, incluso de amistad, con algunos de los altos mandos británicos eran más que suficiente para ello, pero si además alguien como el mayor Stimson le echaba una mano, entonces las cosas se arreglaban solas y todo resultaba más fácil.

Thomas también hizo amistad con varios arqueólogos franceses que llevaban la dirección del Museo Egipcio. Le invitaron a visitar una de las excavaciones que llevaban junto a la Esfinge.

Las increíbles dimensiones de las pirámides le tenían sobrecogido. No se cansaba de ir hasta allí en uno de los vehículos que el Estado Mayor había puesto a su servicio, con un joven cabo de Plymouth que le confesó que también deseaba convertirse en arqueólogo. A partir de ese momento Edgar Kirkpatrik, que así se llamaba el cabo, y Thomas Harding establecieron una cordial relación, y mientras Edgar conducía, él iba contándole sus aventuras en Mesopotamia con el profesor Patterson.

Se sentía bien en El Cairo, en la preciosa casa antigua que había alquilado, con un gran patio al que daban las ventanas protegidas por las típicas celosías de madera. El salón central a dos alturas tenía una pequeña fuente de azulejos con una lámina de agua. Las antiguas vigas de madera tallada y pintadas a mano hacía ya mucho tiempo proporcionaban a la mansión un ambiente que le encantaba. Era un edificio mucho más bello que su casa de Beirut. La diferencia fundamental eran las increíbles vistas de aquella casa, mientras que la de El Cairo se encontraba entre estrechas calles.

Boghossian le había dado la dirección de un armenio, Hagop Arzumanian, que poseía una tienda de libros, manuscritos y láminas, en uno de los callejones de apenas cinco pies de anchura del barrio de Khan
el-Khalili,
junto a la Universidad de
al-Azhar.
De vez en cuanto caminaba arriba y abajo por el viejo Cairo, pensando en Caroline. Hubiera dado cualquier cosa por enseñarle el almacén de Arzumanian, sus viejos libros en árabe, armenio, hebreo, arameo, turco, algunos de ellos con preciosas láminas coloreadas a mano. Ella hubiera disfrutado con todo aquello.

Arzumanian conocía desde hacía años al doctor Boghossian.

Muchos armenios estaban llegando a El Cairo vía Alejandría y Beirut, desde que a finales de agosto pasado las turbas habían saqueado los comercios de griegos y armenios en poblaciones como Sivas y Diyarbakir, o que en lugares como Zeitún hubiesen asesinado a armenios. Como todos los armenios que había conocido hasta entonces, Arzumanian colaboraba activamente con las organizaciones armenias, y le explicó que era corresponsal de la revista *Azadamard* en Constantinopla. Le confesó, el órgano del FRA

en aquella ciudad.

Algunas tardes iba para tomar un té al estilo egipcio a la tienda de Arzumanian, pues se dejaban caer otros armenios y analizaban la precaria situación en la que se encontraban los suyos en Turquía. La declaración de guerra contra Inglaterra, Francia y Rusia había levantado la veda contra los armenios del imperio. Se hablaba ya de matanzas indiscriminadas y secuestro de los huérfanos armenios en lugares como Erzurum.

—¡Ya se han quitado la máscara, señor Harding! ¡Como Inglaterra y Francia no nos ayuden! ¿Sabe usted quiénes son los *cheté*? Están formando una organización especial, la Teshkilat Mahsuse, con los mayores criminales de las prisiones turcas. Han hecho un pacto con ellos. ¡Debe creerme aunque le resulte imposible! ¡Les van a permitir asaltar, violar, asesinar, robar, saquear todas las propiedades de los armenios! ¡El puro terror! ¡No vamos a encontrar en Turquía compasión ni refugio! Si un turco les da asilo, y le puedo garantizar que en Turquía mucha gente es buena y compasiva, será sentenciado a muerte junto con toda su familia. Estamos muy preocupados, a pesar de que sabemos que contamos con los franceses y los ingleses. ¡Pero lo que está ocurriendo no lo saben en Europa! ¡El Ittihad tergiversa la realidad y habla de que son los armenios quienes atacan a los turcos! Ah, Dios mío, ¡qué terribles pruebas nos haces pasar!

Thomas Harding tenía información de lo que estaba ocurriendo. Lo había sufrido en sus propias carnes, y culpaba al Gobierno de los Jóvenes Turcos de la tragedia personal que había vivido. Cada vez que miraba a Ethel, veía en ella los rasgos de Caroline, y se le hacía insoportable pensar que él era responsable por haberlas dejado solas

en Biblos. Aquellos amargos recuerdos le acompañarían toda la vida, y reflexionaba que tal vez una manera de mitigar su dolor y compensar lo sucedido sería intentar ayudar a las víctimas inocentes de la guerra que estaba comenzando. En el Estado Mayor del Ejército británico en El Cairo, auguraban que el conflicto duraría entre tres y cinco años, y en ese plazo los más débiles se quedarían en el camino.

El viaje para visitar al jerife Hussein poco tuvo que ver con el anterior, cuando los turcos aún no sabían a qué carta quedarse, y hacían la vista gorda ante las inevitables relaciones del jerife con Gran Bretaña. Aquella vez el mayor Stimson y él tuvieron que ocultarse, disfrazarse, viajar de noche, entrar a través de una playa desierta donde les aguardaban fieles al jerife. En aquel viaje pudo apreciar el temple de su amigo. Se adaptaba a todo sin protestar. Si podían comer, lo hacían, si no aguantaban. Lo único que le preocupaba a Stimson era el éxito de la misión. Le confesó que sentía una admiración especial por el nuevo alto comisario en Egipto, sir Henry McMahon, quien los había elegido para que entraran en contacto con el jerife Hussein, alguien que podría llegar a ser de gran importancia estratégica para el devenir de la campaña de Palestina.

Thomas tampoco se quejaba del insoportable calor ni de las incomodidades. Se sentía recompensado con la oportunidad de estar en una misión trascendental para Gran Bretaña.

De noche, observando las brillantes estrellas, no podía dejar de pensar en la eterna historia, los hombres siempre habían tenido excusas para matarse los unos a los otros, y ni el paso de los siglos ni la modernidad habían podido acabar con esas bárbaras tradiciones.

Suspiró al pensar en Ethel y en la desaparecida Caroline. Una estrella fugaz cruzó la inmensa bóveda, tal vez sería un mensaje que ella le enviaba desde alguna parte.

El informe Aghaian

ENERO-JULIO DE 1915

Se encontraron con el jerife Hussein en algún lugar del desierto. Hasta allí los condujeron los guías, unos beduinos que les proporcionaron las vestimentas que los transformaron en árabes del Hedjaz. Stimson ya debía de haber pasado por aquella experiencia, porque prefirió un camello macho cuando le dieron a elegir montura. Thomas se decidió por un caballo, algo brioso, aunque le proporcionaba más confianza que los tercos dromedarios.

El jerife los saludó con afecto, sobre todo a él, pues le recordaba de su anterior visita, entonces acompañado de Augustus Newman e Himada Effendi. Era hombre de buena memoria y modales exquisitos, que utilizaba con habilidad para marcar una clara diferencia con sus notables, gentes rudas de pocas palabras. Se sentía respaldado por Inglaterra, aunque aún no había hecho pública su decisión final. Aquel hombre conocía demasiado bien a los turcos, no quería terminar sus días colgado en la plaza mayor de Medina, por lo que actuaba cautelosamente.

Se encontraba reunido con sus principales notables y con varios árabes, antiguos oficiales del Ejército otomano. Aquellos hombres habían tomado partido por el jerife, fuera cual fuese su última decisión. También se hallaban allí algunos políticos sirios trajeados a la europea que le presentó el propio Hussein. No cabía duda de que aquella reunión era algo más que un mero cambio de poderes aunque, por otra parte, algunos de ellos se los debía a los propios británicos.

Allí estaban Abd al-Gani al Uraysi, de Damasco, un importante líder que había decidido salir de la ambigüedad, también oficiales como Alí Rida, un sirio de las montañas, los jefes de
Al-Ahd
y de
Al-Fatah,

de Siria, Iraq y Palestina. Aquella reunión, murmuró Stimson al comprobar los invitados, se presentaba prometedora.

Compartieron la comida que les ofreció el jerife en un ambiente distendido. El plato principal era cordero cocinado a las brasas, aderezado con cebollas y hierbas del desierto. También un pan delicioso, amasado y cocido con habilidad bajo la arena caliente por las brasas, del que eliminaron los últimos granos de arena dándole unas simples palmadas y terminaron de limpiarlo rascándolo con un cuchillo. El jerife prefería el café a la turca tras tantos años en Constantinopla, y eso fue lo que bebieron para acompañar la comida. El postre eran unos dátiles maduros de un increíble dulzor y unos pequeños pasteles de miel, tal vez demasiado empalagosos, pero que el jerife alabó como una exquisitez.

—¡Es miel del desierto! Ustedes han llegado aquí cabalgando entre grandes rocas y arena, y desconocen todo lo que se esconde aquí, en este inmenso país, diez veces mayor que toda Gran Bretaña. ¡Nuestro mayor aliado es el sol, pues nadie puede combatir contra él! ¡Nuestras murallas son esas montañas de piedra o de arena que surgen del desierto! ¡Aquí los ejércitos son invisibles para los enemigos! ¡Alá es el más grande!

Thomas lanzó una mirada a las montañas de color dorado oscuro que les rodeaban. Se encontraban en una especie de anfiteatro natural, donde el jerife había decidido plantar su campamento. Unos centinelas apostados en la pared superior vigilaban los caminos y desfiladeros que conducían hasta allí, y Thomas pensó que se hallaba en un momento intemporal. Podían encontrarse lo mismo en 1915 que en 1591, incluso mucho antes, aguardando a las tropas del Profeta. El único detalle anacrónico era el reloj de pared que podía escucharse desde el interior de la tienda, y los grandes revólveres que todos ellos llevaban colgados al cinto.

Estaban aguardando la llegada del príncipe Fayçal, que viajaba desde Jerusalén para asistir a la reunión, y el jerife lanzaba impacientes miradas al reloj volviendo la cabeza, sabiendo lo dura y difícil que podía resultar la vida en aquellos días. Los turcos habían tomado la decisión de apoyar a las potencias centrales, y no dudaban de que todos los musulmanes harían lo mismo, en una yihad contra los enemigos del califa que se levantaría en todo el islam como una imparable ola.

Al atardecer llegó el emir Fayçal. Besó la mano de su padre y luego lo abrazó mientras saludaba a todos los presentes con una leve sonrisa. Era un hombre que emanaba elegancia en su figura, su forma de andar, en su particular y lenta manera de hablar. Comenzó su ronda de saludos estrechando la mano del mayor Stimson y de Thomas Harding. Los recordaba bien y les sonrió con complicidad.

Mientras se alejaba, Stimson le hizo un comentario a Thomas.

—Ese es nuestro rey en Siria. Pienso que hemos elegido bien. ¿No crees?

Thomas asintió.

—Sí. La verdad es que ese hombre inspira confianza. Es importante que lo cuidemos, porque los franceses tienen su alfil, para darnos jaque mate —se refería al interés de Francia por dominar Siria y Líbano, lo que la enfrentaba al candidato británico.

Más tarde, tras la cena, comenzó la reunión. Era un consejo de notables, presidido por el jerife Hussein, con su hijo Fayçal, sentado a su derecha, al que habían solicitado la deferencia de que asistieran los representantes de Gran Bretaña, como demostración de confianza y garantía definitiva de la decisión de establecer vínculos con la Entente.

Fue el jerife quien tomó la palabra, y al levantar sus brazos, se hizo un absoluto silencio.

—¡En el nombre de Dios omnipotente y misericordioso! ¡Ha llegado el momento de tomar decisiones! Mucho tiempo ha pasado desde que un sultán otomano se proclamó califa de los creyentes. Ahora los Jóvenes Turcos, que tanto habían prometido a los árabes, han mostrado su verdadero rostro. No es el que esperábamos ver, nos sentimos defraudados. Vosotros sabéis bien que el Corán está escrito en árabe, no en turco con letras árabes. Os digo esto porque han llegado hasta La Meca y Medina las llamadas a la guerra Santa. ¡Ahora no estamos en una guerra de religión! ¡Tenemos amigos y aliados cristianos! ¡No tenemos nada contra los cristianos! Los más amigos de los creyentes son los que dicen «Somos cristianos»[39]. Aquí están con nosotros los representantes de Gran Bretaña. También Francia y Rusia son naciones aliadas del pueblo árabe. No. No iremos a una yihad. Sabéis que los otomanos quisieron trasladar el corazón del islam a Constantinopla. Pero todos sabemos donde

está La Kaaba. Esos descreídos Jóvenes Turcos solo llaman a la yihad de todos los árabes en su provecho propio, porque en ese Gobierno no hay verdaderos creyentes. Quiero que sepáis que los hachemitas hemos tomado partido, y que no coincidimos con el sultán, títere de los Jóvenes Turcos, ni con el káiser que los apoya, ni mucho menos con los líderes del Ittihad. Os aseguro que ninguno de los tres [40] es un buen musulmán. Nosotros creemos en Dios y en la libertad que él nos otorgó, y eso es lo que nos han prometido los ingleses. Confiamos en ellos y lo hacemos de buena fe. El que pretenda engañar a los árabes, se engaña a sí mismo. Sabemos que los británicos han puesto el pie en Mesopotamia, y que en El Cairo están preparando la Campaña de Palestina. Nosotros los apoyaremos en su momento.

»Vosotros, ingleses —el jerife se dirigió a Stimson y a Thomas Harding— debéis saber que gozáis de nuestra absoluta confianza. Transmitirle a sir Henry McMahon que puede contar con los árabes del Hedjaz.

La reunión prosiguió en un lenguaje cargado de simbolismos y metáforas. Pero no era retórica, sino la expresión de la voluntad de Hussein de acabar con la ambigüedad. En el momento de hacerlo no existían recelos ni reservas. El único que permanecía silencioso y un poco al margen, era el emir Fayçal. Se comentaba que había vuelto de Damasco muy preocupado, no tanto de sus aliados europeos, como al notar que los hombres fuertes de aquella ciudad no terminaban de entregarle su confianza. Le amargaba saber que aquellos árabes europeizados y cultos se referían a él como «el Beduino». Naturalmente ninguno de ellos se hubiera atrevido a decírselo a la cara. Eran de nuevo los sentimientos que debió vivir el califa omeya Muaviyya, cuando le llegaron los mensajeros de Hedjaz. Pasaban los siglos y los hombres, aunque parecían cambiar, las pasiones humanas seguían siendo las mismas. En cuanto al jerife Hussein, en aquellos momentos daba la impresión de tener las ideas muy claras. Nada de regateos, ni las típicas ambigüedades de los árabes de Hedjaz, a los que se consideraba mucho más primitivos que a los de Damasco o Beirut.

—Es sorprendente —comentó el mayor Stimson mientras descansaban observando el refulgente firmamento tumbados sobre la arena—. Fíjate que estos árabes que parecen sacados de *Las mil y*

una noches no son tan ambiguos políticamente como los avanzados árabes de Damasco, muchos de ellos educados en Francia o influidos por ella. El jerife Hussein es un hombre ambicioso, pero nadie podrá acusarle de ambigüedad. A principios de año tuvimos que canjear a Aziz
al-Masri
para librarlo de la horca. Gracias al *Times* sigue vivo, tu amigo Augustus Newman tuvo que moverse bien en Constantinopla y en Tesalónica, con los oficiales árabes del Ejército otomano, para convencerlos de que su verdadero líder es el jerife Hussein, y que esas organizaciones secretas árabes,
Al-Ahd,
Al-Fatah,
El Merkezye nos apoyarán. Ese Aziz
al-Masri
pactó con nosotros que nos apoyaría cuando Inglaterra hiciera una clara declaración de apoyo a la independencia y a la unidad de los pueblos árabes. Eso es lo que hemos traído al jerife. McMahon quiere convencerle de que solo con nosotros podrá tener futuro.

Thomas estaba agotado por las emociones de aquel día, pero aún tuvo fuerzas para replicar a su amigo, ya que la duda le asaltaba sobre ello.

—¿Y tú crees sinceramente, Stimson, que podemos asegurarle un brillante futuro al jerife Hussein, como futuro soberano del pueblo árabe?

Stimson aguardó unos instantes antes de contestar. Él también debía de tener sus dudas sobre las especiales circunstancias en que se estaban moviendo, consciente de que en política nadie podría poner la mano en el fuego.

—Ahora sí, muchacho. Ahora sí. Y lo que importa es el momento presente. Mañana será otro día.

El mayor Stimson y Thomas volvieron a El Cairo con la sensación del deber cumplido. Era muy importante para la estrategia de la guerra la posición de los árabes. Sin embargo, a McMahon le ocurría algo semejante al príncipe Fayçal, con respecto a las organizaciones árabes como
Al-Ahd
o

Al-Fatah.
Estaba bien informado de que la alta oficialidad árabe del Ejército otomano, los oficiales iraquíes y sirios, no deseaban jugarse todo a una carta. Los Jóvenes Turcos seguían haciendo promesas de autonomía, lealtad y poder a los que querían escucharlos. Eran ambiguas promesas de futuro, ya nadie dudaba de que el mundo iba a cambiar para siempre.

Al entrar en su casa, Ethel corrió hacia él para que la estrechara entre sus brazos. Parecía haber olvidado los traumas. Thomas estaba seguro de que había acertado al llevarla a El Cairo. Ethel vestía con túnicas de algodón muy livianas, al igual que las otras niñas con las que compartía colegio. Thomas decidió contratar a una inglesa que vivía cerca de ellos como institutriz, porque Nadima Ghalib que la cuidaba como si fuera su hija, no podría educarla siguiendo los criterios que Thomas pretendía.
Sir Henry McMahon comenzó a cartearse con frecuencia con el jerife Hussein. Thomas traducía las cartas que recibían del jerife, ya que todo estaba sometido a una gran discreción. Secreto de Estado. Tal vez hubiera traductores más expertos en el Ejército, pero no poseían el grado de confianza que él tenía dentro del Estado Mayor, y no podían arriesgarse a que se filtrara nada de aquella particular correspondencia. Eso de una parte le halagaba, pero por otra le preocupaba. Traducía al árabe las cartas que sir Henry le enviaba a Hussein, y también traducía minuciosamente las que le llegaban, y en todas ellas podía comprender que Gran Bretaña estaba haciendo promesas que difícilmente podría cumplir. Sintió una gran admiración por sir Henry. Un hombre culto e inteligente que se esforzaba por colocarse en el lugar del jerife, para poder entender lo que pasaba por la mente de aquel monarca árabe y ser capaz de atraerlo hacia los intereses de Gran Bretaña, conociendo las dificultades de todo ello, y la desconfianza de partida.

Entonces llegó el desastre de los Dardanelos. Fue como un terrible mazazo para Inglaterra. Ocurrió lo impensable cuando el primer lord del Almirantazgo, Winston Churchill, midió mal sus fuerzas y condujo a la flota británica a la perdición. Todo el asunto se observaba con enorme preocupación en el Cuartel del Estado Mayor de El Cairo, y cuando finalmente se conoció el desenlace, con absoluta incredulidad ante la inesperada derrota británica y

francesa, reforzadas además por tropas australianas, indias y neozelandesas. Los turcos se aferraban a Galípoli, como si les fuera la vida en ello. Y así era. Durante 1915 las noticias eran tan desalentadoras en todos los frentes, que se temía llegar a perder la confianza de los árabes. Se sabía que muchos oficiales árabes seguían combatiendo del lado turco, sin aceptar ninguno de los señuelos que se les enviaba desde El Cairo y Londres.

A pesar de la complicada situación, París no terminaba de confiar en Londres, ni los británicos contaban con los franceses completamente. Eran aliados que se odiaban históricamente, culturas que se observaban con recelo, gentes que no confiaban los unos en los otros, aunque tanto en el Quai
d'Orsay,
como en Whitehall, eran conscientes de que estaban condenados a entenderse.

Desde El Cairo, el inesperado y terrible hundimiento del *Lusitania*, y lo que ello significó para destruir las esperanzas aliadas, hasta el fracaso de la ofensiva de Joffre, se veía con relativismo. La guerra se hallaba muy lejos, y mucho más para Thomas Harding, que cuando volvía por la tarde a su casa y podía abrazar a Ethel, creía habitar otro mundo, al menos hasta cuando venía a verlo su amigo Arzumanian, que lo mantenía informado semanalmente acerca de las espantosas matanzas y deportaciones que según él estaban cometiendo los turcos contra los armenios. Le contaba sucesos tan terribles y dramáticos que a veces dudaba de si su amigo estaría exagerando para demostrarle la maldad de los turcos contra los armenios. Sin embargo, las cartas que recibía de Augustus Newman, que estaba perfectamente informado de la situación y que mantenía una estricta objetividad, corroboraban a Arzumanian. Una terrible y amarga verdad que parecía imposible. ¿Cómo unos seres humanos podían cometer tales barbaridades contra otros semejantes? Su amigo le llevaba a reuniones con armenios recién llegados, hombres y mujeres, jóvenes y niños, golpeados por unas circunstancias tan espantosas. Thomas Harding comprendió que ganar la guerra no era un problema económico ni político. Era una cuestión de supervivencia para millones de seres humanos. ¿Qué podría llegar a suceder con los armenios si Alemania y Turquía ganaban la guerra? No quería pensar en ello.

Habían recibido en el Estado Mayor una carta conteniendo un informe confidencial de lord Gray, que ocupaba el cargo de ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña. Mostraba su preocupación por los ingleses y franceses que los turcos habían tomado como prisioneros en todo el imperio. En ella también hablaba de la tragedia que estaban soportando los armenios. El alto comisionado decidió enviar una inspección a Alepo, donde se decía que estaban conduciendo a los deportados, antes de trasladarlos a Deir ez-Zor y más al este, para abandonarlos en el desierto.

—Tenemos que averiguar cuánto hay de cierto. Puede existir un problema de intoxicación por parte de los miembros del Frente Revolucionario Armenio, que siempre han sido muy radicales en contra de los turcos —sir Henry no terminaba de creer lo que le contaban—. En cualquier caso, el ministro Gray desea conocer la verdad. Vamos a enviar a un armenio que trabaja en el Servicio de Inteligencia, Aghaian, al que va a acompañar Augustus Newman, que tiene el don de la oportunidad y en estos momentos se encuentra en Damasco. ¿De acuerdo?

Thomas no pudo evitar levantar la mano, de lo que se arrepintió en el instante.

—Sí, Harding. ¿Tiene usted algo que sugerir? —Sir Henry le miraba expectante.

—Verá señor. Augustus Newman es amigo mío desde hace años. Tengo muchos amigos armenios, en fin, si no le importa, me gustaría poder acompañarles. Haría un informe complementario sobre la situación allí.

—Harding, su labor aquí es imprescindible. Esa misión, entre ir y volver no va a tardar menos de un mes. ¿Qué haríamos sin usted? Ya sabe que en el ejército uno no puede mostrar su habilidad. Creo que no es una buena idea…

—No estoy seguro, señor —el mayor Stimson también parecía tener algo que decir—. Con el debido respeto nos vendría bien un punto de vista desde dentro de la casa. Ya sabe usted que Newman solo cuenta en sus informes lo que le dejan en Londres, podríamos tener información propia de lo que está ocurriendo allí, la verdad es que dicen tantas cosas verdaderamente espeluznantes que, en fin, nos vendría bien conocer de primera mano. ¿No le parece, señor?

—¡Bien! ¡Bien! ¡Por esta vez tendrá usted razón! —Sir Henry había cambiado de opinión.

—Además, nuestro amigo el capitán Harding posee una gran ascendencia sobre Newman, y no nos vendría mal una información directa acerca de la moral de la población allí. Tarde o temprano estaremos en Damasco. ¡De acuerdo, Harding! ¡Se ha salido usted con la suya! ¡Pero no haga tonterías, no queremos que lo fusilen los turcos al amanecer, o tal vez algo peor! Vaya, pues, con ese Aghaian y con su amigo del alma y tráiganos un informe completo y fiable. ¡Y vuelva cuanto antes!

Así funcionaban las cosas a nivel del Estado Mayor en El Cairo. En mayo de 1915 la guerra se veía con pesimismo. De Beirut llegaban noticias de una terrible hambruna de la población, y los turcos culpaban de ello a ingleses y franceses. Por otra parte, la prensa europea se hacía eco de las terribles noticias que llegaban desde Turquía, referidas a matanzas y deportaciones de griegos de Asia Menor y de armenios, pero nadie sabía cuánto de cierto había en ello.

Thomas tenía algunos buenos amigos armenios, por los que sentía un gran aprecio, pero cuando volvió a su casa aquella tarde, iba muy contrariado, enfadado consigo mismo. Él solo se había metido en la boca del lobo. ¿Y si le sucedía algo? ¿Qué sería entonces de Ethel? Pensó en volver a hablar con Stimson para decirle que había recapacitado y pedirle que le ayudara a salir del compromiso, aunque eso ya no sería tan fácil. Todos lo mirarían con extrañeza, o algo peor. No, ya no podía hacer otra cosa que lo acordado. Debería darse de bofetadas.

Habló con Stimson, pero para que le prometiera que si no volvía, se encargara de la niña. Tendría que enviarla a Londres con su tía Albertina Harding. Se despidió de Ethel sin atreverse a decirle que iba a tardar un tiempo en volver a verla, y con la cabeza llena de negros augurios. Cuando la niña lo abrazó, sintió que se le rompía el corazón. Por otra parte, era tan pequeña que no habría entendido nada. Le consolaba pensar que Nadima y la señorita Hamilton cuidarían bien de ella. Stimson le prometió que mientras él estuviera en la misión, se pasaría por su casa de vez en cuando. Así que una mañana se dirigió a la notaría para dejar constancia de su testamento. En él dejó escrito su voluntad de que el mayor

Stimson se hiciera cargo de la pequeña en caso de que él desapareciera durante aquella misión.

Fue a la estación con su nuevo amigo Ohannes Aghaian para dirigirse a Alejandría. Embarcarían en un crucero que les conduciría a Famagusta, donde un pesquero chipriota les llevaría a Antioquía. En aquella ciudad deberían encontrarse con Newman, para llegar a Alepo. Aquel era el plan de viaje y esperaba poder cumplirlo sin problemas.

Tras cuarenta y tres días de ausencia volvió a El Cairo. Ethel salió a recibirlo y lo abrazó con toda la fuerza que sus bracitos le permitían. En aquel momento ocurrió algo inesperado dentro de él y comenzó a llorar sin consuelo. Unos días más tarde entregó su informe en el registro del Cuartel del Estado Mayor, que comenzaba:

> *A quien pueda interesar. El que suscribe, capitán de Estado Mayor, Thomas Harding, doctor en Arte Antiguo y Arqueología por la Universidad de Oxford.*
>
> *Fui enviado por el Mando del Ejército Británico en El Cairo a Alepo, con el fin de informar sobre la situación en que se encontraba la minoría cristiana perteneciente al Imperio otomano durante el transcurso de la guerra, y concretamente en la ciudad de Alepo y su región, situada al noroeste del Vilayato de Siria, donde el Gobierno de los Jóvenes Turcos sigue procediendo a concentrar a los deportados cristianos de Turquía, en su gran mayoría armenios.*

Mientras escribía el informe, Thomas no podía dejar de darle vueltas a la cabeza. Lo presenciado en Alepo había cambiado su criterio sobre el ser humano. Aghaian resultó asesinado mientras se dirigían a uno de los campos donde se concentraba a los deportados. Algo los estaba haciendo comportarse de una forma tan brutal y sanguinaria. No podía ser debido más que al resultado del ultranacionalismo del Gobierno de los Jóvenes Turcos, que se había hecho con el poder absoluto y estaba gobernando por el terror. Había podido cambiar impresiones con unos turcos amigos de Armen Agopian en Alepo, que se mostraron horrorizados por lo que

sucedía. Supo que varios turcos resultaron asesinados por los «chetés», las tropas irregulares formadas por convictos de los presidios y cárceles turcas, por el solo hecho de intentar ayudar a las víctimas armenias. Tuvo información fidedigna de que también estaban siendo asesinados los griegos de Asia Menor, los asirios y caldeos, incluso cristianos maronitas y algunos católicos. En definitiva, los que pertenecían a etnias diferentes a la turca, y sobre todo los cristianos de Anatolia. Nunca habría creído que un Estado que se decía moderno pudiese ordenar asesinar a todos los que eran diferentes. A los otros, por el solo hecho de serlo, en una limpieza étnica tan brutal, de tales dimensiones, por lo que había oído a los prisioneros, cuando Newman, Aghaian y él se hicieron pasar por miembros de la Cruz Roja Internacional. Los militares otomanos desconfiaban de cualquiera que no fuese turco o alemán, y pudieron ver a muchos oficiales prusianos en misiones de control, yendo arriba y abajo controlándolo todo. A través de los Servicios de Inteligencia en Constantinopla, se sabía que el embajador alemán allí, Wolf-Meternich, se hallaba perfectamente al tanto de lo que estaba sucediendo, pero no parecía afectarle más que en la posibilidad de que los alemanes pudieran tener responsabilidades al terminar el conflicto, según sus propios comentarios.

Dos días antes de que Aghaian muriese asesinado, se dirigieron hacia

Al-Bab,

una pequeña población situada al noreste de Alepo, apenas a quince millas, donde les habían informado que existía un gran campamento de deportados. Agopian les había insistido en que debían verlo personalmente, el lugar demostraba la realidad. En el enorme campo, un páramo rodeado de doble alambrada, donde concentraban a los armenios, se hallaban personas de cualquier lugar del imperio, ya que supieron que en su interior se hallaban prisioneros procedentes de Trebisonda, Tarsos, Katma, Chat, Eilendjé, Kum Kuyú, Mardin, Fendeyak, Marash, Everek, Urfa, Sasún, Aintab, Kilis, Adiaman, Medpin, Te Ermeni, y así hasta más de trescientas localidades, todas ellas afectadas por las deportaciones y las matanzas.

Thomas no podría olvidar jamás los rostros de las víctimas, aquellos ojos desorbitados que habían podido contemplar la

increíble maldad de otros seres humanos para con ellos. La mayoría eran ancianos, mujeres y muchos niños. ¿A dónde los conducían? Se hablaba de Deir
ez-Zor,
en el corazón del desierto, doscientas millas al este de Alepo, y desde allí se perdía la pista, aunque se hablaba de que grupos muy numerosos de supervivientes eran llevados a remotas zonas desérticas, al implacable desierto, sin agua ni provisiones. Todos lo sabían, pues la muerte y la desesperación los habían acompañado desde que los hicieron abandonar sus casas, para que, con poco más que lo puesto, tuvieran que comenzar a caminar sin descanso, sin saber si los que faltaban se unirían a ellos. En los hogares vacíos quedaron encendidas las cocinas, con las viandas al fuego, las chimeneas humeantes, los animales sin recoger, las vacas, las ovejas y las cabras sin ordeñar, algunos niños sin volver aún a casa, tal vez jugando en el campo o escondidos por miedo al darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Los hombres, ¡ah, los hombres! ¡Se decía que los habían reunido para asesinarlos a todos! Donde los encontraban, ya fuese arando, segando, recogiendo leña… los fueron cazando como alimañas, degollándolos sin misericordia, y en ocasiones torturándolos salvajemente antes de asesinarlos. Todo ello y mucho más era lo que afirmaban las mujeres, desesperadas, enloquecidas algunas y como si no quisieran creer que todo era cierto, aferrándose a lo imposible, a una última esperanza que no lograría cumplirse. Muchas de ellas habían visto morir brutalmente a sus seres queridos, a sus hijas adolescentes raptadas y violadas por los «chetés» o incluso por los propios soldados que debían custodiarlas.

Cuando Thomas llegó al campamento acompañado de Newman y Aghaian, los tres sabían que estaban jugándose la vida. Tuvieron la suerte de dar con un capitán del Ejército otomano, un árabe de Mesopotamia, en total desacuerdo con el espantoso crimen que se cometía contra los cristianos del imperio. Muchos árabes mantenían una especial relación con griegos y armenios, sabiendo que la suerte o el infortunio de unos podía ser más tarde o más temprano el de los otros. También existía una relación ancestral de empatía entre ambos pueblos, y un profundo sentido de caridad imbuido en el alma de los árabes, por su propia cultura y religión, tanto árabes

cristianos como musulmanes, que en modo alguno podían aceptar que el islam amparara aquel terrible crimen.

Aquel capitán les confesó que el 24 de abril, en Constantinopla, la policía y el ejército habían comenzado las detenciones, de lo que podía considerarse la cabeza de la inteligencia armenia: escritores, músicos, políticos, médicos, arquitectos, profesores y abogados. Su único crimen era ser miembros destacados entre los armenios. Les dijo que él había estado presente, que intentó ayudar a escapar a alguno, pero solo había conseguido que lo amenazaran y que lo trasladaran allí.

El militar se sentía profundamente avergonzado, no era capaz de mirarles a los ojos, mientras Aghaian, comprendiendo el alcance de la tragedia para su pueblo, convencido de que la raza armenia estaba siendo aniquilada en una criminal conspiración que nadie era capaz de detener, lloraba sin poder contenerse. El capitán les entregó a un niño de apenas cinco meses, apenas un bebé, que daba la impresión de estar en buenas condiciones, tal vez algo desnutrido.

—Solo sé que se llama Moskofian de apellido. Intenten llevárselo a Beirut. Creo que allí tiene familia. Su madre ha muerto hace un rato y aquí no tiene ninguna posibilidad de sobrevivir.

Aghaian tomó al niño y lo escondió como pudo en una gran mochila que se echó al hombro. Después el capitán, jugándose el tipo en un alarde de heroísmo personal, les ayudó a salir de allí. Fue a la vuelta hacia Alepo, bajo la lluvia constante que transformaba los caminos en lodazales impracticables, cuando una patrulla de «chetés» les dio el alto. Aghaian se hallaba muy nervioso, y uno de los «chetés», que parecía estar drogado, se enfrentó con él, y sin mediar palabra le disparó a la cabeza. Aghaian cayó como un saco, totalmente desmadejado. Newman sacó su revólver y disparó contra los cuatro individuos, dos cayeron mientras los otros dos huyeron. Newman y él tuvieron que hacer lo mismo una vez que cogió la mochila con el pequeño, que increíblemente no lloraba, tal vez incapaz de reaccionar. Nada se podía hacer por Aghaian, y si permanecían allí, corrían el riesgo de ser asesinados, caminaban sin poder dejar de pensar en todo lo que estaba sucediendo. En el nulo valor de la vida humana.

Aghaian había muerto cumpliendo con su deber. Gracias a su

valor, aquel pequeño se salvaría. Thomas pensaba en que la mayoría de los actos altruistas o heroicos a lo largo de la historia quedarían en el anonimato para siempre.

Cuando entregó su informe, sesenta y dos páginas mecanografiadas en el registro de documentos del Estado Mayor, pensó que había cumplido con su obligación. El informe del capitán Thomas Harding, supuso un cambio de actitud de los oficiales del Estado Mayor británico en Egipto en relación con la Cuestión Armenia. Lo llamaron «El Informe Aghaian», en honor de alguien que antepuso su sentido del deber a su propia vida. El documento fue leído detalladamente por el general Shore, quien más adelante colaboraría en la organización de los contrarrevolucionarios del Cáucaso y del sur de Rusia, para levantarlos en contra de los soviéticos.

Thomas decidió implicarse más en el conflicto. Lo comentó en una comida en el club de oficiales a mediados de junio, a la que invitaron a Arzumanian, que también se había hecho amigo de Stimson.

—Lo que nos sucedió en Galípoli es la demostración de que no podemos confiarnos. Una flota moderna, con marinos preparados, incluyendo a nuestros aliados franceses, unos jefes con experiencia sobrada y, sin embargo, ahí tienen. ¡Un error tras otro! ¡Creer que los turcos ofrecerían escasa resistencia! ¡Enviar menos tropas de las necesarias para la batalla! Ni Kitchener ni Fisher, creyeron en la operación desde el principio. Ni en Whitehall, ni aquí en El Cairo se apoyó la jugada, y ahí estamos, empantanados. No veo fácil derrotar allí a los turcos. De todo ese maldito asunto van a salir malparados Churchill, Kitchener y Hamilton, y si no, ya me lo contarán dentro de unos meses.

Arzumanian era más optimista. No creía posible que los turcos pudieran derrotar a la armada inglesa, reforzada por los franceses, pero confesó que estaba muy preocupado por cómo se estaba alargando la guerra, pues todo el mundo creía al iniciarse la contienda que era cosa de semanas.

—Esta guerra está siendo un infierno para mi pueblo. Tengo noticias terribles de muchas ciudades y pueblos armenios que están siendo masacrados por los turcos. ¡En algunos casos las piezas de artillería que disparan contra ellos son servidas por suboficiales

alemanes! ¡Se ha convertido en una lucha por la supervivencia! Y les diré algo. ¡Gran Bretaña debería implicarse más en ayudar a los armenios de Anatolia! Sé que hay muchos oficiales británicos proarmenios, pero el Gobierno inglés está demasiado lejos, y no oye los angustiosos gritos de los armenios. Sabemos que el pueblo inglés está más cerca de nosotros que sus políticos. Es la lógica de esta maldita guerra.

Stimson interrumpió a su amigo intentando calmarlo.

—Todos vamos a perder con esta guerra. Pero les aseguro que Alemania, Austria y Turquía perderán mucho más. Los armenios conseguirán liberarse del yugo turco, aun a costa de sangre, dolor y lágrimas. Tal vez les resultará insoportable, tal vez el precio a pagar por esa libertad será terrible, tal vez creerán que nadie va a ayudarles, espero que no sea así. ¡No puedo pensar en que Francia y Gran Bretaña permanezcan insensibles!

En aquel momento, Arzumanian se puso en pie, excitado, tremendamente nervioso, mientras Thomas y Stimson lo observaban desconcertados.

—¡No! ¡Esas solo son meras palabras de consuelo! —todos los oficiales presentes volvieron la cabeza. En aquel lugar nadie levantaba jamás la voz—. ¡Los armenios no queremos consuelo ni caridad! ¡Dadnos cañones, medios, armas, estrategias! ¡Es que no sois conscientes de que el pueblo armenio está siendo aniquilado! Pensad que cuando repartáis los restos del Imperio otomano, una parte tendrá dueño. ¡Armenia! ¡Perdonadme! ¡Debo marchar, no puedo permanecer más tiempo así! ¡Adiós!

Arzumanian abandonó a grandes zancadas el club de oficiales. Todas las miradas seguían a aquel paisano delgado de cabello negro y ojos relampagueantes.

Thomas iba a salir tras él, pero una voz lo detuvo. Era el propio sir Henry McMahon, que desde el otro lado del salón gritó.

—¡Déjelo ir, capitán Harding! ¡Déjelo! ¡Ese hombre tiene razón! Ahora no son palabras lo que nos hace falta, ¡sino cañones! Demostraremos en su momento a los armenios que Gran Bretaña no se ha olvidado de ellos.

Thomas volvió para sentarse junto a su amigo Stimson. Unos minutos más tarde el leve murmullo de las conversaciones había recobrado su tono normal. No podía olvidar las palabras de

Arzumanian. Armenia tenía dueño. Pero ¿quedarían armenios para reclamarla al final de la guerra?

Sir Henry McMahon se acercó a su mesa y ambos se incorporaron.

—¡Siéntense, caballeros! ¡Se lo ruego! ¿Se trataba de Arzumanian, no? Yo también he comprado algún libro en su almacén. Quisiera que le transmitieran el pesar de todo el ejército y de los británicos en general por las noticias que nos llegan desde Anatolia. Díganle también que Inglaterra y su aliada Francia conocen el problema, y están trabajando intensamente para ayudar al pueblo armenio. Pero estamos en mitad de una guerra cruel que nos afecta a todos y nada resulta fácil. En fin, caballeros. ¡Buenas tardes!

Sir Henry se alejó mientras todos los oficiales del club se ponían en pie. Aquel hombre infundía un respeto especial.

Stimson terminó su café con un comentario.

—¡Bueno! A veces hay que hablar alto para que te escuchen, y ese Arzumanian… ¡Por Dios bendito que en esta ocasión ha sabido dónde hacerse oír!

El Acuerdo Sykes-Picot

AGOSTO DE 1915-NOVIEMBRE DE 1916

Por aquellos días se comenzó a hablar del Acuerdo Sykes-Picot. Georges Picot, excónsul de Francia en Beirut, y el teniente coronel Mark Sykes, habían firmado por indicaciones de sus respectivos Gobiernos, un acuerdo secreto para evitar las disputas posteriores al final de la guerra, y la victoria de la Entente, de la que ni Francia ni Gran Bretaña dudaban, a pesar de los avatares de la contienda. Los franceses aspiraban a controlar Siria, incluyendo la región alrededor de Mosul y el Monte Líbano. Los británicos Palestina, Transjordania, Mesopotamia y Arabia.

Thomas tuvo conocimiento directo de todo el asunto, pero sir Henry McMahon no deseaba que el jerife Hussein tuviera noticias, acerca de que existía tal acuerdo secreto. Pensó que sería difícil ocultar algo como aquello, pero sir Henry se lo aclaró.

—Esto es política, pura política, así que olvídese de la realidad. ¿De acuerdo?

Los que no daban la impresión de encontrarse satisfechos con lo que sucedía eran sus amigos de Beirut. Las noticias desde allí eran cada día más desastrosas. La hambruna provocada por el bloqueo marítimo se estaba llevando a una parte importante de la población por delante. Thomas hacía lo que podía por ayudar. Logró enviar un par de barcas de pesca cargadas con víveres para el hospital de Beirut, tras ponerse en contacto con el doctor Thabit y con el doctor Boghossian. Pero eso era como una gota de agua en el océano, y Stimson le advirtió que si insistía en ello podría tener serios problemas con los servicios de inteligencia. No quería arriesgarse, sobre todo a causa de Ethel, que lo necesitaba cada día más, y lo único que pudo hacer fue enviar algo de dinero propio en libras esterlinas, a través de Arzumanian, con el que mantenía una estrecha amistad. Seguían llegando muchos armenios, sobre todo mujeres, niños y algún anciano buscando refugio. Según le contaba

Arzumanian, casi todos venían con lo puesto, y dado que la situación en Beirut era terrorífica a causa de la hambruna, no eran recibidos con la tradicional hospitalidad levantina. Los propios armenios debían organizarse para poder sobrevivir, lo que en aquellos momentos resultaba imposible.

A pesar de todo, Thomas echaba de menos Beirut. El Cairo era una ciudad demasiado grande y bulliciosa, tal vez en otro momento de su vida hubiera permanecido allí. Pero deseaba retornar a su casa en Beirut. Para entonces tenía la certeza de que la Entente o los aliados, como comenzaba a conocérseles también, terminarían por ganar la guerra, y por lo tanto antes o después podría volver allí con Ethel. Deseaba explicarle que aquel era su verdadero hogar. La decisión de instalarse definitivamente allí la había tomado hacía mucho tiempo.

Tuvo que entrevistarse con Georges Picot en El Cairo, a causa de una ligera indisposición de sir Henry McMahon, achacada a haber bebido agua sin hervir, algo muy frecuente en aquellos días. En el último momento le avisaron para que se dirigiese a la Embajada de Francia, a orillas del Nilo. El motivo de la reunión era la firma de los planos, discutidos durante meses entre franceses e ingleses, que indicaban las respectivas zonas de influencia con cierta imprecisión, y que debían recogerse en el memorándum realizado por un equipo de militares, geógrafos, sociólogos y topógrafos de ambos países.

Thomas debía mantener un absoluto secreto en relación con dicho acuerdo, al igual que todo lo que pasaba por sus manos como correspondencia, documentos, mapas…, no podía realizar comentarios, ni sugerencias, ni hacer uso público o privado de todo ello. Pero nadie podía impedirle reflexionar sobre lo que estaba ocurriendo y extraer sus propias conclusiones.

Francia siempre había ambicionado los territorios situados en la Cilicia, la región situada al sur de Asia Menor y al norte de Siria, en el litoral mediterráneo. En aquel lugar en un tiempo muy lejano habían desembarcado los cruzados. Desde el momento en que los guerreros europeos, muchos de ellos franceses, encontraron a los cristianos maronitas, el destino de aquella parte del mundo quedó sellado. Durante siglos intentaron tomar posesión de ciudades como Beirut, Sidón, Tiro, Biblos, Trípoli. Bonaparte también lo intentó llegando hasta San Juan de Acre. Napoleón III envió sus tropas para

proteger a los cristianos maronitas de los drusos en la segunda mitad del siglo XIX. Pero al final, aquel funcionario con un gran bigote y aspecto provinciano, llamado Georges Picot, era el que había conseguido firmar el acuerdo que podría cambiar el destino de lo que era parte importante del Imperio otomano.

Encontró a Picot sentado junto a uno de los ventanales que dominaban el Nilo. Parecía absorto en la contemplación de unas falucas que pasaban frente al hotel, con las velas desplegadas, navegando contracorriente. Thomas se acercó y saludó al diplomático en francés.

—¡Buenos días, monsieur Picot! Sir Henry me ha pedido que le disculpe. Ya sabe, aquí solo se puede beber agua hervida. Si le parece podemos repasar esa documentación, y yo me encargo de hacerle llegar la copia al alto comisario para que la firme. Después la envío a la Embajada de Francia. ¿De acuerdo?

Picot estaba de acuerdo, ya había hecho todo lo que tenía que hacer y asintió con una sonrisa de compromiso. Seguía preocupado por lo que se comentaba de él, en relación con el «*affaire* del consulado». Se rumoreaba que los documentos encontrados en su antiguo consulado en Beirut se hallaban en poder de Djemal Bey. Se sentía mal, muy perjudicado en su carrera por culpa de aquel entrometido *drogman* maronita, Zalzal. Tenía la certeza de que era él quien había entregado a los turcos los documentos con los listados de los patriotas libaneses. ¡Bah! En realidad, una cruel venganza de Djemal para con los árabes que lo habían traicionado, y que mostraba también su frustración, al comprobar que no se incorporarían jamás a la yihad lanzada desde Constantinopla.

Pero Picot lo sentía sobre todo por su antiguo amigo Giorgi Haddad, por Abdul Jamid Zohravi, el fundador del Club Literario y La Merkezye… le hablaban de ochenta y nueve condenados a muerte, de los que los turcos ya habían ajusticiado a más de treinta. A todos ellos los había conocido personalmente, y eso le afectaba aún más. A los ojos de los observadores occidentales, todos los condenados estaban luchando por los mismos ideales. Y eso, lo sabía Picot, era bien falso.

—¡Me alegro de volver a verlo, señor Harding! ¡Ah! ¡Qué pena lo que está ocurriendo en Beirut y en el Monte Líbano! Jamás, ni en tiempos de Tamerlán, se había conocido una hambruna semejante

allí. Los turcos se han llevado todo el trigo recogido en La Bekaa para su ejército, a petición de Von der Goltz y de Limann. ¡Siempre detrás de una guerra hay un prusiano! Los puertos sirios los tenemos bloqueados por culpa de esta guerra, que ya no sabemos cuándo terminará. ¡Y para colmo las plagas bíblicas! ¡Una tremenda plaga de langostas que me han contado que oscurecía el cielo! Dicen que ya van más de cien mil muertos por causa del hambre. Queremos enviar a la Cruz Roja, pero por ahora es imposible. Allí no hay ni pan ni nada que comer. ¡Han desaparecido los perros, los gatos y hasta las ratas! ¡Qué terrible situación! Sé que usted lo siente como yo, pero no sé si volveremos a conocer aquel tranquilo y precioso país que una vez disfrutamos.

Picot se mostraba apesadumbrado. Thomas pensaba que aquel hombre sabía demasiadas cosas acerca de lo que estaba sucediendo. Luego hablaron de fronteras, de límites, de manchas de colores, de los planos definitivos.

—¡La verdad! ¡Qué se pueda crear un país con un lápiz rojo y otro azul de veinte centímetros! ¿Qué opina usted, Harding?

Thomas creía que las cosas tendrían que ser de otra manera. Pero la historia le demostraba que la ambición humana se hallaba tras todo ello. La guerra y sus terribles consecuencias eran una fatal demostración de hasta dónde eran capaces de llegar los hombres para conseguir lo que pretendían. Ya se conocían muchos más crímenes contra la población armenia. Desde un gran número de inocentes muchachos degollados como corderos por muftis radicales, a gente arrojada en alta mar para que se ahogara sin testigos, o centenares de desaparecidos asesinados por los «chetés», incluso reclutas fusilados por los que hasta hacía unos meses habían sido sus propios compañeros.

Él lo había presenciado con sus propios ojos y sabía que lo que se contaba era solo una mínima parte. La gente que había podido escapar de
Ras-ul-Ain
y de
Der-ez-Zor
contaba historias tan terroríficas que los tomaban por locos.

Georges Picot se quedó observándole en silencio.

—Thomas, ¿sabe usted que he mantenido una reunión con

Boghos Nubar, y hemos hablado de la creación de una brigada de voluntarios armenios bajo bandera francesa? Me ha propuesto que se la conozca como la Legión Armenia. He pensado que le agradaría saberlo. Por cierto, transmítale a sir Henry mis mejores deseos para que se reponga, pero añádale que el Quai
d'Orsay
no está de acuerdo en cederles Mosul a ustedes. Se sabe que hay mucho petróleo al sur de Mesopotamia.

Cuando se despidieron, Thomas no podía dejar de pensar que al final eran unos grises funcionarios los que escribían y dibujaban en planos los deseos de sus jefes. Picot podría haber pasado por uno cualquiera de los orondos comerciantes maronitas que había conocido en Beirut en los buenos tiempos, la única diferencia era un lápiz rojo y azul de veinte centímetros con el que pretendían reescribir la historia.

Viaje a Iraq

DICIEMBRE DE 1916-DICIEMBRE DE 1917

En Nablus los oficiales británicos brindaron por la toma de la lejana Kut-al-Amara,
en la campaña dirigida por el general sir Stanley Maude, nuevo comandante en jefe del Ejército anglo-indio en Mesopotamia. Ningún soldado inglés podría descansar tranquilo mientras no se vengase la humillación que los turcos habían infligido al general Townshend en Ctesifonte, y su posterior retirada a Kut-al-Amara.
Era aquel momento, la segunda gran batalla ganada por los turcos y perdida por los británicos. En Whitehall no podían creer aquello, y Gran Bretaña se despertó de nuevo atragantándose con el desayuno. Por eso era tan importante lo que el general Maude había conseguido. Su segundo y principal objetivo era Bagdad, donde esperaba entrar antes de que comenzara la primavera, y todos volvieron a brindar, convencidos de que alguna vez lo conseguirían.

De nuevo sir Henry recurrió al ya comandante Thomas Harding.

—Comandante Harding, voy a enviarle a una misión especial. Va usted a volar con el teniente James Selom, que conoce muy bien la región, hasta un lugar llamado An-Naja,
a orillas del Eúfrates, aproximadamente a cincuenta millas al sur de Bagdad. Debe entregar una carta personal mía a uno de los jefes locales, un tal Ahmed al-Sawi,
él a su vez se la hará llegar al *majliss* de las tribus locales, para terminar de cerrar los acuerdos de apoyo a nuestras tropas. En este memorándum se explican los antecedentes y nuestra filosofía en relación con todo ello. Debo insistirle que se trata de un asunto muy importante, ya que sir Stanley Maude está muy cerca de conseguir

entrar en Bagdad. Mire muchacho, ese país, Iraq, va a ser estratégico para los intereses de Gran Bretaña. Todo se ha retrasado y ahí no puedo enviar a otro que a usted, así que tráigame buenas noticias y le propondré para un nuevo ascenso. ¿De acuerdo?

Thomas abandonó el cuartel maldiciendo su suerte. Aquel ilustre hombre, cuya correspondencia con el jerife Hussein traducía al árabe, le había tomado aprecio, y eso era lo peor que te podía pasar en el ejército. Stimson, que tenía experiencia, se lo advirtió al principio.

—Tú procura pasar inadvertido, ¡que nadie se fije en ti o tendrás problemas!

Lo que menos le apetecía en aquellos momentos era volar con uno de aquellos tenientes casi adolescentes, que acababan de descubrir el milagro de la aviación, en un cacharro inestable, construido con hojalata y tela embreada a tres mil pies de altura. Por lo que explicaba el documento, que llevaba un gran sello en el sobre con la palabra *CONFIDENCIAL*, volarían de El Cairo a Aqaba, donde acababan de construir una pista de tierra, desde Aqaba darían otro gran salto hasta un lugar llamado Badana en mitad de ninguna parte, y de allí a

An-Naja

en las orillas del Eúfrates. Permanecerían allí un par de días o el tiempo necesario, y luego retornarían por el mismo trayecto. Unas ochocientas millas de viaje aéreo sobrevolando el peligroso y salvaje desierto del norte de Arabia. Si caían, probablemente nadie los encontraría jamás. En el club de oficiales se contaban historias truculentas sobre lo que era morir de sed en el desierto. Intentó sacudirse aquellas pesimistas ideas de la cabeza y cuando entró en su casa, Ethel lo abrazó con fuerza. Le sucedía siempre que volvía a casa desde que la encontró.

Lo peor era que no podía hablarle a nadie de la misión. Ni siquiera a Stimson, que se había convertido en su mejor amigo, por lo que pensó que de nuevo debería dejar una carta con instrucciones, por si le ocurría algo.

Una de las aficiones de Thomas en El Cairo era rebuscar en los anticuarios. Cuando encontraba una pieza, un libro, un objeto cualquiera, un mueble que le interesaba, lo adquiría y lo llevaba a su casa. En su estancia allí, había podido reunir cosas muy

interesantes que pensaba llevarse a Beirut en cuanto llegase la paz. Eso se lo comentó varias veces a Arzumanian, que siempre le decía «El Beirut que vas a encontrar no tendrá nada que ver con el que dejaste. Las ciudades son como las personas, las guerras las hacen envejecer y las desgastan, incluso a veces las matan». Deseaba estudiar Baalbek como nunca lo había intentado nadie. Escribir un libro sobre la increíble magia de aquel lugar, un texto que se convirtiese en el referente para todos los estudiosos. ¿No había ido hasta el Levante para poder tocar las piedras con las manos? En cuanto pasaran unos años, Ethel le ayudaría en todo ello, aunque eso supusiese un remordimiento continuo, porque cuando la veía, no podía olvidar a Caroline, su risa argentina, su ternura, todos los sueños que planearon juntos al pie de aquellas enormes columnas que solo alguien muy especial pudo proyectar un día, hacía ya muchos siglos, para que asombrasen para siempre a los viajeros.

Dos días más tarde, a mediados de diciembre, despegaron al amanecer del aeródromo militar recién inaugurado cercano a El Cairo. Le tocó viajar en el asiento delantero. El motor hacía un ruido ensordecedor, que le impidió hablar con el teniente Selom. Veía allá abajo la sombra alargada de las pirámides, y de inmediato el aparato enfiló rumbo al este. Le habían asegurado que aquel piloto sabía lo que hacía, era el instructor de un grupo de oficiales que habían decidido incorporarse al escuadrón de vuelo, de lo que se denominaba las Reales Fuerzas Aéreas, la

RAF

. Thomas no pensaba hasta aquel momento que aquello de volar tuviera otro atractivo que la modernidad y, por supuesto, la posibilidad de desplazarse con gran rapidez, si el avión no se desplomaba en cualquier momento.

El viaje duró exactamente un día y medio incluyendo las dos escalas. Habían salido de El Cairo a las cinco de la mañana, y estaban tomando tierra en

An-Naja

a las cinco de la tarde del día siguiente. Suspiró cuando pensó que debía repetir la experiencia en sentido contrario. Lo que sí le había gustado era poder admirar el enorme desierto, que parecía totalmente deshabitado, que alternaba espectaculares zonas rocosas, grandes montañas desnudas y dunas de arena dorada en las que se

confundía el horizonte con el cielo. Desde arriba, el aire no era tan transparente como siempre creyó. Una leve bruma desenfocaba los contornos, y admiró la pericia del teniente James Selom para conseguir encontrar su destino, ayudado por el compás que llevaba a bordo.

En An-Naja los recibieron unos árabes de aspecto desharrapado, al pie de la precaria y mínima pista en la que acababan de aterrizar. Llevaban dos camellos para ellos, y una vez que ataron la avioneta, dejaron un par de vigilantes apostados y se dirigieron cabalgando hacia el sur, a un lugar llamado Abu Suheir, donde supuestamente encontrarían el jefe Ahmed
al-Sawi,
el hombre a quien debía entregar la carta de sir Henry McMahon.

Llegaron a Abu Suheir cerca de medianoche. Le pareció muy sorprendente cómo aquella gente podía viajar en plena oscuridad. Allí cenaron un guiso de lentejas con carne de cabrito, un trozo de pan delgado y blando, y un té diferente y más amargo que el que habían probado hasta entonces. Después los dejaron para que se pudiesen descansar en una de las tiendas. Ambos cayeron sobre unas alfombras deshilachadas y polvorientas, y pudieron taparse con unas rústicas mantas de lana de camello, ya que la noche era fría.

Se levantaron hambrientos como lobos, y encontraron que los árabes habían encendido el fuego y ya estaban cociendo pan y preparando té. Un hombre algo y delgado se acercó a ellos. Por su porte comprendieron que se trataba de un jefe.

—Soy Ahmed al-Sawi. Dios es misericordioso. Habéis venido en esa máquina que vuela para traerme un mensaje. Sois bienvenidos.

Thomas asintió, abrió su camisa y extrajo la carpeta de cuero que contenía los documentos.

—Al-Sawi. Dios es todopoderoso y nos permitió llegar sin problemas. Aquí te entrego lo que estás aguardando.

Si el consejo de notables de la región, el *majliss*, aceptaba la propuesta, a partir de aquel instante la colaboración entre los árabes de Mesopotamia y el Ejército británico sería mucho más fluida; garantizaría el apoyo por ambas partes en la lucha contra los turcos.

Al-Sawi tomó los documentos con una leve inclinación de

cabeza, y se quedó observando con admiración a Thomas y a James Selom.

—Por Dios misericordioso que sois hombres atrevidos y valientes. Me han contado que llegasteis casi a la puesta de sol, en esa máquina que vuela igual que los gansos de los pantanos. El pueblo árabe de esta región de Iraq os agradece el esfuerzo. Ahora sentaos en mi tienda para comer algo, y después os acompañaré hasta vuestra máquina voladora. ¡Verdaderamente Dios es grande y todopoderoso! ¿Cuánto tardasteis desde El Cairo hasta aquí?

James Selom sonrió al decirlo, orgulloso de su proeza.

—Al-Sawi, desde que subimos al avión en El Cairo, hasta que tomamos tierra en
An-Naja,
pasó un día y medio, pero dormimos siete horas en un lugar llamado Badana, en el corazón del desierto, para recuperar fuerzas.

El árabe se quedó observándolos con los ojos muy abiertos, sin terminar de creérselo.

—¡Solo un día y la mitad de otro! ¡Pero eso es imposible! ¡Una caravana a buen paso tardaría más de dos meses! ¡Os creo porque me lo decís vosotros, pero es un milagro o poderes de Shaitán! ¡Dios es omnipotente!

Más tarde, Al-Sawi decidió que no podían irse sin ser presentados al *majliss*, la asamblea de notables, los jefes de todas las tribus árabes del sur de Iraq, que tendría lugar dos días más tarde. James Selom no puso ninguna objeción, él se hallaba a las órdenes del comandante Harding. Le explicó a Thomas que en realidad era judío, su nombre original era el de Jacob Salom. Sus padres habían emigrado desde Salónica a Londres cuando él tenía cinco años. No había vuelto a aquella ciudad griega, pero allí tenía muchos parientes cercanos, y no tendría más remedio que volver a visitarlos algún día. Pertenecía a los sefardíes, y por tanto sus antepasados habían llegado desde España alrededor de finales del siglo XV, de lo que se mostraba muy orgulloso. Le aseguró que procedían de un pueblo al sur de la ciudad de Tarragona llamado Forcall.

James le contó una extraña historia. Según él, los Jóvenes Turcos habían llegado al poder gracias a la ayuda de los judíos de Salónica. Parecía algo avergonzado de todo el asunto, aunque ni él

ni su familia en Londres habían tenido nada que ver en ello. Un tío suyo, Abraham Salom, que mantenía correspondencia con su padre, les puso al corriente de cómo sucedió. Thomas le pidió que le contase cómo ocurrió aquello. James no se hizo de rogar e inició su relato.

—Fue en el cuartel general del Ejército otomano en Salónica donde comenzó todo. Los *dommé*, es decir, los judíos que se habían convertido al islam para evitar problemas, que seguían manteniendo sus ritos judaicos en la intimidad y en reuniones entre ellos, y algunos verdaderos judíos muy influenciados por las nuevas ideas sociales y la modernidad, mantuvieron reuniones secretas con grupos de oficiales otomanos que necesitaban apoyo y financiación. En el ejército aquellas ideas revolucionarias se difundieron como la pólvora. También entre los funcionarios del imperio, como era el caso de Talat Pashá, que finalmente había llegado a ser el jefe del Gobierno del Ittihad. Las ideas de libertad y revolución contra el sultán y su régimen corrupto que impedía el progreso se gestaron en algunos de los antiguos almacenes cercanos a los cuarteles en Salónica.

—¡No estamos libres de culpa! —comentó James Selom sonriendo.

—Sí —replicó Thomas—. ¿No se dice que detrás de cada revolución hay un judío?

Al día siguiente tenía lugar el *majliss*, coordinado por Al-Nawi.

Había elegido un gran palmeral para resguardarse del sol. El oasis comenzó a poblarse de grandes tiendas de lana de camello, que montaban en un abrir y cerrar de ojos, hasta formar un poblado. Asistirían no menos de cuarenta notables, y Thomas notó que la presencia de dos ingleses no parecía molestarles ni alteraba sus costumbres. Aunque sir Henry estaría impaciente por recibir sus noticias, ser testigo directo de la decisión del consejo de notables árabes garantizaría muchas cosas en su informe.

Uno de los árabes se acercó a ellos mientras paseaban.

—¿Es cierto que sois ingleses? Dios es misericordioso, y os ha permitido llegar hasta la tierra donde dicen que una vez estuvo el paraíso. Pero os diré algo. Los infieles solo podéis estar en *Dar el islam* de paso. Esta es tierra musulmana, y llegará un día en que

estará prohibido permanecer aquí a cualquier infiel —el hombre se acercó más a ellos y en voz baja susurró—: ¿Habéis oído hablar de Al-Afghani?

Dios puso su mano sobre él, aquí aún hay muchos que no lo comprenden. Murió hace veinte años, pero es ahora cuando la simiente que sembró comienza a dar brotes verdes. Yo no lo conocí, pero mi padre sí, antes de que tuviera que huir a Constantinopla. Después sabemos que llegó a esa gran ciudad de Europa, París. Una vez me dijeron que ese lugar era el centro del mundo, pero eso es mentira, porque es La Meca. Allí en París comprendió que los verdaderos musulmanes tendríamos que volver a las fuentes, aunque muchos se dejan arrastrar por la corriente. Es más fácil bajar el Al-Furat [41] que subirlo hasta sus manantiales en las inmensas montañas cubiertas de nieve. Como esas garcillas que se deslizan por el río en esas ramas arrastradas por la corriente, nosotros debemos buscar esas primeras fuentes del Corán, de los hadices, de la sunna, si no queremos que los infieles se apoderen de *Dar el islam*. ¡Dios no lo quiera! Fui discípulo de Mohammad Abduh, y debéis saber que cuando se hayan ido los turcos, no podréis quedaros aquí para siempre, así que también tendréis que partir vosotros. Pero no os engañéis, esta es una tierra que no os conviene. No creáis que podéis transformar la tierra de los árabes en otra colonia más de vuestro vasto imperio. Y ahora, id con Dios.

El hombre se alejó cojeando ligeramente. Thomas nunca antes había escuchado a un árabe hablar así. Pensadores como Al-Afghani y sus discípulos estaban cambiando el adormilado mundo árabe. A fin de cuentas, lo que ocurría en Beirut o en Medina eran otras caras de la misma moneda.

El *majliss* acabó con una danza tribal, en la que todos mostraban la satisfacción por el acuerdo. Thomas recordaba el Acuerdo Sykes-Picot, si aquellos árabes lo conocieran, tal vez no mostrarían tanta satisfacción. Se encogió de hombros. Era muy arriesgado jugar con la dignidad de los pueblos, y mucho más en el caso de los árabes, donde la mayoría pertenecía a una religión que era también su ley, su costumbre y su política.

James Selom y Thomas despegaron al amanecer. La avioneta no ascendía tan deprisa, pero se libraban de las fuertes térmicas que

podían llegar a sacudir al aparato de una manera brutal. El vuelo fue más complicado, siempre con un fuerte viento de morro, hasta que, en un momento dado, el motor decidió pararse cuando intentaban aterrizar y la hélice se quedó inmóvil, después de muchos ronquidos, fallos y falsas explosiones. Pero el teniente Selom era un piloto experimentado con gran sangre fría, y consiguió tomar tierra en algún lugar cercano a Aqaba sin daños aparentes. No tuvieron otro remedio que caminar unas quince millas bajo el ardiente sol, aunque por fortuna no les faltó agua. La suerte les sonrió; dieron con un grupo de beduinos que se asombraron al verlos. Enseguida se prestaron a conducirlos a Aqaba, donde llegaron dos días más tarde, cuando ya todos los daban por desaparecidos.

James decidió quedarse y volvió atrás con una patrulla a intentar reparar la avioneta, convencido de que lograría despegar, mientras Thomas embarcaba en un crucero de la Armada de su majestad rumbo a Port Said.

Cuando unos días más tarde volvió a entrar en su casa, Ethel después de abrazarle, le preguntó con cara de preocupación dónde había estado. Él le explicó que había hecho un largo viaje, en avioneta, en camello, andando, en barco, en tren y finalmente en automóvil. Ethel lo observó fijamente, sin saber si le estaba contando otro cuento, mientras susurraba «Sigue, sigue…».

Redactó un informe de cincuenta páginas para sir Henry. Describió con pelos y señales todo lo que había sucedido desde que despegaron en El Cairo hasta su vuelta. También intentó explicar lo que aquel árabe del que no sabía ni el nombre les contó sobre

Al-Afghani

y su escuela. «Van a cambiar muchas cosas en el islam, y ninguna de ellas va a beneficiar la relación de Occidente con los árabes musulmanes. El fin del califato otomano iba a tener enormes repercusiones para el futuro del mundo árabe, que no solo acababa de encontrar el camino de su libertad, sino que había perdido el temor a quien pretenda interponerse». Cuando al cabo de un par de días sir Henry lo mandó llamar para cambiar impresiones, Thomas notó que el alto comisario lo observaba con respeto.

—¡Vaya, vaya! No tenía ni idea de que albergábamos entre nosotros al próximo Kipling[42]. ¿No cree usted comandante que el

informe es un poco, digamos, exagerado? No digo que esté mal la redacción, pero si le soy sincero, me ha parecido excesivamente literario. ¿De verdad piensa usted que los musulmanes nos van a hacer la guerra? ¡En fin, no voy a contradecir a un eminente profesor de Oxford! Pero creo que estos árabes bastante tienen con sus carreras de camellos.

Sir Henry McMahon se había limitado a leer el informe, en cuanto a la aprobación por el *majliss* de notables. Las elucubraciones que Thomas realizaba en él no le parecían suficientemente argumentadas. Al igual que el alto comisario, muy pocos europeos podían aceptar la idea de que el mundo árabe iba a evolucionar con gran rapidez. Thomas tenía la certeza de que para cuando Occidente fuese a reaccionar, ya sería tarde. Y eso que no conocían a los refinados y cultos árabes de Beirut.

Thomas Harding permaneció en El Cairo hasta la ansiada toma de Jaffa, en noviembre de 1917, en la complicada Campaña de Palestina, cuando el general Allenby lo reclamó para su Estado Mayor. Para entonces había ascendido a mayor destinado a los Servicios de Inteligencia. Sentía una gran curiosidad por el Ejército, aunque era incapaz de comprender la forma de pensar de unos hombres que aceptaban la jerarquía militar, y una serie de normas, órdenes y demás sin poder discutirlas. El ambiente de los cuarteles embrutecía a cualquiera, durante las inacabables guardias, en las que todo el mundo terminaba bebido, en el interior de un recinto absurdo, a la espera de nuevas órdenes incoherentes, convencido de que ya nunca más podría volver a pensar libremente, y que la vida se reducía a toques de corneta, reclutas limpiando sus rifles, comida insulsa y tipos masturbándose en las duchas. Solo cuando volvía a su casa y se rodeaba de su ambiente, volvía a ser de nuevo él. Ethel tenía algo más de seis años y se estaba transformando en una niña inteligente, despierta y voluntariosa.

La guerra en Europa, o al menos, lo que de ella llegaba a El Cairo, se había convertido en un péndulo mortal que oscilaba de un lado a otro, sin señalar a un vencedor claro. Verdún supuso que Francia perdiera la batalla, pero ganara su nueva estrategia. Aquel fue el punto de inflexión de la guerra, y hasta los alemanes, aunque tarde, lo entendieron. De otra parte, el agotamiento comenzaba a afectar a todas las partes implicadas. En Oriente, para unos u otros,

lo que realmente importaba era la Campaña de Palestina.

Habían conquistado la península del Sinaí, el Neguev y todo el sur de Palestina. Cuando tomaron Gaza, Allenby arengó a sus tropas: «Ahora, a por Jaffa». Aquel militar, que pensaba como un civil y actuaba como un político, era un pragmático, y le daba lo mismo que Joffre y Haig se disputaran agriamente el protagonismo entre el barro de las trincheras. El resplandeciente sol de Palestina era vivificante para las tropas del cuerpo expedicionario anglo-egipcio, y para los batallones que les apoyaban: franceses, judíos, árabes, armenios, incluso los últimos en llegar, los italianos, que parecían decididos a rememorar una cruzada, en esta ocasión contra «el turco».

A finales de 1917, Allenby se hallaba ya a las puertas de Jerusalén. El día 9 de diciembre, un día frío aunque soleado, tomó los arrabales, y el 11 entró caminando, como si estuviera paseándose, en la ciudad antigua. Entre los muchos oficiales que le escoltaban se hallaba Thomas Harding, quien reflexionaba que apenas veinte años antes, el káiser Guillermo II había entrado por la Puerta de Jaffa, montado sobre un caballo blanco, tocado con el brillante yelmo con el águila dorada abriendo sus alas. Toda una absurda demostración de poder y ambición, de querer convertirse en el emperador de los alemanes, y al tiempo en el príncipe cristiano que magnánimamente tendía la mano al islam para cambiar el mundo, no había quedado más que en cascotes, edificios destruidos o quemados, y en la huida apresurada de los turcos y los oficiales alemanes.

Pero Allenby, que era sabio, sabía que aquel momento significaba mucho para los árabes. El yugo otomano era historia. Comenzaba una nueva era en la que Gran Bretaña tendría mucho que decir. Tal vez con el permiso de los hombres que estaban cambiando la forma de entender el mundo desde el islam, como

Al-Afghani

y todos los demás. Thomas a pesar de las modernas ideas que tiempo atrás discutió con sus amigos árabes —musulmanes y cristianos— en Beirut, creía que terminaría por producirse un choque entre el islam profundo, que no aceptaba cambiar sus reglas, y los que querían adaptarlo a los nuevos tiempos.

Aquel momento era importante para todos. Los árabes musulmanes o cristianos de Jerusalén se habían librado de los

otomanos. Los judíos aspiraban a volver a Sión, y los cristianos convencidos de que después de Lepanto, aquel era el instante más glorioso de la historia.

A Thomas aún le quedaba mucho para poder volver a Beirut y reiniciar su vida normal tras aquel largo paréntesis. ¿Qué ocurriría entonces? Los franceses querían obtener el mandato sobre la parte sur de la Cilicia y la Gran Siria, incluyendo el Monte Líbano y el litoral hasta la frontera con Palestina. Llevaban cerca de diez siglos persiguiendo aquel sueño.

El Informe

ENERO-ABRIL DE 1918

Augustus Newman, que siempre aparecía en los momentos más inesperados, se puso en contacto con Thomas a través del Estado Mayor. Se encontraron en Jerusalén, en el nuevo cuartel que Allenby estaba terminando de montar junto a las murallas. Thomas abrazó a su amigo y le invitó a compartir la cena en la terraza del club de oficiales. Habían dado con un armenio que sabía cocinar. Todos estaban encantados con él. Allenby le consiguió pase al cocinero armenio, al comprobar que sus muchachos se sentían de mejor humor al comer bien, y entre unos y otros rivalizaban por conseguir el mejor pescado, o el mejor cordero de Palestina.

Augustus rebosaba optimismo mientras cambiaba impresiones con Thomas.

—¡Vaya! Os habéis instalado bien aquí. Sois unos tipos con suerte. Es como si esta vieja ciudad os estuviera aguardando desde siempre. Y un poco hay de ello. Todos estaban aquí hartos de los turcos. Ese Djemal es un hombre muy ambicioso, y no le ha sentado nada bien perder la joya de la corona. Conociéndole, ya se buscará a alguien para echarle encima la responsabilidad de su propia incompetencia. ¡Una cabeza de turco!… ¡Nunca mejor dicho! Ya sabes la importancia que siempre ha tenido Jerusalén para las tres grandes religiones del libro. Judíos, musulmanes y cristianos… En fin, no he venido aquí por casualidad. Estuve en Londres con el secretario de Exteriores, sir Arthur Balfour. Es como si los sionistas estuvieran siguiendo un guion prefijado. Todo está saliendo a su criterio, y llega uno a pensar que hay algo más que la casualidad. Fíjate como ha caído el primer ministro, Asquith. Te contaré un poco de historia.

»Cuando comenzó la guerra, los judíos de la Polonia rusa saludaron a los alemanes como a sus libertadores. Durante los últimos años de la Rusia zarista, los pogromos contra los judíos eran

constantes. En Europa los judíos tienen una lengua franca, el alemán. Bueno, a nivel popular, el *yiddish*[43] es el idioma perfecto para nuestras elucubraciones mentales. El problema es que a los alemanes no les gustamos. Ahora en Berlín solo se habla de eugenesia, de razas de primera y de segunda. Para ellos, los judíos no pertenecemos ni siquiera a la tercera… Pero déjame seguir. Conozco a ese Chaim Weizmann, he hablado con él en Londres. Un tipo inteligente y hábil, que ha logrado meterse en el bolsillo a Churchill y a Lloyd George. Asquith nunca ha sido muy amigo de los judíos, por no decir que es antisionista, que no es lo mismo que antisemita. Después entró en el gabinete, Herbert Samuel. Yo creo que ese célebre acuerdo entre Sykes y Picot, salió de una reunión entre Lloyd George y Herbert Samuel después de una comida con Weizmann.

»Samuel expuso su plan en el gabinete, y ni Asquith, ni Montagú, ni otros lo aceptaron en principio, pero ¿sabes? Es como el movimiento terrestre, no hay quien lo haga cambiar el ritmo. ¡*Deux ex machina*! Inesperadamente Lloyd George fue designado para la Secretaría de Estado de la guerra. Se asignaron mayores recursos a El Cairo, y Allenby está ganando la campaña de Palestina gracias a ello. Después Asquith tuvo que dejar el cargo y Lloyd George se convirtió en el primer ministro, y mira por donde designó a Balfour, un ferviente prosionista, como secretario de Relaciones Exteriores. ¡Qué te parece!

Augustus Newman suspiró.

—No sé si te he dicho alguna vez que yo también tengo sangre judía, mi madre lo era. Así que ya conoces otro de mis secretos. Pero sigamos. Veamos, el régimen zarista se derrumba a principios del año pasado, y con él caen los mayores enemigos de los sionistas. ¿Sabes qué pienso? El antisemitismo se creó en Prusia. Los *junkers* prusianos siempre han estado convencidos de su superioridad racial. Ellos aman su estirpe, el orden, la propiedad, la jerarquía, temen a los que no son como ellos, a los extranjeros, a los que intentan cambiarlo todo, a los que siempre están inquietos, a los internacionalistas, a los marxistas, comunistas y soviéticos. ¿Quién está detrás? El judío que, por cierto, posee la estirpe más antigua, ama los libros, sueña con la tierra prometida, porque no le han permitido poseer nada, y sobre todo cree que la jerarquía la da la

inteligencia. Fíjate que hay un cierto parecido entre los judíos y los armenios. Los judíos se pasan el día discutiendo con ellos mismos y los armenios discuten con todos los demás.

»¡En fin! Cuando entraron los norteamericanos en la guerra, el apoyo a que los judíos consiguieran un país propio se vio reforzado. A los franceses no les gusta demasiado la idea de que se instalen aquí, en Palestina, pero eso también refuerza las tesis inglesas. En cuanto a los árabes, no están haciendo nada por impedirlo, aparte de vender sus mejores tierras a los que puedan pagarlas, es decir, a los judíos, luego se quejarán de su mala suerte. Pues bien. Arthur Balfour ha tenido una intensa relación con lord Rothschild, que es la cabeza pensante de la comunidad judía en Gran Bretaña, y probablemente en Europa. Según me explicó Balfour, Rothschild le pidió tres cosas. Palestina debía convertirse en el hogar nacional judío. No deberían existir restricciones a la inmigración judía, y finalmente los judíos tendrían que ser autónomos. Nada de un mandato sobre ellos. ¿Parece razonable? Yo creo que sí, y como me considero judío, en este asunto soy subjetivo…, bueno la cuestión es que entre Lloyd George, Balfour, Herbert Samuel y lord Rothschild detrás de las bambalinas, consiguieron convencer al resto del gabinete, aunque al principio algunos miembros no estaban por la labor. Digamos que en Whitehall han cambiado el criterio y ahora las cosas van a ser muy distintas.

Newman buscó en el bolsillo interior de su chaqueta de *tweed*.

—¿Quieres leer la declaración? Tengo aquí un facsímil.

Thomas allí, junto a las murallas de Jerusalén, cogió el documento y leyó en voz alta:

Foreign Office - 2 de noviembre 1917
Estimado lord Rothschild

Me complazco en transmitir a usted, en nombre del Gobierno de Su Majestad británica, la siguiente declaración de simpatía por las aspiraciones judías sionistas, cuyo texto ha sido sometido al Gabinete y aprobado por este:

«*El gobierno de Su Majestad ve con beneplácito el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío y hará cuanto esté en su poder para facilitar el*

logro de este objetivo, quedando claramente entendido que no tomará ninguna medida que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías de Palestina, o los derechos y la condición política de que gocen los judíos en cualquier otro país».

Agradeceré a usted se sirva poner esta declaración en conocimiento de la Federación Sionista.

Atentamente.
Arthur James Balfour

Thomas asintió con la cabeza, dando un silbido prolongado.

—¡Mmmm! Es sorprendente. ¡Con Asquith hubiera sido imposible! ¡Esto quiere decir que gran parte de Palestina podría convertirse en una nación para los judíos de todo el mundo! Estoy de acuerdo por principio, pero no sé lo que podrá llegar a suceder cuando el jerife Hussein se entere de este asunto. ¡Están convencidos de que les van a ayudar a crear el reino árabe! Y claro, ¡Jerusalén es una de las piezas fundamentales! McMahon les ha prometido que Gran Bretaña colaborará en ello. No sé lo que pasará, esto no les va a sentar nada bien a los árabes.

Augustus Newman observaba con atención la reacción de su amigo.

—Voy a contarte algo curioso, para que te des cuenta de lo que es la mano del destino. ¿Sabes quién presentó a Chaim Weizmann a C. P. Scott, el editor del *Manchester Guardian*? ¡Pues fui yo! ¡Un pequeño favor de un judío a otro! Luego Scott presentó a Weizmann a Arthur Balfour, Winston Churcill y Lloyd George. Todos ellos tenían ideas preconcebidas, pero ninguno de ellos sabía demasiado acerca del sionismo hasta que conocieron a Weizmann. El destino me eligió para apoyar la jugada. Ahora se comenta que Lloyd George le dijo a Weizmann [44], entusiasmado porque aquel hombre había logrado conseguir con su acetona una enorme producción de explosivos para fabricar bombas y proyectiles. ¡Es usted un genio! ¡Pídame lo que quiera! ¡Lo que se le ocurra! Ya sabes. Esas exclamaciones de agradecimiento. Como cuando alguien te dice ¡Te daría el mundo! Bueno, pues Weizmann no desaprovechó la oportunidad. Se quedó mirándole fijamente y sin dudarlo contestó:

Un estado judío en Palestina. Los judíos rusos, y Weizmann lo es, estaban hartos de los pogromos zaristas, y por ello aplaudieron la guerra contra Rusia. ¡Querían la victoria alemana!, pero Weizmann, que es un tipo con las ideas claras, apostó desde el principio por Inglaterra. Te recuerdo que los sionistas alemanes deseaban que los ingleses perdiéramos la Campaña de Palestina. ¡Pero aquí estamos! Y ahora la prioridad es ver si somos capaces de mantener el equilibrio. ¡No va a ser nada fácil! ¡Oriente Próximo es el lugar más resbaladizo de la tierra!

Thomas estaba de acuerdo con aquel pronóstico. Él, mejor que nadie, sabía lo que McMahon había prometido al jerife Hussein, y lo que este había jurado que haría por los británicos. Aquella carta de lord Balfour a Rothschild iba a complicar las cosas. No era demasiado optimista.

Newman que estaba mirando por el gran ventanal, gritó:

—¡Observa muchacho! ¡Está nevando!

Y era cierto, en apenas unos minutos Jerusalén se cubrió de nieve. Intentando no resbalar, salieron al exterior y corrieron hacia el Cuartel Británico, mientras Newman reía a carcajadas.

—¡Muchacho! ¡No te lo decía yo! ¡Este es el lugar más resbaladizo de la tierra!

Eran los primeros días del año 1918.

Pocos días más tarde, mantuvieron una reunión convocada por Allenby, a la que asistieron altos funcionarios británicos recién llegados de Londres. La idea era preparar un *dossier* que justificara los límites de Palestina. Los franceses estaban trabajando intensamente en el suyo, con el que pretendían arañar lo que pudieran hacia el sur. Allenby dijo que el río Litani por el norte sería un límite adecuado, incluyendo las fuentes del Jordán. Lo mismo se estaba haciendo con el sur de Palestina, y Thomas Harding formaba parte de la comisión que debía trazar una frontera lógica, con la región que debía convertirse en el Gran Líbano y Siria. Fue quizás la primera vez que escuchó la expresión «Gran Líbano» como una posibilidad real. El Monte Líbano, más el litoral desde un punto cercano al Litani, la ribera oriental del río Jordán. Se trataba de recoger los mismos *sandjaks* otomanos de Jerusalén, Nablus y Acre.

Thomas fue adscrito a la Administración del Territorio Enemigo

Ocupado (
ATEO
), a las órdenes directas del general de brigada Bols. Todos suponían que el joven profesor era un experto por varios motivos. El primero de ellos por la carta de recomendación para su ascenso a teniente coronel, firmada por el mismísimo McMahon; el segundo por su profundo conocimiento del árabe; el tercero por su experiencia en la región y la idiosincrasia de sus gentes, al haber vivido varios años en Beirut. Los otros oficiales lo observaban con respeto, a pesar de que aún no había cumplido los cuarenta años.

En cuanto a Augustus Newman, Whitehall le había otorgado una gran autonomía y solo respondía, según él, ante el primer ministro. No descansaba, se acercaba hasta las trincheras donde aún se luchaba contra las desmoralizadas tropas de Djemal Pashá, a pesar de las grandes pérdidas materiales y humanas viajaba a algún lugar remoto, a Bagdad o Teherán, siempre en misiones delicadas o secretas, para las que no había otro como él. Además, conocía algunos dialectos como el *yiddish*. Eso le hacía indispensable y muy valorado en Whitehall. Thomas sentía envidia de aquel inteligente y cordial espíritu libre.

La Campaña de Palestina era como si al Gobierno turco no le importaran la enorme cantidad de soldados de sus ejércitos que caían, en su desesperado intento de hacer frente a las tropas del general sir Edmund Allenby, en las que se encuadraban además los británicos, australianos, neozelandeses, indios, incluso un batallón de judíos. Newman se podía permitir entrar en Damasco, donde se decía que Djemal Pashá lo recibía para intercambiar notas.
A mediados de marzo Newman volvió a Jerusalén, e invitó a Thomas a cenar en el club de oficiales.

—Mañana te vienes conmigo a El Cairo, Thomas. Te necesito allí.

Thomas lo miró con escepticismo, ya que habría pagado lo que le pidieran por volver a abrazar a su hija. Newman le mostró una orden por escrito firmada por el general Bols. Se encogió de hombros, su amigo era una fuerza de la naturaleza y nadie podría pararlo. Cenaron y brindaron, incluso se atrevieron con el «Dios salve a Inglaterra», cuando Allenby entró en el comedor de oficiales, acompañado del gobernador Storrs y otros mandos. Todos estaban

eufóricos por como se estaba desarrollando la campaña, y si todo seguía así, esperaban tomar Damasco pronto y terminar de expulsar a los turcos de las provincias árabes.

Newman decidió ir en tren. En Port Said, con viento de levante, cruzaron el canal en una barcaza y llegaron a tiempo de subir al tren para El Cairo. Les recibió sir Henry con una amplia sonrisa.

—¡Newman! ¡Menos mal que aparece usted por aquí! Bien, sabemos que los turcos están a punto de tirar la toalla. El problema ahora son Talat, Enver y Djemal. Han a responder con su cuello y no quieren rendirse. Pero la mayoría de los políticos y los altos mandos turcos han comprendido que ya no tienen nada que hacer. En Europa los alemanes se van a reunir con los rusos en Brest-Litovsk[45], convencidos de que aún pueden ganar la guerra. En realidad, no es más que una huida hacia adelante, los soviéticos están sin resuello. ¡No desean probar su propia medicina! ¡El Ejército Rojo se está comiendo hasta sus propias botas! En cuanto a ustedes, les he hecho llamar para que realicen un informe desde el interior, deberán entrar en Turquía y valorar la situación. Tengo plena confianza en ambos. Mañana mismo volverán a Jerusalén. El resto del tiempo a su discreción. Así que ahora vaya usted a su casa Thomas para ver a su hija, se lo tiene merecido. ¡Y no me fallen!

Un vehículo militar dejó a Thomas en su casa. Tuvo que aguardar a que Ethel volviera del colegio. Solo hacía unos meses que no la veía, pero le dio la impresión de que había crecido mucho para los siete años que ya estaba a punto de cumplir. Miss Sarah Hamilton, la institutriz, una joven encantadora hija de un coronel de Estado Mayor destinado desde hacía muchos años en El Cairo, le explicó que la niña se portaba muy bien.

—Ethel me dice que quiere hacer lo mismo que usted cuando crezca. Le echa mucho de menos, pero me asegura que pronto estarán juntos en su casa de Beirut, tal y como usted le comenta en sus cartas. No tendremos más remedio que ganar la guerra pronto, ¿no, señor Harding?

—Bueno, miss Hamilton. Esperemos que el bueno de Foch dé un repaso a fondo a los prusianos en Europa. En cuanto a la campaña de Palestina, el general Allenby lo está haciendo muy bien. Pronto todos volveremos a casa.

Antes de acostarse se despidió de Ethel. No tuvo más remedio

que prometerle volver cuanto antes. Ethel lo abrazó con fuerza y él se emocionó al comprobar la reacción de su hija.

Salieron para Jerusalén al día siguiente temprano. Thomas sabía que Newman le había llevado con él solo para que pudiera pasar un rato con Ethel. Era algo más que tenía que agradecerle. Pudieron enlazar con el ferrocarril, y aquella noche estaba de nuevo en el cuartel en Jerusalén. Quedó con Newman en que lo recogería un par de días más tarde. Cuando llegó el momento, un camión militar los llevó hasta algún lugar cercano a Damasco, justo hasta las trincheras británicas, desde las que se divisaban las de los turcos. Allí se disfrazaron como los beduinos a los que iban a acompañar desde Bouraf, hacia una colina llamada Tell Deqova, a unas cuarenta millas al este de Damasco.

En Tell Deqova se encontraron con los árabes de Fayçal, que preparaban el terreno para la llegada de su líder. Los condujeron hasta un campamento a unas diez millas hacia el este, escondido entre enormes rocas. No tenía un acceso fácil, cualquiera que pretendiera llegar era controlado por los vigías escondidos en la parte superior del desfiladero.

Tuvieron que aguardar a que llegaran los turcos. Era una reunión secreta, propiciada por los Servicios de Inteligencia Británicos, con algunos de los oficiales y políticos turcos que deseaban un armisticio. Augustus Newman recogió los memorándums con las peticiones y entregó las exigencias. Turquía se hallaba al límite de sus posibilidades reales, y una parte del ejército prefería pactar las condiciones, a pesar de que Otto Liman von Sanders y Djemal Pashá hablaban de «luchar hasta el último hombre».

Uno de los turcos le preguntó a Newman.

—¿Por qué los franceses pretenden apoderarse de Siria y el Monte Líbano? ¿No son ustedes los británicos los que están luchando? No tiene mucho sentido —aquel hombre se refería al Acuerdo Sykes-Picot, que gracias a los rusos se había filtrado a la prensa—. ¿Y los árabes? ¿Qué les van a dar ustedes a los árabes?

Newman no hizo ningún comentario, aunque compartía la misma inquietud que su interlocutor. A pesar de los avances de las tropas árabes de Fayçal por el este del Jordán, apoyando con sus tropas árabes al general Allenby, como el «Ejército de Arabia

Septentrional», nadie podía garantizar en qué iba a terminar todo aquello. Sí se sabía que cuando el emir Fayçal se enteró del acuerdo Sykes-Picot, por uno de los políticos sirios de Damasco que había viajado hasta su campamento, se puso mortalmente pálido, mientras musitaba «Eso no son más que mentiras de los turcos…». Por esa razón Newman permaneció mudo ante la pregunta, mientras el teniente coronel Harding lo observaba en silencio. Era difícil responder.

Ya sabían todo lo que necesitaban. Los turcos estaban divididos, y el frente podía desmoronarse de un momento a otro. No tenían ni más recursos, ni más tropas preparadas en retaguardia, ni los alemanes podían proporcionarles más pertrechos. El Banco Otomano no iba a financiar nada más, y el problema de Turquía no solo era acabar la guerra.

Newman hizo una última reflexión.

—He sentido una cierta melancolía. *Sic transit gloria mundi*. Un imperio como el otomano a punto de desaparecer, despedazado, engullido por los avatares de la historia. ¡Quién iba a decirlo! Les queda una última batalla, en la que Liman von Sanders pondrá toda la carne turca en el asador de la historia, y eso va a ser a últimos de este verano, mientras nosotros reforzamos la retaguardia, y ellos cogen algo de aliento. Fíjate la diferencia entre este «ejército» —Newman subrayó la palabra con cierta ironía— de los árabes de Fayçal, y de ese Auda con el que jamás haría un trato, ni para alquilarle un camello, y el Imperial Camel Corps. Aún recuerdo la tarde en la que entramos en Beerseba, después de derrotar al ejército del general Erich von Falkenhayn [46], en octubre del año pasado. Claro, me dirás que nosotros somos un ejército moderno, del siglo XX, y que estos son una tribu que muy bien podría estar siguiendo al mismísimo profeta. Y es cierto. No sé lo que ocurrirá, pero por ahora son nuestros compañeros de viaje… En algún momento llegué a creer, que cuando Fayçal se enterase del Acuerdo Sykes-Picot, volvería a luchar a favor de los turcos.

Thomas observó las dos larguísimas columnas de jinetes, la mayoría montando camellos adornados con los vivos colores tribales, tras la bandera verde con letras negras de la aleya del Corán de los hachemitas, por supuesto sin vestir uniforme alguno, más que sus propias túnicas polvorientas y deshilachadas, debía

reconocerles una increíble dignidad en sus erguidas y fieras figuras sobre los animales. El sol de la mañana iluminaba las interminables hileras, y tanto Newman como él, que montaban sendos caballos solo veían una nube dorada en la que desaparecían los jinetes que les precedían.

Thomas recordaba con enorme nostalgia sus primeros días en Beirut, como si todo aquello hubiera sucedido mil años antes, o como si fuera un sueño. Las noticias que le llegaban de allí eran cada día más desalentadoras. Cierto que la ciudad debía permanecer casi intacta, ya que salvo algún esporádico bombardeo desde la flota aliada, la región había quedado al margen de la guerra. Sin embargo, las pérdidas humanas por causa de la hambruna provocada por el bloqueo marítimo habían sido enormes. Se hablaba de decenas de miles de personas muertas, y de que en Beirut no quedaba ni un grano de trigo. Los caballos, las acémilas y hasta los perros y los gatos habían sido devorados. Incluso las ratas servían de alimento a una población inerme, víctima indirecta de la guerra. A pesar de todo aquel pavoroso panorama, tenía enormes ganas de volver a su casa en Beirut. Jamás pensaba en Londres como su hogar, solo era ya un lejano sueño.

No se arrepentía de estar allí, inmerso en la enorme nube de polvo, cabalgando por las áridas tierras de lo que seguía siendo el Vilayato de Siria, con su capital, la mítica Damasco, en la que mal que bien aún mandaban los otomanos, con aquel general y ministro de la Marina imperial, Djemal Pashá, que formaba parte del triunvirato que según se decía había llevado a cabo uno de los mayores crímenes colectivos en la historia de la humanidad contra la minoría armenia. Había podido comprobar que no era propaganda de guerra, ni inventos de unos u otros, sino una cruel realidad, con aquel tenebroso lugar, Deir
ez-Zor
a orillas del Eúfrates, donde concentraban a los armenios, antes de enviarlos al interior del desierto para hacerlos desaparecer.

No era capaz de entender cómo un pueblo refinado como el otomano, aliado de una de las más avanzadas y cultas naciones de la tierra, los alemanes, había podido llegar a caer en aquel insondable abismo de ignominia y crueldad para con otros seres humanos.

Comentando aquellos sentimientos con Augustus Newman durante el vivac, antes de retirarse a descansar en el campamento, su amigo le expresó su opinión.

—Verás, Thomas. Tú eres un inglés privilegiado y demuestras mucha sensibilidad al intentar explicarte esos temas. Yo he reflexionado en ello a causa de mi parte de sangre judía, que siempre me hace preguntarme muchas cosas, aunque te confesaré que encuentro pocas respuestas. Tengo una buena casa en Londres y otra en el campo, también dinero suficiente para olvidarme de todo esto. Tampoco tengo ya edad para temer que pudieran enrolarme y convertirme en carne de cañón. ¿Qué hago aquí? ¿Qué quiero demostrarme a mí mismo? Si me señalaras como a uno más de esos curiosos viajeros ingleses, te irías acercando a la verdad. A pesar de todo, aún me intrigan las diferencias entre los seres humanos y me apasionan las otras culturas. Pero, sobre todo, aún creo que puedo aportar algo, intentar ayudar a que las cosas sean más fáciles, como lo que tal vez infructuosamente hemos llevado a cabo en estos días. Yo también pretendo analizar el comportamiento humano. ¿Por qué los alemanes están siguiendo ese perverso camino? ¿Qué les ha llevado a creerse superiores? ¿Por qué el canciller Bismark comenzó a hablar de la supremacía de la raza aria? ¿Por qué el káiser se ha rodeado de todos esos pseudofilósofos y pseudocientíficos que le llevaron a creer que Alemania podría dominar al mundo? ¿Quién es ese Houston Stewart Chamberlain que se casó con la hija de Wagner? Ahí los tienes, Nietzsche y su superhombre, Georges Vacher de Lapouge y los arios, el conde de Gobineau y sus razas desiguales. Los generales prusianos y los grandes empresarios alemanes hablan de todo ello y de una expresión nueva, acuñada hace poco, *Lebensraum*, es decir, la necesidad de expansión de Alemania hacia lo que consideran su espacio vital. Wagner ha puesto la música y los mitos, y mantiene que los judíos somos los verdaderos enemigos de la humanidad pura, y de todo lo noble que hay en el hombre. Gobineau y Vacher de Lapouge aseguran que el ario debe ser el amo, y que las «razas inferiores», es decir, todas las demás, han sido creadas para servirle.

»Una vez pude asistir en Bayreuth, a la representación de *Los maestros cantores de Nuremberg*, y me sentí como el judío Sixtus Beckmesser. ¿Y en *Parsifal*? Ahí tienes a los judíos Klingsor y

Kundry… ¿Has oído hablar de ese panfleto aparecido en Rusia, *Los protocolos de los sabios de Sión*? Mi abuela tuvo la suerte de poder emigrar a Londres después de un pogromo, en el que murió casi toda su familia cerca de Kiev. En *Los cimientos del siglo XIX*, Chamberlain pretende explicar que los alemanes son superiores, que de ellos surgirá una raza de superhombres. El káiser Guillermo II, un personaje muy impresionable, lo invitó a la corte, y allí conmovido le dijo que Dios había enviado su libro al pueblo alemán. Después en una recepción al káiser en la Academia Militar, Chamberlain fue aplaudido a rabiar por el cuerpo de oficiales. ¿Qué podíamos esperar? Un grupo de fanáticos admirando a un iluminado.

»Todo lo que está ocurriendo no es fruto de la casualidad, tampoco de un problema de fondo entre nuestro país y Francia de un lado, y las potencias centrales de otro. Todo ello responde a un misticismo bélico que se apoya en extravagantes teorías acerca del futuro de Alemania. Los generales prusianos sienten un profundo desprecio por los que no son alemanes. Ahí tienes como actuaron brutalmente con los belgas al iniciar la guerra, como si no fueran seres humanos. Después consiguieron que el Gobierno de los Jóvenes Turcos se inclinase hacia Alemania. Enver Bey, que hizo parte de su carrera militar en Berlín, o Talat Pashá, íntimo amigo del embajador alemán en Constantinopla, o Djemal Pashá, admirador de Liman von Sanders, de Von der Goltz y de todos los demás. Una clase de gente que ama el orden y el concierto, los geranios, la limpieza en las calles, el razonamiento lógico y la música sinfónica, pero que en su mezquino interior se olvida de lo que le está sucediendo al pueblo armenio, cuando Alemania habría podido evitar toda esa terrible matanza, y no lo hizo. ¿Hasta dónde serán capaces de llegar esos probos funcionarios de exquisitos modales cuando se encuentran entre ellos, y perversamente egoístas cuando piensan en los que no son como ellos? El tiempo nos lo dirá.

»Pero Alemania va a sufrir un durísimo correctivo. El Imperio otomano será fraccionado, y ese maldito triunvirato que lo está gobernando será llevado al cadalso, antes o después. ¿Pero tú crees que por ello desaparecerán esas ideas? No, seguirán ahí en la sombra, aguardando tiempos mejores, a que aparezca de nuevo el caldo de cultivo en el que puedan proliferar, lo que nos demuestra

que la guerra no es el camino adecuado para arreglar el mundo.

Augustus Newman suspiró, sin pretender ocultar sus sentimientos.

—No, Thomas, este es solo el primer acto. Siempre creemos que ya lo hemos visto todo, y que no podrán volver a suceder tragedias como la ocurrida a los armenios. No ha sido el pueblo turco, tampoco el pueblo alemán es el verdadero culpable de la guerra. Los responsables en un caso y otro son personas concretas a las que se puede señalar con el dedo, que han bebido en las fuentes de la soberbia intelectual, del relativismo moral, de la ética de la conquista y la guerra. ¿Quién es ese Guillermo II al que presencié entrar pavoneándose en Jerusalén con aquel ridículo yelmo dorado rematado en un águila? ¿Quiénes son sus soberbios generales? ¿Quiénes los altivos miembros de los consejos de administración de las cien mayores empresas alemanas y austríacas? Todos ellos, todos, sin excepción, son gente sin escrúpulos, capaces de cualquier cosa por ir más allá en sus ambiciones, que se enardecen con los desfiles y las marchas militares, con las óperas de Wagner, con el sórdido lenguaje de Chamberlain y las oscuras filosofías de otros. ¿Quién y dónde se ha gestado la matanza contra los armenios? ¿Has oído hablar del doctor Nazim? ¿De Behaeddin Shakir? ¿Sabes quién es Tekim Alp, el ideólogo? ¿Y Ahmed Bey Aghaiev, el inventor de ese lugar mítico llamado Turán, donde según él nació la verdadera raza turca? ¿Sabes lo que dice Yusef Bey Akchura Oglú? Da lo mismo Constantinopla o Berlín, al final el mensaje ultrarradical es eliminar a los que no son como ellos, porque no aceptan su forma de entender la vida.

»Mira, Thomas, dentro de poco entraremos victoriosos en Damasco y poco tiempo después en Constantinopla. Podrás creer entonces que todo ha terminado, que la verdad ha prevalecido sobre la mentira, que nos aguarda un mundo mejor y más justo. Yo no lo creo, aunque al menos por esta vez no han ganado las fuerzas del mal.

Dos días más tarde volvían a entrar en el Cuartel del Estado Mayor de Jerusalén. Thomas redactó su informe y se lo pasó a Newman para su visto bueno.

—Bueno, Thomas —le replicó con un deje de ironía—. No está nada mal, pero no sé yo, si el Estado Mayor aceptará que les des

consejos. Yo lo aligeraría bastante. Lo importante es que los turcos ya no tienen capacidad para cambiar el curso de la guerra, ni los alemanes más reservas para entregarles. Tal vez deberías aconsejarles que permitan entrar a Fayçal en Damasco cuando tomemos esa ciudad. Hay que compensar a los árabes por los malos ratos que les hemos dado entre el Acuerdo Sykes-Picot y la Declaración Balfour. ¿No te parece?

Thomas Harding sonrió aceptando la sugerencia. Augustus Newman poseía la sabiduría que tantos años en el Mediterráneo le habían dado. Sí. Allenby, que era un hombre inteligente, sin duda sabría entenderlo. Lo escribió en su informe y lo subrayó. Después, cuando lo pasó a máquina, eliminó el subrayado. Era mejor apenas insinuarlo, que fueran los jefes quienes se llevaran el mérito. A fin de cuentas, él solo estaba allí de paso, intentando apoyar la jugada, para volver a convertirse lo antes posible en un profesor de historia del arte, que una vez se había vuelto loco por las doradas piedras del Levante. Solo eso.

El Observador

MAYO-FINAL DE SEPTIEMBRE DE 1918

Thomas decidió que era preferible mantener a Ethel en El Cairo que llevarla con él a Jerusalén, donde faltaba casi de todo y las condiciones de salubridad eran muy precarias, con epidemias de tifus y cólera. Pudo volver a escaparse a El Cairo durante un permiso para permanecer tres días allí. Entre Sarah, la institutriz y Nadima Ghalib, la niñera, tenía la impresión de que todo iba bien, aunque lo que Ethel necesitaba era una familia. La interminable guerra había trastocado todos sus planes, pero poco a poco veía acercarse el fin del conflicto. En el Estado Mayor se analizaban los últimos informes de los servicios de inteligencia, incluido el suyo, que dejaban bien claro que los turcos estaban noqueados.

Mientras, el general en jefe de la campaña de Palestina, sir Edmund Allenby, preparaba el último asalto que tendría que dilucidarse en algún lugar entre Galilea y el río Litani. Luego, en la reunión de jefes del Estado Mayor, comentó sin darle importancia, que tal vez les conviniese el valle de Jezreel. ¿No era aquel el escenario elegido para el Armagedón[47]?

Durante aquellos meses en la reconquistada Jerusalén sucedieron muchas cosas. Thomas mantenía una cordial relación con la cúpula del Estado Mayor, incluido por supuesto Allenby, que le preguntaba frecuentemente sobre el Líbano y los lugares más importantes de Siria. También con el general Chestwode, el general Clayton y el general Chauvel, que dirigía a los australianos. Todos le trataban con deferencia, no le ocultaban nada, como si fuera uno más entre ellos. Thomas comprendía que lo veían como una especie de consejero cultural que les sorprendía con su erudición y sus puntos de vista. También le preguntaban acerca de los hachemitas, del jerife Hussein y de sus hijos.

En Jerusalén el invierno fue frío y nevó varias veces, pero al comenzar la primavera el tiempo era extraordinario. Se sentían bien

allí, mientras terminaban de preparar hasta el menor detalle de la que pensaban sería la última gran batalla contra los turcos, aunque el contrincante de Allenby era en realidad el general Limav Von Sanders que, según se decía, no soportaba verse vencido por los británicos en un lugar tan emblemático como Tierra Santa, y había hecho declaraciones en tal sentido en la prensa de Berlín.

Thomas tuvo que participar como intérprete y coordinador en la deportación de todos los alemanes y austríacos de Jerusalén, a un campo de internamiento en Egipto. Los informes secretos del servicio de inteligencia aconsejaban sacarlos de allí y de las ciudades tomadas, por temor a que estuvieran transmitiendo información a los espías turcos o alemanes.

Conoció al doctor Weizmann, que viajó hasta allí con otros miembros de la Comisión Sionista a poner la primera piedra de lo que pretendía ser la Universidad Hebrea de Jerusalén. Augustus Newman se lo presentó y subieron a caballo al monte Scopus, un lugar espléndido desde el que se divisaba toda la ciudad, donde se ubicaría la universidad. Weizmann parecía un hombre feliz en aquellos momentos, y leyó un emotivo discurso y un telegrama de lord Balfour. Augustus Newman le dio a Thomas con el codo en el costado, recordándole lo que le había contado.

Uno de los miembros de la Comisión Sionista, un tal doctor Eliazhar, le presentó a un judío recién llegado a Beirut, David Stein, quien le contó las terribles circunstancias en aquella ciudad a causa del bloqueo. Dijo conocer bien al doctor Ayub Thabit, y le tranquilizó al decirle que estaba vivo y trabajando. En cuanto al doctor Boghossian, había sido deportado por los turcos, según se decía por orden expresa del generalísimo Djemal Pashá, cuando se le acusó de estar ayudando a escapar a algunos de los armenios que los turcos concentraban en Alepo. Primero lo condenaron a morir ahorcado, pero más tarde revocaron la orden y lo deportaron hacia Deir
ez-Zor
vía Alepo con toda su familia, incluyendo su mujer y sus hijos, dos muchachas de quince y dieciséis años y un niño de unos trece años. Thomas se mostró muy afectado y sintió no haber estado allí para poder ayudarle. Una terrible venganza hacia un armenio que solo intentaba ayudar a los suyos.

A pesar del optimismo que mostraba el Estado Mayor, algunas veces, mientras cenaban, se escuchaban lejanos truenos. No eran tormentas, sino los cañonazos de las baterías de Liman von Sanders, haciendo ver a los británicos que aún seguía allí, que no sería fácil terminar con él.

Pero Allenby no se mostraba demasiado preocupado por aquellas demostraciones y así lo comentó en voz alta a sus hombres.

—Debemos aceptar que los morteros que capturamos a los turcos son piezas maestras. Ese Krupp fabrica uno de los mejores aceros que he visto nunca. ¡Encontramos cañones enterrados en el lodo que brillaban más que los que hacemos limpiar todas las semanas! Cuando ganemos la guerra, tendremos que enviar unos cuantos expertos allí, para que analicen los procesos de fabricación.

El caluroso verano en Jerusalén transcurrió lentamente. Todo eran preparativos para la ofensiva final. Poco a poco Thomas fue descubriendo una ciudad impresionante, aunque con importantes carencias, ya que los otomanos no parecían haber hecho nada por la salubridad de sus habitantes, y el paludismo y la disentería se llevaban a mucha gente por delante. Por criterio del general Allenby, los oficiales médicos comenzaron a realizar una limpieza en profundidad en toda la ciudad, pero existían tantas cisternas, balsas, acequias y ruinas, que se transformó en una labor imposible.

A mediados de julio, Allenby reclamó de nuevo al teniente coronel Harding para su Estado Mayor. Asistió a las reuniones en las que se preparaba minuciosamente la ofensiva; las guerras no se ganaban gracias a un general que dirigía una brillante operación militar en un día inspirado, sino que eran el fruto de aplicar el sentido común, la logística, la previsión de todo lo que pudiera suceder a lo largo de una batalla y, sobre todo, del respeto al oponente.

Seguían viendo a los turcos como formidables enemigos que nunca se daban por vencidos. La ventaja para las fuerzas de Allenby, era que los ejércitos otomanos estaban mal dirigidos. Los alemanes no habían sido capaces de entenderlos, la preparación de las unidades militares que se incorporaban en el último momento dejaba mucho que desear, y los jefes elegidos desde el Gobierno de Talat, Enver y Djemal Pashá no parecían ser lo más adecuados. Enver Bey era un general que se las daba de moderno, pero cuyo

mayor mérito era haber contraído matrimonio con la mismísima hija del sultán. Le apasionaban el lujo, los caballos pura sangre y las condecoraciones. A Djemal Pashá le ocurría lo mismo. Era un ministro de Marina que no sabía nadar, y que se mareaba cuando alguna vez navegó en la botadura de un barco. Para ellos la vida de los soldados no valía nada, poco más que la de los armenios que habían hecho asesinar por centenares de miles.

El Servicio de Inteligencia Británico sabía muy bien lo que estaba sucediendo. Todos los días llegaban a Jerusalén docenas de armenios, muchos de ellos a través de Alepo, ya que el sistema de mantenimiento de los ferrocarriles otomanos seguía dependiendo de los empleados de origen armenio. La superintendencia ferroviaria otomana había intentado sustituirlos, pero comprendieron a tiempo gracias a un informe de la Embajada alemana, que ello equivaldría a inmovilizar toda la red. La consecuencia era que los armenios ayudaban a escapar a otros armenios, y los turcos eran conscientes de que poco o nada podían hacer por evitarlo, si querían seguir utilizando los trenes, aunque cuando capturaban a alguno saboteando sus órdenes, lo torturaban hasta matarlo, a fin de dar un escarmiento.

En Jerusalén vivían miles de armenios, y los ingleses observaban con perplejidad que la población armenia aumentaba o disminuía con frecuencia ya que desde aquella ciudad los refugiados armenios se dirigían a El Cairo y Alejandría, y desde allí aprovechaban cualquier ocasión para emigrar a Europa o los Estados Unidos.

El coronel Thomas Harding gestionó mucha información sobre lo sucedido. El Gobierno del Ittihad no podría excusarse asegurando que habían sido acciones de guerra, o daños colaterales, como comenzaba a conocerse a las víctimas indirectas a causa de las batallas, o como estaba sucediendo en Beirut, por espantosas hambrunas en tiempos de conflictos, tampoco a causa de la rebelión de la población, ni por ningún otro motivo. Todo había surgido desde las reuniones del partido de los Jóvenes Turcos, de los congresos del Ittihad —El Comité de la Unión y del Progreso—, de la complicidad de unos cuantos individuos, de los que se conocía con exactitud lo que habían tramado y conspirado para conseguir asesinar a una población, por el solo hecho de ser cristianos armenios. Era cierto que también habían muerto cerca de

trescientos mil cristianos asirios-caldeos, y se estimaba que como mínimo otros tantos griegos. El Gobierno turco había realizado una apuesta criminal que no iba a colaborar en mejorar la percepción que desde occidente se tenía de ellos.

Comentó aquello con el general Allenby y los demás jefes del Estado Mayor. Por sus manos pasaron telegramas cifrados que Talat Pashá, que el primer ministro enviaba desde su despacho, y que eran interceptados. También las órdenes del ministro de la guerra, Enver Bey o las cartas personales de Djemal Pashá. Tras el triunvirato, existía un batallón de asesinos sectarios encabezados por el doctor Nazim y el doctor Behaeddin Shakir. Recordaba todo lo que Augustus Newman le había contado acerca de ellos. Se trataba de una conspiración criminal para eliminar a todo un pueblo con el que llevaban siglos coexistiendo sin dejar rastro de su existencia. Las buenas palabras de los Gobiernos europeos, o incluso las del presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, no habían sido capaces de frenar a aquellos asesinos. Por culpa de unos cuantos criminales quedaría sobre el pueblo turco un estigma por siglos, a causa de aquel enorme crimen.

Allenby, que era un hombre decente, cuando le hablaban de aquel terrible asunto movía la cabeza como si deseara convencerse de que nada de lo que estaba conociendo en relación con las matanzas y deportaciones, que ya afectaban prácticamente a la totalidad del pueblo armenio que vivía dentro del Imperio otomano, era cierto. Pero las evidencias eran diáfanas. El triunvirato no solo apoyaba el tenebroso asunto, sino que lo había inspirado y ordenado su ejecución. Lo que tal vez desconocía la cúpula del Ittihad y del Gobierno turco, era que iban dejando un rastro que les llevaría probablemente al cadalso y a la ignominia de la historia.

Cuando Thomas le contó al general Allenby lo de su amigo Boghossian, pudo escuchar su comentario.

—No sé si me encontraré alguna vez con ese Djemal Pashá, pero como le atrapemos, lo colgaremos.

A finales de agosto las tropas británicas habían tomado la línea del frente, en el valle del Jezreel, como había pronosticado a principios de verano Allenby. Allí, al oeste del río Jordán, se emplazaron las baterías. Frente a ellos se encontraban el 4.º, 7.º y 13.º Ejército turco, cuyo comandante en jefe a efectos tácticos era el general Otto

Liman von Sanders. Djemal Pashá llevaría su caballo blanco y sus medallas, atildado hasta el último detalle para los fotógrafos de la prensa gráfica europea, convencido de que desde Saladino no había habido otro como él. También estaría aquel joven general, Mustafa Kemal, que había adquirido su enorme fama en Galípoli al humillar a la flota de la Entente y al propio Winston Churchill. Tal vez volviera a llevar sobre sus hombros el peso del combate. De él se hablaba mucho y bien, parecía a pesar de su edad un aguerrido líder, al que sus tropas seguían ciegamente, y Allenby se mostró preocupado al ser informado de que lo tendría enfrente. Por los Servicios de Inteligencia sabían que los turcos contaban con cerca de cincuenta mil hombres, mientras que las tropas al mando del general Allenby sumaban cerca de setenta mil. La diferencia esencial era que las tropas británicas, australianas, neozelandesas e hindúes estaban motivadas, repletas de moral, bien alimentadas, sanas, perfectamente pertrechadas y disciplinadas. Los turcos tenían problemas de suministros, precisamente por la labor de zapa que estaban llevando a cabo las tribus árabes mandadas por Fayçal, y en las que colaboraba el ya famoso comandante Lawrence, que habían cortado la línea de ferrocarril turco en varias ocasiones, impidiendo el aprovisionamiento de los otomanos.

El coronel Harding cumplió cuarenta años el 19 de septiembre de 1918. En la tienda protegida por sacos terreros, situada en la colina que Allenby había elegido para el puesto de dirección del combate, le cantaron «cumpleaños feliz», y uno de los ordenanzas hindúes les sirvió incluso un inesperado trozo de tarta con velitas. Era un detalle digno de agradecer y brindaron con una única botella de jerez, que tuvieron que compartir los dieciocho oficiales.

Cuatro horas más tarde, como un drama programado, comenzó el combate. El general Allenby tomó asiento junto a unos milenarios olivos, en una silla plegable de lona, con unos grandes prismáticos apoyados en un trípode. Ordenó una maniobra de diversión contra las tropas otomanas apostadas en la orilla del Jordán. Su intención era atacar a lo largo de la línea de costa, donde había preparado los depósitos de municiones y pertrechos, además de cuarenta mil hombres y más de trescientas piezas de artillería. Casi todas ellas Vickers. Tal vez no tuvieran la calidad de fabricación de Krupp, pero jamás se atascaban.

Eran las cuatro y media de la madrugada cuando Allenby ordenó abrir fuego, en plena oscuridad. El frente tenía cerca de sesenta millas, formando un amplísimo arco. Apenas a las cinco y media, ya con algunos rayos de sol, los turcos comenzaron a retirarse de la primera línea, dejando una inmensa brecha por donde Allenby hizo avanzar el regimiento de camelleros, que se dirigieron a la antigua ciudad que daría nombre a la batalla, Megido [48]. Mientras, la RAF bombardeaba con precisión el ferrocarril, cerca del que se encontraban las posiciones del Estado Mayor otomano y probablemente el mismo Liman von Sanders, mientras las tropas irregulares de Fayçal llegaban desde el este, tras un enorme esfuerzo de animales y jinetes por llegar a tiempo. Los árabes deseaban participar de la gloria.

Para aquella tarde, el 8.º Ejército otomano, cuyo comandante en jefe era Djemal Pashá, había sido barrido de sus posiciones. El 7.º Ejército de Mustafa Kemal decidió retirarse hacia el este; la RAF no daba tregua y les impedía reagruparse ordenadamente.

Thomas observaba en silencio junto al general Allenby el montaje de una tragedia griega. Cada cosa sucedía como la habían previsto en el cuartel general. Más tarde llegaron noticias, los turcos huían en un «sálvese quien pueda». Al amanecer del día siguiente, el 4.º Ejército con Liman von Sanders levantó precipitadamente el campo a orillas del río Jordán, para dirigirse con rapidez hacia el norte, intentando tomar posiciones, tratando de evitar el progreso de los británicos en su camino hacia Damasco.

El coronel Thomas Harding fue designado personalmente por el general en jefe, Edmund Allenby, como observador de las tropas irregulares árabes de Fayçal. Un mero testigo para la historia. Se había decidido dejar a los árabes el protagonismo de la victoria. Eso ya lo había sugerido él en su informe, aunque la idea era de Augustus Newman. Diez millas por detrás llegaban los jinetes árabes, un ejército medieval con los grandes estandartes verdes del profeta, fieros guerreros con fusiles de un solo disparo, piezas históricas que era preciso cargar por la boca del arma, pero que podían tener una mortal precisión; tras ellos iban los jinetes australianos de la 3.ª tropa ligera, bien armados, pertrechados y

uniformados.

Thomas se encontró casualmente con el doctor James Stuart, el médico del consulado británico de Damasco, que le había salvado la vida cuando los turcos lo torturaron. Le habían asignado los servicios médicos de los irregulares árabes porque dominaba el árabe y el turco. También se topó con Ali Rida, el oficial árabe sirio que había pertenecido al Ejército otomano, y más tarde al ya general de brigada, Phillip Stimson, que lo abrazó con fuerza. Todo el mundo quería entrar en Damasco cuanto antes. Para los turcos perder aquel bastión que protegía el flanco sur de la Cilicia, era perder la guerra; unos y otros eran conscientes de ello. En cuanto a Von Sanders, había quedado encerrado en una bolsa con miles de hombres en un lugar cercano a Nazareth.

Era evidente que faltaba poco para el final, y para Thomas menos aún para volver a tomar Beirut. El general Allenby prometió que lo nombraría su delegado en aquella ciudad, aunque temía volver y encontrarse con que sus antiguos amigos habían desaparecido, como era el caso del doctor Boghossian.

Una semana más tarde, ya a las puertas de Damasco, los árabes terminaron de volar el ferrocarril. Había puestos de ametralladoras en los altozanos, pero su resistencia era inútil y uno tras otro fueron cayendo. Vio lo que era la guerra cuerpo a cuerpo, los turcos intentaban huir, pero los jinetes árabes los iban alcanzando, disparándoles a quemarropa o incluso descendían de sus monturas; corrían tras los soldados turcos que huían aterrorizados y los degollaban sin compasión. Los árabes no querían tomar prisioneros, tampoco sabrían qué hacer con ellos, y los turcos les habían enseñado que lo mejor que se podía hacer con el enemigo era aniquilarlo.

Thomas no podía intervenir; Stimson parecía disfrutar con lo que ocurría. Era una situación de una terrible crueldad, no estaban hablando de decenas ni de centenares, sino de miles y miles de turcos, y al menos cuatrocientos o quinientos alemanes y austríacos que intentaban salvar la vida desesperadamente.

Los árabes no cesaban de matar compulsivamente a todos los que se rendían. Los turcos al final no luchaban, aguardaban la muerte convencidos de que aquel era su destino, no podían esconderse.

Fue una masacre. Stimson lo comentó con cansancio.

—Este es el final de todos los imperios. Una vez estos tipos llegaron desde las estepas de Asia Central para fundar un imperio. Ahí los tienes.

Era un escenario pavoroso, con miles de cadáveres, algunos de los cuerpos seguían moviéndose en los estertores de la muerte, otros estaban decapitados o desventrados. Era demasiado, Thomas vomitó todo lo que tenía en el estómago. Nunca había presenciado nada semejante. «Aquellos tipos», como los había llamado Stimson, tendrían familias que los estarían aguardando con inquietud. Luego un vehículo militar lo recogió para llevarlo a la tienda de Allenby. ¿Qué podía contarle? ¿Que diez mil o tal vez quince mil enemigos habían sido masacrados por los árabes? ¿Aquello era la historia? ¿Siempre había sido así? Sentía una profunda vergüenza ajena.

Temblando de frío interior y con el cuerpo cortado, se duchó en la tienda-hospital de campaña. El doctor Stuart le dio una pastilla de opio y luego cayó como un saco sobre uno de los catres de lona.

Dos días más tarde tuvo que proseguir su papel como observador. Mientras se retiraban los alemanes estaban volando sistemáticamente los depósitos de municiones en Damasco, y las explosiones resonaban como baterías disparando. Los australianos tenían órdenes de Allenby de no entrar en la ciudad. Era el privilegio de Fayçal. Mientras se acercaban a la ciudad, increíblemente los campesinos árabes seguían trabajando sus campos cultivados, entre palmerales a lo largo de los caminos y las acequias. Una imagen idílica, si no fuera por las negras humaredas en varios puntos de la ciudad. Tendría que aguardar allí a que llegara Fayçal, que vendría desde Dera para hacer su entrada triunfal una vez que hubieran arreglado las vías del ferrocarril, que pocos días antes sus propios hombres habían volado.

Allenby relevó a Thomas de su cargo de observador, y lo envió a Beirut donde la Administración otomana se había rendido, muchos colaboradores habían muerto asesinados en las calles en una última venganza, y todos los ciudadanos que habían sobrevivido se abrazaban y besaban, convencidos de que había terminado la tiranía y que comenzaba una nueva era de paz y prosperidad. Pero aquello no era la primera vez que sucedía en aquella ciudad. Reflexionó que tampoco sería la última.

¿El gran Líbano?

OCTUBRE-DICIEMBRE DE 1918

Thomas volvió a Beirut el día en que la Armada francesa fondeaba delante de la ciudad. Era el siete de octubre y los acontecimientos se estaban precipitando para todos, vencedores y vencidos. Para entonces el emir Fayçal llevaba ya una semana en Damasco, y los ejércitos otomanos se retiraban precipitadamente hacia las montañas del Tauro, sabiendo que no podrían defender Homs, Alepo, Hama ni Trípoli, que caían una tras otra ante el imparable avance de los aliados de la Entente.

De acuerdo con Londres, Allenby había permitido la entrada triunfal de Fayçal el Hachemita en Damasco. La rápida llegada de la Armada francesa desde Tartus con destino a Beirut y Sidón, de acuerdo con lo pactado, evidenciaba que el Acuerdo Sykes-Picot comenzaba a tomar forma, y que el Vilayato otomano de Siria, de Beirut, Alepo, Adana y, probablemente, el de Der
ez-Zor,
formarían el mandato francés, en base a lo estipulado en el acuerdo.

Allenby solo pretendía expulsar a los otomanos, a los alemanes y austríacos de aquel territorio, para proteger lo que sería el Mandato Británico de Palestina y Mesopotamia. También la entrada desde el Mediterráneo a Jerusalén, y la estratégica ruta hasta los campos petrolíferos. Lo demás ya no era más que gloria. Lloyd George le hizo llegar un telegrama a Edmund Allenby. ¿Qué título nobiliario elegía para el nombramiento como vizconde? Allenby no lo dudó un instante: vizconde de Megido.

Pero por el momento los mandatos aún no eran más que entelequias. Lo importante era tomar posesión, ejercer el dominio. Thomas saludó en Beirut a los generales franceses, antes incluso de volver a entrar en la que era su casa. Les entregó un documento del propio Allenby, reconociendo el dominio francés en la región, conforme lo acordado por Mark Sykes y Georges Picot. Reinaba

entre los militares franceses la euforia, pero la población civil aún estaba demasiado hambrienta, había soportado una terrible etapa, una catástrofe humanitaria, para salir a vitorear a los vencedores.

Por indicación de Allenby, acompañó a las nuevas autoridades franco-británicas al puerto de Mudros, en la isla de Lemmos. Aún no se habían rendido algunas de las últimas guarniciones otomanas en el norte de Siria, y ya se sabía exactamente el día y la hora en que se firmaría el armisticio. En Mudros el 30 de octubre de 1918, a las 11 horas en el edificio del consistorio. Ese día se rindieron en Trípoli los turcos y los oficiales alemanes, una hora antes de la firma.

Allí volvió a encontrar al inevitable Augustus Newman, él había elegido el lugar. Era muy propio de su especial personalidad. Alguien al final tenía que tomar esas decisiones. Por el Gobierno turco firmaron dos parlamentarios y un general de Estado Mayor. Estaban abatidos, desolados por la tarea que la historia les había asignado. Firmar el fin de una larguísima era de poder y gloria, que había comenzado al atardecer del 29 de marzo de 1453, cuando Mehmet II el Conquistador de Constantinopla entró en la ciudad y se dirigió a la basílica de Santa Sofía, que había jurado convertir en la mayor mezquita del islam.

En Mudros vio llorar desconsolados a los representantes turcos. Newman le susurró:

—Fíjate bien. Creo que nadie había visto llorar a un turco hasta hoy.

Lo que sucedía era que aquellos hombres estaban firmando la rendición de todas sus guarniciones en Siria, en Mesopotamia, en Tripolitania, en lo que les quedaba de la Cirenaica, en el lejano Yemen, en el Hedjaz, aceptando que los aliados ocuparan los Dardanelos y el Bósforo, Batum, los Montes Tauros, las provincias armenias del noroeste de Anatolia, y también que controlaran su influencia en Arzebaiyán, en Kars, en Adjania, en todo el Cáucaso.

—Tienen motivos para llorar, ¿no crees? ¿No le ocurrió algo semejante a Boabdil cuando abandonó la Alhambra, durante la toma de Granada en 1492? Se dice que su madre le recriminó: Llora como mujer lo que no has sido capaz de defender como un hombre.

Aquello era la guerra, no un juego de mesa donde todos podrían decir «¡Comenzamos de nuevo! ¡Alguien ha hecho trampa!». Todos

las habían hecho y probablemente el mayor instigador, el káiser Guillermo estaría en aquellos momentos haciendo las maletas, dudando si dirigirse a Suecia, a Dinamarca o a Holanda, eligiendo donde llevar un exilio dorado. Al final el refugio de los guerreros y los belicistas eran los países que no amaban la guerra.

Volvieron juntos en un destructor británico a Beirut. Desde allí Augustus seguiría arriba y abajo, al menos durante la larga temporada en la que el mundo debía intentar reordenar lo que la larga contienda había desordenado. Le dijo que debía comenzar por Damasco, donde aún tenía mucho que hacer, pero que esperaba pasar pronto por Beirut.

En cuanto a él, ya era el momento de hacer venir a Ethel hasta su hogar. La echaba mucho de menos. Meditó que tal vez debería volver a casarse, intentar recuperar el tiempo, ordenar su vida, hacer que todo tuviese al menos aspecto de normalidad. Habían sucedido demasiadas cosas desde que desembarcó por primera vez en Beirut en 1909.

Sin embargo, hasta mediados de noviembre, cuatro días después de que los alemanes firmasen el armisticio en Compiègne[49], no pudo embarcar rumbo a El Cairo. No podía negar que se hallaba nervioso, preocupado por saber qué opinaría de aquel traslado Ethel, que tenía su vida, su casa y sus amigas del colegio allí. Esperaba que no se lo pusiera más difícil. Era cierto que a él también le gustaba El Cairo, pero no deseaba vivir allí, sino en Beirut. En lo que el recién designado alto comisario francés, Picot, llamó «el Gran Líbano», es decir, el Monte Líbano, más el litoral, más el valle de la Bekaa. Desde quince millas al sur de Tiro, hasta Trípoli al norte. Por el momento. Le aseguró que lo tenían pactado con los maronitas, los drusos y los sunnitas del litoral. En cuanto a los chiitas y los alawitas, tarde o temprano se sumarían al acuerdo. Quedó con él en que lo mantendría al tanto. Lo daba por hecho.

Permaneció casi dos semanas en El Cairo. Ethel estaba deseando ir a su casa en Beirut de la que tanto le había hablado, pero le gustaría que también la acompañase su institutriz, Sarah Hamilton, que tampoco puso reparo alguno. Tenía ya cerca de treinta años y se había encariñado mucho con la niña. También Nadima Ghalib deseaba volver a su tierra. Después eligieron lo que querían llevarse. Lo demás de momento se quedaría almacenado en El

Cairo, en un guardamuebles propiedad de un copto, un hombre de confianza del padre de Sarah. Unos carpinteros militares vinieron a embalar las cosas. Algunas antigüedades egipcias, jarrones *nouveau style*, muebles que habían pertenecido a antiguas embajadas, colecciones de objetos, libros y figuras. Tenía pensado donde podrían encajar las cosas en el enorme caserón de Beirut, que había resistido dignamente la guerra. Cierto que después de visitarlo tuvo que llamar a los escayolistas, a los pintores y a los carpinteros, pero el resultado era prometedor.

A principios de diciembre volvió a Beirut acompañado de Ethel, Sarah y Nadima. Se sentía satisfecho, ya que hubiese supuesto un gran trauma para la pequeña si Sarah no hubiese tomado la decisión de abandonar El Cairo. Era una dama inglesa con clase y gran personalidad, que trataba a Ethel como si fuese su propia hija.

Thomas Harding, pragmático, veía a Sarah desde otro punto de vista. Era hija de un coronel británico de Estado Mayor, sin título nobiliario, pero de una familia burguesa bien acomodada, exquisitamente educada, que hablaba a la perfección el francés y el árabe. Mantenía cualquier conversación con desenvoltura y podía dirigir una casa. No tuvo que pensarlo mucho. Unos días más tarde, le pidió que se casara con él. A fin de cuentas, Sarah era solo tres años más joven, pero tenían una educación parecida, salvando algunas pequeñas diferencias que el tiempo se encargaría de arreglar.

Aquella propuesta, que Sarah aceptó emocionada, significó que tres semanas más tarde apareció su hermana mayor, enviada por la madre de Sarah. No era propio, comentó con sinceridad, que estuvieran viviendo bajo el mismo techo sin estar casados. Sería «una carabina» que guardaba las apariencias, mucho más en un lugar como Beirut, donde todo el mundo parecía saber lo que ocurría en las casas de los demás.

Ethel se adaptó a la perfección. Le encantaron las dependencias que había asignado para ella. Un dormitorio con vestidor y su propio baño. Eso en Beirut era un lujo. Además, una salita de estudio y una terraza. Todo en la segunda planta, donde también tenía su dormitorio Sarah. Él se había preparado sus habitaciones en la planta primera. En la baja, el vestíbulo, el salón de recibir, el comedor, la biblioteca, y la cocina dando a la parte de atrás, a una

entrada de carruajes desde el callejón posterior. Delante un gran jardín con una fuente de estilo otomano, tal vez excesivamente recargada, pero que le apenaba demoler, y debajo un fresco sótano, con una gruta que penetraba en la colina posterior, un lugar idóneo para los días más tórridos del verano.
Pronto apareció por la casa el doctor Ayub Thabit, que se mostró encantado de su vuelta a Beirut, y tras él fueron llegando los viejos conocidos, Joseph Hani, Albert J. Sursoek, Charles Debbas, que seguía editando *La libertad de Beirut*. Sus antiguos sirvientes, José Chabry y su esposa María, que se habían refugiado en el valle de la Bekaa durante la guerra, volvieron a sus puestos como si no hubiese ocurrido nada. Todos se mostraron muy apenados por lo sucedido al doctor Hagop Boghossian y a su familia.

Unas semanas más tarde Newman llegó a Beirut desde Damasco. Había tenido que viajar a Constantinopla, ciudad conmocionada por la situación. Le habló de los ímprobos esfuerzos del príncipe Fayçal por intentar crear un reino árabe cuya capital sería Damasco, aunque los franceses ya habían manifestado su oposición frontal, convencidos de que el mandato de Francia supondría la modernización de toda la región, mientras que consideraban a los hachemitas unos señores feudales atrasados y sin futuro. Sin embargo, Newman tuvo que reconocer que la entrada de Fayçal en Damasco había significado una manifestación de júbilo. Los turcos habían abandonado la ciudad tras un acuerdo pactado con los árabes y por tanto no se produjeron destrozos ni saqueos, más allá de los que los alemanes causaron, en su interés de que los depósitos de municiones y pertrechos no cayeran en manos de los británicos.

Se había reunido con Fayçal y sus notables. Allí pudo saludar al coronel Lawrence **[50]**, que seguía vistiendo los ropajes tradicionales de los árabes del Hedjaz. «Un hombre pensativo y poco hablador». Fayçal parecía convencido de que los hechos consumados significaban un importante avance para consolidar su sueño. Le explicó cómo había sucedido todo, en el momento de la caída de Damasco, los notables de la ciudad enviaron un mensaje al general otomano Djemal Pashá, informándole de que no se opondrían a la entrada de las tropas de Fayçal. Djemal entendió el mensaje, hizo un alarde de prudencia y aceptó. Al día siguiente los turcos abandonaron Damasco, tras desfilar delante de la bandera árabe. No

deseaban rendirse a los británicos, prefirieron pactar su salida con los árabes.

Thomas le contó que algo parecido había sucedido en Beirut. Un representante de los ciudadanos más señalados de la ciudad se dirigió al palacio del valí otomano, Ismail Haqqui, de confesión chiita y le aconsejó que abandonara Beirut. En el mismo acto, el valí designó a Omar Daoud como valí provisional, y salió de inmediato hacia Trípoli, llevándose con él más de cuarenta grandes baúles. Desde allí había embarcado en un navío austríaco para Constantinopla. El propio Daoud envió un mensaje al gobernador del Monte Líbano para que se marchara de allí cuanto antes, si no quería arriesgar su vida. El valí no tardó ni una hora en dirigirse hacia el cuartel de Liman von Sanders.

En todas las poblaciones de Siria había ocurrido algo semejante. Newman le explicó, que cuando Allenby entró en Damasco, aquella ya era una ciudad bajo la administración árabe. Por tanto, no podían considerarlo un territorio enemigo ocupado, sino liberado. Era muy importante conceptualmente para los árabes y nadie se sorprendió por ello, era lo pactado, pero en el Estado Mayor británico pensaron que Fayçal estaba yendo demasiado aprisa. Fayçal dio por sentado que el Monte Líbano y el litoral también iban a pertenecer a la Gran Siria, y eso sacó de sus casillas a Picot. Ese fue el motivo por el que de inmediato llegó desde Rodas la escuadra francesa. No iban a permitir que los árabes tuvieran tiempo de tomar posesión del litoral. En aquel asunto, los franceses se sentían muy molestos con los británicos. Los árabes necesitaban a Allenby por si tenían problemas de interpretación. Para ellos el Acuerdo Sykes-Picot no era más que papel mojado.

Thomas cenaba en la terraza de su casa con Newman y con Ayub Thabit, un buen amigo de ambos. Thabit tenía muy claro lo que iba a suceder.

—Amigos míos. Los franceses tomaron posesión de este litoral hace ya siglos, y para ellos está claro a quién pertenece… Nadie les va a convencer de lo contrario. Además, han venido a toda máquina para protegernos. Los maronitas no deseamos un monarca musulmán ni una constitución basada en la sharia. Desde antes de la Gran Guerra, los árabes nos unimos sin distinción de credos para acabar con la tiranía otomana. Pero verán, en política, cada

momento es cada momento. Ya se han ido los turcos, y no deseamos otro califa árabe, sino una república laica, solo nos la pueden proporcionar los franceses. ¿Se imaginan una gran Siria islámica? ¿Qué ocurriría entonces con los cristianos, maronitas, armenios, grecoortodoxos, melquitas, católicos romanos, asirio-caldeos, protestantes y coptos? ¿Y con los alawitas? ¿Incluso con los drusos? ¿Y los chiitas? No debería importarme lo que les sucediera a estos, pero reconoceré que llevan aquí siglos. ¿Todos supeditados al islam sunnita? Miren, ahora se habla, aún en voz baja, de un país que se llamará el Gran Líbano, en donde deberíamos caber todos. ¿Será viable? ¿Podremos compartirlo en paz? Tengo más que dudas, y eso que soy árabe, con muchos y buenos amigos musulmanes.

»Recuerden el otro día, con los soldados de infantería de la Marina francesa desfilando por el centro de Beirut. ¿En quién confiamos los habitantes de esta ciudad? ¿En los árabes de Fayçal? No. Paradójicamente en los dos países que nos han hecho pasar hambre. Francia y Gran Bretaña. En el discurso del emir Fayçal en Damasco, daba por hecho que su gobierno será sobre la Gran Siria, y eso no es lo que creen ni los franceses ni los británicos. Ahí tienen cómo el gobernador militar, Piepape, estaba empeñado en quitar todas las banderas árabes. ¿Saben por qué? Ustedes necesitan que estas tierras sigan siendo “territorio enemigo ocupado”. No unos países administrados por sus aliados los árabes. ¿Qué podrían reclamar en otro caso? Ahí lo tienen. Beirut, el Monte Líbano, Trípoli, Latakia… Damasco y demás, bajo la administración francesa. Palestina, incluyendo Jerusalén y Nablus, administrada por los ingleses, y el resto, es decir, Arabia, el Hedjaz por los árabes. Han dejado muy claro que se trata de una administración temporal, y claro, por si acaso, Fayçal ha metido ya sus tropas en el valle de la Bekaa. Cree que eso le corresponde a él. ¡Y eso no se lo vamos a permitir los maronitas! ¡No deseamos una administración árabe! ¡Para eso mil veces francesa! Bueno, al menos, eso es lo que pensamos los que nos creemos más avanzados. Mientras, Fayçal actúa en representación del jerife de La Meca, es decir, de su padre. Está convencido de que delegará en él como monarca de la Gran Siria. Yo soy escéptico. Ni ustedes, ni los franceses le van a permitir actuar, y si no, al tiempo. Pero ustedes deberían ponerse de acuerdo, porque Fayçal ha estado en Francia intentando ostentar la

representación de todos los árabes, y eso molestó mucho más al Gobierno de Clemenceau que a los británicos. En fin, el tiempo lo dirá.

Unos días más tarde, Ayub Thabit acompañó a Thomas y a Augustus Newman a la reunión del consejo provisional. No tenían voz ni voto. Estaban allí únicamente como observadores. El consejo lo presidió Daoud Ammoun, quien gozaba de la confianza del patriarca maronita y, por supuesto, del gobernador militar, Piepape. Allí se encontraba también un representante de cada confesión, a excepción de los chiitas, que no podían aceptar que la voz cantante la llevaran los cristianos.

Daoud Ammoun era un personaje muy conocido en todo Beirut. No se mordía la lengua, y sabía que, entre árabes, el tono de voz tenía su importancia. No se dejaba achantar, ni permitía que nadie se saliera del orden del día. Transpiraba mucho y hablaba fatigosamente, pero nadie se atrevía a interrumpirlo.

—Señores, Dios es compasivo y misericordioso y gracias a Él las cosas caminan por el camino correcto. Agradezco a Emile Edde su presencia, a Abdallah Khour, a Neguib El Malek. Aquí hacemos falta todos, y si realmente deseamos un Líbano viable, deberemos arrimar el hombro. Agradecer la presencia de su excelencia el gobernador militar, el señor Piepape, también a los observadores británicos, a todos los presentes. Resumiré si me lo permiten. Queremos el Líbano del que tanto esperamos, por el que hemos luchado y soñado tanto tiempo. Demasiado. Un Líbano en el que la libertad, la igualdad y la fraternidad serán las normas básicas. No queremos más tiranos, más crueldades, más corrupción en la Administración. Todo eso ya forma parte de un pasado al que no se debe volver nunca. Recordemos un minuto a nuestros mártires, muchos de La Merkezye. A Abdul Jamid Zohravi, él fundó el Club Literario y colaboró en la fundación de La Merkezye. Abdul Ganí, Mahmoud El Mahmessani y su hermano Mehmet. Georgi Haddad, Refik Selloum, todos ellos personas respetables de la sociedad de Beirut y del Monte Líbano. ¡Treinta y tres mártires asesinados solo por sus ideas de libertad y su patriotismo! También quiero recordar a Chefik Bey el Azm. ¡Aún recuerdo cómo tuvo el valor de expulsar de su casa a Talat Bey! Quiero recordar aquí a todos los muertos a causa del conflicto, a los miles y miles de ciudadanos que murieron

en Beirut porque ya no había nada que comer. ¡Nunca podremos olvidar lo que aquí sucedió!

Pretendemos un Líbano que incluya todo el litoral, el Monte Líbano, el valle de la Bekaa, las montañas del Antilíbano, al menos en la vertiente hacia el valle —Thomas recordaba lo que su amigo Thabit les había explicado—. ¡Queremos ser autónomos! Y para ello debemos producir nuestros propios alimentos. Ahora bien, autonomía también en política. La cámara de representantes del futuro país deberá ser proporcional, asegurando los derechos de las minorías. Queremos que Francia nos ayude, y que Gran Bretaña no se oponga. Deseamos la tutela de Francia, pero solo al principio. Solo el tiempo necesario para garantizar la existencia de un país soberano e independiente. Nada más.

A pesar de algunas reticencias, Daoud Ammoun se salió con la suya. Irían a París a la conferencia, a exponer su propuesta. Thomas prefirió permanecer en Beirut, Newman estaba invitado a asistir. Todo iba a cambiar, pero nada iba a resultar fácil. Aquella preciosa tierra exigía sangre, sudor y lágrimas. Los dioses de Baalbek no se conformaban nunca con promesas.

Sarah

ENERO-MARZO DE 1919

A principios de febrero de 1919, Sarah Hamilton y Thomas Harding contrajeron matrimonio. Ambos sabían que no se trataba de una boda por amor, pero era una buena solución. Ethel estaba feliz y eso era lo más importante. Thomas pensaba que jamás iba a poder olvidar a Caroline, pero tampoco deseaba que su hija creciese sin una madre. En cuanto a Sarah, era también una mujer pragmática que no deseaba quedarse para vestir santos.

Celebraron la boda en la intimidad. Tampoco estaban las cosas en Beirut para celebraciones ni ostentaciones, era preferible una cierta discreción, mientras la gente volvía a recuperar su vida. Tuvieron la prudencia de comunicarlo a los amigos más allegados. Ya se encargarían ellos de que en unos días lo supiera todo el mundo.

Para su sorpresa, Thomas comprobó muy pronto que su nueva vida de casado mejoraba en todos los aspectos. Sarah era prudente, inteligente y discreta, cualidades que él apreciaba mucho. De alguna manera se parecía a Caroline. Era culta, aunque su verdadera especialidad era el Egipto antiguo. Hablaba y escribía el árabe como una nativa, era capaz de seguir cualquier conversación, fuera el que fuese el tema del que se hablase, aunque rehuía convertirse en el centro de la reunión.

El coronel Hamilton se lo comentó el día de la boda.

—Sarah es una chica excelente. Se lleva usted una verdadera joya —lo que no sabía era todo lo que ella iba a poder hacer para mejorar las cosas y que Thomas necesitaba cambiar su vida. La vida en el ejército, y más aún en el frente, requería olvidar algunos procedimientos y exigencias. Quizás se había ido habituando a estar solo. Ahora de nuevo, en la que ya consideraba definitivamente su casa, con Ethel y Sarah cuidando de todo, las cosas iban a mejorar.

Sin embargo, los años pasados no eran años perdidos. Había

adquirido un bagaje, comprendido muchas cosas, y más que nunca sabía que era un privilegiado. Lo más importante era que había adquirido de manera directa las verdaderas virtudes de la herencia francesa en el país: libertad, igualdad y fraternidad. Ya no tenían importancia algunas de las cosas que le imbuyeron de pequeño. Valoraba a todos por igual y tenía la convicción de que desde el más humilde al más encumbrado por la vida, podían ser los mejores o los peores en cualquier cosa. Sin prejuicios. Tenía el suficiente dinero para no depender de las circunstancias, una gran ventaja. A pesar de la guerra y las gravísimas pérdidas económicas en la Bolsa de Londres, seguía conservando un importante patrimonio y unas cuentas más que saneadas.

En Beirut el ambiente era optimista, aunque la guerra había arrastrado a un nivel casi de pobreza a la mayoría de los habitantes de la ciudad. Los beirutíes eran gente emprendedora, capaces de salir adelante. Eran capaces de crear, de sacar recursos de donde no los había, y pocos meses después de la salida de la Administración otomana, las cosas iban mejorando a ojos vistas. Muchos armenios se habían asentado en la ciudad, les seguían sus familiares y amigos. Algunos se hallaban de paso hacia Francia o los Estados Unidos.

En cuanto al futuro político, los maronitas tenían muy claro que solo impulsarían un Líbano en el que los cristianos tuvieran el control. Por mucho que los hombres de Fayçal intentaran convencerles de lo contrario. No solo los maronitas, también los grecoortodoxos, incluso, aunque tímidamente, los armenios y los asirio-caldeos.

Los sunnitas casi todos apoyaban la idea de una nación árabe, con el emir Fayçal como soberano y Damasco como capital. Y, por supuesto, el Corán como respaldo de una constitución islámica, en la que la sharia también sería una referencia.

Thomas asistía a algunas reuniones en las que se hablaba sin tapujos. Era su misión como observador de Gran Bretaña, pero además se sentía implicado, el Líbano era su país, y pensaba que nunca volvería a Inglaterra. Deseaba tener el tiempo suficiente para trabajar en sus documentos sobre Baalbek, y ampliar su libro con Palmira y algunos otros lugares. Tampoco era capaz de inhibirse, de encontrarse con que las cosas no serían como él deseaba sin

participar en todo ello.

Sarah había vivido gran parte de sus últimos años en Egipto y podía comprender bien la idiosincrasia de los árabes, incluida la de los libaneses, que era como deseaban ser llamados los habitantes de Beirut desde que los otomanos se habían marchado. No tenían demasiado que ver con los egipcios, pero ella mantenía que los cairotas y los beirutíes se parecían. En Egipto estaba sucediendo algo similar. Las clases altas, apoyadas por los intelectuales y los militares, deseaban un Egipto libre de británicos. En Damasco el problema era que los árabes del Hedjaz, de Medina y La Meca, poco, muy poco, tenían que ver con los sirios, y menos aún con los habitantes del litoral. Eran como dos culturas diferentes, unidas exclusivamente por la religión y el idioma, ya que en Siria todo era mucho más abierto, más laxo, menos vinculado a la tradición islámica que en Arabia. La mujer ocupaba otro rol con muchas mayores libertades y presencia.

En Beirut, ciudad que no era representativa de una forma de ser del Monte Líbano, ni aún menos del valle de la Bekaa, se hablaba con libertad y se buscaban las referencias europeas, francesas. El francés se utilizaba comúnmente, y aún más cuando se pretendía explicar las nuevas ideas para el Líbano. El Gran Líbano.

Todo ello ponía muy nerviosos a los sunnitas, convencidos de que lo que sus amigos —o enemigo— pretendían era crear un estado cristiano en el mismo corazón del mundo musulmán. No era cierto, la voluntad era llegar a constituir una república laica y moderna. Un sueño quizás, pero algo por lo que merecía la pena luchar.

Mientras, unos y otros peleaban en París por una parte del Imperio otomano al que creían tener derecho. Ya fuera como vencedores de la guerra, ya por su historia, como en el caso de Francia, donde ese aspecto pesaba incluso más que el otro. Visto desde los británicos, mantenían que ellos habían puesto toda la carne en el asador, más de medio millón de tropas de élite, solo en la Campaña de Palestina. A eso les respondió Clemenceau, si esas tropas hubieran luchado donde tenían que hacerlo, la guerra hubiera terminado mucho antes.

El emir Fayçal había conseguido ser admitido en la Conferencia de París, a pesar del boicot francés, intentando defender los

derechos de los árabes y de su dinastía, daba lo mismo, ¿quién tenía más derechos históricos y más méritos para gobernar a los árabes que el jerife de La Meca? ¿Aquel puñado de beduinos wahabitas, de un régimen que pretendía conquistar todo el Hedjaz? Los Ibn Saud no representaban en aquellos días una amenaza por los hachemitas, o eso era lo que mantenían los allegados a Fayçal. Thomas había hablado acerca del asunto en El Cairo con uno de los representantes de Ibn Saud, que aseguró que el término wahabita deformaba la realidad. Ellos se consideraban salafistas, los que pretendían seguir el camino recto de los primeros creyentes. Pero de momento los únicos interlocutores válidos eran el jerife Hussein y su hijo. Por lo que Newman le había contado en una carta, los franceses no querían saber nada de aquel emir, al que acompañaba como hombre de confianza un extravagante oficial inglés del Servicio de Inteligencia; T. H. Lawrence.

Le habló del momento en que Fayçal se enteró del Acuerdo Sykes-Picot. El emir se negó a creer lo que le estaban contando. Él confiaba en las preciosas cartas que su padre, el jerife, guardaba en un cajón en su palacio de Medina, y que se llevaba a su tienda cuando viajaba. Sir Henry McMahon les había prometido en nombre de Gran Bretaña todo el apoyo necesario para que su dinastía gobernara a los árabes. Fayçal se sintió engañado y humillado al conocer el acuerdo. Uno de sus parientes le dijo que eso le ocurría por confiar en los ingleses.

Por ese motivo había viajado a París, ya sin fiarse de nadie, para asistir a la Conferencia de Paz.

> *El emir Fayçal está alucinado. Él creía que los árabes eran los más diestros en el arte de regatear, y de pronto se ha encontrado en el ambiente de un mercado persa, en el que Lloyd George le cambia Mosul a Clemenceau, y le ofrece ampliar el área de influencia incluyendo el Vilayato de Adana, mientras los italianos intentan sacar tajada en Anatolia, en un reparto absurdo, como si los turcos hubieran desaparecido el mapa. Y te insisto en que siguen ahí, vivitos y coleando, aguardando su oportunidad que, por cierto, podría aparecer en cualquier momento*.

Thomas leía ese fragmento de la carta en la terraza del Hotel Baron, en Alepo, adonde había viajado por indicación de Allenby. Hasta allí llegaba el ferrocarril que conectaba en Constantinopla con el Orient Express. Habló con los propietarios del hotel, los hermanos Maloumian, unos armenios que habían sido capaces de sobrevivir a la tragedia, tal vez por sus relaciones políticas con Djemal Pashá. Le contaron los horrores que habían vivido en Alepo, donde el noventa por ciento de la comunidad armenia había sido asesinada o deportada no se sabía dónde. En aquellos días las noticias eran contradictorias. A primeros de enero, Enver Bey y Djemal Pashá fueron expulsados del Ejército otomano. El nuevo Gobierno promulgó una ley para instar procedimientos judiciales contra los responsables de las deportaciones. Todo eso, le dijeron los Maloumian, estaba muy bien, sobre todo de cara a la galería, a los Gobiernos europeos, que se hallaban en la Conferencia de Paz de París. Sin embargo, todos sabían que se seguían cometiendo atroces crímenes contra las comunidades armenias en distintas partes de Anatolia. Temían una nueva matanza allí, en Alepo.

Thomas no podía creer lo que le estaban contando. ¡Pero si en todas partes se estaba deteniendo y encausando a los culpables! Aquello no tenía sentido. ¡Si el mismo diario turco de Constantinopla *Yenigün* afirmaba que un centenar de miembros de los Jóvenes Turcos estaban siendo juzgados como criminales de guerra!

Volvió a Beirut con el corazón encogido, la guerra aún no había terminado y probablemente tardaría mucho tiempo en hacerlo.

Ethel le preguntó.

—¿Qué te pasa, papá? ¿Por qué estás triste?

Era muy pronto para explicárselo, pero pensó que, en cualquier caso, Ethel poseía una profunda sensibilidad.

Allí en Beirut, el sol de invierno era dulce y amable, el mar brillaba como una bandeja de playa y las montañas blancas se recortaban en un azul prístino. Al menos eso no podía quitárselo nadie, por el momento. No podía saber lo que el futuro iba a depararle en aquella hermosa y dramática tierra.

Un país para todos

ABRIL-AGOSTO DE 1919

Beirut iba recomponiéndose con gran rapidez. La administración militar provisional de los franceses era del agrado de los cristianos maronitas. El patriarca no dudaba en hacer declaraciones de apoyo a Francia, al igual que los sunnitas exigían, no solo en las mezquitas, una administración árabe islámica. Mientras, en Damasco, Fayçal estaba moviendo sus peones, intentando comprar voluntades, prometiendo cargos y prebendas cuando fuera designado rey de Siria, cosa de lo que no parecía tener la menor duda. Eso quedaría claro en la Conferencia de París y en los correspondientes tratados. En Sèvres se firmaría el futuro de los países resultantes de la partición del imperio otomano, pero para eso aún faltaban meses.

Mientras, Fayçal seguía convencido de contar con el apoyo británico —¿alguien podía dudarlo?—, iba por delante de los acontecimientos. La bandera de los hachemitas ondeaba en todos los edificios públicos y comenzaron a distribuirse octavillas con la imagen del emir, no solo por Damasco, en todas las ciudades y pueblos de Siria, también en el Monte Líbano. Incluso aparecieron colgados o pegados en los muros, en algunos barrios de Jerusalén, donde el alto comisionado británico, ordenó que los eliminaran de inmediato.

Thomas seguía en su puesto de coronel de inteligencia adscrito al Estado Mayor de Allenby, pero su destino en Beirut, en su casa, le proporcionaba algunos momentos de descanso, que intentaba compartir con su familia. Estaba descubriendo lo que los italianos —también los chipriotas— llamaban *il dolce far niente*. Por primera vez en su vida, no tenía que hacer nada para sentir fluir la felicidad a su alrededor. También Sarah parecía sentirlo en parte, porque aquel matrimonio de conveniencia estaba transformándose en una unión si no por amor, sí amable y casi perfecta. Ella era una mujer

tranquila y cariñosa. Completaba lo que a él le faltaba. Ethel no echaba de menos a sus amigas de El Cairo; todo iba bien.

Newman volvió a Beirut acompañado de un americano, Zac Graves, un hombre que había hecho de todo en su vida. Tendría alrededor de cincuenta años y su último trabajo en Jerusalén había sido el de pastor protestante.

Cuando Thomas le preguntó sobre ello, sonrió.

—Bueno —confesó sin demasiado interés, ya que dentro del pastor había un agente de los servicios de inteligencia—. Trabajaban para el Gobierno norteamericano y eso les proporcionaba mucha información. ¿Quería decir que entre los muchos pastores protestantes algunos eran agentes secretos? Bueno, un pequeño porcentaje —admitió sonriendo— tal vez el cinco por ciento. El resto creía en lo que estaba haciendo. Graves ya no quería saber nada de todo aquello, pero habló de que Wilson y su Gobierno no deseaban aparentar el interés real que mantenían, no solo por los Santos Lugares, sino sobre todo por el petróleo. También por Beirut, estratégico para controlar el Mediterráneo oriental en el punto más conflictivo. Si se trazaba un círculo de quinientas millas de radio desde Beirut, se encontraban Constantinopla, El Cairo, Damasco, Jerusalén y Bagdad. Por eso no les parecían mal las tesis de Francia y de los maronitas. Sería como clavar una pica en el mismo corazón del islam.

Pensó que aquel individuo era un cínico al que le daba lo mismo predicar el evangelio en Jerusalén, que la sharia en La Meca, simplemente hacía su trabajo. Newman le había traído para hacerle entender lo que estaba sucediendo entre los bastidores de la conferencia de paz. De allí saldría una nueva visión del mundo. Se trataba de una pelea feroz para ver quién se llevaba el premio. Gran Bretaña quería el control de Palestina, de Egipto, del Hedjaz y de Mesopotamia, también el Mediterráneo, el acceso a la India y, por supuesto, el petróleo, cuanto más, mejor. Francia no cedería en su interés por el Líbano y Siria. Ya poseía Argelia, Marruecos o al menos gran parte, y Túnez. Los británicos querían la piel, y Francia el corazón del mundo árabe. ¿Y los americanos? Woodrow Wilson quería dar al mundo la imagen de un altruista desinteresado. Su política estaba defraudando a todos: armenios, kurdos y árabes. También a los turcos, arrepentidos ya de no haber muerto matando,

al comprobar lo que iba a ocurrir —según las potencias vencedoras — con Turquía.

Thomas paseaba todos los días por Beirut para palpar el ambiente. La ciudad estaba creciendo con gran rapidez. Le invitaron a una reunión a la que asistirían muchos de los más importantes hombres de negocios, notables, políticos y religiosos, no solo del litoral, también del Monte Líbano. Era el primer acontecimiento real de la sociedad civil. Allí oyó hablar de los Gemayel, los Kassem, los Chehab, los Joumblatt. Ya conocía a Naguib Azoury, el maronita que había colaborado en la fundación de «el Despertar libanés», a Khairallah, a Rabbath. Volvió a saludar al Patriarca Elias Hoayek, al que hacía años había conocido en el monasterio de la montaña. También a los Nakad, los Abou
el-Lamah.
Los que no estaban en la reunión eran los mártires, a los que Djemal Pashá había hecho ahorcar, al encontrar papeles comprometedores en la Embajada francesa; muchos de los presentes culpaban de eso al excónsul Picot. Ayub Thabit era el responsable de la coordinación en aquella reunión, y se hallaba en la mesa del escenario con Albert J. Sursoek, el grecoortodoxo, con Charles Debbas, que incansable seguía editando *La libertad de Beirut* —aquel hombre siempre decía «La libertad es una aspiración a la que no se llega nunca»— y con Riz Koullah, que iba siempre con ellos, intentando controlarlo todo.

A última hora apareció Amin Kazma, que traía con él a los hermanos drusos, los Arslan. Naturalmente entre la multitud —porque el salón del teatro estaba lleno hasta reventar— había cantidad de gente a la que no conocía. O eso creía él, cuando de pronto se le puso delante Joseph Tannouki, que seguía físicamente igual, tal vez con más canas, el primero al que conoció en aquella ciudad. Tannouki le abrazó como si fuese un pariente suyo después de muchos años.

—¡Ya sé que usted también es ahora libanés! ¡Ya se lo dije! ¡La magia de esta tierra! ¡Cómo me alegro de verlo aquí! ¡He oído hablar mucho y bien de usted!

De entre la espesa nube de humo de los cigarrillos que fumaban salió la voz de Rafi el Azm. Se hizo un silencio expectante. Todos aquellos hombres habían aguardado desde hacía mucho tiempo, las

consecuencias que aquella reunión podría tener para el futuro de la región y del país al que aspiraban.

—Mis queridos amigos —el Azm tenía la voz ronca y espesa, en gran parte porque hablaba hasta durmiendo según aseguraban las malas lenguas, y en parte por su vicio como fumador empedernido —. A muchos de vosotros os conozco de toda la vida. El mismo año en que nací comenzó el régimen de Moutessarifat. ¡Hace cincuenta y nueve años! En 1861. Mi padre vivió los durísimos conflictos entre drusos y maronitas, y la posterior llegada de las tropas de Napoleón III, para defender a los «franceses del Levante». Hemos pasado de todo en este bello país, pero no lo cambiaría por ningún otro. Ahora los turcos se han ido. A la fuerza, ¡pero ya no están, ni volverán! —un largo murmullo de asentimiento saludó las palabras de Rafi el Azm—. ¡No volverán jamás! —durante unos minutos se hizo un largo silencio en el gran salón—. ¡Sé lo que estáis pensando! ¡Lo sé! ¿Querrá decir eso que ya somos libres? ¡No! Mis queridos amigos, siento traeros de nuevo a la tierra. Los musulmanes querríais estar también a lomos de Buraq[51], los cristianos estabais tocando el cielo con las manos; los drusos, ¡con una mano tocabais el lomo de Buraq y con la otra el cielo! —unas sonoras carcajadas quitaron la tensión de los oyentes.

—Sí, mis queridos amigos. No hay nada como la realidad. El polvo de mis zapatos, que no es otra cosa que tierra del Líbano, es mucho más real que nuestras entelequias. Quiero deciros esto porque últimamente oigo hablar del emir, como si fuera a traernos el maná del desierto. Yo lo estuve aguardando hace unos meses cuando la hambruna, y al final… ¡No se lo digáis a nadie! ¡Mi mujer me mataría! ¡Tuvimos que comernos al gato!

Thomas sonrió. Sabía del ácido humor de Rafi, pero veía en sus palabras un interés por eliminar la diatriba, por intentar acercar a los presentes, ante el enorme reto que tenían por delante.

—Bueno, ¡tranquilos! No voy a cansaros con un discurso. Eso se lo dejo a mi buen amigo Daoud Ammoun. ¡Gracias a todos!

Un sonoro aplauso cerró la intervención de Rafi. Había hecho lo más difícil; poner a la mayoría de los presentes en un clima de disposición a escuchar. Eso en Beirut tenía su mérito.

Daoud Ammoun no solo representaba al patriarca Hoayek. Era en aquellos momentos el gobernador de Beirut y del Litoral, el

hombre al que los turcos, ingleses y franceses habían aceptado para aquella crítica etapa. No poseía el sentido del humor de Rafi, pero se hacía respetar por todos. Nadie se atrevería a discutir su autoridad y todos se dispusieron a escuchar con atención en absoluto silencio. Sabían bien cómo se las gastaba.

—Amigos… y enemigos. ¡Dios es misericordioso! Eso vale para todos. Bien, los que estáis aquí y los que no han podido o no han querido venir. Rafi como casi siempre en su sentido común tiene razón. Los turcos no van a volver. Al menos aquí. En el Monte Líbano llevaban mucho tiempo como invitados, en el litoral del Líbano, no se sentían apreciados. Ahora tenemos que discutir lo que queremos ser en el futuro. ¿Una provincia de Damasco?… ¡Aguardad! ¡Aguardad! No. ¡Yo tampoco lo quiero para mí! El emir es un gran hombre, un gran árabe y un gran patriota. ¡Pero no quiero cambiar Constantinopla por Damasco! ¡Al menos la primera estaba más lejos! Nosotros no queremos una Administración en Damasco, sino aquí, en Beirut. Para el sueño del que venimos hablando hace años en voz baja, y últimamente a gritos. ¡El Gran Líbano! ¡Nuestro Líbano!

Una cerrada ovación subrayó las palabras de Ammoun. Salvo unos cuantos, incluyendo a los que representaban al emir Fayçal, con órdenes de aguantar el chaparrón, lloviese lo que lloviese, todos se mostraban entusiasmados.

—Sí, queridos amigos, muchos de vosotros sois más que amigos. Os conozco de toda la vida, la hemos compartido juntos en bodas, bautizos, circuncisiones, conmemoraciones, misas, sermones en las mezquitas y entierros. Nos conocemos demasiado bien, ¿o no? —señaló a varios—. ¡A ti! ¡A ti! ¡A ti!… ¡Tú, tú, tú, también tú, aquel! ¡Sí, a todos! ¡Bueno, Beirut está creciendo mucho! ¡Pero aún nos conocemos! ¡A todos no! ¡Ah, qué fallo! ¡Tengo una buena noticia! ¡Os la cuento! —¡Sí, sí, sí!— ¡El doctor Hagop Boghossian y su familia han aparecido! ¡Vivos! ¡Un milagro! ¡Lo he sabido apenas unos minutos antes de entrar!

Thomas Harding tuvo que sentarse de la emoción. ¡Boghossian! ¡Todos lo daban por muerto! ¡Centenares de miles de armenios asesinados en toda Turquía y Boghossian había conseguido sobrevivir y salvar a su familia! ¡Un verdadero milagro!

Pero a pesar de la noticia, Daoud Ammoun no quería distraer a

su público de lo fundamental.

—¡Bueno! ¡Eso es formidable! Pronto podremos saludarle. Os decía que ¡no queremos que nos gobiernen desde Damasco! ¡Tampoco desde Londres! ¡Ni siquiera desde París! Aunque en este último caso les permitiríamos que nos echaran una mano… Queremos gobernar nuestras propias vidas, nuestro destino, desde aquí, desde Beirut. Cuando llegue alguien a proponer «que lo mejor sería…», contestadle que queremos un gran Líbano. Sí, incluyendo el valle de la Bekaa, ¡naturalmente! Un Líbano viable, autónomo, donde quepamos todos, donde todos nos respetemos, donde no sobre nadie. ¡Un Líbano culto, educado, moderno, cosmopolita! ¡Ese es el Gran Líbano al que debemos aspirar y que conseguiremos con la ayuda de Dios!

»¡Pero el Líbano, antes de nacer ya tiene enemigos! ¡En Damasco no va a gustar la idea! Dirán: ¿Una sociedad pluriconfesional? ¡Eso no va a funcionar! ¿Una sociedad avanzada y moderna? Será dentro de la Gran Siria. ¡Pues no! ¡Respetamos a los sirios como primos hermanos, amigos y vecinos! ¡Pero ellos allí y nosotros aquí! ¡Cada uno en su casa y Dios en la de todos! ¿De acuerdo?

Ovacionaron a Daoud Ammoun, salvo los enviados de Fayçal que abandonaron en aquel instante la reunión visiblemente enfadados. Los británicos los habían engañado, los franceses tenían otro modelo y los maronitas estaban construyendo los cimientos de un Estado bien diferente al que Fayçal aspiraba.

Thomas abandonó la reunión al finalizar acompañado de Ayub Thabit. Se dirigieron a buen paso a la antigua casa de los Boghossian, pero permanecía cerrada a cal y canto.

El doctor Thabit tuvo una intuición:

—¡Claro, están en el hospital! ¿Por qué no nos acercamos allí?

No dijeron más. Caminaron con rapidez, casi corrían. Cuando llegaron se dieron de bruces con el doctor Aristóteles Papapoulos, director del establecimiento.

—¡Doctor Thabit! ¡Señor Harding! ¿Conocen la noticia? Bueno, pues sí, aquí tenemos a los Boghossian, no sé ni cómo han podido llegar, pero a veces la fe mueve montañas. Se encuentran en un estado lamentable. La mujer no sé si aguantará. ¡Los hijos son jóvenes, pero han sufrido mucho! En cuanto al doctor Boghossian, ¡ese hombre es portentoso! Pesa la mitad que cuando estaba aquí,

pero sigue igual, convencido de que todos van a seguir como antes. ¡No he visto una cosa igual en toda mi vida!

Corrieron a la galería donde se hallaban las habitaciones de los graves o desahuciados. Las tres mujeres y el muchacho se hallaban en una. Boghossian solo en la colindante. Se sorprendieron al darse cuenta de que se trataba de él, increíblemente delgado, los ojos enrojecidos, había perdido casi todos los dientes, y tenía la piel requemada por el sol llena de llagas y erosiones. Pero estaba allí, observándolos, mientras abundantes lágrimas corrían por sus mejillas. Ellos también estaban emocionados, sin saber qué decir. Boghossian rompió el silencio. También su voz sonó avejentada, débil y con dificultades al respirar.

—Me alegro de haber vuelto a Beirut… No saben lo que siento dentro de mí al verles. Ahora solo necesitamos descansar y dentro de unos días les contaré lo sucedido. Dios nos ha ayudado.

No dijo más. Tampoco podía, y agotado por el esfuerzo cerró los ojos, solo deseaba dormir. Salieron de la habitación embargados en la emoción. El doctor Papapoulos lo dijo con breves palabras.

—¡Hemos sido testigos de un milagro! ¡No ha podido ser otra cosa!

Bajaron hacia el puerto caminando en silencio. Se había firmado el Armisticio de Mudros entre los aliados y Turquía, la conferencia de paz llevaba meses funcionando, los dirigentes mundiales hacían teatrales declaraciones acerca de la paz, el progreso y el futuro. Pero la durísima realidad era que los armenios seguían siendo masacrados en gran parte de Anatolia. Acababan de tener noticias del propio doctor Papapoulos de una nueva matanza en Alepo y de otras en poblaciones remotas de Anatolia.

—¡Pero es que no va a acabar nunca! —Thomas lo dijo totalmente indignado.

La información que llegaba hasta Beirut era contradictoria. Por una parte, los tribunales turcos parecían buscar la justicia. Estaban terriblemente presionados por Francia y Gran Bretaña para ello. ¡Cómo iban a justificar que habían ganado la guerra, si los criminales de los Jóvenes Turcos y el Ittihad seguían libres! Algunos de los mayores responsables, como el infame triunvirato, habían huido a Berlín y desde allí se les protegía, incluso con nuevas identidades. Eso era *vox populi*. Altos mandos del Ejército alemán

estaban implicados en las matanzas directa, indirectamente o por omisión, y no les interesaban juicios públicos. Berlín era un refugio de criminales de guerra y resultaría muy complicado sacarlos de allí.

El doctor Thabit se lo comentó a Thomas mientras paseaban por la dársena del puerto. Un soleado y luminoso día, las gaviotas apenas se molestaban en volar perezosamente para apartarse, los motoveleros amarrados por la popa, en línea cargando naranjas o descargando trigo, el mar como una tabla. ¿La guerra? ¿Qué guerra? Eso había quedado atrás para mucha gente. Los turcos negaban lo ocurrido y la gente dudaba. Las víctimas ya no podían defenderse y los criminales seguían en libertad, prácticamente todos.

—¡Es una vergüenza! ¡Usted y yo, otra mucha gente conoce bien lo sucedido! ¡Pero llegará un momento en que se dudará de ello! ¡Los aspirantes a verdugos saben ahora cuál es el sistema! ¡Negar! ¡Negar siempre! ¿Nosotros? ¡Nosotros no sabemos nada, no hicimos nada, no estuvimos allí! ¿Entonces, las víctimas? ¿Los armenios? ¿Dónde están los armenios?…

Thabit gesticulaba acalorado. Era difícil hablar de aquellos asuntos tenebrosos y oscuros allí, en la dársena del puerto de Beirut, mientras unos niños se tiraban desnudos al agua, chillando de alegría. Pero Thabit continuaba.

—¡Por eso hay que actuar! ¡No podemos permitir que algo así vuelva a repetirse jamás! Pero da la impresión de que las potencias están más por el reparto que por otra cosa. Esto es mío. Esto para ti, esto para mí con discusiones interminables al estilo bizantino. Los armenios no conseguirán nada. Los kurdos tampoco, los griegos serán expulsados de Asia Menor, los asirio-caldeos tendrán que terminar de abandonar los lugares donde aún quedan unas cuantas familias. Yo no creo que todos esos tratados que están preparando, como ese de Versalles, sirvan para nada. Dicen que se firmará el mes que viene y que los alemanes quedarán arruinados por generaciones. Si es así, será un mal tratado que traerá conflictos. Más que destruir la economía y fraccionar los países de los vencidos, que parece lo que cuentan Tito Livio y todos los demás historiadores, lo que se tendría que hacer sería justicia. Buscar a los responsables, comenzando por el káiser Guillermo que, por lo visto,

ha solicitado asilo político en Holanda, y los grandes asesinos del Ittihad: Talat, Djemal, Enver, Nazim, Behaeddin, Tekim Alp, Ahmed Bey Aghaiev, Bedri Bey, el jefe de la policía política, y a muchos otros criminales que siguen conspirando en la sombra, impunes. ¡Qué vergüenza! ¡Qué indignación! Los armenios tendrán que tomarse la justicia por su mano, porque si no es así, muchos crímenes quedarán impunes. No creo en la ley del Talión, pero alguien tendrá que hacer justicia.

»Ahí tiene esa familia, los Boghossian, nos felicitamos de que sigan vivos. ¡Pero si parece que hayan vuelto del mismo infierno! ¡No estoy seguro de que todos logren sobrevivir! ¿Por qué? ¿Solo por ser armenios? ¿Por ser cristianos? ¿Por representar los valores que odian esos militares y ultranacionalistas del Ittihad? Ahí tiene usted el comportamiento de esos tiranos, Djemal Pashá, el verdugo de nuestros mártires. ¿Y Talat Pashá? ¿Dónde se ha ocultado? ¡Como no lo encuentren los armenios!

Un mes más tarde se firmó el esperado tratado de paz en el Salón de los Espejos del Palacio de Versalles, que oficialmente ponía fin al estado de guerra entre la Entente y Alemania. Había transcurrido un lustro desde el asesinato del archiduque Francisco Fernando. La entrada en vigor del tratado se fijó para enero de 1920, ya que aún había muchas cosas que negociar y aclarar. Alemania y sus aliados se declaraban en él los únicos culpables de haber ocasionado la guerra y debían desarmarse, indemnizar a los países vencedores y realizar las concesiones territoriales que se fijaban en el mismo.

No había posibilidad de negociar para Alemania. El aristócrata prusiano Ulrich Brockdorff von Rantzau, que dirigía la delegación de Alemania, comentó a los suyos que la única salida honorable sería que todos ellos se suicidaran la misma mañana de la firma. Al final, ninguno se decidió y tuvieron que firmar, mientras las campanas de las iglesias de Alemania tocaban a duelo. Alemania tampoco podría ingresar en la Sociedad de las Naciones, además de perder las colonias. Ni vencedores ni vencidos estaban de acuerdo con lo firmado.

En Beirut, sin embargo, se aplaudió el tratado. Los alemanes habían mostrado su verdadero rostro como aliados de los turcos. El general Liman von Sanders y todo su Estado Mayor habían tratado a los árabes con absoluto desprecio. Los oficiales alemanes parecían

no tener sentimientos, cuando fríamente daban las órdenes de bombardear un pueblo desarmado, o fusilar a unos considerados enemigos. ¿Aquel era el verdadero carácter de una de las culturas más exquisitas de la humanidad? Parecían emocionarse con las bandas de música militar, sobre todo con las composiciones de Wagner. Eran disciplinados, exactos, metódicos, ordenados, aseados. Pero no les importaba dar terribles órdenes, siempre que creyeran que eso beneficiaba su estrategia.

Pero eso en Beirut, cuyos habitantes antes del conflicto habían mirado con simpatía a Alemania, el castigo que imponía el tratado se contempló con buenos ojos. Aunque el káiser debía ser juzgado con severidad, tal y como preveía el propio tratado. ¿O los príncipes podían actuar impunemente?

Todos hablaban en Beirut del tratado que debían firmar los aliados con el imperio otomano. Si era tan duro como el de Versalles con los alemanes, Turquía podría recibir un golpe mortal, incluso dejar de existir como nación. Aquellos que habían sufrido directamente la opresión, como las familias y amigos de «los mártires de Beirut», aguardaban el momento con fruición. El antiguo proverbio «La venganza es un plato que se come frío», se comentó en varias ocasiones en relación con el asunto.

Pero los problemas no estaban tan lejos. Era allí mismo, en el país que se pretendía crear, donde los tenían. Una región arruinada por el conflicto, que había perdido a muchos de los suyos, en una de las peores catástrofes que pueden asolar a los seres humanos: el hambre. Todos sabían que llevar aquel sueño a convertirse en realidad, tal vez significase aún muchos años de espera y ansiedad.

Thomas tenía que viajar de tanto en tanto a Jerusalén, para cambiar impresiones con el alto comisionado en Palestina y con el general Storrs, el nuevo jefe del Ejército británico en Oriente Próximo. Pudo comprobar que los sionistas estaban organizando el país con gran pragmatismo. Aquella gente siempre trabajaba como una orquesta, cada uno tocaba el instrumento cuando lo marcaba la partitura. Eso era mucho más difícil de conseguir con los árabes, que eran más impulsivos e individualistas. Los sionistas podrían llegar a conseguir el país que Herzl había dibujado en su libro *El Estado Judío*. Los habitantes de Beirut tenían problemas muy diferentes. Deseaban crear un Estado propio, pero eran, o al menos

por el momento lo parecían, incapaces de organizarlo.

Thomas suspiró. Él deseaba participar, colaborar en ello, a pesar de ser británico lo habían aceptado, y todos lo trataban con consideración. Pero adivinaba grandes nubarrones en el horizonte. Los árabes se habían dado cuenta de que podían hacer frente a las potencias coloniales. Ningún país, ni tan siquiera Gran Bretaña o Francia era invencible. Jamás hubieran apostado porque Alemania fuese a perder la guerra. Eso parecía imposible. Y sin embargo… Ahora sabían que podrían conseguirlo. Era cuestión de llevar las cosas hasta un punto en que los europeos y norteamericanos se les hiciese absolutamente insoportable. Aquel era el legado de Al-Afghani.

Cuando volvió a Beirut pensó que debía implicarse más, entender lo que subyacía en el pensamiento árabe.

El gallo en Damasco

SEPTIEMBRE DE 1919 - JULIO DE 1920

Fue en una reunión en casa del doctor Ayub Thabit. Estaban presentes sus más cercanos colaboradores, y como ocurría tantas veces en Beirut, unos eran musulmanes, otros cristianos maronitas o grecoortodoxos, o como Thomas Harding, protestante, aunque se considerase agnóstico. Eso no coartaba, al menos en las reuniones privadas, que se dijeran las cosas sin ánimo de ofender personalmente, pero sí con cierta acritud. Formaba parte de la voluntad de convivir y todos pensaban que si se mantenían excesivamente las formas, no podrían avanzar en su convivencia.

Aquel era el ambiente hasta que apareció el último invitado del doctor Thabit, Rachid Rédha, el pensador y redactor de la revista cairota *Al-Manar*, sirio y radical. El doctor Thabit quería saber lo que estaba sucediendo entre bastidores. Rédha era el hombre adecuado.

Cuando le presentaron a Thomas, Rédha le estrechó la mano mientras comentaba:

—¡Dios es todopoderoso! Conocí al señor Harding una noche en la tienda del jerife Hussein, cerca de Medina. ¿Me recuerda?

Thomas fue sincero y negó con la cabeza, musitando un «No». No se acordaba de él en absoluto. Sí de la reunión, pero allí en la semipenumbra, pues la luz la proporcionaba un brasero ardiente de ascuas en el centro de la tienda, y unas humeantes lámparas de aceite, era difícil distinguir a unos de otros. Recordaba haber saludado a algunos de los notables de la corte hachemita, pero no sus rostros. Rédha observaba sus ojos, para ver si finalmente podía recordarle. Notó que se sentía algo frustrado. Era un hombre de cincuenta y tantos años, con barba blanca recortada y gafas doradas, lo que le proporcionaba aspecto de intelectual mediterráneo, que era lo que Rédha pretendía, una imagen que lo

diferenciara.

Hablaron un largo rato sobre la situación del islam. Thomas comprendió que se hallaba delante de alguien importante.

—Sí, señor Harding —Rédha le hablaba en árabe—, Dios es omnipotente y ustedes los británicos no saben lo que Él les depara en el futuro. Si me lo permite, le diré lo que yo preveo. El tiempo le dirá a usted en lo que yo pueda errar. Usted habrá oído hablar de la Nahda, es decir, el renacimiento. Nosotros preferimos llamarlo así, aunque los europeos creen que hemos cogido el camino del sufismo. Usted sabrá quien era Jamal
ed-dine
al-Afghani,
que murió hace veintidós años. Tuvo un discípulo muy destacado, el egipcio Mohammad Abdou, que también falleció hace casi quince años. El maestro
Al-Afghani
comprendió que la teología se podía utilizar para hacer política. Una política de liberación nacional y él dedicó su vida al compromiso político, a luchar contra el colonialismo. Después Abdou defendió la educación como un arma de lucha por la libertad. Podíamos aprovechar algunas cosas de la modernidad, pero no voy a aburrirle con teorías, le diré que Abdou y yo fundamos la revista
Al-Manar
. Los otomanos no iban a hacer nada por el progreso de los árabes, y nos tenían coartados con el califato que ostentaba el propio sultán. Por eso ofrecí mi apoyo al jerife Hussein y le diré sinceramente que me aparté de él cuando comprendí que, a pesar del engaño al que los británicos nos estaban sometiendo, iba a seguir apoyándose en ellos. Ese hombre no tiene remedio, pero Dios es misericordioso.

»Verá, señor Harding. Los ingleses, y perdone mi sinceridad, aún más que los franceses, han creído que podrían engañarnos y que, aunque percibiéramos el engaño, nada podríamos hacer o nada haríamos. Nos ven como ignorantes, indolentes, incapaces de adaptarnos a los nuevos tiempos —las negras pupilas de Rédha relampagueaban—. ¡No somos como ustedes nos ven! ¡Ustedes se han formado un falso estereotipo de Oriente, en el que entramos también los árabes! ¡Todo eso que engloba “lo oriental”! ¡Y aunque

los marroquíes estén al oeste de Gran Bretaña, seguirán siendo orientales! Pero eso ahora no importa. Llega una época de cambios. ¡Dios lo permita! Van a aparecer nuevas corrientes en el islam y entonces… ¡Los ingleses se acordarán con nostalgia de cómo era el mundo anteriormente!

Thomas escuchaba atento. Se habían acercado varios de los presentes, y algunos asentían, afirmando con la cabeza a las palabras de su invitado. Era Beirut y allí todo estaba permitido. Damasco ya era otra cosa.

Rachid Rédha seguía escudriñándolo, queriendo una replica, una dura contestación, una respuesta negativa a sus palabras. Pero aquel inglés parecía estar de acuerdo.

Thomas coincidía en que la visión que sus compatriotas tenían de Oriente Próximo era falsa y estereotipada, y que eso les impedía ver la realidad. Él era un caso especial, y sus circunstancias personales le habían ayudado a ver las cosas sin deformación, o al menos no tanta. En ello intervenía Beirut.

¿Qué había querido decir Rédha con aquello de que los ingleses se acordarían de cómo era el mundo anteriormente? Le sonaba a amenaza. Era una estrategia ancestral, los árabes se ponían fanfarrones para intimidar al adversario.

—Sí, señor Harding —Rédha parecía poder leer en su mente—. Usted pretende entendernos mejor por su experiencia personal. ¡Pero no crea que eso le hace distinto! Usted sigue siendo un inglés, un profesor inglés interesado por un exótico mundo tan diferente al suyo.

Thomas asintió. No. En eso Rédha no se equivocaba, pero a pesar de todo, por el momento no temía que los árabes se convirtieran en un serio problema para Gran Bretaña.

Un mes más tarde volvieron al hospital, a ver cómo se encontraba Boghossian. Las dos hijas y el muchacho ya habían abandonado el hospital. A él estaban a punto de darle el alta, pero la nota triste era que su mujer había fallecido. Dieron el pésame al afectado Boghossian y lo acompañaron caminando muy despacio hasta su casa, apenas a tres manzanas del hospital.

Las hijas, Mary y Sofía, habían arreglado la casa lo mejor que habían podido y el doctor Boghossian tuvo que enjugarse una lágrima antes de entrar.

—Verán —se disculpó el hombre—, llevaba casado casi treinta y ocho años, y con ella se ha ido gran parte de mi vida.

A pesar de ello, se mostró satisfecho de estar de nuevo en su hogar. Mientras les traían una taza de té aromático y unas galletas con especias armenias, se dispuso a contarles sus desventuras.

—Saben que intentaba ayudar a todo el mundo, ¡pero lo que estaba sucediendo con los armenios! A través de un primo mío, que trabajaba en Alepo como supervisor de los ferrocarriles otomanos, empezamos a desviar a los que podíamos. Muchos de ellos se refugiaban unos días con los alawitas de las montañas o con los drusos, porque sabíamos que por ahí no iban a buscarlos los turcos, y después los sacábamos por alguno de los puertecillos de pescadores del litoral. Algunos a Chipre, otros a Palestina, otros a Egipto.

»La policía turca llegó una noche a esta casa. No dijeron nada. Solo nos obligaron a irnos con ellos. ¡Intenté razonarles que mis hijos no podían ser culpables de nada! ¡Ni me contestaron! Traían una camioneta del ejército, de esas alemanas, nos subieron a ella con lo puesto y nos trasladaron a Alepo. Yo estaba destrozado, lo que podría llegar a ocurrirles a mi mujer y a mis hijos… Me sentía culpable, tendría que haber sido más prudente. ¡No me di cuenta hasta aquel momento! En cuanto llegamos a Alepo, a ellas y al niño se las llevaron por un lado y a mí por otro. ¡Aún recuerdo los gritos de mis hijos! Me llevaron a la cárcel vieja. Allí tenían a mi primo, desnudo, atado a unos hierros, colgado con el cuerpo lleno de latigazos. Le echaron varios cubos de agua por encima para que recuperara la consciencia. Yo estaba aterrorizado, no por mí. Me daba lo mismo lo que pudiera sucederme. No podía dejar de pensar en mis hijos, en mi mujer. ¡Si algo les ocurría, no podría perdonármelo! Mi primo murió al día siguiente de un síncope. A mí me torturaron hasta que confesé lo que querían. Después me llevaron a un campo vallado con alambres, lleno de armenios, y me dejaron allí. Apenas podía moverme a causa de los golpes. Los prisioneros armenios eran todos hombres, la mayoría ancianos, algunos jóvenes, varios niños. ¡Todos éramos armenios! Uno intentó socorrerme. ¡Pero si allí no había nada! ¡Solo un abrevadero de agua sucia y maloliente para beber! ¡Sin ningún refugio! De día a pleno sol, de noche a veces lluvia, a veces nieve, pero siempre

helados. ¡Era un tormento inacabable! Nos daban de comer una vez al día. ¡Simplemente volcaban en el suelo un emplasto hecho con las basuras! ¡O nos comíamos aquello o moríamos de hambre!

»Cuando me recuperé algo intenté ayudar, a fin de cuentas era médico. Atendía a los moribundos. Muchos morían allí sin socorro, ayuda ni consuelo. ¡Nos trataban como animales! Así pasaron varios meses, aunque el peor tormento era no saber nada de mi familia.

»Luego cambió la guarnición. El oficial turco que dirigía la partida que traía la comida se encaró conmigo porque yo estaba intentando vendar una pierna llagada a un anciano. Se acercó vociferándome. Levanté la cabeza y entonces se detuvo en seco. ¡Me había reconocido! ¡Yo había sido su médico, aquí mismo, en este hospital de Beirut! Le había salvado la vida unos años antes de la guerra, porque estaba comenzando a gangrenársele un pie. Sorprendido de encontrarme allí se acercó hasta mí y me dijo, ya con otro tono: ¡Pero doctor Boghossian! ¿No me recuerda? Soy Ali Esrad. ¿Qué hace usted aquí? Soy armenio, contesté. El hombre no supo que decir, pero noté que se avergonzaba, poco después se marcharon todos.

»Al día siguiente trajeron la comida, pero era diferente, bastante más abundante, mejor, la dejaron en las marmitas con ruedas, al menos no la volcaron en el suelo. También limpiaron el abrevadero. Me dejaron un saco de lona, dentro encontré material de primeros auxilios.

»Después, las cosas poco a poco fueron mejorando. No nos trataban con tanta rudeza. La comida era algo mejor, renovaban el agua del abrevadero casi todos los días. Ali Esrad no entraba, pero yo lo veía a caballo, acercándose hasta la cerca metálica y buscándome con la mirada. Resultó que era un oficial del servicio de inteligencia otomano encargado de vigilar que las cosas se hicieran como deseaba el Gobierno, y claro, los oficiales de mayor rango, a cargo de los campamentos de armenios de Alepo lo temían.

»Un día que lo vi junto a la alambrada, caminé hacia él. Él se dio cuenta desde lejos que era yo, por mi cojera, y dio atrás al caballo para separarse, pero yo lo llamé. ¡Alí Esrad Bey! ¡Alí Esrad Bey, atiende a tu viejo médico, el doctor Boghossian! Yo era muy consciente de que me la estaba jugando, porque si lo señalaba, tal vez las cosas volvieran a ser como antes o peor. Pero él reaccionó y

volvió hasta la valla. Se quedó mirándome en silencio. Creo que sentía una gran vergüenza interior, porque conocía a su familia antes de que nada de esto sucediera y les diré que eran buena gente. El padre había sido amigo mío, y Dios se lo llevó un año antes de que comenzara la guerra. Así al menos no tuvo que tragar con todo aquello. ¡Ali Esrad!, le dije, ¡no necesito nada para mí! Pero quiero pedirte que ayudes a mi mujer y a mis tres hijos. Si siguen vivas y están en Alepo, ¡ayúdalas y te bendeciré siempre! Yo atendí a tu madre cuando se rompió la clavícula. A tu tía Fátima cuando el carro le quebró las piernas. ¡Ayúdame! ¡Salva a mi familia, Ali Esrad Bey, y nunca podré decir que fueron los turcos! ¡Ayúdame!

»No dijo una palabra. Eso fue hace algo más de un mes y medio. Tres días más tarde vinieron a por mí. Él no estaba y temí lo peor. Pero me sacaron de allí y me llevaron en una camioneta a Alepo. Allí en un campamento de la Cruz Roja con oficiales médicos, dentro de una tienda estaba mi familia. Desde allí volvieron a subirnos a todos en la camioneta y nos dejaron al día siguiente aquí, a la puerta del hospital de Beirut. ¡Un milagro! ¡Tendré que ser fiel a mi palabra! ¡No han sido los turcos! En ese pueblo, como en todos, hay gente buena y gente mala, y muchos ignorantes. Los culpables son los ideólogos, los mandos militares, el Gobierno del Ittihad, y sobre todos ellos, los tres malvados: Talat, Djemal y Enver, y un grupo de gente malvada y sin escrúpulos, como el doctor Nazim, el doctor Behaeddin Shakir y todos los que asistieron a las reuniones donde se planeó este enorme crimen. Pero debo ser fiel a mi palabra y asegurarles que en Turquía hay gente, algunos equivocados o mal aconsejados, o temerosos de lo que pudiera sucederles a ellos y a sus familias, que es tan buena como los mejores entre nosotros. Y es que, ¿saben lo que he aprendido? Que todos los hombres somos iguales, en lo bueno y en lo malo. Que la única raza que existe es la humana, por mucho que pretendan dividirnos con banderas y uniformes. Ese Ali Esrad Bey es un ser humano, al que el ayudarme le ha podido costar muy caro. Los esbirros que dirigían esos campos odian a los que los controlan, y en cuanto pueden, se vengan. No solo ha salvado a mi familia. Ha salvado el concepto que yo, como ser humano, había creado de la raza turca. Y ahora debo retirarlo, ¿comprenden? Ese hombre ha hecho por mí lo que otro hombre con sentido ético y valor tal vez

no se hubiera atrevido a hacer. No podemos afirmar nunca más, que los armenios son mejores —ni peores— que los turcos, ni que los kurdos, ni que los árabes, ni que los europeos. Todos somos al final seres humanos. ¡Pero un momento! Si me preguntan lo que opino sobre el Gobierno del Ittihad, o de sus cómplices, o de los que han pretendido eliminarnos porque les estorbábamos en su concepto de nación turca, se lo diré claramente. ¡Esos son unos criminales que merecen ser colgados!

Poco a poco el doctor Boghossian fue incorporándose a la vida normal, aunque con limitaciones. El doctor Papapoulos le permitió que volviera a trabajar en el hospital en un horario libre a su elección y sin demasiadas responsabilidades, cosa que el doctor Boghossian agradeció, quería aparentar que estaba bien del todo, pero le fallaban las fuerzas.

Mientras, los hombres de Fayçal seguían haciendo proselitismo en todo el litoral, incluso se atrevían a ir a la montaña. No eran bien recibidos por los drusos ni por los alawitas, que preferían seguir como estaban y que desconfiaban de los árabes sunnitas. A ellos tampoco les convencía un Estado regido por los sunnitas con capital en Damasco, por mucho que estuvieran mucho más cerca del islam que del cristianismo.

Fayçal había proclamado el reino de Siria y no estaba dispuesto a echarse atrás. Era una oportunidad histórica para los hachemitas, lo que desde hacía generaciones soñaban. Siempre habían vivido en el filo de la navaja y no les asustaba el reto. Dios estaría detrás de sus filas si tuviesen que ir a la batalla.

Así comenzó la división real entre maronitas y sunnitas, aunque muchos de los musulmanes del litoral preferían un Líbano independiente, antes que un rey árabe del Hedjaz en Damasco. Ese era el fondo de la cuestión. Los árabes de Hedjaz tenían un diferente concepto de modernidad del de Beirut. El jerife Hussein era visto como un monarca medieval, rodeado de notables que podrían haber vivido con los mismos Omeyas. En el Líbano, la prensa imitaba las portadas de cualquier periódico francés. En ellos se hablaba de temas que eran casi herejía para los imanes de las mezquitas. ¿La mujer una ciudadana con todos los derechos? ¿Libertad de prensa? ¿Casamientos sin que las familias eligiesen a las parejas? ¿Qué era eso de una joven que pretendía ir a la

universidad? ¿Una constitución civil basada en la igualdad, la fraternidad y la libertad? Y tantas y tantas cosas que en La Meca, o en Medina, o incluso en el interior de Siria no se aceptaban o no se entendían, a las que se calificaba como herejías de afrancesados, mientras que en la europea, libertaria y avanzada Beirut, eran lo cotidiano.

Así se lo intentó explicar Thomas a los miembros de la Comisión King-Crane, enviada por el presidente de los Estados Unidos, para intentar entender los problemas de Oriente Próximo. Su principal interés era todo lo que rodeaba a la Declaración Balfour y al sionismo, a la posibilidad que se iba haciendo real, de que los judíos formaran su propio Estado judío, tal y como Theodor Herzl había soñado y escrito. Lo de «hogar nacional» era un eufemismo para lograr la vía adecuada. Wilson no estaba conforme, o no sabía con lo que estaba conforme, y tanto King como Crane intentaban beber en las fuentes, averiguar lo que pensaban unos y otros. El propio Fayçal se lamentaba de haber aceptado la Declaración Balfour cuando se reunió con el representante sionista Weizmann, al que acusaba de haber divulgado en la prensa mundial la reunión, y su aceptación previa de las pretensiones sionistas. Aquello le había quitado parte de los apoyos, incluso de algunos de sus propios notables.

Un delegado de Yusuf
al-Azma,
conocido como «la Espada de Fayçal», llegó a Beirut para hablar con los líderes del movimiento que aún seguía llamándose «el Despertar libanés». Salió decepcionado, aunque realizó un último intento a través de Daïbess el Mer, el famoso abogado, al que encargó una cita con el coronel Thomas Harding, hombre fuerte de los británicos en Beirut.

El ocho de marzo, el emir Fayçal fue entronizado como Fayçal I, rey de Siria, en un solemne acto que tuvo lugar en Damasco, al que no quisieron asistir, a pesar de estar invitados, ni británicos ni franceses. A los primeros les parecía que Fayçal se había abrogado competencias que no poseía. A los segundos, creían y eso lo dijeron los periódicos de Beirut, que todo el asunto se había convertido en una opereta. Thomas Harding fue especial y personalmente invitado. Se consideraba amigo de Fayçal por sus visitas al jerife

Hussein, además al ser un alto oficial británico, y por su ascendencia con los maronitas, el nuevo monarca tenía especial interés en su presencia.

Desde Jerusalén llegó un telegrama denegando su asistencia al acto de entronización. Los británicos no podían arriesgarse a un encontronazo político con los franceses. Lo firmaba el general de brigada Phillip Stimson. Entre paréntesis añadía «(Ten cuidado. Las cosas están muy tensas)».

A la vista de ello, se vio obligado a enviar un escueto telegrama a Fayçal.

Beirut 8.3.1920
Su alteza real Fayçal I Rey de Siria.

Deseo lo mejor a ese antiguo-nuevo país.
Motivos ajenos han impedido mi asistencia.
Mis congratulaciones y larga vida a S. M.

Thomas Harding
Profesor - Universidad de Oxford

Quería marcar las distancias. No firmaba el coronel T. Harding, representante de los intereses británicos en la región, sino el amigo personal. Podía intuir la amargura del nuevo monarca, los que se decían amigos de los árabes lo habían abandonado en el momento más importante. ¿Podría seguir aquel monarca el duro camino que le aguardaba sin ellos?

Unos días más tarde, se reunieron en casa de Ahmed Effendi Tabbarah, un periodista musulmán que apoyaba un Líbano independiente, pero que no podía olvidar ni su religión ni su cultura.

El enviado del general Yusuf el-Azma era un prestigioso abogado de Damasco que había terminado su carrera en París. Daba la impresión de ser un hombre moderno, vestido a la europea, con exquisitos modales, y capaz de seguir una conversación «a lo maronita». Justo lo que el rey Fayçal necesitaba para impedir que lo acusaran de ser un retrógrado. En la

Conferencia de Paz de París no había consentido que uno de los mejores sastres de la avenida de la Ópera, le hiciese una docena de trajes a la última moda. Sus asesores insistieron, pero Fayçal señaló a su amigo y asesor el británico T. H. Lawrence como modelo. ¿No llevaba Lawrence el tocado de un emir del Hedjaz con toda la prestancia y parecía muy orgulloso de ello? No quería parecer que renunciaba a sus tradiciones. Él era el emir del Hedjaz, el heredero de los hachemitas. El sastre parisino se volvió de vacío, y los asesores de Fayçal comprendieron que habían perdido la oportunidad de oro de vender la imagen del príncipe que pretendía ser rey en Damasco como la de un hombre de su tiempo, moderno y avanzado, que podría transformar su país según los criterios europeos.

El abogado de Yusuf el-Azma no se anduvo por las ramas, preguntó directamente a Thomas Harding.

—¿Los británicos impedirían a los franceses actuar si llegaran a la fuerza en contra de Fayçal?

Thomas miró fijamente a los ojos al brillante abogado.

—No. ¡Jamás atacarían a los franceses! Eran sus firmes aliados.

—¿Entonces? Los generales franceses Gourand, Goybet y los demás amenazaban la proclamación de la soberanía árabe, que en julio de 1919 reunidos en Damasco, afirmó sobre Siria, Líbano, Jordania y Palestina. Una monarquía constitucional cuyo rey sería Fayçal I, que los británicos no solo habían propiciado, sino auspiciado en la llamada correspondencia McMahon, en todas las reuniones mantenidas. ¿Qué significaba eso? ¿Gran Bretaña no iba a mantener sus promesas a los árabes?

Thomas Harding no bajó la mirada y replicó con el mismo tono.

—¡Usted y yo sabemos que Gran Bretaña mantiene siempre sus promesas!

No hubo más, el abogado cerró su cartera de piel negra, mostró su malestar con un brusco movimiento al levantarse. Saludó con una inclinación de cabeza y abandonó el despacho. A partir de ese momento Fayçal debía de saber que los europeos hacían su política defendiendo las ideas, no a las personas ni a las dinastías.

El comienzo del verano de 1920 fue especialmente caluroso en la región. En Beirut la gente se quejaba de los rigores del sol. En las afueras, el general Henri Gouraud pasaba revista cada mañana a sus

tropas. Más que una revista, era una demostración de fuerza, que no solo no ocultaban, sino que alardeaban de ella. Los cañones relucientes, las ametralladoras, los tanques Renault, las compañías de fusileros senegaleses con las bayonetas relucientes. Una directa advertencia dirigida al emir, ya que Francia no lo reconocía como rey, y no iba a echarse atrás en sus propósitos. La armada francesa desembarcó varias barcazas transportando más cañones de campaña. Sobraban cañones en los arsenales de Tolón y Marsella, y el general Mariano Goybet requirió urgentes refuerzos para Siria. Los espías del rey Fayçal advirtieron a su rey de que los franceses iban a echar el resto. El general Yusuf
el-Azma
también estaba preparando a las fuerzas árabes. Sobre todo el regimiento de camelleros y el batallón de caballería. Fayçal no podría estar en la batalla, si llegaba a haberla, no podían arriesgarse a que una bala perdida lo matara. El rey se empeñó hasta el último momento en participar, y solo las órdenes de su padre, el jerife, impidieron su presencia. A pesar de todo la relación con los británicos seguía siendo fluida, aunque muy tensa. No podía prescindir de ellos, pero ahora sabía que los ingleses no harían ni el más mínimo movimiento en contra de Francia.

Esa certeza tenía desesperado a Fayçal. Se sentía traicionado, pero era incapaz de reprochárselo a los ingleses. A Thomas le llegó una amistosa advertencia a través de Abdul Ganí el Uressi, uno de los fundadores de La Merkezye, la sociedad secreta que había dado lugar a la rebelión árabe.

—Era una política arriesgada —le dijo a través de un emisario— la que Gran Bretaña estaba haciendo con los árabes. En un momento histórico, en el que podían haber cerrado una amistad eterna, estaban actuando en contra de los intereses de los árabes, y por qué no decirlo, del islam. No solo en la falsa posición en que dejaban a Fayçal, el Hachemita, sino con la Declaración Balfour y el apoyo británico a los proyectos sionistas. Jamás conseguirían un Estado judío en Palestina, porque el mundo árabe no lo iba a permitir. Y nunca tendrían un Estado multiconfesional, o lo que era lo mismo, de mayoría cristiana en el Levante. Se refería al Gran Líbano al que aspiraban los maronitas y Francia. Era un error histórico, se arrepentirían de ello en el futuro.

Al escuchar aquella velada amenaza, Thomas recordó las duras palabras de Rachid Rédha, los ingleses se acordarían de cómo era el mundo anteriormente.

A pesar de que ya no tenía intereses en ello, Thomas Harding seguía vinculado a los servicios de inteligencia. Los informes que recibía venían a decir que la influencia de

Al-Afghani,

y del egipcio Mohamed Abdou, estaban llegando a los lugares más apartados del mundo musulmán. Se estaba formando un islam político, muy radical, que pretendía hacer frente a las potencias coloniales.

Lo comentó con alguno de sus amigos, pero ninguno se alarmó. Eso había ocurrido siempre en el islam, contestaron. Siempre. Desde el primer califa hasta el momento presente, el islam tenía sus corrientes políticas. Al morir el profeta, su sucesión creó el primer conflicto. ¿Los más cercanos tenían más derechos? ¿O debían ser elegidos los más adecuados, aunque no tuvieran relación de sangre? ¿Sunnitas o chiitas? No era nada nuevo. Thomas replicó que no se trataba de eso. Era un concepto diferente, en el que se adivinaban vías tan radicales y violentas como fuera preciso, si con ellos se conseguía expulsar a los extranjeros de *Dar el islam*. De pronto había aparecido un islam amenazador que no hablaba de diálogo, sino de exigencias y represalias. Pero ni en White Hall, ni en el Quai d'Orsay

parecían entender que las cosas habían cambiado definitivamente en el islam.

El veinte de mayo se reunió el Consejo del Monte Líbano. El patriarca maronita, Elías Boutros Hoayek lo convocó de inmediato. No había tiempo que perder. Todos estaban excitados, ya no se guardaban las formas como hacía unos meses. Los días contaban y los nervios afloraban. Thomas asistió invitado sin voz ni voto, necesitaban a alguien que pudiera levantar acta de manera objetiva. Hablaron de un relator.

Daoud Ammoun tomó la palabra. El patriarca le advirtió de que llevara corto al consejo. No podían permitirse un error a aquellas alturas.

—¡Queridos amigos! ¡El consejo se reúne para sentar los principios de lo que hemos decidido! ¿Queréis un Gran Líbano? ¿Un

Estado independiente, política y administrativamente? ¿Un país completo tal y como lo pactamos en su día?

Prácticamente todos los asistentes levantaron la mano mostrando una cartulina verde. Los que deseaban una Gran Siria, y se consideraban súbditos del rey Fayçal, ya no estaban allí. Nadie sabía en qué podía terminar la reunión, y tampoco nadie deseaba convertirse en el primer mártir de la causa que fuera.

—Bien. ¡Aprobado el primer punto! ¿Deseamos un Gobierno democrático en el que sean los votos de nuestro pueblo los que elijan a sus líderes por mayoría?

De nuevo la cartulina verde apareció en casi todas las manos. Daoud Ammoun no quería entretenerse.

—De acuerdo. ¡Aprobado el segundo punto! ¿Queréis que iniciemos los trabajos para redactar una constitución? ¿Sí? ¡Bien! ¡Aprobado el punto! —Ammoun no podía decirles que el patriarca había recibido del Vaticano varios modelos de constitución. Al menos no en aquel momento. Pero esos estudios estaban bastante adelantados.

—¿Deseáis un acuerdo base con Francia para impulsar todo ello?

Los maronitas ovacionaron a su líder. Las cartulinas verdes eran mayoría.

—¡Bien! ¡De acuerdo! ¿Os parece correcto que traslademos todo esto a la Conferencia de Paz de París?

Las cartulinas verdes volaron por los aires. Todos tenían ganas de dejar el asunto claro, sin ambigüedad, antes de que los franceses comenzaran a disparar sus cañones. Daoud Ammoun terminó.

—¡Que sepáis que todo esto lo hablamos hace cerca de un año! Pero entonces no lo votamos. ¡Ahora ya tenemos el primer escalón! ¡Así que os invito a subir la escalera, todavía nos queda mucho trecho para ascender a la Montaña Blanca!

En el mes de julio el enfrentamiento entre los franceses y las fuerzas sirias de Fayçal era ya irremediable. Gouraud se lo advirtió a Thomas Harding. No esperaban ningún movimiento extraño de los británicos en aquel conflicto, pero no iban a permitir que los acuerdos de la Conferencia de San Remo, en la que la Sociedad de las Naciones había otorgado a Francia un mandato sobre Siria, se convirtiesen en papel mojado.

A pesar de la advertencia, la obligación de Gran Bretaña era

intentar un acuerdo amistoso entre Francia y Fayçal hasta el último momento, pero Gouraud ya no deseaba más acuerdos ni más palmaditas en la espalda. Él estaba allí para defender los intereses de Francia, y le respaldaban nueve mil soldados, con armamento pesado y una docena de aviones.

Thomas telegrafió al general Allenby en código cifrado. Los franceses iban adelante con todas las consecuencias. En Beirut tenían el apoyo del patriarca maronita y de los cristianos, informados por Picot de lo que podría suceder.

Al general en jefe sir Edmund Allenby.

Mi general: todo indica que en un plazo no superior a quince días, los franceses atacarán a las tropas del designado rey de Siria, Fayçal I. El ejército francés posee una mayoría aplastante, 9000 hombres, artillería (72 piezas), tanquetas y una docena de aviones ametralladores, todo ello al mando del general Henri Gouraud.

Según los informes el combate tendrá lugar cerca de Maysalun.

Es todo lo que tengo el honor de informar a V. E.

En Beirut, a 15 de julio de 1920
Fdo. coronel T. Harding. I. S.

No se equivocó en su pronóstico. El 23 de julio las tropas francesas aplastaron al ejército sirio en su primera batalla para defender el nuevo reino. Fayçal había ordenado no defenderse, dejar el campo a los franceses, a sabiendas de que esa orden iba a costarle el reino. Pero no deseaba además cargar con un desastre militar y centenares de muertos en el campo de batalla.

Sin embargo, su general, Yusuf
al-Azma,
no opinaba lo mismo. Tenía la convicción de que si plantaban cara, tal vez los franceses fueran los que se retiraran. ¿Cómo iban a atacar cuando su superioridad era aplastante? Artillería pesada, tanquetas, aviones, armas modernas, frente a un ejército de árabes valerosos, pero portando fusiles anticuados. No serían capaces.

Tenía la certeza de que Francia no podía permitirse una carnicería contra los patriotas árabes. Pensaba que nunca se la perdonarían. Tampoco el general Henri Gouraud deseaba una victoria tan desigual. Pero Francia no podía dejar las cosas sin solventar. Si para llevar a Damasco la igualdad, la fraternidad y la libertad hacían falta cañones, los utilizarían. Con la verdad no existían medias tintas.

Los maronitas apoyaron a Francia como un solo hombre. Thomas tuvo que asumir avergonzado que los británicos se lavaban las manos.

La batalla de Maysalun duró ocho horas que se hicieron eternas para los combatientes. Al terminar, alrededor de cuatrocientos hombres, entre jinetes árabes y soldados recién reclutados yacían tendidos en el polvo del lugar elegido, al mismo borde de la cordillera del Antilíbano, apenas a veinte kilómetros de Damasco, donde media hora más tarde se tuvo noticia del desenlace por una paloma mensajera.

Fayçal salió al atardecer hacia el exilio acompañado de su corte, camino del desierto. Una larga caravana de caballos, camellos, algunos camiones cedidos por los británicos, llevándose los archivos recién creados, para no dejar aquella valiosa información a los franceses.

Gouraud se lo había explicado a los notables de Beirut. No iban a perseguir a Fayçal. A enemigo que huye, puente de plata. No deseaban un mártir ni una patata caliente. Que la cocinasen los británicos.

Thomas también conoció el resultado aquella misma tarde, cuando comenzaba a anochecer en Beirut. Le llegó un sobre cerrado y lacrado por un propio, con la firma de Ayub Thabit. Lo rompió delante de Ethel, que lo observaba con sus grandes ojos. No estaba en clave. No era preciso. Thabit era un libanés, heredero de viejísimas culturas. Un papel doblado solo decía «El gallo en Damasco. El halcón al desierto».

A partir de aquel momento sería posible el Estado del Gran Líbano, tal vez después de todo, pudiera llegar a realizarse el viejo sueño.

La Umma

AGOSTO DE 1920

En Beirut sabían bien, demasiado bien, que tenían por delante una época complicada. ¿El Monte Líbano accedería a incorporar las tierras del Estado [52]? ¿Aquellos ricos cristianos maronitas y sus íntimos enemigos, las grandes familias drusas, iban a desear abandonar su tradicional estatus? En Beirut, como casi siempre, se veían las cosas de otra manera.

Daoud Ammoun y su Estado Mayor maronita, en realidad el equipo de gobierno del patriarca, tenían muy claro lo que había que hacerse. Thomas Harding estaba al cabo de la calle gracias a su amigo Ayub Thabit.

—Mire, Thomas. El patriarca Hoayek se cartea directamente con el papa. En un despacho en el Vaticano, justo al lado de las habitaciones privadas del santo padre, hay un salón con mapas. ¡Mapas muy exactos! ¡Muy bien levantados de toda Palestina hasta la Cilicia y más allá de Damasco! Ahí tienen recogida mucha información. Los monasterios, los colegios católicos, los frailes y monjas, las ermitas, los lugares sagrados. También un mapa de Jerusalén y sus cuatro barrios: cristiano católico, cristiano armenio, donde manda el patriarca armenio, el árabe y el judío. Tienen un mapa donde se recoge toda esta región, las tierras del Estado, todo el litoral hasta el golfo de Iskenderun, el Monte Líbano, todo el valle de la Bekaa, incluyendo el Antilíbano, el Hermón, Trípoli y por el sur, el *sandjak* de Sidón hasta la frontera con Palestina. El Vaticano escribe al patriarca y le envía copias dobladas de los planos, con zonas marcadas en colores que dejan muy claras las instrucciones: «Esto debe ser maronita, esto druso, esto sunnita…» y nuestro patriarca, el bueno de Boutros Hoayek, hace sus indicaciones, se encomienda a san Marón, se pone a rezar, luego dicta una carta a su secretario privado, primo hermano mío, y que me cuenta algunas cosas para que me dé cuenta de su influencia. Secretos de familia,

aunque en Beirut, al cabo de una semana, hasta el pescatero de mi mujer sabe por dónde van los nuevos límites. ¡Este país es imposible! ¿Cómo no se lo voy a poder contar a usted? Así se está montando el *puzzle*. Hoy quito de aquí y mañana pongo allí. Por ejemplo, los de Zahlé, la mayor población del valle de la Bekaa, quieren unirse, trayendo a Baalbek, que es como la joya de la corona, a Hasbaya, a Bekaa… Pero claro, ¡unos quieren entrar y otros no! ¡Y lo mejor de todo! ¡Nadie ha firmado ningún acuerdo con los otomanos! Los alemanes firmaron el Tratado de Versalles. ¡Mal firmado, por los unos y por los otros! ¿Pero con los otomanos? Aún no se ha firmado nada, porque ese Armisticio de Mudros tiene muy poca cosa, y Francia va por delante. ¡La política de los hechos consumados! Mientras, el general Gouraud, que ya es más maronita que papista, está pensando en hacerse un chalet en Beirut y retirarse aquí. Y claro, ¡tiene que quedar bien! ¡Todos los días deben salir telegramas para el Quai
d'Orsay!
Y si quiere saber lo que pienso, y me tengo por un buen cristiano, del Vaticano envían copia de las cartas que mandan y reciben de Beirut a Millerand[53], para que dé su opinión. Ahí tiene, un triángulo Vaticano-París-Beirut. ¡Las tres patas del banco de madera de cedro, que construirá el Gran Líbano!

»Claro que ustedes los británicos también tienen donde entretenerse con los sionistas de Weizmann exigiendo cada día algo más. ¿No acaban de enviar desde Londres al alto comisionado, sir Herbert Samuel? ¡Ese hombre en Londres es un lord, en Jerusalén es más judío que un rabino, y cuando habla con los árabes es un beduino! La Sociedad de Naciones parece que empuja el asunto… ¡En fin, todos tenemos alguna vez un clavo en el zapato!

Los sunnitas fueron a hablar con Thomas. Llevaba la voz cantante Abd el Halim Hajjar, el musulmán más influyente de la región. No había en la reunión ningún maronita, y podía permitirse hablar libremente.

—Sí, señor Harding, los musulmanes venimos por nuestro lado. Somos socios de los demás en todo este asunto, pero hay algunas cosas que debemos hablar por separado. Si me permite, le daré mi opinión y usted se forma una composición de lugar.

El hombre hablaba un francés excelente, y físicamente hubiera

pasado por un comerciante marsellés, aunque transpiraba excesivamente a causa del calor y los nervios.

—Señor Harding, es usted una buena persona. ¡Dios es misericordioso y lo envió a aquí para echarnos una mano! Nosotros los musulmanes estamos divididos, a unos la opción de Fayçal les gustaba. Otros prefieren un Líbano independiente. ¿Pero será realmente independiente? ¿O tendremos al Vaticano detrás de la puerta? ¿O a los franceses dictando la orden del día? ¿O incluso a ustedes los británicos vigilando? Han transcurrido unas semanas desde Maysalun, y ya se oye que los británicos van a separar de Palestina esta región hacia el este, la quieren llamar Transjordania. Aquí nos tiene. Entre los sionistas, que nos van a complicar la vida en Palestina. Los franceses, que ya han tomado posesión, y los nuevos cruzados de Gouraud, no se van a ir pronto. A los otomanos los dan por muertos, pero eso está por ver. ¿Ha oído hablar de un tal Mustafa Kemal? Ustedes de nuevo, que han repartido con gran generosidad, perdone mi sinceridad, lo que no era suyo. ¿Por qué no le han dado a Weizmann el condado de Surrey? No se moleste conmigo, a veces los árabes somos demasiado sinceros. El otro día cuando el general Goybet entró en Damasco, ¡no había nadie viéndole desfilar! ¿Sabe por qué? Porque no había ganado la razón, sino los magníficos cañones requisados a los alemanes, dicen las malas lenguas. ¡Claro! ¡Aquí, en Beirut, nuestros queridos amigos los maronitas lanzaron sus sombreros al aire! ¡El obispo católico debió lanzar su mitra a la lámpara del salón de recepciones! ¡En el Vaticano repicaron las campanas! Y eso suena como si al final Godofredo hubiera dicho la última palabra, *Sancti Sepulchri Advocatus*.

»Los musulmanes nos acordaremos toda la vida. Lo primero que dijo el general Goybet en su discurso fue que la liberación de Damasco del retrasado yugo árabe, quería decir islámico, la iban a pagar los habitantes de Damasco. Aseguró que el progreso y la civilización los traerá Francia. Con todos los respetos para Francia, los árabes somos una civilización muy antigua y culta… ¡Es cierto! ¡Podemos aprender mucho de ellos! Pero ellos pueden aprender mucho de los árabes. Después obligaron a Fayçal a subirse al tren que lo llevaría a Transjordania. Eso fue una humillación. ¡Un árabe del desierto es libre, cuando monta su propio camello o caballo!

Ahora los militares franceses querrían cerrar todo lo que la Administración de Fayçal había iniciado, pero los funcionarios de alto nivel, todos esos hombres de la Politechnique, les han aconsejado que no lo hagan. ¿Cómo van a clausurar en Damasco la Biblioteca Árabe? ¿O la escuela de medicina? ¿O el Museo de Antigüedades Árabes? Al menos algo quedará del Estado de Fayçal.

»Usted tiene el prestigio de una persona independiente, culta y con sentido ético. Ahora es usted militar, como casi todo el mundo, pero eso lo arreglará el tiempo.

»Quería terminar diciéndole que los árabes formamos una umma, usted conoce bien el árabe, la lengua más culta y más bella, con más matices, más profunda y más sensible. Todos somos hijos de la misma madre y eso nos hace hermanos.

»Ahora, en 1920, el mundo árabe acaba de despertarse, se está desperezando tras haber permanecido dormido estos últimos siglos. El Líbano, el "Gran Líbano", es un lugar esencial para el espíritu árabe. Aquí podremos terminar hablando todos francés y el inglés. Pero nuestro corazón será árabe. Esos maronitas seguirán siendo árabes, por mucho que los jesuitas y el Vaticano estén convencidos de que sobre todo son buenos cristianos. ¿Y sabe? Los maronitas pueden ser cristianos, pero hay una parte de su sangre que les dice que también pertenecen al islam, aunque no lo sepan. ¿Conoce usted el Corán? En la sura cinco, aleya ochenta y tres lo dice claramente, "Cuando oyen lo que se ha revelado al Enviado, ves que sus ojos se inundan de lágrimas de reconocimiento de la Verdad. Dicen: ¡Señor! ¡Creemos! ¡Apúntanos, pues como testigos!".

»Si Francia pretende aportar algo, tendrá que contar con los musulmanes… ¡Y cada vez más! Veníamos a ver a un gentil amigo para que nos escuchara. Gracias, pues, señor Harding. A todos nos gustaría que usted se quedará aquí. Hasta otro día y quede usted con Dios.

El Halim Hajjar y sus silenciosos compañeros abandonaron el despacho de Thomas. Salió a la terraza a tiempo de despedirles con la mano. El sol poniente se ocultaba entre nubes, en una dramática puesta que convertía el cielo en carmesí, mientras Sarah entraba en la terraza.

—¡Thomas! Estás aquí. He oído que se iban tus invitados. Al final vas a convertirte en un santón. Todos vienen a pedirte consejo.

Al menos este Beirut te aprecia, puede que el que nos traigan los nuevos tiempos no tenga este encanto, pero merecerá la pena.

—No, Sarah, no te equivoques. No vienen a verme a mí. Vienen a contarle a Gran Bretaña sus inquietudes. Ellos ven en mi cara la «Union Jack»[54]. Unos y otros están preocupados por los franceses. Los cristianos temen el abrazo del oso, en cuanto a los musulmanes, creen que se ha desaprovechado una ocasión histórica. ¡Mira el sol ocultarse! ¿No es una imagen sobrecogedora? En momentos como este, no cambiaría Beirut por ningún otro lugar en el mundo.

El señor de las moscas

SEPTIEMBRE DE 1920

La invitación, una cartulina crema con la bandera de Francia impresa en colores, no exigía trajes de gala, ni a las damas vestidos de noche, pero en los comentarios aquí y allá, todos los invitados sabían que se trataba de un momento histórico —la propia nota lo decía— al que el general Gouraud pretendía dar un realce especial. Su modelo, salvando las distancias, era la fiesta de inauguración de la Exposición Universal de París.

A partir del primero de agosto las modistas y las sombrereras, los sastres, los zapateros, las peluqueras, todos estaban muy ocupados con los preparativos para la recepción oficial, que Henri Gouraud y señora iban a ofrecer en su residencia oficial —por decreto, territorio oficial francés— con motivo de la proclamación del Estado del Gran Líbano, fundamentados en la Ley 318, en la que se recogían los territorios y regiones que iban a confirmarlo.

Thomas y Sarah Harding eran invitados de honor. Al recibir la invitación, Thomas solicitó instrucciones a Jerusalén —«Ningún problema»—. Gran Bretaña no pretendía afrentar a su mejor aliada. Eso no tenía nada que ver con las naturales diferencias entre ambas naciones, ni el ancestral y amistoso odio entre sus súbditos. Ambos, de la mano, habían ganado la guerra frente a los enemigos prusianos y al Imperio otomano.

Sarah Harding tenía su propia modista en El Cairo. Así que, con el visto bueno de su marido, decidió tomarse unos días de asueto para visitar a sus padres llevándose a Ethel. En realidad, no soportaba a las afrancesadas damas de Beirut, peleándose por las modistas de élite. Ella tenía muy claro dónde estaba la fuente de la inspiración. Los nuevos diseños del *art nouveau* llegaban desde Europa a El Cairo, donde se estilizaban y pulían.

Thomas Harding era comprensivo con esos pequeños caprichos. La vida le había demostrado que cada minuto contaba y que, por

tanto, en un momento dado era preciso disfrutar de ella, sin cortapisas. Sarah volvería una semana antes de la fecha de la recepción, y Thomas acompañó a su esposa y a su hija al Alexandria, la motonave griega que hacía el trayecto entre Beirut y Alejandría. Una vez allí, el ferrocarril construido por los británicos conectaba la ciudad portuaria con El Cairo en menos de cinco horas.

Thomas quería conocer cuáles eran los principios de Francia para establecer «los Estados». Tenía noticias del largo regateo entre Gouraud y Millerand, quitando y poniendo piezas del interminable *puzzle*. Un juego de mesa que hacía furor entre las damas de Beirut, que se intercambiaban las cajas con quinientas, mil, ¡incluso tres mil fichas! La esposa de Gouraud, se decía en la ciudad, era la única que tenía el juego bueno, lo que la hacía ser observada con envidia por sus amigas, que en las largas esperas en la peluquería la aconsejaban. La Bekaa sí, la Bekaa no, el Antilíbano sí…, Trípoli no. El *sanjak* de Saida y sus chiitas sí, ¿o mejor no? ¿Y si la capital fuera Damasco? Eso sería como darle la razón a Fayçal. ¿Y Beirut? ¡Pero si su mayoría era sunnita! No había otro remedio.

Esas eran las interminables discusiones en las mesas y sobremesas del general Gouraud. Eso sí, mesas republicanas, incluso volterianas, pero cubiertas por las finas mantelerías bordadas de Malinas, bajoplatos de plata dorada, cuberterías grabadas con la flor de lis, cristalerías de Lyon, vajillas de Nantes. Servidas por criados senegaleses con pantalón corto. Los mejores burdeos, capones, pasteles, cremas y salsas cocinadas por un afamado *maître* de Niza, que había llegado con Gouraud y que se negaba a compartir sus secretos. «Un antipático», según la esposa de Daoud Ammoun, el líder maronita, al que al encontrárselo en la plaza del mercado, le había pedido sus recetas sin éxito.

Andaban nerviosos, eran los momentos previos al suceso más importante ocurrido en el Líbano, nadie quería hablar de las «Tierras del Litoral», ni de eufemismos, desde la llegada de los cruzados hacía nueve siglos.

Estaba decidido y resuelto. En base a ello los abogados del Estado, recién llegados de Francia, los representantes de la cámara baja de la República francesa, el Cuerpo Provisional Legislativo, encabezado por el comisionado general Gouraud, dio sus

bendiciones a la Ley Orgánica 336 de 1 de septiembre de 1920. Cuarenta artículos que el patriarca Boutros Hoayek se hacía leer antes de dormir, para digerir su contenido y aprenderse hasta las comas y los puntos y aparte. La capital en Beirut, ¡después de tantas dudas! No existía alternativa. Cuando se filtró a la calle, Thomas Harding tuvo la visita de Spiros Politis, un acaudalado grecoortodoxo que, tras media hora de retórica, le ofreció comprarle la ladera pedregosa junto a su casa. Le dijo que los topógrafos la habían medido por orden del ayuntamiento del que era concejal. ¡Tres hectáreas, cuatro áreas, veintidós centiáreas! Thomas se lo quitó de encima, asegurándole que si decidía venderla tendría en cuenta su oferta. Politis sonrió mostrando su dentadura de oro, y se despidió llevándose la mano al sombrero.

Thomas tuvo conciencia de que acababa de llegar la modernidad al adormilado Beirut. Los fenicios estaban tomando posiciones tras abandonar sus mausoleos, y si las fuerzas vivas deseaban llevar las virtudes de Europa a la costa de Canaán, la sociedad civil de cultura fenicia se pondría en marcha para conseguir el bienestar de sus hijos a cualquier precio.

El nuevo pashá del Gran Líbano era Henri Gouraud. El nivel de vida que su cargo de Alto Comisionado le proporcionaba, no podía compararse a ningún otro. Él nombraría, no la lejana París, un gobernador también francés, que haría cumplir la ley, que le daría cuentas en los Consejos de Estado, y que se encargaría de recaudar los impuestos. Los ministerios dirigidos por libaneses, respaldados por los consejeros. Estos últimos obligatoriamente franceses.

El doctor Ayub Thabit estaba asombrado:

—¡Pero si es el mismo régimen! ¡Como si siguieran aquí los otomanos, ahora con pasaporte francés! Espero que funcione sin corrupción, aunque eso aquí…

El doctor Thabit llevó a su amigo Thomas a la casa de Joseph Hani, uno de los hombres más ricos e influyentes de Beirut en aquellos días, quien los recibió en el patio cubierto por una parra en el interior de la casa. Un lugar fresco en comparación con la calle, donde estaba soplando el viento terral, que incrementaba cuatro o cinco grados celsius la temperatura.

Joseph Hani deseaba seguir viviendo como lo habían hecho su padre y su abuelo. No le gustaba nada la modernidad y lo que con

ella venía. Allí estaba, rodeado de toda su familia, cuñados, primos, dispuestos a degustar las exquisitas delicias que los libaneses habían sabido coger de aquí y allá. Las mujeres estaban acabando de poner una larguísima mesa, para no menos de treinta personas. Así que no tuvieron otro remedio que aceptar la cordial invitación para compartirla. Haní sonrió mientras exclamaba de buen humor: «¡Comeremos más, comeremos menos!».

La noticia del año, que los periódicos de Beirut traían en portada, era la firma del Tratado de Sèvres. ¡Habían conseguido que los otomanos firmaran! Aunque ni Rusia, ni los Estados Unidos lo habían rubricado. Hani se sentía feliz, pero algo escéptico.

—No consigo comprender cómo los turcos han firmado un tratado así. ¡Pero dónde van a ubicar a la población turca! ¡Bah! ¡Eso no tiene sentido! Ahora de pronto a los armenios les dan un país. ¡Eso es justo! Más que justo, ya que gran parte de Anatolia era propiedad armenia muchos siglos antes de que llegaran las huestes de Osmán[55]. ¡Además de otro buen pedazo para los kurdos!

Hani se encogió de hombros como si no lo entendiera.

—Palestina, Transjordania y Mesopotamia hasta Mosul por el norte, para los leales súbditos de su majestad británica. ¡Muchas felicidades, señor Harding! ¡Se han llevado ustedes la parte del león británico! Y Siria, Líbano y Alejandreta, incluyendo una parte de la Cilicia, para los de Gouraud. ¡Póngase en pie, que antes de comer vamos a cantar *La Marsellesa*! Los griegos, por los que siento una cordial enemistad, ¡se han llevado Tracia Oriental, Ténedos, Imbros y Esmirna! ¡Quién se lo iba a decir! ¡Lo mejor de Asia Menor! Hoy estarán de fiesta nacional, y mañana estarán vendiendo, comprando y permutando tierras. ¡Menudos son los griegos! Claro, el tratado también reconoce la separación de Egipto…, por supuesto bajo mandato británico. El Hedjaz, para los hachemitas, que ahora odian a los franceses y no terminan de fiarse de ustedes —señaló a Thomas con el índice— y el Yemen, el país del incienso y los líos. ¡Por si no lo sabía, todos los problemas, virtudes, líos, sabios, poetas, guerreros y hombres de paz musulmanes tienen su origen en Yemen! ¡La Arabia Feliz! Ese país no se lo ha querido adjudicar ninguna potencia europea, lo que demuestra que sus dirigentes son hombres prudentes y sensatos. Los quraishíes, los abasíes, los omeyas, los fatimíes, todos ellos proceden de antiguas tribus del

Yemen. ¿Qué tendrá ese lugar? Constantinopla para los turcos. ¡Pero eso sí! ¡Con control internacional para la navegación de los estrechos! Y entonces, ¿los turcos? ¿Qué hacemos con los turcos? Les iba a proponer brindar por Sèvres, pero pensándolo bien, lo dejaremos para cuando haya comprobado que ese tratado llegue a hacerse realidad. ¡No lo creo! ¡Ah, se me olvidaba, Chipre también para ustedes! Y a Italia le han regalado una gran parte de la región de Antalya, y de las islas del Dodecaneso. ¡Una bicoca! ¡No me importa! ¡El país de Rossini se lo merece todo!

»Me han contado que por el Imperio otomano, el tratado lo han firmado el gran visir Damat Ferid Pashá, el embajador Hadí Pashá, el ministro de Educación Resid Halis, y el hombre fuerte Riza Tevfik, con la aprobación de ese sultán Mehmet VI, si los conociera, les aconsejaría que no volvieran a Estambul —Joseph Hani levantó su copa—. Bien. Que los europeos hagan lo que les dé la gana. Están en su derecho. Mientras, les propongo que brindemos por el doctor Boghossian. Él quería conseguir una Armenia independiente. Ya la tiene, Avetis Aharonian[56] se la ha conseguido. Pero seamos serios. A los turcos se lo han quitado todo. ¿Qué hacemos con más de veinte millones de personas? También el control sobre sus finanzas, sobre las importaciones y exportaciones, las concesiones, el tránsito de buques, los impuestos indirectos, la moneda. Les han quitado el ejército, la armada… Hay un tipo por ahí, Mustafa Kemal, el de Galípoli, ese que le ganó a Churchill la partida, que ha jurado que no va a consentir un expolio de semejante magnitud, y hasta cierto punto lo puedo entender. O sea, que los turcos no van a querer tragarse esta píldora, los árabes de Siria no quieren saber nada de los franceses, y los de Mesopotamia veremos a ver cómo se entienden con ustedes… Lo que sí sé es que la porcelana de Sèvres es muy frágil —Joseph Hani cogió una salsera vacía de la mesa y ante las risas de todos los presentes, la dejó estrellarse contra el suelo—. Ahora —continuó— es prácticamente imposible volver a utilizarla.

Terminaron de comer a la sombra de la parra. Bebieron el fuerte vino tinto del Monte Líbano y comieron hasta hartarse, como si todos quisieran resarcirse de la hambruna que aquel país había soportado. A pesar de las ocurrencias de unos y otros, de los brindis por el futuro del Gran Líbano, Thomas percibió una tensión en el

ambiente. Le preguntó a Ayub Thabit que dormitaba junto a él.

—¿Ocurre algo? Tengo la sensación de que hay algo que desconozco en todo este asunto.

—Tranquilícese, Thomas. Es nuestra sangre fenicia. Aquí todo el mundo es fatalista y en cuanto termina la fiesta, ya están pensando en cuál será el siguiente duelo. Tenemos demasiada experiencia vital… por eso aseguraba hace un rato nuestro amigo Hani, que no se cree nada sobre estos tratados, pactos y promesas. Ninguno de los que hay aquí sentados, tampoco. La historia nos la ha jugado en demasiadas ocasiones, y solo nos ha dado breves momentos de respiro. Cuando todo comienza a ir bien, intentamos pasar desapercibidos, no sea que el Señor de las Moscas, Baalzebú [57] nos señale… ¡Bah! ¡No me haga usted caso y disfrutemos de estos buenos momentos! ¡Son los únicos que nos llevaremos cuando nos vayamos al paraíso!

Aquella noche, cuando le contó a Sarah la conversación, ella movió la cabeza afirmando.

—Sí. Tu amigo Thabit tiene mucha razón. Forma parte del carácter mediterráneo. Todo es una alegría relativa, y lo más importante es compartirla, exteriorizarla para los que nos rodean. En Egipto es aún más exagerado. ¿No te has parado a pensar que ese país es un interminable conjunto de panteones funerarios? La dicha, las risas, son puro aire, algo etéreo, efímero, mientras que la muerte es eterna, pétrea. Pero Thabit tiene razón, hay que aprovechar cada instante, lo demás, dicen los árabes, lo traerá el destino.

Thomas observó con admiración a su esposa. Aquello, más que cultura, era sabiduría.

Pocos días más tarde, el primero de septiembre de 1920, el Estado del Gran Líbano fue dividido por decreto, por imposición del general Gouraud en cuatro *sandjaks*: Líbano Norte, Monte Líbano, Líbano Sur y La Bekaa, además de dos autonomías municipales, Beirut y Trípoli. Algunos deslenguados de Beirut hicieron correr la voz de que Gouraud era el «Señor de las Moscas», por su obsesión en acabar con ellas, ya que en las recepciones tenía dos criados armados de sendas palas que aplastaban sin piedad aquellos pertinaces insectos. Thomas sabía quién era el autor del mote, Ayub Thabit.

Un largo sueño

ENERO-JUNIO DE 1921

Los siguientes meses fueron complicados. El general Mustafa Kemal, líder de los nacionalistas turcos y héroe de los Dardanelos, iba ganando trabajosamente las batallas. Los altos mandos y los políticos turcos que al principio no habían querido saber nada lo aclamaban como su líder natural, y en Beirut se murmuraba, nadie se atrevería a comentarlo en voz alta, si no volvería suceder lo que con Napoleón, cuando escapó de la isla de Elba para recuperar su trono. ¿Volverían los turcos a recuperar Damasco y Beirut?

El general Gouraud hacía y deshacía a su antojo. El presidente de la República francesa se hallaba demasiado lejos, y tendría otros graves problemas como para entretenerse con los del Monte Líbano; algunos empezaban a no ver tan clara la situación del mandato francés.

Thomas hacía esfuerzos diplomáticos para mantener el equilibrio. La Administración francesa era dura, hermética y exigente. No permitían ni la más mínima intervención a los británicos, a pesar de que, con él a nivel personal, todos se sentían muy satisfechos. En cuanto a la Administración británica en Palestina y Mesopotamia, ocurría algo semejante, por lo que no le resultaba nada fácil su función.

Los únicos que mostraban su satisfacción por el cambio eran los maronitas. Habían perdido poder ejecutivo, pero tal y como estaban las cosas, el tener a los franceses respaldándolos les proporcionaba seguridad.

Add el Halim Hajjar, uno de los líderes sunnitas de Beirut, iba a visitarle de vez en cuando, casi siempre a mostrarle su malestar por la situación de los musulmanes, creía que existía un agravio comparativo entre ellos y los cristianos del Levante.

—Monsieur Harding. ¡Aquí los que hemos perdido peso específico, somos los musulmanes! Mire, los franceses, que

representan una república laica, nos han colado de rondón al Vaticano. ¡Y no me diga que no! El patriarca Hoayek viene a ser aquí, como el primado, un cardenal de la Iglesia católica, total, hemos vuelto a los tiempos de mediados del siglo pasado. ¡Todo se tiene que hacer con el visto bueno de la potencia colonial! ¡Teníamos más autonomía con los otomanos! ¡Sin comparación! Ahora todo son ventajas para los maronitas, es decir, para los súbditos cristianos, para los franceses los únicos árabes fiables. ¿Y los demás? Con los chiitas ni cuentan. El Estado turco no ha rubricado el tratado de Sèvres, todo esto es una chapuza legal. Siria, sunnita, la región de Latakia, alawita, el Gran Líbano, multiconfesional pero cristiano; aunque aseguren que los demás contamos, el Jebel druso, para los drusos, en realidad para la media docena de grandes familias con raíces históricas, y ahí tiene a ese Mustafa Kemal llamando a la puerta. ¡A cañonazos! Ustedes y los franceses han conseguido lo que querían y los demás… ¡a aguantarse! ¡Y no me diga que no!

El ambiente en Beirut era de cambio. Los grecoortodoxos iban a lo suyo, es decir, los negocios de compra y venta de tierras y solares, las familias maronitas se aliaban entre sí para montar las grandes compañías financieras, modernizando la tradicional banca, pues el volumen de los negocios de importación y exportación se había multiplicado por diez. Se apreciaba un gran movimiento de llegada a Beirut, de muchas familias que tradicionalmente habían vivido en la montaña. Los drusos, en comparación, eran más remisos al cambio, no aceptaban tantas imposiciones, ni a cambiar su forma de vida. En cuanto a los sunnitas, dominaban la agricultura y la ganadería, aunque sin estar conformes con su situación.

El Halim Hajjar se lo comentaba con escepticismo a Thomas.

—Ya vio usted lo que ocurrió aquí durante la guerra. Nosotros pasamos menos hambre que los maronitas, y es que al final, los billetes de banco no se pueden comer. ¡Son muy indigestos!

Thomas pensó en retomar sus estudios arqueológicos. Echaba de menos una manera más tranquila de vivir. Solicitó de la Asamblea Administrativa permiso para realizar excavaciones en Baalbek. Aunque se habían denegado algunos desde el Gobierno civil, Francia quería que se ordenaran las investigaciones de campo en el que se consideraba un yacimiento arqueológico único, pero a él se

lo concedieron sin problemas. Hizo una visita previa para preparar una nueva campaña en el entorno de las ruinas. Sarah le ayudó en los preparativos con gran sentido de la organización, aunque no se atrevió a compararla con Caroline.

De regreso a Beirut, un par de semanas más tarde, a mediados de septiembre de 1923, le invitaron a una reunión en la mansión de Joseph Hani. Allí conoció a Naum Moukarzel, que traía una propuesta para cambiar la bandera del país por otra cuya base sería la bandera francesa con un cedro en el centro. Al presidente Poincaré le había encantado la idea y decidieron someter la moción a la Asamblea. ¿Y Gouraud? Ningún problema, le comentaron, había sido el primero en dar su visto bueno. Allí nada se movía sin él.

Llevaba más de doce años en Oriente Próximo, entre Beirut y El Cairo. Había pensado muchas veces volver a Inglaterra, pero las circunstancias se lo habían impedido. Sus abogados en Londres lo reclamaban para una serie de asuntos y tomó la decisión de volver. El alto comisionado británico no puso impedimento para el viaje. Mientras estuviera en Inglaterra, enviarían a alguien para sustituirlo.

A primeros de octubre, acompañado de Sarah y Ethel, embarcó en el Star of India, que hacía escala en Beirut procedente de Bombay, con destino Southampton.

Al arribar a Londres encontró una ciudad distinta, con muchos automóviles arriba y abajo. Aunque se seguían viendo numerosos carruajes y jinetes, la modernidad se estaba imponiendo por días.

Cuando entró en el que una vez había sido su hogar, sintió que retrocedía en el tiempo. La mansión permanecía cerrada desde que comenzó su viaje a Oriente Próximo. Una de las causas por las que había decidido irse de Inglaterra fue su deseo de ampliar horizontes, y Beirut y la región lo atraparon. Recogería sus efectos personales, algunos objetos de valor y se llevaría los libros que más le interesaban; el resto los cedería a la biblioteca de la Universidad de Oxford. Sarah apartaría los muebles y los cuadros que le gustaran para enviarlos a Beirut, y el resto serían subastados al igual que la casa. Tenía una oferta para venderla por una importante suma. En cuanto a la finca en Surrey, decidió que la dejaría en manos de los administradores. Tal vez el día de mañana

Ethel quisiera volver a Inglaterra y vivir allí. La mansión era propiedad de la familia por más de trescientos años, y no se creía con derecho a enajenarla a un tercero que no tuviera nada que ver.

Por el momento no deseaba establecerse en Inglaterra. Permanecerían solo el tiempo necesario para poner en orden sus papeles, nombrar nuevos administradores y luego regresarían a Beirut. Muchos pensarían que era una absurda decisión, pero él no entraría en esa discusión. Era algo interior, muy personal, meditado a lo largo del tiempo y que no tenía vuelta atrás. La Montaña Blanca le atraía irresistiblemente, aun con todos sus graves problemas de identidad, con su difícil coyuntura, con sus riesgos. A Augustus Newman le había sucedido algo semejante, y aunque de tanto en tanto volvía a Londres para reunirse con el secretario del Foreign Office, siempre volvía a Beirut.

Las cosas no resultaron tan fáciles y tuvieron que alargar su estancia en Londres. Ethel ingresó en uno de los colegios para niñas. Sus nuevas amigas la encontraban exótica, sabía muchas cosas que ellas ignoraban.

Se dio cuenta de que su administrador hasta entonces no había sido todo lo claro que él hubiera deseado. No se trataba de fraude, pero tal vez se le podía acusar de descuido o administración desleal, debería arreglar las cosas. No podía dejar sin más todas aquellas responsabilidades a gente desconocida. De acuerdo con Sarah, tomó la decisión de dar marcha atrás a la venta de la casa en Londres. A Sarah tampoco le molestaba aquella estancia, y pronto se habituó a la vida de la metrópoli. Thomas habría dejado tiempo atrás sus obligaciones con el Gobierno, pero en el Foreign Office y en Defensa, deseaban que prosiguiera con su trabajo.

La situación en Oriente Próximo y en Oriente Medio, incluso hasta Afganistán, era cada día más compleja. En Anatolia, Mustafa Kemal había conseguido unir a una nación al borde del precipicio histórico, y en Europa, no serían capaces de ponerse de acuerdo para llevar adelante el Tratado de Sèvres, que tenía a todo el mundo en vilo.

Llegó la noticia del asesinato en Berlín de Talat Pashá, el antiguo primer ministro del Gobierno de los Jóvenes Turcos, muerto a manos de un estudiante armenio, un tal Soghomón Tehlirian, que se convirtió en un héroe para todos los armenios. El instigador y

principal responsable de las matanzas de armenios se había refugiado en la capital alemana y el asunto volvió a poner sobre la mesa la situación de la llamada «Causa Armenia», que cada día se complicaba más.

Thomas recibió la invitación de un grupo de armenios, que lideraban la comunidad armenia de la diáspora en Londres, y asistió a una reunión en el West End, en un antiguo almacén que utilizaban para encontrarse. Lo llevó allí Hagop Agopian, primo de Levon Abramian, el comerciante al que había conocido a través de Augustus Newman en Beirut. Al igual que su pariente Agopian, trabajaba en colaboraciones eventuales para los Servicios de Inteligencia Británicos. Era un hombre culto, de buena presencia, con padrinos dentro del Alto Mando, y que había vivido en Alepo y en El Cairo. La comunidad armenia en Londres estaba creciendo por días, aunque muchos de los que llegaban no tenían permiso de inmigración; los funcionarios habían recibido instrucciones de no poner demasiadas trabas y les permitían entrar en el país.

El Gobierno británico estaba informado de que los turcos seguían con su política de librarse de los armenios, y mucho más después del Tratado de Sèvres. Los turcos habían atacado a la nueva República de Armenia. Los partidarios de Kemal estaban declarando nulas las condenas a muerte dictadas contra los culpables de las matanzas armenias. En Moscú acababa de firmarse un nuevo tratado con los militares turcos que se abrogaban la representación del nuevo Estado turco. Ese era el motivo de la urgente reunión. La presencia de Thomas era extraoficial, se le había invitado por su consideración de armenófilo, y por los avales personales de muchos armenios de Beirut y Alepo.

El problema era el de siempre, la desunión entre las distintas facciones y partidos. Unos armenios eran francófilos, otros anglófilos y la mayoría de los que llegaban se encontraban en pésimas condiciones económicas y de salud, lo único que deseaban era encontrar asilo, y a ser posible emigrar lo más lejos que se pudiera de los turcos y de Europa, no se fiaban de amigos ni de enemigos por igual.

En el almacén del West End, un gran número de armenios aguardaban nerviosos, muchos de ellos demacrados, con los trajes raídos y mal calzados. Eran los restos del naufragio y así lo expuso

el primer orador, un periodista armenio procedente de Constantinopla de nombre Armen Diradian.

—Amigos. Los ingleses tienen mala conciencia y el deseo ferviente de que emigremos a América. A los Estados Unidos o a América del Sur. Les da lo mismo. Incluso permitirán que algunos de los presentes, no muchos, se queden aquí. Prosigue la tragedia. El líder nacionalista Mustafa Kemal sigue la misma política, y al que crea que el Tratado de Sèvres va a servir de algo, le invitaría a ir a Adana donde empezó todo al principio de la Gran Guerra, o viajar a otras muchas poblaciones que un día fueron nuestro hogar. ¡No! ¡Sèvres solo fue una excusa! ¡No van a proporcionarnos una patria en Anatolia! Y la que consigamos será solo a fuerza de sangre armenia y sacrificios. Aún tendremos que ver muchas cosas… Los turcos se saldrán con la suya, los bolcheviques no quieren conflictos heredados y firmarán lo que les pongan por delante. Con el zar no nos iba mucho mejor, pero con los comunistas se nos acabó el refugio en la frontera rusa. Los kemalistas seguirán su política de sangre y fuego, y los restos de nuestro pueblo serán sacrificados a los políticos de la geoestrategia. ¡Ya han sido asesinados un millón o más de armenios! Y los que quedan en las ciudades y aldeas de Anatolia serán aniquilados o deportados pronto. Los representantes del Gobierno provisional de Mustafa Kemal ya están en París o aquí en Londres, preparando el nuevo tratado, ya que han dado por muerto al de Sèvres.

»Unos cuantos hemos decidido volver, desarmados, no nos han querido financiar la compra de armamento. ¡Somos las víctimas de la historia! Los armenios tendremos que hacer frente solos a lo que nos depare el destino, contadles a vuestros hijos que nadie nos ayudó en los momentos clave. Francia e Inglaterra no han sido nuestros enemigos, pero podrían haber hecho mucho más por nosotros.

»En Beirut, en otras ciudades, nuestros hermanos se amontonan en los puertos, en las estaciones de ferrocarril, como ganado. Las fuerzas francesas en la Cilicia han iniciado el repliegue y volvemos a quedar inermes en Anatolia. Es nuestro sino. ¡Armenia no morirá jamás! ¡Estará en las ruinas de los monasterios, en los *katchkars*, en las viejas aldeas, en los muros de piedra de los antiguos huertos de las montañas! ¡Aquella tierra es nuestra, aunque la fuerza de la

violencia inaudita nos la haya arrebatado! ¡Aunque no quede piedra sobre piedra! ¡Aunque convirtieran en grava los antiguos restos, en las agrestes montañas de Anatolia seguirá sonando el ancestral lamento del duduk! ¡No permitáis que el tiempo borre esos últimos recuerdos, porque en ellos se encuentra el alma de Armenia!

Un tímido aplauso cerró las palabras de Agopian, que poco a poco fue transformándose en un golpeteo contra las paredes de madera, contra el suelo, de las desvencijadas sillas que muchos habían llevado de aquí y de allá. Los hombres profundamente emocionados comenzaron a sollozar, mientras imitaban con sus gargantas el profundo y melancólico sonido del duduk. Agopian permanecía en pie bajo la claraboya. Un último rayo de sol iluminaba su canoso cabello.

Thomas Harding notaba un nudo en su garganta, recordando la increíble odisea de su amigo Boghossian y otros muchos como él. Sentía vergüenza por la postura de Gran Bretaña. Sabía que el antiguo primer ministro otomano, Said Halim, había sido liberado por orden expresa del Gobierno británico, y que se encontraba en Roma campando por sus respetos. El pueblo inglés no deseaba seguir enviando a sus tropas, ni invertir fondos más en un lejano conflicto del que no esperaba ningún beneficio.

Mustafa Kemal trataba de demostrar a Europa que sus imposiciones y sus tratados, incluso sus amenazas, no eran más que papel mojado para los nuevos turcos. Griegos, asirios, armenios, cristianos católicos, todos deberían ser aniquilados o expulsados; los kurdos, transformados en seres de tercera clase, sin derecho a la educación ni a la igualdad con los que se consideraban los únicos y verdaderos ciudadanos de Turquía. Los turcos.

Thomas redactó un informe para los Servicios de Inteligencia y para el Foreign Office. Le enviaron un mensajero para que acudiera a Whitehall. Se trataba de una reunión urgente. El propio secretario de Colonias, Winston Churchill, salió a recibirle en la galería. Le acompañaban sir Herbert Samuel y el mariscal Allenby, con el que seguía manteniendo una buena amistad.

Le invitaron a un té, aunque el secretario de Colonias se sirvió una generosa copa de jerez seco. Allenby realizó un pequeño panegírico del coronel Harding, y la reunión dio comienzo en una soleada mañana que invitaba a pasear por Hyde Park, más que a

permanecer en las frías salas de Whitehall.

—Tiene usted buenos padrinos, coronel Harding, ¿o prefiere que le llame profesor? Nuestros amigos franceses quieren consolidar su situación en Líbano y Siria. Aunque Kemal los va a echar de Cilicia muy pronto, y nosotros no vamos a poder evitarlo. Supuestamente ambos países somos los vencedores de la contienda. ¿Cómo vamos a intervenir para defendernos del que la ha perdido? Ironías del destino. Ese Kemal ha ganado la guerra contra los griegos que no midieron bien sus fuerzas. Con Sèvres irritamos a los turcos, que decidieron que aquel tratado era papel mojado. Así que a combatir a las agrestes montañas de Anatolia. ¡Imposible! Y aquí nos tiene, los italianos ya se están replegando. No desean ser enterrados en un país así. Lo que queda de los griegos se decidirá en Sakarya, y muy pronto, después los franceses también saldrán. ¿Y sabe quién se quedará defendiendo el honor? Nosotros, como siempre. Y claro, no quiero otra ración como la de Galípoli. Lloyd George quiere parar a los turcos. ¡No podemos! ¿Quién puede plantear en estos momentos una inversión de millones de guineas, y de tal vez veinte o treinta mil británicos muertos en Anatolia? No. Eso se acabará pronto. Sèvres está muerto y enterrado, así que estamos preparando un tratado más realista. Nosotros bastante vamos a tener con lo que nos aguarda en Kerbala, Nayaf y todos esos lugares. Ustedes saben que el islam ya no va a volver a ser lo que era hace solo diez años. La realidad es que hemos ganado la guerra y hemos perdido el imperio. Nuestro amigo Herbert Samuel, sabe mejor que nadie el avispero que tenemos en Palestina, el agravio del que nos culpan los árabes, el serio problema que vamos a tener en Egipto, en Mesopotamia y en Transjordania. Con la Sociedad de las Naciones el mundo ha cambiado y tendremos que ir replegando velas. Nuestros amigos los armenios nos culpan por no defenderlos. Ya se lo he explicado, no es el mejor momento para una nueva cruzada. Así que debemos ser pragmáticos y administrar lo que se nos viene encima. Usted va a volver a Beirut. No tendrá ningún cargo oficial, es el mejor favor que podemos hacerle, pero seguirá siendo nuestro hombre en la región. Los franceses tendrán bastante con «civilizar» Siria y defender a los cristianos del Líbano.

Thomas volvió a su casa con la sensación de que el idílico Oriente que una vez tuvo en la punta de sus dedos se había esfumado para

siempre. Hablaría con Sarah sobre si deberían permanecer una larga temporada en Inglaterra. Tal vez después de todo, aquello no habría sido más que un largo sueño.

La magia de Oriente

JULIO-NOVIEMBRE DE 1921

A principios de julio, Thomas Harding regresó solo a Beirut. Sarah decidió que por el momento Ethel y ella estarían mejor en Londres.

Los comentarios de Churchill estaban convirtiéndose en realidad. Los italianos ya no tenían ninguna ilusión por ocupar Asia Menor ni Adalia. Tampoco en Beirut la Administración francesa se sentía segura. Los turcos de Mustafa Kemal mostraban una increíble capacidad de resistencia y sacrificio en los combates que libraban contra los griegos. Gouraud temía por su posición en la Cilicia y así lo comentó en la Asamblea. Pocos días después comenzó la batalla de Sakarya, en el Vilayato de Ankara, en plena canícula de agosto. Otra vez griegos contra turcos. Los griegos de Esmirna sabían lo que se jugaban, y en las iglesias grecoortodoxas de Beirut, incluso en las iglesias melquitas, se encendieron velas para conseguir que todos los santos del santoral guiaran a los militares griegos, desde su general Anastasios Papoulas hasta el último corneta. En un discurso previo a la batalla se mencionaron las Termopilas. Tras una épica batalla, los griegos abandonaron el campo tras ganar el primer asalto. Cuando el rey Constantino apeló a la unidad de la Entente, ni Francia, ni Italia, ni Gran Bretaña respondieron. Sèvres estaba enterrada y se escuchó el nuevo nombre del líder turco por primera vez. Mustafa Kemal «Atatürk», el padre de los turcos.

Aquello marcó el cambio. En Beirut el alto comisionado de Francia, Henri Gouraud decidió evacuar la Cilicia. El Quai d'Orsay no quería perder ni un hombre más. Anatolia para los turcos, Siria y Líbano para los franceses.

Llamaron a capítulo a Thomas Harding, al que acompañó Augustus Newman, que acababa de llegar de Jerusalén. Gouraud los recibió en el salón de recepciones de la Prefectura del Líbano. El hombre estaba en su papel. Una compañía de soldados de color de

la Martinica se cuadró tras la bandera de la República francesa. Junto a ella, de menor tamaño, la nueva bandera del Gran Líbano. Fue una recepción tensa. Thomas llegó a dudar de si aquellos eran sus aliados. Gran Bretaña y Lloyd George podían hacer lo que quisieran, pero Francia no iba a luchar contra los turcos. ¿Y el Tratado de Sèvres? Gouraud se encogió de hombros.

Augustus Newman sonrió sin perder los nervios. Una magistral demostración de saber hacer. Bien, Francia, incluso Italia, tenían derecho a defender su criterio. De momento Gran Bretaña seguiría los planes iniciales.

Al escucharlo, Gouraud se relajó un poco. Les explicó su propuesta de dividir Siria en varias zonas. Sí, sabía de las protestas, pero eso no era más que infundados recelos en contra de la modernidad. No podían permitir que drusos y maronitas se enzarzaran de nuevo, aseguró mientras exclamaba:

—¡Tenemos que observar siempre la historia!

Los intereses comunes entre Francia y Gran Bretaña estaban terminando. Augustus Newman en un arranque de sinceridad, le confesó que Lloyd George ya no creía en la Entente, y que le molestaba la actitud de Francia. Al final los que mantenían a raya a los turcos volvían a ser ellos, los británicos.

Unos días más tarde, Augustus y él viajaron a Jerusalén para encontrarse con el secretario de Estado de Asuntos Exteriores, lord George N. Curzon[58], con el que Newman mantenía una cercana relación. Antes de entrar le explicó a Thomas:

—Ese hombre estableció «la línea Curzon», enmarcando la frontera entre Polonia y Rusia. Es un experto en Oriente, ya sabes que, durante su mandato como virrey de la India, en el que pocos confiaban, mostró una personalidad extraordinaria. Ahora tiene mucho que hacer en Oriente Próximo, este lugar se ha convertido en un avispero.

Desde el primer contacto, Thomas tuvo la sensación de que lo conocía de toda la vida. Curzon también estaba marcado por el sello de Oxford, y sentía un enorme interés por el arte antiguo y la arquitectura. De lo que se sentía más orgulloso era de haber colaborado en la restauración del Taj Mahal.

—Harding, conocí bien a su madre, una dama encantadora. No sabe lo que sentí su desaparición. Creo que esa clase de personas no

aceptarían vivir en los tiempos que se acercan. A ella le encantaba que hablásemos de los viejos tiempos, como cuando tuve la oportunidad de encontrar las fuentes del Amu Daria, mi viaje por Siam, la exploración de la salvaje cordillera del Pamir, o mi entrada en Lhasa. ¡Ah! ¡Qué buenos momentos! Ahora me tienen aquí en Jerusalén, la ciudad que Dios creó para que musulmanes, cristianos y judíos mantuviesen las distancias. No me siento muy orgulloso de los últimos años de política exterior. Ahora debemos pensar en cómo compensamos a los hachemitas, en lo que va a ocurrir con los turcos, y en qué porvenir aguarda a los judíos de Palestina, rodeados de un proceloso océano musulmán… El mundo ya era demasiado complicado antes de que llegáramos los políticos británicos. ¡Ahora es el caos! Lo que más siento es lo de los armenios, van a ser los grandes damnificados, el fracaso de la retórica wilsoniana. ¡Los británicos podemos prometer lo mismo a dos enemigos ancestrales! ¡Pero los americanos no saben ni lo que están prometiendo!

»Ahora cuéntenme lo que está sucediendo en Líbano. Si fracasa, fracasaremos todos. ¡Ubíquense cristianos de cinco o seis ritos diferentes, con musulmanes de cuatro o cinco sectas muy distintas, unos cuantos judíos, unos militares franceses de ideas imperialistas mandados por un Gobierno republicano laico, agítese fuertemente y sírvase muy frío, a ser posible con nieve de la Montaña Blanca! ¡Luego me lo cuentan!

Thomas admiró la fina ironía de Curzon. El secretario de Estado estaba de buen humor. El motivo era que un médico judío de origen ruso le había preparado un remedio para sus dolores de espalda. Un emplasto que le había aliviado considerablemente, pero cuyo problema era que debía ser confeccionado con determinadas plantas del desierto de Judea, de los alrededores del mar Muerto.

Curzon les invitó a cenar. Volvieron al hotel y se vistieron adecuadamente para la cena. El Rolls-Royce del alto comisionado los recogió a las siete menos cuarto. Iban a compartirla con unos cuantos políticos y militares británicos, los representantes de la Comisión Sionista y de la American Zionist Medical Society. El ambiente era rígido. Los diplomáticos franceses se mantenían aparte, agraviados por el protagonismo de Inglaterra. El gran muftí abandonó de improviso la reunión insultado por las liberales

costumbres de los europeos, sobre todo por los atrevidos escotes de las damas.

—Si se cruza con unas damas escotadas y gesticula indignado es musulmán, si mira al techo es judío y si mira directamente al escote es italiano. Así de fácil —Curzon lo tenía claro. Todos brindaron al conocerse la noticia de que el rey acababa de otorgarle el título de marqués Curzon de Kedleston.

Hacía una noche espléndida, en Jerusalén no se movía una hoja y las estrellas resplandecían en el cielo. Salieron a la terraza y tomaron asiento mientras les servían una copa de *brandy*.

Hablaron de Fayçal y del frustrado reino árabe en Damasco. Curzon era un gran conversador y un conocedor de la historia.

—¿Conocen la magnífica *Historia del islamismo* del profesor Augustus Müller? Explica la idiosincrasia árabe, cómo a pesar de tratarse de centenares de tribus dispersas por una enorme extensión, de gentes muy distintas en su cultura y su refinamiento, de ser campesinos, beduinos, comerciantes, filósofos o poetas, hay algo muy fuerte que los cohesiona y los mantiene unidos, algo que los convierte en una nación, en una comunidad con un sentido muy singular de la existencia. Me dirán ustedes, el Corán, y yo les diré, sí, por supuesto, pero, sobre todo, el árabe, una de las lenguas más expresivas. Estamos en el inicio del renacimiento árabe. El nacionalismo árabe terminará por afectarnos a todos. Aquí se puede comprender mejor, sobre todo al amanecer, con la cúpula dorada de la Roca al fondo del escenario. Los británicos hemos ganado la guerra, por el concepto que los árabes musulmanes tienen de que los turcos solo eran usurpadores de un legado que no les correspondía. El califato. Pronto exigirán que los ingleses abandonemos las tierras del islam. No soy optimista ni realista. Solo un político pragmático. El tiempo dirá quién tiene razón.

Mientras Newman viajaba a El Cairo, Thomas volvió a Beirut. A pesar de los Chabry, el matrimonio maronita que cuidaba la casa, y de Ahmed Karim, el jardinero nusayrí que seguía manteniendo el jardín con exquisito esmero, notaba la casa vacía, grande para él solo. Sarah y Ethel seguirían en Londres mientras no se tranquilizasen las cosas en Oriente Próximo.

Él estaba bien informado, se veía con mucha frecuencia con el doctor Boghossian, con el doctor Aristóteles Papapoulos, que

además de ser un buen cirujano resultó ser un extraordinario cocinero, que de tanto en tanto les agasajaba con comidas libanesas, una mezcla de gastronomía griega, armenia, turca y árabe. En Beirut se imponía el pan francés, el vino tinto, los quesos. Era la cara amable de una colonización, mientras Gouraud y su Administración intentaban ver qué parte de la antigua Administración otomana seguía siendo útil, qué ordenes del Quai d'Orsay
debían interpretarse, hasta dónde podía llegar el mandato francés. En Beirut se sentían más cómodos que en Damasco, eso no se ponía en duda.

A pesar de la tensa situación Gouraud invitaba a comer a Thomas con frecuencia.

—Mire, Harding. Aquí la Asamblea Consultiva es mucho más compleja que la Asamblea Nacional Francesa. El municipio de Beirut está representado por un maronita, un ortodoxo y dos sunnitas. El Monte Líbano, el *sanjak* **[59]** más tradicional, más duro de todos, tiene tres maronitas y un druso, el Líbano del Norte, un maronita y dos grecoortodoxos, el del Sur, un maronita, un sunnita, un chiita, la Bekaa un grecoortodoxo y un chiita, Trípoli, un sunnita… ¡Usted me dirá! Bueno, habrá algo que retocar, pero estamos haciendo lo que podemos. No podemos elegir individuos sino confesiones. No aceptarían otra cosa.

Para Thomas el protectorado que estaban creando los franceses no era lo que habían prometido cuando la Sociedad de Naciones les otorgó el mandato. Aquello estaba creando problemas, por supuesto mucho más profundos en Damasco y en el interior de Siria.

—Si quieren saber lo que ocurre, pregúntenles a los sionistas. Ellos tienen la mejor información.

Los árabes conspiraban contra la tutela francesa, mientras los hachemitas seguían convencidos de que los británicos tendrían que compensarles de una manera u otra. Todos aguardaban la decisión de la Sociedad de Naciones para la ratificación del mandato, pero para ese momento aún faltaba tiempo.

El doctor Boghossian, que seguía manteniendo una cercana relación con Alepo, fue quien le mandó el aviso. Una nota en sobre cerrado y lacrado dirigido personalmente a Thomas. Le extrañó. Veía con frecuencia a Boghossian como para toda aquella

parafernalia, ¿por qué no le había ido a ver como siempre?

Beirut, 12 de diciembre de 1921
Profesor T. Harding.
Querido Thomas:
Por si resulta de su interés, tengo información fehaciente de que su antigua amiga madame Anne Lefevbre, se encuentra en el Hotel Barón de Alepo pasando una temporada.
Rogándole disculpe mi amistosa intromisión. Un cordial saludo.

H. Boghossian, dr. en M.

Al leer aquellas líneas se quedó sorprendido de la magnífica información que poseía Boghossian. ¿Qué estaría haciendo en Alepo Anne Lefevbre? ¿Por qué no le había avisado? Hacía casi siete años que no se veían.
Decidió ir a verla. Hizo una pequeña maleta y dos días más tarde se hallaba en Alepo, en el *hall* del Hotel Barón, donde ya había estado unos años antes.

Aguardó en la terraza sentado bajo una sombrilla. Unos militares franceses charlaban algo más allá. Una pareja de americanos, tal vez misioneros, comían en silencio. Al fondo un palmeral que recordaba a Egipto que unas bandadas de gansos sobrevolaban. Unos árabes cabalgaban parsimoniosamente en sus camellos. Oriente. No terminaba de acostumbrarse, pasaban los años y el mundo evolucionaba, pero Oriente seguía igual… en apariencia.

Apareció Anne, llevaba puesto un salacot con una gasa y vestía ropa algo atrevida para Alepo, la falda a media pierna podía ser considerada excesivamente occidental. Anne se acercó a él en silencio. Seguía siendo muy hermosa. Lo miró un instante, luego sin advertencia previa se agachó y le besó en los labios. Los militares franceses observaron la escena con cierto asombro. Él se levantó, la tomó de la mano y en silencio caminaron por la galería, dejando un leve murmullo atrás. Fueron directamente a la habitación de Anne. Él no sentía ningún remordimiento, Sarah estaba muy lejos, era una buena compañera, aunque no creía estar enamorado de ella. Echaba

de menos a Anne, atractiva y sensual. Siete años era mucho tiempo y también muy poco. Dependía de muchos factores. Hicieron el amor como si el tiempo no hubiera transcurrido.

Ella le contó que había llegado en el tren desde Estambul. Se había casado con un empresario alemán, que había muerto en Berlín de un ataque al corazón unos meses atrás. Thomas no hizo ningún comentario, y ella de inmediato cambió de conversación y le preguntó si estaba casado. Thomas asintió, le dijo que seguía viviendo en Beirut con su familia, pero que en los últimos años pasaban el invierno en Inglaterra, para que su hija pudiera seguir los cursos académicos.

¿Por qué había vuelto a Oriente? Pura nostalgia, replicó ella. Recordaba demasiadas cosas, y en París pensó que deseaba cumplir sus deseos. Visitar Palmira era un costoso capricho, y más en aquellos días. ¿Querría acompañarla? Thomas no lo pensó un instante. Decidieron salir en cuanto estuviesen hechos los preparativos.

Tres días más tarde abandonaron Alepo, con destino sureste. Dejaron atrás los jardines, los huertos, la tierra cultivada para adentrarse en el desierto rocoso. Una docena de árabes los acompañaban, todos iban armados. En aquel lugar siempre había habido bandidos, y ni siquiera la guerra consiguió acabar con ellos. A los ojos de todos, eran un matrimonio. Nadie hubiese entendido otra situación. La moral islámica. Thomas conocía bien aquel mundo, y en cuanto a Anne, tampoco era una turista casual.

Cinco días más tarde llegaron a Palmira, cerca del poblado de Tadmir. Fue un extraño momento, algo inesperado a causa de la niebla. Las columnas, las ruinas de unos increíbles edificios surgían de entre las nubes bajas de tonos dorados. Ambos permanecieron en silencio, sobre sus camellos. Allí estaba el templo de Baal, o Bel, el amo y señor de aquella soledad en la que solo unos cuantos beduinos acampaban cerca del templo. Entraron a paso lento, como si los mismos animales sintieran un cierto temor al hollar aquella enorme avenida empedrada.

—Me siento como Zenobia, la reina del desierto —Anne no lo decía de una manera retórica mientras bajaba de su montura en el antiguo teatro.

Recorrieron, maravillados, sin dejar de asombrarse ante aquel

escenario, mientras los árabes montaban las tiendas y realizaban los preparativos, junto a un precioso templo algo alejado del resto de ruinas, un edificio bien conservado, que refulgía a causa de los rayos del sol poniente.

Permanecieron cuatro inolvidables días en Palmira, visitaron las tumbas del valle, las torres desperdigadas, mientras los beduinos se mantenían vigilantes en la distancia, respetando su intimidad.

Thomas realizó unas acuarelas, tomó notas en su cuaderno mientras ella paseaba. Allí el tiempo era el rey, dando la falsa sensación de que transcurría muy lentamente, hasta que llegaba el momento en que el sol se ponía inesperadamente.

Volvieron a Alepo con una sensación agridulce. Ella debía volver a París y le aguardaba un larguísimo viaje en barco, deteniéndose unos días en Atenas, después volvería a embarcar en El Pireo con destino a Marsella, y de allí en tren a París. En cuanto a Thomas, volvería cabalgando, siguiendo la línea del litoral hacia Beirut. Ninguno de los dos deseaba pensar en si alguna vez se verían de nuevo. No tenían nada que reprocharse. El azar había sido oportuno y generoso con ellos.

Thomas la acompañó hasta la estación. Allí se abrazaron y luego ella, con un suspiro, subió a su compartimento. Se asomó a la ventanilla y saludó con la mano. Hacía algo de frío, comenzaba noviembre. Después el tren con un chirriar de las ruedas se puso en marcha. Él movió la mano despidiéndose, hasta que el último vagón desapareció.

Una semana más tarde, ya en Beirut, al despertar en su casa, tuvo la duda de si todo aquello no habría sido más que un sueño. Nunca podría olvidar las palabras del primer libanés que conoció, Joseph Tannouki: Aquel país tenía algo muy especial. «¡La magia, señor, la magia de Oriente! ¡Algún día podrá comprender lo que le digo!».

Ese día había llegado.

Tiempo de dudas

1922

Augustus Newman seguía en actividad por todo Oriente Próximo. Se mantenía en buena forma con su extraordinaria fuerza de voluntad intacta. «No pueden conmigo». Thomas creía que tenía razón. Newman llegó a Beirut procedente de Alejandría en la primera semana de marzo. Había sido testigo presencial de la declaración de independencia de Egipto de Gran Bretaña y acababa de presenciar la toma de poder del nuevo rey Fuad en El Cairo.

—Aún nos queda mucho trabajo que hacer allí. Es como si se hubiese levantado de la tumba el mismísimo fantasma de Gordon. Los egipcios no quieren soltar el Sudán y tendremos que convencerlos. Y luego está el canal de Suez. ¡Siempre el canal! Además, tenemos el problema del Wafd. Esa organización nacionalista está absolutamente en contra nuestra, a pesar de lo que Allenby hizo por Saad Zaghlul, su fundador.

»Thomas, algo está cambiando en el mundo árabe, y es posible que los europeos, quizás los británicos y los franceses tengamos mucha responsabilidad en todo ello, pero lo que se está moviendo es del interior del islam. El partido Wafd procede de la fusión de dos anteriores, el Hizb
al-Umma
y el Hizb
al-Watani,
cuyos ideólogos han bebido en las fuentes de
Al-Afghani
y de Mohamed Abdou. Los expertos en el islam, a los que he comentado esto, me indican que comenzó con ¡Ibn Jaldún! ¡Todo está en
Al-Muqaddimah
[60]! ¡Estamos hablando de un hombre del siglo XIV! El movimiento

se ha transformado en una ola imparable, que está removiendo las viejas estructuras en los sótanos donde se reúnen los conspiradores en Damasco, en Beirut y en las grandes ciudades del mundo árabe. Los alemanes no llegaron a entender dónde se metían, pero la verdad es que los franceses y nosotros nos encontramos sobre un enorme avispero. Un terremoto está sacudiendo los cimientos del islam. Y aquí, en Beirut, a pesar de la fuerza de los árabes cristianos, las cosas ya nunca volverán a ser como antes. Cuando paseamos por la playa o por el puerto, al menos yo sigo teniendo esa sensación de paz y armonía, el sol, las gaviotas, el olor a mar, los camellos con sus mercancías, los avistados comerciantes libaneses dispuestos a hacer el mejor negocio, los restaurantes llenos de gente riendo y contando maldades de los otros o de sus parientes, seres humanos que tan solo pretenden vivir lo mejor posible. A veces pienso: ¡con lo bien que estaría yo en mi tranquila casa en Londres! ¡En Bond Street! ¡Frente a mi casa se encuentra la mejor sastrería de Londres!

»Mientras Gouraud pretende traer la cultura francesa, aquí en Beirut y en Damasco, los árabes, incluyendo por supuesto los maronitas y los grecoortodoxos, se reúnen a escondidas en los sótanos para escuchar a los que les hablan del nuevo islam. La sumisión solo a Alá, ¡*Allah Akbar*!, y a los colonizadores, la vida imposible. ¿Y aún pretendes quedarte aquí? Estamos locos… No sé lo que tardará en saltar todo esto por los aires, pero que no te quepa la menor duda, terminará por hacerlo. Llevas aquí desde 1909, estamos empezando 1922, y en esos trece años han cambiado muchas cosas… creo que lo fundamental, los árabes han mordido la manzana del árbol del paraíso.

A principios de marzo el Star of India volvió a entrar majestuosamente en el puerto, trayendo a Sarah y a Ethel de Londres. En aquellos meses Ethel se había transformado en una joven encantadora. Conociendo a los jóvenes árabes y sabiendo su facilidad para enamorarse, Thomas pensó que Ethel debería haber permanecido en Inglaterra. Estaba comenzando a pensar no como padre, sino igual que el abuelo de Ethel, Charles Weiler, que había insistido en que la niña se quedara con ellos. Por el momento seguiría en Beirut, con él y con Sarah. Llevaba demasiado tiempo sin familia.

En marzo los franceses disolvieron la Asamblea del Líbano. Las órdenes de París era transformarla en un consejo representativo, con elecciones por sufragio universal. Todo un avance en la postura que habían mantenido hasta aquel momento. Francia pretendía demostrar ante la Sociedad de Naciones que estaba cumpliendo con su parte del pacto. El problema era que los turcos no habían aceptado el Tratado de Sèvres, y seguían empeñados en cambiarlo por la fuerza de las armas. La situación causaba inquietud no solo en las potencias mandatarias, sino en la sociedad civil, que ya no deseaba más sufrimientos. ¿Podría llegar a darse el caso de que volvieran los turcos al Líbano? Vistos desde Beirut, los ejércitos de Mustafa Kemal parecían imparables, y más ante unas potencias que no querían saber nada de volver a enviar tropas. Ni en Whitehall, ni en el Quai
d'Orsay
hubiera sido aceptable un soldado más caído en Anatolia. Nadie se atrevía a preguntarle a Gouraud ni a Trabaud por una hipótesis semejante. ¿No habían tenido que abandonar los ejércitos franceses la Cilicia?

En una reunión que mantuvo con Riz Koullah Erkache, que seguía la dirección de «el Despertar libanés», le comentó que Trabaud le hablaba de que era precisa la educación cívica del pueblo. ¿Pero qué educación?, ¿la francesa o la árabe? No era lo mismo, y según le contó Riz, él y Trabaud tuvieron unas palabras. No era aquella situación la que esperaban los libaneses. Francia parecía más una potencia colonial que una nación amiga que quisiera ayudar de una manera altruista. Por otra parte, todos criticaban que los maronitas, a juicio de las otras comunidades, estaban teniendo demasiado protagonismo.

Unas semanas más tarde, la asamblea se rebeló ante la atónita mirada de Trabaud, el gobernador francés, que no podía entender que sus pupilos se estuvieran comportando de aquella manera. Trabaud los llamó al orden, pero no consiguió más que lo contrario, incluso Daoud Ammoun le replicó que estaban hartos de injerencias.

Eso provocó una reunión urgente en la prefectura a la que invitaron a Thomas Harding. Gouraud le explicó que Francia apoyaría a Gran Bretaña en la Sociedad de Naciones y que, como

era natural, esperaban la recíproca. Iban a convocar elecciones por sufragio universal. Luego remarcó que eso lo podían hacer en el Líbano, no en Siria. Tampoco los británicos se atreverían a llevar a cabo un sufragio así en Palestina, no tenían nada que reprocharse mutuamente.

Thomas entendía cuál era el problema. Francia necesitaba más cristianos para compensar el resultado. Boghossian le explicó cómo iban a conseguirlo, al tiempo que realizaban un acto humanitario, algo que sería bueno para todos.

El asunto venía de muy lejos. Los franceses estaban terminando de evacuar la Cilicia. Existía un acuerdo secreto con los nacionalistas turcos, concretamente con Mustafa Kemal, en el que Francia aceptaba que Turquía volviera a sus fronteras históricas. El Imperio otomano quedaría reducido a Anatolia, incluyendo el litoral de Asia Menor y la Cilicia. ¿Y la Armenia wilsoniana?, ¿dónde quedaría el Tratado de Sèvres? Todo el mundo se encogió de hombros, pero Francia insistió en que no iba a aceptar que los armenios de la Cilicia fuesen masacrados. ¿Qué se podía hacer con ellos? El doctor Boghossian se lo sugirió al gobernador Trabaud, al que trataba de sus ataques de asma con frecuencia y que lo escuchaba. ¿Y si los traían al Líbano? ¿A Beirut? Salvo los que prefirieran ir a Alepo.

A todo el mundo le pareció una solución perfecta. Los nacionalistas turcos se libraban de los armenios sin necesidad de una nueva matanza, que no solo podría llevarlos al tribunal internacional, que todavía estaba juzgando los crímenes del Gobierno del Ittihad, sino que podría volver al estado de guerra con Francia e Inglaterra. La opinión pública europea estaba del lado de los armenios, y si bien no quería volver a oír de trincheras ni de cadáveres de soldados repatriados, no iba a consentir que muriesen más armenios.

Thomas se reunió con el doctor Boghossian. El proyecto de estado armenio de Sèvres era una utopía. Incorporaba los vilayatos de Erzurum, Bitlis, Van, y por el norte hasta Trebisonda, el antiguo puerto armenio al mar Negro. Pero eso no eran más que promesas políticas hechas en la euforia de la Conferencia de Paz de París, cuando Wilson, Lloyd George, Orlando y Clemenceau, al calor de unas copas de coñac, discutían el futuro del mundo, como si fuesen

los dioses del Olimpo. ¡Ah sí! ¡Los armenios! Tendrían que compensarles después de todo lo ocurrido, aunque los cuatro líderes mundiales sabían que eso era imposible. Ningún pueblo había perdido tanto. Su tierra, su gente, sus piedras ancestrales. Boghossian le contaba con la voz demudada, que solo había habido algo que no pudieron quitarles. La dignidad.

Por eso, en aquellas interminables «charlas entre amigos», como las definió Orlando, no se atrevieron a resolver el tema frontalmente. Tras abandonarles a su suerte, aunque Francia intentó una y otra vez hacer algo por ellos, y también Wilson lo repitió una y cien veces, la verdadera culpa era de los prusianos. Ellos hubieran podido evitar las espantosas matanzas de los armenios, de un número inimaginable de personas, deportadas, robadas, violadas, torturadas, asesinadas en toda Anatolia. Mientras el mundo miraba para otro lado, los alemanes, con autoridad y fuerza para evitarlo, no lo hicieron e indignadamente se pusieron del lado de los verdugos.

Era preciso compensar a los armenios, otorgarles plenos derechos sobre su territorio ancestral, en el que los mojones que indicaban su dominio eran los *katchkars*, las cruces de piedra, las ermitas, los monasterios y los cementerios. Las comisiones enviadas desde París a Anatolia definieron un territorio. Wilson había rubricado el plano que dibujaba las fronteras con tinta roja, delimitando la «Armenia wilsoniana» en 1920. La noche que se supo en París los delegados armenios a la conferencia lloraron de emoción. Pero al final se demostró que todo aquello solo era política. Nada más. En cuanto a los armenios de la Cilicia, preferían emigrar que correr el riesgo de ser aniquilados por las tropas de los nacionalistas turcos, que entraban en las poblaciones conquistadas al grito de: «¡Turquía para los turcos!». De los doscientos mil armenios de la Cilicia, cerca de sesenta mil podrían establecerse en el Líbano, lo que enriquecería al país con una comunidad trabajadora, capacitada e industriosa. Otros tantos irían a Alepo; el resto emigraría a Europa y a los Estados Unidos. Una minoría aceptaría ir hacia el este, a lo que debería convertirse en la nación armenia, aunque nadie creía ya en las grandilocuentes promesas de Woodrow Wilson. Un tratado que no fue firmado ni por los Estados Unidos, ni ratificado por los turcos. Papel mojado con las lágrimas

de los armenios.

Después, los hechos. Las tropas de Mustafa Kemal, dispuestas a todo, con la misma violencia de los antiguos guerreros turcomanos que una vez conquistaron el territorio de los cristianos a sangre y fuego. Sin piedad, sin la más mínima misericordia. Los armenios de la Cilicia que aún quedaban habían observado con estupor la retirada de las tropas francesas. ¿Cómo iban a poder luchar contra el ejército nacionalista? ¿Quién iba a defenderlos? Se encomendaron a Dios.

El doctor Boghossian acompañó a la comisión que envió el gobernador Trabaud a la Cilicia. Se reunieron con los armenios designados. ¿Aceptarían ser trasladados al litoral del Líbano? Muchos vieron en ello su última posibilidad.

El doctor Boghossian conocía a muchos de ellos, incluso algunos eran parientes lejanos. Debían abandonar sus pueblos y ciudades, sus campos, sus casas, algunas de ellas centenarias, sus iglesias, sus muertos enterrados a lo largo de generaciones, para comenzar de nuevo. Y, sin embargo, era la única salida. Muchos hombres habían sido asesinados o seguían desaparecidos. El Líbano sería una tierra acogedora. Los maronitas que acompañaban a la comisión, les aseguraron que allí podrían rehacer sus vidas. En el Líbano la comunidad armenia ya era importante. ¿O iban a aguardar sentados la llegada de las tropas de Mustafa Kemal?

Todos fueron a las iglesias a orar. Los viejos lloraban sin poder contenerse. Las madres abrazaban a sus hijos. Sería la última vez que entrarían en aquellos templos, que encenderían las chimeneas y las cocinas en sus viejas casas. Una joven entonó una antigua balada armenia.

Quisiera volver a pisar mi tierra,
caminar por aquel sendero conocido,
escuchar otra vez la campana de mi iglesia,
ver jugar a los niños con la rueda,
y entonar una antigua melodías siguiendo
aquel duduk que alguien tocaba,
en el lento atardecer de mi vieja aldea.

Solo quiero volver allí

aunque sea una vez y solo en sueños
ver correr el agua por la acequia,
imaginar que todo sigue igual,
que estoy allí otra vez, que puedo verlo.

No sé si puedes comprender lo que ahora siento,
pero por un instante he vuelto a estar allí,
y no era un sueño. He vuelto a abrir los ojos,
y ahí sigue aquel duduk vibrando lejos,
en el lento atardecer de la que fue una vez mi aldea.

Boghossian no era capaz de aguantar tanta tensión, se sentó notando un fuerte dolor en el pecho, mientras comenzaba a sollozar sin consuelo.

Llegaron muchos armenios a Beirut, algunos se quedaron en Trípoli y en otros lugares del litoral. Los maronitas se sentían satisfechos, pues su relación con los armenios era ancestralmente buena, y a fin de cuentas, era una política que les convenía, ya que el número de cristianos aumentaba en relación con los musulmanes. Le confesaron que temían lo que pudiera llegar a suceder, no tanto con los turcos, que no se atreverían, sino con Damasco. Allí seguía creciendo una firme oposición a los franceses, y podría llegar a ocurrir algo parecido a lo sucedido en la Cilicia. ¿Y si los franceses se hartaban de la situación, embarcaban en su flota y los abandonaban? Por muchos acuerdos que se pactaran con drusos, chiitas y sunnitas, al final se impondría la umma y las mezquitas. Aquel no sería el Líbano que habían soñado. Se opondrían con todas sus fuerzas a una federación con Siria, como Henri Gouraud pretendía. Se lo advirtieron, los musulmanes de Damasco más radicales querían la cabeza del gobernador francés. Le acusaban de jugar con dos barajas.

Mientras, Thomas observaba la situación con preocupación. Recordaba el final de la Gran Guerra como una esperanza que no se estaba cumpliendo. Tenía información mejor que los franceses, la situación se podía volver incontrolable. Sin embargo, todos proseguían con sus negocios, sobre todo en Beirut, como si nada pudiera afectar a la idiosincrasia de los libaneses. Se construían muchas casas, la ciudad iba extendiéndose con rapidez, y Joseph

Hani y Charles Debbas firmaron un artículo en *La libertad de Beirut*, pidiendo un plan que ordenara el crecimiento de la ciudad, donde reinaba el caos en las nuevas construcciones.

En junio se proclamó la Federación de Estados Sirios. El Estado de Siria, constituido por los *sandjaks* de Alepo y Damasco, al que en un futuro debería unirse el *sandjak* de Alejandría. La capital estaría en Damasco. El Estado de los alawitas con los *sandjaks* de Latakia y de Tartous, con capital en Latakia, el Estado de Djebel Druso con capital en Soueida, el Estado del Gran Líbano, dividido a su vez en cuatro *sandjaks*, Líbano Norte, Monte Líbano, Líbano Sur y la Bekaa, además de dos municipalidades autónomas: Beirut y Trípoli. Mostraba la complejidad de lo que representaba, aunque nadie estaba conforme con las particiones, no era fácil contentar a todos.

Thomas fue llamado a Jerusalén. Allí pudo leer el Libro Blanco que Churchill había hecho publicar. La Transjordania quedaría al margen del «Hogar Nacional Judío», una concesión a los hachemitas, ya que después de lo pasado otra solución hubiese significado un acto de hostilidad. Desde allí se dirigió a Jaffa, donde embarcó en un destructor de la armada con destino Gibraltar. Quince días más tarde estaba en Londres manteniendo una reunión en el Almirantazgo. Insistieron en que aceptara el nombramiento de responsable del servicio de inteligencia para Oriente Próximo. Thomas se negó en redondo. Él creía ser un patriota y así lo había demostrado, pero pretendía volver a la vida civil. Deseaba ser de nuevo un simple profesor de Oxford, recuperar su antigua personalidad, los viejos tiempos. Sentía una enorme nostalgia de todo ello, además, la guerra había terminado hacía mucho tiempo, y respondió que no creía ser el hombre adecuado.

Tras varias tensas reuniones fue dado de baja en el servicio activo, y volvió a convertirse en el profesor Thomas Harding. En agosto volvió a Jerusalén. Newman le comentó que acababan de recibir el texto de la Constitución Palestina. El artículo más polémico era la inclusión de la promesa Balfour. Durante varios días tuvieron lugar serios disturbios en toda Palestina. Los árabes estaban absolutamente en contra, y los judíos no aceptaban el texto, que según ellos traicionaba el espíritu de la Declaración Balfour, en la que tantas esperanzas habían puesto.

En octubre, el alto comisionado de Francia, Gouraud, fue llamado a París. Todos respiraron cuando supieron que su nuevo cargo sería el de gobernador militar de París. En la intimidad los maronitas brindaron con *champagne*. No veían ningún futuro al mandato francés con alguien tan inflexible, con un carácter más propio de un prusiano que de un francés.

En Damasco ocurrió lo mismo, pero sin brindis. Algunos pensaron que habían conseguido torcer el brazo a los franceses, y que tal vez los sueños podrían convertirse en realidad.

Thomas fue a Beirut satisfecho por su nueva situación personal, pero muy preocupado por lo que preveía iba a suceder en todo Oriente Próximo. Decidió enviar de nuevo a Ethel y Sarah a Inglaterra. La joven permanecería allí mientras las cosas se solventasen, viviendo con sus abuelos. Sarah realizaría una serie de gestiones y después volvería con él. A pesar de todo, Thomas no quería abandonar Beirut. No podía abandonar a sus amigos en un momento tan difícil.

En septiembre llegó la crisis. Las tropas turcas se enfrentaron y llegaron a disparar contra los destacamentos franceses y británicos que vigilaban la zona neutral en los Dardanelos, cerca de Canakkale, en Chanak. Los turcos estaban envalentonados por sus victoriosas acciones contra el ejército griego.

Los turcos habían violado el Tratado de Sèvres, no solo eso, estaban retando a los aliados para forzar una crisis. Mustafa Kemal había logrado cambiar el espíritu de aquella gente. Ya no se consideraban perdedores.

Thomas recibió un telegrama desde Jerusalén. A los mandos británicos les daba lo mismo su situación como civil. Para ellos era el único hombre de confianza en la región y seguirían acudiendo a él. Se encogió de hombros. Cuando las tropas americanas prácticamente habían vuelto a casa, y los franceses y los británicos desmovilizando a sus hombres, resultaba que Anatolia se transformaba en un polvorín a punto de estallar.

En Beirut el gobernador puso a sus tropas en alerta. Nadie podía descartar que los turcos volvieran a las andadas, también en la Cilicia. Los pocos armenios que quedaban en Adana pidieron ser escoltados. En Alepo los franceses volvieron a desenfundar los cañones, a quitarles la grasa del interior de las ánimas, y a

colocarlos alrededor de la ciudad, rodeados de sacos terreros y con las municiones preparadas. Más que una exhibición de fuerza, eran órdenes directas del ministro del Ejército desde París.

Las tropas canadienses fueron apercibidas de que no debían entrar en batalla mientras no lo ordenase el Gobierno de Canadá, lo que provocó una crisis también en el gabinete en Whitehall; el flemático y optimista Lloyd George no pudo conservar su coalición de gobierno, y tuvo que abandonar su cargo de primer ministro.

También en Beirut unos y otros fueron conscientes de que aquellos turcos no eran los mismos que habían ido a Sèvres. Un escalofrío sacudió a los maronitas, a los armenios y a los grecoortodoxos. La sombra de Djemal Pashá y sus patíbulos en la plaza mayor, volvió a las calles de Beirut. Nadie deseaba engrosar la lista de los mártires.

Thomas recibió otro telegrama urgente. No debía darse por aludido, ni responder a ninguna provocación. Una cosa era el mandato francés, en el Gran Líbano y sus representantes, y otra muy distinta el Quai
d'Orsay.
Frecuentemente los discursos nada tenían que ver con las acciones; y menos en el Líbano, donde la realidad estaba escrita, tanto para los musulmanes como para los cristianos.

Otra vez Baalbek

ENERO-JUNIO DE 1923

Ethel y Sarah le escribían desde Inglaterra, todo iba bien, aunque echaban de menos Beirut, aun sabiendo que la ciudad tardaría mucho tiempo en tranquilizarse, ya que ni la férrea administración de los franceses conseguiría serenar los ánimos. El gobernador francés le comentó que no había conocido nunca nada igual, que para él el Líbano era el lugar más anárquico del mundo. Y no hablaba en broma. Las decisiones de la asamblea rara vez coincidían con las expectativas de los habitantes. En Beirut, a pesar de la llegada de gran número de armenios y de algunas grandes familias de cristianos maronitas que pretendían seguir el ritmo de los tiempos, los musulmanes sunnitas seguían siendo la gran mayoría. Lo único que les unía, en lo que todos coincidían, era que nadie echaba de menos a los turcos, aunque el modelo de vida de los otomanos seguía allí impregnándolo todo, desde la propia Administración, hasta la forma de vestirse, pues casi todos los hombres seguían apegados al fez rojo. Solo los extranjeros o los más europeos, porque hubieran estudiado o vivido en París o en Londres, llevaban los *canotiers* o los sombreros de fieltro, como hacía Thomas.

Aquella ciudad era un hervidero de falsos rumores, de noticias equívocas, de murmuraciones contra la Administración francesa. En Palestina señalaban al Líbano como un modelo de convivencia, y en el Líbano aseguraban que tendrían que tomar nota de como se estaban haciendo las cosas en Jerusalén.

Los judíos habían apoyado con entusiasmo la victoria británica. Todos recordaban como al entrar Allenby en la ciudad, seguido de su Estado Mayor y acompañado de la Administración municipal, la orquesta de músicos judíos había interpretado con brío las notas de aquella antigua melodía jadisica **[61]** «Hava Nagila» **[62]**, que sacaba de quicio a los árabes.

Seguían llegando centenares de judíos venidos de todas partes, sobre todo de la inmensa Rusia. Una emigración riquísima en toda clase de culturas, recogiendo toda la panoplia de las artes y las ciencias. Coreógrafos, pintores, escultores, arquitectos, directores de teatro, escritores, poetas, científicos de todos los campos, matemáticos, ingenieros, inventores, pensadores, médicos. La Tercera Aliá[63] estaba cambiando el panorama, trayendo con ellos las últimas tendencias artísticas. En todas partes se escuchaba el *yiddish*.

Hasta hacía muy poco tiempo, Palestina había permanecido prácticamente despoblada. Los judíos que seguían viviendo allí desde tiempos ancestrales, los *yishuvs* mantuvieron viva la fe en el retorno, pero durante ese tiempo, la región había estado anclada en un riguroso conservadurismo en sus costumbres y tradiciones. La inmigración en masa de gentes con inquietudes, y sobre todo con intención de cambiar las cosas, habían convertido a Jerusalén en un experimento sociopolítico, los judíos aferrados a la tradición se mostraban muy preocupados por lo que estaba sucediendo. Al igual que los árabes, que veían con irritación el comportamiento de las mujeres que llegaban fumando, vistiendo en las playas atrevidos trajes de baño que en absoluto se ajustaban a sus tradiciones, vestidos que mostraban brazos y piernas, maquillándose exageradamente, y provocando una situación nueva que estaba destruyendo sus costumbres, diluyendo una forma de entender la vida, y transformando la ciudad sagrada en un lugar muy distinto al que ellos pretendían.

Pero allí estaban, construyendo la Universidad Hebrea en el monte Scopus, que dominaba Jerusalén, invadiendo los campos y huertas de los alrededores para edificar viviendas, centros administrativos, museos y teatros. También en Jaffa y en la nueva Tel Aviv que comenzaba a extenderse como una mancha de aceite. ¿Había tenido Theodor Herzl una premonición con su novela sobre el futuro Estado judío *Altneuland*[64]? ¿Estaba transformándose la utopía en realidad?

Los miembros de la Asamblea del Gran Líbano sintieron envidia al visitar Palestina. Sí. Allí los árabes se mostraban frustrados con lo que llamaban la invasión sionista, pero todo el país avanzaba con decisión. Los británicos podían tener muchos defectos, pero allí

estaban los ferrocarriles, las carreteras, la traída de aguas, la erradicación del paludismo, la sanidad para evitar el cólera. La Universidad Hebrea. A regañadientes los árabes tendrían que aceptar lo inevitable. La construcción de un estado moderno por los judíos era ya una realidad palpable.

Mientras, en el Gran Líbano, en Siria y todas sus adherencias federales, se trataba de otra cosa. De una lucha ideológica. Una constitución a la que era difícil hasta poner nombre. «Decreto Orgánico». Eso sí, ya con el fundamento del «Mandato Francés para Siria y Líbano», que finalmente había sido aprobado por la Sociedad de Naciones en julio de 1922, pero que aún no había entrado en vigor.

Todos los días llegaban noticias. Se reunían en el despacho de redacción de *La Libertad de Beirut* y las discutían, a veces a voz en grito, apasionadamente. Charles Debbas, el propietario del periódico y un abogado de prestigio, llevaba la voz cantante. Era lo suficientemente viejo para no ser dogmático y a pesar de todo, seguía siendo muy francófilo.

—No es lo que pretendíamos —mantenía gesticulando—, ya que nos han enviado rudos militares en lugar de políticos flexibles. ¿Pero cómo estaríamos sin los franceses? De entrada, tal vez aún seguiría por aquí ese malvado individuo, Djemal Pashá, y probablemente todos nosotros estaríamos colgando de una soga, como traidores al Estado otomano. Tú, Ahmed Effendi Tabbarah, el primero, y tú Riz Koullah el segundo, y todos los demás detrás. Aquí el único que seguiría vivo sería nuestro querido amigo Thomas Harding, su pasaporte británico le protege de cualquier contingencia. ¡El mejor seguro!

Charles Debbas tenía razón. Los turcos estaban pagando no solo su mala administración histórica y las matanzas de los armenios. Tampoco les perdonarían jamás su afrentoso comportamiento con los prisioneros de guerra ingleses, o hindúes, al fin soldados británicos. La preocupación de sus amigos procedía no solo del cambio de Gouraud por el general Weygand, y de Trabaud por el nuevo gobernador, Vandenberg, sino porque los franceses ya no tenían ninguna cortapisa. El mandato internacional estaba aprobado, aunque aún no había entrado en vigor.

En cuanto a la relación con los franceses, Thomas Harding sabía

que ya solo le contaban lo que les convenía. Eso era pura política, ya que ellos —los británicos— se comportaban de la misma manera. El gobernador Vandenberg le hizo llamar para explicarle cómo quedaría la nueva distribución regional. Le mostró un plano coloreado. El Estado del Gran Líbano a efectos prácticos, un departamento francés, tendría la consideración de cristiano. Los maronitas no aceptarían otra cosa y por eso se había abierto la puerta a la fuerte inmigración armenia. El Djebel Druso, tendría una administración más lejana y fundamentalmente a efectos fiscales, al igual que Latakia y los alawitas. En cuanto a Alepo, se uniría con Siria, capital Damasco. Era lo que los sunnitas deseaban, y en París habían aceptado. Era absurdo duplicar gastos ni multiplicar enemigos.

Vandenberg hablaba despacio, separando las palabras, casi susurrando. La verdadera preocupación para Francia eran los movimientos islamistas de rebelión encubierta dentro del Gran Líbano. Tanto los sunnitas, como chiitas y drusos, querían la anexión con Siria. ¡Y eso era apoyado incluso por los grecoortodoxos! Le confesó que no terminaba de entenderlos. No se llevaban bien con los maronitas ni con los armenios y, por el contrario, sí con los sunnitas.

Eso se lo había explicado Albert J. Sursoek, el grecoortodoxo más griego y menos ortodoxo de todo Beirut. Ellos, los grecoortodoxos, le dijo, se consideraban bizantinos. Estaban muy lejos de Occidente, más cerca de Oriente. Los melquitas eran los herederos del Concilio de Calcedonia, en realidad, le precisó, melquitas unionistas, que se unieron a Roma en 1774, pero eso sí, manteniendo sus ritos. Le invito a visitar al patriarca, que tradicionalmente tenía la residencia en Beirut, aunque su título era el de patriarca de Antioquía, Alejandría y Jerusalén. «Es un hombre que siempre elige bien», apostilló.

Albert Sursoek se sentía muy orgulloso de no ser unionista. Ellos eran monofisitas, precisó. Cristo solo poseía la naturaleza divina y eso los hizo oponerse en Calcedonia. Su patriarca residía en Damasco y eso significaba muchas cosas.

—Sabe lo que le digo, el griego como lengua oral y escrita es mucho más antigua que el latín. El griego es el lenguaje del razonamiento y el latín el de la retórica. Ahora juzgue usted mismo.

Ortodoxos. Recta doctrina. El latín lo emplean hoy día solo los curas y los abogados. ¿Lo comprende ahora?

Por eso el gobernador Vandenberg no podía entender la postura de los grecoortodoxos. Los veía mucho más cerca de los musulmanes que de los auténticos cristianos, para él, los católicos romanos. ¿Tal vez a causa de su apóstol, Jacobo Baradeus, que implantó el siríaco, una lengua semítica, como el árabe? Después de todo. ¿No estaba dedicada la sura 30 del Corán a los bizantinos?

Thomas invitó a una tertulia en su casa al gobernador Vandenberg, pero le previno que no entrara en polémicas, le rogó que se contuviera y escuchara si estaba interesado en aprender las diferencias entre unos y otros. Los sutiles matices de la cultura libanesa en sus orígenes. La Primera Cruzada consiguió que los cristianos ortodoxos se enfrentaran definitivamente a los maronitas y a los melquitas. Oriente contra Occidente seguía en el trasfondo de la pugna. Aquel era el motivo por el que los grecoortodoxos preferían la unión con Damasco.

Tras unos cuantos escarceos, en los que todos discutían apasionadamente, el doctor Ayub Thabit y Joseph Hani representaban al frente maronita, Albert J. Sursoek se aliaba con Ahmed Tabbarah, el periodista del *Líbano Independiente*, las apasionadas diatribas de Charles Debbas, o de Riz Koullah Erkache, que planteaban un frente opositor a cualquier cosa de la que se hablara, Vandenberg le confesó a Thomas Harding con cierto desánimo: «Esta gente no podrá convivir junta con posturas tan opuestas y radicales». Thomas creía lo contrario. Era Oriente, el levante mediterráneo, una idiosincrasia que no aceptaba la absorción cultural dirigida desde el Vaticano.

—Aquí todo es muy sutil… —Vandenberg comenzaba a darse cuenta de sus limitaciones y dificultades, y al despedirse agradeció a Thomas su interés, aunque no se fue muy convencido.

Después llegó el texto final del Tratado de Lausana. Eleftherios Venizelos, el primer ministro griego, aceptó la realidad. En cuanto a Ismet Inönu, enviado de Mustafa Kemal, mostró su satisfacción desde el primer momento. Turquía conservaría la Anatolia íntegra, lo que consideraba su territorio nacional, y sobre la que no estaba dispuesta a ceder un solo milímetro. El tratado le otorgaba además la Tracia Oriental, las islas de Imbros y Ténedos en el Egeo, así

como a recuperar el dominio de Estambul. No aceptaron que figurara en el documento como Constantinopla. Eso solo era historia. Agua pasada, murmuró Inönu.

A mediados de agosto, Augustus Newman volvió a Beirut con noticias frescas. Había estado presente durante la firma en Lausana del tratado entre los aliados, Grecia y Turquía.

Cuando terminaron de cenar en la terraza, manifestó su preocupación.

—Mira, Thomas. Los griegos de Asia Menor que aún quedan allí van a tener que escapar cuanto antes, aunque también los turcos que se encuentren en Grecia serían prudentes si tuvieran hechas las maletas. El problema de este tratado es el futuro de los armenios. Hemos vuelto a equivocarnos, ya nadie quiere enviar un soldado más al Cáucaso, ni gastarse un penique en defender los derechos de un pueblo tan lejano, del que muy pocos conocen su historia. Algunos han podido llegar hasta aquí, porque eso ayudará a construir un Estado menos musulmán, pero al final los armenios se sentirán traicionados, como antes los árabes de Fayçal y muy pronto los palestinos. Ahora se han ratificado los tratados de Alexandropol y de Kars y la Armenia wilsoniana pronto no será más que un amargo recuerdo, una afrenta para nuestros amigos armenios. Así es la política. Ahora debo formar parte de la comisión que debe convencer al rey Hussein, para que reconozca las aspiraciones sionistas sobre Palestina, pero me temo que va a ser inútil, a pesar de las esperanzas de Balfour de que no se le odie en el mundo árabe. ¡Qué difícil es construir un mundo a la medida de todos! Algunos envidiarán a los británicos, pero aún nos quedan por beber muchos tragos amargos. Ahora debemos ir a Yeda, pero si Hussein no acepta, en el tablero de la alta política probablemente cambiaremos a los hachemitas por los wahabíes de ese Abdelaziz Ibn Saud. Le diré que los americanos firmarían sin pensarlo. Ya sabe que en el subsuelo han encontrado un mar de petróleo.

Animados por la botella de vino de Burdeos que Newman había llevado a la cena, ambos tomaron la que denominaron «sabia decisión», de viajar a Baalbek. Querían comprobar que el conflicto con los otomanos no había perjudicado aquel lugar.

Dos días más tarde viajaron a caballo, como en los viejos tiempos, aunque disponían del nuevo automóvil de Thomas, recién

llegado de Inglaterra, adaptado para las polvorientas carreteras del Líbano, pintado de color crema, sin ninguna concesión a la estética. Pero seguían existiendo problemas de suministro de gasolina, y si debían transportar toda la que podían necesitar, apenas si les quedaría espacio para el resto de aperos. Al final, seis hombres de apoyo, doce camellos y cuatro caballos, dos de respeto para ellos.

Newman se sentía pletórico, era como retroceder quince o veinte años. Parecía haber tranquilizado su espíritu y no necesitar un compañero sentimental, como en otros tiempos. A buena marcha llegaron a Baalbek al atardecer del tercer día. Se adelantaron al resto de la expedición y contemplaron la dramática puesta de sol, con los templos y las columnatas recortándose sobre la calima dorada, con los últimos rayos penetrando en los Propileos. Newman, emocionado, lo definió con pocas palabras:

—Vale una vida.

Desmontaron y caminaron al sur del templo de Baco, hacia el templo de Júpiter. Las increíbles columnas que habían resistido el paso del tiempo casi hicieron sollozar a Thomas. Aún podía escuchar la voz de Caroline cuando estuvieron juntos allí, hacía ya mucho tiempo, pero apenas había sido ayer.

Volvieron al campamento. Los árabes eran expertos en las acampadas y disfrutaban de aquellos momentos. Levantaron las tiendas en minutos, mientras encendían las hogueras para cocinar y preparar un brasero.

—¿Te has fijado en las jambas del portón del templo de Baco? Esos ornamentos corintios, la belleza de esas flores y esos preciosos frutos… Todo ello demuestra que el ser humano siempre ha necesitado la belleza y los símbolos. La belleza le ha proporcionado paz interior, los símbolos le han recordado su lugar en el cosmos. No, no hemos progresado tanto, por mucho que creamos que la modernidad nos hace superiores. Nosotros no seremos más que un recuerdo amarillento dentro de cien años, pero ese templo dedicado a Baco, o tal vez a Adonis, seguirá aquí.

Recordando los momentos en que compartieron aquel lugar con Caroline, y al igual que entonces, volvieron a brindar por Baal, por Venus, por Júpiter, por Baco y por Adonis. Al acabar los brindis, Thomas tuvo que acompañar a su amigo hasta la tienda y guiarlo hasta el catre. Eso era la verdadera amistad, pensó mientras caía

redondo en el suyo.

Permanecieron dos días completos allí. Newman leía un libro de historia del arte que iba subrayando, y a ratos perdidos, cuando se sentía inspirado, redactaba un informe para el Foreign Office. En ocasiones se lo daba a leer a Thomas para que le diese su opinión.

Thomas percibía en los informes de Newman mucho más que una opinión, eran una mezcla de sabiduría y experiencia, que probablemente convertían a Augustus Newman en uno de los hombres más valorados del servicio. Según le había confesado cuando les propuso jubilarse, la respuesta oficial fue aumentar sus emolumentos, nombrarlo caballero y proponerlo para la Orden del Imperio Británico. Newman le dijo que la mejor medalla era sentirse valorado, y tener la oportunidad de seguir haciendo lo que siempre le había gustado.

Thomas dibujaba con maestría los alzados de los templos. No utilizaba la minuciosa técnica de la expedición de Napoleón, excesivamente fría, aunque muy descriptiva, sino los bocetos a vuelapluma terminados a la acuarela o al agua fuerte, con notas marginales, en realidad el resultado eran unos bellos apuntes de campo, expresivos y pedagógicos al tiempo. Él reconocía que su faceta de profesor dominaba su espíritu.

Cuando se los mostraba a Newman, mantenía que los quería para su libro, pero ni él mismo creía ya lo que afirmaba tan rotundamente. Sabía que nunca lo terminaría ni lo editaría. Aquel libro se había quedado en un proyecto frustrado, en el mismo momento en que Caroline desapareció de su vida.

Todo está escrito

JULIO-DICIEMBRE DE 1923

Eran tiempos de cambio, y en Beirut pretendían llevarlos a cabo antes que los de Damasco llegaran a percibirlos. Una pugna ancestral, histórica, que no tenía mucho que ver con las confesiones religiosas, aunque estas al final siempre aparecieran como señas inevitables de identidad forzada.

Sarah y Ethel volvieron de Inglaterra para pasar el verano. Aunque hacía mucho calor, en Beirut era soportable, y mucho más disfrutando de los baños del mar. Ellas iban a la playa de los franceses, así la llamaban aun cuando en realidad se trataba de la playa de los cristianos. En ella las mujeres podían nadar junto a los hombres, con sus nuevos y atrevidos trajes de baño importados de Francia; los mismos que utilizaban las mujeres musulmanas en su playa restringida, eso sí, bajo la túnica negra que les llegaba hasta los pies. Después de unas horas de sol y playa, José Chabry las recogía con el coche para subirlas hasta la casa. Comían los tres en la terraza cubierta, a veces en el jardín bajo la parra, sobre todo cuando venían invitados. Aquel lugar no tenía la vista de la terraza superior, pero en los días de canícula, era más fresco. Más tarde la siesta, una tradición mediterránea, y cuando ya había caído el sol, un largo paseo por La Corniche, donde encontraban a los amigos. Por último, una cena en alguno de los innumerables restaurantes, más o menos elegantes, donde se podía disfrutar de las mejores especialidades libanesas, con pescados y mariscos exquisitos.

En el paseo vespertino, Thomas Harding, su esposa y su hija debían detenerse cada pocos pasos para saludar a unos y otros. Ellos hablaban del tiempo caluroso, de la bondad de la noche mediterránea. Ellas observaban los vestidos de las otras damas. Las buenas modistas y modistos abundaban en Beirut, y eran capaces de interpretar la última tendencia de la moda en París para ponerla en la calle pocos días más tarde. Sí. Todos debían conocerlo, allí había

vencido Francia sobre todos sus enemigos o aliados. La grandeza, pero sobre todo el *glamour*. Los imanes del Líbano no estaban dispuestos a aceptarlo, pero era una batalla perdida. Hubieran deseado tener al emir hachemita reinando en Damasco, pero esa oportunidad de retornar a la grandeza de los Omeyas, había pasado sin gloria, aunque con mucha pena.

En el Gran Líbano todos, como buenos fenicios, eran muy supersticiosos y tocaban madera, a ser posible de cedro. La exquisita, perfumada y única madera con la que Dios misericordioso —para unos y otros, musulmanes o cristianos— había bendecido a aquel hermoso país. A pesar del malestar en Siria en contra de los franceses, el claro aumento del nivel de vida, la mejora de las infraestructuras, la expansión de la cultura, las libertades civiles, la sensación de seguridad, no tenían nada que ver con los oscuros tiempos de la dominación otomana. Los mandatarios franceses mantenían que la incapacidad de autogobernarse de los libaneses, de todos ellos, procedía de los modos y maneras adoptados de los otomanos; pero solo lo decían en privado. También habían heredado otros vicios y virtudes. El clientelismo, la corrupción y la razón siempre para los poderosos. La igualdad era solo retórica, una bella palabra para la demagogia. Poco más.

Allí, quien marcaba el camino, quien dominaba, quien hacía y deshacía, seguían siendo los señores feudales. Algunos se sorprendían, ¡pero si eso era algo anacrónico! Los fuertes lazos que soportaban aquella compleja sociedad eran las relaciones ancestrales entre las grandes familias, que venían a ser la aristocracia del Levante, los nombres de siempre, familias que dominaban el país desde hacía siglos, que se mantenían a veces en equilibrio inestable, que administraban los cambios que se imponían desde el despacho del Gobierno en Beirut. Allí estaban los Gemayel y todos los cristianos maronitas que habían bajado de la montaña, para incorporarse a la modernidad, los Frangie, los Lahoud, los Edde, los Chamoun, los Suleiman, los Chabry, los Thabit, los Haní, los Azoury…, y tantos otros, que se casaban los unos con los otros, manteniendo así la sangre y la confesión; también las familias sunnitas que habían dominado el entorno urbano de Beirut y las ciudades litorales, y que veían peligrar su prevalencia: Los Karamé, los Solh, los Salam, los Hariri, los Bâhir,

los Kassem, los
al-Masri;
eso sin olvidarse de los drusos, que se creían príncipes de sus tierras, con un fuerte carácter y un enorme sentido de la dignidad, lo que compensaba su ambigüedad religiosa. Los Joumblatt, los Arslan, los Chehab, los Abou
el-Lamah,
los Nakad, originarios de las agrestes montañas de Shouf, pero que en los últimos años habían tomado la decisión de aposentarse en Beirut, convencidos de que allí se hallaba el futuro económico y el poder político; los inteligentes, aunque tozudos, grecoortodoxos como los Sursoek, los Pharaon, los Tuení o los rudos y silenciosos alawitas como los Hbous, los Wahsh, conocidos también como
Al-Nusayriyah,
o nusayríes, que si bien trabajaban en tierras de sunnitas, no por ello dejaban de creer que su estirpe era la más pura. Mantenían con razón que ellos eran los únicos que jamás se habían sometido a los turcos. Eso les había costado la marginación y una dura existencia, pero seguían allí, aguardando la llamada del destino. Dios era misericordioso y antes o después, llegaría. Eso lo murmuraban entre dientes los chiitas, convencidos de que pronto llegaría su momento. Era como si para ellos aún no hubiera terminado la batalla del Camello.

Esa era la auténtica urdimbre del Gran Líbano. Los mimbres con los que Francia debería construir una nación independiente. Ellos, los franceses traían la cultura de la revolución, la modernidad, la fraternidad, la igualdad, la libertad y se encontraban con los nudos atados por siglos del feudalismo, unos nudos imposibles de soltar, que les impedían llegar hasta donde pretendían. Eso no sucedía en Palestina, donde los beduinos, los árabes, nunca habían dominado en realidad, entre los *yishuv*, los judíos ashkenazis procedentes de Rusia, Polonia y el Este de Europa, en las distintas aliás, los herméticos cristianos con sus monasterios y conventos, sus escuelas, sus lugares santos. También los protestantes, todos los que llevaban siglos entrando y saliendo, impidiendo la consolidación de una cultura concreta, muy al contrario que en Damasco, crisol de la cultura árabe musulmana.

Aquel fascinante ambiente en el que los señores de la guerra

durante siglos defendieron su sangre tras los escarpados bastiones montañosos, guardando su vieja cultura y sus apellidos. Fue mucho más tarde cuando llegaron los occidentales, también los armenios, incluso los judíos que, aunque juraran que estaban allí para quedarse, todos sabían que se hallaban de paso, como siempre, sabiendo que su destino estaría en Palestina, o no estaría en ninguna parte. El año que viene en Jerusalén.

El Gran Líbano seguía gobernado en funciones por Robert de Caix, en el que no creía nadie. No poseía la fuerza ni la soberbia de Gouraud, ni tampoco se atrevía a convocar la asamblea.

En mayo recibieron al nuevo alto comisionado de Francia. El general Weygand. Él fue el primero que anunció que en Lausana se rubricaría el tratado que invalidaría el de Sèvres. Paciencia, repitió convencido. Faltaba ya muy poco para que el mandato internacional entrase en vigor. A partir de ese instante, existiría el marco jurídico válido para la posición de Francia en el Gran Líbano y en Siria, y de los británicos en Palestina y Mesopotamia.

Thomas tenía ya la experiencia suficiente para conocer los entresijos. El mensaje del nuevo *pashá* iba dirigido a los que seguían moviendo la rebelión en el subsuelo de Damasco. Los que acusaban de ilegales a los acuerdos, leyes y decretos tomados bajo la administración francesa.

Thomas tuvo que viajar a Damasco para tomar contacto con el movimiento revolucionario árabe. Lo recogieron en el consulado británico y lo llevaron a través del laberinto de callejuelas, subidas y bajadas, hasta el líder que se escondía de los franceses, Pashá al-Atrash,

el druso que había luchado por expulsar a los otomanos, y que pretendía hacer lo mismo con los franceses.

Lo condujeron hasta un patio interior cubierto con el mismo tejido con el que se confeccionaban las grandes tiendas de los beduinos, y que era humedecida de tanto en tanto para refrescar el ambiente. Como en tantos otros patios, una fuente de mármol, unas tinajas con plantas convertían el lugar en un pequeño oasis. Un hombre joven con un gran bigote al estilo otomano y vestido con el tradicional atuendo lo observaba con una mezcla entre el respeto y la ironía.

—Dios es misericordioso. Tú eres el inglés que has decidido vivir

en Beirut. Eso denota tu gusto por la vida y, perdóname, no quiero ofenderte, tu falta de sentido común. Pero cada hombre tiene derecho a elegir su destino. Si quieres una vida confortable pero vulgar, volverás a Londres. Si lo que pretendes es disfrutar de algunos instantes extraordinarios, aceptando los riesgos, entonces aquí tendrás lo que buscas. No tengas la menor duda, puedo comprenderte. Lo normal sería que me dedicara a comprar y vender, a multiplicar mi fortuna, a disfrutar de la vida sin pensar en nada más y, sin embargo, a mí también me falta el sentido común. Eres bienvenido inglés.

Thomas sonrió y contestó en el mismo tono. Tampoco él deseaba ofender a
Al-Atrash.

—Sí. Dios es misericordioso y compasivo, y me está permitiendo disfrutar del paraíso. De por sí, vivir ya es un riesgo y, en cualquier caso, todos tenemos que morir. Sé quién eres y, según me dicen, digno hijo de tu padre, que entregó su vida pensando en la libertad de los árabes. Estoy aquí para saber cuál es la verdadera postura de tu pueblo.

—Mira, inglés —Al-Atrash le interrumpió— la culpa de esta situación no es de los británicos, sino de los árabes que confiamos en vosotros. Prometisteis lo que no ibais a darnos. Un reino árabe, independiente y libre, nosotros os ayudaríamos a luchar contra la tiranía otomana. Ya no nos parecen los turcos tan tiranos ni tan perversos como nos hicisteis ver. Van a firmar un nuevo tratado, que han ganado con las armas, porque comprendieron a tiempo que de otra manera no podrían firmar más que su aniquilación como un Estado. El problema es que ya no podremos volver a creer en vuestras promesas. Ahora, también Mustafa Kemal nos ha traicionado y hemos perdido nuestra soberanía. ¿Y aún pretendéis que volvamos a creer en nuevas promesas? En cuanto a Francia, mantiene que son un estado laico, y da el poder a los maronitas para forzar un país cristiano. En verdad quien manda es el papa de Roma. Es la venganza de las cruzadas, diez siglos más tarde. Dice que trae la libertad y nos encadena. Asegura que trae la fraternidad y la igualdad, y yo debo esconderme por mis ideas, si no quiero morir fusilado al amanecer.

Al-Atrash suspiró.

—Nada tengo contra ti. Sé quien eres y te aceptamos, porque me han contado que siempre te has comportado correctamente, aunque tú ya no eres inglés, sino libanés, y yo como druso, jamás daré mi brazo a torcer. No, no es culpa vuestra sino de los crédulos árabes, de los ambiciosos hachemitas, que vieron la oportunidad de llegar a reinar desde Alepo hasta Medina, y desde allí a las montañas del lejano Yemen. ¡Quién iba a decirme a mí que añoraría los años en que el sultán y califa gobernaba este imperio! Y no es solamente la nostalgia de una época que ya ha terminado para siempre. No creas que la modernidad que nos prometen los franceses va a traernos la felicidad. La felicidad siempre se queda atrás. En cuanto al Gran Líbano, no es más que una provincia siria, y así lo será por los siglos de los siglos, y no encontrará jamás paz mientras su capital esté entre París y Roma, cuando debería ser Damasco. Pregunta en el Gran Líbano a los sunnitas, a los chiitas, a nosotros los drusos, a los alawitas, a los mismísimos ortodoxos, si prefieren ser sirios o libaneses. Contestarán: ¡Queremos ser sirios! ¡Sirios! ¡Con capital en Damasco y regidos por el derecho islámico! Aquí hemos respetado siempre a los cristianos. Hemos sido tolerantes con cristianos y judíos, porque esa es nuestra condición. Ahora, puede ser que las cosas cambien. Ya se ha perdido la confianza y la amistad. Tal vez pronto aparezca el odio. Y todo eso no será más que el resultado del engaño y la traición a la que hemos sido sometidos.

Thomas apuró el té a la menta que unos criados habían servido. Al-Atrash era un hombre sabio a pesar de su juventud. Cuando se levantó para volver a Beirut, se estrecharon la mano.

—Ve con Dios, inglés. Y dile a los tuyos que un día tuvieron en la mano la llave del paraíso. Tal vez cuando entren a la fuerza, solo encuentren un erial poblado de serpientes. Al final buscamos nuestro propio destino.

Había viajado hasta Damasco en su automóvil. Tuvo dos pinchazos que arregló personalmente, aunque en ambas ocasiones los árabes que pasaban le ofrecieron su ayuda con una mezcla de curiosidad e incredulidad, al poder admirar de cerca una máquina como aquella, a la que no le hacía falta ser tirada por ningún animal. Cerca ya del valle de la Bekaa un destacamento francés pasó junto a él, y el oficial al mando se acercó hasta el coche para preguntarle

cortésmente si necesitaba ayuda. Todo el mundo conocía el automóvil del inglés, con la bandera sobre el guardabarros derecho como medida de protección.

Thomas agradeció el ofrecimiento, pero negó con la cabeza. Mientras los observaba alejándose, pensó que los soldados con sus uniformes y su moderno automóvil británico eran lo único que desentonaban en aquel paisaje bíblico.

Ya en Beirut, se dispuso a preparar el equipaje. Volvía a Londres por una larga temporada, y como en otras ocasiones José Chabry quedaría al cargo de todo. Al día siguiente embarcarían con destino a Southampton con escala en Gibraltar. No volvería hasta pasada la Navidad, debía resolver una serie de asuntos financieros, y Sarah le había escrito para advertirle que debía hacerlo cuanto antes.

Aquella tarde de mediados de junio, el sol parecía resistirse a bajar para ocultarse detrás el horizonte. El paisaje era de una belleza grandiosa. El mar azul daba la impresión de un telón gigantesco, a su derecha se divisaba lejana la montaña blanca, y una enorme bandada de chillonas gaviotas cruzaba en aquel instante frente a su casa.

Todo estaba cambiando con mayor rapidez de la que los habitantes de la región estaban acostumbrados, como si se hubiesen despertado tras un larguísimo letargo en el que el poder otomano impedía que nada se moviese. Al sur, en Palestina la historia había tomado otro curso. La inmigración judía se incrementaba por días, y los árabes de la región, cada vez más preocupados por la situación, no aceptaban lo que estaba sucediendo. Él acababa de intervenir en el canje entre Gran Bretaña y Francia, de parte de los Altos del Golán, que pasarían al mandato de Francia, que los permutaba por la región de Metula, que se incorporaría a Palestina. El hombre se aferraba a su tierra y a sus tradiciones, mientras unos lejanos y pulcros funcionarios, trazaban las fronteras en planos de papel vegetal con tintas de colores, al dictado de los políticos, que cambiaban las fronteras a su conveniencia. Más tarde, el sol terminó su largo recorrido y comenzó a hundirse lentamente en el mar. Todo se tiñó de rojo, hasta que solo quedaron unos lejanos jirones de nubes rosadas hacia el oeste. Otro día más de la larguísima historia del Levante. ¡Ah! ¡Allí sin duda seguía Homero! Permaneció largo rato en la terraza, inmóvil, pensativo, mientras la oscuridad lo

cubría todo. María Chabry se asomó a la terraza y con su cálida voz, en correcto francés, le hizo la pregunta ritual:

—¿Cenará el señor en el comedor?

Negó con la cabeza. No. Cenaría allí, en la terraza, a la luz de un antiguo candelabro de bronce labrado con arabescos, adquirido a su amigo Slima Mellí, que no aceptó que le pagara al ver su interés por la pieza.

Por fin el mandato internacional entró en vigor a mediados de septiembre. El único punto negro era que los Estados Unidos seguían sin reconocerlo. Weygand, el alto comisario francés, advirtió que deseaba la unión de los Estados de Alepo y Damasco, en lo que definitivamente se conocería como el Estado Sirio.

Para entonces, los franceses estaban hartos de complicaciones, y de los sunnitas. Se consideraban unos expertos en el mundo del islam, y de hecho lo eran, hasta que se encontraban de bruces con un islam agresivo, con una incomprensible francofobia, hostil a cualquier iniciativa tomada en la que en Damasco se conocía despectivamente como «la prefectura», en realidad el alto comisariado. Una apelación despectiva hacia los esfuerzos de Francia por intentar traer la modernidad a Oriente Próximo.

Thomas Harding veía las dos caras de la moneda. La reunión en Damasco con Pashá

al-Atrash

le aclaró el pensamiento árabe en relación con todo ello. Tanto ingleses como franceses habían perdido una oportunidad histórica; difícilmente podrían recuperar la confianza de los árabes.

Newman se lo confesó una noche en que había bebido más de la cuenta. Los judíos tendrían finalmente una patria, y los ingleses habían perdido a sus buenos amigos los árabes. Allí en el Gran Líbano, los maronitas habían perdido la autonomía que el imperio otomano les concedió en su día, y tenían a los franceses pendientes de cualquier movimiento. Eso sí, a efectos de contar votos, también los maronitas que residían en el extranjero podían votar en cualquier referéndum. Los sunnitas pusieron el grito en el cielo, pero no cambió nada.

El resto del año 1923 fue anodino. Todo el mundo estaba a la expectativa, pero los días pasaban y no llegaba a pasar nada. Seguían entrando armenios en el Líbano, y también judíos, que en

gran mayoría seguirían camino hacia el sur, hasta Palestina. Benjamin Levi, un judío más, le dijo a Thomas:

—Señor Harding, en Europa no nos quieren, en Rusia tampoco; así que tendremos que darle la razón a Theodor Herzl. Cuando mi hijo nazca dentro de unos meses, podré creer que alguna vez vivirá en el Estado de Israel. Soy de esos judíos que quieren tener su propio Estado. Eso me proporciona la fuerza y la esperanza para seguir adelante.

Londres

ENERO-ABRIL DE 1924

Thomas llegó a Londres a primeros de 1924. Había ido posponiendo el viaje, hasta que decidió marcharse sin más. En Oriente nunca llegaba el momento de hacer algo. Solo pensar, darle vueltas a la cabeza, especular. A veces les decía a sus amigos árabes, de cualquier confesión, «Tenemos que hacer esto, o aquello», la única manera de arrancar era dar ejemplo, mientras el resto seguían dándole vueltas y más vueltas a las cosas. La realidad no importaba. Lo válido era todo lo demás, las larguísimas elucubraciones, las discusiones interrumpidas por nuevas diatribas, así durante horas y horas, sin querer acabarlas. Como un regateo interminable con la vida.

En Inglaterra en cambio, las cosas eran muy diferentes. Todo el mundo pensaba en hacer negocios, en montar industrias, en exportar. Nadie quería volver a oír la palabra guerra, ni soldados, ni gastar un solo penique más en arreglar ningún lugar que no fuera el propio país.

La comunidad armenia se sentía frustrada y abandonada. Ellos habían creído en unos líderes determinados, en Lloyd George, en Woodrow Wilson, en Clemenceau. Ninguno de ellos se hallaba ya en el poder. ¿Y las promesas? ¿Y los acuerdos? Cuando Sèvres, lanzaron las campanas al vuelo. Solo fue un espejismo. Los vio cansados de pelear, agotados física e incluso económicamente. Tampoco ellos creían en los británicos ni en los franceses. Lo ocurrido en la Cilicia les convenció de que no eran nada, no tenían peso específico. Solo moneda de cambio. Se lo dijo uno de ellos.

—Mire, señor Harding. Para ser armenio hay que creer en los milagros. Los judíos después de dos mil años de permanecer fuera de su tierra están consiguiendo más que nosotros, que hemos vivido en la nuestra hasta antes de ayer. Ellos han sido más astutos que los armenios. Entre Balfour, Rothschild, George, Samuel y Weizmann,

montaron una estrategia envidiable. Nosotros hemos quedado divididos, arruinados; han desaparecido dos de cada tres armenios. Creemos en Dios, pero se ve que él no cree en nosotros.

Thomas no supo qué contestarle. Él había vivido muy cerca la enorme tragedia del pueblo armenio, ya sobraban las palabras. Fue a visitar a lord Curzon, envejecido prematuramente y con aspecto de enfermo, aunque seguía manteniendo su rapidez mental. Tenía serias dudas sobre lo que podría llegar a acontecer en Palestina, y un gran desacuerdo con la actuación de los franceses en Oriente Próximo. «Eso estallará el día menos pensado. Nos equivocamos al darles lo que querían». Curzon se refería a que eran los ingleses los conquistadores de Palestina y los instigadores de la rebelión árabe. Los franceses solo eran sus aliados, que al final impusieron su criterio en la mesa de negociaciones.

Probablemente a lo largo de toda la historia de la humanidad, pocas veces habían gobernado los mejores. Los intereses sectarios, la miopía política, la corrupción, las dudas y recelos, la cobardía de algunos. La historia estaba empapada en sangre y en traición.

Coincidió con Kemal Mahmoud, al cargo de los intereses consulares, dispuesto a reabrir la Embajada de Turquía en Londres. Lo había conocido doce años antes en Biblos, cuando Mahmoud era el secretario del valí en Beirut.

Tomaron un café en Regent Street y recordaron los viejos tiempos, cuando los alemanes dominaban la región. Mahmoud le aseguró que en Alemania iban a suceder muchas cosas.

—Señor Harding, lo más estúpido que hemos hecho nunca los turcos fue asociarnos con las potencias centrales. Entregarnos a Alemania. Ellos provocaron la guerra, convencidos de que iban a ganarla y de que crearían un enorme imperio con capital en Berlín. La culpa de todo eso la tuvo el brazo inútil del káiser[65]. Por entonces yo había estudiado en la Universidad de Heidelberg, después viví en Berlín una larga temporada. En aquellos años yo también creí que ellos ganarían, que nada ni nadie podría detenerles. ¡Estaban tan convencidos de su superioridad! Alguien les metió en la cabeza que la raza germana era la elegida. Ellos trajeron ese discurso a Estambul, y nos convencieron para que olvidásemos nuestra ancestral relación con Gran Bretaña y Francia. Nos darían barcos de guerra y buenos cañones Krupp, que mejorarían nuestro

comercio, que construirían un ferrocarril hasta Bagdad, que instruirían a nuestros ejércitos, que enviarían a sus mejores generales…, ¡al final, un verdadero desastre! Después, el Tratado de Versalles. ¿Y sabe lo que ahora he percibido en Berlín? Odio. Los alemanes odian a los franceses y a los ingleses. Dicen que los turcos no hicimos todo lo que pudimos. Ahora están pasando dificultades financieras, tienen que vivir más estrechamente, y culpan al resto del mundo. ¡No se acuerdan de cuando ovacionaban a su káiser después de alguno de sus militaristas discursos! ¡Y nosotros somos alguien gracias a Mustafa Kemal! ¡Ahora, por fin, en Lausana nos han considerado personas! Con el Tratado de Sèvres no éramos nadie…

—Sí, Mahmoud —Thomas sentía curiosidad—. Eso es cierto, pero ya que es tan franco conmigo, dígame, ¿y los armenios?, ¿qué ha sucedido para que los turcos hayan hecho algo semejante? ¡Y no me diga que no es cierto, porque he sido testigo!

Kemal Mahmoud resopló. A través de la cristalera se veía caer la fría y persistente llovizna del invierno de Londres.

—¡Los armenios! Por Dios que hace usted preguntas comprometidas, pero no voy a rehuirlas.

El hombre se removió inquieto en su sillón.

—Para empezar yo soy hijo de una armenia, es cierto que musulmana. Mi madre entró en la casa de mi padre cuando ella tenía dieciséis años y él cerca de cincuenta. Puede usted pensar lo que quiera, pero si no hubiera sido así, ella habría muerto. Estamos hablando de que mi padre llegó a Estambul como muhadjir **[66]** en 1878. Él participó en la insurrección de Alí Suaví en Estambul, y como otros tantos llegó con lo puesto desde los Balcanes. Después lo enviaron a Mush y allí pudo adquirir una casa. Más tarde, ocurrieron muchas cosas, pero señor Harding, yo soy turco. ¡Soy turco! Entonces sentía vergüenza de llevar sangre armenia. Mis vecinos, los compañeros, se reían de mí. Decían que llevaba sangre impura, ¡impura! Yo quería a mi madre, una mujer callada y triste, trabajadora. ¡Tenía siempre la casa limpia y cuidada! Inteligente y bondadosa. Mi padre hablaba con ella lo imprescindible. Él tenía otra mujer y un carácter seco y duro, que debía venirle de su difícil juventud, cuando los expulsaron de Serbia. ¡Ah, la guerra! ¡Qué daño hace a las personas! ¡No me hable de los armenios! ¡Yo soy

turco! ¡Ellos se lo han buscado! ¡Mi sangre es turca! ¡Tan turca como la que más! Durante el imperio se mezclaban las sangres. Gentes de los Balcanes, albaneses, griegos, circasianos, ¡muchísimos de ellos formaron la administración otomana, todos convertidos al islam! ¡Cuánta sangre armenia corre por las venas de los turcos! Pero al final somos turcos, ¡turcos! ¡Hijos del Turán! Lo demás no importa. A los árabes les ocurre lo mismo. ¿De quién era hijo Abderrahmán II, el sultán de Córdoba? Los harenes de los príncipes árabes estaban llenos de cautivas cristianas. ¡Y los de los príncipes cristianos también! ¡Sí, también los cristianos tenían sus harenes, aunque los llamasen de otra manera! Todos somos hijos de Adán y Eva, de un coágulo de sangre.

Thomas pretendía que Kemal Mahmoud no divagara, aunque seguía su monólogo muy interesado.

—Sí, Kemal. Todos somos seres humanos. Por eso le pregunto de nuevo, ¿y los armenios?, ¿por qué los turcos han masacrado a los armenios en toda Anatolia? Llevaban siglos de convivencia… ¿Y ahora?

—Quiere usted tirarme de la lengua. Le puedo asegurar que yo no tuve nada que ver en ello. Podría haber hecho algo más y no lo hice. Pero eso estaba escrito. ¡Yo no asesiné a ningún armenio! ¡Aunque los odiaba! ¡Cada vez que me cruzaba con alguno, pensaba en mi sangre impura! ¡Yo soy turco, señor Harding!

Kemal Mahmoud lloraba a lágrima viva mirando fijamente los reflejos de la lluvia iluminados por las farolas de gas de Regent Street.

—¿Por qué ha tenido que ocurrir algo así? En el Imperio otomano había sitio para todos y todos nos necesitábamos. Los turcos ocupábamos una posición de privilegio, pero todos podían vivir. En Mush convivíamos con árabes, asirio caldeos, judíos, tártaros, circasianos, kurdos, lazes, griegos y, por supuesto, muchos armenios. ¡Nadie puede cambiar la historia! Pero si Abdul Hamid no hubiese odiado tanto, si no hubiese disuelto el Parlamento en 1877… En 1890 el sultán envió a Zekki Pashá con orden de dar un escarmiento a los armenios. ¡Sí, señor! Allí fue la primera vez que noté que una parte de mi sangre era armenia. Ayudé a escapar a unas mujeres armenias de los hamidies, querían violarlas y asesinarlas. ¡Puedo jurarle que nunca hubiese creído que algo así

podría llegar a suceder! En 1896 ingresé en el Ittihad ve Terakki Komitesi[67], y por eso me encontró usted años más tarde de secretario del valí Mustafa Turki, en Beirut. Yo era un hombre de confianza, me pedían información de unos y otros desde Estambul. Allí en Beirut me casé con la hija de Turki. Mi mujer falleció inesperadamente tres años más tarde. ¡Qué dura es la vida! Lo único que la endulzaba era poder vivir allí, en aquella hermosa ciudad frente al Mediterráneo. Yo tenía que subir de vez en cuando a la Montaña para cambiar impresiones con nuestros informadores. Envidiaba aquellos maronitas con sus cuidadas fincas, sus viñedos, sus campos de trigo, su vida tranquila. ¿Y sabe por qué? Ellos vivían en una autonomía, pactada con Francia. El imperio les proporcionaba la estabilidad. Ellos iban en sus calesas, o montando a caballo, dueños y señores, cristianos viviendo a salvo en el islam. ¡También respetamos a los ortodoxos de Latakia! ¡A los armenios de Beirut! ¡De las ciudades del litoral! Después viajaba a Chourff, allí las cosas no eran tan tranquilas. Los drusos nos proporcionaban más dolores de cabeza, son gentes levantiscas, con un carácter complicado y puñal fácil. Pero vivían allí, en sus agrestes colinas, el tiempo no pasaba para ellos. Unas cuantas familias dominaban la región, y hoy lo siguen haciendo. Por cierto, no vivían mal. ¡Ah, ese Líbano! Podría ser un paraíso. Allí hay agua en abundancia, con esas nieves perpetuas que aseguran los torrentes y los ríos, y todos esos climas, desde la costa que recuerda al trópico, esas feraces campiñas, ¡el valle de la Bekaa! ¡La montaña! Los drusos son especiales, su religión no hay quien la comprenda. Esa extraña mezcla de islam, para nosotros son unos herejes, con restos judaicos y cristianos, con toques de la antigua religión de los persas, y de los griegos. ¡No hay quien lo entienda! ¡Siempre simulando con la *taqiyya*!

»Estaba dispuesto a vivir el resto de mis días allí, en lo que ahora llaman el Gran Líbano. Pero los turcos solo podremos vivir en paz en Turquía. A mí no me gustaría pasar el resto de mis días en Alemania, como tantos militares y políticos han tenido ahora que hacer. Aquel es un país muy diferente, no quieren a los que no son alemanes, tan solo mano de obra sometida. ¡Nada más!

»Pero le hablaba de Mustafa Turki. El valí de Beirut estaba supeditado al de Damasco. Hace ya muchos años que

comprendimos que antes o después deberíamos marcharnos. ¡Usted lo sabe bien, que le compró la casa y unos terrenos a Aghaiev Bey! Era contrario a nuestra política, ir vendiendo a otros que no fueran turcos. Era un goteo constante, unos por una causa, otros por otra, todos iban poniendo a salvo sus intereses. No solo ocurrió en el litoral de Siria. También en Palestina y, por supuesto, en Tracia, en muchos lugares. Fue un repliegue imparable, que ponía nerviosos a los Gobiernos del sultán. Muchos turcos estaban convencidos de que el límite definitivo de Turquía serían los montes Tauros, y que gran parte del litoral de la Cilicia sería para los armenios. ¡En Adana estaban muy crecidos! ¡Sí, ya sé lo que va usted a decirme! ¡Que eso no era motivo para lo que sucedió! Pero no voy a hablar de aquel desgraciado asunto. Para los turcos, tener que perder Jerusalén y Damasco fue una humillación. Me dirá usted que al final hemos sido capaces de mantener la Anatolia, Asia Menor, Estambul, pero los turcos, señor Harding, hemos perdido mucho más que todo eso. Hemos perdido la dignidad y tardaremos al menos un siglo en recuperarla.

Kemal Mahmoud se cubrió el rostro con las manos. Thomas comprendía el sufrimiento de aquel hombre, que luchaba entre su orgullo turco y la venganza por lo ocurrido. Él decía que se consideraba turco, pero cuando mirase en su interior, tal vez recordara los tristes ojos de su madre armenia. No lo reconocería jamás, ni aunque le aplicaran un hierro al rojo vivo.

La dirección correcta

MAYO-SEPTIEMBRE DE 1924

En mayo volvió a Beirut; Sarah y Ethel irían cuando acabase el curso a final de junio. Había tenido que aceptar un cargo, cónsul británico en el Gran Líbano. Le prometieron que sería cuestión de unos meses; volvió para reunirse con el alto comisionado, Weygand, en plena revuelta de los árabes, no solo en Damasco. Tuvieron que enviar las tropas, pero aquella no era una ciudad fácil de controlar, tuvieron que emplearse con dureza. Hubo un centenar de muertos. Los franceses reconocían solo un par de docenas, pero el alto comisionado británico en Jerusalén tenía información muy concreta. Aquello podía llegar a ser una espoleta para todo Oriente Próximo, no deseaban más complicaciones de las que ya tenían.

Los franceses acusaban a los británicos de imprudentes. ¿Por qué Balfour viajó hasta Damasco? ¡El hombre que había firmado una declaración que abrió las puertas de Palestina a los judíos, paseándose por Damasco! Para todos los árabes era el principal culpable, el hombre que había catalizado los intereses sionistas, a través de sus amigos, lord Rothschild y sir Herbert Samuel. La presencia de Balfour en un hotel de Damasco corrió por la ciudad como la pólvora, y miles de árabes expresaron su ira arrojando piedras, amenazando con lincharle si se atrevía a visitar la ciudad como tenía programado. Si los británicos habían sido los causantes, tendrían que ayudar a los franceses a volver a la normalidad. Fue imposible, los disturbios proseguían y Thomas Harding tuvo que ver a Pashá
al-Atrash
y a otros líderes árabes demasiado indignados con los franceses y no menos con ellos.

Volvió a Beirut con cierta desazón. Cada día que pasaba era más evidente la ira de los árabes, incluso para los del Gran Líbano que deseaban la unión con los de Damasco. Pero ya no eran meros

discursos. Amenazaron con otra revuelta mayor que la que acababa de terminar. Los árabes habían comprendido que nada les impedía manifestarse en contra de las potencias mandatarias. Durante el dominio otomano no lo hicieron. Algo se había movido en el interior del islam. Se sintió inquieto. Nadie podría detenerles si utilizaban esa estrategia, cuando gritaban «*¡Allah Akbar! ¡Allah Akbar!*», con sus grandes banderas verdes. ¿Qué sucedería en el futuro?

A pesar de ello, el verano fue más tranquilo de lo que esperaban. Pudieron ir los tres juntos a Baalbek, para después volver por el litoral. Una excursión emotiva, ya que Ethel sabía la relación especial que tuvo su madre con aquellos lugares y le preguntaba insistentemente. Sarah, comprensiva, los dejaba hablar, alejándose en algunos momentos como si le interesara algo, para que pudieran mantener su intimidad.

No solo Beirut crecía por días, todas las poblaciones del Gran Líbano lo hacían a un ritmo que preocupaba a la Administración francesa. Muchos armenios construían sus nuevas casas, sus negocios, lo que por cierto comenzaba a causar algún recelo entre los maronitas y los grecoortodoxos, que veían cómo aquellos invitados habían llegado para asentarse, gentes industriosas y capaces, que siempre encontraban un hueco para establecer un negocio. Además, los armenios no llegaban con las manos vacías. Aunque no tuvieran un céntimo, se las arreglaban para pedir créditos a otros armenios o a la banca incipiente, que deseaba hacer negocios. Eran verdaderos especialistas en los negocios de importación y exportación. El tabaco, una nueva industria floreciente en las llanuras del litoral, ya no se exportaba en bruto a Egipto para su elaboración, sino que nuevas factorías se iban levantando. También las canteras, la minería, las manufacturas textiles.

Era una competencia dura, aunque a los armenios no les dolían prendas al reconocer que los maronitas llevaban mucho camino recorrido y, además, y sobre todo, que «los fenicios», como los llamaban sin ánimo de ofender, poseían una mente privilegiada. Eso no era nada nuevo. «Los libaneses», emigrantes desde toda la región, se encontraban en los Estados Unidos, México, toda Sudamérica y gran parte de Europa. Donde estuvieran, demostraban

su capacidad para los negocios, su olfato para hacer dinero y también, siempre, su generosidad para con sus familias en el Líbano, o para con otros libaneses recién llegados.

Thomas Harding respetaba aquella forma de entender la vida. Los fenicios habían dejado señales de su industriosa cultura por todo el Mediterráneo, desde sus tres ciudades ancestrales: Biblos, Sidón y Tiro. Ellos llevaron el arte del comercio, desde sus numerosas colonias y factorías. De su primitiva Canaán, o «tierras bajas», surgió el alfabeto y el nombre de las letras. Aquello no solo era historia. Cuando caminaba por el centro de Beirut, veía como todos trabajaban en una u otra ocupación. Aquellos comerciantes trajeados a la europea, casi siempre de negro, con camisas blancas y corbata de lazo, sentados a la puerta de sus negocios, luciendo un gran reloj de oro, símbolo de sus estatus más que de otra cosa, a veces también parte de la dentadura dorada, destellante. Nunca estaban ociosos. Las caravanas traían mercancías exóticas desde lugares remotos, raramente se veían camiones haciendo la ruta al interior del desierto, por la falta de buenas carreteras y del suministro de gasolina. Aguardaban un barco, con su flete, para distribuir en Alepo, en Damasco, incluso en Bagdad, o participaban en una compañía financiera, en alguno de los nuevos bancos que se habían fundado antes de la gran guerra, y que ya se extendían por todo el Líbano y por Siria.

Si los fenicios habían sido el pueblo más rico de la Antigüedad, los habitantes del Gran Líbano pretendían emularlos. Era una dura competición, en la que nadie deseaba quedarse atrás. Una época de prosperidad, cada uno hacía lo que podía. Baal y Baalat, su pareja, habían sido sustituidos por Mercurio y por Afrodita. Ellos comerciaban sin parar, noche y día, ellas dominaban el hogar, y al contrario que las mujeres musulmanas, también la calle, orgullosas y dignas durante los paseos vespertinos del brazo de sus maridos, acompañados de la prole. ¿Para qué trabajar tanto si no se podía mostrar a los demás lo que uno poseía? La familia, con seguridad la mejor inversión de un libanés.

Habían temido que se repitiera la suerte de la más grandiosa y famosa ciudad heredera de Fenicia. Cartago. «*Delenda est Cartago*», la frase que Catón el Viejo repitió incansablemente con el Senado romano, hasta conseguir que la civilización cartaginesa fuese

aniquilada. Los habitantes del Gran Líbano creyeron lo mismo, cuando Djemal Pashá hizo ahorcar a los que habían querido independizarse de los otomanos. Pero no tanto por los turcos, a los que los libaneses conocían bien, como por la pretendida nueva Roma. Berlín. Era allí donde se había fraguado el destino del Monte Líbano, del Litoral, de la Gran Siria, también de Palestina. Los maronitas, sobre todo ellos, temieron encontrase frontalmente con la cultura alemana, siendo ellos los franceses del Levante. Un choque de civilizaciones en la que hubieran salido mal parados.

El doctor Thabit se convirtió en su mentor en todo lo que se relacionaba con las interioridades del mundo libanés. Conocía a mucha gente, como médico, muchos habían pasado por su consulta, o él había ido a atenderlos a sus casas, a lo largo de los años, sumaban miles y miles de los habitantes de Beirut y sus alrededores. Era imposible acompañarlo por cualquier barrio y encontrarse con una persona que no lo conociese. También por sus actividades políticas, ya que antes de irse los otomanos, había sido como el representante de los maronitas frente a ellos. No podía olvidar que Djemal Pashá estuvo a punto de hacerlo colgar, cuando intentó defender con rabia y obstinación a algunos de los que finalmente murieron en la horca como Refik Rizk Selloum o George Haddad.

—Djemal Pashá exigió a los jueces condenas a muerte. ¿Sabe por qué? Los alemanes estaban detrás moviendo los hilos. Los de La Merkezye querían entonces un Estado árabe, mientras que a los prusianos les interesaba mantener el Estado otomano. Creían que los británicos, incluso los franceses, podrían tener ascendiente sobre los árabes y desmontar su estrategia. ¿Cómo iban a permitir que Palestina, Mesopotamia y Siria se segregaran del Imperio otomano? A los que desterraron, los enviaron al interior de Anatolia. Un castigo durísimo para un sirio o un libanés, convencidos de que Dios había hecho aquí el paraíso para ellos. Pregúntele a nuestro común amigo, Ammoun, que fue enviado durante unos años a algún lugar perdido en las montañas turcas. No se quiere acordar.

»Pero lo cierto era que los alemanes dictaban la política al Gobierno otomano. Tenían absoluto control sobre todos los actos administrativos que se refiriesen a la política exterior, al ejército o a las finanzas. Berlín estaba informado de todo, y la complicidad del Gobierno alemán en lo sucedido con los griegos de Asia Menor y,

sobre todo, con los armenios, fue total. El embajador alemán, Von Wangenheim, tenía órdenes directas del káiser, que seguía día a día todo lo que sucedía en Turquía. No lo comentaban al pueblo, pero pensaban que estaban dando los pasos adecuados para tener su propio imperio. ¡Y Turquía sería la puerta de Asia! ¡Los turcos serían la espada para conquistar enormes territorios para Alemania! Un amigo mío estaba en Constantinopla en los días en que falleció el embajador alemán de un síncope. ¡Se lo llevó el diablo! ¡Un hombre malo de verdad!

»Ese amigo era profesor de historia y siempre me decía que el que abrió la puerta del islam a los alemanes, fue nada menos que Goethe, quien leyó *Las mil y una noches* de Sheherazade, y que eso le marcó durante toda su vida. También leyó y estudió el Corán, y eso repercutió en la cultura alemana. El entierro del embajador Wangenheim se convirtió en mucho más que un funeral de Estado otomano alemán. Talat, el primer ministro, quería demostrar cuan profundas eran las relaciones entre los dos países, el nivel de compromiso que habían llegado a alcanzar, pero no habló de las conversaciones secretas entre él y el embajador, en las que pactaron que los turcos tendrían las manos libres con el destino de sus minorías cristianas. Deportación, aniquilación, olvido de la memoria histórica y, ante todo ello, Alemania no protestaría, no haría comentarios, muy al contrario, siempre saldría en defensa de su gran aliada, Turquía. Proporcionaría dinero, muchísimo dinero, tecnología, barcos de guerra, submarinos, armamento moderno, instrucción, adoctrinamiento de los mandos que pasasen por Alemania, apoyo logístico, y militar, soldados, vituallas, conciertos económicos, infraestructuras logísticas, incluyendo la joya de la corona, el ferrocarril Berlín-Bagdad. También propaganda activa y pasiva, personal cualificado en agricultura, profesores de alemán, información de inteligencia, formación de la policía política y espías. Con ello Alemania pretendía conquistar Asia; Turquía modernizarse y garantizar su futuro panturaniano. Tal para cual. Turquía para los turcos, y todos los demás irían siendo sustituidos por turcos o turquificados, incluyendo a los armenios. Sobre todo a ellos.

Cuando Wangenheim comprendió que lo que Talat le estaba proponiendo, era la aniquilación física de millones de personas, no

pestañeó. Una forma muy prusiana de aceptar cualquier nivel de disciplina por el bien de Alemania. El militarismo para ellos un atajo adecuado, ya que podían conseguir de una manera más rápida y eficiente, lo que tal vez el diálogo y la razón no pudieran. ¿Comprende ahora por qué Djemal Pashá hizo condenar a toda esa gente? Él puso un telegrama a Berlín, no a Constantinopla. El visto bueno se lo tenían que dar allí, y así ocurrió.

El doctor Thabit no sentía gran simpatía por los alemanes. Los había tenido allí mismo, en el hospital de Beirut y no deseaba repetir la experiencia. Su íntimo amigo el doctor Boghossian le contó las suyas en Alepo, y como los alemanes actuaron, salvo raras y ejemplares excepciones, en relación con las continuas matanzas de armenios, algo que no podía llegar a entender.

—¿No eran cristianos unos y otros? Y, sin embargo, el comportamiento de los oficiales alemanes del Ejército otomano fue algo terrible para los armenios. Se sabía que habían enviado hornos crematorios desde Alemania para hacer desaparecer los cuerpos. Aseguraron que los estaban probando por si se declaraba una epidemia de peste.

Para cuando el verano estaba finalizando, las noticias de la tensión entre franceses y árabes en Damasco, con brotes de protestas y manifestaciones en toda Siria, se incrementaron. El gobernador francés estaba tan nervioso con aquel asunto que hizo llamar a Thomas Harding, acusándole de que los británicos jugaban con dos barajas. Thomas le replicó con cortesía pero con dureza. No era un problema de los ingleses, sino de la parcial actuación de los franceses, que seguían priorizando su relación con los maronitas por encima de las otras comunidades.

A mediados de septiembre, Ethel y Sarah abandonaron Beirut con destino a Inglaterra. Él tendría que haberlas acompañado, pero en el último momento decidió permanecer en Beirut, aunque les prometió que se reuniría con ellas en Londres en cuanto pudiera. No le gustaba la idea de vivir allí.

Una vez que se había pertenecido al servicio de inteligencia, era imposible salir de él. Newman era la demostración; seguía activo, aunque cada vez que se veían, le aseguraba que deseaba retirarse a su casa en la campiña inglesa. Eso solo eran palabras, aquel hombre moriría con las botas puestas.

Acompañado de un coronel francés, Pierre Martens, hombre de confianza de Weygand, fue a hablar con uno de los líderes drusos del Shouf, un tal Joumblatt. Los franceses necesitaban demostrar a los británicos que contaban con ellos. A la recíproca, también ellos querían hacer ver a sus amigos y aliados, que no estaban tramando nada en la sombra.

Los drusos eran una gente singular, aunque el concepto que los europeos tenían de ellos en aquellos días era que no podían fiarse de su palabra. Ni musulmanes ni cristianos confiaban tampoco en los drusos, ambos los consideraban heréticos.

Cuando ascendieron a las montañas de Shouf, cerca de un lugar llamado Moukhtara, vieron como gente a caballo los vigilaba desde lejos. Los drusos eran prudentes, mucho más tras su complicada historia con los franceses. No deseaban volver a repetirla. Llegaron al punto de encuentro, un cruce de caminos, en un lugar por el que descendía un torrente. Allí no parecía aguardarles nadie, hasta que un grupo de jinetes bajó desde una ladera cercana, parecía imposible que los caballos se atrevieran con aquel barranco, pero unos minutos más tarde un hombre con barba descuidada, vestido al estilo tradicional, de mirada profunda, se acercó hasta donde se encontraban. Habló un árabe muy correcto, se trataba de alguien instruido.

—En el nombre de Dios, sois bienvenidos. Soy el emir Joumblatt y represento a los drusos del Shouf, aunque seguramente hay otros que podrían hacerlo con más méritos que yo.

El emir señaló a Thomas Harding.

—A ti, inglés, te conozco. Hemos coincidido hace años. Por tanto, usted debe ser el coronel Martens, y representa a Francia.

Martens asintió con la cabeza, sin dejar de controlar a su caballo que caracoleaba nervioso.

—Coronel, transmítale al alto comisionado que no tenemos nada contra Francia. Pero tenemos la sensación de que Francia tiene mucho contra nosotros. Hemos compartido durante siglos el Monte Líbano con los maronitas, por tanto, nos creemos con los mismos derechos que ellos. Sin embargo, Francia considera a los discípulos de san Marón como hijos predilectos y les otorga todo lo que piden. Por el contrario, a nosotros, los drusos, nos observan con recelo. Le repito que no pretendemos tener ningún conflicto con Francia, pero

no aceptaremos que nos traten como si no existiéramos. Esta es la Montaña Drusa y estábamos aquí mucho antes de que llegaran los maronitas, así que defenderemos nuestros derechos, por encima de cualquier cosa. Transmítale al señor presidente de la república francesa que, si quiere tener paz en el Líbano, trate a los drusos como a los maronitas. Nuestra opinión no contó a la hora de crear el Gran Líbano. Hubiéramos preferido la total autonomía del Djebel Druso.

El coronel Martens levantó la mano y contestó en francés.

—Emir Joumblatt. Francia no está aquí como opresora, sino como liberadora. No somos como los otomanos. Intentamos traer progreso e igualdad para todos. Para Francia, los votos de los maronitas no valen más que los de los drusos, ni que los de los alawitas, ni los de los sunnitas. Traemos la igualdad, la fraternidad y la libertad. Le he dejado hablar sin interrupciones, ¿con los turcos también ocurría lo mismo? Me temo que no —el coronel se detuvo un instante, endureciendo su tono de voz—, Emir Joumblatt. Francia no acepta amenazas. Ni de los drusos, ni de nadie. No se equivoquen con nosotros. Preferimos el camino del diálogo, pero si en un momento dado hay que tomar el otro… no nos temblará el pulso. El problema no lo tenemos en el Shouf, sino en el Haurán. Si los drusos, los sunnitas, o los propios maronitas pretenden que Francia no pueda cumplir con el mandato que le ha sido confiado por la sociedad de naciones, es que no nos conocen, y en tal caso tendrán que aceptar las consecuencias.

El emir Fouad Joumblatt temblaba de indignación. Nadie, ni el mismísimo alto comisario, ni el nuevo presidente de la república francesa, podía hablar en aquel tono a un emir druso.

—Dios todopoderoso es testigo de que he venido aquí de buena fe —el emir contestaba en un excelente francés—. Yo también le digo lo mismo. Si Francia no acepta la igualdad del voto entre otras comunidades y el pueblo druso, que se atenga a las consecuencias.

El emir no dio tiempo a que el coronel Martens replicase. Espoleó su caballo y seguido de sus hombres se dirigió al mismo cortado por el que habían descendido. Thomas creyó que les resultaría imposible vencer aquel repecho, pero increíblemente todos los jinetes lo consiguieron, aunque el último cayó de espaldas al suelo, pero sin dudarlo, retrocedió y volvió a intentarlo, y aquella

vez el caballo consiguió trepar por la vertical pared de tierra.

El coronel Martens permaneció unos instantes en silencio.

—Así será. Usted, Thomas, ha sido testigo de nuestra voluntad. Ni esos drusos van a poder con los acuerdos adoptados ni se lo vamos a permitir, por las buenas o por las malas. Transmítale a su Gobierno que los deseos del presidente Doumergue [68] son crear un Líbano próspero y libre. Nadie va a poder evitarlo, porque no se puede ir en sentido contrario al tiempo. Eso, además de estúpido, es imposible.

Thomas asintió. Por su propia experiencia sabía las enormes dificultades de contentar a todos. El mundo cambiaba con rapidez, pero a pesar de las palabras del coronel, no estaba demasiado seguro de si lo hacía en la dirección adecuada. Recordó la sura primera del Corán, la aleya 6, «Dirígenos por la vía recta». Aquellos días estaba releyendo el libro sagrado de los musulmanes, intentando comprender su pensamiento, lo que no resultaba fácil para un occidental.

La tierra entre los ríos

OCTUBRE-NOVIEMBRE DE 1924

Cuando Augustus Newman volvió a Beirut a principios de octubre de 1924, quiso que Thomas lo acompañase a la sinagoga, situada en el barrio de Nadi Abu Jamil. Thomas se sorprendió, no tenía a Newman por un judío practicante, pero no tuvo inconveniente en ir con él. A fin de cuentas, en el Líbano, por tradición cultural, todas las religiones eran aceptadas. No se rechazaba a nadie que perteneciera a otra comunidad, y la judía, aunque minoritaria, llegaría a los diez o doce mil personas. Un número considerable, ya que se encontraba no solo en Beirut, también en Deir el Qamar, Bhamdoun, Hasbaya y algún pequeño enclave más.

Caminaron hasta Wadi Abu Jamil, y en la puerta de la sinagoga se encontraron con el presidente de la comunidad judía del Líbano, Joseph D. Farchi, que iba acompañado de Joseph Dichy Bey. Saludaron efusivamente a Newman. Entraron en la sinagoga que daba la impresión de estar allí desde el principio de los tiempos, con sus alfombras turcas, sus elaborados candelabros de bronce con lámparas de aceite, aunque en algunos estaban instalando bombillas eléctricas, para conectarlas en cuanto llegase allí el tendido eléctrico que se estaba colocando en Beirut. Lo único anacrónico era el viejo reloj de pared que, en el silencio del interior de la sinagoga, marcaba el tictac con su incansable péndulo. En la sinagoga les aguardaba el rabino jefe de la comunidad, Shabtai Bahbout, que los saludó a ambos como a viejos amigos.

Thomas tenía un elevado concepto de los judíos, personas con las ideas muy claras, y sobre todo una enorme decisión para conseguir sus fines, por difícil y complicado que fuese el camino.

Augustus le había pedido aquella mañana que le acompañara, podría conocer la situación de los judíos en el Líbano de primera mano. Existía una importante comunidad, incrementada en los últimos años por los que llegaban desde lugares como Grecia, el

resto de Siria, Mesopotamia y Turquía. Al contrario que los armenios, los judíos de esos lugares generalmente eran personas en buena situación económica, aún así, su presencia estaba ocasionando algunos problemas. Se trataba de una comunidad próspera, internacionalizada, que estaba adquiriendo influencia económica y mantenía una buena relación con los franceses. Se lo aclaró Joseph Dichy, de mirada directa e inteligente y orgulloso de ser judío:

—Bienvenidos a esta sinagoga con tantos siglos de antigüedad, en una tierra que un día perteneció al reino de Israel. La Gran Guerra ha llevado a muchos judíos con siglos de implantación en otros países a llegar a Beirut. Pensarán que se trata de un movimiento táctico, de salida de los lugares conflictivos y acercamiento a Palestina, que está llamada a volver a ser el hogar nacional de los judíos. Quizás, pero los que ahora se están asentando en Líbano no parece que tengan demasiado interés por la llamada sionista, al menos por el momento. Les pondré el ejemplo de los que llegan de la región de Mesopotamia, las circunstancias allí han cambiado mucho. Los que proceden de Bagdad y de otras poblaciones de esa región comentan que hay gran inestabilidad. Allí somos una minoría perdida en un océano musulmán, que se encuentra en estado de ebullición. El islam está fermentando, por eso muchos cierran sus negocios, venden lo que tienen al precio que quieran darles y vienen hacia aquí, convencidos de que el Gran Líbano será el mejor lugar para sus familias. En Grecia ocurre algo parecido, la mayor comunidad judía allí se encuentra en Salónica, pero es una comunidad cerrada, en la que no es fácil entrar, prefieren venir aquí.

»Por otra parte, a los judíos se nos mira de una manera diferente desde que se conoció lo de la Declaración Balfour. ¡Hemos convivido como hermanos con los musulmanes en muchos lugares desde hace siglos! ¡Y de pronto somos como apestados! No sabemos hasta dónde podrá llegar esa situación, pero el problema lo tenemos encima. Aquí, a causa de la composición del país, con cristianos de distintas sectas y ritos, con musulmanes de todas las variantes, los judíos que llegan no son mal recibidos. Además, aportamos medios económicos, colaboramos en el desarrollo. Tenemos dos periódicos judíos en el Gran Líbano, *Mundo Israelita*[69], uno de ellos en

francés *Le Commerce de Levant*. Han llegado emisarios desde Palestina para que emigremos allí. Los sionistas pretenden que todos los judíos del Levante nos afinquemos en lo que supuestamente se convertirá en nuestro hogar nacional, como dice la Declaración Balfour. Somos los más parecidos a ellos en costumbres, están muy preocupados por la masiva llegada de los ashkenazis rusos, y de muchos sefardíes de Turquía. Pero en Líbano hemos decidido que estábamos aquí muchos siglos antes de que naciera lord Balfour. Y aquí seguiremos, por el momento.

Newman interrumpió el soliloquio de Dichy:

—¿Y si en un futuro las cosas se complicasen en el Gran Líbano, y también aquí comenzara el rechazo hacia los judíos?

Dichy no pareció inmutarse:

—Dios velará por nosotros, entonces decidiremos lo que hacer. Mientras llega ese día, lo que dudo conociendo a los libaneses, aquí seguiremos.

Newman, menos optimista, comentó con Thomas mientras se dirigían a La Corniche:

—No tengo la certeza de que los judíos del Líbano puedan permanecer aquí por los siglos de los siglos. Pero si la emigración hacia Palestina sigue con la misma fuerza que en los últimos años, se va a generar una grieta imposible de cerrar entre árabes, no solo musulmanes, y judíos. Al final Dichy y todos los demás tendrán que ir a la tierra prometida. La gran mayoría de los que se consideraban libaneses son árabes, y aunque ahora están satisfechos con la emigración judía para darle peso específico al país, cuando pase un tiempo preferirán que se marchen. Es duro decirlo, pero es así. Si tú le preguntas a esos maronitas —Newman señaló a un grupo reunido delante de un almacén— te dirán que la llegada de los judíos les parece bien. ¡Claro! A fin de cuentas, su verdadero problema son los musulmanes. La salida de los turcos iba eliminar las tensiones, y no ha sido así. En Damasco y en Alepo, los nacionalistas árabes van a convertirse en un permanente dolor de cabeza para los franceses, que creían que todos iban a agradecer su apuesta por la modernidad y las libertades. Tal vez eso ocurra aquí, en el Gran Líbano, pero no en todas las provincias. ¡Porque lo que es en Siria!

Newman, persuasivo, le convenció para que lo acompañase a Bagdad, donde el rey Fayçal estaba pactando la nueva constitución

con los notables del país. Newman debía establecer contacto con los jeques chiitas de las ciudades de Kerbala, Yayaf y Al-Kazimayn.

Los otomanos habían creado una red de clientelismo y corrupción en la región; la nueva dinastía hachemita de Fayçal no disponía de los recursos financieros ni militares que habían tenido allí los turcos. Gran Bretaña estaba realizando un importante esfuerzo económico y militar, para impedir que el país se transformara en un avispero.

Thomas aceptó sin dudar la invitación. Debían trasladarse en un avión militar, un nuevo aparato biplano en el que podían viajar hasta seis personas, considerado el más avanzado. Thomas recordó su viaje durante la campaña de Palestina y se encogió de hombros. Ya estaba curado de espanto. Newman también había tenido su experiencia de vuelo, y además quería probarlo todo.

Despegaron de una base militar británica cercana a Haifa. Tenían por delante más de quinientas millas, y el piloto, el teniente Martin Vaugh, les avisó de que era aproximadamente la distancia que cubría la autonomía del aparato; solo tendrían una oportunidad para tomar tierra en los alrededores de Kerbala. Volaron sobre el desierto durante cerca de siete horas, hasta que el piloto señaló el indicador de reserva de combustible, y murmuró que se preparasen para aterrizar. Una calima continua confundía el cielo con la tierra. Thomas observó el rostro de Newman, disfrutaba con todo aquello, observando las agrestes montañas que se transformaban en dunas arenosas de tono dorado. Desde el aire las rocas flotaban en una irreal neblina de polvo del desierto. No era allí donde tenían previsto aterrizar, pero el piloto, que era un hombre decidido, fue descendiendo mientras buscaba el lugar más adecuado, sin perder la calma y pidiéndoles con un cerrado acento de los muelles de Londres que se colocaran el cinturón de seguridad.

El aterrizaje no fue tan malo, aunque en el último instante el aparato se inclinó peligrosamente casi rozando con su ala izquierda el suelo. Se había roto una de las ruedas del tren de aterrizaje. Finalmente, el avión se detuvo y el teniente Vaugh se volvió comentando escuetamente: «¡Hemos llegado! ¡Dios es grande!». Augustus sonrió con flema y asintió con la cabeza. La aviación aún debía hacer muchos progresos, aunque aquel viaje habría durado

semanas en cualquiera de las caravanas de camellos que habían divisado desde el aire.

Cuando salieron del aparato, se encontraron solos sobre una enorme plataforma rocosa. Según el piloto se hallaban en una región llamada Bir Zaib, veinte o treinta millas al norte de Kerbala. El piloto comentó que necesitaría cambiar la rueda, pero que no había problema, llevaba dos de repuesto. No parecía demasiado afectado por lo que acababa de sucederles. La alternativa habría sido estrellarse en algún punto inaccesible del enorme desierto que habían cruzado. Podían darse por satisfechos de su suerte.

Una hora más tarde comenzaron a llegar beduinos, andando, en camello, árabes a caballo, un gentío que parecía salir de ninguna parte. Ninguno se acercó a ellos hasta que llegaron unos jeques, cuando ya el sol se ponía. Newman había sido capaz de preparar un té gracias a un pequeño hornillo que funcionaba con alcohol de quemar. De algún lugar sacó varios potes de lata esmaltada, y sin dudarlo llamó con la mano a los dos jeques que observaban en silencio junto a la multitud. Se dirigió a ellos en árabe:

—Dios es misericordioso y nos ha permitido aterrizar. Mañana cambiaremos esa rueda, y si nos ayuda vuestra gente, limpiaremos la explanada de piedras para poder despegar con mayor seguridad. Ahora os saludamos y nos gustaría compartir una taza de té con vosotros. Venimos desde Haifa, en Palestina, junto al mar, y hemos salido esta mañana.

La declaración de Newman impresionó a los jeques. Algunos se acercaron a tocar el avión, en el improvisado campamento. No era el lugar previsto para el encuentro, pero tampoco se hallaba muy lejos. Unos a otros se iban pasando la noticia de la llegada de los ingleses a aquel paraje, que era conocido como la Roca de la Luna, por una gran piedra negra, semejante a un meteorito.

Los jeques enviaron a los suyos a por los aperos, para establecer un campamento en la plataforma pétrea en la que habían logrado aterrizar. Se hicieron unas hogueras, y en las mismas ascuas asaron un par de cabritillos como señal de bienvenida. Newman les explicaba las últimas noticias.

Los jeques se marcharon muy entrada la noche a sus tiendas. Quedaron para verse al atardecer del día siguiente, para que allí mismo tuviera lugar el *majliss* o asamblea de los notables de la

provincia.

—Creo que esta gente no está satisfecha con un rey hachemita —aseveró Newman—. Ellos hubieran preferido elegir a uno de sus líderes, y no a un monarca impuesto por nosotros. Es cierto que se hizo una consulta previa a su coronación en 1921, pero alguien tergiversó los números, porque si no, no se entiende que la mayoría de estos se nieguen a reconocerlo como su rey. Este país, Iraq, que vuelve a tener su antiguo nombre, es como la antítesis de Siria. Históricamente mantienen una pugna entre las ciudades de Damasco y Bagdad, entre omeyas y abasíes. El hecho de que los franceses expulsaran a Fayçal del trono en Damasco no favorece sus aspiraciones a este de Bagdad. Entre ellos corren rumores, no les gusta que un rey que tuvo que huir de los infieles obtenga el premio de un trono, que para los iraquíes es mucho más valioso que el de Damasco. Siguen los abasíes contra los omeyas. Y nosotros les imponemos el mismo en uno y otro. Eso les hace sentirse humillados, y aunque nos hayan recibido como amigos, en el fondo de su corazón no nos aceptan. Todos estos, como has podido comprobar son sunnitas, y los chiitas, tan influenciados por los santones de Kerbala, Nayaf y
al-Kazimayn,
aún son más radicales en sus manifestaciones. Hemos venido para palpar la realidad, y veo que aquí no tienen futuro los hachemitas, ni menos aún, nosotros los británicos.

Thomas creía lo mismo, aunque no se atrevía a ser tan tajante como su amigo. Apenas entró en la tienda que habían montado junto al avión, se dejó caer en su colchoneta y se quedó dormido.

Se despertó al escuchar murmullos y ruido. Se asomó al exterior y pudo comprobar que una ingente multitud rodeaba al aparato. Centenares de árabes seguían llegando, andando, en asnos, a caballo, en camello. Muchos habían montado sus tiendas y encendían pequeñas hogueras donde preparar un té, otros encontraban familiares o conocidos.

Newman sonrió al verlo.

—¿Qué te parece? Esto se ha convertido en una romería, y eso que llegábamos de incógnito. ¡Menos mal! ¡Porque si avisamos de nuestra llegada, habrían venido todos! Ahora intentaremos arreglar la rueda del avión, y esta tarde asistiremos en calidad de invitados

al *majliss* de los notables de toda la región de Kerbala.

El arreglo del tren de aterrizaje les dio mucho más trabajo que el que en principio creían. Gracias a algunos voluntarios, consiguieron levantar el avión, calzarlo con una gran piedra, extraer con dificultades la rueda rota y colocar una de las de repuesto. No terminaba de estar alineada a pesar de sus esfuerzos, pero el teniente Vaugh consideró que sería suficiente para poder despegar.

Hicieron limpiar de piedras una distancia de unas cuatrocientas yardas, la mínima necesaria para despegar contra el viento, una suave brisa del suroeste. Todos los presentes colaboraron entusiasmados cuando comprendieron lo que se esperaba de ellos. Quedó una pista más o menos irregular en su superficie, pero que mal que bien serviría para despegar. Solo faltaba que llegara una caravana trayendo combustible para el avión desde Bagdad, como habían acordado a través del Estado Mayor.

Les invitaron a una interminable comida tribal, en la que se vieron obligados al menos a probar todo lo que les ofrecían, las partes consideradas exquisitas por los árabes eran los ojos, la lengua y los sesos de los cabritos.

Los sunnitas ocupaban una parte de la explanada, y los chiitas que también iban llegando, la otra. No se mezclaban, era como un acuerdo tácito de convivencia, aparentaban respetarse.

Thomas tenía experiencia en ambientes similares, pero aquellas gentes eran más primitivas que los sirios, a pesar del continuo contacto entre ambos países a causa de las caravanas que cruzaban el desierto. En Damasco, en Alepo, la cultura otomana, muy influenciada en aquellas ciudades por los británicos, había dejado tras sí unos árabes cultos, occidentalizados, y tal y como estaban comprobando los franceses, muy politizados y nada sumisos. En Iraq era lo contrario, aunque en la capital, en Bagdad, la oposición al rey Fayçal tenía esas mismas características. La población muy primitiva en general, y sobre todo en las aldeas, mantenía un secular tribalismo y un gran atraso.

En la asamblea de notables, el *majliss*, no pudieron sacar en claro, más que la mayoría parecía estar en contra del nuevo rey, de los británicos, y al final, unos contra otros. No solo chiitas contra sunnitas, sino dentro de los propios clanes. Newman comentó que era un ambiente prerrevolucionario, no tardaría mucho tiempo en

correr la sangre.

—Los veo como muy soliviantados y radicales, y tengo la impresión de que las revolucionarias teorías de
Al-Afghani
y todos los demás, están impregnando su cultura ancestral. Nuestro país también está destruyendo el equilibrio natural al favorecer tanto a los sunnitas. Hemos colaborado en crear un clientelismo entre la oligarquía de la nueva corte, y todos esos jeques que la odian, pero al tiempo la necesitan. No me parece una situación estable. Dios es misericordioso, pero aquí tendrá que hacer un esfuerzo adicional.

Despegaron al amanecer del día siguiente. Para entonces casi todos los árabes habían partido, dejando mínimos vestigios del improvisado gran campamento. El teniente Vaugh aceleró con un ruido infernal, caló los flaps a tope y rezó para que todo saliera bien. En el último instante, justo cuando terminaba la plataforma pétrea, el aparato despegó y ascendió.

—¡Vamos a ver si este trasto es capaz de devolvernos a casa!

Thomas observó el perfil de Augustus Newman que, sentado junto a él, tenía los ojos cerrados y sonreía beatíficamente. Todo estaba escrito y, por tanto, no tenían de qué preocuparse. Miró a través de la ventanilla, y pudo ver el sol saliendo de un horizonte en el que el río se fundía con los pantanos. No pudo evitar pensar que la tierra entre ríos, Mesopotamia, albergó alguna vez el paraíso.

El bombardeo de Damasco

ENERO-OCTUBRE DE 1925

Sarah desembarcó sonriendo de la motonave que la traía de Inglaterra a primeros de año. En aquella ocasión, Ethel, que se estaba transformando en una preciosa mujercita, se había quedado en Inglaterra. Parecía dispuesta a permanecer indefinidamente en Beirut, sin intención de volver a Londres. Ella también echaba de menos el Levante, su clima…, Londres, demasiada contaminación, lluvia y días grises cargados de *smog*. Quería volver al sol radiante y al mar azul Mediterráneo.

Algunas veces Thomas acompañaba a Sarah a hacer las compras, y al atardecer daban un largo paseo. Beirut ya no era un pueblo. Día a día se estaba transformando en una pujante capital, con un puerto en el que atracaban los grandes vapores de las principales navieras. Era cierto que si se separaban del centro de la ciudad comenzaban a percibirse las señales de la cultura tradicional. Incluso las largas caravanas de camellos seguían entrando hasta los mismos almacenes de las dársenas. Algunos aseguraban que eso no podría terminar nunca, ya que los camiones tenían serios problemas para cruzar la ruta del desierto. Pinchaban con frecuencia, eran incapaces de cruzar por la arena cuando había tenido lugar una tormenta de arena, extensas áreas seguían desabastecidas de combustible y no se encontraban piezas de repuesto. Esas eran las razones por las que los comerciantes seguían confiando en las caravanas de siempre. Nada podría sustituir a los camellos, aunque los franceses habían importado muchos vehículos. Renault, Citroën y Panhard. También estaban instalando una nueva red de agua potable y de teléfonos en Beirut que, según sus ambiciosos planes, se uniría a la de Trípoli y desde allí a Latakia y Alepo. Era el progreso y nadie podría impedirlo.

A primeros de enero de 1925, el general Serrail sustituyó al general Weygand, que había pasado sin pena ni gloria. De inmediato

cambió a Vandenberg por su hombre de confianza, Verchére de Reffye, un general de Estado Mayor. En la recepción posterior en «la prefectura», Thomas y Sarah Harding pudieron saludar a los miembros de la sociedad libanesa. Los comentarios en voz baja no eran demasiado favorables al mandato francés. Los más atrevidos insinuaban la inestable situación en Damasco y, en general, de todo el sur de Siria. No solo eran los drusos los que plantaban cara a los administradores franceses, sino los nacionalistas árabes, que en los últimos tiempos habían generado un ambiente imposible. Ese era el motivo por el que tropas francesas llegaban aquellos días al puerto de Beirut, trayendo camiones militares, carros de combate y artillería pesada. Todos se acordaban de Maysalun, la batalla en la que habían acabado las esperanzas de un reino árabe, que debía haber llegado desde la frontera con Turquía hasta Aqaba. ¿Qué sucedería en el futuro? Solo Dios lo sabía, aunque la realidad era que en Palestina los colonos sionistas trabajaban como ciegas hormigas día y noche. Levantaban con extraordinaria rapidez sus cercados de madera, colocaban una torre vigía, cargaban sus fusiles y disparaban contra los que se acercaban sin permiso. Los árabes culpaban de la situación a la policía británica, que los dejaba hacer. El preámbulo del documento en el que la Sociedad de Naciones encargaba el mandato a Gran Bretaña, la obligaba a responsabilizarse del cumplimiento de la Declaración Balfour.

Los árabes renegaban de ese mandato enfurecidos por la situación y comenzaron a aparecer multitud de pasquines en los muros de las ciudades de Palestina, acusando de traidores a los británicos, y de ladrón y bandido al honorable Balfour, pasquines que eran despegados por la policía inglesa de inmediato.

Sin embargo, en el Gran Líbano los problemas eran otros. Los asentamientos de armenios seguían incrementándose. Los maronitas comenzaban a verlos con menos simpatía, sentimiento originado en el patriarcado. El Vaticano no debía ver tan generosamente la llegada de los heterodoxos monofisitas armenios, aunque algunos habían adoptado el catolicismo.

Los drusos seguían en sus agrestes montañas, en lugares del Monte Líbano donde habitaban desde siempre. No querían saber nada del mandato francés. Eso le costó a Thomas Harding varias reuniones en un ambiente tenso, cuando el nuevo gobernador

francés seguía acusando a Gran Bretaña de incitar a los drusos a la rebelión o al menos al desorden social.

Thomas sabía que esas acusaciones eran infundadas, aun reconociendo la empatía entre los líderes drusos y los británicos. Newman le garantizó que no tenían ningún interés en enemistarse con Francia. «Nos necesitamos mutuamente y en el futuro aún más». Intrigado por esas palabras, Thomas le preguntó a su amigo si es que había algo más que él desconociera. No. No era nada en concreto, le contestó Newman. Solo una percepción de que venían tiempos difíciles para todos. La Gran Guerra había terminado por agotamiento. No por ganas. ¿Sabía lo que estaba sucediendo en Alemania? El Tratado de Versalles era poco más que papel mojado, y los alemanes volvían a las andadas, rearmándose, volviendo a formar un ejército… Francia e Inglaterra miraban hacia otro lado.
Serrail hizo llamar a Thomas Harding. Le atendió con cierta frialdad, pero le obsequió con un excelente té de Ceylán. Como republicano y agnóstico, a su juicio era un error dar tanto protagonismo a las confesiones religiosas. «Menos religión y más sociedad civil, más republicanismo». Con el tiempo pretendían convertir el Gran Líbano en la República del Líbano. No era una novedad ni se le había ocurrido a él, sino la evolución natural de las cosas. El presidente de la república francesa era el instigador de la idea. Allí en Siria y en el Líbano se daban las circunstancias idóneas para implantar un socialismo de nuevo cuño, sin la carga histórica que un experimento similar tendría en Europa. Lo había hablado con algunos líderes árabes y todos se manifestaron de acuerdo en unas elecciones no confesionales para la nueva cámara de diputados. Serrail seguía teniendo grandes dudas de lo que la palabra democracia significaba para los árabes.

—¿Y los maronitas? ¿Había hablado de ello con los cristianos maronitas? —Thomas Harding estaba interesado en saber la opinión de la otra parte.

¡Ah! ¡Sí! ¡Los maronitas!, replicó Serrail. Bueno, no se habían mostrado entusiasmados por la propuesta. Pero eso era lo que se iba a hacer y no tenía vuelta atrás. Desde luego el patriarca maronita no parecía muy dispuesto a unas elecciones no confesionales. Pero Serrail añadió que le daba lo mismo. Él no iba a rendirle pleitesía a un representante de otra de las muchas iglesias y religiones del

Gran Líbano. ¡Faltaría más! En todo caso y siguiendo a Sócrates, los verdaderos gobernantes de un estado deberían ser filósofos, nunca clérigos.

Thomas le insinuó que podría invitar al patriarca maronita, así como al resto de los líderes para exponerles su programa.

—No —contestó Serrail negando con la cabeza—. En su momento. Ahora aún no ha llegado, sería prematuro.

La primavera fue intranquila, con sobresaltos en algunos lugares de Siria, que podrían extenderse como la pólvora. En cuanto a los drusos, no daban su brazo a torcer, y el Djebel Druso no daba tregua al ejército francés. El coronel jefe le comentó que no le gustaba el papel de apagafuegos: «Yo soy militar, no bombero».

En julio, una de esas insoportables tardes, en las que el calor apretaba sin misericordia en la montaña, el polvorín finalmente estalló. Uno de los líderes era Kemal Joumblatt, con el que hacía tiempo habló sobre ello. «Los drusos no se rinden jamás, prefieren morir en el combate. Una muerte honorable».

Era cierto. Tenían fama de tozudos, de que cuando se les metía algo entre ceja y ceja no había manera de sacarlos de esa idea.

Luego se les unieron los alawitas. Entonces le llegó a Thomas la extraña petición de que Gran Bretaña les suministrara armas. Se negó en redondo. Francia tenía su especial carácter, pero al final siempre era el mejor aliado para Gran Bretaña. La época de las intrigas había terminado. El contacto se mostró molesto y se quejó, añadiendo que creían que Gran Bretaña les ayudaría a restaurar el reino árabe que los franceses habían impedido.

Serrail volvió a llamarle. Se encontraba en una difícil posición. Los únicos que apoyaban a Francia eran los maronitas, y aun así cada vez con más recelo. Los demás se mostraban en total rebelión. Serrail le pidió que hiciera una gestión con el patriarca maronita. Thomas aceptó. Se dirigió al patriarcado y mantuvo una larga conversación con Elias Hoayek que le dijo:

—Serrail no es mejor ni peor que sus predecesores, y para nosotros, Francia es una garantía. Si nos abandonaran ahora, volverían a repetirse los trágicos sucesos de 1860. Dígale a Serrail que puede contar con nosotros siempre y en cualquier circunstancia.

Cuando Thomas se despedía, el patriarca le hizo una

confidencia:

—¿No le parece curioso que la laica República francesa encuentre un canal de comunicación con el Vaticano a través de este humilde patriarcado?

En octubre a Serrail se le terminó la paciencia con los rebeldes de Damasco y con los drusos e inició un violento bombardeo sobre la ciudad. Los drusos del Haurán estaban llevando cargamentos de armas a Damasco, cuando fueron capturados por un batallón del Ejército francés. Varios cayeron en la refriega y los otros fueron pasados por las armas, acusados de traición, sabotaje, contrabando y ataque al Ejército de Francia. El coronel al mando ordenó que ataran los cadáveres a las sillas de sus camellos, en total dos docenas de rebeldes.

—¡No les llamen rebeldes, sino bandidos! ¡No son otra cosa!

Así entraron los rebeldes caídos en Damasco, y aquel fue el motivo que encendió las brasas, no porque los drusos estuviesen bien vistos por el resto de la población, sino porque los nacionalistas se apoyarían en cualquier excusa para intentar echar a los franceses.

Serrail no entendió la situación. Si realmente alguien hubiera querido unir a drusos, alawitas, sunnitas y chiitas, además de todos los árabes cristianos de una u otra iglesia, hubiera hecho lo que hizo el alto comisario. Bombardear indiscriminadamente Damasco, durante dos días y medio sin pausa.

Thomas Harding, que se hallaba en Trípoli de visita privada, supo lo que estaba ocurriendo en Damasco, porque la gente salió a protestar contra Francia por todas las calles. El alcalde le dijo que jamás hubieran esperado algo así de Francia. Thomas le puso un telegrama a Serrail, exigiéndole en nombre de las buenas relaciones con Gran Bretaña que detuviera el bombardeo que estaba llevando a cabo el general Gamelin. Para cuando callaron los cañones se habían destruido algunos edificios históricos de la ciudad. Mientras, la rebelión seguía su curso, atacando puestos de la policía y edificios administrativos.

Thomas pensó que los árabes nacionalistas estaban consiguiendo lo que pretendían, y Francia, que intentaba traer las libertades y el progreso, quedaba a los pies de los caballos, por culpa de alguien como Serrail, incapaz de entender la idiosincrasia de los árabes.

Unos días más tarde viajó a Damasco, donde pudo hablar con algunos de sus contactos. Se mostraban indignados con Francia, incluso muchos de los cristianos de cualquier rito. Los más enfurecidos eran los grecoortodoxos. Hablaban de sabotear a Francia hasta lograr expulsarla de Siria. Se enteró allí de la muerte del importante jefe druso Joumblatt. Pensó que los franceses acababan de crear un mártir para la causa nacionalista. El Chouf siempre había sido un territorio difícil, pero la muerte de uno de sus líderes iba a poner las cosas muy difíciles para los franceses.

Sarah le comentó que también la gente de Beirut estaba en contra del bombardeo. Los maronitas pensaban que era como echar leña al fuego. Incluso su amigo Ayub Thabit se mostró indignado. Para todos ellos Damasco era una de las principales ciudades históricas del mundo. Esperaban que Doumergue, el presidente de la República, relevara a Serrail de su puesto lo antes posible. Por lo que sabían, los periódicos europeos se le habían echado encima.
Recibieron un telegrama. Clara Weiler, la abuela de Ethel, acababa de fallecer. Decidieron viajar a Londres lo antes posible. Embarcaron dos días después. Mientras el barco de pasajeros se alejaba de la costa, Sarah le confesó que aquellos días por primera vez había sentido miedo.

Thomas permaneció pensativo un largo rato en cubierta viendo desaparecer la costa, las cosas iban a complicarse en el mundo árabe. El bombardeo de Damasco iba a cambiar la percepción de un universo hacia el otro.

Al-Afghani
lo había intuido antes que nadie. El islam era un lazo indisoluble.

La República del Líbano

NOVIEMBRE DE 1928 - OCTUBRE DE 1926

Londres los recibió con frío y lluvia, lo que deprimió aún más a Thomas. Había esperado un clima suave, algo de sol por las mañanas y todas las ventajas de la civilización occidental, y se encontraba una ciudad barnizada por una fina capa de hollín, gente que corría por las húmedas calles con gesto hosco, donde nadie saludaba a nadie. Suspiró echando de menos Beirut.

Su mayor alegría fue encontrar a Ethel transformada en una preciosa joven. Pensó con amargura que aquella niña se parecía cada vez más a su madre. Tenía muchos rasgos y gestos de Caroline. Fue con ella a acompañar a su suegro, Charles Weiler, que se conservaba bien, pero al que la muerte de su esposa había supuesto un golpe demasiado duro. «Como si hubiera muerto la mitad de mí mismo», le susurró dolido.

Weiler le preguntó a Thomas cómo evolucionaba la situación en Oriente Próximo. Contestó a su suegro que los nacionalismos, que se estaban generando en todas partes como respuesta a la colonización, o a la dominación occidental, eran fisuras que podían terminar por fracturar el imperio británico.

—¡Claro! —Weiler no podía ni quería reprimir su mal humor—. ¡Hemos llevado la educación occidental a todos esos lugares, para formar a los indígenas a acceder a una clase social de administradores y colaboradores, y ahora nos encontramos con eso! Les enseñamos la lengua, los conceptos, los secretos de la organización política. ¡Qué podíamos esperar! —según él, los mismos arqueólogos eran responsables—. Llegáis allí, movéis unas cuantas piedras y les decís que tienen un pasado glorioso —Weiler estaba alterado—. Levantar un imperio a fuerza de enormes sacrificios para terminar siendo expulsados. La única solución es la mano dura.

Thomas intentó desviar la conversación, pero la indignación de

su suegro iba en aumento. ¿Qué iba a ocurrir con la *Union Jack*?

Thomas recordaba sus últimos cursos en la Universidad de Oxford. Salió de allí convencido de que en el futuro el imperio conservador se transformaría en liberal. Hasta aquellos momentos no había sido consciente de las dificultades. Libertad como instrumento de la magnanimidad. ¿Era eso posible? No podía olvidar sus pesimistas pensamientos al abandonar Beirut. El problema no estaba en Burke versus Kruger, sino en las revolucionarias ideas de
Al-Afghani,
de Muhammad Iqbal, de otros como ellos que habían sacudido las raíces del islam, señalando como culpable de todos los males a Occidente. Una interminable pugna entre los seres humanos que pertenecían al dominio del Imperio británico, que eran dominados y los que pretendían ser libres a toda costa, aun perdiendo las innumerables ventajas que se les ofrecían. Hasta europeos que se transformaban en reivindicantes revolucionarios, los francocanadienses de Quebec, los afrikaners. ¡Incluso las anarquistas influencias irlandesas en el mismo corazón de una Australia británica! Conocía bien el Líbano, lo suficiente como para comprender que ni británicos ni franceses podrían cambiar sus inercias culturales. Era cierto que los otomanos ya no estaban, pero con ellos se había evaporado un eficiente sistema de orden y control, que de pronto se echaba a faltar por unos y otros. Hasta dónde el sistema de poder basado en el terror, el clientelismo y la corrupción había llegado. Los franceses se encontraban con una patata caliente que les quemaba las manos. En cuanto a ellos, los británicos, en el pecado llevaban la penitencia. Oriente no era un cuento exótico con final feliz, sino una realidad compleja, imposible de controlar desde el orden democrático y de libertades impuesto por occidente.

Permaneció en Inglaterra hasta abril de 1926. Impartió dos conferencias sobre Oriente en Oxford, y le concedieron la Orden del Imperio Británico en el mismo acto que a Augustus Newman. Al sentir su leve peso en el pecho, pensó que no era más que otro anacronismo. Brillantes fulgores de un poder que se estaba apagando, a pesar de las palabras altisonantes que se podían escuchar desde la galería de invitados de la cámara de los comunes.

Paseó por Londres, le invitaron a recepciones oficiales y a fiestas privadas. Sarah le acompañaba, sabiendo que el espíritu de su esposo se encontraba en la terraza de su casa de Beirut. Le hicieron preguntas indiscretas, incluso impertinentes: ¿Cómo es posible que alguien como usted pueda vivir en Oriente Próximo? Ese exótico lugar lleno de moscas y tan problemático.

Era difícil de explicar, ni siquiera lo intentó. Cada uno elegía su vida, su manera de gastar el escaso tiempo del que disponía. Él no hubiera cambiado aquellos gloriosos días en Baalbek por todo el oro del mundo. Tampoco aquel atardecer en Palmira, en el que hizo el amor con Anne.

No, no era fácil explicar por qué se tomaban determinadas decisiones, pero de lo único que se arrepentía a aquellas alturas de su vida era de haber cedido a su voluntarismo, en realidad un trágico capricho al acompañar al profesor Patterson a Mesopotamia. Una decisión que lo cambió todo para él.

A finales de abril de 1926 embarcó en Portsmouth con destino Beirut. Una travesía sin escalas en un moderno paquebote. Desde el Foreign Office le pidieron que asistiera a la ceremonia de transformación del Estado del Gran Líbano en la flamante República del Líbano. Eso lo había llevado a cabo el último alto comisario, Jouvenel, un senador de profesión periodista, junto a un nuevo gobernador, León Henri Charles Cayla. La única mancha en su currículum en Oriente era la batalla de Soueida, hacía apenas una semana. De nuevo los franceses vencieron a los árabes. No podía ser de otra manera con cerca de cien mil soldados, y toda la aplastante parafernalia bélica de una potencia europea. En Damasco se vio como otra tragedia anunciada, dentro de la historia épica del mundo árabe en contra de los colonizadores. En París como la voluntad de la República francesa por imponer la igualdad, la libertad y la fraternidad, a pesar de los que pretendían seguir en el obscurantismo y la imposición sectaria.

Tuvieron un tiempo excelente y dos semanas más tarde atracaban en el puerto de Beirut. El Mediterráneo había mostrado su cara más amable; los delfines les acompañaron cruzando delante de la proa, salidos de los bellísimos frisos de Cnosos, surgiendo de las olas como mensajeros de los dioses. Iguales ambiciones, los mismos símbolos, un exquisito sentido de la belleza. ¿Había creado

el hombre a los dioses?, ¿o eran los dioses los que necesitaban al hombre para poder existir?

El alto comisario, Jouvenel, no había sido capaz de reprimir el levantamiento. Se mostró inquieto pero satisfecho. La República del Líbano nacía para consolidar una situación. El reino árabe de la Gran Siria se quedaba en una utopía fracasada. Era el signo de los tiempos. A pesar de ello, se veían tropas francesas por cualquier parte. Beirut parecía una base militar con los uniformes caqui, y los impolutos uniformes blancos de la armada en el paseo vespertino. Los comerciantes maronitas prohibieron a sus hijas pasear y cambiar impresiones con aquellos jóvenes franceses que bajaban las escalas de sus navíos, dispuestos a encontrar un amor en cada puerto.

El 23 de mayo se aprobó la constitución. El calendario marcaba la entrada en vigor de la nueva República del Líbano, el 1 de septiembre de 1926. Dos días más tarde su amigo Charles Debbas, con el que había mantenido tantas reuniones, fue nombrado primer presidente de la República. Debbas había logrado escribir el mejor artículo de su vida. El periódico que se había fundado contra viento y marea, le ocasionó la cárcel con los otomanos. Al final, el titular del día, en primera plana, lo decía todo «¡Viva la república!».

Charles Debbas era grecoortodoxo, por tanto, conocía bien a los musulmanes. Ellos eran los que estaban más cerca. El mundo oriental frente a Roma. A pesar de todo, los nacionalistas árabes que seguían intrigando en los sótanos de Damasco, aceptaron que Debbas podía ser el mejor presidente. Una concesión inteligente. Tal vez el único acto con sentido común de Jouvenel. Malas lenguas comentaron que Jouvenel, un periodista, solo confiaba en otro periodista. La oposición añadió que los periódicos no eran más que una sarta de mentiras interesadas.

Jouvenel no había querido visitar al patriarca maronita durante su mandato. Representaba la Francia más republicana y laica. Envió a Debbas para evitar problemas. Debbas se consideraba agnóstico, laico, pero por encima de eso era grecoortodoxo. ¿Una confesión de fe o una confesión política? El patriarca aceptó al nuevo presidente. La alternativa era Damasco, el islam. La paradoja era el confesionalismo, así que el laico Jouvenel designó a un sunnita como presidente del Senado.

Mohamed el-Jirsr era un viejo conocido de Thomas Harding. Había sido consejero de interior en la época del Gran Líbano. Había suspirado de alivio al cerrar esa etapa. La rebelión de los nacionalistas sirios le había amargado la existencia. Eran sus hermanos, pero en la vida siempre se podía elegir un camino alternativo.

Debbas le contó que la época más feliz de su vida había sido la de las ilusiones.

—Las realidades casi siempre son amargas. Entonces creíamos que cuando constituyéramos un Líbano independiente y soberano, habríamos llegado al final del camino. ¿Sabe qué le digo? Que por encima de la constitución sigue estando el mandato. ¿Alguna vez el hombre llega a vislumbrar la libertad? Lo dudo.

Thomas Harding llevaba en Oriente diecisiete años, tenía la sensación de haber nacido allí. Cuando miraba atrás en el tiempo, su niñez, el colegio en Londres, la época de Oxford. Todo comenzaba a estar borroso.

Había cumplido con su obligación. Recogió sus efectos más personales, sus libros más cercanos, algunas antigüedades. Iba a dar un paso trascendental en su vida. No quería seguir alejado de su familia, aunque no estaba seguro de hacer lo correcto. Quería ver madurar a Ethel, estar junto a Sarah. Se sentía cansado, frustrado. Habló con los Chabry, ellos se quedarían allí por el momento, cuidando la casa. No sabía cuándo volvería. No podía garantizar siquiera que lo haría.

Embarcó una semana más tarde. La última imagen que tuvo de Beirut era una ciudad bajo una lluvia intensa, y a lo lejos, una gran tormenta eléctrica. Emocionado, acababa una dramática experiencia personal. Recordaba las lejanas palabras de Tannouki: «¡Este es un lugar mágico! ¡Así que tenga cuidado de que no lo atrape!». Volvió la vista hacia la costa. Un relámpago envolvía en aquel instante la Montaña Blanca. En su corazón sintió una ligera opresión mientras el barco se dirigía hacia la oscuridad.

2.ª PARTE
EL GRAN LÍBANO

El año de la langosta

JUNIO DE 1930

El cumpleaños de Ethel Harding se convirtió en uno de los eventos sociales del año 1930 en Londres. Ethel cumplía diecinueve años, y su abuelo, el financiero Charles Weiler, ofreció una fiesta inolvidable.

Ethel acababa de ingresar en la Universidad de Londres. Se había matriculado en ciencias sociales, aunque tenía intención de cambiar al
St. Antony's
College, en la Universidad de Oxford, pero aún no habían aceptado su solicitud. Ethel sabía, sin que su padre hubiera hablado de eso con ella, que él trabajaba para los Servicios de Inteligencia Británicos en Oriente Próximo. Aquel hombre tenía un profundo sentido del deber y la idea, algo romántica tal vez, de que podría aportar algo para mejorar las relaciones entre Europa y Oriente Próximo. Ethel sentía algo parecido. Una enorme atracción por la cultura árabe y su historia, un profundo sentimiento de pertenecer a aquel lugar. Sus profesores de árabe y de cultura oriental la observaban con respeto. Ethel no se contentaba con aprender, deseaba profundizar en todo lo que hacía. Sarah se sentía orgullosa de haber participado en lo que aquella preciosa joven había logrado alcanzar, se sentía su madre natural.

Augustus Newman sí asistió al cumpleaños. Él la consideraba como una sobrina, la hija del hombre al que tenía por su mejor amigo, y conocía bien las circunstancias en las que pudo recuperarla. Desde aquel lejano día, para Thomas Harding el concepto de lo que era posible había cambiado, pues para él, todo dependía de la voluntad de lograr las cosas.

Thomas no se encontraba en Londres el día del cumpleaños de Ethel por su labor en el servicio de inteligencia. No obstante, Ethel recibió aquella mañana un telegrama, procedente de Jerusalén,

deseándole felicidad y que pudiera cumplir sus deseos.

El viejo Charles Weiler hacía tiempo que mantenía que ya no trabajaba, pero seguía haciendo buenos negocios con la nueva ley de Vivienda, que intentaba eliminar los barrios insalubres para reconstruirlos con todas las infraestructuras necesarias. Weiler pensaba que nunca habría creído que pudiese llegar a hacer tan buenos negocios en tiempos tan malos. Pero mascullaba que eso no era trabajar. Él lo entendía así.

Augustus Newman acababa de cumplir sesenta años. En el servicio lo reservaban para aquellos asuntos en los que necesitaban de su enorme experiencia y su capacidad de maniobra. Todos, incluyendo los líderes políticos, sabían de su mano izquierda. Cuando las cosas se complicaban en el mundo árabe, cuando era necesaria una actuación discreta y efectiva, cuando la alternativa era la catástrofe, entonces enviaban a Augustus Newman. ¿A quién si no? Newman echaba mano de sus habituales colaboradores, sus hombres de confianza y casi siempre consultaba con Thomas Harding, al que admiraba por su compostura y su sentido común.

Ethel soñaba con convertirse en alguien como su padre o como su «padrino», como llamaba cariñosamente a Newman. Para conseguirlo necesitaba poseer un bagaje importante. La experiencia solo era válida cuando se apoyaba en el conocimiento, en las bases sólidas de una educación como la que estaba recibiendo. Sabía lo mucho que le faltaba para ello, lo que aprendía cada día era indispensable. La cultura era algo que debía construirse ladrillo a ladrillo, como los templos y palacios cuyas ruinas había tenido la oportunidad de visitar, acompañando a los dos hombres que más admiraba en el mundo.

Augustus también se sentía satisfecho. Le encantaba que alguien tan especial como Ethel fuera a tomar el relevo en su día. Al menos era lo que naturalmente creía que iba a suceder. De eso ya se encargaría él, pues entre otras cosas, ya había elaborado un informe confidencial en tal sentido, y en la Secretaría de Estado tenían subrayando el nombre de Ethel Harding.

En 1930 las cosas no iban demasiado bien, ni en Inglaterra, ni en el resto del mundo. El año anterior había protagonizado el martes más negro de la historia económica del mundo moderno, cuando Wall Street cayó en picado y comenzó la Gran Depresión. En Gran

Bretaña la pésima situación financiera de la última década ya era endémica. La prensa del día del cumpleaños de Ethel traía en primera plana que se habían alcanzado los dos millones de parados, y mencionaba que no se sabía dónde estaría el fondo del oscuro pozo de la depresión. El Gobierno laborista de McDonald se defendía como podía, apoyándose en el puñado de diputados liberales, que si bien mostraban la decadencia de su partido, sí disponían de los votos necesarios para desequilibrar la balanza. Mientras, los *tories* afirmaban que el socialismo solo traería más paro, menos libertad y ningún futuro.

En Francia, los Gobiernos de la derecha creían ser capaces de capear el temporal. Poincaré y Tardieu estaban convencidos de que la disciplina financiera conseguiría lo imposible, que los radicales rompiesen con la «disciplina republicana» y los votasen a ellos.

Se escribió un artículo titulado «El año de la langosta» que hablaba también de la amenaza intangible pero real que se cernía sobre Europa y el mundo. Era preocupante lo que estaba sucediendo en toda Europa. En Alemania el desempleo era aún mayor que en Francia e Inglaterra. La muerte de Gustav Stresemann, el anterior canciller del Reich, que ocupaba el cargo de ministro de Asuntos Exteriores en octubre de 1929, fue una señal del destino. Los Estados Unidos comenzaron a desconfiar del sistema financiero y productivo alemán, los capitales extranjeros se retiraron con celeridad y creció el desempleo. Todo el crecimiento de los últimos años de repente se evaporó. El canciller Müller presentó su dimisión y el presidente Hindenburg llamó urgentemente al líder del centro, Brüning, para formar Gobierno.

El mismo día del cumpleaños de Ethel Harding, el canciller Brüning se vio obligado a disolver el Reichstag. El 14 de septiembre de 1930 se celebraron nuevas elecciones en Alemania. El Partido Nacional Socialista del hasta entonces casi desconocido Adolf Hitler pasó de doce diputados a ciento siete, convirtiéndose en el segundo partido tras los socialdemócratas. ¿Cómo podían otorgar su confianza a alguien como aquel personaje, con un ridículo bigotito y un peinado de brillantina?

Augustus Newman fue de los pocos que recordó que aquel Hitler era el mismo que había intentado el *putsch* en Múnich, en noviembre de 1923. Uno de los contactos del servicio de

inteligencia británico en Berlín le envió un ejemplar del libro escrito por Adolfo Hitler durante su estancia en prisión, *Mein Kampf*. Los parados y la juventud alemana, sin posibilidades de incorporarse a un trabajo normal, sin recursos económicos para iniciar una vida familiar, vieron una salida en aquella organización pseudomilitar que les proporcionaba un uniforme y un sueldo. Las SA

que lideraba Ernst Röhm.

Augustus habló sobre cómo veía la juventud en Alemania, a diferencia de la que tenía allí, en Londres. Fue una charla improvisada, Ethel no podía dejar de escuchar. Newman no era un pesimista, todo lo contrario, estaba acostumbrado a vencer las dificultades, a poner al mal tiempo buena cara, a buscar las salidas adecuadas cuando la situación parecía imposible. Pero se sentía incapaz de contarles un cuento a aquellos jóvenes de entre dieciocho y veintitantos. Muchos de ellos deberían arriesgar sus vidas si la tormenta que él preveía se desataba sobre Europa.

Ethel sabía que Augustus no era esa clase de hombres que hablaban por hablar. Lo notaba muy preocupado, intentando explicarles que debían estar concienciados ante lo que venía. La caída de Wall Street había cambiado las expectativas del mundo en el que les había tocado vivir. Que deberían afrontar durísimas circunstancias, y que nadie podría evitar lo que se avecinaba.

—Vosotros, muchachos —incluía a las pocas chicas que habían asistido—, tenéis que seguir haciendo lo que hacéis. Estudiar, trabajar duro, intensamente. Gran Bretaña os necesitará antes o después. ¡No me malinterpretéis! ¡No quiero decir que vaya a estallar una guerra mañana! ¡Tal vez nunca! Pero sois la élite de un país que tendrá que defender las libertades del mundo. En unos tiempos de cambio total. Os va a tocar a vosotros y no tendréis detrás a nadie. Dependerá de vosotros, de vuestra capacidad de aguantar y de vuestro valor personal. De nada más.

Aquellas palabras hicieron mella en Ethel. Jamás podría olvidarlas, coincidían con la filosofía de su padre. Aguardaba con impaciencia que llegara el final de mes para reunirse con él en Beirut. Habían quedado en hacer una excursión a Baalbek y a Palmira. Una verdadera excursión con una caravana de camellos,

desde Zahlé antes de entrar en el valle de la Bekaa, hasta Baalbek, permanecer allí dos o tres días y después proseguir hacia el noreste hasta Palmira. Una vez allí, volverían en avioneta a Beirut. Una emocionante excursión que la hacía soñar. Sarah le dijo sonriendo que ella prefería quedarse en su confortable casa de Beirut, donde tenía muchas cosas de las que ocuparse. Era una delicada excusa para permitir a padre e hija que estuvieran juntos sin ninguna traba.

Ese era el original regalo de cumpleaños de Ethel. Cuando se lo contó a sus amigos y amigas se encontró rostros de incredulidad. Tuvo que intervenir Augustus Newman para confirmar lo que ella contaba:

—Ese viaje lo hice yo con tu padre hace unos años, aunque solo hasta Baalbek. En una caravana de camellos, aunque Thomas y yo preferimos montar a caballo. ¡Qué tiempos aquellos! Baalbek es un lugar portentoso, así que, si ahora podéis llegar también hasta Palmira, creo que será un viaje inolvidable. La ventaja que tiene —Newman se dirigía a los amigos de Ethel— es que ella habla muy bien el árabe y los camellos solo entienden ese idioma, ¿verdad, Ethel?

Newman le guiñaba un ojo de complicidad, mientras los presentes no sabían qué pensar.

En junio de 1930 los cimientos de toda Europa crujían, mientras las tropas aliadas evacuaban Renania. El Tratado de Versalles era ya solo un mal recuerdo para los alemanes, y solo algunos, como Winston Churchill, se atrevieron a contar a un grupo de amigos que incluía a Newman lo que pensaban que iba a suceder. Churchill les rogó que hiciesen un prudente uso de aquella información. Nadie podía leer el futuro en las estrellas, estaba mucho, mucho más cerca, dijo Churchill con ironía.

Ethel Harding

JULIO-NOVIEMBRE DE 1930

Cuando Ethel llegó a Beirut, el calor era agobiante, pero convenció a su padre para seguir adelante con la excursión a Baalbek. Viajarían desde antes de amanecer hasta media mañana, entonces montarían el campamento y descansarían durante las horas más calurosas.

Thomas Harding, que conocía bien a su hija, lo tenía todo preparado. La idea era ir hasta Zahlé en coche, y una vez en aquella población seguir en caravana. Serían necesarios unos quince camellos y al menos una docena de resistentes caballos. Les acompañarían veinte de hombres de confianza, pues el jefe Abu Hassan ya había ido con él anteriormente. Desde Zahlé tardarían cuatro jornadas hasta Baalbek, donde pasarían tres días, después desde Baalbek a Palmira serían unas cinco jornadas de viaje, y dos días completos allí, en total algo más de dos semanas con mucho calor, y mucha ilusión por rememorar otros momentos. Lo que le importaba a Thomas era reanudar una relación que se había ido diluyendo por la distancia. A Ethel le ocurría lo mismo, sentía un gran cariño por su padre, se quejaba de que se veían demasiado poco. Sabía lo que aquellas viejas piedras significaban para él, y deseaba compartir unos momentos irrepetibles.

Ethel tenía la sensibilidad suficiente para darse cuenta de que su padre no parecía ser el hombre alegre y lleno de confianza que ella recordaba. Algo estaba ocurriendo dentro de él, pues en los últimos tiempos lo veía silencioso y distante. Percibía que entre él y Sarah existía un acuerdo tácito, pero no verdadero amor. Probablemente eso no había existido nunca. Sustituyó a Caroline, rellenó un enorme vacío, algo que había sido fundamental para Ethel, ya que Sarah siempre la colmó de amor y cuidados durante todos aquellos años.

Ethel no terminaba de entender a su padre, un profesor que

nunca había ejercido como tal, un arqueólogo frustrado, un militar por la fuerza de las circunstancias, un político que no quería figurar ni necesitaba el dinero, no terminaba de pertenecer a ninguno de los mundos en los que había desarrollado su vida. En Inglaterra apenas tenía amigos. Pasaba por alguien excéntrico, que prefería vivir en la polvorienta y atrasada Beirut antes que en la adelantada y cosmopolita Londres. En el Líbano era una persona prestigiosa, casi todos le apreciaban, pero no era, ni sería jamás, uno de los suyos. En la clara tez inglesa de Thomas estaban apareciendo las oscuras manchas provocadas por el fuerte sol del Levante, como tatuajes indelebles que narraban la historia de su vida en Oriente. Alguien que quiso elegir la libertad, que se sintió muy atraído por una determinada forma de entender la existencia, y que se veía cautivo de su propia elección.

Ella pretendía no cometer los mismos errores. No estaba segura de querer vivir en Beirut, quizás temporadas, pero no creía que fuese a construir su hogar allí.

Thomas conocía bien las ventajas y los inconvenientes de esa decisión, los había disfrutado y sufrido en su piel. En los últimos años pasaba tanto tiempo en Oriente como en Inglaterra. No se trataba de cansancio, sino de recuperar el tiempo perdido. Por ese motivo, a pesar del fuerte calor y los inconvenientes, ambos decidieron realizar aquella excursión sin perder más tiempo. Baalbek, más que Palmira, era el lugar de encuentro. Ethel sabía lo que aquellas doradas piedras significaban para su padre. Los instantes mágicos que tuvieron lugar allí, en apenas unas semanas, pero que habían marcado de manera indeleble su propia vida.

Él, sin atreverse a mirarla a los ojos, le habló de su trágico error, de su enorme deseo entonces de participar en las excavaciones en Mesopotamia con el profesor Patterson. Lo que sucedió. El drama que cayó sobre él, al culparse de la desaparición y muerte de Caroline. Eso seguía estando allí y cada visita a Baalbek era una catarsis personal, en la que encontraba sus propios sentimientos, que a veces creía olvidados o perdidos. Cuando terminó de contarle todo aquello, Ethel notó los húmedos ojos de su padre, que la miraba como queriendo que lo perdonara. Ella lo besó en las mejillas y él intentó sonreír sin lograr engañarla.

La ola de calor remitió dando lugar a un tiempo suave, de noche era

obligado cubrirse con una manta. Ethel no estaba acostumbrada a montar con frecuencia, pero había aprendido desde pequeña y le gustaba hacerlo. Eligieron una yegua mansa y dócil para ella, ya que en camello resultaba más incómodo y difícil para alguien inexperto. También su padre prefirió un caballo. Los árabes les acompañaban en caravana, mientras ellos dos se adelantaban o se detenían para admirar la vista en un momento dado. Cualquier excusa era motivo para disfrutar un instante.

El Líbano era en verdad un lugar prodigioso. Como una vez le comentó Tannouki, por mucho que dijeran los iraquíes, era en el valle de la Bekaa donde sin duda alguna había estado localizado el paraíso. Un aire limpio, puro, traslúcido, que permitía distinguir los más mínimos detalles en la lejanía, unas montañas protectoras que proporcionaban un clima singular, un lugar grandioso e inesperado por su belleza.

Cuando se acercaron, Baalbek apareció ante ellos de improviso. Excepto unos cuantos beduinos y un arqueólogo alemán que se acercó a saludarlos y ofrecerles su tienda, un tal Max Steinberg, que estaba realizando un reportaje fotográfico con una máquina especial de grandes placas, con negativos de tres por tres pulgadas, allí no había nadie más; unos gansos salvajes que debían de anidar en unas charcas cercanas y que cruzaban fugazmente el cielo lanzando continuos chillidos de satisfacción.

Max Steinberg, un hombre cercano y amistoso, les invitó a compartir la cena. Viajaba con un par de sirvientes árabes. Le encantaba la comida libanesa y poder degustar alguna de las especialidades locales. Era un hombre culto y ameno, aproximadamente de la edad de Thomas.

Apenas se sentaron con él junto a su tienda, les comentó que era judío, lo que le estaba ocasionando serios problemas en Berlín, donde era profesor de historia del arte. En el Ministerio de Cultura deseaban realizar una edición de los antiguos lugares como Baalbek, que debían inspirar la nueva y grandiosa arquitectura pública del Reich. Tuvo la oportunidad de solicitar la plaza, y como tenía fama de ser un excelente fotógrafo, le habían enviado allí. Por supuesto, terminaría el trabajo con la mayor calidad posible, pero añadió con toda franqueza que no pensaba volver a Alemania, al menos por el momento. El ambiente allí estaba muy enrarecido. Se señalaba a los

judíos como los culpables de todo. Muchos de los más afamados médicos, profesores, abogados y científicos de Alemania eran judíos. Eso, según él, había generado un clima de envidia, una mezcla de celos profesionales y de odio racial. También se decía, insistentemente, que todo el dinero se hallaba en manos de los judíos, que hacían sus negocios impidiendo que fluyera hacia los trabajadores, que controlaban los medios de difusión, que monopolizaban los despachos de abogados, las mejores consultas médicas. Toda esa nociva propaganda llena de mentiras y medias verdades estaba dando sus frutos. No era fácil ni cómodo ser judío en aquellos momentos en Alemania.

Añadió que iría a Salónica[71]. Tenía un gran interés en realizar un reportaje fotográfico de la comunidad judía, una de las más auténticas y antiguas de Europa. Más adelante, emigraría a Palestina, deseaba comprobar qué iba a ocurrir con el sueño de Theodor Herzl y su Estado Judío.

Antes de que abandonaran su tienda, le regaló a Ethel dos impresionantes fotografías de Baalbek. En una de ellas se veía la terraza y al fondo la columnata en una dramática puesta de sol. En la otra, uno de los árabes en pie daba la verdadera dimensión de la llamada «Piedra del Sur», un megalito de unas proporciones gigantescas, como tallado por los dioses. Ethel agradeció el delicado presente, y le prometió que las colocaría en su estudio, como recuerdo de aquellas dos tardes.

Al amanecer del día siguiente salieron para Palmira. Serían cuatro jornadas duras por el escabroso desierto, tras cruzar la cordillera del Antilíbano por su extremo norte, donde las abruptas montañas se transformaban poco a poco en suaves colinas. Thomas recordaba su última estancia allí. Ethel no notaba el calor ni el frío, leía al atardecer un libro sobre la historia de la reina Zenobia y el reino de los nabateos. Palmira había sido asolada por los hombres y por los terremotos, pero cuando llegaron al lugar, Thomas vio los incrédulos ojos de su hija al observar aquel impresionante panorama en ruinas. ¡Qué tendría que haber sido cuando era una ciudad en todo su esplendor! Después cabalgaron en silencio por la inmensa avenida a lo largo de la gran columnata. Thomas no deseaba interrumpir las reflexiones de Ethel, sabiendo por experiencia propia que aquel era un momento único en la vida.

Permanecieron allí dos días y dos noches. Ethel caminaba entre las ruinas monumentales, que daban la impresión de cambiar a lo largo del día, desde los reflejos dorados del amanecer hasta un tono rojizo oscuro cuando el sol se ocultaba. Por allí habían pasado muchos conquistadores, hombres orgullosos, convencidos de que la gloria les aguardaba, desde Marco Antonio hasta Adriano.

El sol, el viento, las fuerzas de la naturaleza irían transformando aquel lugar hasta que retornara el equilibrio. Aquellas columnatas, el templo de Bel, el de Nebo, el ágora, el teatro, algún día todo volvería a ser polvo del desierto, arrastrado por el viento. Max Steinberg les había comentado su intención de ir a Palmira para fotografiarla, con aquella precisión y dramatismo de que era capaz. Tal vez un día muy lejano, aquellas placas contarían la historia de un reino mágico en el desierto de Siria.

Como su padre le había prometido, fueron al lugar cercano donde existía un aeródromo, construido por Allenby en su campaña de los últimos tiempos. Se trataba de un espacio más o menos llano, limpio de piedras donde solo crecían unos matojos espinosos. Al día siguiente escucharon un rumor acercándose. Era el avión de Tom Flagerthy que venía a buscarlos. Estaba realizando las fotos aéreas de toda la región por encargo del Almirantazgo, de acuerdo con los franceses, con los que compartirían la información. Los árabes que les acompañaban volverían a Zahlé con los camellos y desde allí enviarían su equipaje a Beirut. Ethel y su padre subieron al De Havilland, un moderno aunque estruendoso biplano, que despegó levantando una nube de polvo. Después Ethel con los ojos muy abiertos pudo observar el maravilloso espectáculo, el desierto, el valle de la Bekaa, las montañas y el litoral, desde el punto de vista de un águila.

Una hora y media más tarde, aterrizaron cerca de Beirut, donde les aguardaba el automóvil. Ethel estaba entusiasmada, la experiencia en el avión le había parecido maravillosa, hasta aquel día no sabía lo que era volar.

Su padre había cumplido su promesa con creces. Las visitas a Baalbek y a Palmira la habían enriquecido, se notaba distinta, ahora podía comprender muchas cosas. Su padre le retó a escribir un relato de tipo periodístico para enviarlo al periódico *The Times*. Conocía al editor, que le prometió sacar el artículo en las páginas

de viajes. Era la sorpresa que le tenía reservada.
En septiembre Ethel y Sarah embarcaron para Londres, ya una rutina. Thomas se quedó unos días en Beirut, aunque su intención era permanecer en El Cairo hasta final de año, desde donde iría a Londres para pasar la Navidad en casa. El artículo de Ethel Harding se publicó con gran éxito en *The Times* y Dawson le propuso una colaboración que Ethel aceptó. Estaba escrito. Ella tenía un conocimiento real de Oriente, desechaba todo lo que eran falsas atribuciones de tipo romántico-novelístico. Ella amaba profundamente, sobre todo el Líbano, su tierra de adopción, donde se sentía como en casa.

Ethel oía hablar de que se acercaba una gran tormenta, mucho peor que la que había sumido al mundo en la Gran Guerra. Quería estar preparada.

Se sentía una mujer moderna y quería demostrar que no tendría nada que envidiar de los hombres. Augustus Newman se lo había dicho bien claro. «Llegará el día en que las mujeres tendrán las mismas responsabilidades que los hombres, pero para ello, algunas tendrán que marcar el camino». Esa era su ambición. Algunas noches soñaba con su madre, Caroline, de la que tenía en su mesa de estudio una foto en Baalbek tomada por su padre en 1911.

Eduard Boghossian

DICIEMBRE DE 1930 - SEPTIEMBRE DE 1931

Aquel era uno de los inviernos más fríos que Londres recordaba. Ethel soportaba el mal tiempo con resignación, y mientras caminaba la milla larga que la llevaba hasta la facultad, no podía dejar de pensar con envidia en el suave clima del Mediterráneo. Pero Londres tenía sus compensaciones, era el centro del mundo, allí se producían los acontecimientos que marcaban el destino de todas las naciones. Los científicos, escritores y pensadores que habitaban en aquella ciudad señalaban el camino para abrir el futuro. Al menos hasta entonces había sido así. Los periódicos hablaban cada vez más de lo que ocurría en el continente. Sobre todo en Alemania, donde estaban sucediendo muchas cosas, casi todas preocupantes. Alemania y Austria exigían su unión aduanera. Francia e Inglaterra se oponían a la idea de una *Mitteleuropa*. No deseaban volver a las andadas.

Ethel tenía un secreto que no quería compartir con nadie de momento. Se había encontrado por casualidad con el hijo del doctor Boghossian. Todas sus expectativas de futuro habían cambiado.

Ethel Harding y Eduard Boghossian se conocían de vista, de alguna vez en Beirut, siendo niños, a pesar de la diferencia de edad, después en alguna ocasión volvieron a encontrarse paseando por La Corniche, y luego el tiempo y las circunstancias les habían hecho olvidar todo aquello. Eduard tenía casi seis años más que Ethel y en esa etapa de la vida, hasta pasados los diecisiete o dieciocho años, esa diferencia podía llegar a ser un abismo insondable.

Eduard se sintió irremisiblemente atraído por aquella preciosa joven, de mirada inteligente y cabello castaño. Ethel Harding era diferente y todos los que la conocían notaban su extraordinaria simpatía y don de gentes. Eduard también notó el especial magnetismo que emanaba de aquella joven, y cuando de pronto supo que se trataba de la hija de Thomas Harding, se dirigió a ella.

—¡Ethel! ¡Ethel Harding! ¿Te acuerdas de mí? ¿Sabes quién soy?

Ella había cumplido veintiún años y él veintisiete. Eduard le explicó que acababa de terminar la carrera de medicina, como su padre, y que estaba estudiando la especialidad de psiquiatría, a pesar de que el doctor Boghossian le había insistido en que podría llegar a ser un extraordinario cirujano.

Volvieron a verse al día siguiente y los días sucesivos. Apenas un mes más tarde Eduard le declaró su amor, y Ethel lo aceptó. Sin embargo, lo mantuvieron en secreto.

Thomas Harding se hallaba en Londres, aprovechando para visitar a su oftalmólogo y al cardiólogo, antes de retornar a Beirut con su esposa Sarah y con Ethel, que acababa de terminar las clases y a la que le encantaría volver a Baalbek o visitar los zocos de Alepo o de Damasco con sus padres.

Eduard no podía irse de Londres. Estaba trabajando en el Hospital St. Thomas para poder pagarse los estudios, no deseaba ser una carga para su padre, que tenía hijas a las que dar carrera, y escasos medios para poder hacerlo.

Ethel y Eduard eran conscientes del amor surgido entre ellos, una fuerza imparable que los tenía anonadados de pura felicidad, y también de preocupación por lo que les separaba.

Los Harding pertenecían a la clase social más alta de Inglaterra. Eran ricos y poderosos. Tenían propiedades y relaciones, su apellido se entroncaba con los más selectos de la aristocracia inglesa. Los Boghossian eran otros armenios más de los muchos que habían tenido la oportunidad de llegar a Beirut, después de que los avatares de la historia los golpearan una y otra vez. Primero en Sasún, de donde eran originarios, después en Alepo y finalmente en Beirut, donde ya eran otras de los miles de familias armenias que daban gracias todos los días a Dios por haberles permitido sobrevivir hasta entonces.

Que Eduard Boghossian y su hermana Marie estuvieran en Londres terminando sus carreras formaba parte de una intención compartida por muchos de sus compatriotas, de reiniciar una nueva vida, lejos de los lugares donde había ocurrido la enorme tragedia para los suyos.

Eduard Boghossian era un joven con las ideas muy claras. Su padre les explicó a él y a sus hermanas que podría proporcionarles los

medios para el viaje y poco más. Todo lo demás correría por su cuenta, solo tendrían una oportunidad. Tanto Eduard como Marie eran inteligentes, y habían vivido las terribles circunstancias con la edad suficiente para poder darse cuenta de la realidad. Marie tenía un año y medio más que Eduard, y había visto llegar a Beirut a algunas de sus primas después de haber perdido a sus padres y hermanos. Ellos mismos habían sufrido la traumatizante experiencia en Alepo, escapando en el último instante de las garras de la muerte.

Ethel deseaba mantener el romance en la mayor discreción. Quería estar totalmente segura de sus sentimientos, pues a pesar de su juventud poseía un gran sentido común y no deseaba equivocarse. En cuanto a Eduard, a pesar de que era consciente de su amor, también lo era de las diferencias. No hubiera podido soportar que nadie pensara que su amor lo era sobre todo a lo que significaba social y económicamente. Unirse al apellido Harding le abriría las puertas de la alta sociedad de Londres. Él estaba convencido de que podría llegar a ser un buen médico, un gran psiquiatra, y quería llegar a serlo por sus propios méritos. ¡Había tanto por hacer en ese campo! La Gran Guerra había dejado muchísimas secuelas, cantidad de personas afectadas, que aún después de varios años no eran capaces de entender lo que había ocurrido, ni mucho menos de asumir su propia incapacidad de relacionarse con normalidad, de dar o recibir afecto, ni podían superar terribles pesadillas, lo que no les permitía reintegrarse a la vida.

Eduard trataba varios casos en el Hospital St. Thomas y ponía en todos ellos sus conocimientos y el máximo interés, pero sobre todo tenía una paciente, una mujer armenia que había llegado a Londres con su familia en 1916; desde entonces sufría un proceso depresivo que iba agudizándose con el paso de los años, hasta rayar en la locura, pues llegó a atacar a cualquiera que llevara uniforme, incluso al cartero. Apenas hablaba, ni mantenía relaciones con su esposo, ni podía quedarse sola ya que comenzaba a chillar desesperadamente. El caso era un reto para Eduard Boghossian y para sus profesores, que veían las grandes posibilidades de aquel joven armenio que tenía sobre ellos la ventaja de poder dirigirse a la paciente en su idioma natal, lo que resultó fundamental para

establecer la primera comunicación sobre una base de confianza y cercanía. Ethel aún era demasiado joven para entender algunas cosas, pero cuando Eduard le dijo que la amaba, ella comprendió que a partir de aquel preciso instante iba a cambiar su vida si aceptaba, tendría que luchar por ello. Asintió llena de alegría y ambos lloraron de emoción.

Pasaron los meses y Ethel partió para Beirut acompañando a su padre y a Sarah, como otro verano más, aunque aquel año fue distinto. Ella escribía largas cartas repletas de amor, promesas y sueños, y recibía otras tantas de Eduard que las enviaba a la dirección de su casa en Beirut, a nombre de su hermana Teresa, que se sorprendió del aluvión de misivas a su nombre.

Aquel verano fue más caluroso de lo normal, bochornoso y el único lugar en la casa de Thomas donde existía un ambiente soportable era la parte de atrás del sótano, la que se introducía por debajo de la colina posterior. Había hecho arreglar la gruta bajo la casa por la que salía una corriente de aire fresco en verano y templado en invierno. Allí se retiraba Ethel a escribir sus apasionadas cartas a Eduard, para poder respirar durante las horas más duras del día.

A pesar del excesivo calor que estaba haciendo, le gustaba estar en Beirut, poder compartir parte de su tiempo con su padre. A Sarah la veía mucho más, ya que permanecía más tiempo en Londres con ella.

Aquel verano Thomas no llegó a saber que su hija Ethel se había comprometido. Sentía una gran admiración por el sentido común de su hija y estaba convencido de que se transformaría en una mujer de gran personalidad y atractivo. El solo hecho de hablar el árabe como si se tratara de su primera lengua, y de haberse educado hasta casi los doce años junto a Nadima Ghalib, le habían proporcionado una gran comprensión por aquel mundo tan diferente al europeo.

En una de las cartas, Eduard le contaba que tal vez lograría entrar en la cátedra que el doctor Sigmund Freud dirigía en el Hospital General de Viena como ayudante durante el siguiente curso. Eran plazas contadas, pero tal vez lo consiguiera gracias a su dominio del alemán. Sus palabras rebosaban de entusiasmo. Ethel le contestó que se sentía orgullosa de él y estaba segura de que lo conseguiría.

Fue entonces cuando Ethel decidió hablar con su familia. Allí, en la terraza superior, después de cenar, explicó a su padre y a Sarah sus sentimientos hacia Eduard Boghossian. Le permitieron hablar sin interrumpirla, mientras Thomas Harding saboreaba una copa de *brandy*. Para él, hubiese preferido que su hija le dijese que amaba a otro joven inglés de su misma clase social y situación económica. Pero sabía bien que una cosa eran los deseos y otra muy distinta el verdadero amor. Ambos permanecieron en silencio durante un rato, hasta que Sarah se levantó y besó a Ethel en la frente. Thomas asintió y convencido de que no se podía luchar contra las fuerzas de la naturaleza, se dirigió hacia su hija y la abrazó.

—Ethel. Es tu elección y, por tanto, solo podemos desearte la máxima felicidad. Conozco a ese muchacho. Eduard Boghossian es hijo de un buen amigo mío, alguien que en los momentos difíciles, cuando su pueblo sufrió terribles asechanzas, demostró su valor y su grandeza de espíritu, lo mismo que el resto de su familia. Además, conociéndote, sé que no te habrías sentido atraída por él si no se tratara de alguien excepcional. Felicidades, Ethel, ya sabes que cuentas con nosotros.

Ethel, conmovida, abrazó a su padre y Sarah se unió a ellos. No había mucho más que decir, aunque después Thomas Harding permaneció pensativo en la terraza hasta altas horas de la madrugada. Recordando otros momentos, su larga relación con el doctor Boghossian, un hombre bueno y generoso que había demostrado sobradamente lo que era capaz de hacer por los demás, aun a costa de arriesgar su propia existencia.

A mediados de septiembre de 1931, Sarah y Ethel embarcaron para Southampton. Tuvieron una tranquila travesía en la que Ethel no dejó de pensar en su prometido y en lo que le diría cuando se encontrase con él.

Sin embargo, lo que encontró fue una carta en la que Eduard le explicaba que había tenido que viajar a Viena, donde estaba citado para una evaluación urgente, un examen entre varios de los candidatos para decidir quién se llevaba la plaza. El alemán de Eduard Boghossian era excelente, pero no podría competir con alguien nacido allí, y le escribía a su novia preocupado, diciéndole que no las tenía todas consigo. Además, el doctor Sigmund Freud tenía fama de ser muy exigente, y no sabía si podría alcanzar el

nivel en algo tan sutil como el psicoanálisis. Terminaba diciéndole que volvería a Londres en cuanto pudiera y que la quería.

Ethel no tenía la menor duda sobre su decisión. Recordaba otros momentos de su niñez en Beirut, cuando caminaba con su padre por La Corniche de Beirut. La primera vez que vio a Eduard Boghossian y escuchó el comentario de su padre: «Ese es uno de mis mejores amigos, y también uno de los hombres más valientes y honestos que he conocido en mi vida».

Viena

1932

«Al final, las víctimas son héroes, y los verdugos, verdugos».

Eduard Boghossian tuvo la suerte de caerle en gracia al doctor Freud, quien se interesó vivamente por la brillante exposición que aquel joven médico armenio hizo sobre un original tema, «Víctimas y verdugos», bajo el punto de vista de la psiquiatría. Le escuchó hablar de lo que había ocurrido en Anatolia, y de lo que ocurría entre las víctimas y los verdugos desde el interior de la mente humana. Era algo tan nuevo que el doctor Freud dedicó un largo rato a preguntar al joven médico armenio. En Viena vivían algunos comerciantes armenios, pero hasta el momento, ninguno era paciente del afamado doctor.

Así fue como a Eduard Boghossian le adjudicaron la plaza de médico ayudante en la especialidad de psiquiatría, la llamada en aquellos días «Ciencia Judía», por el predominio de los médicos de origen judío en ella.

Ni él mismo podía creerse aquella oportunidad. El doctor Freud lo colocó como especialista en el Hospital General de Viena.

—Allí permanecí yo durante tres años… —le contaba a Eduard — y como puede comprender tuve que hacer de todo, internista, dermatólogo, incluso traumatólogo. Entonces pensaba en aprender a ser médico. En el hospital aprenderá muchas cosas. Después trabajará dos tardes por semana en la universidad, como otro más de mis ayudantes.

No había nada que discutir. El doctor Freud tampoco admitía la menor contradicción a lo que él pensaba.

Eduard le obsequió una alfombra turca de la tienda de un armenio que se dedicaba a importarlas desde Estambul, para colocar sobre el diván en el que el doctor Freud realizaba sus sesiones de psicoanálisis. Freud quedó encantado.

A principios de 1932, Eduard tuvo un par de semanas de vacaciones

y aprovechó para viajar a Londres, a pesar de que entre ir y venir consumía gran parte del tiempo, necesitaba ver a su novia. Ethel se emocionó al verlo, porque él quiso que fuera una sorpresa. Pasaron cinco días juntos, ella decidió que no ocurriría nada por faltar esos días a la universidad, y él volvió a declararse, convencido que Ethel era la mujer de su vida y en la increíble suerte que había tenido al encontrarla.

Fue durante aquel encuentro cuando fijaron la fecha de la boda para el verano de 1932. Ethel no deseaba una boda que se convirtiera en un acontecimiento social, y decidieron celebrarla en la mansión de los Harding en el campo, en Surrey, en un ambiente familiar. Ethel lo habló con su padre que no puso el menor inconveniente. Solo comentó «¿No eres muy joven para casarte?». Ella negó con la cabeza. No. No lo era y además quería casarse con Eduard. ¿Para qué esperar más? Su padre lo entendió perfectamente. ¿No había grabado hacía muchos años en su reloj *Carpe diem*? Además, no quería manifestar sus pensamientos, pero veía el futuro con gran pesimismo. Todo lo que estaba sucediendo en Alemania le preocupaba. Había sido testigo de lo que eran capaces de hacer los alemanes durante la Gran Guerra y, sobre todo, la frialdad con la que habían actuado en contra de los armenios, en los momentos más terribles de aquel pequeño gran pueblo, que vio como un país cristiano, culto y supuestamente civilizado era capaz de ser cómplice de un Gobierno que intentaba aniquilar a una parte importante de sus súbditos, únicamente por motivos de raza y religión.

Desde entonces Thomas no creía en Alemania. Lo que estaba sucediendo allí le daba la razón. Aquel individuo, Adolf Hitler, le parecía un ser despreciable, capaz de cualquier cosa para conseguir sus fines. Le recordaba mucho a la forma de ser y actuar de Talat Pashá, que había sido asesinado en el centro de Berlín por un estudiante armenio que deseaba vengar a los suyos. Un tal Soghomón Tehlirian. Era algo muy justificado, como sentenció el tribunal que lo juzgó al declararlo «no culpable».

Los padres de Ethel lo recibieron en su casa en Londres y no solo le dieron la enhorabuena, sino que le dijeron que se sentían muy contentos por la elección de su hija. Él había temido que las diferencias sociales y económicas fueran una muralla infranqueable

y, sin embargo, se encontró con personas que sabía ver más allá, y que no pertenecían a los clasistas e interesados que cerraban las puertas a los que no eran como ellos.
De vuelta en Viena prosiguió su trabajo en el Instituto de Fisiología de Viena, en el Departamento de Etología y Comportamiento. Permaneció como médico interno durante varios meses, aguardando impaciente la fecha del enlace. A principios de junio, aprovechando sus vacaciones, volvió a viajar a Londres para celebrar su boda con Ethel.

El 15 de junio de 1932 contrajeron matrimonio civil en el ayuntamiento de Milford, y posteriormente celebraron una comida familiar en la mansión de los Harding en Surrey. Podían entender muy bien los deseos de Ethel, no querían una boda ostentosa y mucho menos una exhibición de riqueza y poder. Por la familia del novio solo asistieron sus dos hermanas, que residían en Londres desde hacía varios años. El doctor Boghossian les envió una emocionante carta, en la que expresaba sus deseos de felicidad para la joven pareja. Terminaba diciéndoles que le agradaría poder abrazarlos en Beirut, excusándose por no asistir. Se sentía demasiado mayor, y se encontraba ligeramente indispuesto para llevar a cabo un viaje tan largo y fatigoso.

Ethel y Eduard viajaron a Escocia de luna de miel. A final de junio volvieron a Londres y cuatro días más tarde se dirigieron a Viena. De momento vivirían en un pequeño apartamento alquilado. Al menos durante el tiempo que él tuviera que permanecer allí, hasta terminar la especialidad, lo que significaba un par de años más.

Eduard Boghossian tenía pensado abrir una consulta en Ginebra o en Baden-Baden en cuanto hubiera acabado. No podía aceptar tener que depender de su suegro para llevar una existencia digna. Quería mucho a Ethel y pretendía que ella se sintiese orgullosa de él. Para Ethel el dinero era algo que ayudaba a conseguir los objetivos en la vida, pero no era importante en sí mismo. Ninguno de los dos necesitaba lujos ni caprichos. Ella deseaba seguir estudiando y se matriculó en la Universidad de Viena. Quería terminar de perfeccionar su alemán.

Viena seguía siendo una ciudad cosmopolita, a la que llegaban muchos europeos en busca de su historia y de su música. A pesar de

todo, era un lugar impresionante que transmitía la nostalgia de un legendario pasado, durante el cual había sido la capital del Imperio austrohúngaro. Allí se vivía bien y las cosas iban mejorando poco a poco. A final de verano de 1932, los parques rebosaban gente ansiosa por disfrutar de la vida, y la música de los Strauss se escuchaba en cualquier momento del día, en todas las esquinas de la ciudad. Su apartamento tenía fachada al Donau Kanal, en la esquina con Taborstrasse, lo que permitía a Ethel desplazarse a la cercana universidad en bicicleta.

De día normalmente cada uno hacía su vida. Él iba en tranvía hasta el Instituto de Fisiología y allí permanecía toda la jornada. Almorzaba en un restaurante cercano, y a las cinco volvía a su casa, donde encontraba a Ethel que preparaba una cena ligera. Después salían un rato a pasear para estirar las piernas, y cambiaban impresiones sobre muchas cosas.

A primeros de octubre ella le comentó que el profesor Max Steinberg había pedido el traslado a Viena, donde tenía su casa, probablemente sería su profesor de historia del arte. No había podido llevar a cabo su ilusión de publicar un libro de fotografías sobre Baalbek y Palmira. Su condición de judío le había cerrado muchas puertas en Berlín, y cada día que pasaba las cosas empeoraban para ellos, fuera cual fuese su prestigio intelectual o económico.

Comenzaron una relación de amistad con el profesor Steinberg, quien cerca de los cincuenta años se mantenía en buena forma. Lo invitaron a cenar una noche a mediados de octubre en su apartamento, y les llevó una preciosa fotografía del templo de Venus en Baalbek, en la que se distinguía con gran definición dos personas al pie de las ruinas. Eran Thomas Harding y Ethel. Se había molestado en enmarcarla, y era una foto extraordinaria.

A Ethel le pareció un maravilloso detalle y tras observarla con detenimiento, lo abrazó. El profesor Steinberg quitó importancia al detalle, pero cuando Eduard la colgó de la pared, era evidente que el autor había sabido resaltar la enorme belleza del templo de Venus, el ambiente de serenidad y decadencia, y lo que no era menos importante, la pasión de los Harding por aquel maravilloso lugar en Oriente, que siglo tras siglo seguía atrayendo a las personas con sensibilidad para con un mundo clásico, en el lugar donde el sol

brillaba cada amanecer para volver a iluminar su ciudad preferida[72]. Para celebrar el encuentro y la renovación de la amistad, abrieron una botella de Riesling, el fruto de la dorada uva de la Europa central, y brindaron por Venus, Baco y Júpiter.

Ethel recordaba su visita allí, cuando estudió al detalle las jambas del portón del templo de Baco. Los preciosos ornamentos corintios, los racimos de uvas, las espigas de trigo, las flores, los símbolos. No pudo evitar que se le humedecieran los ojos, y contagió al profesor con sus nostálgicos recuerdos.

—Usted, profesor, es el causante de mi emoción. Lo ha provocado con esa maravillosa placa, ¡jamás había visto una fotografía así!

Steinberg quitó mérito a su intervención. Aseguró que el magnífico objetivo era el responsable y, por supuesto, las placas que proporcionaban la calidad final y la definición. Añadió que tenía una preciosa colección de fotografías realizadas en sus viajes a Oriente, aunque reconoció al final, aquella era una de las más acertadas. El suave vino de Riesling terminó por soltar la lengua de Steinberg. Su mayor problema, la soledad, aunque les confesó que había alguien. Comenzaba a pensar que la gente lo rehuía, nadie quería estar demasiado cerca. Se trataba de su condición de judío. Sus compañeros, los profesores y catedráticos de la Universidad de Berlín, al menos una importante mayoría, estaban derivando hacia un feroz antisemitismo, y en todas partes se criticaba a los grupos judíos, que acaparaban las cátedras, el derecho, la medicina y la investigación científica.

—¡Yo soy austríaco! —rebatió el profesor—. ¡Mis padres también lo eran! ¡Mi familia lleva en este país siglos! Y ahora he tenido que abandonar la Universidad de Berlín por culpa del antisemitismo, que me está amargando la existencia.

Ethel no podía entender lo que estaba sucediendo en Alemania. ¡Que alguien de la cultura y sensibilidad del profesor Steinberg tuviera que marcharse, a causa del ambiente enrarecido en contra de los judíos, dentro del claustro de profesores de la prestigiosa Universidad de Berlín! Comenzó a darse cuenta de que en Viena había muchos indicios de lo mismo.

Eduard le contó entonces lo que le había sucedido con uno de los médicos que le daban clase. Aquel hombre odiaba a los judíos y

cuando lo conoció le comentó:

—He oído que a ustedes los armenios les llaman a veces los judíos de Asia. ¿Es que son ustedes judíos?

Eduard tuvo que explicarle que nada tenían que ver, pero añadió que en cualquier caso la mayoría de los armenios admiraban profundamente a los judíos.

—Entonces fue cuando el médico ese me insultó, diciendo que en Austria no cabían los admiradores de los judíos, y que los judíos y sus admiradores también debían marcharse.

Eduard le dejó con la palabra en la boca, pensando que era una verdadera lástima que estuviera sucediendo algo así, en un país tan hermoso y supuestamente avanzado como Austria.

A mediados de octubre recibieron un telegrama trayendo una triste noticia. El doctor Boghossian acababa de fallecer. Eduard lloró desconsoladamente, muy afectado por la triste nueva. Su padre llevaba meses enfermo, pero nadie podía haber previsto un desenlace tan rápido. De mutuo acuerdo tomaron la decisión de viajar a Beirut. Ya no se podía hacer nada, pero era un último gesto hacia aquel hombre.

Al día siguiente viajaron por tren hasta Trieste, el puerto más cercano a Viena en el Adriático, embarcaron para El Pireo, adonde llegaron dos días más tarde. Esperaron tres días antes de embarcar para Beirut, adonde llegaron a primeros de noviembre.

El cuerpo del doctor Boghossian llevaba ya dos semanas enterrado. Se acercaron caminando al cementerio cristiano. La parte lateral estaba destinada a los ortodoxos, y la de detrás a los armenios. Las coronas de flores ajadas habían perdido gran parte de sus mustios pétalos por el fuerte viento del oeste. Lloviznaba y el ambiente era triste y opresivo. Eduard se echó a llorar cogido de la mano de Ethel. Ya nunca podría decirle a aquel hombre bueno que le quería.

Cuando volvieron al centro de Beirut, una tormenta eléctrica se desató en el horizonte. Llovía y las fuertes ráfagas de viento les obligaron a correr hacia la casa de Ethel, donde residirían durante los días que estuvieran allí. Después llegaron un grupo de los amigos de siempre de su padre. Ayub Thabit habló en nombre de todos. Le dijo a Eduard que se sentían orgullosos de haber conocido a alguien como aquel hombre. Todos pensaban que los sufrimientos

en el campo de prisioneros de Alepo habían acortado la vida del doctor Boghossian. Añadió que el Ayuntamiento de Beirut iba a dedicar una calle en su nombre. Después, en silencio, se pusieron en fila y dieron la mano a Eduard y saludaron a Ethel Harding con una inclinación de cabeza. Era la costumbre, y al finalizar se despidieron de nuevo con otra inclinación de cabeza.

El doctor Thabit volvió al día siguiente acompañado del doctor Papapoulos, director del hospital general, quien tras hacer un panegírico del fallecido, ofreció una plaza en el hospital al joven doctor Eduard Boghossian. Sabían de su excelente preparación, y aunque lo que necesitaban era un médico internista, como lo había sido su padre, estaban convencidos de que podría ocupar el puesto con todas las garantías.

El doctor Thabit le habló de la situación en Beirut, de la importancia de la comunidad armenia en el nuevo censo realizado bajo los auspicios y el control de Francia, que demostraba que, aunque por escaso margen, los cristianos seguían siendo el grupo mayoritario. Era cierto, dijo, que había habido protestas de los musulmanes, aduciendo que los armenios no eran libaneses, ¡pero claro que lo eran! ¡Como el que más! Líbano tenía un brillante futuro. Cada vez llegaban más europeos, sobre todo funcionarios y militares franceses; la modernidad se imponía. Confiaban en que ya no habría vuelta atrás.

Eduard contestó que les agradecía muchísimo el delicado detalle de acordarse de él en aquellos momentos, pero debía terminar su preparación, aunque no descartaba volver allí. Añadió que tanto él como Ethel consideraban Beirut y el Líbano como su verdadero hogar. El doctor Papapoulos no quiso insistir en su oferta, no era el momento, y confiaba en que el joven Eduard Boghossian terminara por asentarse allí.

Una semana más tarde, a mitad de noviembre, ambos volvieron a Viena. Cuando llegaron hacía mucho frío y lloviznaba. Aquella ciudad les pareció más triste y extraña que nunca. Pero allí estaba el futuro de Eduard y no se reprocharon nada.

Ethel soñaba con el Mediterráneo, poder volver algún día a Beirut, una ciudad siempre inacabada y polvorienta, que nada tenía que ver con la sólida y culta Viena, pero para ella, era su verdadero hogar. Durante el viaje sufrió una terrible pesadilla: algo espantoso

iba a suceder en Viena, y nadie podría librarse de ello.

La Metamorfosis

DICIEMBRE DE 1932

Eduard Boghossian apenas mantenía relación con el doctor Freud, cada dos o tres meses lo veía unos minutos en una reunión de coordinación. Aquello no era lo que él había pensado, pero a pesar de todo, era consciente de que estaba aprendiendo mucho. El nivel médico en Viena era muy alto, y el Instituto de Fisiología tenía la consideración de ser uno de los centros de referencia a nivel mundial. El doctor Freud era el número uno en su especialidad, y tenía la sensación de que, a pesar de todo, sentía por él una cierta simpatía. No era un hombre fácil, ni demasiado amable, pero allí estaba.

Además, Eduard se sentía orgulloso al haber podido casarse con la mujer que amaba, a pesar de muchos inconvenientes, de posición, situación social y demás. ¿Entonces? Tendría que haberse sentido el más afortunado y, sin embargo, comenzaba a notar dentro de él la idea de abandonar Viena, «la ciudad perfecta», como él mismo la bautizó el día que se instaló allí. ¿Qué estaba sucediendo?

Se encontró con el profesor Steinberg, con el que compartió un expreso en el Kleines Café, una de las mejores cafeterías del centro.

—Eduard, este encuentro es providencial. Te confiaré un secreto, pero no debes comentarlo. Esta misma noche cojo un tren para Berlín, y dentro de quince días tomaré un barco para Beirut, hemos decidido terminar el trabajo que comencé hace muchos años —Eduard observaba al profesor con los ojos muy abiertos ante la información—. Tengo que irme cuanto antes, me da miedo permanecer aquí. Me voy con un profesor de semíticas, Albert Stern, con el que me une una profunda amistad desde hace unos años. Él tiene que pasar por Berlín y no quiero dejarlo solo. Su pasaporte está caducado. Tiene un buen amigo en el ministerio, ya está hablado, él tiene el pasaporte con el visado preparado. Es solo

recogerlo. Luego iremos a Hamburgo y desde allí embarcaremos para Beirut. Quiero enseñarle a Stern todo aquello, se lo he contado tantas veces que ya cree haberlo visitado.

»Creemos que si los nazis toman el poder en Alemania, van a ocurrir cosas espantosas. Verás Eduard, Stern también es judío. Ambos nos encontrábamos en Berlín hace poco más de un año, cuando sufrimos un ataque de los miembros del Partido Nazi al salir de la sinagoga[73], Stern sufrió varios golpes en la cabeza y desde entonces no es el mismo, sufre pesadillas y ataques de pánico. Ethel y tú deberíais pensar en marcharos de aquí. Esta no es la Viena que hizo soñar a Europa. Se ha transformado en el lugar donde anida la serpiente. Hitler es austríaco y se maleducó aquí. Fíjate lo que está pasando en Alemania, han legalizado a las tropas de asalto. Te dejaré una llave de la casa en el buzón y si quieres coger algo de lo que hay allí, quédatelo. No pienso volver jamás. Cuando acabemos de realizar el estudio de Baalbek y en Palmira, intentaremos embarcar para Nueva York desde donde podamos. Eso es todo lo que quería decirte. ¡Ojalá volvamos a vernos algún día! Insisto, no tengas reparo en llevarte lo que desees. Dentro de tres meses el casero se quedará con todo. Es un piso alquilado, lo alquiló mi padre hace sesenta años y está lleno de recuerdos. No tengo tiempo ni valor para hacer una mudanza. No deseo que nadie pueda pensar que abandono el país. Te deseo lo mejor. Adiós y suerte.

El profesor Steinberg se levantó precipitadamente, volvió a darle la mano y realizó una leve inclinación de cabeza. Eduard volvió a sentarse. Se sentía anonadado. Había podido escuchar por la radio algunos de los discursos de Hitler, en los que vomitaba su odio hacia los que no eran alemanes de su partido. Sentía cierta curiosidad por saber qué pasaba por la cabeza de aquel individuo, que había aparecido de pronto en Alemania para cambiarlo todo. Hablaba de liberar el Reich de las sabandijas judías, de los bacilos judíos, de purificar la universidad, el derecho, la medicina de los parásitos judíos que lo aprisionaban. Todo eran eufemismos de corte médico: «Extirpar la gangrena», «eliminar el mal», «limpiar el absceso»… Había pensado muchas veces que aquel individuo estaba mal de la cabeza. Se trataba de un enfermo con ideas delirantes de grandeza, un paranoico obsesionado con los judíos y por la pureza de sangre. Era muy extraño que ninguno de los psiquiatras

alemanes o austríacos hubieran hecho el menor comentario sobre ello. ¿Y Freud? Hablaría con él sobre la personalidad de Hitler. Eduard no podía comprender que él, un médico recién graduado, con conocimientos básicos sobre psiquiatría, tuviese tan claro aquel diagnóstico. Debía escuchar alguno de los frecuentes discursos emitidos por radio, para comprobar si su intuición era cierta o si solo era una apreciación subjetiva.

Aquella era la esencia maloliente que se escondía tras los animados conciertos de los parques, las canciones que se escuchaban al pasar por delante de las cervecerías, las bandas de música militar que cada día salían a desfilar con cualquier excusa, los jóvenes que imitaban a los soldados en los colegios. Strauss iba siendo sustituido por marchas militares, los vieneses, y en general los austríacos, se sentían muy orgullosos de que Adolf Hitler, un compatriota, fuese el virtual amo de Alemania.

Le invadió un sudor frío. No podía olvidar lo que ocurrió en Alepo cuando él era un niño, a toda su familia. Recordaba el campo de prisioneros donde lo encerraron los turcos junto a su madre y hermanas, sin noticias de su padre, al que llegaron a creer muerto. No podía olvidar a los oficiales alemanes que supervisaban a los turcos, los veía allí, a caballo, cabalgando al paso alrededor de la cerca donde se encontraban encerradas miles de mujeres y niños armenios cuyo destino era ser exterminados.

Esa era la motivación que le había llevado a escribir su tesis sobre «Víctimas y verdugos». Por eso se encontraba allí, junto a Sigmund Freud, intentando comprender el alma humana. Él era una víctima y toda su vida seguiría siéndolo. La única posible escapatoria de los miedos y terrores que no podía contar a nadie era aprender a librarse de sus propios demonios. No se había atrevido a hacerlo ni con Ethel. Se sintió muy mal, comenzó a sollozar. Tuvo que taparse la cara con las manos al notar que los que se hallaban sentados en las mesas cercanas lo observaban con extrañeza. La confesión de Steinberg había disparado sus recuerdos, sus miedos más profundos, que no deseaba mostrar a nadie. Estaba convencido de que sus padres habían fallecido a causa de las secuelas de aquella situación, y que tanto él como sus dos hermanas jamás podrían escapar de las imágenes que vieron entonces. Era una espantosa pesadilla, un terrible trauma psíquico que seguía

impidiéndole ser feliz. Y cuando creía que podría llegar a entender por qué unos seres humanos se transformaban en verdugos, y deseaba aprender lo suficiente para poder ayudar a otros a evitarlo, de pronto sus peores pesadillas se transformaban en realidad, y aparecían de nuevo ante él los mismos fantasmas que comenzaba a creer olvidados. Las
SA
, que había podido ver en una excursión que había hecho en autobús a Berlín, patrullando impunemente por aquella ciudad y actuando agresivamente con los que querían.

Mientras volvía a su apartamento, no podía dejar de pensar en Steinberg. Una persona extraordinaria, con una cultura fuera de lo común, una enorme sensibilidad, y tantas ganas de enseñar a los demás lo que sabía. Probablemente su amigo Stern sería alguien parecido. El hecho de ser judíos los empujaba a marcharse de su país, de su cultura, a abandonar la universidad, su vida. Volver a Baalbek era una bella excusa, pero escapaban de una atmósfera que comenzaba a ser irrespirable.

A llegar a su casa, Ethel notó de inmediato su estado de ánimo. Le preguntó qué le sucedía y él no pudo engañarle. Se sentía tan indefenso, tan frágil, que tenía la certeza de que ella podría ver a través de él. No podía seguir así y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para explicarle que debajo de su personalidad existía otra, atormentada, traumatizada y obsesionada. Luego le dijo que el profesor Steinberg abandonaba el país. ¿Cómo iba a ocultarle nada? Le contó los motivos.

Cuando Eduard terminó de relatarle que, a pesar del tiempo transcurrido, de su formación, de sus esfuerzos, no había podido librarse de aquellos viejos fantasmas que seguían aterrorizándole cuando dormía, que el miedo a la oscuridad le acompañaba desde niño, ella le abrazó y besó.

Ethel había tenido mucha suerte en la vida, pero no podía olvidar lo sucedido a pesar de tener tan corta edad cuando la secuestraron. Tenía casi tres años y medio cuando su padre la encontró, y algo dentro de ella seguía recordando aquel momento. De lo ocurrido la noche en que la raptaron solo tenía imágenes confusas, pero que también volvían una y otra vez, de forma recurrente. De vez en cuando una extraña pesadilla la impedía

descansar, también sentía temor por los bosques. Todo ello estaba relacionado con el asalto a su casa en Biblos, con la muerte de su madre, con su propio secuestro. Le habló de ello con dulzura a su marido. No tenía de qué avergonzarse, ya no tenía nada que temer, pero podía comprender sus angustias. Luego se abrazaron y Eduard le hizo el amor apasionadamente.

Más tarde, en el dormitorio, Ethel tomó la mano de su marido.

—Tengo que decirte algo. No estaba segura… hasta hoy. Estoy embarazada. Vamos a tener un hijo.

Eduard la abrazó de nuevo.

—¡No sabes lo feliz que me haces! Pero ahora soy yo el que te va a proponer algo. ¡Me gustaría que el niño naciese en Beirut! ¿Estás de acuerdo? Terminaré el curso aquí y dentro de seis meses nos iremos. No se trata de nada que me afecte directamente, te lo prometo, pero hay algo en esta ciudad que me preocupa, y no deseo que nuestro hijo nazca aquí. ¿Estás de acuerdo?

Ethel asintió, podía entender de qué se trataba, ya que ella también lo había percibido, en mínimos detalles. El rictus de la gente al ir a trabajar. Las manifestaciones a favor de la política alemana. Los virulentos ataques en la prensa y en la radio contra los judíos. Nada que pudiera afectarles a ellos, pero sí una atmósfera turbia y extraña. La ciudad padecía una metamorfosis, luchaba contra su propio destino, y sus habitantes no comprendían lo que ocurría. Por eso los pintores de Viena interpretaban que algo terrible iba a suceder, a su manera, en oscuros cuadros en los que los personajes pretendían escapar de su destino, en trazos sobrecogedores en los que se apreciaba la maldad, el horror, la oscuridad, la falta de futuro, la perversión y la locura. Eso se apreciaba en las numerosas galerías de arte que se llenaban de lienzos expresionistas, pesimistas, llenos de sombras y angustias. No era una moda, ni una casualidad, sino la visión de un mundo en el que no había lugar para la ilusión ni la esperanza.

Sí. Era mejor que su hijo naciera en Beirut, en su casa. Su padre se lo había dicho. «Si alguna vez quieres volver a Beirut, vuelve a tu casa. Yo iré alguna vez, pero me gustaría que aquella casa siguiera perteneciendo a la familia. ¿Sabes? La compré y la modifiqué para tu madre, para Caroline, con la esperanza de que ella volviese alguna vez. Pasé muchas tardes en la terraza, observando el

Mediterráneo y la Montaña, convencido de que ella volvería. Ahora es tuya. Si alguna vez vuelves allí, podrás comprender que hay lugares que tienen alma».

Ethel besó a su marido, aquella sería la mejor opción.

—Estoy de acuerdo. Dentro de unos meses nuestro hijo nacerá allí, bajo la sombra protectora de la Montaña Blanca.

El guardamuebles

ENERO-JUNIO DE 1933

En una tarde gris y heladora de mediados de enero, Ethel se dirigió en bicicleta a Mahler Strasse, junto a la Ópera. Una vez allí, subió al último piso de la que había sido la casa del profesor Steinberg. Un elegante portal con un ascensor que no funcionaba. Llevaba con ella las llaves que les dejó Steinberg en el buzón. Metió el llavín en la cerradura y la puerta se abrió silenciosamente. El piso estaba a oscuras, accionó el interruptor de la luz junto a la puerta, pero no se encendió. Pensó que Steinberg habría dado de baja el contrato, caminó en la semipenumbra, ya que por las ventanas balconeras se filtraba algo de luz, y abrió los postigos, permitiendo entrar la escasa luz del atardecer de Viena. Pudo comprobar que se trataba de un piso elegantemente amueblado, pero desfasado, antiguo. Según les había contado, él había nacido allí, había sido el hogar de sus padres, y Steinberg no habría querido tocar nada. Probablemente hubo en aquel piso burgués, decorado con el refinado gusto vienés de final de siglo, momentos más felices y mejores. Steinberg, por lo que les contó, tuvo que irse a Berlín con apenas veinte años, es decir, alrededor de 1900, treinta y tres años más tarde era un hombre maduro, envejecido prematuramente, muy asustado ante lo que el mundo le mostraba.

Ethel no se atrevía a tocar nada, estaba invadiendo una intimidad que no le pertenecía. Caminó lentamente por el pasillo. Sin darse cuenta apretó otro interruptor y esa vez la luz se encendió, mientras ella, asustada, daba un respingo. Entró en una salita. Allí vio un precioso espejo francés, un piano de cola, un diván de seda rojo, una vitrina repleta de exquisitas miniaturas. No. Nadie había entrado allí. Steinberg tuvo que haber meditado mucho su decisión, había abandonado todo lo que poseía, le acompañaría una pequeña maleta y su preciada máquina de fotografía. El ambiente de la salita no era tan recargado ni desfasado como el del

estar. Al contrario, denotaba que allí habían vivido personas cultas y elegantes. Suspiró. Sentía una enorme pena por Steinberg. Aquel hombre debía de haber sufrido para abandonar todo aquello y marcharse apenas con lo puesto. ¿Tan grave e inminente era la amenaza que se aproximaba de la mano de los nacionalistas de Hitler? ¿Qué habría intuido Steinberg para tomar una decisión tan radical? Salió por una puerta cristalera que daba a un despacho de trabajo. Otro ambiente muy diferente con las paredes llenas de fotografías, alguna prueba de color, casi todas en blanco y negro. Sobre la pared entelada, en un marco de laca negra, se veía Baalbek. El templo de Júpiter, la gran avenida, tal y como ella misma la recordaba con total precisión. También magníficas vistas de Beirut, La Corniche, las montañas al fondo, cubiertas de nieve. Se le humedecieron los ojos. Steinberg era un artista que sabía poner en valor lo que veía y transmitirlo al que observaba sus fotografías. Casi se le detuvo el corazón cuando vio a su padre en otra de las fotos, al pie de las impresionantes columnas. Se distinguían muy bien sus rasgos, un hombre atractivo, elegante, con fuerte personalidad. ¡No podía dejar aquella fotografía allí! Pero tampoco se atrevió a descolgarla. Seguía siendo una invitada, ajena a aquel lugar, a la historia que contenía. Salió del despacho, sobre la mesa vio unas cuartillas. Todo estaba como si fuese a entrar allí el profesor para seguir trabajando.

Con timidez entró en el dormitorio. La cama estaba sin hacer. Le extrañó, después de encontrar todo ordenado y limpio. Era violar la intimidad de Max Steinberg. Un batín de seda rojo estilo kimono oriental colgaba del cabecero. Olía a algo fuerte, aunque no desagradable, como una esencia excesiva. En la mesita de noche con el cajón abierto vio cajas de pastillas, somníferos. La estancia era recargada. En la pared vio varias fotografías de Steinberg con el batín, junto a otro hombre con el pecho desnudo. Comprendió. Steinberg era homosexual. ¿Cómo se llamaba el hombre que lo acompañaba al exilio? ¿Albert Stern? ¿No era también profesor? ¡Claro! Steinberg no había estado nunca casado. En Berlín el ambiente se iba haciendo irrespirable, con las
SA
patrullando por las calles, el antisemitismo que afloraba por todas partes, y para colmo, los nazis mantenían que los homosexuales

eran seres enfermos, pervertidos, que atacaban las raíces más profundas del Estado alemán. Del Reich. El ataque que sufrieron en la noche del Año Nuevo judío debió hacerles meditar lo que se estaba viniendo encima. Ethel tiró del cajón superior de la cómoda, que estaba a medio abrir. Encontró lencería fina, junto a un álbum de fotos. Dudó un instante y lo colocó sobre la cómoda. Al abrirlo encontró una fotografía de un hombre desnudo desconocido para ella, tendido en la misma cama del dormitorio. Era una fotografía extraordinaria, de gran belleza formal, con la iluminación muy cuidada, en la que la gradación de grises a negros era perfecta. Pasó varias páginas. En otra Max y el desconocido se abrazaban sobre la cama. Se sintió una mirona, y cerró el álbum de golpe. Respiraba fatigosamente. Nunca le había ocurrido aquello.

Steinberg debía estar convencido de que ya jamás podría volver, quería llevarse el recuerdo tal y como lo había podido vivir, por eso no había destruido nada. Había tomado la decisión de huir. No podía soportar la violencia, la brutalidad de los que entendían que la política se construía contra los demás, con sangre, dolor y lágrimas. Viena no resultó ser el refugio que esperaban.

Steinberg quería llevar a Albert Stern a su paraíso. Al Líbano. A Baalbek y quizás también a Palmira. Respirar otra atmósfera, sentir el caliente sol sobre la piel, sentirse libres en una atmósfera tan diferente. Las bellísimas fotos lo decían todo. Existía el paraíso, y lo tenían aún al alcance de la mano. Suspiró aliviada. Si todo salía bien y ellos iban a Beirut a mediados de año, podrían encontrarse allí con Steinberg y Stern.

Ethel tomó una decisión arriesgada decisión, debía consultar con Eduard, pero no podía resignarse. El profesor sabía bien a quién le había dejado la llave.

Cuando volvió a su casa, Eduard la aguardaba impaciente. Le contó que habían tenido lugar unas manifestaciones, muy cerca en los aledaños de la universidad, en las que la policía intervino con extraordinaria dureza. Había tenido otro encontronazo, con un profesor alemán de visita en el Instituto de Fisiología. Un tal Karl Brandt de Berlín. Había dado un remedo de conferencia, más cercana a un mitin político que a un acto académico, en la que habló de que los enfermos mentales eran seres irrecuperables, en los que el Estado no debía malgastar dinero.

Aquellas palabras viniendo de un médico, hicieron que varios de los asistentes las rebatieran. Eduard también les apoyó. Pero el doctor Brandt mantuvo sus tesis con enorme dureza. Era como si no tuviese sentimientos y así se lo hizo ver el profesor Wise. Tendría que haber escuchado lo que Brandt le contestó. Aseguró que los sentimientos no tenían lugar en los manicomios, y que solo se debía valorar si los enfermos eran o no eran recuperables. Cuando el doctor Wise le replicó qué debía hacerse con los que tuvieran la condición de no recuperables, contestó:

—Eliminarlos, simplemente eliminarlos —contestó fríamente Brandt—. ¿Qué otra cosa se podía hacer con ellos?

A partir de ese instante acabó la pseudoconferencia. Todos los asistentes comenzaron a discutir entre sí, con una enorme violencia latente. Nunca había presenciado algo igual. Eduard había notado dos cosas: la primera, que muchos de los presentes, probablemente más de la mitad, estaban de acuerdo con las tesis radicales de Brandt.

—Ethel, tendrías que haber visto la maldita sonrisa de triunfo de ese individuo, encantado de haber conseguido enfrentar a la comunidad de profesores, muchos de ellos catedráticos, verdaderos especialistas de nivel europeo, entre ellos algunos de los mejores psiquiatras del país. ¡Menos mal que el doctor Freud se niega a asistir a la mayoría de los actos! ¡No sé lo que podría haber sucedido si hubiese estado allí! No es alguien que se muerda la lengua, a pesar de su enfermedad. Aquí se va a desatar una terrible tormenta, la decisión de marcharnos en cuanto termine el curso me parece cada día más acertada.

Cuando Eduard terminó de hablar, Ethel le contó su visita a la casa del doctor Steinberg y lo que allí había descubierto.

—Cogí la bicicleta y fui dando un paseo, dudando de si llegar a subir. Pensé que solo me acercaría hasta la dirección, pues, aunque no lo creas, tenía cierto temor, llámalo timidez, a entrar en el piso sola. ¿Y si había alguien? Algún familiar que estuviera viviendo allí y no lo supiéramos, o que hubiera ido solo a husmear. No terminé de decidirme, hasta que llegó una pareja joven, abrieron la puerta del portal y entraron. Pensé que era una tonta con tantos escrúpulos y temores, así que dejé la bicicleta en la calle y me dirigí al portal, intentando aparentar tranquilidad. ¡El corazón me latía como si

fuese a salírseme por la boca! Abrí y tuve que subir andando. El ascensor tenía un cartel de «en reparación», pero ya no podía volverme atrás. No me crucé con nadie, pero cuando iba a darme la vuelta, ya en la puerta del piso, oí a alguien hablando en el portal. Decidí entrar, metí el llavín y la puerta se abrió. No te rías, pero estaba terriblemente asustada.

Ethel le contó lo que había encontrado en el piso, lo que pasó por su cabeza, lo que pensó acerca de Steinberg y su compañero.

—¡Pobre gente! Estaban muy asustados, con todo eso que dicen los nazis acerca de los homosexuales. Los acusan de ser unos enfermos pervertidos. ¡Y eso es mentira! Son gente normal que simplemente ha hecho su elección. Conoces bien a Augustus Newman. Él no lo oculta. Y es una persona maravillosa. Un hombre culto, valiente y honesto… que siente atracción por los hombres. ¿Y qué?

Eduard le interrumpió:

—No te he contado antes, que ese Brandt mencionó que los homosexuales eran enfermos irrecuperables. Pervertidos a los que habría que aplicar el plan de eliminación, en otras palabras, que había que acabar con ellos. Ese hijo de su madre y Hitler son los que se han vuelto locos.

—Déjame que termine, Eduard. Verás, el piso de Steinberg es toda su vida. Ha dejado allí todo lo que le pertenece. No ha sido capaz de tocarlo, como si quisiera pensar que aquella casa, donde probablemente nació y creció, seguirá igual, como un refugio, al que algún día podrá volver con Stern, cuando pase la tormenta. ¿No crees?

Eduard sonrió admirado.

—Ethel, ¡me has dejado impresionado! Es exactamente lo que has dicho. Todos tenemos un lugar, una referencia, que nos acompaña a lo largo de la vida. Muchas veces el hogar que compartimos con nuestra familia durante la infancia. Desde que éramos niños pequeños, ¡y las casas nos parecían enormes!, cuando jugábamos con nuestros hermanos, donde nos sentíamos protegidos por nuestros padres. El profesor Steinberg debe de tener cincuenta y tantos, pero la edad no importa, lo que importa es el bagaje que llevamos dentro. Me ha picado la curiosidad. Me gustaría ver el piso del profesor, sería como entrar en su mente, eso que Freud llama el

psicoanálisis. Todos los objetos dicen algo del que los posee o los utiliza, ya sea el revestimiento de las paredes, los cuadros, las fotos, las láminas, los muebles… Los libros y las fotografías los que más. Todo ello nos dice algo acerca de la personalidad del que habita un determinado lugar. Por lo que me has contado, en ese piso sigue dominando el espíritu de sus padres. Sí. Iremos juntos a verlo. Además, siempre podemos justificar que Steinberg nos dejó la llave. El solo hecho de recuperar esa foto de tu padre lo justificaría. Mañana iremos, si te parece bien.

—Sí, cariño, pero no me has dejado terminar. He pensado una cosa, porque me he dado cuenta de que Steinberg se ha marchado de Viena y de su casa forzado por los acontecimientos. Él no deseaba irse de aquí. Salir de Berlín debió ser un terrible trauma para él. Pero tener que abandonar Viena, y mucho más su refugio vital, tuvo que ser algo tremendo para él. Un golpe del que probablemente no podrá recuperarse. He pensado que podríamos tener un último detalle con él…

—¿Qué se te ha ocurrido? No sé a dónde quieres llegar —Eduard la miraba sonriendo, pero algo inquieto.

—Sí, cariño. Lo vas a entender perfectamente. Tenemos la llave. Su autorización para llevarnos lo que quisiéramos. Bien. Vamos a hacerle caso. A hacer lo que él no se atrevió…, en fin, he pensado contrataremos una empresa especializada y haremos una mudanza, sin ocultarnos, sin hacer otra cosa que lo que él quiso decirnos, sin ser capaz de expresarlo. Dejaremos todos sus bienes en un guardamuebles en las afueras. Debería ser alguna empresa de prestigio. Todo perfectamente embalado. Mira, cariño, Steinberg no fue capaz de hacerlo, por temor a delatarse. Estaba tan aterrorizado que prefirió correr al albur de perderlo todo, indudablemente como va a suceder si pasa el tiempo y lo desahucian los propietarios del piso, o las compañías municipales. ¡Yo que sé! Incluso los tiempos que vienen no son seguros. Todo quedará a buen recaudo, y alguna vez, cuando pase la tormenta, a lo mejor se arrepiente de haber perdido esos recuerdos, esas fotografías, toda su vida. ¿Qué te parece?

Eduard se quedó mirándola sin saber qué decir. Sabía quién era su mujer, y eso era lo que le había atraído desde el principio, pero desconocía aquella increíble resolución, su intensidad en lo que

pensaba, su enorme voluntad.

No se atrevió a contradecirla. Ethel iba a hacer por aquel profesor algo maravilloso. No sentía ningún temor, nada podría detenerla. Asintió.

—Adelante, Ethel. Me parece una hermosa locura, y como yo estudio psiquiatría no tengo fuerzas para negarme. Además, fíjate, acabo de darme cuenta de que nunca me has pedido nada. Ni el más pequeño capricho… ¿Cómo voy a negarte este? Así lo haremos, sin ocultarnos, a plena luz del día, con los de las mudanzas bajando los muebles por la fachada. La verdad es que tampoco hay otra solución. De acuerdo, mañana mismo iremos a echar un vistazo y veremos cómo lo hacemos. La verdad, a mí tampoco me gustaría perder los recuerdos y los muebles de mi hogar. En ellos sigue vivo el espíritu del doctor Boghossian y de mi madre. ¡Claro que lo haremos! ¡Te quiero, Ethel Harding! ¡Aunque me temo que tal vez deba sentarte en el diván!

El día siguiente era sábado. Viena amaneció resplandeciente. Ethel pensó mientras pedaleaba junto a Eduard que tal vez se estaban precipitando, que el profesor Steinberg era casi un desconocido, que todo el asunto iba a significar importantes desembolsos, que aquella hermosa ciudad no llegaría a verse alterada por un loco paranoico con delirios de grandeza llamado Hitler.

Notaron un cierto revuelo en el kiosco de prensa, y se detuvieron junto a él. La gente gritaba de júbilo y algunos incluso daban saltos de alegría, y echaban sus gorras y sombreros al aire.

—¿Qué ocurre, amigo? —Eduard le preguntó a uno que salía con el periódico en la mano.

—¡Hitler! ¡Adolf Hitler! ¡El Führer! ¡Ha sido proclamado canciller de Alemania! ¡Y es austríaco! ¡Ahora todo irá mejor para Europa!

Subieron al piso, lo visitaron con atención, evaluando lo que contenía, para poder hablar con propiedad con la empresa de mudanzas. Decidieron guardar las fotografías y todo lo que les pareciera en cajas que empaquetarían ellos mismos antes de que se hiciera la mudanza.

Eduard observaba todo muy pensativo y concentrado. Nunca antes había tenido la oportunidad de hacer algo así.

—Ethel. Para mí es poder introducirme en la mente de alguien

muy particular. Tú me conoces, sabes que no tengo prejuicios contra los homosexuales, pero evidentemente son diferentes a los otros hombres. Y aquí, en este piso, puedo percibir las diferencias. Ni siquiera hablando con uno de ellos habría podido comprenderlo mejor. Tú tienes razón. No es una enfermedad, en absoluto, sino una elección. Quisiera poder saber cómo se inicia el mecanismo de esa elección. Aquí lo observo desde su intimidad. En fin, te agradezco esta oportunidad, porque tú la has provocado.

Dos días más tarde volvieron con cajas y guardaron en ellas todo lo que les pareció oportuno; no sabían cómo pensaban los operarios de la empresa de mudanza. Tuvieron que emplear varias tardes. Intentaron actuar con la máxima naturalidad, sin esconderse, al contrario. Conocían la actitud de los vieneses. Era mejor así.

Dos semanas más tarde, cuando ya lo tenían todo preparado, quedaron con los de las mudanzas. Eduard y Ethel llegaron a las ocho al piso de Steinberg. La empresa de mudanzas ya estaba allí, con dos camiones y todo lo necesario para llevarla a cabo. Seis hombres fornidos y cuatro mujeres pertenecientes a Mudanzas Belvedere. Ellas se encargarían de embalar cuidadosamente los pequeños objetos, los libros, las cosas delicadas, mientras ellos colgaban la garrucha para bajar las cosas a través del balcón principal. El único lugar por el que podía salir el piano de media cola y los armarios, aún desmontados.

Algún vecino observaba con curiosidad, otros simplemente se detenían en la calle, convencidos de que alguno de los muebles más grandes terminaría estampado contra el pavimento de la calzada. Ethel dirigió la operación, como si fuese la reina y señora. Una de las vecinas le preguntó en la escalera. Ella le contestó sonriendo. El profesor Steinberg dejaba la casa. Habían perdido a un muy buen vecino. No le preguntaron nada más y a las cuatro de la tarde, el piso estaba vacío. Solo quedaban unas cuantas tablas, unos cajones vacíos, unas botellas, algunos periódicos y trapos viejos. Los últimos residuos de una vida completa. Ethel cerró la puerta del piso, y ella y Eduard bajaron charlando animadamente, mientras la vecina de enfrente seguía espiando a través de la puerta entreabierta. Los camiones se dirigieron al guardamuebles contratado, y ellos cogieron el tranvía llevando sus bicicletas hasta un lugar cercano. Luego pedalearon hasta Mariahilf, en dirección al castillo de

Schönbrunn, pues cerca de allí se encontraba el guardamuebles. Comprobaron que todo se guardaba en uno de los pequeños almacenes individuales y, al terminar tres horas más tarde, el encargado les firmó un recibo, haciendo mención de lo que se le había entregado, los muebles, espejos, el piano, además de veintidós cajones conteniendo objetos, de acuerdo a la declaración listada de los empleados de la mudanza. Un extraordinario sentido del orden y la propiedad. También recibieron copia de la llave del almacén. La otra se guardaba en una caja fuerte. Una llave numerada. Luego Eduard firmó un talón por el importe de la mudanza y otro por el primer año de alquiler. A partir del primer año se cargaría en una cuenta bancaria a su nombre, en el Deutsche Bank, en Viena. Le dio la mano al encargado, le agradeció el esfuerzo y terminaron el acuerdo. Después volvieron al centro pedaleando en un largo y relajado paseo, habían hecho lo que tenían que hacer por un amigo. Eduard como armenio poseía un sentido muy desarrollado de lo que significaba la palabra *amistad*. Él estaba vivo porque alguien, un turco, había arriesgado su vida por salvarlos. Entre los armenios los amigos eran tan importantes como la propia familia. En cuanto a Ethel, había aprendido en la escuela de su padre. Mientras pedaleaba solo pensaba en que un día, no sabía cuándo, Steinberg se emocionaría al recuperar su vida.

En las siguientes semanas del frío invierno de Viena la democracia en Alemania terminó su agonía. Asistieron a reuniones informativas en la universidad, y supieron lo que estaba sucediendo en toda Alemania. Era un entusiasmo general hacia el Partido Nacionalsocialista de su nuevo canciller, Adolf Hitler. Por la noche los camisas pardas de las

SA

, comenzaban a hacer de las suyas en todas las ciudades de Alemania, atacando a los que consideraban enemigos políticos, provocando algaradas y disturbios. Mientras, Adolf Hitler seguía con sus inflamados discursos antisemitas. Habían podido leer que muchos de los considerados enemigos políticos del Tercer Reich estaban siendo enviados a campos de prisioneros, algunos periódicos los denominaban campos de concentración, como el de Dachau, que acababa de abrirse el 30 de marzo.

El 28 de febrero, los periódicos de Viena traían la noticia en

primera plana: «Los comunistas incendian el Reichstag[74]». «La policía detiene al incendiario y a sus cómplices comunistas». «Los miembros del Partido Comunista en el Reichstag son detenidos». Eduard fue asignado como médico internista en el Hospital Psiquiátrico Steinhof, en Viena. No le dieron explicaciones por ello, simplemente le entregaron un papel sellado en el que se podía leer su nuevo puesto. El doctor Freud tampoco fue capaz de entenderlo, pero si deseaba continuar con la beca, debía hacerlo en Steinhof, el hospital que Otto Wagner había diseñado para Viena. El mayor y más moderno manicomio de Europa, con capacidad para mil doscientos enfermos, situado en los suburbios. Allí tenía que desplazarse todos los días en el tranvía, que lo dejaba a medio kilómetro de la entrada.

Las radicales tesis del doctor Karl Brandt comenzaban a extenderse, varios de los médicos de Steinhof mantenían que era absurdo lo que se hacía por los enfermos mentales. Deberían llevarse a cabo otras soluciones que evitarían según ellos dilapidar los presupuestos públicos. No hablaban de terapias, sino de lo que consideraban más adecuado y moderno. La eutanasia.

Por aquellas fechas, el ginecólogo de Ethel le anunció que podría tener un embarazo complicado y que, por tanto, si deseaba conservar el niño, no debería realizar esfuerzos ni montar en bicicleta. Eduard decidió adelantar su viaje a Beirut, no quería dejarlo para el último momento. También pesaba sobre él el ambiente que se estaba creando en la universidad y entre sus propios compañeros. Uno de ellos comentó despreciativamente en su presencia que los judíos no eran bienvenidos y que pronto tendrían prohibido entrar en los centros oficiales o ejercer como médicos. Eduard le replicó que él no era judío sino armenio, pero que en cualquier caso no tenía nada en contra de los judíos. El médico que le apostrofaba no hizo caso y siguió insultándole.

A mediados de mayo, después de empaquetar todo lo que querían llevarse, libros, fotos, láminas y de hacer las maletas, cerraron por última vez la puerta de su piso. Habían pasado pocos días de la quema de libros «de espíritu antialemán», en el bulevar Unter den Linden frente a la Universidad de Berlín. Cogieron el tren para dirigirse a Trieste. Desde allí irían en barco a Chipre, donde cambiarían de nave con destino final a Beirut.

Se sentían frustrados y enfadados con las circunstancias, pero al tiempo sabían que estaban tomando la decisión adecuada. No podían seguir en Viena con aquel opresivo clima político. Deseaban que el niño naciese en Beirut, en la casa que Ethel consideraba su hogar. Eduard se sentía mucho más tranquilo mientras se alejaban de Viena, aun sabiendo que podría llegar a arrepentirse de aquella decisión. Le había escrito una carta al doctor Freud explicándole sus motivos. Esperaba que entendiese sus circunstancias, pero Freud no le perdonaría su marcha.

Sin embargo, era lo mejor para los dos, y lo más seguro para el que estaba a punto de llegar. Aquel niño debía nacer, como Ethel había soñado, en Beirut.

Un mundo en movimiento

JUNIO-SEPTIEMBRE DE 1933

John Boghossian nació el 15 de junio de 1933, en el dormitorio principal de la casa que su abuelo Thomas Harding acababa de regalar a su madre. Aquel debía ser el hogar con el que aquel hombre siempre había soñado, y finalmente se cumpliría con su hija Ethel.

Aquella tarde, cuando la noticia de que la hija de Thomas Harding había tenido un niño corrió por Beirut, llegaron a la casa ramos de flores, cajas de bombones, bandejas de pasteles y un precioso sonajero de plata enviado por el alto comisario francés, Pousot. Un detalle de amistad y buen gusto, y más en unos momentos complicados, con la constitución suspendida y los musulmanes revueltos. Ellos deseaban la unión con Siria, y Francia no podía admitir algo semejante. Hubiese significado una traición a los maronitas. El presidente de la República del Líbano debería ser un cristiano maronita. Los armenios que seguían llegando a raudales, habían contribuido a que el censo «oficial» saliese con mayoría de los cristianos.

El doctor Ayub Thabit consiguió que Eduard se incorporara al hospital Dieu de France como médico internista, lo que no le impedía estudiar a los enfermos mentales del hospital mental de Asfuriyeh, a unos diez kilómetros del centro de Beirut. Un hospital que había sido fundado por un cuáquero, el doctor Teófilo Waldmeir, y que posteriormente por razones financieras, pasó a convertirse en una fundación.

Eduard Boghossian se sentía mucho más atraído por aquel lugar que por la labor de médico generalista, pero tuvo que aceptar el compromiso para poder seguir en su trabajo. A pesar de ello, el doctor Aristóteles Papapoulos le prometió que en cuanto fuese posible, le encargarían la dirección del hospital mental, nadie quería llamarlo manicomio, aunque esa era la denominación

popular. El manicomio de Asfuriyeh. La visita que había hecho a Asfuriyeh era un viaje al pasado, aunque la intención del cuáquero fundador fue encomiable, había pasado de diez a trescientos cincuenta pacientes. ¿Tantos locos habitaban en el Líbano? Se sentía mucho más seguro en Beirut que en Viena, aunque pensaba en la gran oportunidad perdida. Bueno, siempre podría decir que trabajó con Freud, apenas unos meses, el tiempo suficiente para conocerlo aunque fuera superficialmente y entender cómo pensaba.
Dos meses más tarde el doctor Papapoulos le rogó que se hiciese cargo de Asfuriyeh. Se lo dijo con una amplia sonrisa, como si estuviera haciéndole un favor, aunque sabía bien que aquello era lo que el doctor Eduard Boghossian ansiaba. No hubo mucho que discutir. En su fuero interno dudaba de si la formación que poseía era suficiente. Para los otros médicos de Beirut era alguien que venía de graduarse en Londres y de especializarse en Viena. ¡Nada menos que con el mismísimo Freud! Todo el mundo de acuerdo, comenzando por el alto comisario, que seguía supervisando y controlando la flamante república hasta el menor detalle.

El Hospital del Líbano para Trastornos Mentales y del Sistema Nervioso, vinculado a la Universidad Americana de Beirut, era la división de psiquiatría del hospital universitario, y además el centro certificado de formación de enfermería.

El doctor Boghossian se convirtió en profesor de psiquiatría de la universidad. No tenía muchos alumnos, pero le proporcionaba unos emolumentos complementarios, y prestigio profesional y social. Hasta hacía muy pocos años, los locos, así los llamaban, diciendo «no nos andemos por las ramas, doctor», iban a acabar sus días, pues eran contados con los dedos de una mano los que lograban volver a salir, al maristán de Damasco. Después, el cuáquero Waldmeir había cambiado las cosas, por esa extraña mezcla de integrismo religioso, altruismo y caridad humana. Eduard se hallaba en el lugar que había soñado; ojalá su padre viviera, se sentiría orgulloso de él. ¿Quién le habría podido decir al bueno del doctor Hagop Boghossian, que su hijo se iba a casar con la hija de Thomas Harding? ¿Que pocos años más tarde estaría viviendo en la gran casa? ¿Que sería el director de Asfuriyeh? La verdad, nadie.
Ethel estaba radiante, con la sensación protectora de volver a la casa de su infancia. Su primera casa propia, la de El Cairo, la

recordaba como un sueño. Beirut era una ciudad y un territorio que conocía como la palma de su mano. Con el hombre al que quería. Estaba segura de eso. Un hombre cabal, que deseaba aprender para ayudar a los demás en algo tan complejo y desconocido como eran las interioridades de la mente. Allí podía hablar con los Chabry, que seguían al cuidado de la casa, en árabe coloquial. Podía entender sus sentimientos, y ellos le devolvían con creces la confianza. Era como tener unos parientes dispuestos a todo. Al igual que Nadima Ghalib, que empezaba a cuidar de John, Johnny, como lo había hecho con ella. Eso le proporcionaba seguridad y libertad, podía entrar y salir. Estaba montando un gran estudio-taller en el fresco sótano con sus cuatro metros y medio de altura. Allí preparaba sus lienzos, sus dibujos. Había heredado de sus padres el amor por la belleza, la sensibilidad por el arte, la capacidad de entender, el ansia de saber y conocer, y una increíble facilidad para el dibujo.

Su padre le confesaba una tarde en Londres su frustración por no haber sido capaz de llevar a cabo su primitivo sueño. Escribir el gran libro sobre Baalbek. Ella tenía allí delante las maravillas e inspiradoras fotos del profesor Steinberg, y sabía lo que quería llegar a hacer, antes de que le ocurriese lo que a él, que le decía con una mezcla de amargura y confusión, que no era capaz de entender cómo se le había ido la vida. ¿Dónde estaban aquellos hermosos días? ¡*Carpe diem*! Esa era la mayor verdad y la conclusión de todo ello.

Sin embargo, Ethel lo sabía. Habría podido responderle. ¡En esas notas! ¡En esos dibujos! ¡En el diario que había llevado todos aquellos años! Allí estaban los días que se habían convertido en humo, los rescoldos seguían allí, y solo era cuestión de soplar para avivar la llama. Ella había leído con detenimiento aquellos folios, el diario encuadernado en piel negra que empezaba a amarillear y a cuartearse. Allí estaba la historia de la creación del Estado del Líbano, los nombres y las vivencias de los que lo habían hecho posible, transformando un apartado Vilayato otomano en la República del Líbano. Ella había conocido a muchos de aquellos hombres. Algunos de ellos seguían viniendo a la «casa del inglés», cuando su padre se hallaba de visita en Beirut.

No. Ethel no quería que le ocurriese lo mismo que a su padre. ¡No! ¡A ella no le pasaría eso! Se había propuesto trabajar

intensamente para que no ocurriese. Ya tenía dos cuadros de gran formato a medias, los dibujos de Baalbek, en donde había realizado fotografías y tomado croquis. Todo el material de Thomas Harding estaba allí, más o menos desordenado. Pensaba llevar a cabo el libro, y lo firmaría en nombre de su padre. Ella solo aparecería como una colaboradora. Tendría ese gesto hacia él. Se lo merecía.

Pero no era solamente eso. La vida en una ciudad de Oriente, al borde del Mediterráneo como Beirut, daba para mucho más. Los franceses no olvidaban lo que eran, y les encantaba demostrarlo. No solo traer los derechos, la democracia, la cultura, el progreso la modernidad; también la cocina y la moda. Y allí, sobre todo en Beirut, ya que en Damasco habría sido imposible, se experimentaba con todo. Y los jóvenes hablaban un francés más que notable, y querían saberlo todo acerca de lo que ocurría en París. Y eso no era nada fácil, y Ethel, madre de familia con apenas veintidós años, podía comprenderlo. ¿Pero y un padre de familia maronita? Los jesuitas les decían al oído que sus hijas deberían ser mucho más recatadas, y que eso de salir a pasear solas con muchachos, aunque también fuesen cristianos maronitas, no podía ser. El Vaticano estaba allí, hermético y conservador, vigilante, observando en las iglesias, en los conventos, colegios, universidades, monasterios, fundaciones e incluso en la banca. Y no eran criterios compartidos por los sunnitas, aunque ahí el problema estaba más controlado por las propias tradiciones familiares. Beirut cambiaba a tal velocidad que nadie hubiese podido preverlo. Muy poco tenía que ver con la ciudad dormida que abandonaron los otomanos quince años antes. En aquel lapso había transcurrido el equivalente a un siglo.

De eso se ufanaban los mandatarios franceses. Era exactamente por lo que habían llegado allí, evitado que el Líbano cayese en manos de los musulmanes de Damasco, de los hachemitas, que lo habrían convertido en otra cosa. No en la bulliciosa, cosmopolita y alegre ciudad que estaba surgiendo de sus cenizas.

Cuando Ethel y Eduard cenaban en la terraza, a veces pensaban cómo habría sido su vida en aquella Viena que la influencia de los nacionalistas de Adolf Hitler estaba transformando en una sombra de su brillante y glorioso pasado. Se ahogaban sus libertades, acabando con la cultura, la verdadera cultura, la que no tenía amo ni señor, ni dueño, ni imposiciones. Eduard comentaba indignado a

Ethel, su certeza de que Hitler —un austríaco que no había comprendido nada— volvería allí para apropiársela, y a los que no estuvieran de acuerdo con sus procedimientos intentaría eliminarlos.

El doctor Brandt no había pestañeado ante la indignación de aquel médico vienés. Deberían empezar a pensar en practicar la eugenesia. Los arios puros deberían ser los que procrearan. ¿Los sementales del régimen? Brandt siguió sin inmutarse. Podía llamarlos como quisiera, pero ese era el camino adecuado. El talento y la degeneración eran hereditarios. El doctor vienés abandonó la sala, gritándole a Brandt que no estaba de acuerdo, que todo aquello era una monstruosidad, y que los médicos debían salvar vidas, no asesinar a inocentes. Aquellos enfermos en Steinhof, el manicomio que Sissi le había pedido a su marido como regalo de cumpleaños[75], eran más víctimas que nunca.

Eduard veía su país, la República del Líbano, como un experimento sociológico. Las distintas religiones mantenían a las personas separadas por grupos confesionales, pero eso no significaba una barrera para nadie. En su caso, la comunidad armenia era un grupo vigoroso y pujante, deseoso de incorporarse a su nuevo país de adopción, aunque daba la impresión de que todos ellos llevaban siglos en él. Por algún motivo servían de puente entre los cristianos, y los sunnitas y chiitas, que siempre habían tenido sus más y sus menos. La historia común bajo los otomanos había unido a los armenios con los árabes, que siempre los ayudaron, aun a costa de arriesgar su propia vida. Era una historia de amistad y dignidad entre los dos pueblos, y los árabes musulmanes confiaban mucho más en los armenios, que en los cristianos maronitas, a fin de cuentas árabes.

En Beirut casi todo el mundo sabía quién era «el inglés», y comenzaban a hablar de ella como «la hija del inglés», que además estaba casada con el hijo del doctor Boghossian. ¿Quién no lo había tratado? Aquel hombre entrañable, un verdadero héroe popular, que siempre hizo lo que pudo por ayudar a unos y otros, hasta el final de su vida. Su hijo era muy bienvenido, aunque no terminaban de entender aquella querencia por los enfermos mentales, almas de Dios, la mayoría irrecuperables, o al menos esos eran los sentimientos más profundos de los que los habían tenido que sufrir.

Eduard Boghossian tenía la esperanza de poder demostrar que las enfermedades mentales podrían llegar a curarse o paliarse en la mayoría de los casos.

A pesar de estar arriesgando sus sueños, con la constitución de la República del Líbano, y la certeza de que la tutela francesa acabaría algún día, las diferencias políticas se habían radicalizado en los últimos años. Los musulmanes seguían en sus trece, y una gran mayoría seguía pensado que la única salida viable para el país era la unión con Siria. Algunos hablaban de confederación, otros de fusión total en un solo país, Siria, lo que los seguía enfrentando a los cristianos maronitas, que renegaban de la posibilidad de estar sometidos a Damasco, y mucho menos a una constitución islámica. Los más radicales decían: «¡No consentiremos que nuestros hijos estén bajo la sharia! ¡Eso jamás!», y esas exclamaciones eran malinterpretadas por los musulmanes, a los que resultaba ofensiva la postura de sus compatriotas, muchas veces amigos o vecinos.

A pesar de todo, eran tiempos de esperanza. Beirut crecía y mucho, y varios constructores vinieron para hablar con Eduard, para ofrecerle la compra o la permuta de los terrenos que colindaban con la casa, que cada día eran objeto de mayor interés. Eduard se los quitaba de encima, diciéndoles que no eran suyos, ni de su esposa, sino de su suegro y que por el momento no pensaba venderlos, tal vez más adelante. La mayoría de los que se dedicaban a la construcción eran o maronitas o grecoortodoxos, aunque todo el mundo sabía que el dinero de verdad estaba en manos de los musulmanes sunnitas, que lo prestaban a un buen interés. ¿Y el Corán? ¿Es que no deseaban recibir el doble? [76] Bueno sí, en todo lo demás sí, pero en lo de prestar dinero…

Los que conocían la historia decían que habían vuelto los tiempos de los fenicios. La sangre fenicia corría por las venas de los libaneses, que hacían buenos negocios, tantos como podían, mientras en Damasco se hacía política, o ideología, o como quisieran llamar al odio hacia los europeos, que unos y otros no estaban cumpliendo con sus promesas. Los franceses eran los culpables —para ellos— de la situación. Habían desmontado el reino de los hachemitas; eso no se lo perdonaban. No el reino en sí, que ya se hubieran encargado ellos de echarlos cuando hubiese llegado el momento de conseguir una república islámica. El asunto

no radicaba en Maysalun y la huida de Fayçal, sino en el mandato francés en Damasco, que se les hacía insoportable. No así en Beirut, que solo se quejaban de boca para afuera, sin sentirlo en el corazón. Esa era la causa de frecuentes altercados entre maronitas y sunnitas, con peleas callejeras, insultos, pequeños y grandes agravios que se olvidaban pronto, había que mirar hacia delante.

El presidente de la República del Líbano había sido nombrado por el alto comisario, no por la Cámara de Representantes. Charles Debbas aseguraba que no deseaba seguir, que el cargo le impedía llevar la vida que deseaba, y que no quería malgastarla en salones y despachos, sino en la calle y a la hora de la siesta, en su casa. ¿Quién lo sustituiría? ¿Tal vez Emile Edde? ¿Habib Saad? Alguno de los de la camarilla, y seguro, un cristiano maronita.

Thomas le había enviado un telegrama a su hija, diciéndole que llegaría a Beirut al final de septiembre, con Sarah, y que se quedarían hasta Navidad, después pensaban viajar a Jerusalén y a El Cairo. Allí alquilarían un velero para remontar el Nilo y subir hasta Asuán, algo que siempre había deseado hacer.

El verano no fue tan caluroso, algo que Ethel agradeció por el niño. John era un bebé despierto y sano, con los ojos azules de los Weiler y la sonrisa a flor de piel. Nadima Ghalib lo cuidaba día y noche, atenta siempre a los deseos de Ethel, sabía cuando debía dejar a la madre y al hijo en su intimidad; también la hija de los Chabry ayudaba. Por expreso deseo de Thomas Harding, aquella joven asistía al colegio público que Francia había impuesto y que todos aplaudían, aunque los drusos y los alawitas, y en general los chiitas, eran más remisos a enviar a sus hijas. No así los sunnitas de Beirut y de las principales poblaciones, gentes cultas y conscientes de que el mundo, siguiendo a Galileo, se movía. ¡Y vaya si se movía!

El retorno de «El Inglés»

SEPTIEMBRE-DICIEMBRE DE 1933

Pronto, el doctor Eduard Boghossian fue invitado a las tertulias. Seguía asistiendo Charles Debbas, empeñado en que nadie lo llamara señor presidente, sino «Charlie», que era como lo conocían sus amigos desde pequeño. Eduard, a pesar de la diferencia generacional, tenía la consideración de viejo amigo, y para todos ellos volvía a ser el doctor Boghossian, a pesar de la diferencia de edad, satisfechos de que quisiera compartir algunas de las tertulias. No todas, era un hombre muy ocupado.

En Asfuriyeh, en «la casa de los locos», tenía muchas cosas que hacer. Intentaba mantener el lugar todo lo limpio que podía estar un manicomio, y la generosidad de los familiares de los pacientes suplía alguna carencia. Desde el mandato, Francia intentaba darle a aquel lugar la dignidad que requería. Eso era una actitud que no sorprendía al doctor Boghossian, pero que le hacía reflexionar. En Francia los enfermos mentales eran seres humanos. En la Alemania nacionalsocialista que había enterrado a la República de Weimar, las cosas eran muy diferentes, como había podido comprobar personalmente. Allí se hablaba de eliminarlos, con absoluta frialdad. Eso jamás hubiese sucedido en Francia, donde las personas cultivaban las ideas propias y una ética, quizás algo jacobina en muchos casos, pero que otorgaba dignidad por igual a todos los seres humanos.

Lo primero que llevó a cabo fue un listado con todos los enfermos, y una ficha realizada en base a otros parámetros. Encontró que de los cerca de trescientos pacientes, el treinta por cierto podía volver junto a los suyos y pasearse por las calles sin mayor problema; una sencilla medicación les devolvía a la vida normal. No podía hacer lo mismo con los demás. Tenía algunos casos difíciles, algunos esquizofrénicos a los que era mejor tener encerrados, y otros a los que quería valorar antes de tomar una

decisión tan delicada.

Entre los pacientes encontró a una mujer armenia de nombre desconocido, a la que llamaban Mary, que no hablaba ni se relacionaba y que gritaba con total desesperación. Después de varias pruebas decidió psicoanalizarla. Era una víctima más de las matanzas de los armenios, alguien que había visto asesinar a sus cuatro hijos, violar a sus dos hijas, degollar a su marido y a su padre. Era un trauma psíquico tan brutal que cuando consiguió que hablara, la mujer le explicó que no deseaba seguir viviendo. Estableció una relación de empatía con él, lo que le animó a pensar que podría llegar a recuperarla. Al día siguiente la mujer se cortó las venas y amaneció desangrada en su cama, tuvieron que quemar el colchón de lana empapado en sangre. No era locura, sino tristeza, una tan profunda, un trauma tal, que para ella era como vivir en el infierno. La convicción última de que nada merecía la pena en este mundo, de que no podía confiar jamás en nadie.

Eduard quiso saber si tenía otros pacientes con el mismo síndrome y encontró varios, todos armenios. Personas destrozadas, que no deseaban otra cosa que morir. El doctor Ayub Thabit le acompañó para examinar a esos pacientes, y diagnosticó lo mismo que él. Melancolía, absoluta y profunda tristeza, pensamientos recurrentes de quitarse la vida, total desinterés por la vida. ¿Qué les habían hecho a aquellas personas para que cayeran en un pozo de tinieblas? ¿Cómo podían existir individuos que fuesen capaces de perpetrar actos tan abominables? Había quien era capaz de sobrevivir demostrando una enorme voluntad, como la del doctor Hagop Boghossian, pero la mayoría no podía resistirlo.

El comité de evaluación del Hospital Mental tomó la decisión de incrementar los medios y el personal, a la vista del informe del doctor Boghossian. En todo el Líbano se respetó a aquel doctor que traía nuevas ideas y criterios sobre cómo tratar a los enfermos mentales, y que deseaba que cuando se hablara sobre «la casa de los locos», la gente lo hiciera con dignidad y esperanza. Era parte importante de la modernidad, que Francia estaba empeñada en consolidar en aquel Estado laico en Oriente, el primero, que debería servir de referencia a los demás.

Pero la modernidad no contradecía la idiosincrasia mediterránea, en la que el sentimiento de pertenecer a un país, tal

vez el último como tal, el más reciente, y al tiempo el más antiguo, o uno de los de historia más antigua de la tierra, estaba en el espíritu de los libaneses Antes de ellos, solo el Neolítico. Y los libaneses lo sabían, y sonreían socarronamente a los que les hablaban con cierto paternalismo. El mismísimo alto comisario, Pousot, que acababa de dejar el cargo, volvió a París con la certeza de que no lo habían tomado en serio. ¡A Francia sí! ¡A las ideas también! ¿Pero a un alto comisario empeñado en marcar las diferencias? Eso era harina de otro costal.

Como la vida cotidiana en el flamante Líbano, en el nuevo Beirut que surgía de aquella pequeña y tranquila población, construida a base de clientelismos y de intereses creados, apaños, acuerdos bajo mano, corruptelas, amistades interesadas, y demás formas mediterráneas de entender la vida, pero poco a poco iba siendo sustituida por las leyes y los reglamentos, con gran esfuerzo de la Administración mandataria, Francia, que a veces se veía incapaz de seguir. Demandaban servicios, pero se negaban a pagar impuestos, querían orden y seguridad, pero despotricaban permanentemente contra la pérdida de libertades. Deseaban una cierta modernidad, pero sin que tocaran sus tradiciones. Se sentían orgullosos de ser árabes, pero cuando iban a Damasco, o alguien venía de allí, hablaban francés hasta con sus propios hijos para marcar las diferencias.

Al final de septiembre, Thomas y Sarah desembarcaron en Beirut. Allí estaban Ethel, su hijo John y su marido, el doctor Boghossian. Hacía mucho tiempo, muchos meses que no se veían, y fue un momento emocionante. No solo por ellos. También habían ido a recibirles Charles Debbas, el presidente de la República del Líbano, y todos los viejos amigos, desde el doctor Thabit hasta muchos de los que lo habían tratado.

La idea de llevar la banda de música municipal había salido del Ayuntamiento. Todos deseaban agasajar a aquel hombre que tanto colaboró en los momentos duros, cuando todo era un sueño. Nunca había pedido nada para él, y eso lo sabían todos en Beirut. Tal vez habría llegado el momento de compensarle. ¿Qué podrían ofrecerle? Ni honores, ni dinero, ni ninguna recompensa material. Nunca había aspirado a ello ni lo deseaba. Ya lo decidirían, pero por el momento estaba allí, acababa de volver después de mucho

tiempo, y era momento de celebrarlo, y de demostrar la alegría que sentían al verlo desembarcar.
En la explanada del puerto no hacía demasiado calor gracias al viento de poniente, un viento del mar que podría llegar a ser duro, pero que en verano se acogía con satisfacción, refrescaba el ambiente, y permitía respirar en las tardes en las que, sin él, el ambiente hubiera llegado a ser irrespirable.

Thomas Harding estaba azorado. Había llegado por primera vez a Beirut hacía veinticuatro años. Entonces tenía veintinueve, ahora había cumplido cincuenta y tres. Sarah se sentía feliz y orgullosa. Conocía muy bien a los habitantes de Beirut. Sabía lo complicado que podía llegar a ser ponerlos de acuerdo en algo. Eran individuos generosos, y sobre todo seres humanos, pero cada uno tenía su particular punto de vista. No. No era nada fácil. Y, sin embargo, allí estaban, vestidos con sus mejores galas, trajeados para asistir a una amistosa ceremonia, sonrientes, cordiales como solo sabían serlo los mediterráneos, gentes que soportaban una determinada idiosincrasia en siglos de historia que los había moldeado de una determinada manera. Eso no era una forma de ser de Beirut. Ocurría lo mismo en Alejandría, en Túnez, en Nápoles, en Génova, en Marsella, en Barcelona o en Málaga. Eran muchos siglos de cultura y de formación de una idiosincrasia singular. Una mezcla de cultura, cinismo, experiencia y ambición.

Saludaron cordialmente a Thomas Harding y a su esposa, que no se esperaban aquel recibimiento. «El inglés» había negociado, discutido a veces, incluso se había enfadado con muchos de los que allí estaban, pero siempre con una voluntad positiva y, sobre todo, con el enorme cariño por una tierra que deseaba compartir con ellos.

Una semana más tarde habían organizado una cena en su honor. Asistirían cerca de trescientos invitados acompañados de sus esposas. Thomas se sentía abrumado. Era un hombre que amaba el silencio y la discreción, y aquella bienvenida le había cogido por sorpresa. Se encogió de hombros, ya no podía evitarlo, y tampoco deseaba molestar a unos hombres que eran los mejores amigos que nadie había tenido nunca.

Una lección inolvidable

ENERO DE 1934

La llegada de sus padres no significó ningún problema. El caserón era tan espacioso que todos podían hacer su propia vida sin interferir en la de los demás. Lo había remodelado para adaptarlo a los nuevos tiempos. En la planta baja, dos salones, un gran comedor con salida a un porche y la gran cocina, que en tamaño nada tenía que envidiar a la de la mansión familiar de Surrey. Los servicios, las habitaciones de la servidumbre, un apartamento donde vivían los Chabry. Detrás la entrada a la cueva de la que se había apropiado Ethel. Allí entre otras estancias habían construido una gran bodega, pues se mantenía a temperatura fresca constante. En la planta primera se hallaba el despacho privado de su padre y la biblioteca, una sala de recibir y el dormitorio de sus padres. Delante un porche que también habían cubierto, para sacar encima una terraza. En la planta segunda una casa completa para el joven matrimonio, con cuatro dormitorios, un comedor, su propia cocina, un salón, un despacho donde Eduard trabajaba y los servicios. Decidieron poner ascensor que instalaría una compañía francesa con experiencia en la zona. La casa sería más cómoda para todos.

Aunque no había hecho comentarios, el cardiólogo había advertido a Thomas Harding de una insuficiencia coronaria. No podría hacer grandes esfuerzos, y si caminaba largo rato terminaba agotado. Decidió que debía amoldar su vida a las nuevas circunstancias, y ese era tal vez el motivo principal por el que viajaba menos al Líbano. Se sentía más protegido en Londres, aunque su larga estancia en Oriente había convencido a aquel profundo agnóstico de que todos los destinos de los hombres estaban en manos de Dios. No le preocupaba lo que pudiera sucederle, aunque cuando le dolía el pecho y sentía una fuerte opresión, era como si le hubiese llegado la última hora, y a veces tenía que hacer un tremendo esfuerzo de voluntad para seguir la conversación, o incluso seguir sonriendo

cuando era preciso hacerlo.

De todo aquel molesto asunto, fuera de él y su cardiólogo de Londres en Park Avenue, nadie sabía nada. ¿Para qué molestar con aquellas historias a su familia? Era una enorme satisfacción contemplar la felicidad de Sarah, y prefería no amargarle la vida con sus cuitas. Eso sí, lo que hacía era echar una ojeada al reloj y leer *Carpe diem*. Había ido al cementerio cristiano de Beirut, a visitar la tumba de su amigo Hagop Boghossian, y lo hizo acompañado de José Chabry, que le hizo de chófer, y le guio hasta donde su amigo se hallaba enterrado. Luego le dejó solo, con el zumbido de unas avispas. Las tumbas estaban desordenadas, eso sí, limpias y blanqueadas, pues la gente de Beirut sentía un enorme respeto por sus difuntos, y algunos trabajadores contratados se encargaban de mantener los cementerios. Hubiese significado un oprobio entrar en uno musulmán, y encontrarlo en mejores condiciones. Y al contrario. Algunas familias maronitas tenían sus propios panteones de piedra y mármoles, pero eran señalados, pues lo normal era la sepultura en tierra con una simple lápida. Así lo había dejado expresamente escrito Hagop, y así se había hecho. En una nota escrita días antes de su muerte, mencionó que le sobraba hasta la caja y añadía que, ya que los turcos le habían privado de su tierra, y de que nunca había sido lo suficientemente rico para poseer nada, aquella —la de su tumba— sería la más cercana y él terminaría por ser parte de la tierra del Líbano, su amado país de adopción.

Algo más allá llegaron unas mujeres vestidas de negro absoluto, con flores y lágrimas. Él caminó hacia la puerta de hierro forjado, siguiendo un larguísimo rastro de afanosas hormigas y notando su angina de pecho, convencido de que era cierto lo que a cada instante afirmaban sus amigos musulmanes. Estábamos en manos de Dios. Pero Él era compasivo y misericordioso, y le otorgaría un plazo más, allí a la portentosa sombra de la Montaña Blanca.

Descendieron en el coche hacia el puerto. Era la hora a la que llegaban las barcas de pesca, y el mismo mar bíblico seguía surtiendo de abundante pescado a los descendientes de aquellos canaitas, que una vez hacía miles de años lanzaron sus redes y las sacaron llenas de relucientes peces. Le encantaba aquel ritual, en la que se colocaban las cajas repletas a la sombra del tinglado, para

proceder a la subasta, en la que un árabe de piel curtida y gruesos dedos llenos de anillos de oro cantaba los números en sentido descendente, hasta que alguien hacía un leve gesto, levantaba la mano, o se echaba la mano a la gorra, para adjudicarse el lote que se estaba subastando. Él adquirió una caja de salmonetes, calamares y unos lenguados, que José Chabry colocó en el maletero. Aquella noche la mujer de Chabry cocinaría parte del pescado aderezándolo a la libanesa, y el resto lo dejaría para el día siguiente.

Thomas Harding echaba de menos muchas cosas en Londres, pero probablemente lo que más añoraba era la gastronomía del Líbano. Aquello no se encontraba en Londres. Los mismos franceses lo reconocían. Era cierto que Francia era uno de los lugares del mundo donde mejor se comía, pero el Líbano era un lugar especial para los amantes de la buena mesa.

Para Thomas el ritual de ir a comprar el pescado a las lonjas del puerto era un placer. Después, a la hora de la cena, todos alabarían a la cocinera, y al que había hecho posible el nuevo milagro de los panes y los peces.

La vida seguía transcurriendo con normalidad en Beirut. La gente hablaba de los alemanes, que volvían a sacar la cabeza. No se les tenía gran estima en el Líbano y, sin embargo, en Damasco se les tenía por buenos amigos de los árabes. Igual sucedía en Palestina, en el mismo Jerusalén, donde Amin
al-Husseini
siempre los mencionaba como los únicos que podrían lograr que las cosas cambiaran.

Algunos aún recordaban las sociedades secretas árabes de los últimos tiempos de los otomanos. Los franceses mantenían unos servicios de inteligencia que impedían que prosperase una nueva rebelión, esta vez en contra de ellos. Otros auguraban que ya no eran precisas las sociedades secretas, sino los partidos políticos fuertes y con ideas modernas. Por supuesto, partidos árabes. ¿Pues qué era Palestina, Iraq, Siria o el Líbano sino patria árabe? Esas tesis sacaban de quicio a los maronitas, ya que, en cuanto los franceses abandonaran el mandato, algo que antes o después terminaría ocurriendo, las aguas volverían a su cauce, y el Líbano al seno de su madre, la Siria ancestral que ya era un Estado mucho antes de los Omeyas.

Sus amigos maronitas invitaron a Thomas a compartir algunas inquietudes. Quiso que lo acompañara su yerno que, si bien era armenio, se consideraba un ciudadano del mundo, un europeo más. Le aseguraron que no tenían nada que objetar a ello y fue bienvenido. Incluso invitaron a participar a Albert J. Sursoek, grecoortodoxo y más cercano por tanto a las tesis musulmanas, pero muy amigo de sus amigos y hombre leal. En la reunión, no eran más de tres docenas. La verdad, ellos se consideraban el alma de Beirut, al menos el alma cristiana, aunque de todos ellos, ni la tercera parte eran verdaderos creyentes. Eso sí, todos iban a misa a la catedral y todos comulgaban, conscientes de los ojos secretos del Vaticano. No se arriesgaban. Ayub Thabit se lo confesó un día: «forma parte del juego», Thomas le había preguntado que de cuál, haciéndose el ingenuo. El del poder y la gloria. El mismo desde Roma y Bizancio. «O estás conmigo, o estás contra mí». ¿Para qué tener un disgusto? No era preciso y, además, el doctor Thabit de eso sabía mucho, los disgustos minaban la salud y a veces, hasta la armonía conyugal. Mejor evitarlos.

Se discutió a voz en grito. No era que estuviesen enfadados, muy al contrario, si lo estuvieran hablarían en un susurro con el compañero, o no hablarían y se reservarían todo. Si chillaban era porque podían hacerlo con la tranquilidad que proporcionaba la amistad y la lealtad. Temían que los franceses se marcharan de allí. En cuanto a los británicos, se sabía que estaban hartos de Palestina y de Iraq. De Egipto era mejor no hablar, así que tenían la certeza de que no volverían a Siria ni al Líbano a sacar las castañas del fuego, por nada ni por nadie. ¿Entonces? ¿Qué sucedería cuando los franceses se hartasen de injurias, afrentas y trabajos sin recompensa? Habían llegado de buena voluntad, aunque las malas lenguas les acusaban de imperialistas. Debbas aseguró que el Líbano jamás hubiera existido sin ellos, y que podría llegar a suceder que dejara de existir. Total, ¿qué les debían aparte de las infraestructuras en construcción en todo el país, los nuevos hospitales, el sistema educativo, las garantías legales, el respeto por las antiguas culturas, la igualdad y la fraternidad? Pues sobre todo ello, la libertad, algo que si se disfrutaba no se notaba, pero que era tan esencial como respirar. Eduard Boghossian asintió recordando lo que estaba ocurriendo en Viena, y a su amigo el profesor

Steinberg, del que por cierto no habían vuelto a tener noticias. Quería pensar que habrían decidido finalmente irse a Nueva York sin pasar por el Líbano.

Eduard había estudiado tres años en La Sorbona mientras servía de camarero por las noches para pagarse los estudios. Fue al principio, cuando aún no sabía si ser médico o estudiar filosofía. Allí en París, había aprendido lo que significaba la cultura francesa. A él no tenía que convencerlo nadie. Lo había vivido con una tremenda sensación de envidia.

Salieron de la reunión preocupados. Nadie mejor que Thomas Harding para conocer lo que Gran Bretaña pensaba en relación con Oriente. Jamás intervendría mientras no se lo pidiese Francia. A pesar de las malévolas insinuaciones, Francia e Inglaterra viajaban hacia el futuro en el mismo barco, eran aliadas, amigas y naciones con ideas comunes en la apuesta por la libertad en el mundo. Eso podría significar que en un momento dado tuvieran algún desacuerdo, pero después de mucha historia en común sabían que podían confiar la una en la otra.

Sin embargo, si Francia decidía abandonar su empresa en Oriente, podría ocurrir cualquier cosa, y la propia existencia del Líbano peligraría. Eran tiempos revueltos, la situación económica en Europa era muy delicada, las consecuencias de la crisis financiera seguían haciéndose notar.

En el Líbano todos eran conscientes de la situación. Por el norte una Turquía envalentonada que reivindicaba territorios y discutía la frontera, con un líder como Kemal Atatürk, que se había hecho respetar por las mismas potencias. Quienes habían perdido mucho en la contienda eran los armenios. Ni la Armenia wilsoniana utópica que les había dibujado el entonces presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, ni la incorporación de una parte de la Cilicia, ni los territorios históricos de Van, Sasún, Trebisonda y demás. Al final, solo una mínima parte, con las inhóspitas montañas cercanas a Yerevan y, además, después de todo, agradecidos a los soviéticos que habían evitado la debacle final. Los años terribles para una nación como Armenia, con inmensas pérdidas humanas y territoriales, la diáspora por todo el mundo, como si la historia se hubiese empeñado en castigar a un país indefenso, mientras los líderes del mundo civilizado y democrático gastaban su tiempo en

inútiles retóricas que no conseguían nada positivo.

Eduard lo comentaba con su suegro, que le daba la razón, aunque insistía en que Gran Bretaña y Francia no eran las culpables de la situación. Alemania había sido cómplice activa de los otomanos, Rusia había ido a sus intereses estratégicos, los Estados Unidos no deseaban entrar en un conflicto que se les antojaba demasiado lejano, ni enviar un soldado más a combatir en causas ajenas. Thomas mantenía la tesis de que algún día se acordarían de lo que no hicieron por un pueblo tan cercano espiritual y culturalmente como el armenio.

La casa de los Harding se transformó en el lugar de encuentro aquel otoño. Pasaban unos y otros al atardecer. Las mañanas eran más privadas en Beirut, y después de comer nadie se habría atrevido a interrumpir la siesta de un vecino, ni de un familiar. A eso de las siete comenzaba a llegar alguno —«Me he dejado caer por aquí…»—. A Thomas Harding no le importaba, al contrario. Una tarde de mediados de octubre se llevó una sorpresa cuando subió José Chabry para decirle que un desconocido quería verle. No le había dado su nombre, pero según Chabry se trataba de un nusayrí. Thomas bajó. ¿Quién podría ser? Se encontró con un hombre robusto, un árabe que se había trajeado a la europea, el típico corte pasado de moda, mal confeccionado por sastres que no eran capaces de asimilar la moda extranjera, lo que ocurría con frecuencia en Líbano.

A Thomas le resultó vagamente familiar y se acercó para saludarlo. El hombre le estrechó la mano sonriendo mientras decía.

—Inglés. Dios es grande, tú no te acuerdas de mí y, sin embargo, mi vida te pertenece. Soy Zaki
el-Wahsh
y hace muchos años me salvaste la vida.

Thomas Harding dudó un instante, luego se adelantó un paso y abrazó al nusayrí.

—No te he reconocido. Mi vista ya no es la que era, pero muchas veces te he recordado. ¡Claro que me acuerdo de ti!

Thomas invitó a su viejo amigo a sentarse bajo la cuidada parra que enlazaba la casa con el jardín, mientras Maria Chabry traía una jarra de té frío. Ambos hombres se observaron.

—¡Hace veinte años! Tú, Zaki

estás igual que entonces. ¡Dios misericordioso te proporcionó fortaleza! Yo estoy más viejo. El tiempo no ha sido igual de generoso para conmigo.

—No te quejes, inglés. Dios ha sido muy generoso para contigo. Tal vez en apariencia creas que podría levantar un borriquillo con mis brazos, tu cabeza me lleva mucha ventaja. Ahora mismo me cambiaba por ti, aunque tal vez eso sería ofender a Dios. He pensado mucho en ti. Aquel día demostraste valor, humanidad y dignidad. Gracias a ti he podido seguir disfrutando de la vida.

—Zaki al-Wahsh, yo tengo el mismo concepto de ti.

Entonces Thomas le contó su detención, las semanas de tortura con la absoluta certeza de que iba a morir.

—¡Ah, sí! ¡Qué tiempos tan malos! Y te diré algo, inglés. Los turcos estaban pervertidos por los alemanes. Yo he tratado a muchos turcos y no eran así. No sé qué acuerdo hicieron con ellos, pero se transformaron en lo que no eran. Siempre he pensado en ti. No supe que esta era tu casa hasta hace un mes, y decidí venir a Beirut a saludarte y a decirte que en las montañas cerca de Latakia, donde habitamos los nusayríes, allí tienes tu casa y siempre serás bienvenido. Como sabes, siempre nos hemos llevado mal con los turcos, con todos los invasores que han intentado convertirnos en sus esclavos. Los nusayríes jamás nos hemos rendido a nadie. Los turcos no solo querían nuestras montañas, tampoco aceptaban nuestro credo. Nos llaman infieles porque observamos el cielo, el sol, la luna con un respeto que, según ellos, solo se podía tener por un Dios único. También creemos en Ali ibn Abu Talib, el compañero del Profeta, como un ser divino. Es difícil resumirte nuestras creencias, pero es evidente que existen muchas diferencias con el islam. Eso hizo que los turcos no nos aceptaran, y nuestra vida se transformó en algo muy complicado. Ahora, con los franceses, las cosas han mejorado, aunque pretenden cambiar nuestra forma de vida. No les va a resultar fácil.

»He venido a verte para decirte que serás muy bienvenido en Yayladagi, en las montañas del Jebel Ansariya, un lugar muy cercano a Latakia. Deseo presentarte a mi familia, y nos honrarías si la tuya te acompañase. Mira, inglés. En esta vida mucha gente asegura que es tu amiga, te abraza, te sonríe, te trata familiarmente,

te invita a su casa, te festeja, ¿sabes hasta cuándo? Hasta el preciso instante en que por primera vez los necesitas. A partir de entonces todo cambia, se esconden, como si no quisieran verte. Tú no me conocías de nada. Eres inglés y yo nusayrí, pocas cosas teníamos en común, salvo tal vez la más importante. Ambos somos seres humanos. Cuando me viste herido, fue como si hubieran herido a tu hermano, te preocupaste por mí, y no te quedaste tranquilo hasta que me pudiste dejar en buenas manos. ¿Sabes, inglés? Siempre me habían dicho que los europeos odiaban a los árabes, que los infieles odiaban a los musulmanes. Tú me demostraste lo contrario, y me hiciste cambiar. Desde entonces he creído que nada tiene que ver la raza, la religión o el color de la piel. Lo que importa es lo que tú, con tus actos, me enseñaste. Han pasado muchos años y ambos nos hemos hecho más viejos. Yo no podía permitir que el tiempo pasase y nos fuéramos de este mundo sin verte de nuevo y decirte todo esto. Me he enterado de quién eres, de tu interés por conocer mejor este país y a los árabes. Sé que eres un hombre de prestigio, al que todos profesan amistad. Solo deseaba que supieras que en las montañas donde vivimos los nusayríes, que somos gente agradecida, siempre serás bienvenido.

Zaki el-Wahsh se levantó.

—Ahora debo irme. Te he interrumpido sin avisarte de mi llegada. Queda con Dios, inglés, eres un buen hombre, y Él, sin duda alguna, te recompensará.

Thomas estaba realmente emocionado. Aquella era una sorpresa; también él había recordado lo que sucedió hacía tantos años.

—Zaki el-Wahsh. Me has dejado confundido ante tus palabras. Tampoco yo he podido olvidar aquellos momentos y te has adelantado, ya que también yo he pensado en ir a saber de ti muchas veces. Tú has hecho lo que yo solo he pensado. Así que estoy en deuda contigo. Si Dios lo permite, iré a verte a tu casa. Acabas de hacer por mí lo que muy pocos han hecho. Demostrarme la verdadera amistad, sin interés. Gracias.

Zaki el-Wahsh le estrechó la mano, y le abrazó. Thomas le devolvió el abrazo. El hombre abandonó la estancia sin decir nada más. Ya todo sobraba, Zaki
el-Wahsh
acababa de darle una lección inolvidable.

Papel mojado

FEBRERO-JUNIO DE 1934

A mediados de febrero, Thomas Harding comenzó a sentir dolores más agudos. El cardiólogo del hospital Dieu de France le diagnosticó insuficiencia coronaria aguda. Le recetó un específico que le alivió algo, pero no debía perder tiempo, y decidió volver a Londres.

Unos días más tarde embarcaron en el vapor Neptune, una motonave mixta de carga y pasaje con destino Portsmouth. Sarah no puso ninguna objeción. Además, pensaba que debían volver cuanto antes a Inglaterra, él no se encontraba bien, aunque intentaba disimular su malestar.

La travesía la realizaron con mal tiempo, no llegaba a ser un temporal, pero era un mar duro, con fuerte oleaje, que impedía pasear por cubierta y hacía incómodo ir al comedor o al salón, pues los bandazos obligaban a sujetarse y el pasaje iba mareado.

Thomas se sentía enfermo y deprimido, aquel tiempo le servía de excusa para no tener que abandonar su camarote. Tenían mucha experiencia como viajeros y preferían coger dos camarotes colindantes y si los había, comunicados. Sin embargo, Sarah resistía muy bien aquel tiempo y agarrándose a las barandillas, lograba llegar al vacío comedor, bajo la mirada de admiración de los camareros. Cuando pasaron por delante de Gibraltar, el tiempo mejoró, pero no el humor de Thomas, impaciente por llegar a Inglaterra; en los muchos años que llevaba realizando aquel viaje, nunca había tenido un tiempo tan malo, ni un barco que se moviera tanto. Estaba profundamente arrepentido de no haber aguardado una semana al Star of India, un navío de mucho mayor porte, con muchos años, pero más lujoso y estable.

Lo único bueno era que ya estaba llegando a Inglaterra y que se sentía bastante mejor de su afección coronaria. El médico del Dieu de France, un armenio, le había recetado un específico muy

adecuado. Tendría que comentarlo con el doctor Coughlin, su cardiólogo de Londres. En cuanto a Sarah, casi ni se veían. Ella entraba un momento a media mañana y a última hora para desearle buenas noches. Lo conocía bien y sabía que no le gustaba que le preguntara si se sentía mejor. Después con la mejoría del tiempo y de su estado anímico, se atrevió a acompañarla al comedor al mediodía.

Llegaron a Portsmouth tras doce días de navegación. Allí cogieron el tren para Londres, y cuando pudo por fin cruzar el umbral de su casa, se juró que por el momento no volvería a subir a un barco.

Unos días más tarde visitó al doctor Coughlin, que le realizó un completo estudio.

—Mi querido amigo. Su corazón le dará muchos problemas, por muchos años. Tiene usted una enfermedad coronaria crónica. No podrá hacer esfuerzos, ni recibir grandes emociones, pero puedo asegurarle que, de eso, al menos por el momento, no se va a morir. Tendrá que seguir tomando el mismo específico, muy bien recetado, por mi colega el doctor Tahmasian de Beirut, y llevar una vida bastante más tranquila, aunque conociéndole, sé que eso le resultará muy difícil. En fin, haga una vida normal, más tranquila, y cuídese.

Volvió a su casa de mejor humor. Sarah había salido con sus amigas y pensó que sería un buen momento para ordenar sus apuntes. Estaba comenzando a escribir las notas previas, basadas en sus diarios, que había ido rellenando durante toda su vida. Los llamaba «sus cuadernos de bitácora» y, al releer algunas páginas, pensó que podría recuperar tiempo perdido. Sería una buena ocupación en algo que llevaba muchos años queriendo hacer.

La sorpresa de media tarde fue la llamada telefónica de Augustus Newman. Le dijo que quería cenar con él y que lo invitaba a las seis y media en el Ritz. Tenía el tiempo justo y se vistió para la cena. El chófer le dejó en Picadilly, veinticinco minutos más tarde, allí estaba ya Augustus Newman, que tenía a gala no hacer esperar a nadie. Siempre decía que él aguardaba máximo durante cinco minutos.

Los dos hombres se abrazaron tras casi dos años sin verse. Cuando Newman estaba en Oriente, Thomas se hallaba en Londres y

viceversa. Newman seguía igual que siempre. Thomas escudriñó el rostro de su mejor amigo, y vio pocas huellas del paso de los días. Newman se fijó en las arrugas de los párpados, en la flacidez del rostro de Thomas Harding. Para alguien desconocido hubieran pasado por tener la misma edad.

—¡No sé cómo te mantienes siempre igual! ¡No pasa el tiempo por ti, Augustus! ¿Dónde has estado que tienes tan buen color?

Newman sonrió.

—Bueno, la verdad que a mi edad debería estar jugando al golf y leyendo a los clásicos, pero te seré sincero. En los últimos doce meses he estado en Berlín, en Teherán, en Bagdad, en El Cairo, en Jerusalén, en Damasco, en Estambul, otra vez en Berlín y ahora aquí. Por agua, por tierra y por aire. ¡Esos aviones que pone a mi disposición el Gobierno te llevan de aquí para allá en un santiamén! ¡Y el Ministerio de Asuntos Exteriores no escatima cuando algo le interesa! Por cierto, ¿qué tal tu hija? Alguien me comentó que Ethel había tenido un hijo, ya eres abuelo. ¡Eso sí que nos pone en nuestro lugar! ¡Felicidades, querido amigo! ¿Qué tal Beirut? Los libaneses nunca podrán agradecer bastante a Francia lo que ha hecho por ellos. Los sirios aseguran que son los afanes imperialistas de los franceses, pero nosotros, desde nuestra posición de observadores privilegiados, sabemos que eso no es cierto. Lo único que le ha ocasionado a Francia esta quijotesca aventura han sido trabajo, gastos y disgustos, aunque los franceses están acostumbrados.

Los alemanes están volviendo a las andadas. El Tratado de Versalles es ya papel mojado, y Hitler es un personaje deplorable, además de extraordinariamente ambicioso. ¡Se ha hecho el auténtico amo de Alemania! ¡Ni el káiser Guillermo tenía el poder de este hombre! Por cierto, a los judíos los está maltratando, ¡y de que manera! Allí soy un diplomático inglés y como tal me tratan, pero si yo fuese un padre de familia judío ahora en Alemania… ¡Procuraría alejarme lo más posible de ese país mientras tuviera tiempo!

En cuanto a los árabes, la mayoría de los musulmanes no nos han perdonado ni la Declaración Balfour, ni el Acuerdo Sykes-Picot. Y lo que es peor, creo que no nos perdonarán jamás. Si en el futuro tuviésemos otro conflicto, los países árabes se decantarían por

Alemania. Los prusianos mantienen que ellos tienen las manos limpias en todo el asunto de las colonias, lo que no es cierto y ellos lo saben. Su intención fue repugnante cuando consiguieron embarcar a los turcos en la Gran Guerra. ¡Ellos deseaban suplantar a Francia y a Gran Bretaña en los enormes territorios del Imperio otomano! ¡Pero no lo consiguieron! Pero no creas que se han conformado. No te lo vas a creer, ¡hemos detectado una red de espionaje de esos nazis en Estambul y en Damasco! ¡También en Teherán! La Embajada de Alemania, o del Tercer Reich, como les gusta a ellos llamarse, en Estambul, es una continuación de la misma historia. ¡No han aprendido nada! Sus generales son algo más viejos, pero nada más, y siguen teniendo ganas de devolvernos la jugada.

En Damasco hay un montón de árabes nacionalistas que odian a los franceses por haberles impedido quedarse con el Líbano, y a nosotros, por todo lo demás. Se encuentran con cierta frecuencia con el agregado cultural de Alemania, y con cuatro o cinco miembros del Partido Nazi que han viajado a Damasco y empiezan a conspirar. No estamos, en el servicio de inteligencia, demasiado preocupados. Tenemos todos los datos y algunos hombres infiltrados en lugares clave, ¡se repite la historia! ¡Y lo mismo nos ocurre desde Tánger hasta El Cairo, Teherán y Bagdad! ¡No se quedaron conformes con Versalles! Sabemos que están rearmándose, lo hacen impunemente. ¡Tienen un cuarto de millón de suboficiales, en realidad todos ellos oficiales! Y dentro de unos años la tendremos de nuevo, pero ahora es inútil explicarle todo ese asunto al gabinete. ¡No quieren escucharnos! El único que está bien al tanto es el amigo Churchill. ¡La experiencia es un grado!

Como curiosidad, uno de los pocos lugares de Oriente Próximo en donde no han podido montar una red organizada ha sido el Líbano. Allí los alemanes no son bienvenidos y lo saben. Los maronitas los siguen viendo como los amigos de los turcos. Los armenios como los cómplices de las matanzas y deportaciones, y los árabes del litoral como los que perdieron. Y eso, amigo mío, para un árabe, es definitivo. Cada vez que han intentado organizarse, alguien se encarga de que los franceses lo sepan, y los alemanes no saben lo que hacer. ¿Por qué en Damasco están como pez en el agua, aunque los tenemos a todos fichados, y en Beirut no son

capaces?

¡Ah, el Líbano! ¡Qué país tan singular y diferente! Allí a los ingleses nos soportan, tú habrás tenido algo que ver en ello, a los franceses los necesitan. Me han asegurado que en ningún otro lugar del mundo hay tantos salones de belleza. ¡*Vive la France*! Pero a los alemanes… ¿Quién necesita el orden en Beirut?

Thomas negó con la cabeza dando la razón a su amigo. Beirut y por extensión el Líbano eran un paradigma de lo humano. Del hombre mediterráneo, gentes y culturas inteligentes, comerciantes y cosmopolitas. ¿Quién necesitaba el orden prusiano allí? Beirut era caótico, complejo y hermoso.

Los funcionarios franceses se volvían locos allí. En la Politechnique les habían transformado en gentes cartesianas y disciplinadas. En el Líbano el proceso era a la inversa. «El buen sentido es la cosa del mundo mejor repartida…», pero el *Discurso del Método* [77] afirmaba que no podían separarse la montaña del valle [78] y en eso, todos los libaneses estaban bien de acuerdo. El valle era el valle, y la montaña… ¡Ah, la montaña!

Quedaron en verse durante los días que Newman permaneciese en Londres. Newman debía tener sesenta y tantos, y la vitalidad de un joven escocés de las Tierras Altas. Thomas se sentía mejor, pero seguía afectado por un cansancio funcional que le impedía ser él mismo. Le preguntó un día que cuándo iba a jubilarse. Newman negó con la cabeza. Nunca. El día que lo metieran a seis pies bajo tierra. Ni un momento antes. Brindaron por los viejos tiempos.

La Caja de Pandora

JULIO-DICIEMBRE DE 1934

Fue el rabino jefe de la comunidad judía del Líbano, Shabtai Bahbout, quien llevó la carta dirigida al doctor Eduard Boghossian al Hospital Mental de Asfuriyeh. No tenía remite ni matasellos, alguien la había traído en mano y la depositó en la sinagoga Magen Abraham. Eduard recibió al hombre en su consulta, no era la primera vez que lo veía, ya que visitaba con frecuencia a los judíos que se hallaban allí internados, apenas media docena, a los que proveía de ropa y alimentos *kosher*, algo simbólico, ya que normalmente comían lo mismo que el resto de los internos. Sin embargo, era evidente que eso no les perjudicaba, sino todo lo contrario. El rabino no sabía más acerca de la carta. La habían depositado en la sinagoga, bien que el que la traía o el que la enviaba era judío.

Dentro del sobre sucio y estropeado, iba otro sobre en mejores condiciones, dirigido a su antigua dirección en Viena. ¿Cómo les había podido llegar hasta Beirut? Solo estaba escrito el nombre: «Doctor Eduard Boghossian, Beirut». Eduard lo abrió también mientras el rabino observaba con curiosidad. ¡Era del profesor Steinberg! ¡Max Steinberg! Al leerla, lo hizo en voz alta por deferencia al rabino que la había traído:

> *Queridos Ethel y Eduard. No sé si esta carta les llegará alguna vez. Me encuentro encerrado en el campo de concentración de Esterwegen. Estoy escribiendo sobre papel de empaquetar ya utilizado. Me temo que no es el más adecuado, pero aquí no disponemos prácticamente de nada.*
>
> *Mi compañero, Albert Stern ha sido trasladado a otro campo. No sé nada de él, lo que me tiene desesperado. El campo lo vigilan las, y eso significa ejecuciones sumarias*

todos los días, y un trato brutal a los prisioneros. Nos detuvieron en el momento de retirar el pasaporte. ¡Cometimos el error de volver a entrar en Alemania, y la terrible ingenuidad de creer que le entregarían el pasaporte a un judío! Nos llevaron al cuartel general de la Gestapo en la Prinz Albrechtstrasse en Berlín, y después de un terrible interrogatorio nos trajeron aquí. A los dos días se llevaron a Albert, según me explicó uno de los guardias de seguridad, al que conocía, era vigilante de la universidad en Berlín cuando yo daba clases allí. Le han llevado a otro campo, lo que suelen hacer cuando sospechan que puede tratarse de una pareja. Me han colocado una estrella de color rosa. Eso significa que me consideran homosexual, uno de los peores estigmas para ellos. Dicen que Ernst Rohm y las cayeron por serlo. Para los nazis, los homosexuales son unos degenerados a los que hay que eliminar. No sé si podré sobrevivir aquí dentro. Tengo mucho miedo a morir. ¡Aún me quedaban tantas cosas por hacer! Es imposible huir de aquí. No sé qué va a ser de mí, pero confío en Dios
SS
SA
.

Suyo, Max Steinberg (011704)
(Es el número que me han tatuado en el antebrazo)

Cuando acabó de leer la carta, las manos de Eduard temblaban de emoción. El rabino Bahbout, que también la había leído por encima de su hombro, lo observaba a través de sus gruesas lentes doradas, agarrándose ansiosamente los dedos.

—¿Qué vamos a hacer, doctor? ¡Qué cosas tan terribles están sucediendo en Alemania! No quería creerlo, pero algunos judíos que han llegado al Líbano traen las mismas historias. ¿Qué les está pasando a los alemanes? ¿Cómo permiten que algo así ocurra en el país de los filósofos y la cultura? Es como una infección, como si un bacilo hubiera contagiado a los alemanes, y no fueran capaces de

distinguir el bien del mal.

—Es así como está sucediendo —Eduard lo había visto en Viena —. Mire, rabino Bahbout, antes de llegar aquí, vivimos en Austria, en Viena, y pude darme cuenta. Ese fue el motivo más importante por el que decidimos adelantar nuestra vuelta. ¡Pobre Max! ¡No podemos permitir que eso ocurra! Lo único que se me ocurre es escribir a mi suegro. Es un hombre de recursos y pensará algo. Está muy bien conectado con las altas esferas políticas y conoció al profesor Steinberg, aquí en el Líbano hace años, en Baalbek. Voy a ponerle un telegrama y le enviaré una copia de la carta. Se lo comentaré a mi esposa, que se va a llevar un tremendo disgusto. ¡Ah, qué cosa tan espantosa! Steinberg pretendía traer aquí a su amigo Albert Stern, para llevarlo a visitar Baalbek y Palmira. Gracias, rabino, le mantendré informado. Al menos ahora sabemos dónde se encuentra, y voy a empezar a moverme para intentar sacarlo de allí. ¡Espero que lleguemos a tiempo!

Eduard había recibido como regalo de su suegro una motocicleta, una
AJS
fabricada en Wolverhampton, que le venía muy bien para ir a Asfuriyeh. Se colocaba las gafas con el borde de caucho, unos gruesos guantes y cogía el polvoriento camino hasta «la casa de los locos». Los campesinos le veían pasar, y pronto todos supieron que el de la moto era el nuevo director del manicomio. Se dirigió en la moto a su casa y Ethel, que lo oyó llegar, salió a la terraza con el niño en brazos.

Él agitó la carta desde abajo y subió de tres en tres la escalera.

—¡Ethel! ¡Ethel! ¡Es de Max Steinberg! ¡Lo tienen encerrado esos malditos nazis!

Ethel le pasó el niño y leyó la carta varias veces. Luego se sentó impactada por las noticias.

—¡Serán desgraciados! —Ethel era muy comedida hablando, pero cuando se indignaba, sacaba la ancestral vena de los Weiler, que no tenían tantos miramientos—. ¿Y ahora qué hacemos? No podemos permitir que Max y su amigo Albert sigan encerrados…

—¡Claro que no, Ethel! He pensado que tu padre haga una gestión a través del Ministerio de Asuntos Exteriores. Es un hombre de recursos y algo se le ocurrirá. ¡Pobre Max! ¡Caer en esa terrible

pesadilla! Voy a ponerle un telegrama a tu padre, que está en Londres, de momento otra cosa no podemos hacer. ¡Malditos nazis! Hitler se ha empeñado en destruir Europa.

Eduard se dirigió en moto a la oficina de telégrafos situada en la Central de Correos. Eran unos locales provisionales, el alto comisario había prometido fondos para construir un nuevo edificio.

Fue probablemente uno de los telegramas más largos enviados hasta entonces desde Beirut. Iba a costarle un buen dinero, pero eso no tenía importancia. Necesitaba que su suegro comprendiera en detalle lo que estaba pasando Max Steinberg, alguien con el que habían tenido muy poco trato, pero que se había hecho querer por su humanidad, su sensibilidad y su generosidad, factores que por supuesto no contaban para los nazis.

Eduard estaba preocupado por si se suicidaban Max y Albert. Una forma rápida de terminar con la tortura física y mental, algo que elegían muchas personas enfrentadas a un túnel sin salida y sin esperanza.

Ethel no se podía quitar de la cabeza la cantidad de seres humanos sometidos a un trágico destino: homosexuales, enfermos mentales, comunistas, enemigos políticos, prostitutas, adolescentes con problemas de comportamiento, gitanos, personas de etnias «no aceptables» o inferiores racialmente, según los criterios nazis, enfermos paliativos, gente de bajo nivel intelectual, delincuentes comunes, criminales, asociales, masones, artistas «degenerados», o que no seguían los criterios nacionalsocialistas y, por supuesto y sobre todo, los judíos, a los que la tenaz propaganda nazi estaba transformando en seres infrahumanos, que podían ser asesinados sin justificación alguna. El negocio de un judío podía ser asaltado y robado, y muy pocos alemanes eran los que levantaban un dedo por salvar a un judío. ¡El noventa por ciento de los posibles votantes había votado a favor de Hitler en el plebiscito de agosto de 1934! ¡Aquel virus de maldad lo había infestado todo!

Ethel sentía tanta rabia dentro de ella que llegó a pensar que abandonar Viena había sido un error. Allí en Beirut las cosas se veían de otra manera, aunque su hijo justificaba que se hubieran puesto a salvo. Habían dejado a los oprimidos, a las víctimas, miles y miles de personas en Viena, en toda Austria, enfrentados a su propio destino. Se lo comentó a Eduard, quien le explicó que

aquello era un conflicto interior que tenían siempre los que lograban escapar de una situación espantosa, los que sobrevivían a un incendio, a un naufragio, a un pogromo en el caso de los judíos, incluso los soldados que veían morir a todos sus compañeros en una batalla.

Solo en Viena vivían cerca de doscientos mil judíos, que estarían planteándose escapar. ¿Pero a dónde podrían ir? Gran Bretaña estaba cerrando los cupos de emigración a Palestina, los Estados Unidos permitían entrar a un número muy limitado de refugiados judíos o de cualquier otra raza, y así era en casi todos los países. Ellos mismos no habían sido conscientes de la verdadera dimensión del problema, hasta que se encontraron con alguien como Max Steinberg.

Al Líbano seguían llegando centenares de judíos cada mes. También muchos armenios. Aunque algunos protestaran, la mayoría de los habitantes del Líbano eran gentes generosas, que aceptaban a esos refugiados.

Ayub Thabit se lo dejó muy claro a ambos un día que lo invitaron a comer.

—Mis queridos amigos. Los «fenicios» somos prácticos, no es tanto altruismo, como la certeza de que los que llegan refuerzan nuestras posibilidades. No nos sobra nadie, y los que se incorporan en cualquier lugar del Líbano son bienvenidos. ¡Bueno, alguno protesta, eso es inevitable! Fíjense, este mes han llegado casi trescientos armenios, entre ellos, veinte médicos y enfermeras, cuatro ingenieros, varios profesores, un novelista, tres pintores, un arquitecto… ¿Qué les parece? ¿De qué vamos a protestar? Los musulmanes que exigen la unión con Siria no se quejan de ello. ¡Es bueno para todos! Todos esos judíos que no consiguen salir de Alemania, porque no les proporcionan visado, son gente valiosa. ¡En fin! ¡Muchas veces es difícil que los políticos se den cuenta de las oportunidades perdidas!

Dos semanas más tarde, Eduard y Ethel recibieron un telegrama desde Londres, firmado por Thomas. Les comunicaba que había iniciado una vía de contactos para intentar que Max Steinberg pudiera abandonar el campo de concentración. En cuanto a Albert Stern, los informes de inteligencia confirmaban que había muerto a causa de una neumonía, probablemente había sido asesinado. No

quería ser demasiado optimista en relación con el asunto, ya que el Gobierno alemán era muy reticente a intervenir en favor de prisioneros políticos. Sin embargo, les advertía de que se había iniciado una gestión a alto nivel que prefería no comentar, les tendría informados de los resultados.

Eran noticias agridulces. El resto del verano pasó sin saber nada más. En Beirut los políticos seguían con sus enfrentamientos sobre temas que se habían convertido en caballos de batalla. El mandato francés, defendido a ultranza por los maronitas y cuestionado por sunnitas y grecoortodoxos. Los chiitas ni tan siquiera aceptaban hablar del asunto, para ellos los franceses eran unos invasores y los ingleses unos traidores.

La comunidad judía libanesa, rechazaba de plano la invitación de los sionistas a emigrar a Israel. Ni en Wadi Abu Jamil, ni en Ras Beirut, ni en el Chouf Deir
al-Qamar,
Aley, Bhamdoun o Hasbaya, ¡ni uno solo de los judíos deseaba marcharse a Israel! A pesar de las promesas que se les hacían, consideraban que en el Líbano estaban bien, aquella también era parte de su tierra ancestral. El presidente de la comunidad judía, Selim Harari, y los rabinos jefes, Shabtai Bahbout y Benzion Lichtman, se reunieron con los parlamentarios, para disipar dudas y malentendidos. Los judíos del Líbano seguirían allí. ¿No lo estaban desde mucho antes de la revuelta de Bar Kojba [79] ?

Sus dos diarios, *Al-Alam*
al-Israili
en árabe, y *Le Commerce de Levant* en francés, aportaban mucho al panorama político, cultural y económico, y así pretendían seguir, se sentían muy próximos al pensamiento de los cristianos maronitas, y se llevaban muy bien con los armenios, pues aunque mantenían una cierta rivalidad intelectual y profesional, se respetaban mutuamente.

El rabino Shabtai volvió a entrevistarse varias veces con Eduard. Le dijo que habían rezado en la sinagoga por la liberación de Max Steinberg y de todos los judíos que estaban sufriendo el acoso y las persecuciones de los nazis y sus cómplices, entre los que mencionó al gran muftí de Jerusalén, Amin
al-Husseini

y sus familiares, que habían emprendido una campaña de terror contra los judíos de Palestina. Aquel hombre había sido el causante de la matanza de Hebrón en 1929, y en sus inflamados discursos en contra de los asentamientos judíos, prometía aniquilarlos, aplaudía la política del Gobierno alemán, y se sabía que mantenía relaciones con los nazis, lo que le ocasionaba encontronazos constantes con los ingleses.

A mediados de octubre, Eduard recibió una carta certificada de su suegro. No habían conseguido ningún resultado positivo sobre la liberación de Max Steinberg; las noticias del campo de concentración de Esterwegen eran muy pesimistas. Se sabía que estaban muriendo muchos de los recluidos, aunque los nazis no querían aceptar que eran muertes producidas por las torturas, los malos tratos o directamente los asesinatos. En Inglaterra la prensa hablaba ya sin tapujos de las barbaridades cometidas por los nazis. Terminaba la carta prometiéndoles que les mantendría al corriente.

Eduard recibió otra carta con matasellos de Zúrich a finales de noviembre de 1934. Era del doctor Louis Wise, el mismo que se había enfrentado a las tesis del doctor Karl Brandt en el Instituto de Fisiología de Viena. Eduard le había dejado la dirección en Beirut. Louis Wise también era judío, y en la carta le hablaba de su desesperanza por lo que estaba sucediendo en Alemania y el contagio en la sociedad civil austríaca:

> *Muchos se han contaminado del espíritu nazi. El ambiente en Viena es opresivo y muy difícil para los que no son de raza germana. Yo he tenido la suerte de escapar y voy a intentar emigrar a los Estados Unidos. La verdad, juego con ventaja, ya que llevo una carta personal del doctor Freud, quien por el momento no quiere ni oír hablar de dejar Viena. Se habla de que algunos enfermos mentales han sido llevados a sanatorios controlados por los médicos que apoyan las ideas nacionalsocialistas y una vez allí, han desaparecido. Personalmente, no creo que se atrevan a tanto, pero tengo miedo de lo que pueda llegar a suceder. Tal vez en un futuro podamos encontrarnos de nuevo. Entretanto, os deseo lo mejor en ese bello país que es el*

Líbano.

Vuestro, L. Wise M. D.

Eduard le entregó la carta a su esposa para que la leyera. Fuera el tiempo era ventoso y el Mediterráneo hostil. Las nubes corrían hacia el norte y una bandada de gaviotas jugaba con la espuma de las olas. Al menos estaban allí, el mundo se dirigía hacia el caos, y lo único que permanecía indiferente y majestuosa era la Montaña Blanca, recortada sobre un fondo oscuro. Era una visión que impresionaba, y ambos se quedaron un rato mirando fijamente la dramática vista. Baalzebub había logrado escapar de la caja de Pandora.

Provocando al destino

1935

El año 1935 llegó sigilosamente. Nadie recordaba ya la Gran Guerra. A fin de cuentas, una más en la innumerable lista de conflictos, muertes y odios entre los seres humanos.

Pero los armenios del Líbano no podían olvidar a los centenares de miles de compatriotas que habían sido asesinados, o los que como en el caso del doctor Hagop Boghossian habían muerto tiempo después, incapaces de recuperarse de las terribles experiencias o de las secuelas físicas a causa de las palizas y torturas. De tanto en tanto, Eduard subía al cementerio, daba instrucciones para que se limpiaran las tumbas, llevaba flores y musitaba una oración, aunque lo hacía por respeto, pues no era creyente. Un homenaje hacia las personas que tanto le habían querido y que tanto habían hecho por él. Allí, en el cementerio cristiano, había un recinto pequeño para los armenios; una deferencia del Vaticano para aquellos hijos que alguna vez serían pródigos. De vez en cuando encontraba a otros armenios y después bajaban hacia el centro, caminando, cambiando impresiones, hablando de cómo el Tratado de Lausana les había dejado sin su tierra ancestral, la gran parte de la Armenia histórica, de los lugares y poblaciones que habían sido el corazón de su patria eran ahora unas provincias turcas en las que resultaba imposible vivir a los armenios. Una puñalada por la espalda para un pueblo cristiano que siempre había confiado en Europa.

No. La historia no estaba siendo justa con Armenia, y Eduard, como otros miembros más jóvenes de la comunidad armenia del Líbano, sabía que el tiempo jugaría a favor de los turcos, que estaban destruyendo sistemáticamente hasta el menor vestigio de la herencia cultural armenia, en toda Anatolia y mucho más en la Cilicia. Eso hacía que los armenios sonrieran poco. Nadie podía saber que aquella gente seria y algo distante había sido uno de los

pueblos más alegres y cordiales de Asia. Eran las amargas circunstancias las que les impedían demostrar su verdadero carácter.

Eduard era capaz de entender lo que pasaba por la mente de sus pacientes, ponerse en su lugar y decirles lo que creía que les ocurría. Se corrió la voz por Beirut de que aquel doctor era un hombre sensible, con el que los enfermos de la mente se sentían aliviados, y mucho más sus seres queridos. Utilizaba pocos fármacos y mucha psicoterapia. Y daba resultado. Gentes que no querían hablar de lo que les había sucedido, lo hacían delante de él, otros que permanecían mudos por muchos años, se abrían ante aquel joven doctor, al que a veces se le humedecían los ojos al escuchar las estremecedoras historias que le contaban, también los que se encerraban en un caparazón de violencia se volvían sumisos y aceptaban las palabras del doctor Boghossian. No estaban acostumbrados a que los trataran así.

La única que no parecía sorprendida era Ethel, la esposa inglesa de Boghossian, la hija «del inglés», un buen amigo del pueblo libanés. Ella también conocía el secreto. La lucha interior de un ser humano por superar el trauma que había sufrido siendo un niño, y que durante todos aquellos años le había hecho encerrarse en sí mismo, hasta que en un momento dado, el vaso de lo que era capaz de aguantar se había desbordado y ella había podido comprender el sufrimiento de su marido.

El presidente de la República, Habib El Saad, tuvo la deferencia de ir a visitar Asfuriyeh. Le dijo a Eduard que se sentían muy honrados de que alguien como él estuviera dirigiendo el hospital mental. Le prometió que aumentarían el presupuesto, valoraban su labor, colaborando no solo en que aquellos enfermos lograran sanar, también en aliviar a las familias y a la sociedad. Eran solo promesas, pero Eduard tuvo la satisfacción de estar consiguiendo algo.

Después supieron que Thomas se hallaba en viaje diplomático por Alemania, acompañando a altos cargos del Gobierno británico, ya que las relaciones con aquel país no se habían roto, y se avecinaban grandes eventos internacionales, como las Olimpiadas de 1936, que debían coordinarse. En marzo recibieron una carta suya sellada en Londres.

Queridos Ethel y Eduard:

Acabo de regresar de Alemania. Tendría que decir de las Alemanias, ya que hay al menos dos, muy diferentes. La que ellos enseñan muestra un país que parece haber logrado superar las secuelas de la Gran Guerra. El Tratado de Versalles lo consideran muerto y enterrado. Están construyendo unas carreteras extremadamente rápidas a las que llaman autopistas, en las que en un futuro deberán circular los millones de vehículos Volkswagen, cuyas fábricas están en pleno desarrollo. También están edificando los estadios, piscinas y centros deportivos para las Olimpiadas, en las que aseguran, los atletas alemanes arrasarán. El estadio principal en Berlín es impresionante.

He podido ver muchísimas viviendas en construcción, fábricas de todo tipo, las ciudades están siendo remodeladas, y lo que nos mostraron oficialmente daba una imagen de un pueblo próspero, que pretende ocupar uno de los primeros lugares del mundo del futuro.

Por supuesto, nada hablaban de lo que está sucediendo en las tramoyas de ese escenario utópico. Ni de los «campos de concentración», adonde están enviando a los miembros de los partidos de la oposición, comunistas, izquierdistas y, en definitiva, a todos los que no piensan y actúan como ellos pretenden. Tampoco hablan de lo que está sucediendo con los judíos alemanes, a los que están privando de todos sus derechos fundamentales y cívicos. Expulsándolos de los colegios profesionales, de las cátedras de las universidades, impidiéndoles ejercer su profesión, humillándolos y violentándolos. Desde los niños de las guarderías, hasta los ancianos de los asilos. No hay un lugar donde los judíos puedan vivir tranquilos en toda Alemania.

Tampoco dejan tranquilos a los miembros de las principales etnias gitanas. Los expulsan de sus asentamientos, los hostigan, los apalean y me atrevería a

decir que los asesinan[80]*, y los que pueden están huyendo de Alemania.*

Nos invitaron a ver una película en Berlín, El triunfo de la voluntad*, de una directora alemana, Leni Riefenstahl. El film era una visión monumental del mitin del Partido Nazi del año pasado. Mi sensación al terminar de verla fue que Europa debería tentarse la ropa. Esta gente no va a pararse ante nada.*

Viví una dramática experiencia personal en Berlín. A pesar de que pretendían llevarnos en grupo, normalmente en un autobús, a todos juntos para enseñarnos lo que ellos deseaban mostrarnos y nada más, una mañana hice venir al médico del hotel y le expliqué que no me sentía muy bien y que iba a quedarme en la habitación. Después salí por la escalera de emergencia a la calle y subí a un tranvía que me dejó en uno de los barrios del sureste. Desde allí paseé por las calles y vi de todo, carteles antisemitas que acusaban a los judíos y decían barbaridades en contra de ellos. También pude ver actuar a las, tal y como son, no como quieren que las veamos los extranjeros. Esos tipos uniformados han tomado las calles y se comportan de manera violenta con cualquiera. Pude ver cómo paraban a unos muchachos y cómo la emprendían brutalmente a golpes con ellos. Creo que se trataba de judíos, no podría asegurarlo. Después pude encontrarme con uno de los líderes judíos de Berlín, el rabino Leo Baeck. El hombre estaba terriblemente preocupado. Es uno de los representantes judíos ante las autoridades y solo me pudo conceder unos minutos. Saqué una impresión tan negativa del futuro de los judíos en Alemania que creo que nuestro amigo Max Steinberg intentó hacer lo que debía para escapar
SS
.

El rabino Baeck me dio una tarjeta suya firmada con un

párrafo en hebreo y una dirección. Cogí dos taxis para llegar siguiendo sus instrucciones y después caminé más de media milla por uno de los barrios donde viven los judíos. Vi pasar varios coches de la policía, pero pude llegar al lugar, un edificio muy antiguo, como de mediados del siglo pasado, bastante deteriorado, con unos portales que penetraban como pasadizos. Me observaban, pero nadie me dijo nada. No querían hacerse notar, las mujeres y los niños corrían silenciosamente y se escondían en sus pisos. Nadie hablaba, nadie reía, ningún niño jugaba. Subí en el ascensor al piso de la última planta. Allí debía encontrarme con Naftali Wise. Esa reunión se programó desde Londres y la coordinó el rabino Baeck.

Wise es un judío berlinés. Un hombre culto como pocos. Su apartamento estaba literalmente forrado de libros. Debe de tener sesenta y tantos años, una mirada penetrante de haber vivido mucho. Cuando me identifiqué y le entregué la tarjeta personal del rabino, se dirigió a la librería, ¡la empujó e hizo salir de una especie de armario a otro hombre que me saludó dándome la mano! ¡Yo estaba absolutamente sorprendido! Se trataba de Jacob Frank, un judío que había podido escapar de Esterwegen y que intentaba salir de Alemania. Me contó que conocía a Max Steinberg, pero que lo habían trasladado a otro campo, o eso era lo que allí se decía. Nadie sabía dónde, ni tenía ninguna otra noticia de él. Le pregunté directamente si creía que podía estar muerto, y no supo decirme, aunque si hubieran querido matarlo, como a muchos otros, lo habrían hecho a la vista de todos. Ocurría en Esterwegen todos los días varias veces. Y, sin embargo, uno de los vigilantes escogidos de entre los mismos prisioneros mantenía que se trataba de un traslado por motivos desconocidos.

Yo cumplí con mi parte del pacto y entregué los dos pasaportes británicos con el visado, uno para Naftali Wise, el otro para Jacob Frank, tal y como nos habían pedido.

Tengo la esperanza de que con él puedan escapar.

Me preocupa no saber nada de Max Steinberg, pero seguimos haciendo grandes esfuerzos por localizarlo. El problema es que muchos judíos han huido del país sin destinos concretos, otros se han visto obligados a cambiar de casa, de barrio o de población. Muchos están desaparecidos y un importante número se encuentra prisionero en los campos de concentración. Antes o después daremos con él. La amistad significa no abandonar nunca. Un abrazo y mi cariño para los dos,

Thomas H.

Ethel sabía que su padre no pararía nunca hasta que supiera lo que había sucedido con Max Steinberg. Se sentía orgullosa de aquel hombre que años atrás también la buscó incansablemente hasta que la encontró después de tanto tiempo, sin perder nunca la esperanza.
La esplendorosa primavera de Beirut irrumpió con fuerza. A pesar de los pequeños inconvenientes, el polvoriento Beirut desplegaba sus jardines y a Ethel le encantaba salir al suyo, y cortar algunas flores para la casa, ayudar al jardinero a plantar un limonero o simplemente limpiar los geranios.

Johnny bajaba con ella, y Nadima la ayudaba con el niño, Ethel le hablaba en inglés y Nadima en árabe. Se parecía mucho a su abuelo Thomas y no solo en las expresiones del rostro, también en el carácter. De vez en cuando el doctor Thabit le echaba un vistazo y sentenciaba: «Este niño se está criando muy bien». El relajado ambiente de la casa, el silencio del que gozaban en aquel apartado barrio, todo contribuía. La decisión de haber dejado Viena se demostraba un acierto, y mucho más con las noticias que llegaban desde allí.

En el Líbano los problemas eran diferentes, a otra escala. Nadie quería dar su brazo a torcer. Los árabes sunnitas se sentían amparados por la razón histórica. Los europeos podían llegar y dividir la Gran Siria. Pero Palestina, Transjordania, el mismo Líbano no eran más que partes de ella. Tal vez un rey hachemita no hubiera sido la mejor solución. Pero para ellos lo que estaba ocurriendo era el juego de los despropósitos. Los Servicios de

Inteligencia Franceses —y los británicos lo corroboraban— detectaban actividades en contra de los respectivos mandatos.

Todo aquello formaba parte de la pelea ancestral. Había ocurrido también con los romanos. ¿No lo contó Flavio Josefo [81]? También Tito se quejó de que los judíos se comportaban como «serpientes salvajes, lanzando su veneno contra los que los trataban con bondad». No, el asunto no era nuevo, y mucho menos para unos y otros, árabes y judíos y los conquistadores de la «nueva Roma».

Hasta la misma locura era diferente. Eduard Boghossian podía comparar a unos pacientes y otros. Aquellos, los de Viena, se le antojaban más desgraciados y, por supuesto, mucho más ahora, con los nazis llamando a la puerta, convenciendo a los ciudadanos de Alemania, y los ecos llegaban hasta las puertas de Viena, de que los enfermos mentales eran irrecuperables y que, por tanto, debían ser privados de su vida. Lo afirmaban en los folletos que enviaban a los médicos: «Vida indigna de vivir». Recordaba a aquellos enfermos pálidos en sus celdas, no las podía llamar de otra manera, heladas, a las que no llegaba el sol, en donde la crueldad psicológica era la forma normal de tratarlos. ¿Cómo iba a compararlos con Asfuriyeh? En «la casa de los locos» entraba en sol a raudales, había hecho blanquear con cal azulada todas las habitaciones, una enfermera árabe les hacía cantar por las mañanas, y la gente era generosa con ellos, al menos desde que él estaba allí; les regalaban tomates, pimientos, calabacines y también pescado. Él se quedaba a comer allí de vez en cuando y sabía lo que Huissa, la cocinera podía llegar a hacer con todo ello. El doctor Boghossian estaba estudiando una nueva terapia. Simplemente tratarlos como a seres humanos, y curiosamente funcionaba.

El ambiente era muy importante, el trato aún más. Eduard pretendía transformar el «Hospital Mental» en un lugar modélico. Demostrar que una gran mayoría de los enfermos eran recuperables, y que la agresividad, la violencia, en suma, el maltrato, eran factores de empeoramiento de los síntomas. La buena alimentación, el cariño y la dignidad colaboraban en la mejora de los pacientes.

Aquel fue un verano duro con un calor pegajoso y agobiante que impedía descansar. Ethel era una privilegiada, en aquella casa amplia donde acababan de instalar grandes ventiladores, traídos de Bombay a través del primer oficial del Star of India.

A las siete Ethel cogía el coche, algo que en Beirut era motivo de asombro continuo, y bajaba con Johnny al puerto pesquero. Muchas veces la acompañaba Nadima y cuando podía, Eduard. Allí aguardaba la llegada de los barcos de pesca y la tradicional subasta.

A mediados de septiembre supieron que en Nuremberg, los nazis habían aprobado tres leyes que podrían cambiar muchas cosas: La Ley de la Bandera del Reich, que a partir de ese momento sería la bandera roja con la esvástica negra del Partido Nazi; la Ley de la Ciudadanía del Reich, que marcaba la diferencia entre ciudadanos, los de sangre alemana o similar, y súbditos, como era el caso de los judíos o los gitanos, y la Ley para la Protección de la Sangre y el Honor Alemanes, que segregaba a los judíos. Para los nazis, la sangre judía era inferior y contaminaba la pureza de la sangre alemana. Cuando Eduard lo supo a través del periódico *Le Commerce de Levant*, solo hizo un comentario: «Esos nazis le han declarado la guerra al mundo».

Seguían sin saber nada de Max Steinberg. Ni Ethel ni Eduard querían reconocer lo que pensaban. Habría sido asesinado en Esterwegen, y ya nunca más volvería a visitar Baalbek. Preferían imaginar que habría podido huir y que se encontraría en América.
Recibieron un telegrama de Augustus Newman. Se hallaba en Jerusalén y en un par de días llegaría a Beirut. Prepararon la habitación que solía ocupar durante sus visitas. Dos días más tarde un automóvil se detuvo en el portón del jardín y allí estaba Augustus, que les saludó con la mano. Newman estaba envejeciendo con dignidad. Un rato más tarde bajó vestido para cenar y les sonrió; ambos se dieron cuenta por su rictus de que algo le preocupaba. Bebió un largo trago de té con limón helado y se quedó mirándolos con aquellos ojos inteligentes y cínicos.

—Bueno, muchachos. La buena noticia es que Max Steinberg sigue vivo. La mala es que lo han trasladado a un hospital mental. Se encuentra en uno de los manicomios de Alemania. El problema es que no sabemos aún en cuál.

Ethel lo interrumpió impaciente.

—¿Cómo lo has sabido? ¿Estás seguro?

—¡Ah! ¡Mi pequeña curiosa! ¡No voy a contarte los secretos de la cocina! Pero sí. Está vivo. Al que no hemos podido localizar es a su amigo. Nos tememos que fue asesinado poco tiempo después de

su detención. Os puedo asegurar que la fuente es fidedigna, y en este momento estamos intentando introducirnos en el registro de enfermos mentales. En Alemania todo el mundo está fichado con mecánica burocrática germana; pronto sabremos dónde le tienen encerrado.

Ethel y Eduard respiraron con alivio. La noticia de que había esperanzas para Max significaba mucho para ambos.

Augustus permaneció algo más de una semana en Beirut. Estaba de vacaciones, y después de desayunar se llevaba un libro o sus papeles a la terraza hasta la hora de comer. Le encantaba hacer de abuelo con Johnny. A última hora daba un largo paseo, y bajaba a La Corniche para saludar a sus viejos amigos, a los que contaba lo que quería que se supiera, aunque sabía muy bien cuál era el proceso de difusión de una noticia, y no actuaba gratuitamente.

Unos días más tarde le invitaron a la toma de posesión de Emile Edde como presidente de la República Libanesa. Se excusó con él ya que debía regresar a Europa, pero fue a visitarlo a su casa. Edde le dijo que le abrumaba la responsabilidad y que pensaba nombrar a Ayub Thabit primer ministro.

—¡Parece que lo hemos conseguido! Ahora tenemos que convencer a los libaneses de que el sueño ha terminado, y que debemos enfrentarnos a la compleja y dura realidad. ¿No le parece? —Newman asintió. Edde no se equivocaba.

En Beirut embarcó para Port Said. Él afirmaba que había bajado mucho su actividad, pero no era lo que aparentaba. Ya no lo hacía tanto por mantener una actividad como por lo que podría aportar a sus criterios.

A finales de 1935 las cosas seguían empeorando en Alemania para todos los que no eran alemanes, pero mucho más para los judíos que habían pasado a ser súbditos desaparecidos y sin derecho alguno. En Navidad, Augustus volvió a Beirut. La pista de Max Steinberg se había esfumado.

Eduard decidió que intentaría una vía diferente; era la teoría de la que siempre hablaba su suegro, Thomas. Al destino había que provocarlo.

Una conversación con Al-Banna

ENERO DE 1936

Thomas Harding supo que Anne Lefevbre había muerto. Se hallaba en París con su esposa y al leer el periódico encontró casualmente una pequeña esquela. Tragó saliva para no lanzar una exclamación. Sarah no sabía nada de todo aquel asunto, y pretendía mantenerla en la ignorancia. Leyó la esquela detenidamente. Se publicaba en París para conocimiento de sus parientes y amigos, pero mencionaba que Anne Lefevbre había fallecido en Berlín el diez de enero de 1936, viuda del financiero Wilhelm von Goetz, a su vez fallecido en 1918. Mencionaba a su único hijo, Ludwig von Goetz, oficial del Ejército alemán, de veintiún años. Thomas hizo como que seguía leyendo con toda normalidad, mientras su cabeza no paraba de dar vueltas. Se acordaba bien de la última vez que estuvo con Anne en Alepo y Palmira. Eso fue en septiembre de 1913, y que él supiera, entonces ella no tenía ningún hijo. Si el muchacho tenía veintiún años, había nacido a mediados de 1914, lo que quería decir que se casó a los pocos meses o semanas de estar con él. Anne no le mencionó entonces que mantenía relaciones con otro hombre y era prácticamente imposible que estuviera casada. ¿Qué sentido hubiera tenido su estancia sola en Alepo? No, no podía haber estado casada, y difícilmente comprometida. Lo que sí era cierto fue todo lo que ocurrió. La manera en que ella se entregó, lo que sucedió en Palmira, la despedida en la estación de Alepo, cuando ella partió para Constantinopla. Habría un error en la edad del hijo. Se encogió de hombros. No podía hacer nada. Los recuerdos amables asaltaban su mente. ¡Cuánto tiempo! Y, sin embargo, apenas había sucedido ayer. Anne no pudo sustituir a Caroline, pero fue entonces una buena compañera que le ayudó a superarlo.

Le gustaría llegar a conocer al hijo de Anne, Ludwig, según mencionaba la esquela. ¡Qué extraña era la vida! Podría haber sido su hijo si aquella relación hubiera cuajado; aunque Sarah, de la que

nunca había estado enamorado, era sin duda alguna para él la mejor compañera posible.

Unos días más tarde Thomas y Sarah Harding embarcaban en Le Havre hacia Alejandría, donde cogerían el tren para El Cairo. Pretendían estar hasta comienzos de la primavera allí, y después volver a Beirut para permanecer allí hasta junio. Thomas tenía un encargo discreto del Foreign Office. Conectar con Hassan al-Banna, el líder y fundador de los Hermanos Musulmanes. Ambas partes necesitaban una tregua, y quién mejor que «el profesor» para lograrla.

Sarah mantenía muchas amistades en El Cairo y hacía su propia vida. A última hora de la tarde se encontraban para cenar y se contaban las novedades.

Al-Banna era un hombre reservado y discreto, no se fiaba de nadie que no fuera musulmán. Los Hermanos Musulmanes eran una organización secreta que estaba en la boca de todo el mundo. Al-Banna la había fundado hacía ocho años y se extendía ya, no solo en Egipto, sino en Siria, Palestina, en el mismo Líbano, incluso en Iraq.

Los Servicios de Inteligencia Británicos consiguieron la cita, que tendría algún lugar en el entorno de la Universidad de Al-Azhar. Al-Banna no permitió que Thomas Harding fuese acompañado. Garantizó que él también asistiría solo, pero el encuentro tendría lugar en su territorio. Si percibía algo que no le convenciera, abandonaría en ese mismo momento la reunión. Tampoco existía un lugar prefijado. Un ulema acompañaría a Thomas Harding por los laberínticos patios hasta el punto acordado, que se fijaría en el último instante.

Thomas, a sus cincuenta y seis años, ya no tenía otras ambiciones que realizar lo mejor que pudiera su trabajo, y el resto del tiempo disfrutar de la vida. Allí en El Cairo visitaba con frecuencia el Museo Egipcio, y las excavaciones cercanas a la ciudad. Los arqueólogos ingleses, franceses o egipcios lo conocían y trataban como a uno más. A fin de cuentas seguía manteniendo en su tarjeta «Profesor-Universidad de Oxford», y había escrito varios artículos de interés en las revistas especializadas, sobre Baalbek,

Tiro y Palmira. Era, como él decía, su otro yo, que le permitía seguir en contacto con la parte de sí mismo que no había podido desarrollar.

Mantener una reunión con alguien como
Al-Banna
colmaba su espíritu curioso, sabría lo que estaba sucediendo en el universo musulmán, donde las cosas se movían en otro *tempo*. Era cierto, se trataba de la umma, pero el concepto de muchas cosas era muy diferente en Damasco, en Bagdad, en El Cairo o en Medina.

Un coche le recogió en su apartamento y lo llevó al barrio del mercado de Khan
el-Khalili,
al lado de
Al-Azhar.
Un ulema se acercó al coche antes de que se hubiera detenido del todo. El hombre hizo una leve inclinación de cabeza, mientras murmuraba en árabe «*Salam Aleikum*». Él le contestó en el mismo tono y entraron en la mezquita, donde se descalzó, cogió los zapatos por los cordones y caminó detrás de su guía llevándolos consigo. Cruzaron la mezquita, un gran patio posterior, un largo pasillo, entraron en una gran sala, de allí a un despacho posterior que daba a un cuidado jardín. Una pequeña cancela daba a un callejón cubierto de jazmines. El ulema lo cruzó sin hacer comentarios, caminó callejón abajo hasta otra puerta seguido de Thomas, que había decidido volver a ponerse los zapatos. Luego subieron una larga escalera y allí, en una habitación alargada cubierta de alfombras, se hallaba un hombre relativamente joven de mirada inteligente. Era
Al-Banna,
que se puso en pie con agilidad en señal de deferencia personal, y le habló en un cuidado árabe con acento del sur.

—¡Dios es misericordioso! Usted es el profesor Harding. Yo soy el maestro
Al-Banna,
albañil de las mentes. Dios nos pone a cada uno en nuestro lugar, y a nosotros nos ha colocado aquí esta tarde para que aclaremos nuestras posiciones. Yo represento a los Hermanos Musulmanes, es decir, a los que están dentro de esa organización, y a los que están

fuera también. ¿No son hermanos? ¿No son musulmanes? Usted representa al Gobierno de Gran Bretaña. Dios es misericordioso, pero los ingleses no deberían agotar su paciencia, ni tampoco la nuestra. Ustedes juegan a dos bandas. El rey Fuad está enfermo, y ya no le queda mucho por sufrir en este mundo. El príncipe Faruk no será el mejor gobernante para Egipto, sin embargo, a ustedes les conviene un Gobierno títere. Al pueblo de Egipto no, así que apoyaremos los movimientos que intenten derrocarlo. Queremos una república islámica. Ustedes, los europeos, hablan de libertad, democracia y paz. Nosotros los árabes hablamos de libertad, Dios y justicia. Los Hermanos Musulmanes son un movimiento que se basa en el Corán, pero que exige justicia social, no caridad, que exige libertad, no como la entienden los europeos, sino como nos la mostró el Profeta. En cuanto a la paz, siempre es cosa de dos. Ustedes mantienen aquí sus cuarteles y sus cañones. ¿Eso no es demostración de sus intenciones?

»Nos conviene a ambos ser prudentes. Nosotros podemos sucumbir de éxito. ¡Nunca imaginé que la organización se extendiera tan rápida como el fuego en el pasto seco! Así que dígame en lo que podemos ponernos de acuerdo y lo estudiaremos.

Thomas Harding no era un hombre que se sorprendiera con facilidad, pero sin embargo

Al-Banna

lo había logrado. Estaba delante de un hombre culto, inteligente, que conocía bien a los suyos, y a sus posibles adversarios. Le habló como se merecía, con la máxima claridad y sin subterfugios:

—¡Dios es compasivo! Maestro

Al-Banna,

ambos somos albañiles. Queremos construir un futuro, pero no somos capaces de imaginarlo, y así no resulta fácil saber por dónde podemos comenzar. Yo soy inglés, ¡bien cierto! Pero llevo gran parte de mi vida viviendo entre árabes. Entre ellos tengo buenos amigos y probablemente algún enemigo. Puedo hablar en su lengua con comodidad, conozco bien el Corán, me siento bien aquí, en El Cairo o en Beirut. Su organización va a marcar el futuro de la umma. De hecho, ya es su representante y apenas tiene ocho años. Sabemos quiénes son ustedes. Pero no nos culpen de su monarquía. Señalen al Wafd. Ellos han elegido el modelo. Ustedes están

moviendo los hilos en Palestina, les aconsejamos que no apoyen al muftí
Al-Husseini.
Él no los apoya a ustedes. Solo quiere el enfrentamiento, es su caldo de cultivo para lograr sus fines. No comparto en absoluto el pensamiento de
Al-Husseini.
Y por lo que sé, poco, muy poco tiene que ver con el de ustedes. Usted es un hombre justo que emplea medios humanos para sus fines, mientras que
Al-Husseini
es un hombre profundamente injusto, que pretende utilizar la violencia contra los judíos y contra nosotros. No conseguirá lo que pretende. No le apoyen en las revueltas que prepara para dentro de poco en Jaffa y en Jerusalén. En cuanto a los árabes que pretenden la Gran Siria, usted sabe bien que no son de los suyos. Usted pretende la justicia social para toda la umma. Los líderes de Damasco son nacionalistas sirios, que interpretan la umma a su conveniencia.

—Maestro Al-Banna. A los árabes les interesa un Líbano independiente. Se convertirá en la puerta de entrada a las ideas europeas, es cierto, pero también en la puerta de salida de las ideas del mundo árabe hacia Europa. Es la demostración de que los árabes son un pueblo abierto al intercambio cultural. Allí conviven desde hace siglos, árabes, cristianos y musulmanes, y existe un gran respeto mutuo. Le ruego que tenga eso en consideración. Lo contrario ocasionaría una catástrofe. Verá maestro, usted es consciente de que los hermanos musulmanes tienen hermanos cristianos. Sabemos que por lo que se refiere a los sunnitas, siempre ha existido esa comprensión. En cuanto a los chiitas, sus líderes no son árabes, sino persas, que hablan el farsi y no el árabe. No es fácil para nosotros, pero con el debido respeto, tampoco para ustedes.

»Nosotros mantendremos la tregua, como mínimo hasta que ustedes la rompan. No somos sus enemigos, ni tenemos nada contra el islam. El tiempo demostrará quienes son los verdaderos enemigos. Los británicos no estamos aquí para quedarnos. Llegará un día en que nos volveremos a Inglaterra. Mientras, podemos y debemos convivir. Demostración de ello es esta reunión, impensable

para muchos. Usted la negaría ante su propio consejo, y yo no voy a hacer ninguna declaración pública. Pero verá, maestro Al-Banna.

Ambos somos seres humanos, profesamos religiones que tienen profetas comunes, hemos coincidido en una época; yo, en todo caso, siento una profunda curiosidad por el islam y un enorme respeto por los que lo profesan. El árabe me parece una lengua maravillosa, capaz de expresar los sentimientos de los seres humanos, tal vez mejor que ninguna otra. En fin. Ha sido un privilegio para mí cambiar impresiones con usted. Si alguna vez quisiera ponerse en contacto conmigo, aquí le dejo mi tarjeta. En ella figura mi teléfono en Londres, mi teléfono en Beirut y un teléfono de El Cairo, donde saben como localizarme.

Al-Banna volvió a ponerse en pie para despedir a su huésped.

—¿Sabe, señor Harding? Si todos los ingleses fueran como usted, no existiría ningún conflicto. Vaya usted con Dios y si Él quiere, tal vez volveremos a vernos algún día.

Los dos hombres se estrecharon las manos. Después al salir, el ulema lo acompañó por el mismo recorrido, y se despidió de él con una ligera inclinación de cabeza sin articular palabra.

Thomas se introdujo en el coche que le aguardaba. No llevaba ninguna placa, ni matrícula que lo identificara como del Gobierno británico. En El Cairo lo más prudente era la total discreción.

Por eso, cuando Sarah le preguntó al encontrarse con él en la terraza del hotel Shepheard.

—¿Qué tal, querido? ¿Cómo te ha ido el día?

—¡Ah, muy bien, querida! Nada de particular. ¿Y tú? ¿Habrás ganado al *bridge*? No soporto que esas estiradas damas ganen todos los días.

Después volvió a las páginas del *Herald Tribune* de doce días antes. Allí aún eran novedad. En el cielo los milanos volaban incansables, vigilando las orillas del gran río.

El instituto de biología hereditaria

FEBRERO-MAYO DE 1936

Como habían informado los Servicios de Inteligencia Británicos, en Jaffa tuvieron lugar importantes revueltas. El barco que los llevaba desde Alejandría hasta Beirut hacía una pequeña escala allí. No les permitieron desembarcar por como se estaban desarrollando los acontecimientos, la revuelta de los árabes en contra de los judíos, instigada por
Al-Husseini,
el muftí de Jerusalén, cuya actitud había colmado la paciencia del alto comisario británico, que acababa de firmar el edicto de busca y captura del muftí, haciéndolo responsable de los graves desórdenes públicos que estaban teniendo lugar, además de en Jaffa, donde eran especialmente duros, en prácticamente todas las poblaciones de Palestina, en las que habían aparecido carteles en contra de la inmigración judía y de los británicos, a los que acusaban de cómplices de todo ello, con alusiones a lord Balfour y demás.

Al-Husseini estaba consiguiendo crear un clima de hostilidad en contra de los judíos, que tradicionalmente se habían llevado bien con los árabes. En el mismo Líbano, un lugar hospitalario y abierto, se notaba un enrarecimiento en contra de los judíos. Los sunnitas en Beirut negaban que algo así estuviera ocurriendo, y los árabes cristianos, sobre todo los maronitas, hicieron incluso una declaración pública de apoyo a los judíos del Líbano, una comunidad histórica, que estaba creciendo en los últimos tiempos.

A finales de abril, Thomas y Sarah desembarcaron en Beirut. Allí les aguardaba el coche, aunque Eduard y Ethel se hallaban en Biblos. Aquello les trajo muchos recuerdos y una gran nostalgia, ya que Biblos era un lugar muy especial para él, al que se negaba a volver ya que le resultaba insoportable volver a ver las ruinas de la que fue su casa, en la que se había desarrollado la tragedia. Nadie había derribado los muros que quedaron tras el incendio para

levantar una nueva casa.

Sin embargo, le gustaba volver a Beirut. Sarah era consciente de lo que su marido significaba allí, un hombre público, al que todos señalaban como uno más de los que habían conseguido un país independiente, hasta seguía manteniendo muchos amigos entre los árabes sunnitas que se veían muy presionados por los de Damasco.

Thomas Harding no se llevaba a engaño. Para ellos, él era «el inglés», y lo seguiría siendo siempre. Eso tenía alguna ventaja, como un enorme respeto. Pocos se atrevían a enfrentarse a un inglés, pero esa misma actitud les impedía llegar a tener verdaderos amigos entre los árabes. Allí, en Beirut, su mejor amigo seguía siendo Ayub Thabit, aunque los del grupo de siempre sentían aprecio por él, todo lo que podían hacerlo por un inglés.

El día que leyó la noticia del fallecimiento del rey Fuad, y la subida al trono de su hijo Faruk I, recordó las ácidas palabras de Al-Banna.

Los árabes estaban modificando su comportamiento con los europeos, y más aún con Gran Bretaña y Francia. Les habían perdido el respeto. Los árabes sabían que el tiempo corría a su favor. Las tesis de los ideólogos árabes, sobre todo musulmanes, estaban modificando la situación a ojos vistas. Un cuarto de siglo antes, las cosas eran muy diferentes. Recordaba las palabras de su suegro, Charles Weiler, indignado con lo que ocurría.

El imperialismo estaba dejando paso a un cierto pragmatismo, poco a poco se comenzaba a hablar de derechos humanos. Los árabes no iban a aceptar más mandatos ni más tutelas, que en cualquier caso eran efímeros. ¿Cuánto tiempo más aguantarían los franceses en el Líbano y Siria? ¿Y los británicos en Palestina y Mesopotamia? No auguraba un plazo muy largo y al igual que los otomanos, aun siendo musulmanes, tuvieron que tirar la toalla, ellos también terminarían por tirarla.

Ethel y Eduard llegaron de su excursión a Biblos dos días más tarde. Tras saludarlos, Eduard comentó que estaba invitado a una reunión de medicina mental en Berlín y que pensaba ir. Ethel no hizo ningún comentario, pero se la notaba nerviosa. Habrían discutido sobre la conveniencia de aquel viaje, pero Thomas se abstuvo de dar su opinión.

Quien sí la dio fue el doctor Thabit. Aquel hombre no se mordía

la lengua, y le dijo a Eduard que Berlín era en aquellos días el lugar menos indicado para un congreso médico sobre medicina mental. Eduard replicó que precisamente aquel era el motivo por el que quería estar allí. Poder decirles en la cara lo que pensaban los médicos que habían hecho el juramento de Hipócrates a los que anteponían los criterios del Partido Nazi a su propia dignidad profesional y humana. Se terminó la discusión sobre si debía o no ir a Berlín. La parte difícil era la forma en que actuaban los nazis con los que no se mostraban conformes con ellos. A primeros de mayo, Eduard tomó un barco para Estambul, desde allí viajaría a Viena en el Orient Express. Entre Viena y Berlín existían varios trenes diarios.

Ethel y Johnny le acompañaron al puerto. Ethel sabía que Eduard pretendía encontrar la pista de Max Steinberg, lo que no iba a resultar fácil, dadas las circunstancias. No lo habían querido comentar con su padre para evitar problemas, se habría opuesto.

Eduard Boghossian pretendía dos cosas: la primera intentar hacer algo por un hombre al que apenas conocía, pero que había conseguido entrar en su corazón y en el de Ethel por su sensibilidad y bondad. Pero la más importante no era esa, sino demostrarse a sí mismo que sería capaz de entrar en la mismísima guarida del lobo, sin necesidad de recurrir a nadie, vencer los propios miedos que arrastraba desde que era un niño.

Desde entonces sufría espantosas pesadillas recurrentes, en las que le perseguían hombres de uniforme. Eran los turcos y los alemanes que vigilaban el campo de prisioneros donde se hallaban encerrados su madre, sus dos hermanas y él mismo. Recordaba aquellos largos meses en los que no sabían nada de su padre, en los que apenas les daban de comer, cuando de vez en cuando entraban los vigilantes, elegían a alguna muchacha joven y se la llevaban entre los gritos desesperados y los sollozos de sus familiares. Muchas veces no volvían a saber de ellas. Recordaba como su madre estaba paralizada por el miedo, al pensar lo que podría sucederle a sus dos hijas de doce y catorce años, un espantoso temor que se contagió a todos. Hasta que llegaron dos vigilantes, dos *tchetés* **[82]** que se acercaron y brutalmente las cogieron sin miramiento alguno. Su madre intentó defenderlas, pero la empujaron brutalmente y cayó en el barro de bruces. Entonces él corrió hacia ellos, pero no podía hacer nada contra dos hombres

que como mínimo le doblaban la edad y el peso. Se quedó allí junto a su madre, que parecía haber perdido el sentido, sin poder moverse, viendo como sus hermanas eran arrastradas por los *tchetés*, mientras llegaba otro grupo y les señalaban entre risotadas. Intentó hacer volver en sí a su madre, pero tardó un largo rato en conseguirlo. Ella se quedó quieta, acurrucada sobre el barro, sin llorar, sin reaccionar, había perdido la capacidad de sentir. Él solo pudo sentarse a su lado, atemorizado, sin saber qué hacer, y sin querer pensar dónde habrían llevado a sus hermanas, o lo qué les estarían haciendo. Él hablaba a su madre. Quería escuchar su voz, necesitaba saber qué estaba pensando. Hacía mucho frío y comenzó a llover. En el cercado vallado con alambre espinoso no había lugar donde esconderse. Simplemente se quedaron allí. Él lamía de vez en cuando sus labios, para poder beber algo de agua limpia.

Pero no había terminado el infierno. Al día siguiente su madre seguía igual, inmóvil, cuando llegó la carreta que traía la comida, si es que podía llamarse así. Uno de los vigilantes abrió la puerta del cercado, el otro volcó sobre el barro lo que supuestamente eran las raciones para trescientas o cuatrocientas mujeres y niños. Algunas se acercaron para recoger algo del suelo. Entonces el vigilante lo vio. Volvió a abrir el portón y caminó con sus grandes botas de cuero sobre el barro espeso. Él no se atrevía a levantar la mirada, intentaba desesperadamente que no le viera, no mirarle a los ojos. Notó como le cogían del brazo y tiraban de él hacia arriba. Tenía tanto miedo que no podía moverse, el hombre de las botas lo arrastró por el barro hacia el vallado, después lo ató al carro por las muñecas. Su madre seguía allí a lo lejos, inmóvil, tal y como se había acurrucado la tarde anterior. Él intentaba chillar, pero no era capaz de articular el menor sonido. Luego el hombre arreó la mula y el carro se puso en marcha. Él cayó al suelo cuan largo era. El hombre se subió al carro y lio un cigarrillo, tarareaba una antigua canción que él había escuchado alguna vez, al oírla a los campesinos cuando iban o venían de cortar la mies. Pudo incorporarse en un instante que la mula se detuvo. Le ardían las manos a pesar del frío y la cuerda la había hecho una profunda rozadura por la que sangraba.

El hombre iba a lo suyo, muy interesado en un hierro doblado que impedía girar a la rueda. Era como si él no existiera. Después el

campo de prisioneros quedó atrás y comenzó a nevar débilmente. Se cruzaron con una larga fila de mujeres que debían ser trasladadas allí. Caminaban resignadas, sin hablar, una madre llevaba a su hijo en brazos. Tampoco los vigilantes decían nada. Luego desaparecieron entre la nieve que se había transformado en ventisca.

Cuando ya no podía más se apoyó en la parte de atrás del carro. El hombre volvió la cabeza y lo vio, pero no dijo nada. El carro giró a la derecha y tomaron un sendero que subía a través de un bosque de pinos. Finalmente llegaron a una casa en ruinas. El hombre lo llevó a un pajar y lo dejó allí tendido. Después le trajo algo de comer, pero no fue capaz a pesar de tener un hambre atroz. Allí durmió y al día siguiente oyó llegar unos caballos. Solo podía pensar en su madre y en sus hermanas. Alguien se introdujo en el pajar y le obligó a ponerse en pie. Comentó algo que no pudo entender con otro que se hallaba de pie en la puerta. Lo obligaron a acompañarlos a rastras. No tanto por pánico, sino por debilidad.

Lo subieron a un caballo y otro hombre montó llevándole delante. Estaba mareado y creía que iba a caer en cualquier momento. Un par de horas más tarde llegaron a una gran casa con la fachada de piedra. Un hombre grueso, con las manos cargadas de anillos, salió a la puerta y murmuró algo.

Podía recordar que lo introdujeron en la casa a través de un patio. Una mujer se hizo cargo de él y lo condujo hasta una sala de baños. Allí le ayudó a lavarse y le proporcionó ropa limpia y seca. Después le permitió tenderse en unos cojines y taparse con una manta. También le obligó a beber leche caliente y a tomar un plato de sopa. No sabía bien lo que estaba pasando, pero al tragar la leche, había sentido un hambre terrible.

Le tuvieron así varios días. Con el alimento y el permanecer caliente, pudo reponerse algo, hasta que de nuevo volvió la mujer del primer día, lo cogió de la mano y lo llevó a una estancia en la penumbra. Una vez allí comenzó a desnudarle. Él estaba convencido de que le iban a proporcionar nuevas ropas y se dejó hacer. Ella le dijo que se metiera en la cama y así lo hizo. Entonces vio entrar al hombre grueso, con las manos cargadas de anillos. Intuyó algo e intentó tirarse de la cama. El hombre se acercó y le sonrió mostrándole la dentadura dorada. De pronto, sin aviso previo, le dio

un tremendo bofetón que lo derribó sobre la cama. Desde allí vio como el hombre se desnudaba con rapidez y luego lo miraba.

Durante varios días lo violó repetidamente y le obligó a todo tipo de actos. Pensó en suicidarse, en dejarse morir, pero luego venía la mujer, lo lavaba y le obligaba, a pesar de sus arcadas, a tragarse la leche o la sopa. Después permanecía acurrucado en una esquina de la habitación sin poder pensar en nada, ni tan siquiera era capaz de llorar.

Unas semanas más tarde trajeron a otro niño. Lo oía llorar en la estancia contigua. Sabía que le estaban haciendo lo mismo que a él. Una mañana la mujer se dejó la puerta abierta. Algo dentro de él lo hizo levantarse, corrió hasta la puerta y después logró salir al patio. Allí el hombre estaba trabajando en algo, de espaldas a él. Cruzó el patio de puntillas, llegó hasta la cancela y salió al camino. Los árboles se hallaban muy cerca y corrió hacia ellos. Estaba convencido de que si lo encontraban lo matarían. Corrió ladera abajo, en ocasiones resbalaba por la fuerte pendiente. Iba totalmente arañado hasta que se topó con un camino. Lo siguió descendiendo hacia otro más ancho. No encontró a nadie y siguió caminando a pesar del dolor que sentía en la pelvis a causa de las continuas violaciones. Su niñez había quedado allí arriba. Algo oscuro y terrible le aprisionaba la mente. Sentía un profundo odio por el hombre grueso con los dedos llenos de anillos, y un temor inmenso por el hombre de las botas. Corría desesperadamente. Pudo llegar a una casa, pero temía que allí volviera a comenzar todo. Alguien salió y le vio. No podía moverse y se dejó caer. El hombre se acercó a él mirándole. Atemorizado, Eduard perdió el conocimiento.

Cuando volvió a despertarse se encontraba tendido en una cama. En un acto reflejo intentó huir, pero una muchacha se lo impidió. Se dejó caer hacia atrás, convencido de que su pesadilla iba a continuar.

Sin embargo, nada sucedió. En aquella casa solo lo cuidaban y lo alimentaban. Cuando llegaba la noche, le acometían atroces pesadillas y a veces, al escuchar sus gritos, la joven entraba en la habitación e intentaba calmarlo.

Allí permaneció varios meses. En aquel lugar se hallaba a salvo, pero no podía controlar sus miedos.

Un día la muchacha lo llevó con ella en un carro hasta la ciudad. Se encontró con su padre en el mercado, acababa de ser liberado. Pudieron reunirse con su madre y sus hermanas, pero el hecho de encontrarse todos no pareció alegrarlas a pesar del milagro que ello suponía. No eran capaces de hablar, de contar lo que les había sucedido. Él no lo haría ni aunque lo torturaran, pero al menos estaban juntos.

Al poco volvieron todos a Beirut. Les condujeron hasta la puerta del hospital y allí los dejaron sin más explicaciones. Su madre apenas podía caminar y sus hermanas habían perdido la alegría de vivir. Su padre se derrumbó. Ya no era capaz de dar un solo paso más. Tuvieron que internarlos a todos en el hospital.

Aquellos eran los terribles motivos por los que Eduard, que se había autodiagnosticado un trauma psíquico en la niñez, sentía aquel temor del que intentaba liberarse con todas sus fuerzas. Para ello, según él, solo había una opción, introducirse de nuevo en la cueva de sus profundos temores, sabiendo que esa vez no se trataba de una pesadilla, sino de la misma realidad. Ser capaz de volver a enfrentarse al hombre de las botas en su guarida. Era consciente de que solo así lo conseguiría.

En Estambul a las once de la noche, cuando el jefe de estación levantó la bandera permitiendo partir al Orient Express, Eduard sintió alivio dentro de él. Nada tenía que temer y, sin embargo, tenía la certeza de que cuando el vagón en el que viajaba cruzara la frontera de Bulgaria, y dejara Turquía atrás, se sentiría mucho mejor.

Dos días más tarde llegó a Berlín. Había cruzado parte de Europa para asistir a un congreso en el que no creía, intentando encontrar la pista de un hombre con el que no había hablado ni media docena de veces en su vida, entrando en un país al que temía; había sido víctima directa de sus políticas raciales y de su ambición desmedida.

El congreso comenzaba dos días más tarde y decidió acercarse al bulevar Unter den Linden, donde se hallaba la sede para obtener las credenciales. Berlín, cuidada y limpia, se estaba preparando para las olimpiadas de verano, que comenzarían el primero de agosto. Se notaba el esfuerzo que las autoridades estaban realizando para dar una imagen de prosperidad, orden y progreso. Cogió el tranvía, un

vehículo nuevo, impecable, con el conductor y el revisor perfectamente uniformados. La gente que subía y bajaba iban bien trajeada y vestida. En las calles y avenidas no se veía un solo papel en el suelo. Nada que desentonara de la imagen que debía tener la capital del nuevo orden mundial, la cabeza de un país que se había empeñado en liderar el mundo.

Se bajó en la parada de la entrada a la Universidad Humboldt. Había quedado con su antiguo compañero, Marcus Bauer, con el que había trabajado en Viena durante la beca de Freud.

Allí estaba Marcus Bauer leyendo la prensa, sentado en un banco junto a la parada, elegantemente trajeado, con aspecto de pertenecer a la élite. Tenía interés en cambiar impresiones con él, ya que durante su relación en Viena, aun cuando no podía afirmar que fueron amigos, sí sintieron cierta empatía. Marcus pertenecía a una de las más prominentes familias de Berlín, y cuando le envió la carta, resultó que era uno de los organizadores del congreso. Marcus se mostró muy interesado en que pudiera exponer en el congreso sus teorías sobre reinserción de enfermos mentales y en compartir experiencias.

Bauer era además uno de los directivos de la Asociación de Psiquiatras de Alemania y pensaba preguntarle por Max Steinberg.

Marcus Bauer le saludó levantando la mano y sonriéndole.

—¿Qué tal, Eduard? ¿Qué te parece Berlín? ¡Estamos haciendo una ciudad preciosa! ¿No te parece?

Marcus se veía ufano y orgulloso de ser berlinés. Una ciudad moderna con historia. Asintió, era una ciudad que impresionaba. Pero quería llegar mucho más lejos. Después entraron en la sede del congreso. Eduard notó que su amigo era alguien respetado y conocido, al que todos saludaban sonriendo. Marcus le invitó a dar una vuelta por la ciudad en su nuevo coche, un impresionante Daimler Benz.

Para Marcus, Alemania estaba viviendo la mejor época de toda su historia. Y todo se debía al gran líder. Adolf Hitler. Le explicó que estaba encargado de coordinar el aspecto sanitario de las Olimpiadas, una enorme responsabilidad, pero al tiempo un gran honor.

Después comieron juntos en una terraza sobre el Spree. Un restaurante precioso, impoluto, con un menú exquisito, regado con

vino de Riesling. Unos patos nadaban en el río, y un pequeño velero surcaba el agua, transmitiendo una imagen de paz y armonía.

—Sí. Eduard. Gracias al Führer, por fin Alemania va a ocupar el lugar que debe tener en el mundo. Como ves, las cosas van mejorando por días. Apenas hay paro, el nivel de vida crece como la espuma, se están construyendo grandes infraestructuras, autopistas, ferrocarriles, ¡incluso varios aeródromos! Ya puedes ver este Berlín. ¡No te puedes imaginar las ideas urbanísticas de nuestro Führer! Se inspira en las ideas de la Grecia clásica. ¡Sin duda será el centro del mundo civilizado!

Eduard Boghossian pensó que había llegado el momento de abordar el asunto de Max Steinberg.

—Sí, Marcus. Estoy impresionado. Tenía noticias de que Alemania estaba consiguiendo muchas cosas, pero no me esperaba esto. Por cierto, hablando del mundo clásico. Verás, mi esposa Ethel y yo conocimos a un profesor de historia del arte, especialista en el mundo clásico, Max Steinberg. Un fotógrafo excepcional al que ella había encontrado en las ruinas de Baalbek. Durante un tiempo fue profesor aquí, en la Universidad de Berlín, después se traslado a Viena, ya que era natural de esa ciudad. Tuvimos una cierta relación con él. Era un hombre especial y sabía mucho de arte y de fotografía. Cuando intentó marcharse a los Estados Unidos, con otro profesor, fue… detenido aquí en Berlín y, por lo que sabemos, llevado al campo de prisioneros de Esterwegen…

Marcus Bauer lo miró esbozando una mueca de disgusto.

—¿Ese Max Steinberg es comunista, judío o ambas cosas? Ya sabes, nuestro país tiene muchos enemigos que pretenden volver a hundirlo.

—¡Oh, no, Marcus! ¡Max es judío, pero no significa ninguna amenaza! Solo pretendo encontrarlo y llevármelo al Líbano. Tiene una deuda conmigo y debe cumplirla.

Pero Marcus Bauer no tenía interés en aquel asunto. Eduard notó que su amigo había cambiado de tono.

—Perdona Eduard, pero prefiero hablar de otra cosa. Los judíos y sus problemas no me interesan lo más mínimo. Son gente que no merece la pena. ¿Comprendes?

—No te entiendo, Marcus. Freud es judío como ese Einstein, que solo ha descubierto la relatividad, y Heine y Mendelsohn y tantos

otros, además solo te pido que me ayudes a encontrarlo.

Marcus Bauer se puso en pie envarado y distante. Para él la conversación había terminado.

—Lo siento Eduard. Creía que teníamos algo más interesante de lo que hablar. Tal vez nos veamos en el congreso. Adiós.

Pero Eduard no estaba dispuesto a ceder tan fácilmente. Lo había intentado por las buenas y aquel camino no parecía el adecuado.

—¡Un momento, Marcus! ¡Tengo aquí algo que tal vez te interese! ¿Recuerdas esto?

Del bolsillo interior de su chaqueta sacó una carta mostrándosela a Marcus.

—Se la escribiste tú a Freud. Su secretaria me la envió a mí para que te la devolviera. Realmente es un documento único, en el que te dirigías a él como el padre de la moderna psiquiatría. ¡Fíjate este párrafo! «Apreciadísimo doctor Freud. Si la psiquiatría es la "ciencia judía", yo también me considero judío. Sería un honor para mí que me considerasen uno de los suyos», etcétera, etcétera. ¡Si no me ayudas a localizar a Max Steinberg, te prometo que las copias en ciclostil se distribuirán en el congreso! ¡Tú mismo!

Marcus Bauer estaba a punto de estallar. Se contuvo murmurando:

—¡Eres un hijo de puta!

Después caminó hacia Unter den Linden sin volverse. Eduard pensó que la sola alusión a un judío, por el que solo iba a pedirle ayuda para encontrarlo, habría sido suficiente para que mostrara su verdadero rostro. Después se levantó y se dirigió hacia la parada de taxis. Había sido una experiencia aleccionadora.

Cuando a la mañana siguiente dejó la llave al conserje, este le entregó una carta sin remite, con el número de su habitación. La abrió con cierta perplejidad y pudo leer: «Instituto de Biología Hereditaria e Higiene Racial, Universidad de Frankfurt». Estaba escrita a máquina y no tenía firma, ni ninguna alusión a quién la enviaba. Sin embargo, sabía que se trataba de Marcus Bauer. Tal vez no deseaba verse implicado, o tal vez lo habría reflexionado mejor y prefería ayudarle. Aunque en la nota, en ninguna parte se mencionaba a Max Steinberg. Ni siquiera volvió a subir a su habitación. Se dirigió a la estación de ferrocarril, y se informó

cuándo salía el primer tren para Frankfurt. Eran las nueve, y el tren salía a las diez y treinta. Llevaba el pasaporte y el dinero encima. Compró un billete, la suerte estaba echada. Siete horas más tarde, a las cinco y media, pisaba el andén de la Estación Central de Frankfurt. La policía de ferrocarriles le había pedido el pasaporte, pero le comentaron que era un control rutinario para la seguridad de los viajeros. Encontró un hotel apenas a quinientos metros del instituto. Decidió cenar y dar una vuelta para conocer el centro de la ciudad. Todo estaba ordenado, limpio. El tren en el que acababa de viajar era nuevo. La gente hablaba bajo o leía la prensa. Aquello no tenía nada que ver con Beirut. Mientras atardecía, dio un largo paseo. En un cartel escrito en la letra gótica que tanto empleaban los alemanes, podía leerse «Los judíos no son bienvenidos aquí». Pensó, ¿y los armenios? ¿Lo serán los armenios cuando los mismos alemanes colaboraron en las matanzas? ¿Cuando miraban para otra parte, cuando estaban cometiendo horrendos crímenes aquellos a los que consideraban sus aliados? Podría suceder que en un futuro alguien escribiera en un cartel: «Los nazis no son bienvenidos en ningún lugar».

El instituto era un edificio clásico, adaptado recientemente a su función. Aquel lugar tenía una importancia trascendental para la política racial de los nazis, pues en él se estaban demostrando científicamente las teorías de selección y eugenesia, los criterios raciales, la inferioridad de los infrahumanos, como llamaban a los judíos. Pensó irónicamente que no lo tendrían nada fácil, pero la mentira y la propaganda podían llegar a cambiar la imagen de toda una comunidad.

A la mañana siguiente se acercó al instituto. Preguntó por el director, le dijeron que se hallaba en el Congreso de Psiquiatría que comenzaría aquella misma tarde en Berlín. Se identificó y mostró su tarjeta profesional, incluso la coincidencia de que él era también ponente en el congreso. ¡Qué casualidad! El subdirector cambio su rostro. ¿Quería dar una vuelta y conocer el instituto? Eduard aceptó la invitación. Evidentemente lo consideraba uno de los suyos.

El subdirector comenzó a hablar de las claras diferencias raciales. Le dijo que los judíos eran unos bastardos raciales, en realidad todo lo opuesto a los arios. En el instituto estudiaban las diferencias, para poder localizar a los que debían considerarse

judíos. Realizaban todo tipo de pruebas científicas. Le enseñó un calibrador craneal y cómo lo empleaban. Precisamente el día anterior habían tenido unos colegiales, ¡y no se lo iba a creer! Habían podido localizar a una niña de trece años judía, aunque físicamente, a primera vista, hubiera podido pasar por alemana. Allí tenían unos cuantos individuos sobre los que llevaban a cabo ciertos experimentos, bueno, medidas y todo lo demás, aclaró el subdirector. Podría echarles un vistazo a través de las ventanas con falsos espejos. ¿Le interesaría?

El doctor Boghossian volvió a asentir. ¡Claro que sí! ¡Ya que estaba allí, en aquel prestigioso centro!

El subdirector sonrió. Sí, la verdad, se sentían muy orgullosos de la labor que realizaban. ¿Por cierto, se trataba de un verdadero armenio? ¿Un armenio al cien por cien? Eduard afirmó. Al cien por cien. Que él supiera no existía en su herencia más que armenios puros. ¡Qué interesante! Comentó el doctor Julius Werfel. Una raza pura, y él era un ejemplar puro de esa raza. ¡Nada frecuente! ¿Tal vez le molestaría si le invitaban a realizarse una medición antropométrica? No, contestó sonriendo, en otro momento. Tal vez cuando terminase el congreso.

El subdirector le acompañó por un pasillo en penumbra. Varias ventanas alargadas permitían ver a los pacientes. Se empeñó en denominarles así «pacientes». Tenían una docena de judíos de distintas partes del mundo: ashkenazis, sefardíes, orientales, africanos, asiáticos, mischlinges, es decir, medio judíos, incluso judíos de Palestina. Los auténticos judíos bíblicos. También gitanos. ¡Oh, sí! ¡Los gitanos también eran dignos de estudio! Eduard preguntó ingenuamente. ¿Se hallaban allí por voluntad propia?, ¿o eran prisioneros?

—Bueno —el subdirector carraspeó nervioso—. Se trata de delincuentes, convictos y todo lo demás… así que se puede imaginar. En cualquier caso, son judíos o gitanos y, por tanto, no tienen derecho a protestar. A fin de cuentas, es por el bien de la ciencia.

Eso lo podría comprender perfectamente. Eduard asintió. Claro que podría comprenderlo. Afirmó con la cabeza. ¡La ciencia estaba por encima de todo! El subdirector sonreía beatificamente, orgulloso de su magnífico instituto, convencido de que gracias al

Führer la eugenesia conseguiría una raza germana pura, que marcaría las diferencias. Hablaba susurrando, señalando los «especímenes», como los llamaba:

—¿Ve usted esa gitana? ¡Es un ejemplar extraordinario! La trajeron desde la frontera de Rumanía. ¡Tiene seis dedos en las manos y en los pies! ¡Lástima que en el traslado el niño con idéntica malformación murió! ¡Qué desastre! Y ahora pasemos a los judíos. Este que puede ver es un judío polaco que entró ilegalmente en Alemania. ¡Como puede observar es un ejemplar magnífico! ¡Posee los rasgos más genuinos! ¡Ve la boca, el labio superior! ¡Ah! ¡Estamos encantados con él! Tal vez necesitemos averiguar más, en los que hemos diseccionado hasta la fecha…

—¿Diseccionado? ¿Han diseccionado a alguno de los judíos? — Eduard no pudo evitar un tono de absoluta sorpresa.

El subdirector lo observó algo confuso.

—¡Oh, sí! ¡Naturalmente! ¡Es como una autopsia! Y así podemos analizarlos en profundidad. Verá, estamos trabajando por el bien de la ciencia.

Eduard se hallaba a punto de vomitar, pero logró contenerse. No podía decirle lo que pensaba a aquel funcionario nazi, que todo lo veía a través del prisma del partido. En aquel momento no iba a poder hacer nada por evitar lo que estaba sucediendo en aquella casa de los horrores. Asintió de nuevo. El subdirector volvió a sonreír, algo forzado. Tal vez debería haber sido más discreto, pero a fin de cuentas se trataba de un colega, que además iba a participar en el congreso de Berlín. —¡Bien! Pasemos al siguiente: aquí tiene una mujer judía de cerca de noventa años. ¡Sin embargo, parece mantener las facultades intelectivas en muy buen estado! Recuerda todo lo que ha sucedido a lo largo de la vida. ¡Increíble! ¡Por supuesto, en cuanto fallezca, los servicios de neurología se disputan diseccionar su cerebro! ¿No es fantástico? Le hemos proporcionado lápices y papel y dibuja todo lo que recuerda. ¡No utiliza la goma de borrar! Parece ser un caso excepcional de síndrome hipertiméstico. ¡Maravilloso! Y ahora el siguiente, es un tipo curioso. Profesor de historia del arte antiguo en Viena y Berlín y fotógrafo.

Eduard notó como el corazón le latía con fuerza. Podía saber lo que estaría pensando por la cabeza de Max Steinberg, pero no debía

perder la calma y delatarse.

—Sí, le decía que este individuo es muy interesante. Es un judío homosexual. Dentro de unos días lo castraremos, para poder comprobar determinadas reacciones, tal vez en un par de semanas. ¡Un caso interesantísimo! ¿No le parece, doctor?

Eduard tenía la frente prácticamente pegada al falso espejo. Allí, apenas a tres metros, se hallaba su amigo Max, tendido en una mesa camilla, con las muñecas, los tobillos y la cintura atados a la mesa, para impedirle el menor movimiento.

Tuvo que hacer un esfuerzo de concentración enorme para poder seguir hablando con normalidad.

—Sí. La verdad es francamente interesante. ¿Pero podría decirme por qué lo tienen atado? ¿Tiene reacciones violentas? ¿No sería mejor poder estudiar su comportamiento natural?

—¡Ah, sí! Pero verá, doctor, este espécimen es muy valioso. Ha intentado suicidarse en tres ocasiones. Tenemos que alimentarlo a la fuerza, en modo alguno podemos arriesgarnos a perderlo. Forma parte de un análisis comparado, y llevamos demasiado tiempo y esfuerzos dedicados a él, como para permitir que desaparezca. Estos judíos son muy egoístas, ¿sabe? Aunque si por mí fuera, como si desaparecieran todos de la faz de la tierra. ¡No puedo soportarlos! ¡Y pensar que durante tanto tiempo han estado abusando de nuestra generosidad! En fin, ¿qué le parece, doctor? Permítame que le diga que nos sentimos muy satisfechos de lo conseguido. ¿Había visto algún centro como este? ¡Solo podría estar en Alemania!

Eduard estaba pensando a gran velocidad. La única posibilidad para sacar con garantías a Max pasaba por su suegro y por Augustus Newman. ¡Disponía como máximo de un par de semanas!

El subdirector Werfel le acompañó hasta la puerta, le estrechó la mano y volvió a sonreírle, algo arrepentido de haber sido tan explícito. ¡Aquellos doctores extranjeros no tenían ni idea de lo mucho que estaban trabajando allí por la eugenesia! El mismo Führer lo había mencionado en su último discurso. «Lo más importante para Alemania era la raza». ¡La raza de los amos! Luego por última vez inclinó la cabeza y cerró la puerta del instituto.

Eduard volvió a Berlín aquella misma tarde. En Alemania el Cuerpo de Correos y Telégrafos no cerraba nunca. Desde allí le puso un largo telegrama a su esposa.

ETHEL. ¡POR FIN LO ENCONTRAMOS! EN EL INSTITUTO DE BIOLOGÍA HEREDITARIA E HIGIENE RACIAL DE FRANKFURT. ¿TU PADRE PODRÍA HACER ALGO? A MAX NO LE DAN MÁS DE QUINCE DÍAS. TU AMANTE ESPOSO. EDUARD.

Era más que suficiente. Ethel se encargaría de todo o él no conocía bien a su mujer. Después volvió al hotel, se duchó y pidió por teléfono un sándwich y una cerveza al servicio de habitaciones. Tenía hambre y se sentía cansado pero esperanzado. Ella siempre se lo repetía. El destino podía ser cambiado, nada estaba escrito.

Las piedras doradas

JUNIO-DICIEMBRE DE 1936

Max Steinberg fue entregado a la Cruz Roja en la frontera suiza siete días más tarde. Su situación psicológica era muy delicada; se negó a pronunciar una sola palabra. El médico forense que lo evaluó en Schaffhausen hablaba de «un fuerte trauma psíquico». Los suizos lo llevaron a Berna aquella misma tarde, a la Embajada del Reino Unido, donde le estaban aguardando. Allí fue sometido a nuevos exámenes físicos y psicológicos, y veinticuatro horas más tarde volaba a Londres, donde lo esperaba Thomas Harding.

En los Servicios de Inteligencia Británicos, el asunto no significó nada nuevo. Ocurría de vez en cuando. Se intercambiaban «fichas», desde las oficinas de Broadway Buildings con las de otros países.

Thomas había tenido que convencer al tozudo jefe del
SIS
[83].
Otras veces les habían pedido importantes favores, tanto a Newman como a él mismo, así que por una vez no pasaba nada.

El director del Instituto de Biología Hereditaria seguía en el Congreso de Berlín cuando llegó la orden de entregar a Max Steinberg a los suizos. No había nada que objetar, estaba firmada por un tercero, pero el que la enviaba era el mismísimo Reinhard Heydrich, el jefe del aparato de seguridad del Reich, o
SD
[84].

El subdirector del instituto, el doctor Julius Werfel, acompañó a los dos inspectores que habían ido a buscarlo, lo desataron de la camilla y le pusieron un abrigo por encima de la bata del hospital, única prenda que llevaba puesta. Werfel le buscó un par de zapatos que tuvieron que ponerle, sin calcetines ni cordones, pero que no se le salían pues eran de dos números menos. A pesar de ello, Max Steinberg no se quejó ni dijo una sola palabra. La identificación era

una ficha del instituto, en la que figuraba una foto de frente y de perfil y un número de seis cifras que coincidía con el que llevaba tatuado en la muñeca. Después bajaron las escaleras llevándolo en volandas, le empujaron en la parte posterior de un vehículo donde viajaba un tercer policía, y sin despedirse, abandonaron el Instituto de Biología Hereditaria.

Lo único que tenía Werfel para justificar la entrega era la notificación de Heydrich. No podía dejar de pensar en lo que iba a decirle a su director, que llevaba personalmente el estudio de Max Steinberg como algo muy importante en su tesis sobre «Judaísmo y homosexualidad», en la que se demostraba la depravación de los judíos. Esperaba una gran repercusión de su estudio, que debería culminar con la disección de los testículos del paciente y una serie de análisis hormonales durante los siguientes meses. Ahora aquel asunto había acabado.

Cuando el avión aterrizó en Londres, Thomas se acercó a Max Steinberg, que era transportado en una camilla. El hombre llevaba los ojos cerrados, probablemente lo habrían sedado, pero indudablemente era él. Suspiró satisfecho. No había resultado fácil. Le llevaban al hospital naval, donde procederían a evaluar su estado y donde pasaría algún tiempo. Pero estaba allí y eso era lo único importante.

Thomas Harding se dirigió a las oficinas del
SIS
en Broadway Buildings. Allí felicitó personalmente al director, Hugh Sinclair, conocido por todos como «Quex». Sinclair simplemente sonrió y replicó: «¡Me debes una!». Era una manera de ver las cosas. Desde allí mismo puso un telegrama a Ethel, Eduard estaría aún de viaje de vuelta.

> *Querida Ethel. Max bien, ya está en Londres. Eduard lo bordó y nosotros hemos hecho lo que hemos podido. En la vida nunca hay que darse por vencido*.
>
> *Tu padre. T. H.*

Eduard desembarcó en Beirut dos días más tarde. Había asistido a las tres jornadas del congreso e incluso se permitió quedarse a una

opcional en la que les iban a mostrar las nuevas ideas sobre eugenesia.

Solo pudo ver a Marcus Bauer de lejos. Estaba claro que le rehuía y él tampoco hizo nada por acercarse. No tenía nada que decirle.

Cuando abandonó Berlín, mientras viajaba en el coche cama, se despertó al detenerse el tren en una estación durante la noche. Se incorporó en la litera notando algo diferente. Las pesadillas habían desaparecido.

Cuando desembarcó en Beirut, Ethel le observaba con cariño y respeto. Eduard era otro y ella lo notó de inmediato.

—¿Sabes la noticia? Ha estallado una guerra civil en España.

Era el 19 de julio de 1936.

El profesor Max Steinberg estuvo ingresado cerca de tres meses en el hospital naval. Cuando entró sufría una insuficiencia cardiorrespiratoria aguda, además de otras dolencias. El médico que lo controlaba comentó que, si no hubiera sido hospitalizado, probablemente habría fallecido.

Seguía ausente, sin querer tomar contacto con la realidad, aunque por lo demás, parecía estar ya bien. Thomas le llevó a su casa. Max se mostraba indiferente, como si todo aquel asunto no fuera con él. Entonces Sarah propuso:

—Thomas, querido. Creo que nuestro amigo Max mejoraría si lo llevamos con nosotros en el próximo viaje a Beirut. ¿Qué te parece? Un cambio así lo agradecerá. ¡Estoy convencida!

Él no tuvo nada que objetar ante aquella sugerencia. A últimos de julio embarcaron con destino a Beirut. Era el último viaje del Star of India, que iba a ser desguazado; echarían de menos «su camarote», en el que viajaban desde hacía muchos años y que, aunque muy gastado y pasado de moda, les había sido de gran utilidad.

Tomaron un camarote doble adicional para Max y un enfermero que lo cuidaría de noche y día. El pasaporte británico fue un regalo de Hugh Sinclair, con una escueta nota: «Los amigos de Thomas Harding son amigos de Gran Bretaña».

Durante el viaje un destructor los escoltó desde el golfo de Vizcaya hasta que dejaron a popa el mar de Alborán. La guerra en España obligaba a vigilar los buques que transitaban por sus aguas

jurisdiccionales y cercanías. No tuvieron ningún incidente y diez días más tarde estaban atracando en Beirut.

Cuando Max Steinberg desembarcó, Ethel se acercó a él. Entonces ocurrió algo portentoso. Max se dirigió a ella murmurando:

—Hola Ethel. Te he echado mucho de menos.

Ella no pudo evitar un sollozo, Max de pronto se tapó la cara con las manos y comenzó a llorar como un niño. Ethel le abrazó. En aquel instante Max regresó del infierno. Pisar aquella tierra, donde se sentía seguro por primera vez después de tanto tiempo, de encontrar el rostro de la persona con la que habría soñado durante los últimos meses, vinculando su imagen a la seguridad y al afecto, habían desencadenado en él una catarsis. Max permaneció un mes en la casa de Ethel. A los pocos días comenzó a salir solo, a pasear por la ciudad, a volver a aprender a vivir.

Al poco tiempo llegó un cajón de Londres, dirigido a Thomas Harding, con el rótulo «Muy frágil. No golpear».

—Me temo que eso es suyo —afirmó Thomas dirigiéndose a Max —, yo que usted lo abriría.

José Chabry trajo un destornillador y unas tenazas y le ayudó a abrir el cajón de madera. Dentro, perfectamente embalada venía la cámara que había sido de su propiedad.

—Ahora ya puede usted volver allí, a Baalbek, en busca de sus hermosas piedras doradas.

La cámara había sido adquirida en una de las subastas públicas de bienes confiscados a los judíos. Se anunció en prensa a fin de revenderla. El agregado cultural de la Embajada de Gran Bretaña en Berlín, un gran aficionado a la fotografía, la adquirió. Intervino el SIS, que quería estudiar el singular aparato y su óptica. Uno de sus oficiales estaba estudiando el dosier de Max Steinberg, por encargo de su director, y lo comentó con él, que intervino para que le fuera devuelta a través de Thomas Harding.

Max estaba tan emocionado que tuvo que taparse los ojos con las manos. Luego se sobrepuso y comentó:

—Bien. Ustedes se lo han buscado, así que, aprovechando esta preciosa luz, voy a hacerles una fotografía de familia, si me lo permiten. Sarah, por favor, siéntese aquí. Usted Thomas junto a

ella. Eduard, de pie tras Sarah y usted, Ethel, con Johnny, en brazos, tras su padre. Así, ¡muy bien!, ¡esa palmera es perfecta! Los arbustos enmarcan muy bien el ambiente. Un momento, a ver, permanezcan distendidos, naturales, no es preciso que sonrían. ¡Ya!… Cuando vean la fotografía comprenderán. Quiero agradecerles a todos lo que han hecho por mí. Desde Eduard, que me encontró exponiéndose personalmente, Ethel que me ayudó a sobrevivir, usted, Thomas, que movió cielo y tierra, y también usted, Sarah, que ha sabido construir una familia así. Dios les bendiga. ¡Ah, se me olvidaba! ¡Ahora que vuelvo a tener mi cámara de fotografía voy a emplearla a fondo! Me uniré a la expedición francobritánica que trabajará durante los próximos meses en Baalbek. Lo que me mantuvo vivo fue la visión de aquellas maravillosas piedras.

A finales de septiembre de 1936, Francia y la Sociedad de las Naciones decidieron de mutuo acuerdo cambiar el nombre al mandato. Se llamaría Tratado de Amistad y Alianza entre Francia y el Líbano, e igualmente en el caso de Siria. Significaría mayor autonomía. La Asamblea del Líbano y el Parlamento sirio lo aprobaron los sirios con reticencias. El alto comisario en Beirut comentó a la prensa que era una cuestión de ética y estética. A partir de ese momento, Francia ya no era la potencia mandataria, sino la amiga y aliada de la República del Líbano.

La amenaza

1937

Max Steinberg realizó un álbum de Baalbek que era una obra de arte. Unas fotografías cargadas de dramatismo y belleza, que expresaban la nostalgia, el amor por aquellas viejas piedras y el respeto que se les debían por parte de todos. Max era mucho más que un buen fotógrafo. Era un filósofo de la imagen, sus fotografías invitaban a pensar. Se había recuperado de la profunda depresión. Albert Stern había desaparecido.

De tanto en tanto Max se dejaba caer por casa de Ethel y Eduard, que habían preferido no contarle lo de sus muebles y objetos familiares, ya que dada la situación en Europa, podían considerarlos como perdidos.

Thomas Harding y Sarah estaban residiendo una larga temporada en El Cairo. Simplemente se encontraban bien allí, conocían la ciudad como la palma de la mano, y vivían en la casa que había pertenecido a los padres de Sarah. Seguían pagando el alquiler y la utilizaban esporádicamente, cuando les apetecía volver allí. Un clima muy suave en invierno, gente amable y servicial, muchos conocidos con los que podían jugar una partida de billar, tomar el té, pero sobre todo visitar el Museo Egipcio, donde Thomas pasaba mucho tiempo.

Por otra parte, tampoco deseaban permanecer en la que ya consideraba la casa de Ethel, en Beirut. Solo visitarlos de tarde en tarde, a pesar de que Ethel y Eduard les insistían que fueran más a menudo.

Augustus Newman, alternaba entre los dos lugares, a menos que estuviera de viaje por asuntos oficiales. Él iba intentando descargarse de responsabilidades, pero al final, siempre se convertía en el hombre imprescindible y no sabía negarse.

Con Thomas no tenía secretos. Valoraba la mente clara y pragmática de su amigo, que a petición suya leía los informes antes

de enviarlos. Se estaba haciendo mayor, y prefería que los leyera otro para supervisarlos.
Mantuvieron con el Estado Mayor británico en El Cairo una conferencia sobre el rearme alemán. Las cifras que se barajaban daban que pensar. Hitler estaba en disposición de poner en pie de guerra en cualquier momento un ejército de más de dos millones de hombres, armados, pertrechados y preparados. Varias fábricas terminaban cada mes una cantidad ingente de armamento, incluyendo artillería ultramoderna, armas ligeras, tanques y aviones, mucho más sofisticados y robustos que los que Gran Bretaña poseía.

El Gobierno inglés se hallaba a punto de caer para dar paso a Neville Chamberlain. Todos sabían que el ministro de Hacienda sería el nuevo primer ministro, pero en el Estado Mayor mantenían sus recelos con aquel pacifista.
Thomas había confesado a Ethel que si no estaba más tiempo allí era porque al final se sentía agobiado. Era un hombre público y todos deseaban saludarlo. Los tres primeros días era una situación soportable. Después, lo que deseaba era la absoluta discreción de un lugar como El Cairo, donde podía tomar el té en cualquier terraza leyendo la prensa, sin que nadie lo molestara, aunque su ciudad favorita era Beirut.

A finales de mayo, Neville Chamberlain se convirtió en el primer ministro de Gran Bretaña. Como mandaba la tradición británica, en el club de oficiales de El Cairo se brindó por él y se lanzaron los tres hurras, pero sin demasiada convicción. Al que echaban de menos todos allí era a sir Edmund Allenby, aquel hombre hubiera sido el mejor primer ministro en una época tan difícil, si no hubiese muerto pocos meses atrás.
En Beirut todo seguía igual en apariencia. Los más radicales de Damasco se encargaban de que bajo la tranquilidad de aquella ciudad mediterránea se mantuviera un continuo estado de tensión en contra de los franceses. Al final eran los Servicios de Inteligencia del Gobierno de Francia contra los conspiradores árabes, que pretendían echarlos cuanto antes. Y no solo eran los musulmanes, los más radicales eran los árabes grecoortodoxos, que parecían sentir odio hacia los franceses.

El Vaticano seguía teniendo mucha fuerza en todo el Líbano. El

Papa Pío XI publicó la encíclica en la que ponía de manifiesto la terrible situación que se estaba viviendo en la Alemania de Adolf Hitler. *Mit brennender sorge*[85], que fue leída el Domingo de Ramos en muchas de las iglesias alemanas, y que también se leyó en la catedral maronita de San Jorge, entre el humo de los incensarios y el olor de las velas encendidas. En el Líbano, no se tenía gran simpatía a Alemania.

Sin embargo, para un espectador imparcial, Beirut era una ciudad dormida. Al menos Ethel Harding la veía así desde su terraza, mientras se acercaba el verano. A la hora de la siesta, no se veía a nadie; algún perro vagabundo, o un campesino montando un pequeño asno por los polvorientos caminos que llevaban a los campos cercanos, entre los cañaverales que agitaba el viento del oeste. Ethel estaba comenzando a pintar y le gustaba hacerlo desde la terraza, mientras el bebé dormía a pierna suelta a su lado. En cuanto se despertaba, Nadima aparecía en silencio y se lo llevaba un rato a jugar a la calle, para permitir que su madre pudiera concentrarse.

Ethel recordaba muy bien cómo era aquella ciudad cuando ella tenía la edad de su hijo, apenas veinte años antes, y cómo iba cambiando con rapidez, a pesar de los ladridos lejanos de los perros, de los gritos del vendedor de agua o de los silbidos de los afiladores.

Europa se veía muy lejana, no solo en el espacio, también en el tiempo y, sin embargo, lo que allí sucedía repercutía de inmediato en todo Oriente Próximo. No podrían inhibirse, hacer como que no pasaba nada y aguardar a que terminase la tormenta. Durante el último conflicto, en la Gran Guerra, las principales víctimas habían sido los armenios. Lo ocurrido con Max era solo el botón de muestra de lo que estaba sucediendo en Alemania. No podía entenderlo. Ella había tenido una profesora alemana, de Hannover, una persona exquisita, culta y refinada, aunque tal vez algo fría y lejana. Y lo que ocurría no era solo que un loco como Hitler odiara a los judíos. Necesitaba la complicidad de una gran parte de la población para llevar a cabo algo semejante. Eduard le había contado su escalofriante visita al Instituto de Biología de Frankfurt, y la personalidad del subdirector, que hablaba de los judíos y los gitanos como si se tratara de animales de laboratorio.

Por eso Beirut era un refugio, tal vez algo endeble para la tormenta que se avecinaba. Sintió un leve escalofrío. El tiempo comenzaba a cambiar y una ráfaga casi volcó el caballete. Vio llegar a Eduard, que subía la cuesta en su motocicleta. Se sentía orgullosa de la labor que su marido estaba llevando a cabo en «la casa de los locos». Todo el mundo le reconocía un gran mérito al doctor Boghossian, como él quería que le llamasen, en homenaje a su padre.

A mediados de noviembre, les visitó Augustus Newman. La misma noche de su llegada, les confesó que tenía setenta y cuatro años, y que se encontraba muy cansado. Se retiraría en unos meses y se compraría un apartamento en La Corniche, allí mismo en Beirut. Aquel clima le sentaba mejor que Inglaterra y, por supuesto, mucho mejor que Escocia.

Saboreando una copa de *brandy*, les dijo que tenía malas noticias de Alemania. En Nuremberg habían desfilado seiscientos mil soldados. Tenían un topo dentro del Alto Estado Mayor alemán. En una conferencia secreta[86], Hitler había informado al Alto Mando de sus planes para dominar Europa. Se trataría de una dominación racial, política y militar. Todos los judíos serían eliminados de la faz de la tierra. En cuanto a los eslavos, serían considerados infrahumanos, y utilizados y tratados como tales.

—¡Y no os creáis que aquí estaremos a salvo! Dentro de sus planes está conquistar el norte de África y Oriente, hasta Bagdad, por el momento. Es un loco peligroso con una mente perversa, un paranoico, pero tiene detrás el ejército más formidable que jamás haya existido.

Cuando Newman se fue a visitar a sus viejos amigos, Ethel se abrazó a Eduard en la terraza.

—¿Qué vamos a hacer? Augustus es una persona que posee información de primera mano, y ya has oído lo que ha dicho sobre Hitler.

—No te preocupes, Ethel. Estamos en una tierra que nunca ha podido ser conquistada. Hitler tampoco lo conseguirá. Esos tiranos sangrientos como Tamerlán y ahora Adolf Hitler no pueden comprender que la única forma de conquistar el mundo es exactamente la contraria. La fuerza de la espada nunca podrá con la razón.

Anochecía con rapidez, y solo un leve resplandor hacía el oeste mostraba el lugar por el que se había escondido el sol. El Mediterráneo imponía y Ethel pensó en su padre. Thomas Harding siempre había afirmado que el Tratado de Versalles había sido un desastre, que antes o después volvería a conducir al mundo a la tragedia.

El fotógrafo

ENERO-OCTUBRE DE 1938

El rabino Bahbout se acercó a Asfuriyeh para hablar con Eduard Boghossian. Los miembros de la comunidad judía del Líbano les traían ropa, alimentos o simplemente consuelo a los parientes de su fe. Eduard aprobaba aquel sentido de hermandad, que por supuesto también se daba entre los árabes y los armenios. El mundo judío estaba pasando uno de los momentos más difíciles de su historia, con un presente plagado de amenazas y agobios, y un futuro incierto.

En aquella ocasión, el rabino no venía a visitar a los enfermos, sino a pedirle un favor. ¿Podría aceptar a un judío que acababa de llegar como paciente? Sería cosa de unas semanas. Era muy importante para la comunidad, insistió.

Eduard comprendió que no se trataba de un verdadero paciente, sino de alguien a quien deseaban ocultar, pero no hizo ningún comentario. Cuando aquel hombre había recurrido a él, era que se encontraba muy desesperado. Personalmente se sentía implicado con los judíos. Nadie hacía nada por lo judíos que se encontraban en una lucha por su supervivencia.

Miró al rabino a los ojos y asintió:

—¡De acuerdo! ¿Cuándo va a ingresar? Me ocuparé personalmente de que no se le moleste. No hay problema.

El rabino sonrió débilmente.

—Gracias, doctor Boghossian. A las personas se las conoce cuando se las necesita. Sinceramente, en este caso no podíamos utilizar un hospital, ni queríamos comprometer a otro judío. Aquí, en cambio, nadie pregunta nada, y usted siempre nos ha ayudado. Los judíos tenemos muchos enemigos, pero gracias a Dios, tenemos muy buenos amigos. No lo olvidaremos. ¡Ah, sí! ¡El paciente está ahí afuera! Sabíamos que usted no iba a fallarnos, le dije que me acompañase.

Eduard no pudo evitar sonreír.

—Sí, rabino, es usted un hombre de fe. Vamos, le voy a acompañar. Hay una habitación que está siempre libre para las emergencias. Esta de alguna manera lo es.

Salieron al patio. Allí un hombre joven, de apenas treinta años, de piel blanca, cabello ralo, gafas de concha, con aspecto europeo, aguardaba sentado a la sombra. El rabino se adelantó para hacer las presentaciones.

—Doctor. Este es el «paciente». Y este es el doctor Boghossian, un extraordinario médico y un buen amigo de los judíos.

El hombre realizó una leve inclinación de cabeza. No sonrió, ni se acercó para darle la mano, ni dijo una palabra.

—¡Bien! Síganme, por favor.

Los condujo hasta una pequeña habitación junto a la recepción.

—Bueno, aquí estará bien. Como ven, la habitación tiene llave. Como es natural se quedaría abierta, aunque le ruego que mantenga la puerta cerrada. Esta es una habitación con muchas finalidades, por eso se construyó un aseo completo al que se puede acceder a través de esa puerta, que tiene la llave puesta. No se preocupe de nada. Le traerán la comida aquí. Esto es como un pequeño hotel.

El hombre volvió a hacer un leve saludo con la cabeza. El rabino Bahbout parecía aliviado. Eduard se retiró dejándolos solos. Si aparecía alguien queriendo saber lo que ocurría, no se le daría información. Las ventajas y los inconvenientes de las enfermedades mentales eran que muchas veces no daban síntomas aparentes. Cualquiera podía estar loco, era posible que aquel desconocido lo estuviera.

Quince días más tarde el misterioso judío fue a su despacho. Le estrechó la mano y le dio las gracias en un correcto francés, que no fue suficiente para disimular su acento alemán. Después cogió su pequeña maleta y subió a un automóvil que lo esperaba fuera.

Eduard había hecho lo que su conciencia le exigía. No sabía quién era aquel hombre, ni de quién se escondía.

Al día siguiente apareció el rabino Bahbout.

—Doctor Boghossian, desde que lo conozco lo he tenido por un hombre generoso y decente. Ahora tengo la certeza de que no me equivoqué al enjuiciarlo. Ese hombre al que usted ha socorrido es uno de los hijos de un antiguo amigo mío de Brest-Litovsk,

Ze’ev

Dov. Este Menachem[87] es un buen muchacho y ha venido enviado para elaborar un informe. Después volverá a Polonia. Es un hombre callado y discreto, pero me ha dicho que no podrá olvidar lo que usted ha hecho por él.

Augustus Newman le había contado el viaje de uno de los nazis a Palestina, un tal Adolf Eichmann, a finales del año anterior. A través de los Servicios de Inteligencia del

SIS

, tenían conocimiento de sus conversaciones con el muftí de Jerusalén, Amin

al-Husseini,

quien estaba pasando datos a los alemanes en relación con la inmigración judía, a la que se oponía frontalmente.

Eichmann pretendía evaluar las posibilidades de enviar judíos alemanes a Palestina. En aquel momento tal vez la mejor solución para ambas partes. Alemania se vería libre de todos aquellos judíos que emigraron, y además les cobraría el pasaje y el visado de salida con todos los bienes de los expulsados. Un buen negocio para los nazis. Sin embargo, el informe del

SIS

decía que

Al-Husseini

se opuso con todas sus fuerzas. Vino a decirle al entonces director de «la Cuestión Judía», que la mejor solución sería hacer desaparecer a los judíos, que los enviaran a campos de trabajo, o que hicieran lo que quisieran con ellos. Cualquier cosa menos enviarlos allí, a Palestina, donde estaban llegando de otros muchos lugares, y a pesar de la revuelta árabe, que él impulsaba, el número no paraba de crecer.

Eichmann sabía que, si Alemania no quería perder el apoyo de los árabes, debía seguir los criterios de uno de sus líderes más señalados. Amin

al-Husseini,

a quien también prometió ayuda financiera, logística y diplomática.

En aquella reunión cambió el destino de centenares de miles de personas. Tampoco se reservó lo que pensaba acerca de Neville Chamberlain, el primer ministro británico, a quien tachó de blando

y ambiguo y de no querer ver la realidad. Estaba preparando alguna estrategia para evitar la emigración judía a Palestina, y eso para él significaba una traición al pueblo judío en un momento difícil para ellos.

Al-Husseini le había prometido a Eichmann la ayuda del pueblo árabe. Eso era algo muy importante para el Estado Mayor alemán, cara a sus planes a largo plazo. No podían actuar en contra de sus propios intereses.

Todo aquello también lo conocía la Haganá[88], la primera organización de autodefensa, el Hashomer o «guardián», que se había fundado en 1909 para defender los primeros asentamientos judíos de los árabes que pretendían asaltarlos. Fueron los ataques árabes de 1920 y 1921 los que llevaron a los judíos a organizar algo más sólido. Los británicos —reconocía Newman— hacían muy poco por los colonos judíos, ya que no deseaban indisponerse del todo con los árabes. Conocían los acercamientos de los alemanes y no querían perder terreno en un lugar tan estratégico.

En el cuartel general en El Cairo era donde se analizaba. Los disturbios de 1929 habían marcado el punto de inflexión con los 133 judíos y 116 árabes muertos en Hebrón. Hasta entonces la Haganá no era hostil a los británicos. A partir de ese momento decidieron que su única posibilidad era hacer la guerra por su cuenta.

El
SIS
sabía que la Haganá estaba fabricando granadas de mano, incluso fusiles muy rústicos pero eficientes, en talleres que pretendían dar la imagen de dedicarse a la reparación de vehículos o la cerrajería.

Eduard interrumpió:

—Augustus, si te vieras en la diatriba de tener que apoyar a los británicos o a los judíos, ¿qué harías?

—No lo sé. Siempre he sido leal, siempre me he volcado en mi país. Pero soy judío y aunque no soy creyente, la realidad es que mi sangre es judía. Tampoco quiero que mis antepasados salgan de sus tumbas maldiciéndome. Creo que haría lo mejor para Gran Bretaña, siempre que eso no fuese lo peor para mi pueblo.

Después le explicó que, a pesar de todo, la Haganá colaboraba con los británicos.

—Los judíos forman parte natural de Occidente. Hay judíos que han emigrado a Palestina desde Londres o Manchester. ¡Son ingleses! O alemanes, o austríacos, o rusos. Tienen una cultura más cercana a la nuestra. Además, tampoco se pretende romper con ellos. ¡Es todo un maldito embrollo, del que sin duda alguna vamos a salir trasquilados! Al menos Ben Gurión, el líder judío, ha conseguido una actitud moderada. ¡Veremos hasta cuándo! La Haganá se ha escindido en dos. La que llaman Irgún [89] nos está dando muchos quebraderos de cabeza, y además el primer ministro pretende terminar con esta situación cuanto antes. Desconoce la realidad.

Eduard actuaba con sentido pragmático, como no se veía obligado a mantener ninguna lealtad a Gran Bretaña, tenía mayor libertad. Su lealtad, en aquellos momentos, y en eso coincidía plenamente con Ethel, se la debía a los más débiles. Años atrás, cuando llegaban los armenios buscando refugio, en una época de desesperación, él tenía muy claro quiénes eran las víctimas. Tras su experiencia en Viena y lo sucedido en su viaje a Alemania, debía ayudar a los judíos. La postura de los árabes del Líbano no era la misma que la de los maronitas, que la de los grecoortodoxos, incluso dentro de los musulmanes muchos no coincidían con la política de

Al-Husseini

de odio a los judíos. En el Líbano siempre habían vivido judíos, era un país generoso y con muchas confesiones muy diferentes. Sentía rabia interior al recordar lo que los alemanes estaban llevando a cabo con otros alemanes, cuya única diferencia era ser judíos. Sentía nauseas.

Aquel asunto no se había arreglado, sino que iba a peor. Si un judío perseguido por alguien tenía que refugiarse eventualmente en su manicomio, él no iba a poner ninguna pega.

En marzo llegó la noticia del *Anschluss*, la anexión de Austria por el Reich. No cogió a nadie por sorpresa. Newman se lo había advertido dos meses antes. Ethel se sintió aliviada de estar en Beirut, aunque sintió una gran pena por los austríacos, y sobre todo por los judíos austríacos; casi doscientas mil personas que acababan de transformarse en «infrahumanos» para sus opresores, los nazis.

Max acababa de llegar de Damasco, donde realizaba un proyecto fotográfico. No podía soportar la idea de que sus parientes y amigos

de Viena estuvieran en manos de los nazis:

—Van a morir. Hitler quiere la sangre de los judíos. Hablé por teléfono con una prima mía, y me dijo que el noventa por ciento de la población de Viena se encontraba en la calle, aplaudiendo la entrada de Hitler, mientras la Gestapo comenzaba a hacer su trabajo. Eichmann, el nazi del que me contó Eduard que había estado en Palestina, es el jefe de la Oficina para la Emigración Judía. Por las noticias que tengo, a los judíos los chantajean, amenazándolos con llevarlos a campos de concentración si no les entregan todas sus propiedades. Deben hacer la escritura de venta de sus fábricas, pisos y propiedades a quienes les señalan los nazis. Los acompañan a las cajas fuertes después de ser denunciados por los propios directores de los bancos. Al final los meten en un tren para llevarlos a un campo de prisioneros, cuando solo les queda una maleta vieja con una muda. Dicen que Eichmann ya es uno de los hombres más ricos de Alemania. ¡Gentuza! Si algún día los judíos queremos justicia, la tendremos que hacer nosotros.

En Beirut los más viejos aseguraban que Alemania llevaría al mundo a la ruina, algunos de los árabes sunnitas no querían definirse, lo que venía a dejar clara su postura. En cuanto a los chiitas, la mayoría se decantaban en favor de los alemanes. En Damasco el sentimiento generalizado era a favor de la política de los alemanes, lo que profundizaba la brecha entre árabes y franceses.

Dos meses más tarde, en Évian-les-Bains, el presidente Roosevelt convocó una conferencia sobre los refugiados judíos. Asistieron treinta y dos países. Ninguno de ellos iba a aceptar ni un judío más de los estipulados en cupos. Francia advirtió que aquella resolución daría alas a las pretensiones de los nazis.

Antes de su intento frustrado de huida, Max Steinberg había transferido una gran parte de su dinero a una cuenta en el Banque de Paris et des

Pays-Bas.

Eso le había salvado de la ruina financiera, y aunque no era una gran cantidad, sí lo bastante para poder adquirir un pequeño apartamento en Beirut, mientras encontraba una forma de ganarse la vida.

—No es lo mío, pero tengo que vivir, y la verdad, conozco gente

muy curiosa —Max se disculpaba con Ethel, le gustaría más dedicarse en exclusiva a las fotografías de lugares históricos como Baalbek.

Comenzó a hacer fotografías en las que se veían unos judíos rusos con sus típicas vestimentas, otros de Bagdad, de Irán, de Turquía, de Salónica, unos se lo decían a los otros. Todos querían tener una foto para enmarcar que luego sería parte de la herencia para los hijos. Se puso de acuerdo con un ebanista árabe, un musulmán que hacía unos elaborados marcos como las *mashrabiyas* antiguas típicas de Egipto. No era lo que él hubiese querido para su casa, pero al menos le permitía vivir.

Aquella afición por la fotografía y por la belleza interior de algunos seres humanos ocultaba un segundo oficio que solo conocía el rabino Bahbout. No sabía si estaba trabajando para él o para la Haganá. Tampoco le importaba. Con aquellos documentos un hombre, una mujer, o una familia, podría entrar en Palestina. No se les podía hacer a todos, solo casos aislados, situaciones imposibles. El rabino sabía que, con aquel primoroso y profesional trabajo de Max, las cosas serían más fáciles.

Pronto el apartamento de Max Steinberg se convirtió en una oficina para obtener los papeles necesarios. Max no le había contado a nadie su habilidad para realizar una perfecta imitación de un visado de entrada a Palestina, con el sello del Ministerio del Interior británico. Para cualquiera era Max «el fotógrafo». Comenzaba a realizar los reportajes de bodas, bautizos, circuncisiones y demás festejos. También lo llamaban de la sede del Alto Comisario, de la prefectura; se corrió la voz de que hacía unas fotografías excepcionales.

Le advirtió que no dijera una palabra. Ethel era la hija de Thomas Harding. También «el viejo Augustus» seguía vinculado a los servicios de inteligencia. ¡Ni una palabra! Max sonreía, ¡cómo iba a explicarle al desconfiado rabino la especial relación que le unía con aquella gente!

De vez en cuando pensaba en que debía seguir completando su colección de fotos de Baalbek y de Palmira. Después el rabino llegaba con un nuevo encargo urgente, y más tarde unos judíos que acababan de desembarcar desde Grecia, o desde Túnez le explicaban que querían hacerse una foto. Él les hacía una, tal y

como entraban por su puerta. Sin las ropas de gala que normalmente traían en una vieja maleta de cartón con refuerzos. Los dejaba un rato que discutieran en sus exóticos dialectos y después los hacía posar en el salón, donde tenía unas macetas con sus plantas ornamentales y un viejo diván otomano que Ethel le había regalado. Algunos lo miraban a los ojos. ¡No! ¡Miren al objetivo! ¡Aquí! Tenían los ojos ardientes de los campesinos, o las miradas perdidas y acuosas de los rabinos que no habían dejado de leer el Talmud toda su vida, o la fiera compostura de los beduinos, que también querían su fotografía; la querían en sus tiendas, con sus animales y sus esclavos y sirvientes.

Pasaban las semanas y los meses y la maquinaria nazi no paraba. A finales de septiembre, Neville Chamberlain y sus hombres viajaron a Múnich. Entre ellos se hallaba Augustus Newman, que intentó convencer al primer ministro de que no debía aceptar la imposición de Adolf Hitler, que les dijo, dándolo por hecho, que Alemania iba a anexionarse los Sudetes de Checoslovaquia, donde según Hitler, vivía una mayoría de alemanes étnicos. Les prometió que aquellas serían las últimas anexiones. ¡Ni una más!

Chamberlain firmó sin comunicárselo a su aliado Daladier, y en contra de varios de sus asesores, entre ellos Augustus Newman, que no pudo dejar de pensar en que Hitler quería hacer cómplice de aquel repugnante asunto a Gran Bretaña. Pero Chamberlain no escuchaba a nadie. Solo repitió una y otra vez que cualquier solución era mejor que iniciar una guerra. Apenas dos semanas más tarde, la Wehrmacht[90] ocupaba los Sudetes y animaba a la Hlinkova Garda[91] a crear una milicia antisemita.

Mientras, en un apartamento de la primera planta en La Corniche, en Beirut, Max Steinberg manipulaba un *Reisepass* para incorporar un visado de salida y otro obtenido en la Embajada del Reino Unido en Berlín, para poder acceder a Palestina. Sobre él, en la pared, cogidas con chinchetas, había colocado una fotografía realizada en Baalbek. Eran Ethel y Thomas Harding hacía unos años. No podía olvidar que aquel fue un encuentro que había cambiado su vida. Allí, en la maravillosa ciudad del sol, gracias a aquellos recuerdos había podido sobrevivir mientras se hallaba atado a la mesa en el Instituto de Biología Hereditaria e Higiene Racial de Frankfurt.

Dafnis

NOVIEMBRE DE 1938 - SEPTIEMBRE DE 1939

El día 11 de noviembre, el teletipo recién instalado en el nuevo edificio de Correos y Telégrafos, que acababa de inaugurar el alto comisario de Francia en presencia del presidente Edde, comenzó a escribir sin parar. Era como si se hubiera encasquillado. Las noticias llegaban a borbotones, vía París.

En toda Alemania, durante la noche del 9 al 10 habían tenido lugar graves desórdenes y altercados públicos en contra de los judíos alemanes. ¡Más de doscientas sinagogas de las principales ciudades alemanas resultaron destruidas! Uno de los reporteros que transmitían la noticia para las principales agencias, la bautizó como *Kristallnacht*, la noche de los cristales rotos. Muchos judíos habían sido asesinados y otros miles enviados a campos de concentración. Centenares de negocios judíos y viviendas habían sido incendiados, pero los bomberos no estaban autorizados a intervenir.

El rabino Bahbout acompañado de otros miembros de la comunidad, se dirigió a la residencia oficial del alto comisario de Francia para presentar una protesta oficial en contra del régimen nazi, mientras en Jerusalén, Jaffa, Hebrón y otras localidades de Palestina, el gran muftí
Al-Husseini
coordinaba las manifestaciones en contra de los judíos. Aquella provocación les resultó repugnante y comenzaron fuertes altercados entre unos y otros.

Ethel aguardaba a sus padres para festejar juntos en Beirut la noche de fin de año. En el último momento recibió un telegrama. Su padre había tenido que ser ingresado en el Hospital Militar Británico en El Cairo, no podrían asistir. Sarah añadía que no era nada preocupante, tan solo cansancio acumulado. No podía contarles lo que el médico le había dicho. Thomas Harding había sufrido una angina de pecho y estaban a la espera de ver cómo

respondía a la medicación; los médicos mostraban su preocupación por la situación.

Thomas pasó la noche de fin de año en el Hospital Militar, aunque el cardiólogo le dio la buena noticia de que en unos días lo enviaría a su casa.

Ethel pensó en ir a visitarlos, pero desistió de ello cuando Eduard le comentó que era preferible dejar que se recuperara del todo, antes de viajar a El Cairo con el pequeño John.

Lo que iba a ser una fiesta se convirtió en una preocupación. El tiempo tampoco acompañó, con continuos vientos racheados del norte y el mar encrespado, que no invitaba a navegar. La gente no salía a pasear por La Corniche y las noticias que llegaban de Europa eran cada día más desalentadoras.

A finales de enero, Thomas Harding obtuvo el alta y el permiso de los médicos para viajar a Londres. Embarcaron en Port Said en un crucero de la armada, ya que el alto comisario británico en Palestina autorizó que el comandante les cediera su camarote. Eran privilegios excepcionales para un hombre excepcional, que se había ganado con creces el poder obtener un trato semejante.

En el Mediterráneo, la situación de guerra civil en España complicaba el paso por el estrecho de Gibraltar. El comandante Steward le explicó que debían identificar todos los barcos con los que se encontraran, dentro y fuera de las aguas jurisdiccionales españolas. Eso hacía más lenta la navegación, ya que se les había dado el caso de buques sin luces de posición, lo que añadía el riesgo adicional de abordarlos.

La primera visita que tuvo Thomas Harding en Londres fue la de Augustus Newman. Se había retirado por voluntad propia, aunque le pidieron que asistiera como observador a la Conferencia sobre Palestina, que iba a celebrarse en el Palacio de St. James a finales de febrero. Nadie tenía la más mínima esperanza de que pudieran llegar a un acuerdo los árabes y los judíos, pero era preciso intentarlo.

—Verás, Thomas, Chamberlain ha encargado la redacción de un Libro Blanco, la responsabilidad es de MacDonald[92], pero como es natural, no pueden publicarlo hasta agotar todas las vías. De todas maneras, es inútil, ya que mientras ese gran muftí, Amin al-Husseini,

sea el que dirija la política árabe en Palestina, no existirá la más mínima posibilidad. En realidad, actúa como si fuese otro embajador del Tercer Reich, por su odio a los judíos. ¡En fin! Ahora aguardan miles de judíos para poder entrar en Palestina, y Chamberlain, que es un timorato, siempre pendiente del qué dirán, no está por la labor. La Comisión Woodhead restringió mucho las expectativas sionistas[93]. Ahora tenemos cerca de un millón de judíos aguardando: judíos alemanes, austríacos y ahora los de los Sudetes. ¡Y la mayoría desea entrar en Palestina! En St. James tendrá lugar una mesa redonda. ¡Imagina cómo va a acabar ese asunto!

Thomas Harding podía imaginarlo sin tener que hacer esfuerzo. Tenía amigos árabes y judíos, y sabía lo fácilmente que podía crecer el odio. El mundo árabe no iba a aceptar la creación de un Estado judío en el corazón de lo que consideraba *Dar el islam*. Por otra parte, los judíos, el *Yishuv*, creía tener plenos derechos sobre aquella tierra. Miles de judíos *yishuv* vivían allí desde siempre. Eran los restos del antiquísimo reino de Judea, de una cultura ancestral judía que se remontaba a la noche de los tiempos. Ellos tampoco iban a ceder. ¿Qué ocurriría entonces?

Augustus Newman asistió finalmente a lo que los periódicos de Londres denominaron «La Mesa Redonda», aunque las viñetas satirizaban que allí había de todo menos caballeros.

Los árabes se negaron desde el primer día a sentarse en la mesa. Tuvieron que improvisarles una sala aparte, y era precisamente Newman el que iba y venía entre ambas estancias. Tampoco quisieron asistir a ninguna comida, ni mucho menos a una cena de gala organizada por el Foreign Office. En cuanto a los judíos, se encerraron en una postura intransigente, aunque al menos permitían dialogar sobre cualquier asunto.

Los árabes pusieron sobre la mesa la ilegalidad de la Declaración Balfour, y la disconformidad con los Acuerdos Sykes-Picot. Los británicos desestimaron el volver a hablar sobre lo que para ellos ya era historia. El problema fundamental era la postura de
Al-Husseini,
que odiaba a los británicos tanto o más que a los judíos.

Newman comentaba todas las tardes la situación con Thomas delante de una buena taza de té.

—Creo que esta conferencia es un grave error, otro más de los muchos que ha cometido nuestro primer ministro. ¡No se puede contemporizar de esta manera! Y su problema es que no conoce la realidad. Teme un conflicto armado, odia los fusiles y es un antimilitarista convencido. Los árabes y los judíos, antes o después, acabarán a tiros. Si los judíos pretenden quedarse y tener un país propio, solo lo lograrán a tiro limpio. En cuanto a los árabes, su problema más serio es que no se fían los unos de los otros. Ben Gurión lo sabe bien. ¡Divide y vencerás!

Tal y como preveía Newman, terminó a mediados de marzo sin lograr ningún acuerdo. Neville Chamberlain realizó una ronda de consultas, y entre otros llamó a Newman y a Harding. Su mayor preocupación era lo que iba a ocurrir con los millones de judíos europeos que podrían intentar llegar a Palestina. Newman intervino a sabiendas que no era lo que el primer ministro quería escuchar.

—Primer ministro. Deberíamos permitir la emigración de los judíos a Palestina. La situación no tiene vuelta atrás y mucho menos con la postura de los nazis. La alternativa es abandonarles en sus manos, cosa que ya sucede con los judíos alemanes, austríacos y los de los Sudetes. Nadie cree que los alemanes vayan a detenerse ahí. Y lo que nos dicen los informes del
SIS
es escalofriante, sobre lo que están llevando a cabo con ellos, y lo que pretenden hacer. Es decir, o van a Palestina, o tenemos que abrirles las puertas de los países europeos. La alternativa es cargar con la responsabilidad histórica de lo que pueda llegar a suceder.

—¡Querido Newman! ¡No nos haga responsables de las atrocidades que Hitler pueda llegar a cometer con los judíos! ¡Gracias a la Declaración Balfour y a los Acuerdos Sykes-Picot, el pueblo hebreo tiene una esperanza! Pero ahora la decisión es publicar el Libro Blanco, en el que se fijaron las condiciones para la inmigración en Palestina. ¡No pretenderá usted que hagamos caso omiso a los criterios de centenares de millones de musulmanes! ¡Y los árabes cristianos tampoco están de acuerdo!

Cuando salieron de Downing Street, Augustus iba verdaderamente indignado, y Thomas intentaba calmarlo:

—¡Chamberlain es ese tipo de pacifista que anima a los enemigos a hacer la guerra! ¡Y su problema es la absoluta

incompetencia! ¡No sabe nada acerca de Oriente y se deja llevar por sus ministros, tan ignorantes, incompetentes y ambiguos como él! Temen que les acusen de belicistas. ¡Qué barbaridad! ¡Lo que puede llegar a hacer la falta de cultura y de información!

»Mira, Thomas. Ese Hitler no va a detenerse ahora. Alemania posee el mayor ejército de su historia, y están convencidos de que ningún país de Europa podría pararles. Por otra parte, los judíos están siendo privados de todos sus derechos. ¿Puedes llegar a imaginar cuál es el siguiente paso? ¡Yo sí! ¿Dónde van a poder refugiarse los judíos de todos los países que caigan bajo las garras de Hitler? Los Servicios de Inteligencia están informando de verdaderas atrocidades contra ellos. ¡Y ahora el Libro Blanco! Pude leer el borrador, y sé que en cuanto se publique, tendremos serios problemas en Palestina.

Newman había puesto el dedo en la llaga. El texto del Libro Blanco era aún peor que lo que se esperaba. Pretendía un Estado mixto árabe-judío, siempre de mayoría árabe. Limitaba estrictamente la inmigración judía hacia Palestina, e impedía las compras de nuevas tierras a los judíos.

Cuando llamó a Newman por teléfono, nadie respondió. Al día siguiente recibió una carta de él.

Querido Thomas:

He tomado la decisión de terminar mis días en Palestina, ya sabes, la sangre judía finalmente me reclama. De pronto he sido consciente de lo viejo que soy y de lo poco que me queda. He tenido una vida interesante, y pensaba retirarme en Beirut. Al final iré a un «kibbutz», y si puedo aportar algo, aunque sea para llevar las cuentas. Por cierto, pienso donarles lo que tengo. Te daré mi dirección cuando sepa dónde voy a ir. Mientras sabes que tú y toda tu familia estaréis siempre en mi corazón.

Tu amigo, Augustus Newman

Los ojos de Thomas se humedecieron. Todo llegaba en la vida. Era solo cuestión de aguardar, y a Newman le había llegado el momento de retirarse. Debía insistir para que escribiera sus

memorias. No pudo dejar de recordar aquel lejano día en que fue a visitar al padre Donnelly a las pocas semanas de haber llegado a Beirut, cuando lo conoció.

A él tampoco le quedaba demasiado tiempo para retirarse. No tanto por su edad como por su corazón, que no le iba a permitir seguir, a pesar de no haber cumplido aún los sesenta. Durante muchos años pensó en que cuando llegara el momento de su retiro, se iría a Beirut. Su salud no se lo iba a permitir.

A finales de abril, Newman se hallaba en Jerusalén. Supo que los judíos habían fundado una organización para la inmigración clandestina[94], lo que no le causó la menor extrañeza. Era la respuesta al Libro Blanco y al fracaso de la Conferencia del Palacio de St. James. También a la Oficina de Emigración Judía, que los alemanes habían creado a principios de año, y cuyos jefes eran Heinrich Müller y Adolf Eichmann.

En toda Europa se palpaba la tensión, los discursos de Hitler se volvían cada vez más agresivos. La prensa de Londres azuzaba a Chamberlain. ¿Hasta cuándo se iba a permitir a los nazis llevar a cabo sus proyectos, sin advertirles de que no podían continuar? ¿Quién le iba a poner el cascabel al gato? Renania, Austria, los Sudetes, Checoslovaquia… ¿Qué ocurriría si invadían Polonia?

La respuesta del premier fue rotunda. La guerra. Pocos días más tarde Thomas fue invitado a una reunión secreta en el Almirantazgo. Se encontraban cuatro docenas de los hombres cuya opinión se consideraba la de mayor peso de toda Gran Bretaña. A Thomas Harding se le llamó por sus conocimientos en Oriente Próximo y Oriente Medio. Como a él, se invitó a todos aquellos que podrían aportar su experiencia si se llegaba a un conflicto armado con Alemania. Nadie quería emplear aún la palabra *guerra*, ni sus calificativos, *guerra total*, que ya había empleado el hombre que llevaba años vaticinando lo que podría llegar a suceder. Winston Churchill.

Fue desalentador para los asistentes. Thomas participó en las tres conferencias, y comprendió que las políticas pacifistas de los últimos Gobiernos podrían compararse con la política del avestruz. Él odiaba la guerra. Había tenido bastante con su participación en la Gran Guerra, en la Campaña de Palestina, y no quería más.

El nefasto Tratado de Versalles, había sido la semilla, pero lo

peor era que Inglaterra se había dormido en los laureles. La flota era anticuada, al igual que el resto del ejército. El
MI
6
puso sobre la mesa un informe demoledor. Si se entraba en guerra con Alemania, las posibilidades de llegar a obtener la victoria eran inferiores a un tercio. Los alemanes fabricaban decenas de carros de combate de última generación, ¡cada día! Al igual que aviones, submarinos, artillería pesada.

Después, al volver a su casa, se sintió muy cansado, como si se hubiera agotado de pronto. Todo se estaba precipitando, el porvenir se veía oscuro y dantesco.

Unas semanas más tarde, Ethel llegó a Inglaterra. Johnny se había quedado con su padre en Beirut. Thomas sabía de las recomendaciones que Newman hizo en sus informes, por qué Ethel estaba allí, pero no podía hablar de ello ni con Sarah, ni con su propia hija. Se sentía orgulloso pero preocupado.

Para todos sus amigos y conocidos, Ethel viajaba a Inglaterra por la enorme preocupación acerca de la salud de su padre. Era algo cierto. Primera premisa de quien la había llamado. Para el
MI
6,
o Servicios de Inteligencia en el Exterior, las excusas debían ser reales. Ella fue invitada a viajar en un vuelo Damasco-Roma-Londres, prueba de un nuevo aeroplano británico de transporte, en un viaje con escala en Roma, de cerca de cuatro mil kilómetros, que deberían hacerse en unas doce horas de vuelo. Para Eduard, incluso para él, y los amigos más cercanos, Ethel aprovecharía aquella oportunidad para interesarse por su padre.

El
MI
6 estaba interesado en alguien como Ethel Boghossian, aunque para los informes seguía constando como Ethel Harding. Una mujer joven y fuerte, preparada intelectualmente, que hablaba a la perfección el árabe, alemán, francés y poseía un buen nivel de armenio. Una persona conocida en la región, en la que todos veían a alguien de confianza. El ser madre de familia no era ningún hándicap, muy al contrario, generaba un criterio de protección

adicional, que impedía que nadie la relacionara con determinado tipo de actividad.

El teniente coronel Michael Buckle fue el encargado de entrevistarla. Apenas llevaba media hora con Ethel cuando se dio cuenta de que el informe que Augustus Newman había hecho se quedaba muy corto. Conocía a fondo la historia del Líbano, Siria, Palestina, Egipto y Turquía. Cuando el capitán que la estaba examinando le preguntó cómo había adquirido aquel nivel, contestó que gracias a sus dos catedráticos particulares. Se refería a su padre y a Augustus Newman. Ella estaba acostumbrada a escuchar desde niña a aquellos dos hombres.

Cuando le hicieron la pregunta más obvia, ella contestó afirmativamente. ¿Se sentía británica? ¡Claro! ¡Sin duda alguna!, pero añadió que también se sentía libanesa. Tenía demasiados vínculos. Tanto ella como su hijo habían nacido allí. Su marido era de origen armenio, nacido en lo que era Turquía, pero se sentía libanés de arriba abajo.

—¿Estaría dispuesta a dar la vida por Gran Bretaña?

Ethel miró a los ojos a su interlocutor.

—Sí. No tengo ninguna duda.

Era consciente de que podría encontrarse en un dilema ético cuando llegara un momento crítico, en la hipótesis de un eventual, y nada lejano, remarcó el coronel, conflicto con Alemania. Sí. Creía que podría llegar a ocurrir, estaba bien informada.

Ethel estuvo residiendo durante aquellos días en Londres en la casa de sus padres. Su padre le comentó que la guerra con Alemania era cuestión de meses, y le aconsejó que se aprovisionara suficientemente. Él recordaba muy bien lo que sucedió en Beirut cuando el bloqueo británico durante la Gran Guerra. Tenía la suficiente experiencia para saber que la historia se repetía siempre. La aconsejó que adquiriesen un par de cabras. Parecía una tontería, pero las cabras eran capaces de convertir cualquier cosa en leche, y en un momento dado, tal vez supusieran una buena ayuda, y mucho más con un niño pequeño en casa.

Ethel no creía que las cosas llegasen a tanto, pero por darle el gusto le prometió que así lo haría, y que en cuanto llegara a Beirut, realizaría una lista de provisiones que pudieran ser almacenadas.

Un mes más tarde, Ethel embarcó en Southampton con destino

Beirut. Era la misma mujer que semanas antes llegó a Londres. La única diferencia era que había ingresado en el
MI
6.
El juramento la obligaba a mantener el secreto, hasta el punto de que no podía comentarlo ni con su propio marido, lo que evitaría problemas y riesgos para su familia. Ethel sabía lo que significaba aquella responsabilidad, en un momento en el que la guerra podría llegar a estallar en cualquier momento.

El carné que le habían entregado era de profesora de la Universidad de Oxford, un homenaje a su padre. Nada decía acerca de otras funciones. De hecho, le enviarían una carta para invitarla a participar en una campaña de excavaciones que la universidad iba a realizar en Baalbek y en Palmira en otoño-invierno de
1940-1941.
Tendría que viajar a Damasco, a Jerusalén y asistir a las reuniones a las que se la citara. Por lo demás, seguiría viviendo en Beirut, haciendo su vida normal, manteniendo —así se lo expresaron— exactamente el mismo perfil que hasta entonces.

En cuanto a sus responsabilidades, serían dar cobertura a otros agentes del
MI
6,
o del Ejército y la Marina británica, emitir informes cifrados sobre la situación y responder a los que se le pidieran.

A su vuelta a Beirut recibiría el nuevo aparato de radio que habría adquirido en Londres. Un caro capricho que los Boghossian podían permitirse. Ella comentaría con su marido que siempre había deseado tener un buen aparato, que le permitiera escuchar las emisiones de la
BBC
y otras emisoras europeas. Lo colocaría en un lugar donde todo el mundo pudiera verlo y escucharlo. La diferencia con un aparato comercial era que, si se pulsaban al mismo tiempo las teclas de los extremos derecho e izquierdo mientras el aparato estuviera apagado, aparecía una bandeja inferior con el teclado de cifrado y un micrófono para poder emitir. La antena exterior era la misma, permitía captar las frecuencias de onda larga y también emitir

cuando fuera preciso.

La única persona que en la región conocería la identidad de Ethel Boghossian como agente del

MI

6

sería el coronel jefe en Jerusalén, que también estaba adscrito al servicio.

Cuando desembarcó en Beirut, allí estaba Eduard con Johnny, que sonreía satisfecho de volver a ver a su madre. Después todo siguió igual. En aquella ciudad en apariencia adormecida, en la que seguían cruzando los rebaños de cabras por algunos barrios, a la que de tanto en tanto llegaban las caravanas de camellos.

A finales de agosto, los periódicos de Beirut dieron la noticia de un pacto de no agresión germano-soviético.

Ayub Thabit lo comentó con sus amigos, entre los que se hallaba Eduard Boghossian.

—¡Eso es algo contra natura! ¡Acaban de repartirse Polonia! ¡Qué desastre! ¡Otra vez la guerra!

Todos sabían que tenía razón, aunque no quisieran reconocerlo.

Apenas una semana más tarde, el doctor Thabit llegó con su nuevo Citroën.

—¡Ethel! ¿Eduard está aquí? ¡Alemania ha invadido Polonia! ¡Una catástrofe!

Ethel lo acababa de escuchar en su nueva radio. Sabía lo que aquello significaba. Gran Bretaña y Francia declararían de inmediato la guerra, y de nuevo el mundo se enzarzaría en un conflicto que nadie podría augurar como terminaría.

Una hora más tarde escuchó la motocicleta de Eduard subiendo la cuesta. Entró corriendo en la casa y la abrazó. Salieron a la terraza y vieron pasar el cabrero llevando su rebaño de cabras blancas. Eduard sonrió y bajó corriendo. Un rato más tarde volvió tirando de dos cabritas blancas.

—¡Tu padre es un hombre prudente! —Eduard señaló los animales—. ¡Este es el regalo para Johnny!

Ethel con el niño en brazos bajó a verlas, y Johnny de inmediato quiso tocarlas y acariciarlas, y ellas se dejaron hacer, como si pudieran comprender que Dafnis había vuelto. Ethel suspiró a ver la escena, Beirut era un lugar elegido por los dioses y allí nada podría

sucederles.

Lo inesperado

SEPTIEMBRE-DICIEMBRE DE 1939

Desde su casa en Londres, Thomas Harding recibió la esperada noticia de la invasión de Polonia por los ejércitos alemanes. Él tenía información confidencial sobre ello. Aun así, la prensa y el país seguían en estado de *shock*. Dos días más tarde, el 3 de septiembre, Francia y Gran Bretaña declaraban la guerra a Alemania. El lapso de tiempo transcurrido desde el Tratado de Versalles hasta entonces no había sido más que un mero instante.

Apenas una semana más tarde recibió la orden de embarcar para Port Said. Debía incorporarse como asesor al alto comisionado en Palestina, con residencia en Jerusalén. Sus labores se centrarían en realizar aquellos informes que se le exigieran y mantener los contactos que le encargaran.

Thomas decidió no presentar ninguna alegación a dicha orden en relación con su estado de salud. Eran momentos difíciles para todos y estaba determinado a llegar hasta el límite de sus fuerzas. Por otra parte, no le parecía mal la oportunidad de volver a Palestina, y el poder residir cerca de Beirut, donde se encontraba Ethel. Sarah lo acompañaría, quería estar con ella, tener la seguridad de que lo compartirían todo, lo bueno y lo malo.

Luego supo que había sido una petición expresa de sir Harold MacMichael, el alto comisionado en Palestina, con el que había tenido alguna relación años atrás. El
SIS
tenía la convicción de que los alemanes iniciarían una campaña en el norte de África, lo que podría convertirse en una verdadera pesadilla. Thomas echaría de menos a Allenby, el hombre que había ganado la Campaña de Palestina. Recordaba muy bien la batalla de Megido, en la que había estado presente. Volver a empezar era una tarea difícil, en la que muchos hombres dejarían sus vidas.

El viaje lo realizaron en avión. Un Dornier de la aviación

francesa, que los recogió en la base cercana a Londres, con escala en Marsella y Malta. Sarah no había volado nunca.

De nuevo se hallaba en Palestina. Les asignaron una residencia en Jerusalén, cercana al alto comisionado. Era una casa con jardín y en la puerta colocaron un soldado de guardia, además de otro en la oficina de trabajo en la planta baja. Los árabes podían intentar algo, en aquellos días todas las precauciones eran pocas. Puso un telegrama a Ethel, para que supiera que estaban allí, apenas a ciento cuarenta millas al sur por carretera. Thomas se sintió mejorar en cuanto llegó a Jerusalén. Pensó que intentaría dar con Augustus Newman.

El problema en Palestina era la relación entre los nazis y los árabes más radicales liderados por el gran muftí,
Al-Husseini.
Se sabía que algunos árabes estaban redactando informes acerca de la situación y composición de las fuerzas británicas en Oriente Próximo. Por otra parte, en Damasco, los comunistas sirios habían roto con los nacionalistas. Le llegó un informe sobre una nueva sociedad secreta. «El Círculo del Renacimiento Árabe» [95]. Se sabía que tras él se hallaban un árabe cristiano ortodoxo, Michel Aflaq, y un árabe sunnita, Salah
al-Din
Bitar. En sus bases se oponían a la tutela de Francia y Gran Bretaña, a los que tachaban de potencias colonialistas.

Fue en una reunión de coordinación cuando Thomas lo confirmó. Su hija Ethel era miembro del
MI
6.
Asumió la noticia con nerviosismo, hasta que reflexionó que todos tenían que ayudar en el enorme esfuerzo que Gran Bretaña debía realizar si quería tener la posibilidad de ganar la guerra.

Ethel había viajado a Jerusalén y saludó a su padre con un abrazo. Sarah se hallaba al margen, y no debía saber nada acerca de las actividades de su hijastra. Cuando llegaron a su casa juntos, Ethel le dijo que al saber que estaban allí, había decidido acercarse. Sarah sonrió, preocupada por la situación, pero contenta de que ella y su familia estuvieran alejados del conflicto.

Ethel no podía contarles la verdadera situación. Los

nacionalistas sirios estaban realizando un acercamiento a Alemania después de la declaración de guerra de Francia y Gran Bretaña. Ella conocía la correspondencia secreta entre el primer ministro del Líbano, Abdullah Bayhum, que había sido nombrado a mediados de septiembre, y Michael Aflaq. Bayhum se negaba a entrar en ningún complot en contra de Francia, por el momento. En cuanto al presidente Emile Edde, parecía más preocupado de sus propios asuntos. No era un buen momento para Francia ni para su política en Oriente Próximo.

A pesar de todo, la vida allí era mucho mejor que en Europa. A Palestina no dejaban de llegar inmigrantes judíos, y la tensión con los árabes crecía cada día. Al Líbano llegaban muchos menos, y prácticamente todos de paso para Palestina. Las noticias que traían de Polonia, Alemania o cualquier lugar donde los nazis dominaran eran espantosas. Nunca en la historia de la humanidad, unos hombres se habían portado así con otros hombres.

En octubre, el médico agregado al alto comisionado le diagnosticó a Thomas una taquicardia severa y le dio de baja indefinida por enfermedad.

Thomas decidió ir a Beirut. Allí tenía muy buenos amigos médicos y, además, si tenía que morirse, aquel sería un buen lugar. Solicitó permiso para viajar allí. Dos días más tarde se hallaba en su casa en Beirut.

Una mañana de finales de octubre, Thomas salió a dar un paseo. Al llegar a La Corniche se sintió agotado y se sentó en una terraza. Notaba un fuerte ahogo que le impedía respirar, al intentar levantarse se desplomó y alguien llamó a una ambulancia.

Cuando Sarah y Ethel llegaron al hospital, Thomas Harding acababa de expirar. Aquel día se cumplían treinta años de su llegada a Beirut y Sarah le había preparado un pastel para celebrarlo. El destino le había reservado otra cosa.

Encontraron una carta dirigida a su esposa. En ella expresaba su deseo de que no se hiciera un funeral público, sino estrictamente familiar.

Fue inevitable que la triste noticia corriera por Beirut como la pólvora. El cuerpo fue trasladado a la planta baja de su casa y el desfile de personas que deseaban presentar sus condolencias a la familia fue interminable.

Augustus Newman llegó a Beirut cuando ya le habían enterrado en el Cementerio de los Ingleses, un apartado dentro del cementerio cristiano. Estaba atardeciendo y desde allí se divisaba el mar, en un día tranquilo, en el que no se movía una hoja. Newman permaneció de pie delante de la tumba. Una lápida de mármol blanco con el nombre y las fechas eran el único recuerdo. Un montón de coronas de flores comenzaban a mustiarse y el zumbido de unas avispas rompía el absoluto silencio.

Newman miró a las lejanas montañas. Unos ventisqueros mantenían los últimos rastros de nieve. La Montaña Blanca que tanto había amado Thomas Harding.

Ludwig Von Goetz

1940

La desaparición de Thomas Harding resultó muy dolorosa para Ethel. Aquel hombre había hecho tanto por ella que no podía recodar un momento feliz de su vida en el que él no hubiera colaborado. Siempre preocupándose por los demás, intentando aportar lo positivo.

De ello sabían mucho Augustus Newman, Ayub Thabit, Max Steinberg, el propio Eduard Boghossian, su yerno, o personas que habían tenido una relación más eventual, pero no menos importante, como era el caso de Zaki
el-Wahsh,
que cuando le llegó la noticia fue a Beirut a presentar sus condolencias a Ethel.

Pero la vida y la guerra continuaban sin tregua. En junio de 1940 los nazis entraban en París, y el propio Hitler viajaba desde Berlín para el reportaje fotográfico que se veía en los noticiarios de Alemania y de todos los países del mundo.

Pocos días más tarde, el mariscal Pétain solicitó un armisticio y llevó su Gobierno a Vichy. De inmediato se pudo comprobar que se trataba de un Gobierno colaboracionista con los alemanes. En Beirut el alto comisario Gabriel Puaux acusó a los británicos de favorecer las estrategias de los gaullistas de Catroux. Siria y el Líbano se declararon leales a Francia. En Beirut se sabía lo que estaba ocurriendo y los sirios solicitaron a la Liga de las Naciones la disolución del mandato.

Ethel estaba perfectamente informada de la compleja situación y más cuando los aviones de la Luftwaffe comenzaron a aterrizar en aeródromos improvisados en la costa del Líbano y en Alepo. Allí repostaban combustible para sus raides sobre Mesopotamia e Irán.

En Beirut se intentaba mantener normalidad, lo que resultaba muy difícil. La gente temía un bloqueo como el que la ciudad había

vivido durante la gran guerra, y todo el mundo comenzó a acaparar provisiones y a conspirar. Los árabes de Damasco, a favor de Vichy, al contrario que en Beirut, la mayoría estaba a favor de los aliados. Una época compleja en la que nadie se fiaba de nadie.

Ethel viajó en junio a Jerusalén con un visado especial, gracias a su pasaporte británico. Alegó «asuntos familiares», y el alto comisario francés no se atrevió a negárselo. Allí se encontró con un representante de la Embajada, Alec Kirkbride, que ocupaba el cargo en Amman. La idea era poner en contacto al Gebel druso y a los representantes de la Legión Árabe. Sería la única manera de controlar a los que pretendían llevar a cabo una campaña de desestabilización a favor del Eje. Ella sabía cómo llegar a los drusos. Fueron unos meses complicados. Unos y otros pretendían manipular la situación a su conveniencia. En Beirut la presión recaía en el presidente Edde, que intentaba contemporizar.

En octubre llegó de Londres el general Catroux, quien debía llevar a cabo una campaña a favor de los gaullistas y de la Francia Libre. Todos los agentes británicos en la zona recibieron órdenes de apoyar aquella estrategia. Eduard Boghossian fue el encargado de ocultar a Catroux durante su estancia en Beirut.

En noviembre llegó el nuevo alto comisario de la Francia de Vichy, el general Henri Dentz. Con él viajaban un grupo de asesores alemanes. Poco después Ethel transmitió la noticia a Jerusalén, para conocimiento del
SIS
. Gracias a sus informadores dentro del personal del alto comisario, supo que los alemanes estaban autorizados a utilizar un aeródromo cercano a Alepo, también los puertos del Líbano y de la costa Siria y los ferrocarriles.

Aquella misma tarde Ethel tuvo una llamada telefónica del alto comisariado. La citaban dos horas más tarde. Debía presentarse para una entrevista. Eduard insistió en acompañarla, pero las instrucciones recibidas eran que debía ir sola. A pesar de ello, Eduard la acompañó hasta la puerta y esperó en la calle. Ethel llegó a pensar en si la habrían descubierto, en cuyo caso no tenía ni idea de lo que podría llegar a suceder, pero cuando lo comentó con el responsable del
MI

en Jerusalén que debía autorizarla, recibió la orden de asistir.

La recibió el secretario del alto comisario. Uno de los oficiales alemanes que habían llegado con el nuevo alto comisario deseaba mantener una entrevista con ella. Según él se trataba de algo personal.

Ethel se mostró intrigada. No tenía ni idea de lo que podría ser. Se sentó en una de las salas de visitas y aguardó.

Unos minutos más tarde entró un joven oficial. Ella lo observó con asombro. Aquel capitán de Estado Mayor se parecía mucho a su padre, era igual que Thomas Harding en una fotografía que ella tenía cuando llegó a Beirut. No sabía qué hacer ni qué decir. Fue el militar alemán quien se presentó en perfecto inglés.

—Tú eres Ethel Harding. Supuestamente, yo soy tu hermanastro. Mi nombre es Ludwig von Goetz, y soy hijo natural de Thomas Harding, y de Anne Lefevbre. Mi madre mantuvo una relación Thomas Harding, y de esa relación nací yo hace veintiséis años.

Ethel, que se había incorporado con la sorpresa, tuvo que sentarse. Mientras se dirigía al alto comisionado había pensado muchas cosas. ¡Pero aquello! No sabía qué hacer. No se atrevía a acercarse y abrazarlo. Pero no cabía la menor duda de que aquel joven alemán era hijo de Thomas Harding.

Él le explicó que se enteró de todo a la muerte de su madre. Ella había dejado un sobre adjunto al testamento, que contenía una declaración formal acerca de ello. Él llevaba el apellido Von Goetz, pues era el que siempre había tenido desde que su madre se casó con aquel hombre unos meses antes de que él naciera. En la carta le explicaba quién era Thomas Harding y su relación con el Líbano. Hacía apenas dos días que se hallaba allí, y después de investigar si algún Harding seguía viviendo en Beirut, no había podido resistirse a llamarla.

Entonces Ethel se acercó y lo abrazó. Se sentía emocionada, no solo por encontrar un hermano. No podía dejar de pensar en que su padre había muerto sin saber nada de aquello. ¿O tal vez sí? Ella recordaba haber oído alguna vez a su padre el nombre de Anne Lefevbre. Se encontraba en una extraña situación, con un hermano en el bando enemigo, pero que había tenido la sensibilidad de darse a conocer.

Cuando pasó un rato, Ethel se sentó frente a Ludwig, lo miró a los ojos y le preguntó:

—¿Y ahora qué hacemos?

—Nada, Ethel. Yo soy un oficial alemán y debo cumplir con mi obligación. Mañana viajo a Damasco, después debo ir a Teherán. Tal vez no volvamos a vernos jamás. No sé lo que va a ocurrir, pero quiero que sepas que he realizado un testamento. Eso es ahora obligatorio en Alemania para los oficiales con misiones en el extranjero. Vivimos una situación de riesgo continuo. Verás. Soy hijo único y me he permitido hacer lo mismo que hizo mi madre conmigo. He realizado una declaración notarial y te he nombrado mi heredera universal. A fin de cuentas, y aunque seamos desconocidos el uno para el otro, eres mi hermanastra. Nuestro padre era el mismo hombre y según me explicó mi madre en su carta, era un gran hombre. No sé mucho más acerca de él. Solo tengo esta foto que mi madre le hizo en Beirut.

Ludwig abrió un sobre de color crema y sacó una fotografía de tamaño folio. En ella Ethel reconoció la terraza de su casa. Una bellísima joven abrazaba a su padre, ambos mirando a la cámara sonriendo. Tras ellos, omnipresente, se divisaba la Montaña Blanca.

Epílogo

El capitán Von Goetz resultó muerto en la Campaña de África Korps en abril de 1943. Ethel no volvió a saber de él hasta que le llegó un telegrama de los Servicios de Información del Ejército alemán. Posteriormente, en 1946, un notario de Essen se puso en contacto con ella. Aunque casi todos los bienes financieros y de capital de Ludwig Von Goez habían desaparecido con la guerra, quedaban los terrenos donde se ubicaba la casa familiar, las fábricas que habían sobrevivido a los bombardeos aliados y una casa de campo, intacta. Aquello se encontraba a su disposición para que diese las órdenes oportunas o nombrase un representante para hacerse cargo.

Cuando se enteró de la muerte de su hermanastro, Ethel lloró como si lo hubiese tratado durante toda su vida. Era una parte de Thomas Harding que el brutal conflicto se había llevado.

Augustus Newman falleció dos días después de la Declaración de Independencia del Estado de Israel, el 14 de marzo de 1948; había estado aguardando a que aquello sucediera. Legó todos sus bienes al nuevo Estado, salvo un grueso diario de cuero de letra minúscula y apretada, en la que se narraba todo lo que había hecho y pensado durante los últimos cuarenta años. Muchas de las cosas que contaba las había compartido con Thomas Harding y por ello se lo envió un notario de Jerusalén a Ethel.

Eduard Boghossian desapareció en el Mediterráneo en 1942 cuando se dirigía a Chipre para gestionar la llegada de una familia armenia al Líbano. Eran refugiados procedentes de Salónica y también llevaban el apellido Boghossian. A pesar de ello y de la enorme tristeza que la invadió, Ethel decidió seguir en Beirut hasta que acabase el conflicto. No solo estaba convencida de que allí Johnny estaría mucho más seguro que en Londres, sino que tenía una importante misión que cumplir en aquel lugar, que no podía ni quería abandonar.

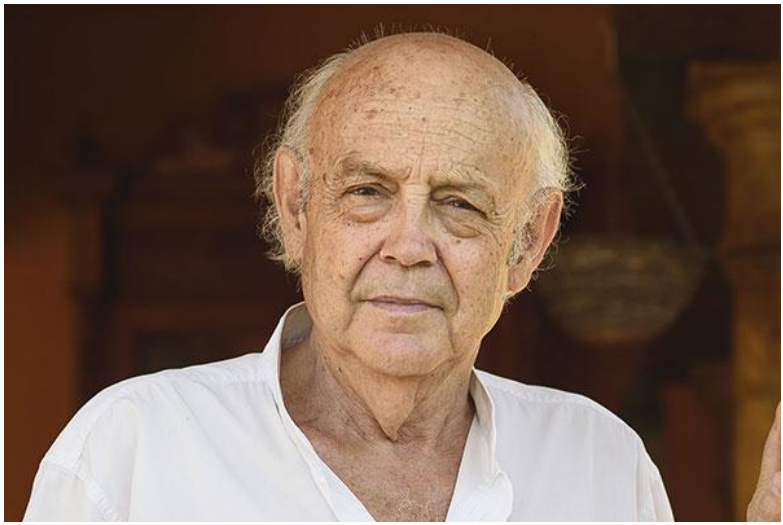
Max Steinberg emigró en 1946 a los Estados Unidos. Logró una plaza como profesor en Harvard, y consiguió editar sus fotografías

en algunas de las mejores revistas de arte. En 1952 tomó la decisión de llevar a cabo la aliyá y volvió al nuevo Estado de Israel, donde consiguió entrar como profesor de arte en la Universidad Hebrea de Jerusalén.

El guardamuebles de Viena donde Ethel y Eduard Boghossian habían guardado todos sus bienes resultó totalmente destruido por una bomba incendiaria aliada en febrero de 1945. Él siempre conservó la llave que le entregó Ethel colgada de su cuello.

En 1948, Ethel Harding, que retomó su antiguo apellido después de que terminaran los trámites para los juzgados de Beirut, y emitieran el edicto dando por fallecido a su esposo Eduard Boghossian, volvió con su hijo John a Londres, para que pudiera comenzar sus estudios de secundaria en Inglaterra. En 1951 ganó las oposiciones a la Cátedra de Árabe de la Universidad de Cambridge. En 1953 comenzó a escribir su libro sobre la creación del Estado del Líbano. Cuando la entrevistaron años más tarde sobre todo ello, comentó que el momento que recordaba cada día al atardecer era una puesta de sol en un lugar que no alcanzaba a reconocer. Solo las ruinas de un castillo iluminado por el sol poniente y tras ella, a lo lejos como flotando en el aire, la Montaña Blanca.

Aguadulce, septiembre de 2008-septiembre de 2009



GONZALO HERNÁNDEZ GUARCH, bajo el nombre literario, G. H. Guarch (Barcelona, 1945) es un novelista español que cuenta con una brillante trayectoria literaria, además de ejercer como arquitecto y urbanista.

Colaborador habitual en diversos periódicos y revistas, ha publicado numerosos títulos en los últimos años, como *Shalom Sefarad* sobre la expulsión de los judíos de España, *Historia de tres mujeres: crónica de una guerra* sobre la guerra de Yugoslavia a través de tres mujeres protagonistas en el conflicto, o *En el nombre de Dios* en la que trata los orígenes del integrismo islámico, un libro fundamental para su comprensión.

Premio de Narrativa Blasco Ibáñez 1997 por su novela *Las puertas del paraíso*, su reconocimiento fuera de España, con el prestigioso Premio AGBU Garbis Papazian 2007, que coronaba su reconocimiento en el mundo armenio por sus novelas sobre el Genocidio Armenio así como su nombramiento como Miembro Honorario de la Academia de Ciencias y Letras de Armenia, por su trilogía, *El árbol armenio* y *El testamento armenio* y *La montaña blanca*, traducida al ruso y al armenio.

Recientemente ha sido condecorado con la Medalla Movses

Khorenatsi, la mayor distinción cultural en Armenia.

Notas

[1] De la antigua tradición de recibir a los embajadores en el porche del palacio de Topkapi. Por generalización «la Sublime Puerta» e incluso «La Puerta». < <

[2] Anacoreta árabe cristiano del siglo IV, que habitó en Siria, fundador de los maronitas. < <

[3] Los monofisitas consideran que Cristo solo posee una naturaleza: la divina. < <

[4] Algunos judíos del Imperio otomano, sobre todo en Salónica, hicieron ver que se convertían al islam, aunque en la intimidad proseguían con los ritos mosaicos y formaron una sociedad secreta entre ellos para protegerse. Los *dönmeh* tuvieron cierto protagonismo al difundir las ideas progresistas que llegaban de Europa, como fue el caso de Talat. < <

[5] La casa o el lugar de los musulmanes. El conjunto de países musulmanes en el mundo. < <

[6] Posible significado de Baalbek. < <

[7] Pierre Loti, seudónimo de Luis María Julián Viaud (1850-1923), en *Galilea*, entre otras obras literarias. < <

[8] Talat Pashá, Djemal Pashá y Enver Pashá componían el triunvirato que asumió el poder en el partido Ittihad y que formó el Gobierno de Turquía, que llevó a cabo el genocidio armenio y colocó al país al lado de Alemania y Austria durante la Gran Guerra (Primera Guerra Mundial). < <

[9] Al-Yan’iyyat al-Arabiyya al-Fatat.
< <

[10] Se refiere a la autonomía situada entre las montañas, conocida como «El Monte Líbano» y en lenguaje popular como «la Montaña». <<

[11] Frase repetida en el Senado romano por Catón el Viejo («Cartago debe ser destruida») durante las guerras púnicas (150 antes de Cristo). < <

[12] El *Nahda ul Lubnanye*. < <

[13] *Description de l'Égypte, Institut d'Orient*. (Ver *El hombre de Oriente* del mismo autor). < <

[14] Al-Yan’iyyat al-Arabiyya al-Fatat.
< <

[15] Thomas Robert Malthus (1766-1834), *Ensayo sobre el principio de la población* (1798). < <

[16] «A la ciudad [de Roma] y al mundo». Con esta frase comenzaban las proclamas en el mundo romano, fórmula que fue absorbida por el Vaticano. < <

[17] Henry Creswicke Rawlinson (1810-1895), un diplomático británico y arqueólogo. Descifró la escritura cuneiforme. Escribió *Memoir on Cuneiform Inscription*. < <

[18] Robert Johann Koldewey (1855-1925). Un arqueólogo y arquitecto alemán. Descubrió entre otras muchas cosas los restos de los jardines colgantes de Babilonia. < <

[19] Derivada de *moutassaref*, es decir, gobernador, denominación de la región del Líbano entre 1861 y 1920 (Moutessarifat del Monte Líbano), una autonomía bajo la soberanía del imperio otomano y protección francesa. < <

[20] Héroe de la guerra greco-turca de 1911-1913.
< <

[21] Héroe búlgaro de las guerras balcánicas de 1911-1913.
< <

[22] Traductor o intérprete. Cargo de confianza en las embajadas y consulados en Oriente Próximo. < <

[23] La Merkezye: asociación árabe de la descentralización. < <

[24] Aunque Mehmet II en 1453 bautizó a la ciudad como Estambul, los otomanos no consiguieron que se la conociera por tal nombre, sino por Constantinopla hasta la llegada de Kemal Atatürk, que reivindicó el nombre turco de Estambul. < <

[25] Al-Muntada al-Adabi. < <

[26] Al-Yan'iyyat al-Arabiyya
al-Fatat.
(Organización de Jóvenes Árabes),
1911-1920.
< <

[27] Región del noreste de Arabia, bañada por el mar Rojo, donde se encuentran La Meca y Medina, entre otras ciudades. < <

[28] En alusión a *Mi peregrinación a la Meca y Medina* (1853) de sir Richard Francis Burton
(1821-1890).
< <

[29] Se refiere a los Ibn Saud —los saudíes—, que finalmente se hicieron con el poder, expulsaron a los hachemitas y crearon Arabia Saudita. < <

[30] Se refiere a el-Mahdi, vencido en Omdurmán en 1898 por los británicos bajo el mando de lord Kitchener. < <

[31] Fundador del primer manicomio en Alepo en 1157. < <

[32] Pío IX. < <

[33] Lord Palmerston, primer ministro de Gran Bretaña. < <

[34] *Moutassaref* o gobernador. < <

[35] Los nuevos navíos acorazados de la Armada Británica a principios del siglo XX, con baterías de un solo calibre. < <

[36] Cruces de piedra conmemorativas que se colocaban en lugares elegidos de los caminos por los armenios. < <

[37] Sistema de alianzas entre Francia, Inglaterra y Rusia, que se conoció durante el periodo de la Gran Guerra como «la Triple Entente» o popularmente «la Entente». < <

[38] Frente Revolucionario Armenio, una organización secreta que luchaba por la autodeterminación de Armenia. < <

[39] El Corán, sura 5, aleya 82. < <

[40] Talat Pashá, Djemal Bey, Enver Pashá. Triunvirato que lideraba al Ittihad y al Gobierno turco. < <

[41] Río Eúfrates. < <

[42] Se refiere a Rudyard Kipling
(1865-1936).
En 1907 recibió el Nobel de Literatura. < <

[43] Lengua popular tradicional de los judíos de Europa Oriental. Incorpora una mezcla de hebreo, alemán, con palabras en ruso y polaco. Se escribe con letras hebreas. < <

[44] Weizmann descubrió la fermentación bacteriana de la bacteria *Clostridium acetobutylicum*, para fabricar la acetona necesaria en la producción industrial de cordita. < <

[45] Tratado de Brest-Litovsk, un tratado de paz impuesto a Rusia por las potencias centrales. A causa de sus derrotas y la guerra civil que la asolaba, Rusia se vio obligada a solicitar la paz (3 de marzo de 1918). El tratado fue anulado por el armisticio de 11 de noviembre de 1918. < <

[46] General alemán de la Campaña de Palestina. < <

[47] El Apocalipsis (16:16) habla del Armagedón, como el campo de batalla donde se librará la contienda final entre el bien y el mal. <<

[48] Megiddo o Mageddo. De ahí «Armagedón». < <

[49] Donde tuvo la firma la rendición alemana ante el mariscal Foch, efectuada en un vagón del ferrocarril (el mismo escenario y el mismo vagón que utilizó años más tarde Adolfo Hitler para firmar la rendición de Francia durante la Segunda Guerra Mundial). < <

[50] T. H. Lawrence, conocido como Lawrence de Arabia. <<

[51] Buraq, el caballo que llevó en un instante al profeta de La Meca a Jerusalén y la vuelta. < <

[52] El Litoral había permanecido bajo el dominio otomano incluyendo Beirut, mientras la autonomía del Monte Líbano era controlada por Francia. < <

[53] El nuevo jefe del Gobierno francés que sustituyó a Clemenceau, desde febrero 1920. < <

[54] Popularmente la bandera de Gran Bretaña. < <

[55] Osmán I (1259-1326). Fundador del Imperio otomano en 1301, de los osmanlíes u otomanos. Arrebató importantes territorios a los bizantinos. < <

[56] Presidente de la Delegación de la República de Armenia ante la Conferencia de Paz, que firmó por Armenia el Tratado de Sèvres. < <

[57] Dios filisteo, cuyo templo se encontraba en Ekron, «Príncipe de los demonios» y «Señor de las Moscas» (Belzebú). < <

[58] George Nathaniel Curzon, primer marqués Curzon de Kedleston (1859-1925).
Gran viajero y explorador, además de político, fue premiado con la Medalla de Oro de la Royal Geographical Society. < <

[59] El *sanjak* equivale a la región, el *cazas* a la provincia y el *moudhirej* al municipio. Se seguían los mismos criterios establecidos por los otomanos. < <

[60] Introducción a la Historia Universal. < <

[61] Movimiento religioso, ortodoxo y místico dentro del judaísmo. De la raíz *jasid*, bondad o piedad. < <

[62] Canción folclórica hebrea cuyo título significa «Alegrémonos». Composición de Albert Gamse, sobre la idea de Moshé Nathanson. < <

[63] La tercera oleada de emigración judía a Palestina (1919-1923).
< <

[64] Antigua nueva tierra. < <

[65] Un defecto de nacimiento del káiser Guillermo II, que supuestamente alteró su carácter. < <

[66] Los refugiados turcos que volvían a Turquía desde los Balcanes.
< <

[67] Comité de la Unión y el Progreso, partido que tomó el poder al derrocar al sultán Abdul Hamid y bajo cuyo gobierno se llevó a cabo el genocidio (Ittihad). < <

[68] Gaston Doumergue, presidente de la República francesa (1924-1931).
< <

[69] Al-Aslam al Israili. < <

[70] Las tropas de asalto (Sturmabteilung o SA). <<

[71] En Salónica (o Tesalónica) existía una importante comunidad judía sefardí, que fue prácticamente aniquilada por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Desde el siglo XVI se convirtió en la ciudad hebrea más importante del Mediterráneo. Se la conocía como «la Jerusalén de los Balcanes». < <

[72] «Ciudad del sol». Baad, dios solar de los fenicios y Baki, ciudad (Baalbek). < <

[73] Durante la noche del 12 de septiembre de 1931, hubo un violento ataque nazi en el Kurfürstendamm en Berlín, en el Año Nuevo judío, contra los judíos que habían asistido a una ceremonia en la sinagoga. < <

[74] Parlamento de Alemania. < <

[75] La emperatriz Elisabeth, casada con el Emperador Francisco José, le pidió a su marido como regalo de cumpleaños «un manicomio equipado». Los numerosos casos de locura de los Wittelsbach habían creado en ella la obsesión de la locura. < <

[76] El Corán, sura 30, aleya 39: «… Esos son los que recibirán el doble». < <

[77] René Descartes, *El discurso del método* (comienzo). < <

[78] René Descartes, *Meditaciones metafísicas* (meditación quinta: «De la esencia de las cosas materiales»). < <

[79] Rebelión de los judíos alrededor del 132 a. C. contra el Imperio romano. < <

[80] En Alemania en 1935, las dos principales tribus gitanas eran los «sinti» y los «roma». El genocidio de los gitanos fue conocido por ellos como Porrajmos o «gran destrucción». < <

[81] Flavio Josefo, *La guerra de los judíos*. < <

[82] Paramilitares reclutados entre los convictos de las prisiones turcas. < <

[83]
SIS
o
MI
6: Military Intelligence, Departament 6. < <

[84] Sucherheitsdienst (policía política del Tercer Reich). < <

[85] «Con profunda ansiedad», encíclica del 14 de marzo de 1937. < <

[86] Conferencia Hossbach del 5 de noviembre de 1937. < <

[87] Menachem Begin, que llegaría a ser primer ministro de Israel. <<

[88] Traducido del hebreo como «La defensa». Organización de autodefensa judía durante el mandato británico en Palestina, organizada por los judíos emigrantes. < <

[89] A finales de 1931, los más radicales dentro de la Haganá, crearon la Haganá B, que en 1937 se llamó Irgún Tzvai Leumí (Organización Militar Nacional) o Irgún, liderado por Vladimir Jabotinsky. < <

[90] El Ejército alemán. < <

[91] Guardia Hlinka (del Partido Popular de Eslovaquia). < <

[92] MacDonald ocupaba el cargo de ministro de Colonias en el primer gobierno de Neville Chamberlain. < <

[93] En enero de 1938, la Comisión Woodhead visitó Palestina y redactó un informe que se publicó en noviembre del mismo año. El informe causó la indignación de los judíos. < <

[94] Mossad le'Aliyah Bet (Organización para la Inmigración Clandestina). < <

[95] Fundación del Partido Baaz. < <

ÍNDICE

1.ª PARTE LA TIERRA DEL LEVANTE
Absoluta libertad
Grandeza y valor
Caroline Weiler
Vida y reflexiones
Los sueños de Caroline
Una expedición a Mesopotamia
La dura realidad
La búsqueda
Ciudadano de Beirut
La Meca y Medina
Una tormenta en el horizonte
La decisión
El milagro
Tiempo de promesas
El informe Aghaian
El Acuerdo Sykes-Picot
Viaje a Iraq
El Informe
El Observador
¿El gran Líbano?
Sarah
Un país para todos
El gallo en Damasco
La Umma
El señor de las moscas
Un largo sueño
La magia de Oriente
Tiempo de dudas

Otra vez Baalbek
Todo está escrito
Londres
La dirección correcta
La tierra entre los ríos
El bombardeo de Damasco
La República del Líbano
2ª PARTE EL GRAN LÍBANO
El año de la langosta
Ethel Harding
Eduard Boghossian
Viena
La Metamorfosis
El guardamuebles
Un mundo en movimiento
El retorno de «El Inglés»
Una lección inolvidable
Papel mojado
La Caja de Pandora
Provocando al destino
Una conversación con Al-Banna
El instituto de biología hereditaria
Las piedras doradas
La amenaza
El fotógrafo
Dafnis
Lo inesperado
Ludwig Von Goetz
Epílogo